LA SOLEDAD DE SONIA Y SUNNY

KIRAN DESAI



narrativa
salamandra

Kiran Desai

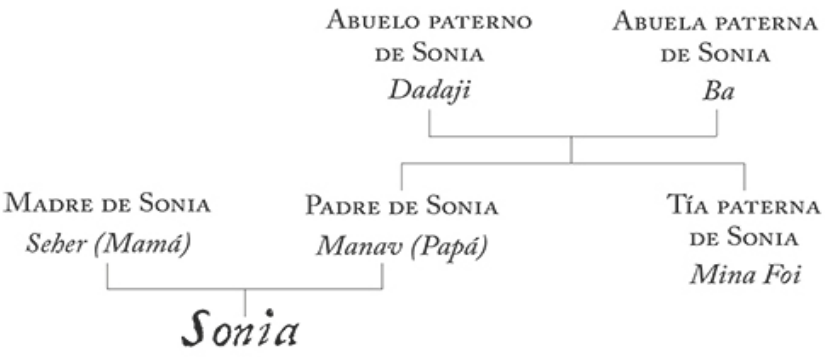
LA SOLEDAD DE SONIA Y SUNNY

Traducción del inglés de
Aurora Echevarría

narrativa
salamandra

En recuerdo de mi padre

Familia de Sonia Shah



Servicio doméstico de la casa de Allahabad

Khansama
Ayah
Dari

Servicio doméstico de la casa de Delhi

Chandu
Balbir Singh

Amigos de Sonia

Audrey
Armando

Amigos de la familia Shah

Khushi y Dilip
Margo y Jehangir
Daljit y Neil
Ferooza

Jefas de Sonia

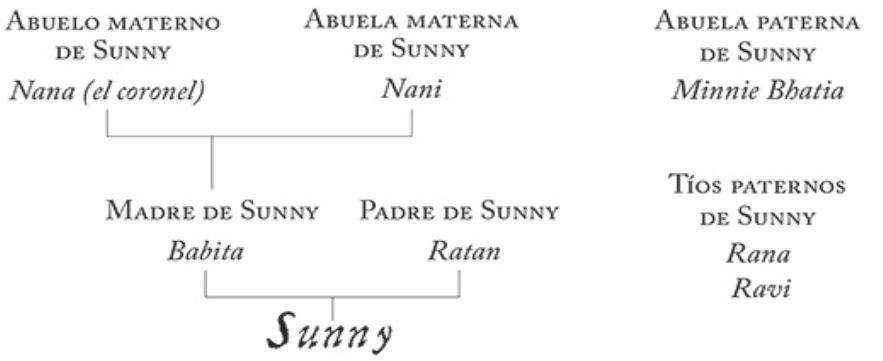
Lala
Marie

Illan de Toorjen Foss

Familia Barbier



Familia de Sunny Bhatia



Amigos de Babita
Sara y Murad Habib
Vanya
Umberto

Hijos del tío Rana
Chiki y Chika

Servicio doméstico de la casa de Delhi
Vinita y Punita
Gunja
Chófer de Allahabad
Bahadur

Novia de Sunny
Ulla

Amigos de Sunny
Satya y Pooja

Servicio doméstico de la casa de Goa
Olinda
Naresh

Perro
Pasha

PRIMERA PARTE

¿Sola? *¿Sola?*

1

El sol seguía sumergido en la bruma invernal del amanecer cuando Ba, Dadaji y su hija Mina Foi se envolvieron en sus chales y salieron al porche para beber su té y decidir con un vigoroso proceso de eliminación las comidas del resto del día. A la hora del desayuno había que dar instrucciones al cocinero para que fuera directamente al mercado. Era el cincuenta y cinco cumpleaños de Mina, el primero de diciembre del año 1996, y el cordero para los kebabs de la celebración llevaba toda la noche marinándose en la cocina.

—¡¿Arroz?! —gritó Ba—. *Roti?*

Estaba quedándose sorda, pero sabía que tenía que alzar la voz por encima del ruido atronador del tráfico matinal que pasaba frente a la puerta principal y del graznido de cientos de cuervos, cuya algarabía estaba tan estrechamente ligada a los esfuerzos del sol, que era como si todas las mañanas los cuervos alumbrasen la luz.

—*Pilau?* —sugirió—. *Paratha?*

En lo alto del pórtico de entrada había un busto de escayola de un caballero corpulento con corbata, tal vez inspirado en un boceto del primer propietario del *bungalow*, que había recorrido Europa cuaderno en mano, tal como había visto hacer a los extranjeros en la India. Y tal vez fuera culpa de la ejecución del artista, del entorno disonante de Allahabad, o de una salpicadura de excrementos de

pájaro, pero más que un noble respetable parecía un esnob ridículo, interesado en el cielo abierto sobre su cabeza, que llevaba un cuarto de siglo sin verse con nitidez. Desde que se había ensanchado la carretera nacional para dar cabida a los camiones que traían coles, cemento, cabras, trigo y (si uno hacía caso a los periódicos o los cotilleos) prostitutas y enfermedades venéreas.

Imperturbable ante el distinguido caballero, los camiones contaminantes o la familia del porche, el cra-cra de los cuervos fue *in crescendo*.

—¿Coliflor? —apremió Ba—. ¿Espinacas?

—¿Patata? —Dadaji levantó los pies del suelo y se los frotó entre sí con un cuidado exquisito, como si fueran manos de terciopelo. Luego, con el tono de quien se explica ante un antropólogo, añadió —: Nadie adora más la patata que un gujarati.

Eran una familia desplazada, gujaratis abandonados en el estado de Uttar Pradesh. Años atrás, el ejercicio de la abogacía había llevado a Dadaji al tribunal de Allahabad.

Dos teléfonos achaparrados (uno en un rincón del salón, otro sobre su escritorio) sonaron como sapos en un pantano, croac, croac, y supieron que era el hermano de Mina Foi, Manav, el segundo hijo de Dadaji y Ba, que llamaba con motivo del cumpleaños. Dadaji descolgó el teléfono de su escritorio y Mina el del salón. Ba nunca hablaba por teléfono; aunque hubiera oído bien, no tenía la costumbre.

—Felicidades, Mina —le deseó Manav.

—Cuánto tiempo sin saber de ti.

Mina Foi quería decirle a su hermano que esperaba que la pareja de misioneros pasara por allí, como el año anterior, con galletas con

trocitos de chocolate de Iowa, pero quizá no se acordaran de que era su cumpleaños y ella tampoco podía recordárselo. Tenía prohibido llamar por teléfono, era un lujo inútil.

Dadaji le contó que una de sus inversiones se había revalorizado y, al final de la conversación, preguntó por la salud de su nuera, Seher, y de su nieta, Sonia.

—Nos preocupa Sonia —respondió Manav. Su hija estaba estudiando en la Universidad de Vermont—. Está deprimida. Llora por teléfono, y cuando la llamamos al día siguiente, sigue igual.

—Pero ¿por qué? —preguntó Dadaji—. Ya lleva tres años allí. ¿Por qué le ha dado por llorar ahora?

—Dice que se siente sola.

Iba a hacer dos años de la última vez que Sonia había viajado a casa.

—¿Sola? *¿Sola?*

En Allahabad no soportaban la soledad. Puede que hubieran sentido la soledad de no ser comprendidos, que conociesen el aletargamiento de las tardes muertas de Allahabad, como una marea que se retira y tal vez nunca regrese, que era una forma de soledad; pero nunca habían dormido solos en una casa, ni habían comido solos, ni habían vivido en un lugar donde no los conocieran, ni se habían despertado sin que un cocinero les llevara el té o sin desear buenos días a varias personas:

Namasté, Khansama.

Buenos días, mami.

Buenos días, papi.

Mina, buenos días.

Ayah, namasté...

Cada vez que Dadaji pensaba en los ridículos primeros versos del poema de Wordsworth que le habían enseñado en la escuela, «Erraba en solitario como una nube que flota en lo alto sobre valles y colinas», echaba la cabeza hacia atrás y de la carcajada que soltaba se le caía la dentadura superior de golpe. Pero, sintiéndose inusualmente generoso gracias al creciente valor de sus acciones, le ordenó a Mina Foi que llamara a Sonia. Tenía problemas de vista (un desprendimiento de retina, glaucoma, cataratas) y, llevándose una lupa a su ojo rojo y reumático, se inclinó hasta tocar con la nariz la libreta de direcciones y le dictó el número que tenían de la residencia del Hewitt College, en North Hewitt. Ella introdujo el dedo en los agujeros del disco de marcar y estuvo casi una hora intentando llamar, hasta que se le quedó entumecido. Al final, el teléfono sonó a lo lejos y contestó alguien con un acento que ella tomó por vaquero.

Por suerte, Dadaji cogió el otro aparato, pues Mina Foi no se atrevía a hablar con un vaquero. Dejó el dedo suspendido en el aire, agarrotado.

—¿Hola? ¿Hola? ¡Por favor, pónganos con Sonia Shah, que está en la habitación número cinco! —gritó Dadaji. Y cuando Sonia llegó a la cabina—: ¿Qué pasa? ¿Por qué dice tu padre que eres desdichada? ¿Te van bien los estudios?

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—¿Qué se come allí? —le preguntó Mina Foi a su sobrina.

—¡Macarrones! —exclamó su abuelo por el otro teléfono.

—No, Dadaji —replicó Sonia—, el menú es muy internacional. Tenemos noche china, noche mexicana.

—¿Y noche india? —aventuró Mina Foi.

—A veces para comer nos dan Tomato Tigers, que son tomates y queso en un panecillo tostado con curry encima.

—¡Nunca he oído hablar de tal cosa!

Indignación.

—¿Y de postre? —susurró Mina Foi.

—*Brownies* con helado, tarta de nueces pecanas y tarta de arándanos.

Sólo pensar en misterios tan espléndidos hacía que Mina Foi se desmayara de congoja.

—Las tartas son muy americanas —confirmó Dadaji—. Bueno, ¿por qué lloras, joven afortunada?

Sonia intentó explicarse.

—Me va a estallar la cabeza. No puedo dejar de pensar en mí y en mis problemas. Me temo que será peor en invierno, con los días tan cortos y el frío...

—Haz saltos de tijera para levantar el ánimo y luego abre los libros. Hay que perseverar a pesar de las dificultades. Si yo no hubiera dejado la vida para la que nací, ahora estarías en Nadiad, casada desde los dieciséis años, en lugar de estudiando en Estados Unidos.

Mina Foi retorcía las manos en el regazo al recordar las visitas que hacía de pequeña a la casa de sus ancestros, donde las mujeres se repartían las sobras una vez que los hombres habían comido. Cuando les venía la regla, a las niñas se las desterraba incluso de esa existencia marginal. Las enviaban a la choza del fondo del jardín, donde comían en platos de barro, que después rompían y tiraban a la basura para que no contaminasen el mundo.

Dadaji las había sacado de ese atraso sin la ayuda de nadie. Puede que tuviera un carácter férreo y un temperamento furibundo, pero eran precisamente esas cualidades las que le habían dado a Ba un sitio en la pulida mesa de caoba todos los días del año. Cuando él se jubiló, la llevó a dar la vuelta al mundo junto con su hermano menor, Amal Kaka, y su esposa. En aquella época, Amal Kaka aún no se había apoderado de la propiedad de sus ancestros y los hermanos estaban muy unidos.

Después de tantos años, Ba y Dadaji no recordaban ni un lugar, ni un monumento, ni un museo de aquel viaje, pero no habían olvidado la bufanda verde que perdieron en el camino a Machu Picchu; o la máquina que prometía contar la historia del Vaticano a través de unos auriculares, pero que, cuando echaron las monedas, guardó silencio. Cuando fueron a quejarse, el mostrador estaba cerrado por ser la hora de comer. «¿Volvemos dentro de veinte minutos?», le preguntaron al guarda de seguridad. «¡¿Se tarda veinte minutos en comer?!», replicó éste, enfadado. Recordaron esto, y luego recordaron el estreñimiento que habían sufrido en Viena y el día que pasaron buscando sin éxito fruta a buen precio. En Londres, en un hotel llamado The Buckingham, que uno suponía gestionado por gente honrada, les aseguraron que el desayuno estaba incluido en la tarifa, pero no era cierto. En París ahorraron una pequeña fortuna cocinando arroz y lentejas en el hervidor eléctrico para cenar, después de que Dadaji se subiera a una silla y desmontara la alarma de incendios de la habitación del hotel. La cocina francesa los había decepcionado: ¿a qué venía tanto revuelo? Adondequiera que iban, encontraban los mismos tres sándwiches y las mismas dos salsas.

Con esas dos salsas, los franceses habían logrado aterrorizar al mundo.

Además, en la mayoría de los países extranjeros, observaron que los lugareños no respetaban a los turistas indios, mientras que perseguían y adulaban a los blancos. Decidieron que lo mejor era vivir entre su propia gente y conservar sus rigurosas normas. Tras haber hecho pequeño el gran mundo, Ba y Dadaji regresaron a casa satisfechos.

—¿Por qué te sientes tan sola? —le preguntó Dadaji a Sonia—. Los americanos nos parecieron la mar de simpáticos. Cuando fuimos al Gran Cañón nos dejamos unos plátanos en el autobús, y una señora se bajó y salió corriendo detrás de nosotros para dárnoslos. Tuvo que esperar al siguiente autobús.

—Sí, son simpáticos —coincidió Sonia con su hilo de voz.

—Y el país es precioso —añadió Dadaji.

—Lo es.

—¡Y tanto espacio vacío!

—Sí.

Oyeron que Sonia empezaba a llorar y se cortó la comunicación. Volvieron a salir al porche; era demasiado caro llamar otra vez. El sol brillaba empañado sobre la bruma, los cuervos se habían calmado, y ya estaba allí Ayah con su joroba, dispuesta a barrer, arrastrando una escoba de ramitas que era varias veces su tamaño. Con la cabeza y la cara cubiertas con un sari color polvo, arrastró el polvo de la casa al porche, y luego bajó de uno en uno los escalones anchos y poco profundos hasta el huerto de guayabas que en temporada producía las famosas guayabas rosas de Allahabad,

desplazando el polvo en el polvo sobre el polvo, y dejando tras de sí un dibujo de festones polvorientos hasta más allá del recinto.

Al anochecer, el polvo habría vuelto a subir flotando y obstruido los cuadraditos de las mosquiteras metálicas, habría cubierto los filodendros, deslucido el rótulo de la verja en el que se leía M. L. SHAH, ABOGADO DEL ALTO TRIBUNAL, sepultado los papeles y los expedientes, y atascado las teclas de la máquina de escribir. Cuando Sonia era pequeña, Mina Foi le había enseñado, no sin cierto orgullo, que cuando escupía en el fregadero escupía polvo de camión de color beige.

Ba y Dadaji no habían llevado a Mina Foi a dar la vuelta al mundo porque para entonces ella ya había demostrado tener mala suerte, y cuando alguien nace con mala suerte, no hay nada que hacer. Treinta y tres años habían pasado desde que Dadaji había acogido de nuevo a su hija bajo su techo, después de sólo seis meses de matrimonio, en un silencio cargado de reproches, a pesar de que había sido él quien había mediado en el compromiso. Parecía que la culpa era de Mina Foi, simplemente por tener mala suerte.

«A Mina nunca le sale nada bien», anunció Ba, y fue como si su tragedia hubiera sido lavada, doblada y guardada en uno de esos baúles negros llenos de saris de ajuar y capas de lana apolilladas que duraban generaciones.

Sin embargo, todos los años, el día de su cumpleaños, para hacer de él una ocasión especial, el conductor enjabonaba y lavaba el Ambassador con movimientos delicados y afectuosos, como si se tratara de un búfalo, y lo llevaba hasta el pórtico principal para que madre e hija fueran a visitar el patrimonio de Mina, las joyas ancestrales que guardaba en la caja de seguridad del Banco Estatal

de Baroda. De camino, dejaban a Dadaji en casa del coronel, en Thornton Lane, para su cita de ajedrez semanal. Después de recordarles que volvieran a recogerlo en un par de horas, Dadaji, con *blazer* azul marino y corbata roja (siempre se arreglaba para salir de casa), se reunía con el coronel, que, también con americana y corbata, lo esperaba sentado en el jardín delantero con el tablero de ajedrez.

Mina Foi llevaba su nuevo sari de cumpleaños, de flores moradas. Su madre se había puesto uno estampado con ondas de color verde. Ambas se habían pasado del algodón al poliéster porque les parecía más resistente, glamuroso y fácil de cuidar. Mina Foi llevaba las habituales *chappals* hawaianas azules, que dejaban a la vista sus agrietadas plantas de los pies. Tenía una verruga en la nariz, una sombra de bigote y unas piernas suaves y velludas que se restregaba con deleite por debajo del sari cuando se sentía a gusto, o a veces en la cama, poco antes de que amaneciera, mientras dormía plácidamente agarrada a sus pechos. Cuando se cogía los pechos y se frotaba las piernas a esa hora temprana, lo hacía buscando un poco de dulzura y amabilidad.

Mina Foi y su madre llegaron al banco y abandonaron la luz del día para bajar a un sótano con el aspecto de morgue, donde un guarda de seguridad con un bigote enroscado y un rifle de la pasada era de las armas de fuego custodiaba las cajas metálicas que escondían tesoros durmientes. Un empleado anotó la hora de su llegada y sostuvo la escalera tambaleante para que Mina Foi pudiera alcanzar la hilera superior, donde se encontraba la caja fuerte de la familia. Desde allí arriba fue sacando cajas de cartón descoloridas y bolsas de plástico, y al reparar en el peluquín teñido de henna que el

empleado llevaba sujeto con horquillas, sintió una punzada de ternura ante su vanidad. En las cajas y las bolsas se leían nombres de establecimientos que llevaban mucho tiempo cerrados, nombres que provenían de una época de esplendor: Joyeros Gopaldas Chandraprakash e Hijos, Joyería Bhagatram Jainarain, Joyeros Haji Rafique, Joyas KG Sultania Calcuta Walla. Las gomas que cerraban las bolsas estaban descoloridas y quebradizas; con el calor del verano, se habían derretido y vuelto a endurecer, dejando incrustaciones en forma de gusano. El algodón que envolvía las joyas también se había oscurecido; el brillo de las gemas, sin embargo, se había intensificado con el paso del tiempo. Mina Foi y su madre admiraron las esmeraldas y los rubíes algo velados, el brillo lechoso, como de suero cuajado, de las perlas rugosas, que se mezclaban con festivas cuentas de vidrio y sencillos abalorios de estilo gujarati. Había diamantes *kundun* en grandes y aparatosos candelabros, parte de la dote que Ba había temido que los suegros de Mina Foi se quedaran tras el divorcio. Al ver que no lo hacían para dejar claro que ellos eran la rama inocente, Ba no experimentó la felicidad que cabía esperar, naturalmente, dadas las circunstancias, sino un retortijón en las entrañas. La caja de seguridad del Banco Estatal había sido esquilmada y, posteriormente, restituida. Ella se había visto agredida en su espíritu; ahora se sentía en calma. Pero, aun así, la acechaba un sentimiento más profundo de pérdida, heredado de su madre, quien no dejaba de lamentar el extravío de un precioso rubí birmano, del tamaño de un huevo de paloma, que desapareció cuando la familia se vio obligada a abandonar su negocio en Rangún y regresar a Nadiad. La pérdida del rubí y la ruina paterna repercutieron en la autoestima de Ba.

La última vez que Sonia había visitado a sus abuelos en Allahabad, el verano anterior a su partida a la universidad en Estados Unidos, Ba y Mina Foi la habían llevado al banco a ver las joyas de la familia. Después de recitarle la historia del rubí de Birmania perdido, Ba añadió, como era su deber: «El conjunto más hermoso de todos será para ti, Sonia, cuando te cases.» Enmascaró el dolor que sintió al pronunciar esta frase con un semblante serio, como si hablara de una enfermedad, y se dio la vuelta por si Sonia aceptaba abiertamente: «Gracias, Ba.»

Mina Foi ayudó a Sonia a probarse una pulsera de perlas con un complicado cierre de esmeraldas, y no pudo evitar recordar —y eso era lo que aún la afligía— la esperanza atolondrada con que se la había puesto el día de su boda. Había sido tan inocente, y cuando su inocencia quedó destruida, se sintió tan avergonzada... De pronto se le ocurrió que quizá estaba haciendo recaer su mala suerte sobre Sonia.

—¡Quítatelo! —le ordenó.

Ba, incapaz de soportar su desaliento, intervino:

—¡Vamos, ahora ponlo con cuidado en su sitio!

Pero el cierre no se abría, y Mina Foi tuvo que sacárselo a la fuerza arañándole la piel de la mano.

—En Estados Unidos no llevan joyas, sólo baratijas —dijo Ba.

Ahora, en el cincuenta y cinco cumpleaños de Mina Foi, Ba se aseguró de que no se probaran las joyas a la ligera, que sólo las admiraran y contaran para cerciorarse de que no faltaba ninguna. Se secó con el pañuelo el sudor del labio superior.

—¡Afortunadamente tú nunca has sido de las que se acicalan mucho!

¿Qué había querido decir? ¿Que su hija era afortunada porque de haberle gustado acicalarse le habría resultado insoportable no haber tenido la ocasión de hacerlo nunca más desde su divorcio a los veintidós años? ¿O que era una suerte que se hubiera divorciado y que sus joyas de boda hubieran vuelto a la caja del banco?

Mina Foi sintió un odio insólito hacia su madre. Si su vida hubiera sido diferente, ella también habría sido distinta, y podría haber disfrutado sentándose ante el espejo del tocador, echándose perfume detrás de las orejas y poniéndose pendientes, collares, anillos y pulseras.

—¿Y cómo voy a saber si soy de las que se acicalan o no?

Su madre, incapaz de responder a esa pregunta, no contestó, y las tres volvieron a la tarea de envolver las perlas, las esmeraldas, los rubíes, los diamantes y el oro con la sucia tela de algodón para luego guardarlos en sus cajas secretas, dentro de las rígidas bolsas de plástico que se estaban desintegrando. Tiraron las gomas rotas y agusanadas y le pidieron al encargado otras nuevas.

—No tengo —replicó él, malhumorado—. ¿Por qué no las han traído ustedes?

Luego abrió un cajón y les dio dos mirándolas indignado. Mina Foi cerró de nuevo la caja fuerte y le devolvió la esmirriada llave.

—¿Por qué no hacen una llave más resistente? —le preguntó.

Madre e hija emprendieron el ascenso al atardecer, inquietas al haber comprobado que esa excursión, lejos de reforzar y profundizar el vínculo existente entre ambas, que consideraban inquebrantable, les había mostrado que una joya sería capaz de destruirlo.

—¿Crees que Betsy y Brett vendrán a vernos con galletas de chocolate como el año pasado? —le preguntó Mina Foi.

—No lo sé. Puede que no se acuerden.

—¿Deberíamos pasar por su casa?

—¿Pasar por su casa? Pero si no está de camino. —Betsy y Brett vivían en un barrio pobre de las afueras para poner de relieve su devoción misionera—. Y ya vamos tarde para recoger a papi.

A la hora en punto, Ba y Mina Foi se encontraron con Dadaji, que esperaba entre las petunias del coronel, abatido porque había perdido la partida, y regresaron a casa sintiendo el alivio de la puesta de sol inminente y anticipando la cena en la que culminarían sus deliberaciones matinales.

—Los *galawati* son un tipo de kebab muy sofisticado —recordó él —. Deben tener una textura muy suave.

—Khansama no utiliza huevo ni ningún tipo de aglutinante, y darles la vuelta es una tarea muy delicada —dijo Ba—. Pero sólo puedes comer algo tan contundente de vez en cuando o tendrás gota.

Supervisó a Khansama mientras daba delicadamente la vuelta a los kebabs y los contó para que no faltara ninguno antes de servirlos. Acercó la nariz a cada plato y olfateó con recelo para cerciorarse de que todo estaba en orden. Comprobó la despensa y el frigorífico para asegurarse de que los tarros y botes se habían vaciado en la proporción exacta. Las cucarachas que vivían en el cálido interior de la industriosa nevera no la molestaban; de hecho, el voltaje era tan bajo que ni las veía. Tampoco se dio cuenta de que encima de los frascos grasientos unas arañas patilargas habían muerto allí mismo enganchadas. Ni de que, en lo alto de la puerta, casi tan alta como la pared, una lagartija había quedado aplastada, y

del marco colgaba aún el cuero deformado de su torso y su rostro vacío.

Luego se dio un baño. En Allahabad solían hacerlo antes de la cena, para la que se reunían formalmente alrededor de la mesa en pijama, camisón y bata.

—¡Es de papi, es de papi! —gritó Ba cuando Mina Foi se disponía a coger el último trozo de patata.

Ba nunca se dirigía a su marido de forma directa e irrespetuosa, y rescató el bocado delicioso para dejárselo en el plato. El hecho de que cediera la patata a su marido guardaba relación con la pérdida del rubí de Birmania. Dadaji se la comió con cuchara y tenedor y la expresión contrariada de quien, como siempre, tiene que encargarse de resolver los problemas.

—A todo el mundo le gustan las patatas, menos a nuestra nuera Seher —comentó—. Es la única persona que conozco a la que no le gustan.

Mina Foi alargó un dedo para recoger un trozo de cebolla frita que había caído sobre el mantel y se lo llevó a la boca con cara distraída, sin mirar alrededor para comprobar si la había visto alguien, porque si nadie te ve hacer algo, no lo has hecho. Sentía una tristeza desbordante sin motivo aparente; esa melancolía que nace cuando comes manjares deliciosos, pero tu vida está vacía, cuando hay austeridad en todos los ámbitos excepto en la cena. ¿O había sido la llamada telefónica a Sonia lo que la había inquietado, al abrirla al gran mundo y revelarle que otras personas vivían en colinas nevadas y comían tarta de arándanos? ¿O estaba llena de congoja porque los misioneros se habían olvidado de su cumpleaños? Recordó que su sobrina tampoco se había acordado de felicitarla.

En los pendientes de diamantes en forma de flor que Ba nunca se quitaba, ni siquiera para dormir, se reflejó la luz sombría del comedor mientras ella lamía el cucharón del *dal* con la eficiencia de un ama de casa.

Empezó a contar el número de kebabs que habían sobrado para asegurarse de que no desaparecía ninguno antes de que se sirvieran en otra comida.

—Pero es posible que Khansama no haya sacado todas las raciones —señaló Dadaji—. O incluso que no las haya cocinado.

La respuesta de Mina Foi fue leal.

—Mami sabe exactamente cuánto es un kilo de cordero. —No tenía sentido guardar rencor a la única persona que había intentado hacerle un regalo de cumpleaños.

Una vez lamidos los cuchillos y las cucharas, memorizado el tamaño de las sobras y retirados los platos de melamina, Dadaji levantó la mano.

En cuanto lo hizo, Ba volvió hacia arriba la palma de la suya, sorprendentemente pequeña, cuya palidez era signo de una casta superior, tal como se consideró cuando se concertó su matrimonio. Esa superioridad le había permitido celebrar una boda envidiable. Al verla, Mina Foi repitió el gesto con su gran mano morena, muy similar a la de su padre. Khansama apareció con una bandeja llena de frascos de píldoras y se los dio a Mina Foi, que contó las píldoras en la palma de la mano de Ba, y ésta a su vez se las pasó una a una a su marido, que accedió a llevarse su propio vaso de agua a los labios. Vitaminas, enzima de papaya, aceite de hígado de bacalao, Dabur Chyawanprash.

—Se ha borrado la fecha de caducidad de las cápsulas de ajo Siete Mares —dijo Mina Foi escrutando uno de los frascos.

—Tómatelas tú entonces —le ordenó Dadaji a Khansama—. No las desperdicies. Dáselas a tus hijos. Estarán en perfecto estado otro par de años.

Mina Foi se fijó en que en el periódico amarillento que cubría la bandeja se leía: «Hallan en zona tribal a niño criado por lobos.»

Una vez atendidos todos los asuntos prácticos, Dadaji exclamó:

—¡Miradme!

Lo miraron.

—Mientras estábamos jugando al ajedrez, el coronel ha mencionado al nieto que tiene en Estados Unidos, del que me había olvidado por completo. Como ya ha terminado el máster, le he preguntado si estaba casado, y me ha respondido que no. Le he preguntado que a qué estaba esperando. Me han dicho que tenía sus propias ideas y que de poco le habían servido. Luego la mujer del coronel me ha comentado que siempre le llega un olor delicioso cuando pasa por delante de nuestra casa. Me ha dicho: «Pensé que, si no nos mandan ningún kebab, debe de ser por alguna razón. Al menos dennos la receta. Llevo años suplicándosela.»

—¿Por qué íbamos a revelarle los secretos de nuestra cocina así sin más? —le preguntó Ba.

Por otro lado, ¿por qué la mujer del coronel había hecho semejante petición cuando todo el mundo sabe que uno siempre se calla algo al compartir una receta? Siempre hay que eliminar un ingrediente o alterar una cantidad para que el destinatario exclame agobiado: «¡No me queda igual!»

—Llevémosle mañana los *galawati* que nos han sobrado —propuso Dadaji.

—Pero ¿por qué? —replicó Mina Foi—. Podríamos comérnoslos al mediodía.

—Si Sonia se siente sola, el problema tiene fácil solución. Presentémosle a su nieto.

Dadaji, Ba y Mina Foi recordaron en privado un incidente ocurrido hacía una década y que nadie había olvidado, cuando el coronel había animado a Dadaji a invertir en una fábrica de lana que había fundado un colega del ejército con el que había luchado en Cachemira y al que creía deberle la vida. El negocio fracasó y la considerable inversión en mantas, calcetines, pasamontañas y jerséis militares había supuesto una sustancial pérdida económica para Dadaji, quien, claro está, se había enfadado tanto como el coronel se había disculpado. Aunque aquel asunto había introducido una nueva corriente de arrepentimiento y falsedad en su antigua relación de vecindad, Dadaji siguió brindando asesoramiento jurídico gratuito al coronel en su causa judicial para reclamar una indemnización por las tierras que su familia había perdido en Lahore durante la Partición. También continuaron enviándoles kebabs y otros platos de su cocina con la generosidad de siempre, y mantuvieron las partidas de ajedrez, que con tanta elegancia solía perder Dadaji. De ahí que éste hubiera estado inconscientemente esperando el momento de poder cobrar la deuda.

Era esencial permanecer cerca de quienes te habían perjudicado, para que el fantasma de la culpa respirara a través de sus sueños y madurara poco a poco hasta alcanzar su máximo potencial. No era que Dadaji lo hubiera pensado con detenimiento; planear o hacer

cálculos nunca funcionaba, y él mismo quedó asombrado por las posibilidades que se desplegaban ante él. De nada serviría mencionar ese lastre ahora. El coronel no permitiría que su nieto cargara con el error que había cometido su abuelo. Dadaji y Ba podrían limitarse a sugerir una unión deseable entre los nietos, dos individuos educados en Estados Unidos, dos iguales, dos personas que estaban destinadas a estar juntas por el lugar de origen y el de destino. Sin que ninguno de los dos lo mencionara, la deuda podría saldarse de forma satisfactoria.

Ba y Mina Foi fueron testigos una vez más de la genialidad de Dadaji. Puede que hubiera perdido al ajedrez aquella tarde, pero había jugado una partida perfecta.

—¡Y no tendrán la desfachatez de pedir una dote! —exclamó Ba.

De nuevo el chófer enjabonó y lavó las rotundas formas del Ambassador y condujo a la familia a la residencia del coronel. Llevaban una fuente de plata ceremonial con kebabs.

—Hace poco tuvimos noticias de nuestra nieta —comentó Dadaji —. Parece que la soledad es un gran problema en ese país.

Mina Foi se fijó en que, en la mesa auxiliar de marquetería con incrustaciones de marfil, junto al arreglo floral de ikebana de la esposa del coronel, había una fotografía de su nieto. Altivo, con nariz de nabab pero labios de querubín, leía un periódico. A ella le pareció guapo.

—¿Sola? *¿Sola?* —preguntó la mujer del coronel.

—Sin gente no somos nada —dijo Mina Foi—. Sobre todo, en invierno. Allí nieva sin parar.

Betsy y Brett le habían prestado *La casa de la pradera*, y se había convertido en su libro favorito. Debía de haberlo leído cien veces,

aunque sus padres consideraban que las novelas eran un lujo tan inútil como las llamadas telefónicas a los misioneros.

SEGUNDA PARTE

Un invierno vasto y desolado

2

Vermont es pequeña y acogedora en verano, cuando todo parece tener y ocupar su lugar encantador (el agricultor en el mercado agrícola, el niño en el estanque, la abeja en la dedalera, el zorro en el gallinero, el oso en la colmena), pero en invierno las distancias se agrandan, el cielo se torna amenazador, las colinas se convierten en montañas y el lugar se vuelve vasto y desolado. Por eso, durante los dos meses siguientes a las vacaciones de Navidad, se esperaba que los alumnos del Hewitt College se desperdigaran como aves migratorias para realizar prácticas en establecimientos relacionados con su futura profesión: un teatro de marionetas, un banco de inversiones, la Sociedad Numismática o una organización para la reforestación de la selva tropical. Pero los estudiantes extranjeros tenían un visado que no los dejaba acceder a ese tipo de salidas, y los que no podían permitirse regresar a casa ni trabajar gratis aceptaban empleos en el campus, transitando así por los múltiples estados anímicos que trae consigo la soledad durante el invierno.

En su último año de carrera, Sonia trabajaba en la biblioteca, adonde subía todas las mañanas de entre semana desde la Gerstein Chen House, una residencia situada al pie de una colina de la aldea de North Hewitt que permanecía abierta para los estudiantes que no tenían adónde ir. Tras colarse por un hueco en el muro de piedra que

rodeaba el recinto universitario, pasó por delante de la mansión que albergaba el departamento de música, cubierta completamente por las patas de oruga de la hiedra. Por una ventana situada justo debajo de las chimeneas, entrevió una lámpara verdosa encendida y supo que Lazlo había estado tocando el piano toda la noche.

Pasó por delante de los graneros pintados de rojo de la Oficina de Antiguos Alumnos, donde trabajaba Armando. Él ya no vivía en la Gerstein Chen House, pues estaba cuidando al carlino de Dany, el profesor de artes dramáticas, al otro lado de North Hewitt. Sonia abrió la puerta del moderno cubo blanco de la biblioteca donde pasaba el día sin ver prácticamente a nadie. Durante el trimestre de invierno, sólo aparecía por allí Marie por las mañanas para supervisarla, quien demasiado a menudo encontraba a Sonia leyendo los libros que se suponía que debía transferir del sistema de clasificación decimal Dewey a la Biblioteca del Congreso. Pero ¿quién podía resistirse a una biblioteca entera para uno solo? Sonia leyó a Eudora Welty y a Katherine Mansfield. Leyó a Isak Dinesen y a Jean Rhys. Ya había anochecido cuando regresó a la Gerstein Chen House y se hirvió unos fideos *ramen* sobre la bobina eléctrica en una cocina perpetuamente iluminada por fluorescentes. Para darse un capricho, se zampó el paquete de Chacharoni que le había dejado su amiga Audrey Hong. Su nombre original era Jung-hee, pero cuando su familia emigró de Seúl, su padre la rebautizó en honor a Audrey Hepburn. Sus hermanas se llamaban Greta y Marilyn.

Después del plato de *ramen*, Sonia se puso a trabajar en su tesis final de literatura y escritura creativa. Echar de menos a su familia le hacía evocar con fuerza la India. Había empezado a escribir una fábula infantil sobre un niño que se subía a un árbol y vivía como un

mono hasta convertirse en uno, un proceso que se complicaba cuando lo confundían con un santo ermitaño.

Los domingos por la mañana, a las diez en punto, Mamá y Papá llamaban al teléfono de la cabina del pasillo. «¡Deprisa, deprisa!» A Papá le preocupaba el coste.

Pero Sonia hablaba largo y tendido a pesar de lo poco que tenía que contar. Les explicó que una ardilla la había tomado con ella tras haber golpeado descaradamente la ventana para que la dejara entrar antes de trepar malhumorada hasta el tejado para roer un agujero y dormir en el desván que tenía justo encima de la cabeza. Por la mañana temprano la había oído bajar a trompicones por las persianas verdes y saltar hacia los abetos, ayudándose del efecto trampolín de los cables telefónicos, para dirigirse a la tienda de *delicatessen* del cruce, de donde había sacado *baguettes* rancias del contenedor de basura. Había intentado almacenarlas siguiendo su instinto natural, pero el suelo estaba demasiado helado para enterrar nada, así que las había metido en las botas que ella había dejado en el porche e incluso había arrojado panecillos duros por la chimenea. También les habló de Marie, su supervisora. Era pelirroja, a lo que ella misma atribuía su desparpajo. Estaba casada con Cole.

—¿*Coal*, de «carbón»? —le preguntó Papá.

—No. C-O-L-E.

—Pero ¿por qué le pusieron un nombre que suena como C-O-A-L? Todos se reirán de él.

—Nadie se ríe —dijo, irritada por el humor festivo de Delhi y el fingido acento americano de su padre.

Fue Marie quien vio el abrigo amarillo en la colecta de ropa de su iglesia y lo sacó del fondo del contenedor para Sonia. Confeccionado

con unos ribetes verde bosque y lana gruesa de calidad, era ideal para la estación. A Sonia le encantó su leonado abrigo color curry.

—Deja que te haga una foto para enviársela a tu familia. ¿Han visto alguna vez la nieve? Ponte allí, junto a los abetos. Dios mío, es un abrigo horrible —comentó Marie, fascinada con el color chillón de su regalo—. Bueno, al menos ahora no podrás perderte.

Pero Marie se equivocaba. En algún momento, durante aquellas semanas y meses en que las tormentas descendían con fuerza desde Canadá, o ganaban ímpetu al cruzar las Grandes Llanuras rumbo al este, Sonia se sumergió de lleno en el frío polar. Le cambiaba el ánimo sin motivo, por puro capricho, como si una nota de soledad acumulada desplazara el peso hacia otra. Podía dejarse llevar por el pánico y llorar hasta que el llanto se volvía incontrolable, o bien caer sin previo aviso en una balsa de calma y quedarse paralizada ante la omnipresencia de la nieve, que abandonaba las prisas de la llegada y se entretenía, se deleitaba, se deshacía a cámara lenta, seduciéndose a sí misma, nieve afortunada. Entonces su humor podía cambiar. Se sentaba junto a la ventana, como una abuela solitaria, y observaba cómo los copos volvían a cobrar velocidad y volaban hasta que ella misma creía volar, atraída por el paisaje nevado. Con el tiempo, la soledad y la nieve se convirtieron en su mente en una misma cosa, más ligera que el aire, hecha de nada; sólo al enfrentarte a ella te dabas cuenta de que se había acumulado y pesaba demasiado para ceder.

Del cajón de su mesilla de noche sacó el curioso amuleto que le había dado su madre y que había pertenecido al padre de ésta, Siegfried. Era un *gau* tibetano, un altar portátil para una deidad o un talismán, y estaba hecho de plata deslustrada y abollada, con

intrincadas tallas de nubes que se transformaban en dragones. Podía llevarse atado al cuello como un pesado colgante, sujeto a un cinturón, o dentro de una mochila de montaña para cruzar los altos pasos del Himalaya, donde los viajeros necesitaban una guía sobrenatural que los condujera a través de la naturaleza salvaje. Sonia abrió el cierre del *gau* y dejó a la vista una pequeña figura pintada de color rojo sangre y negro leopardo. Saltaba hacia delante como un escorpión que levanta el aguijón en posición de ataque. Los brazos de la criatura acababan en lo que parecían garras, su corazón era de ébano y de él colgaban collares de pan de oro, perlas y rubíes pintados y luminiscentes. Tenía una pierna mutilada tallada como el bastón de madera de un *sadhu*. Y el rostro... ¡no tenía rostro! En su lugar había un vacío agrietado, un semblante quebrado, orificios como ojos de buey en un cráneo.

Mamá le había dado el amuleto la víspera de su partida a Estados Unidos, por si necesitaba una deidad demoníaca que mantuviera alejados a otros demonios y la protegiera en su viaje. Sonia lo tenía abierto junto a su escritorio mientras trabajaba; a veces, a modo de ofrenda, le colocaba delante una piedrecita o una bellota, como si fuera un dios de la escritura que la aterrorizaba e inspiraba por igual. El demonio se llamaba Badal Baba, el Ermitaño de las Nubes. Pero ¿podría Badal Baba mantenerla a salvo? Él era aún más extranjero que ella.

Sonia siempre recordaría con todo detalle la tarde en que otro pájaro de nieve descendió sobre los acantilados de granito, dejando tras de sí montones de plumas que hicieron desaparecer los

escalones de la biblioteca, y un hombre alto, con un abrigo de piel atigrada y un imponente sombrero de *karakul* apolillado, subió por la escalinata.

Sonia salió con la pala.

—No me he molestado en retirarla porque pensé que no vendría nadie.

—Hay personas en estas colinas que necesitan una biblioteca —dijo él casi con severidad, con un acento que ella no logró identificar.

Le quitó la pala de las manos y abrió un camino estrecho, luego se dio la vuelta y sonrió, aunque su mirada no se dirigía a ella, sino que se quedó en su interior. Tenía cara de galgo, distinguida y delgada, y cuando se quitó el sombrero, Sonia vio un mechón de canas en su pelo oscuro. Más tarde, mientras ella trabajaba tranquilamente en el ordenador, el hombre retiró de las estanterías varios volúmenes sobre arte y convirtió la mesa en un mar de libros abiertos; acto seguido sacó muchos lápices de colores y bolígrafos de los voluminosos bolsillos de su abrigo, y empezó a hacer bosquejos entre tarareos. Escribía en las páginas y subrayaba pasajes.

—¡No puede hacer eso! —gritó Sonia.

El hombre estaba escribiendo en *Cartas a Théo*.

—¡Ay, se me ha olvidado! ¡Siempre lo olvido!

Salió y caminó de un lado a otro. Volvió a entrar. Fuera habían caído las temperaturas, la nevada había amainado, la nieve estaba cuajando y en el bosque se acumulaban los copos.

Tres días después, el desconocido regresó.

Cuando Sonia pasó por su lado para regar las plantas de la ventana, él le dijo: «Escuche esto», y le puso los auriculares en la

cabeza. Entre ellos se produjo un momento de incomodidad, inusual dada su diferencia de edad.

Los auriculares estaban calientes. Ella oyó un grito desgarrador.

—¿Qué es?

—Un búho. Tengo grabados más de doscientos tipos. El de Sokoke, el Ryukyu, el Torotoroka, el de Oaxaca, el reidor, el de madriguera, el Chaco, el Ural, el Sichuan, el mopoke, el ladrador, el guiñador, el enmascarado de Tasmania, el temeroso, el patas desnudas, el estigio, el Sierra del Norte, el perlado, el Ookpik, también llamado el fantasma de la tundra, conocido a su vez como el Gran Terror del Norte.

Sonia se miró sus dedos largos como ramitas sobre la mesa de roble. Sus manos le parecieron extrañas y desmesuradas.

—Aquí hay varios búhos indios: el *Bubo bengalensis*, el *Athene brama*.

El chirurr-chirurr de un mochuelo moteado quedó sepultado bajo el ruido del tráfico, las bocinas de los automóviles y la gente.

—Suena como el búho que vivía detrás de la casa de mis abuelos. Me miraba con una cara tan seria cuando me lavaba los dientes que daba risa.

—¿Fue la época más feliz de su vida?

—Sí.

A ella le sorprendió la sencillez de la pregunta, y también la sencillez de su respuesta. Nada le gusta tanto a un niño como una tarde normal en una casa llena de gente.

—¿Cómo era ese cuarto de baño?

El lejano cuarto de baño en penumbra que Sonia compartía con Mina Foi en Allahabad era tan grande como el dormitorio que

también compartían, y se hallaba en el lado sombrío de la casa de sus abuelos. Una tribu de feroces mosquitos a rayas blancas y negras prosperaba junto a una capa de lodo poco profunda donde nunca drenaba el agua. Debajo de los grifos había cubos y una plataforma de madera reblandecida y podrida a la que uno se encaramaba para bañarse, dándose palmadas en el trasero desnudo cuando atacaban los mosquitos. El jabón, en una jabonera de plástico rosa colocada sobre un taburete de plástico a juego, era verde, de la marca Margo, y perfumaba todo el cuarto de baño con un profundo olor a hojas. El jabón para la ropa con el que Mina Foi se lavaba las bragas todas las mañanas, del color marrón de las lagartijas que cazaban los mosquitos, se había derretido hasta convertirse en un montón de arcilla en un rincón del alféizar al que nunca se quitaba el polvo y del que colgaban capas de telarañas tejidas por arañas muertas hacía mucho tiempo.

Al otro lado había un lavabo alto debajo de un espejo del tamaño de un sello de correos incrustado en la pared, y en otra esquina, un retrete aislado. Por encima de él, casi tocando al techo para aumentar la presión del agua, había una cisterna de la que colgaba una larga cadena. Si alguien tiraba de ella, el agua empezaba a arremolinarse poco a poco como una serpiente alrededor de la taza agrietada y descolorida antes de desaparecer por la vieja garganta con el ruido sordo de una alcantarilla en la estación lluviosa.

El *ayah* jorobada entraba incluso cuando alguien gritaba que se estaba bañando. Se movía despacio, como si excavara un túnel, para recoger la ropa desechada, y salía sin hacer ruido, dejándose guiar siempre por la pared.

Fuera de la ventana del cuarto de baño había una morera en la que vivía el búho que giraba la cabeza sobre su cuello y observaba asombrado el interior, con unos ojos que eran como una lámpara entre la bruma de su plumaje. Un plumaje, recordó ahora Sonia, que parecía salpicado de nieve, hasta el punto de que al mirar a la lechuza uno sentía fresco aun en pleno verano.

El hombre escuchaba con atención mientras se sacaba una clementina del bolsillo. Tras pelarla pulcramente en una sola tira, le dio un gajo a Sonia y se comió otro.

—¿Conoce un libro sobre las sombras del escritor japonés Tanizaki? ¿No? Pues él sostenía que las sombras y los baños viejos y lúgubres eran una puerta al pasado, y que las sombras hacen que la vida sea teatral y misteriosa, terrenal y natural. Recuerdo esos baños indios.

—¿Ha estado en la India?

Él le dio otro gajo de clementina.

—Los cuartos de baño de los palacios y las fortificaciones de Rajastán tenían un aire melancólico, con pilas de mármol que jamás podrían llenarse en un paisaje tan árido. Las palomas se colaban en ellos y los monos metían la mano y nos robaban la ropa mientras nos bañábamos... Yo nunca había visto tantos animales sueltos. Era como si nosotros fuésemos las criaturas del zoo y ellos estuvieran libres; los monos, los pavos reales y las vacas pasaban y nos miraban por las ventanas.

El hombre se levantó e hizo un movimiento de pájaro hacia un lado, luego imitó un mono bandido de mirada perversa.

—¡Puedo hacer muchos más! —exclamó—. Los practicaba cuando era niño y nunca los he olvidado. —Se sacó otra clementina del

bolsillo—. ¿Puedo preguntarle por qué está aquí?

—La universidad cierra dos meses durante el invierno.

—¿Por qué?

—La calefacción sale muy cara, y se supone que durante este tiempo tenemos que hacer prácticas, pero los estudiantes extranjeros, como Armando, Lazlo o yo, sólo podemos trabajar en el campus. Aunque a ellos casi nunca los veo.

—¿Está sola todo el invierno? —le preguntó.

—Sí.

—¡Yo también estoy solo!

—Mi única compañía es una ardilla que da golpecitos en mi ventana cuando hay ventisca.

—Entonces, ¿por qué no la invito a cenar este fin de semana? No deberíamos comer solos cuando el resto de la humanidad está fuera disfrutando.

Dijo que se llamaba Ilan de Toorjen Foss.

3

Los asientos eran de un cuero duro color caramelo que crujió cuando Sonia subió al coche. El lacado de la carrocería era del mismo tono mostaza que su abrigo.

—Un abrigo interesante —dijo él.

Al avanzar, los faros iluminaban los bancos de nieve y hacían brillar los ojos de los ciervos. Más allá de los árboles desnudos, Sonia podía ver a la luz de la luna los acantilados y las cordilleras ocultos hasta entonces. La embargó una emoción sutil y delicada, pero no tardó en volver a sentirse incómoda, y para sobreponerse le preguntó a Ilan por qué estaba en Vermont.

—La luz de la nieve y el silencio son como una puerta secreta. Mis cuadros se vuelven más misteriosos.

—¿Eres pintor?

—¿Hay otra manera de vivir?

—Mi abuelo materno también pintaba —respondió ella—. Era un teósofo alemán llamado Siegfried Barbier que subió en mula al Himalaya en busca de lo oculto. Qué casualidad, ¿no?

—Ah, eso explica tu estatura. Las casualidades no existen. ¿Lo encontró?

—Desapareció escalando una montaña mucho antes de que yo naciera.

—Cuando te vi supe que la historia no sería sencilla. Tengo buen olfato.

¿Por qué le confesó enseguida algo tan personal? Porque su sensación de soledad invernal se había agudizado y se había visto empujada a contar sus anécdotas más interesantes para parecerle atractiva, pensando que así podrían conocerse más rápido y mejor y que eso quizá aliviaría su soledad.

Fueron en coche hasta un restaurante japonés en un acantilado con vistas a un arroyo medio congelado.

—¿Qué pintas? —le preguntó ella antes de pararse a pensar si era una pregunta tonta.

—Pinto cosas aparentemente buenas como si fueran malvadas, y al revés. Junto lo que no va junto. Eso es todo lo que te voy a decir. No hay nada peor que un artista que empieza a soltar teorías artísticas sin pies ni cabeza cuando se le pregunta qué está pintando. Casi todos hablan así ahora. Por eso no tengo amigos artistas. Aprendí de Van Gogh que debes describir tu cuadro con absoluta sencillez, igual que un viajero describiría un paisaje o una escena cotidiana. Si lo haces, vives dentro de tus cuadros, y eso es todo a lo que yo aspiro.

Sonia se distrajo con el *sushi* que le pusieron delante.

—Nunca había estado en un restaurante japonés —admitió.

Audrey Hong le había enseñado a mezclar una pizca de wasabi con soja y a manejar los palillos, sosteniendo el de arriba como si fuera un bolígrafo, pero le preocupaba hacerlo mal.

—¿Nunca? ¡No se lo digas a nadie! Pobrecita, ¿qué has estado haciendo toda tu vida?

Ilan cogió una pieza de *nigiri* con olor a mar y se lo metió a ella en la boca. Sonia notaba una de las mejillas congelada por el frío del cristal de la ventana que tenían a un lado de la mesa, y la otra casi fundida por el calor de la chimenea cercana. El calor se derretía y serpenteaba dentro de su oído como aceite líquido, y ella se dejó seducir por el siseante crepitar del ave fénix dorada que ascendía por el conducto de la chimenea, y, más allá de la ventana, por el bosquecillo de bambúes (pequeñas hojas, cada una cubierta por una capa de nieve) que se rendía al silencio.

—Dime, ¿quiénes son tus padres? —le preguntó él—. ¿Tu mami te quiere?

Era una pregunta extraña, pero al mismo tiempo parecía amable, porque ella podía responder algo. Qué podía decir a un desconocido que le llevaba... ¿cuántos años? Muchos.

—Sí. ¿No te quiere la tuya?

—La verdad es que no. Por eso me interesa el tema.

—¿Estás seguro? Podría quererte sin demostrarlo.

—No. —Él sonó enfadado, como si ésa fuera la respuesta equivocada—. Ella nunca me ha querido.

—¿Por qué?

—¿Hay alguna razón que pueda justificarlo? No lo sé, sólo sé que es verdad. ¿Te imaginas tener una madre que te odia?

—No.

—¿Por qué dices eso? Hace que me sienta menos querido.

¡Qué giro tan extraño! Sonia intentó subsanarlo.

—Pero mi madre es una persona distante y no quiere a mi padre.

—Ah, esa actitud puede ser un signo de inteligencia, o de egoísmo, infelicidad, superioridad y juicio, o bien de que está

escuchando una música interna.

—Su desapego irrita a mi padre. Él no puede evitar espiarla y ella siempre está intentando escapar.

—Debe de ser guapa.

Sonia estaba orgullosa de la belleza de su madre.

—Sí, pero si se lo dicen se enfada.

—Mmm, qué raro. La mayoría de las mujeres ronronean cuando las piropean.

—Dice que los indios están obsesionados con quién es guapo y quién no, y que ante su falta de imaginación para percibir la belleza van a lo fácil y dividen a la gente en feos y guapos. Los malos gravitan hacia los que perciben como guapos, y esos a quienes se considera normales están condenados a sufrir y fracasar.

—¿Por qué? La belleza está más allá del bien y del mal. Los buenos también se sienten atraídos por la belleza —replicó Ilan.

—Pero los malos los apartan de su camino. Hay hombres que siguen a mi madre cuando pasa por el parque; hay uno que lleva veinte años yendo todos los días a los Jardines Lodhi sólo para mirarla, y no tenemos ni idea de quién es. Cuando va al mercado, mi padre interroga al chófer para saber exactamente adónde ha ido. Un día ella se echó a llorar diciéndole que ni siquiera podía lavarse el pelo tranquila, que notaba su impaciencia al otro lado de la puerta. Y él recordó que, durante su luna de miel, ella viajaba tan absorta en su libro que, al levantar los ojos de la página, nunca sabía qué decirle ni dónde estaban. El libro le interesaba más que Cachemira, por no hablar de su nuevo marido.

Sonia había heredado el amor por los libros de su madre, que a su vez lo había heredado de su padre, Siegfried Barbier.

—¿Qué leía?

—*El castillo*, de Kafka.

—Una elección curiosa para una luna de miel: esa profunda sensación de desconexión que anticipaba lo que ocurriría en Alemania.

Mientras Sonia hablaba, Ilan la dibujaba en un cuaderno y escribía lo que ella decía: «Mi abuelo subió en mula al Himalaya en busca de lo oculto.» También la fotografió con una pequeña Leica.

—Tienes una familia interesante y unas manos expresivas.

Estas palabras la halagaron, y en los días y meses que siguieron ella siguió traicionando a su familia y a sí misma.

Se acabaron la botella de sake e Ilan deslizó una mano por debajo de la mesa y la puso en las rodillas de Sonia. Cuando ella juntó las piernas, él sonrió, levantó la mano y se la deslizó por debajo de la blusa. Nadie lo observaba, el personal era discreto o estaba distraído, y no había más comensales. Al verse reflejada en la ventana, entre el bambú, sintiendo una mano sobre su pecho, Sonia tuvo la sensación de que su vida se dividía en dos (su vida normal y la del reflejo), y le pareció que, bajo la palma de él, el pecho se le transformaba en una paloma.

—¿Por qué no vamos a mi casa? —le preguntó Ilan, pero, una vez en el coche, Sonia estaba nerviosa.

—Estoy cansada. Debería irme a casa.

—Entiendo. —Él se volvió formal y educado. La acompañó—. Gracias por esta noche.

Se despidió con una inclinación.

De vuelta en la habitación de su residencia, Sonia se tumbó en su cama estrecha y se dio cuenta de que estaba intolerablemente

borracha. Se levantó para detener la sensación de estar cayendo en un abismo insondable y se paseó por el pasillo mal iluminado, sudando con un hedor agrio. Pese a la tiritona, la ropa le resultaba insoportable y se la quitó. Fue al cuarto de baño y bebió del grifo, pero cuanta más agua bebía más borracha se sentía. Se arrodilló ante el retrete y vomitó la carísima cena, que había costado lo que ella gastaba en comida durante un mes o más. Volvió a su habitación, se tumbó de nuevo y sopesó el precio a pagar por no haberse ido con Ilan (quedarse inquieta y sola), hasta que oyó que la ardilla del desván empezaba a moverse con gran estrépito, como si llevara botas puestas e hiciera rodar el grano almacenado por el suelo. Al verla dirigirse al contenedor para recoger *baguettes* rancias, Sonia le gritó:

—¡Se supone que eres arborícola!

La ardilla la fulminó con la mirada. Si a ella le tocaba vivir en los árboles, el lugar de Sonia estaba en las cavernas.

A la mañana siguiente, en la biblioteca, Sonia regó de cualquier manera las plantas de jade y ordenó los libros sin poner atención.

—Cené con ese hombre que ha estado viniendo a la biblioteca —le comentó a Marie.

—¿Ese viejo? ¿No puede ligar con alguien de su edad?

Sonia se revolvió.

—Es pintor.

Se le ocurrían muchas razones por las que un artista podría querer relacionarse con ella.

—¿Alguien ha oído hablar de él?

Sonia había buscado en los catálogos de la biblioteca, en los archivos de periódicos que se conservaban en microfichas. Sólo

había encontrado su nombre en una colección privada de Suiza, en un cuadro titulado *La mujer del dictador*.

—No es viejo —dijo.

—Debe de tener treinta años más que tú.

—No creo que la edad sea el problema.

—Desde luego que lo es. Lo que significa la juventud para estos viejos es repugnante.

No hacía mucho Marie le había dicho: «Parece que no te interesa nada echarte novio. En los tres años que llevas trabajando en la biblioteca no has tenido ni uno. Bueno, creo que es inteligente por tu parte. Debemos descubrir quiénes somos antes de liarnos con alguien.»

Pasaron algunas semanas, y cuando sus padres llamaron por teléfono, Sonia volvió a sollozar.

—¿Qué pasa?

No pudo responder.

—¿Ya no escribes cuentos? —le preguntó Mamá—. ¿No lees?

Leer una novela particular en un lugar particular podía ser una experiencia deliciosa. Sin embargo, Sonia era incapaz de leer. Había sacado *Anna Karénina* de la biblioteca, pero ni siquiera una historia de amor en el país de las nieves profundas lograba captar su atención.

Doce horas después sus padres volvieron a llamarla, y ella seguía llorando, esta vez era un llanto histérico y entrecortado, como si apenas pudiera seguir la conversación.

—Díselo a Marie si te sientes sola —le dijo Mamá cogiendo el teléfono—. Es una mujer amable, ¿verdad? O dame su número y la llamo yo.

—¡No!

Sonia imaginó el teléfono sonando en la casa de muñecas junto a la Ruta 9 donde vivía Marie con su marido Cole. Imaginó a su madre, que llamaba desde la abarrotada Nueva Delhi, una ciudad de más de diez millones de almas que no podrían quedarse a solas por mucho que lo intentaran, contándoles que a su hija le daba vergüenza hacerle saber a Marie que se sentía sola.

—¡Me paso todo el tiempo intentando fingir que no me siento sola! —respondió a su madre.

Da vergüenza reconocer que te sientes solo, y el único alivio a esa vergüenza es aislarte, que es justo lo que te hace sentir solo.

—¿Y qué hay del chico de Bulgaria o el de Filipinas? Seguro que están igual que tú.

Sonia saludó a Lazlo con una mano cuando lo vio en el sendero junto al estanque. Él le devolvió el saludo, dio media vuelta y se marchó por donde había llegado, como si hubiera olvidado algo. Parte de su misterio estaba ligado a su expresión de impenetrable tristeza aristocrática: se quedaba inmóvil ante cualquier gesto de reconocimiento humano. Cuando nadie le prestaba atención, regresaba a la vida. Una vez Sonia lo oyó cantar con voz suave y firme entre las estanterías de la biblioteca. Lo llamó por su nombre y él se detuvo. Luego, cuando creyó que ella se había alejado, volvió a cantar como si quisiera hacerlo a los cuatro vientos.

Telefoneó a Armando, y él la invitó a cenar. Armando no se sentía solo. Las señoras de la oficina de antiguos alumnos lo adoraban por las historias que contaba sobre la colección de bolsos de su madre, las fiestas de cumpleaños de su padre en Manila, donde siempre

había tantos platos como años cumplía, o los innumerables pretendientes de su hermana.

—¡Sonia! —Abrió con un gesto fastuoso la puerta de la casa de Dany, el profesor de artes dramáticas, la atrajo hacia sí y la hizo entrar en el vestíbulo bailando un vals—. Tengo algo que contarte.

—¿Qué?

—¡Soy gay! —exclamó él haciendo una hermosa reverencia con los brazos extendidos—. ¡Soy filipino y soy gay! Formo parte de una doble minoría. —En Estados Unidos esas realidades tenían peso y valor. Y añadió—: Creo que siempre lo he sabido y por eso dije que quería ser sacerdote.

Armando era estudiante de último curso, como Sonia, y creía que era prudente quedarse en Estados Unidos porque sería más fácil ser gay allí que en su país. Pero ¿cómo conseguir un empleo que le permitiera cambiar su visado de estudiante por uno de trabajo?

—¿Tus padres cuentan con que te quedes en Estados Unidos? —le preguntó a ella.

—Quieren que me quede porque aquí están más abiertos al mundo y las mujeres viven con más libertad, pero también dicen que se sentirán de lo más orgullosos si vuelvo.

Permanecieron un rato callados, pensando. Después de licenciarse, se les permitía quedarse un año en Estados Unidos para adquirir experiencia laboral, pero luego tenían que encontrar a alguien que respondiera por ellos, o con quien pudieran casarse, o les tocaba regresar a su país de origen. Armando se puso el delantal de Dany y removió un guiso de bacalao con tomate que borboteaba y salpicaba de rojo y naranja el fogón. Había seguido una receta del libro de cocina española de Dany.

—Bueno, esto no se lo puedes contar a nadie —le dijo mientras se sentaban a comer lo que no se había salido de la cazuela—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —respondió Sonia, tomando nota mental de que no debía contar secretos a alguien que los divulgaba mientras hacía prometer a los demás que los guardaran.

—Bueno, el fin de semana pasado estaba tan aburrido que me puse a fisgar por ahí y me encontré con una carpeta llena de cartas.

No pudo evitar leerlas y se enteró de que Dany tenía un amante yemení llamado Ali, un hombre casado y con hijos en Saná, pero al que había conocido en Londres, donde Ali había estado trabajando de camarero. Llevaban dos décadas reuniéndose dos semanas al año en Estambul: Dany pagaba los billetes y Ali sólo tenía que inventarse una excusa para su esposa. A Armando le brillaban los ojos.

—¿No es bonito, además de muy triste?

—Y tan afortunado como desafortunado... Pobre esposa, pobre Dany, pobre Ali, pobre perra. —Sonia se dio cuenta de que a la carlino se le había desenroscado la cola y estaba sentada junto a la ventana, con la mirada fija en el camino de acceso, esperando a que volviera Dany.

—¿Sabes quién me gusta?

—¿Quién?

—¡Lazlo! No puedo dejar de pensar en él. Le he escrito una carta de amor.

4

De regreso en la Gerstein Chen House, Sonia intentó distraerse. Llenó la bañera y se sumergió en el agua caliente con olor a cáscara de huevo. Aun así, no pudo evitar hacer lo que se disponía a hacer. Estaba a punto de dejar atrás una etapa de su vida y le apremiaba tener una experiencia romántica. ¿No había ido a Estados Unidos justo para eso, para experimentar con el amor de forma anónima en compañía de alguien que fuera tan desconocido para ella como ella para él, una aventura que podría resultar embarazosa o adversa, pero que no la perseguiría, sino que se quedaría en las discretas páginas del invierno?

Chorreando agua, telefoneó a Ilan desde la cabina.

Él pareció encantado.

—Vaya, pensé que no te gustaba. ¡Ven aquí ahora mismo! Voy a trabajar toda la noche.

La casa estaba más lejos de lo que Sonia había supuesto cuando se puso en camino. Subió con dificultad una cuesta y bajó otra entre dunas de nieve; el aire era tan helado que le cortaba la cara y las manos. Tras acceder a una propiedad por una entrada sin verja, avanzó por un camino rural que serpenteaba por el bosque. A lo lejos, a la luz de la luna, vio un valle y una manada de ciervos, sombras negras y silenciosas que se movían sobre un fondo

plateado. Vio también las sombras de las cicutas y los nogales negros cubiertos de nieve, de los arces, el huso alado y las colinas. Vio dos altos suflés de nieve sobre unas urnas inmensas, y más adelante la silueta de una casa, columnas acanaladas de dos pisos de altura, con las luces encendidas en varias habitaciones.

Ilan abrió la puerta que daba a un vestíbulo dominado por una figura totémica con pico que, según llegaría a averiguar Sonia, estaba tallada en helecho petrificado y procedía de la isla de Malakula. Desde allí se accedía a una sala que estaba prácticamente vacía, salvo por varias mesas de caballete repletas de libros y objetos, un distinguido diván tapizado en terciopelo amarillo y dos biombos japoneses de tres metros y medio de largo cada uno, pintados a pincel sobre papel gris carcomido por los gusanos, uno con una escena de montañas y cascadas, el otro con una de islas y océano. En el alféizar de la ventana, junto al radiador, se estaba secando un cuenco de cerámica con marihuana que olía de maravilla. Ilan estaba de pie junto a una mesa con fotografías, envuelto en una bata de *tweed*.

—Mira, Sonia, ¡aquí está mi madre!

Le pasó una fotografía de una mujer joven con la melena oscura peinada en elegantes ondas a un lado, una elegante mano enguantada extendida y un elegante pie enfundado en un elegante zapato de tacón bajo, levantado en el aire mientras la ayudaban a bajar de un reluciente bote hecho de paneles de madera que recordaba un escarabajo de agua en el embarcadero de un hotel. En lo alto, montañas escarpadas, talladas como puntas de flecha, contrastaban con un lago que se adivinaba voluptuoso, como de ensueño.

—¿Esto dónde es?

—Es el Grand Hotel Villa Serbelloni del lago de Como. En verano se puede nadar en el lago de Lecco, al otro lado, donde hay menos tráfico de barcos, entre delgadas y tímidas culebras de collar de escamas negras. El agua está tan calma que parece leche, y mientras nadas en el lago, que el sol apenas ha templado (no hay que ser tan insensato como para hundir las piernas en el fondo gélido, mejor mantener los dedos de los pies chapoteando en la superficie tibia), puedes contemplar la nieve en las cumbres. Cuando sales, estás tiritando y te sacudes doradas culebras de collar, que se deslizan entre los olivos, que también brillan y tiemblan, como si fueran hojas de agua, y luego, poco a poco, el sol te calienta y dejas de tiritar para quedarte, como un geco o una piedra, totalmente inmóvil. —Estudió la fotografía con interés, como si la viese por primera vez—. Pero mira cuántos camareros y mozos hay al lado. ¡Cómo odio a los ricos!

—Pero debíais de ser ricos para alojaros en un hotel así.

—Por eso sé que todo el mundo debería odiar a los ricos.

—¡Pero tú también estás ahí, disfrutando de ser rico!

Sonia podía ver en él tanto de rechazo como de placer.

—Sí. Mira qué glamour tenía mi mami. Fue esa misma tarde, justo el día en que se tomó esta foto, cuando la vi reflejada en el lago y pensé: «¡Estoy enamorado de mi madre!»

—Pensaba que habías dicho que no te quería.

—Y no me quiere.

—¿De dónde es tu madre?

—Los antepasados de su padre eran banqueros de los otomanos y se fueron a Viena y a París. La familia de su madre eran funcionarios

coloniales en la India.

—¿En la India?

—Te dije que tenía un vínculo con la India... Ya sé algo sobre ti, ¿lo ves?

Se acercó a examinar la marihuana y la picó con una paleta como un ama de casa con una espátula. Enroscó la cazoleta al cuerpo de la pipa de viaje, la llenó de marihuana, la encendió con una cerilla y dio dos caladas seguidas exhalando el humo por la nariz.

—Y ésta es de donde vivo ahora, cuando no estoy aquí.

La siguiente foto mostraba a lo lejos un paisaje muy diferente, unas ruinas desperdigadas en lo que parecía una jungla de cactus. En el centro se veía un muro pintado de un rojo tierra intenso con una chimenea tallada en un solo bloque cuadrado de piedra volcánica. Las ventanas de ese muro en ruinas se abrían a valles y cañones, allá abajo, en los que pacían bancos de nubes.

—¿Dónde está hecha?

—En México.

Nunca en toda su vida había sido feliz hasta que, para convertirse en artista, como tantos artistas antes que él, huyó a México, adonde llegaba gente de todas partes del mundo. Unos escapaban de las guerras o de la pobreza de Europa, otros se habían exiliado allí provenientes de otras partes del continente, también estaban los que habían ido atraídos por la Revolución, o en busca de un ideal primitivo, fascinados por los artefactos que habían visto en los museos de Berlín y Nueva York, y algunos se habían acogido a la ley en favor de los veteranos de guerra y se dedicaban a beber como cosacos para prender fuego al pasado en su memoria.

—¿Y por qué fuiste?

—Por el momento de éxtasis. «¡No hay azul sin naranja!» Eso lo escribió Van Gogh en una carta a su hermano. Quería pintar todo lo que veía. Sufría el síndrome de Stendhal. ¿Sabes lo que es? ¿No?

»Pasé mi primera noche en la plaza de una aldea construida en la ladera de un volcán humeante. Olía a copal por una festividad religiosa y a pólvora quemada de los fuegos artificiales de la celebración. Oía una banda de vientos. El sonido llegaba invisible tan pronto de una dirección como de la contraria, y luego desde lo alto de la colina. Vi unas marionetas gigantes con forma de esqueletos detrás del convento, asomando por encima de los árboles... y, de repente, la música se interrumpió en mitad de la melodía, como si los miembros de la banda, impulsados por una premonición, hubieran dejado caer los instrumentos y echado a correr.

»Pintaba en una hacienda de color marrón terroso, fresca incluso en verano, cuando la luz te deslumbra y no ves nada fuera. Las vasijas de arcilla en las que crecían los membrillos eran tan viejas que se estaban convirtiendo de nuevo en barro y manchaban las paredes, y en el armario había tazas de café de Silesia, rosas y doradas, con los colores desvaídos y las asas demasiado pequeñas para sostenerlas.

»En una iglesia de montaña, vi a una novia vestida de negro que lloraba del brazo de un anciano. No había novio. Como en la India, no podía entender qué estaba pasando ni por qué, ningún libro lograba explicarlo de forma satisfactoria y, cuando preguntaba, cada cual me daba una respuesta diferente. Me di cuenta de que, en mi búsqueda de lo surrealista, había hecho otro hallazgo: la idea de lo surrealista era europea. Eran los europeos quienes veían la verdad

del revés. Pinté a un pescador del lago con los pies de raíces de jacinto; nunca había tenido zapatos.

»Pensaba que en México podría ser feliz, y no sería una felicidad ordinaria. Podría conocer la miseria e infundirle nobleza. Allí lo trágico alcanza cotas impensables aquí, y en los momentos felices siempre resuena un murmullo de tristeza.

»Barragán fue el responsable de la restauración de esta ruina. ¿Conoces a Barragán? ¿No lo conoces? ¿Qué te enseñan en la universidad?

»No importa. —La cogió de la mano y la condujo por las escaleras hasta un rellano con un espejo encastrado en la madera tallada—. Mira —dijo poniéndola delante—. Tu cuerpo es inteligente. Eres como un leopardo. No debes engordar nunca.

Desde ese rellano, las escaleras se bifurcaban a derecha e izquierda para separar las distintas alas de la casa. Ilan la llevó por la de la derecha a otra habitación también espartana, con una cama de latón y una chimenea de azulejos blancos con barcos azules.

—Pero hace un frío que pela —dijo ella.

—¡Sí, vete corriendo a la cama!

Luego se metió él y se desnudó debajo del edredón lanzando las prendas de forma juguetona: la bata de *tweed* a la derecha, los pantalones a la izquierda, los calcetines sobre la lámpara y los calzoncillos directamente a la luna. Entonces se volvió hacia ella y le introdujo la lengua caliente en su boca caliente con una espontaneidad sorprendente y divertida.

Sonia miraba la luna moteada de sombras mientras experimentaba la mecánica del sexo como a distancia, y su primera vez terminó antes de que hubiera empezado propiamente. Los miró a ambos

recostándose alejados el uno del otro en ángulos dispares. Fue al cuarto de baño y se lavó el líquido viscoso de color óxido que le caía de entre las piernas, aliviada por la discreción de su cuerpo. El pobre había hecho todo lo posible por quedarse a su lado y no ir por libre; no había soltado un melodramático torrente rojo escarlata, ni gritado de miedo, ni montado una escena. Al volver, se acercó a la cama y se tumbó totalmente recta, con la cabeza en la almohada y las manos sobre su esbelto vientre. Se sentía más ligera, más delgada, y un poco alterada. Tenía la certeza de que no estaba comportándose como tocaba: no sabía qué debía hacer o decir una mujer en un momento así.

—Nos hemos olvidado de correr las cortinas.

Ilan pareció sorprendido.

—Es bonito mirar la nieve. —Se rió—. ¡Eres toda un ama de casa de clase media!

—No. —Ella se ofendió—. Es que a la luz de la luna tenemos un aspecto espeluznante.

Finalmente, Ilan se acercó a la almohada iluminada por la luna. Se durmieron, Sonia a ratos, hasta que en mitad de la noche un viento extraño se precipitó desde las montañas, se coló por debajo de las puertas y gimió con voz de bruja a través de las grietas de las ventanas, que temblaron en sus guías y empezaron a traquetear.

—¡Despiértate, despiértate! —Cuando Sonia abrió los ojos sobresaltada, se lo encontró corriendo presa del pánico, completamente desnudo, encendiendo luces y vistiéndose—. ¡Despiértate, estoy cogiendo un resfriado, estoy cogiendo un resfriado! ¡Ayúdame!

Aunque lo observaba con curiosidad —nunca había visto a un hombre adulto corretear desnudo—, también entró en pánico. Se agachó hasta donde estaba su ropa esparcida por el suelo y le tiró su jersey.

Una vez envuelto en dos capas, él volvió a la cama y la abrazó aliviado. A ella aún le latía el corazón con fuerza, pero empezó a reírse con complicidad al caer en la cuenta de que Ilan había hecho el ridículo probablemente tanto como ella.

—¡Menudo numerito!

—¡Me pongo malo en diez minutos!

Nada puede hacer más feliz a un hombre que verse arropado bajo un plumón de ganso por la hermosa joven que lo ha salvado mientras ella lo mira con adoración y le toma un poco el pelo. Ilan puso los pies de Sonia entre los suyos.

—¡Te estás calentando los pies con los míos!

—¿Volvemos a hacer el amor?

—Pero entonces tendrás que desnudarte de nuevo —dijo Sonia, que sentía un dolor agudo entre las piernas.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, encontró a Ilan mirando por la ventana con los dedos extendidos hacia la luz que inundaba la habitación; el sol, aunque estaba al otro lado de la casa, se reflejaba en la nieve y hacía brillar las agujas de hielo dispersas en los pinos. Movía los dedos como dos bastones en posición de lucha. A Sonia le preocupaba salir de la cama desnuda bajo la cruda luz del sol. Comprendió que un pintor viajara tan lejos para obtener esa claridad purificada por la nieve.

Ilan se dio la vuelta.

—¿Y si pinto un cuadro y el cuadro se convierte en tu destino? Puede funcionar así.

La observó con una expresión que ella no supo interpretar.

—¿Así cómo?

—Bueno, si eres un buen artista, cosa que desde una perspectiva narcisista creo que soy, y trabajas todos los días de tu vida, cada vez le das más de tu vida al arte, de manera que vas quitándote vida hasta quedarte con un vacío que no te atreves a mirar. Poco a poco, cada día y cada hora, cada mes y cada año, vas recogiendo material como una urraca o una abeja, transportándolo laboriosamente como una hormiga, consumiéndolo y desmenuzándolo como una lombriz. Como una urraca, una hormiga, una lombriz o una abeja, recolectas y acumulas, poniendo una porción más de tu vida en el arte, una porción de vida corriente en la vida de los sueños, una porción de realidad en la irrealidad; tu intuición se desarrolla hasta que logras percibir el pulso.

—¿El pulso de qué?

—Sólo el pulso. Captas la corriente subterránea y pintas lo que pasa antes de que pase. A veces pintas un retrato y alguien se enamora de él porque lo hace sentir sensual o al fin satisfecho; o le infunde coraje, ambición, y vive una vida expansiva una vez que tiene una imagen de sí mismo que lo anima a hacerlo. Otras veces pintas un cuadro que inquieta a alguien, que saca a la luz su vergüenza o contradice el concepto que tiene de sí mismo, que lo persigue, que predice su futuro y lo atrapa... Puede que pinte un cuadro que vea todo el mundo, y tú te enfades y sientas que no existes fuera de él...

—Pero tú no harías eso, ¿verdad? —le preguntó ella.

—¿Quién sabe lo que haré? Te has convertido en un verdadero artista cuando hasta la muerte de la persona que más quieres en el mundo no es sino otra oportunidad para pintar, otra forma de profundizar en tu arte.

Sonia sintió que brotaba en ella la esperanza narcisista de que llegase a pintarla; sin duda un artista sólo elige como compañera de cama a una mujer con un rostro inusual. Pensó en su abuelo, el pintor que había buscado lo oculto, y en su abuela, a la que ella se parecía. Después de la intensa vida de su abuelo y de su trágica desaparición, sus dos hijas (la madre de Sonia y su tía Meher) no pudieron soportar llevar una vida corriente.

Ilan se inclinó, cogió la cámara que tenía junto a la cama y le hizo una foto.

—No te preocupes —le dijo—, sólo eres pelo largo y negro y un ojo de obsidiana.

Abrió mucho los ojos para clavarlos en los de Sonia.

—Tienes los ojos grises —dijo ella.

—Gris oscuro, pero rodeados de ámbar, ¿lo ves?

Los abrió más y se convirtieron en los de un búho.

—Sí.

—Y presumo de ellos. Y soy pintor. ¿Y si esto significa que me quedaré ciego?

—Eso no tiene sentido.

—Es cierto. No lo tiene. ¿Deberíamos levantarnos y comer mermelada de fresa para ser felices?

Una semana después, ella volvió a aceptar su invitación, y tomaron la costumbre de verse todos los fines de semana. Cada vez que se veían hacían exactamente lo mismo. Salían a dar una vuelta en coche y, exaltados por el paisaje y hambrientos, iban a cenar al restaurante japonés, donde ya no tenían que pedir. El camarero hacía desfilar los platos: un caldo con olor a minerales, unas delicadas natillas apenas cuajadas y perfumadas con la fragancia de los crisantemos, huevas resplandecientes que sabían a mar al estallar entre los dientes, raíces de otoño encurtidas... Por lo general eran los únicos comensales, pero de vez en cuando entraba una anciana con un largo abrigo de visón, tan negro que brillaba plateado y no transmitía calor sino frío, ayudada por un chófer y un cuidador de mediana edad con una parka de plumón azul celeste. Un día, en el aseo de señoras, le dijo a Sonia que era de Malaui y que vivía en las colinas en una mansión junto con otros cinco empleados, todos de Malaui.

—Debería pintar a la anciana y a su personal; todos en fila con la Whale Mountain de fondo —dijo Ilan cuando ella se lo contó.

Después de cenar volvían a casa de Ilan, y hacían sonar la bocina al pasar junto a las dos urnas con los espléndidos suflés de nieve, que temblaban y soltaban terrones de nieve que salían volando y se unían a los copos más informes que huían frenéticamente de las coníferas.

—Mira que es pretenciosa —exclamó—. Se construyó con las ganancias del negocio naviero de mi bisabuelo. Cuentan que se trajo una criada y que ella se suicidó porque no soportaba más sus agresiones. Quizá eso explique lo desapacible que es la luz. La luz recuerda. Estoy utilizándola para pintar.

—¿Algún día podré ver tus cuadros? —le preguntó Sonia.

Pensó en *La mujer del dictador*, que había encontrado en la biblioteca, pero no quería admitir que había indagado sobre él.

—No. Están incompletos. Tengo que protegerlos.

—Dime al menos qué estás pintando... ¿Es la crónica de un viajero?

—No, no voy a decírtelo o mi pintura perderá su poder. Pero quiero que sepas que estoy pintando un buen cuadro. Cuando pinto bien, es como si mi saliva fuera pura y mis orejas estuvieran espolvoreadas de pimienta. Pero si pierdo la energía, o mis cuadros pierden su misterio, tomaré represalias. Y me gustas, te quiero aquí, ¡quiero cogerte el pezón y metérmelo en la boca!

Por las mañanas, Sonia hojeaba los libros de arte antes de que Ilan se fuera a su estudio en la cochera, momento en el que ella debía marcharse, tal como le había indicado él. Se detuvo en un cuadro que mostraba a unas personas de excursión por los Alpes. Una sombra negra atravesaba el lienzo. Ella sabía, por la casa que tenía su madre en el Himalaya, que era justo así como llegaban la noche y la luz del día a las montañas, con franjas y moles colosales que proyectaban unas montañas sobre otras. Cuanto más observaba el cuadro, que de entrada parecía una agradable escena de la naturaleza, más cambiaba su percepción de él: su naturalidad era fingida, las figuras estaban absortas en su recreación de un cuadro bucólico. La vida real era falsa. Iba a ocurrir algo más y resultaba inquietante.

—¿Inquietante? —dijo ella, e Ilan se acercó para mirar el cuadro.

Luego se recostó en el diván con el rostro alterado.

—Sonia, ¿puedes dejar de mirarlo? ¿Por qué me lo has enseñado? Me altera.

—Yo no te lo he enseñado. Has venido tú.

Él la miró a los ojos, desafiante.

—Me lo has enseñado. Has abierto la página y has dicho: «¿Inquietante?»

—¿Por qué te altera?

Sonia se dijo que tal vez ese cuadro, que representaba la viva imagen de la felicidad, dejaba al espectador con una sensación de desamparo.

Durante los dos meses que siguieron, Sonia aprendió a gozar del indolente placer de caminar desnuda bajo la mirada de alguien, aprendió que cuanto más sexo se tiene más se quiere, y que era una delicia despertar y tener sexo medio dormida. Aprendió las alegrías de las sutiles muestras de intimidad, como coger del plato de alguien una pieza de *sushi* o un gajo de su mandarina, y abandonar las formalidades, como cantar sin ton ni son para que otro escuche y se ría. Y aprendió el placer más grande de todos: tener a alguien con quien hablar mientras te quedas dormida, o si te despiertas en mitad de la noche, lo que le hizo recordar la cama alta y dura que compartía con Mina Foi siempre que visitaba Allahabad de niña. Entre las dos metían la mosquitera por debajo del delgado colchón de algodón a lo largo de todo el perímetro, pero siempre había algún mosquito que encontraba la forma de colarse y, justo cuando se sentían a salvo, llegaba zumbando como un helicóptero.

«*Oof baba, oof baba*», exclamaba Mina Foi, con su camisón estampado de rosas, que entonces aún era atrevido, y un dulce

aroma a aceite de coco para el pelo, mientras intentaba atraparlo entre las manos.

En muchos sentidos, Sonia tenía la sensación de volver a ser una niña, una niña más juguetona de lo que nunca había sido. Pensó que a eso se refería la gente cuando hablaba de amor: eras exteriormente más adulto y te trataban con mayor respeto, pero en tu fuero interno eras más infantil, más libre, más risueño. En cambio, cuando estabas solo, te sentías y vivías como un adulto serio y comedido, pero los demás te trataban como a un niño. Y si te quedabas soltero toda tu vida y no tenías una posición acomodada (pensó de nuevo en Mina Foi), te consideraban un imbécil.

Fue Mina Foi quien le susurró por primera vez la advertencia de que los hombres podían ser lobos a pesar de tener una apariencia de lo más normal. «Aunque eres muy joven, te lo digo para que tengas cuidado y aprendas.»

Fue Mina Foi quien la animó. «Que tengas suerte, cariño. No seas como yo.»

5

Una mañana al romper el alba, después de que las temperaturas hubieran subido de golpe y se oyera la nieve cada vez más blanda y en retirada y el goteo del bosque filtrándose en la tierra a través del musgo, Sonia salió de casa de Ilan como si fuera a dar un paseo matinal. No dejaría huellas incriminatorias. Ilan aún dormía cuando ella dio un rápido rodeo hasta llegar al estudio de pintura, situado en la cochera. La puerta estaba atrancada con una barra de hierro asegurada con un candado. ¿Dónde guardaba Ilan la llave? Miró por la ventana, pero estaba tapada por una lona. Dio la vuelta hasta el otro lado, donde también había un parapeto que le impedía mirar, pero más arriba, en una esquina, vio un hueco. Fue al cobertizo a por una caja de madera, y cuando se encaramó a ella (con el corazón diciéndole ¡deprisa, deprisa!) y se puso de puntillas para mirar por un agujero que no era más grande que su ojo, otro ojo se clavó en el suyo tan rápido que por un momento pensó que había una persona encerrada allí dentro. El ojo estaba dilatado por la urgencia, y ella oyó una voz, como si esa persona le hablara dentro de su cabeza: «La felicidad es para los demás.»

Bajó de la caja y se apresuró a dejarla en su sitio. Se había colado allí sin permiso. El ojo del estudio había reparado en ella. ¿Quién *no* estaba hecha para la felicidad? Un cuervo inclinó la cabeza y la

observó. Las ventanas de la casa parecían observarla también. Se preguntó si habría cámaras de seguridad de las que Ilan nunca le hubiera hablado. ¿Y si estaba despierto, mirando?

Lo encontró, en efecto, despierto y en la ventana.

—¿Dónde estabas?

—He ido a dar un paseo.

Ella fingió que estaba ocupada sonándose la nariz. El corazón le latía con fuerza. Notó que él la miraba.

—Eso no es verdad.

—¿Por qué no iba a ser verdad?

—No mientas.

—No lo hago.

Pero apestaba a mentira. Le asustaba su mentira. Odiaba su mentira. La cara, como la de un perro culpable, la delataba. ¿Por qué había espiado? Ilan había confiado en ella. Ella había traicionado su confianza. ¿Tenía miedo del misterio que lo envolvía? ¿Quién era él? ¿De quién era aquel ojo que se había clavado en el suyo?

Después de otro silencio, Ilan levantó la vista con una expresión velada.

—No tenemos futuro más allá del sexo. Si te fijas, nuestras conversaciones son absurdas.

—¿Lo son? ¿Por qué piensas eso?

Sonia temblaba de vergüenza, pero también por un terror innombrable que iba más allá de la vergüenza, como si estuviera descubriendo que nunca podría hablar, en efecto, con nadie.

—¡Qué sé yo! Distintos países, distinta educación, distinta edad. —De pronto su estado de ánimo cambió—. Necesito energía para trabajar.

Puso a Harry Belafonte y cantó la canción del barco platanero. Le había contado a Sonia que su familia había tenido cargueros que transportaban fruta, desde Chile, desde Cuba. Uno de ellos se llamaba *Próspero*. A veces transportaban otras mercancías, como el jabón de limón que su abuelo le había comprado toda la vida a una hermosa viuda jabonera como muestra de generosidad. A saber a cambio de qué favores.

—¡Por eso hueles a limones!

—Sí. Y tú también cuando usas mi jabón.

—Huele de maravilla.

—Cariño, tú eres la maravilla.

—¿Quién es y por qué ha venido? —le preguntó Marie.

—Está trabajando en sus cuadros. Dice que aquí su imaginación es más pura porque la luz es más clara cuando hay nieve y está más concentrado.

—¿Por qué se aprovecha de ti si tan volcado está en su obra?

—No se aprovecha.

—No me fío.

—¿Por qué no?

—Confío en los hombres tímidos que se toman las cosas con calma.

Era evidente que Marie no pensaba que Sonia fuera irresistible ni que esa vertiginosa seducción fuera un emocionante indicio de ello. Ni siquiera creía que fuese amor verdadero, aunque el amor verdadero puede surgir con un simple cruce de miradas de un lado a

otro de una habitación. Tan rápido como una ráfaga de olor a jabón de limón te puede llevar a pensar en un clima templado.

—Va a invitarme a Nueva York. Tiene un piso allí.

—Sigo sin entender quién es y qué hace aquí en pleno invierno. No me cuadra. ¿Dónde vive su familia?

—La odia.

—Tal vez es su familia la que lo odia a él —replicó Marie.

Y se fue a buscar a su grupo de Weight Watchers. La habían premiado con dos estrellas de oro por adelgazar dos kilos.

—No hagas caso a Marie —le dijo Armando—. Nadie puede cuestionar el deseo de otra persona. Una sola noche de felicidad es mejor que no tener felicidad en absoluto.

Ése era el mismo Armando Fritz Baltazar que había querido ser sacerdote; el único que, de los ciento cincuenta estudiantes que dormían hasta tarde los domingos por la mañana, se levantaba temprano, se vestía con traje y corbata y subía a la furgoneta de la universidad que estaba ahí sólo para llevarlo a él a la iglesia. Sonia empezó a ver a Lazlo y Armando juntos. Siempre Armando delante, Lazlo detrás. Siempre Armando hablando y Lazlo titubeando, sonriendo con perplejidad. Armando hablaba por él como si le leyera el pensamiento: «A Lazlo le gustará el té de menta.» «A Lazlo le da miedo la oscuridad.»

Una noche, cuando salían a cenar, Ilan se detuvo y miró a Sonia.

—Ven. —La llevó de la mano a una habitación llena de armarios, abrió uno repleto de ropa elegante y sacó un vestido de noche—.

Puede que éste te quede bien, ¡póntelo! A ver si te conviertes en alguien que den ganas de conocer.

Una vez que estuvo vestida con un traje de seda verde aguada que le subía hasta el cuello pero le dejaba los brazos y la espalda al aire hasta la base de la columna, Ilan se puso una túnica de un verde tostado más intenso.

—¡Ahora verás! —le dijo llevándola al espejo del rellano.

Los separaban treinta y dos años, pero así vestidos hacían buena pareja. Les brillaban los ojos, al igual que el pelo, oscuro y liso y peinado con raya al medio. Tenían la nariz pronunciada, los pómulos altos. Lucían esbeltos y misteriosos.

—Estoy más guapa que cuando te conocí —le dijo Sonia—. Parecemos el rajá y la raní de Indore fotografiados por Man Ray.

—Sí, será mejor que te quedes a mi lado.

Y entonces hizo una foto de los dos en el espejo con su pequeña cámara.

Un domingo Sonia se lavó el pelo y utilizó un secador de viaje que estaba enchufado a una toma de corriente junto a la ambigua figura sacerdotal de Malakula del vestíbulo. Le pareció raro que el secador estuviera junto a la imponente criatura, así que al terminar lo guardó.

—¡Sonia! —oyó a Ilan—. ¡Tengo el pelo mojado, tengo el pelo mojado! Me voy a resfriar. ¿Dónde está el secador? No lo encuentro. Sonia, ve a buscarlo. ¿Has estado usándolo? ¿Dónde lo has puesto?

—Está en el cuarto de baño.

—Estoy cogiendo un resfriado. Estoy cogiendo un resfriado. ¿Por qué lo has cambiado de sitio?

—Porque estaba en el vestíbulo.

—¡Ven aquí ahora mismo y ponlo donde estaba! —le ordenó él dando saltos—. Tengo el pelo mojado y me voy a poner enfermo. Me voy a poner enfermo.

—Pero todo el mundo se seca el pelo en el cuarto de baño...

—¡No me discutas, idiota! —Corrió al dormitorio y se metió en la cama con el pelo mojado—. No iré a cenar contigo.

Sonia se acercó a la puerta. Él se tapó la cabeza con la sábana y la almohada negándose a hablar. Cuanto más tiempo pasaba acurrucado en la cama como un niño herido, más culpable se sentía Sonia, desgarrada ante la imagen de un adulto tan infeliz que se tapaba la cabeza con las sábanas.

Él seguía sin querer levantarse, y Sonia se sentó en la silla preguntándose si irse o quedarse.

—Mira, lo siento, no volveré a cambiarlo de sitio.

Le masajeó la espalda. Él no se apartó. Era la persona que la había salvado del silencio de la Gerstein Chen House. Ella continuó con movimientos circulares y otros más suaves con los dedos extendidos como un rastrillo, como los que hacía el *ayah* de Allahabad al barrer el polvo, lentos y uniformes, hasta el final del camino.

Al cabo de un largo rato, cuando el sol ya se había ocultado tras las montañas y se habían quedado a oscuras, Ilan fue abriendo los ojos por debajo de la almohada, y en ellos se reflejaba una tragedia cenicienta, un hogar con las luces apagadas y sin alegría, una tristeza circunspecta. Se despertó lentamente. Había envejecido, ya

no era atractivo y dinámico, sólo un hombre derrotado que se miraba los pies con expresión desdichada.

—Ya estoy bien, pero no vuelvas a hacerlo —la advirtió, sin alzar la mirada.

—No lo haré.

—Odio mis pies —dijo, y levantó la vista suplicante.

—¡Tienen personalidad! —respondió ella.

Eran enormes y nudosos.

—Me avergüenzo de mi nariz.

A finales de febrero empezaron a alargarse los días, y el primero de marzo, mientras Ilan observaba una hilera de cuervos que volaban bajo a través de la llovizna para atacar a un halcón posado en una cicuta, Sonia se topó con la insólita visión de un coche que subía la colina y aparcaba entre las dos inmensas urnas. Reconoció al propietario del restaurante Floating World, que había estado de viaje en Japón. Era él quien le había vendido a Ilan los biombos de Kioto pintados con tinta hecha con hollín de aceite de ballena. Después de vivir durante años en las colinas a las afueras de Kioto, su amigo estaba convencido de que la campiña de Vermont y la de Japón eran compatibles por naturaleza. Allí, como aquí, había montañas nevadas, poetas ermitaños, pinos retorcidos que salían de la roca, silencio acompañado de sombra, sombra hermanada con la luz macilenta del invierno, una luz mínima, una luz que casi se desvanecía sobre las descoloridas tablas del suelo, una luz vespertina roja como un zorro que se enroscaba por un instante en la loza blanca del aparador. Aquí, como allí, había un grillo junto a la estufa de leña.

Pero Ilan no le presentó a su amigo.

—¡Rápido! —le dijo, y le ordenó que subiera y se escondiera debajo de la cama.

Debajo de la cama había polvo, pelusas y una avispa muerta. ¿Y si estornudaba?

Cuando el hombre se fue, Ilan se acercó riendo.

—¿Por casualidad hay alguien escondido debajo de la cama?

Llevaba la cámara y sacó una foto.

Sonia se echó a llorar.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué me has pedido que me esconda debajo de la cama?

—No lo sé —respondió él, con cara de asombro—. He supuesto que querrías esconderte.

—¿Por qué has pensado que querría esconderme?

—No me he parado a pensarlo. Ha sido algo instintivo, lo he hecho para proteger nuestra felicidad, nuestra intimidad. Cuando dejas entrar a otras personas empiezan los problemas.

Ella siguió llorando.

—Haces que parezca el malo, y no lo soy. ¿Qué he hecho? ¿Por qué no te vas si no eres feliz? ¿Acaso te retengo?

Estaba cortando su marihuana.

—Tienes razón —dijo después, con expresión afligida. La atrajo hacia sí y le hizo cosquillas debajo de la barbilla—. Probablemente estoy nervioso porque me voy.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En dos días.

—¿Dos días? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No lo sé. Me da miedo echarte de menos.

—No me conoces lo suficiente como para echarme de menos. No hace tanto que nos conocemos.

—Puedo echar de menos a alguien incluso después de un solo día. Quedemos en algún lugar...

—¿Dónde?

—Donde sea..., déjame pensar. ¡Portofino! —Parecía encantado con su propuesta—. Allí van las estrellas de cine. Todo el mundo debería ir a Italia. ¿Sabes por qué? Porque allí aprendes que la religión depende del artista, sin él no existiría.

—No tengo visado para viajar a Europa —replicó Sonia. En unos días abriría el Hewitt College y ella regresaría para cursar su último semestre—. Tendría que buscar algún empleo para pasar de un visado de estudiante a un visado de trabajo..., y eso va a ser casi imposible. —El visado era su principal preocupación. Si quería quedarse en Estados Unidos, ¿cómo iba a encontrar a alguien que respondiera por ella? Si regresaba a la India, ¿se cerraría una puerta que nunca volvería a abrirse?

—Ya veo. —A él le cambió la expresión—. Debería estar concentrado en mi cuadro y aquí estoy pensando en tu visado. Ése es el problema. Acoges a un gato callejero y luego te pasas la vida preocupándote por él.

—Debería haberme inscrito en un curso de posgrado de escritura creativa. —Le había faltado determinación, tal vez porque le faltaba seguridad en sí misma—. No me convence la historia que he escrito.

—¿De qué trata?

—De un niño que se convierte en mono.

—Aaah... ¡No escribas tonterías orientalistas! No rebajes a tu propio país o la gente pensará que eso es realmente la India. Es peligroso. Puede que los indios no sean protestantes, pero tampoco son monos.

Al día siguiente ella le llevó el relato para que lo leyera. Él frunció el ceño cuando iba por la mitad y lo dejó.

—Si te soy sincero, no me gusta. Te lo digo con cariño, no suena real.

—¿No dijiste que habías descubierto que el surrealismo es realismo en México?

—Dije que en México no existe el surrealismo. Éste es el gran truco de la cuerda india. Lo que os hicieron los occidentales os lo estáis haciendo ahora vosotros. ¿Por qué no escribes sobre tu tía? La que dijiste que aún vive con sus padres y no puede ni llamar por teléfono.

—¿Te refieres a su matrimonio concertado?

—¡No! Eso es aún peor. No escribas sobre matrimonios concertados.

—¿Sobre su divorcio?

—Eso está mejor. Tienes una mente brillante, me he fijado... no te rebajes.

—Mira, te ayudaré. —Ilan marcó un número y dijo sin rodeos—: Lala, tengo una amiga. Es una estudiante extranjera y va a necesitar un trabajo cuando termine la universidad. ¿Crees que podrías buscarle algo en tu galería? No es la típica niña mimada y rica del tercer mundo, y por eso me gusta.

Le dio a Sonia una dirección y un número de teléfono.

—Ve a ver a Lala ahora mismo, antes de que olvide esta conversación. Está un poco loca, no le hagas mucho caso. Aprovecha que estás en Nueva York para formarte. ¿Recuerdas que me enfadé cuando te quedaste mirando el cuadro de Balthus y dijiste «inquietante»? Me enfadé porque yo veo cómo lo hizo. Él era un falso héroe de guerra, un falso conde, tenía un nombre falso, una esposa que podía o no venir de una familia samurái, y un discurso poco sincero a la hora de hablar de su obra. Las mentiras descaradas han vuelto real el arte y el arte real ha vuelto reales las mentiras. Todo el mundo cree que el misterio está en las niñas que enseñan las bragas, pero el misterio está en otra parte. ¿Lo entiendes? Si vas a tragarte la verdad, cariño, hazlo con una gran mentira. Con las pequeñas te descubrirán y te meterán en la cárcel.

Al día siguiente, cuando llegó el momento de irse, se lo veía contento. Había dejado la maleta junto a la puerta.

—Eres un encanto. —La besó. Volvió a besarla—. ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me persigues? Todas las mujeres me desean, todas quieren poseerme. —Le deslizó la lengua por el cuello, un lametón rápido y breve.

Salieron e Ilan cerró la puerta de su casa con llave. Llegó el taxi que había llamado, se subió y dijo adiós con la mano desde la ventanilla mientras se alejaba. Sacó una cámara y tomó una foto de Sonia allí de pie.

Y se fue.

Al cabo de unos minutos volvió el taxi. Ilan se bajó de un salto.

—Cariño, eres mi amor —le dijo abrazándola. Y volvió a desaparecer.

Por la noche, Sonia se sentía exhausta. Esperó a que Ilan llamara. Se supone que no se puede echar de menos a nadie después de tan poco tiempo..., pero sí, se puede. Esperó y, mientras los días se convertían en semanas, continuó esperando en un perpetuo estado de angustia, pero el teléfono del pasillo de la Gerstein Chen House seguía sin sonar para ella.

Intentó revisar la historia sobre el niño que se subía a un árbol y luego tomaban por un santo ermitaño a partir de afirmaciones que tan pronto podían ser tontas como profundas: «El vacío es forma y la forma es vacío.» Ilan tenía razón. Eran bobadas.

Sorprendentemente, la dueña de la galería de arte, Leone «Lala» Leloup, contestó al teléfono y le sugirió que se conocieran en persona. Con la esperanza de averiguar algo sobre el paradero de Ilan, Sonia viajó a Nueva York en uno de esos antiguos autobuses de la compañía Peter Pan que avanzaba a paso de carreta entre bancos de nieve de color morado, ríos negros con reflejos plateados en la superficie escamosa, bosques empapados y arbustos ocres y rojos. Contempló el reflejo del cielo gris en las zanjas y surcos de los campos cubiertos de agua de nieve derretida. Imaginó que metía un bolígrafo en la flor negra de una nube de acuarela pintada en el cielo húmedo, un deseo tan intenso que la sorprendió.

Pasaron por pequeños pueblos, un motel cerrado con una figura india de madera en la entrada, un Wok n' Roll, un Sudsy y un Mobil. Cuando bajó del autobús en Port Authority, cinco horas más tarde, un hombre que estaba justo en la puerta siseó:

—¿Taxi? ¿Taxi?

—Gracias —dijo ella tomándole por un taxista que buscaba pasajeros.

Él cogió su bolsa y se alejó a buen paso. Ella corrió tras él. Bajaron por la avenida principal y entraron en una calle lateral.

—¿Adónde va?

—Voy a pararle un taxi.

Siguió caminando, con Sonia jadeando detrás. El hombre se detuvo ante un taxi aparcado junto a una acera donde estaban sacando la basura de las entrañas de un rascacielos. Abrió la portezuela y metió la bolsa.

—Son cuarenta dólares.

—Pero ¿por qué tengo que pagarle? —le preguntó Sonia.

Él se señaló.

—Porque soy... y a mí nadie me la juega.

Ella no oyó quién afirmaba ser y se sintió profundamente avergonzada al verse estafada nada más poner un pie en Nueva York, y eso que Marie le había advertido cientos de veces que se mantuviera alerta. El taxista que se había tomado un descanso para comer en su taxi aparcado era de Pakistán.

—¿Por qué le has dado dinero? ¿Por qué le has dado el bolso? Deberías tener cuidado con esta gente. ¿Por qué no has tenido cuidado? ¡Deberías tener cuidado! —le dijo, y luego acabó de comer.

Acosada y humillada, Sonia se perdió la primera impresión de las multitudes del centro de la ciudad: mujeres con traje de chaqueta y zapatillas de deporte, carritos de comida halal, turistas, un hombre con una pancarta de EL ABORTO MATA BEBÉS. Y se perdió la primera impresión del Upper East Side: la moda de alta costura, los intimidantes restaurantes de lujo. Al mediodía, entró en un vestíbulo

de mármol en una calle cercana al Metropolitan y subió en un ascensor de roble pulido y latón hasta una sala con cuadros abstractos de vivos colores rodeados de esculturas.

—Twombly, Hodgkin, Albers, Hepworth, Clemente, Frankenthaler, Basquiat —recitó Lala observando a Sonia para ver si reconocía los nombres.

Algunos sí.

Lala la miró de pies a cabeza con expresión sagaz. Su pelo era una cascada de rizos plateados; vestía una falda triangular de lana por debajo de la rodilla y una chaqueta un tanto excéntrica. Asiéndola por el codo, la llevó a la ventana y ella se quedó a un brazo de distancia, como si la examinara. Le agarró la barbilla y le movió la cara bruscamente hacia ambos lados.

—Ah. Ya veo. Ilan tiene ojo. Bueno, es cierto que en una galería de arte la recepcionista tiene que ser guapa. O todo lo contrario, lo bastante fea para ser objeto de coleccionista.

—No he sabido nada de él desde que se fue.

Lala la miró y contestó casi con amabilidad, aunque sólo era amable cuando mentía.

—Ilan es una persona complicada, pero tal vez ha intentado ayudarte.

Le contó que tenía una galería en el SoHo, pero que estaba probando con un espacio en Brooklyn, un barrio de naves industriales y almacenes abandonados frente al mar. Los numerosos artistas que vivían allí le habían puesto el nombre de Dumbo, acrónimo en inglés de «bajo el paso elevado del puente de Manhattan», para disuadir a los banqueros, pero Lala estaba segura de que los banqueros llegarían de todos modos.

—Voy a menudo a la India. ¿Conoces a mis amigos Bubbly y Ronny Mirchandani, los dueños del museo textil de Bombay? ¿No? Me llevaron a Hampi, a Ladakh y a Gran Nicobar en su avión privado. ¿Cuántos idiomas hablas?

—Inglés, hindi y un poco de alemán.

—No me gustan los alemanes y a ellos no les gusto yo. ¿Nada de francés? Es esencial.

—El español es más útil en Estados Unidos, ¿no? —rebatió Sonia con valentía.

Lala suspiró.

—El francés es la lengua de los salones, y si no lo hablas te quedas fuera de cierto tipo de conversación que simplemente no se puede entablar en otros idiomas. Esa conversación sigue una historia. Tener clase no sale gratis. Si no te viene de nacimiento, requiere un esfuerzo considerable. —Otro suspiro—. En fin, te daré trabajo. Mi oficina tramitará tu visado temporal, pero no te pagaré mucho, ¿eh? Considéralo como un favor a un amigo. Y no pongas esa cara en la galería, tienes que ser agradable. Intenta vestir con un poco de estilo. Nada de vaqueros, ni siquiera por casa los fines de semana. —Entró en otra habitación, seguramente su vestidor, y sacó varias prendas—. Pruébate esto. El naranja intenso combina bien con tu piel.

»Mira, lo sé todo, querida. Sé por qué te ha enviado Ilan. —Esbozó una sonrisa que era casi una mueca—. No tienes que fingir.

Esas palabras contrarrestaban la vergüenza que Sonia había sentido el día que Ilan le había pedido que se escondiera debajo de la cama al ver llegar al dueño del Floating World.

Por la noche, de vuelta en Vermont, estaba hirviendo el contenido de un paquete de Chacharoni en la cocina cuando Armando entró como un vendaval sacudiéndose la nieve fangosa de las botas...

—No encuentro a Lazlo.

—Nunca está aquí.

—No lo encuentro en ninguna parte.

Sonia siguió a Armando hasta la habitación de Lazlo, en el segundo piso, y al no obtener respuesta abrieron la puerta de un empujón. Lo encontraron tumbado en la cama, del todo paralizado, con las piernas y los brazos estirados hacia el techo y los ojos muy abiertos. Junto a la cama había una caja de cartón con sus pertenencias cuidadosamente colocadas. Cada vez que lo tocaban, aunque fuera con cautela, gritaba.

La ambulancia acudió a la Gerstein Chen House y dos días después se enteraron de que los padres de Lazlo habían llegado y se lo habían llevado de vuelta a Sofía en avión. Cuando Armando telefoneó a un número que había conseguido a través de su trabajo en la oficina de antiguos alumnos y que le permitía consultar los expedientes de los estudiantes, le contestó una voz en búlgaro y la comunicación se cortó bruscamente. Volvió a intentarlo con el mismo resultado. Parte de la bravuconería de Armando se esfumó, y su personalidad se volvió más compleja. Días antes de que empezara el curso, fue a la biblioteca y se sentó con Sonia.

—Soy su único amigo —repetía una y otra vez.

Ella pensó en la sensual fotografía que había visto junto a la cama de Armando. «Me la hizo Lazlo», le había dicho.

Sonia recordó: Armando hablando, Lazlo escuchando; Armando delante a grandes zancadas, Lazlo detrás; cuanto más grande era

uno, más pequeño parecía el otro. Pero, por supuesto, seguramente eso no tenía nada que ver con lo que le había pasado a Lazlo.

Un día Sonia se subió a la furgoneta de la universidad para ir a la ciudad, se compró una tarjeta telefónica y, ya entrada la noche, telefoneó al número de México que Ilan le había garabateado al marcharse, a pesar de que le había dicho: «Espera a que yo te llame, casi nunca estoy allí y nadie habla inglés.»

Llamó y no hubo respuesta. Volvió a llamar. La tercera vez que llamó, una mujer cogió el teléfono, gritó furiosa en español y colgó como si Sonia la hubiera despertado. Pensó que se había equivocado de número, pero no quiso arriesgarse a molestar de nuevo a la mujer. Una semana después, volvió a intentarlo por la mañana. Seguía sin creerse que se pudiera dormir tan cerca de alguien, con la nariz pegada a su cuello; pasar las mañanas viendo caer las agujas de nieve al otro lado de la ventana, compartir tantas historias... y que, así sin más, esa persona desapareciera de la noche a la mañana.

No hubo respuesta, y entonces Sonia telefoneó a su familia, imaginándose el salón de su casa en Delhi, a sus padres sentados a un lado y otro del sofá, ella leyendo absorta, con el haz de un faro que de vez en cuando la alcanzaba, y él mirándola de forma inquisitiva, como si observara a una desconocida, con una mirada distante y masculina, sin una historia conyugal detrás, y levantándose luego para poner la televisión a todo volumen, resentido por el modo en que ella seguía leyendo.

Su cocinero, Chandu, estaría doblado por la mitad, dormitando en el taburete de la cocina, pues sus padres tenían que seguir el protocolo y esperar a las ocho de la tarde para llamarlo; entonces él

se desdoblaría y encendería el gas con un trozo enrollado del papel encerado a cuadros en el que venía envuelto el pan de molde y calentaría la comida que habría preparado antes; las verduras, eso sí, estarían irremediablemente pasadas. En el quemador del fondo estaría su ración de arroz y *dal*, que comería cuando Mamá y Papá hubiesen acabado la suya, sentado en el suelo debajo de la bombilla, con su *thali* sobre el periódico del día, que Mamá y Papá ya habrían leído y que después de comer sería relegado al montón de periódicos viejos.

Pero nadie contestó al teléfono. Sonó y sonó.

6

No había hijos, en la cena a la que habían ido Mamá y Papá en casa de sus amigos Neil y Daljit Singh, porque en la India, en las casas de los padres exitosos de clase exitosa, ya no había hijos. Los hijos estaban en Ginebra, Hong Kong, Sídney, Londres, Nueva York y Vermont. Estaban en Harvard, Oxford, Siemens, las Naciones Unidas, Microsoft, Amnistía Internacional, Seagram, McKinsey, el Banco Mundial, Sloan Kettering y el Hewitt College. Los hombres bebieron mucho y, después de unos cuantos whiskies de malta, se les calentó la sangre. Entre risas, le preguntaron a Neil, que había estudiado con Papá en Doon School y acababa de volver de un viaje de negocios a Moscú, si las mujeres rusas eran tan guapas como se decía.

—Bueno, es cierto que hasta los veinticinco se ven unos bellezones increíbles —respondió él—, pero a partir de los veinticinco, de un día para otro, se convierten en todo lo contrario... un saco de patatas.

—Lo mismo que las punyabíes —señaló Papá—. A partir de cierta edad empiezan a ensancharse.

Se lanzaron a sopesar las cualidades de las mujeres de distintas nacionalidades: ¿eran realmente tan despampanantes las brasileñas?

—En la playa de Ipanema sí, pero en cualquier otro lugar son exactamente iguales, sólo que no les importa el aspecto que tienen en bañador.

Dilip, que podía dejar el vaso de whisky encima de la panza, emitió sentencia sobre todo Oriente Medio.

—No importa lo bonita que sea la cara, cuando ves la forma bulbosa de lo que viene debajo te dan ganas de salir corriendo.

Con respecto a China, Corea y Japón:

—Allí tienen el problema contrario —intervino el ocurrente Jehangir—, en lugar de demasiado redondas, pecan de demasiado planas.

Sobre las mujeres estadounidenses:

—Menudas macizas, le darían una tunda a cualquiera.

Ni siquiera nombraron el continente africano. Pero, al final, todos coincidieron:

—¡Las mejores son las italianas y las francesas!

Mientras hablaban, Mamá se fijó en sus expresiones desencajadas. Allí estaban, medio mascando, medio salivando, esos padres de calvas incipientes. Mencionaron a estrellas de cine y a presentadoras de telediarios. Recorrieron el mundo entero para volver al salón donde las mujeres allí presentes, con sus *kurtas* tejidas a mano, sus jerséis de cuello alto, sus resbaladizos calcetines color carne y sus rígidas *jootis* artesanales, lejos de responder algo ingenioso, comenzaron a meterse con las bellezas que los hombres elogiaban.

—¡Las indias son las más despampanantes!

Mamá cambió de tema. Señaló el cuadro de caballos colgado encima del sofá. No le gustaban las formas cubistas, pero eso no venía al caso.

—Es terrible lo que le están haciendo esos cretinos —dijo refiriéndose al artista, Husain.

No hacía mucho, un delicado boceto de Husain de la diosa Sarasvati con los pechos desnudos, sentada con su vina, un pez, un río y una flor de loto, había herido profundamente las sensibilidades religiosas hindúes. Él la había dibujado por amor, pero ahora inspiraba odio. Una turba había irrumpido en una galería de arte y destruido sus cuadros. La conversación de la cena viró inevitablemente hacia la eterna violencia entre hindúes y musulmanes, volviendo a la destrucción de la mezquita de Babri en Ayodhya cuatro años antes, que una vez más había asegurado que el odio estuviera vivo para siempre.

Daljit, la mujer de Neil, y Margo, la mujer de Jehangir, se miraron, encantadas de dejar atrás la conversación anterior.

—¡Menos mal que nuestros hijos están fuera de la India! Los *bacchas* no deben volver jamás.

Ferooza, la mejor amiga de Mamá, no tenía hijos, pero se mostró de acuerdo:

—Este país se está volviendo cada vez más intolerante. Cualquiera puede estar en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Terminaron la velada con tarta de grosellas y natillas, pero no recuperaron el ambiente jovial, y Papá se sintió frustrado. Había ido en busca de diversión. Le apetecía reír a carcajadas; al fin y al cabo, estaba entre amigos, y con ellos podía soltar cualquier comentario imprudente y fuera de tono. Además, se habían desenterrado algunos recuerdos desagradables después de que las mujeres sacaran el tedioso tema de la crisis del laicismo.

Cuando derribaron la centenaria mezquita de Babri, Papá tiró a la basura los dulces que repartían sus colegas de Gupta Brothers, donde era director general, y gritó como un vocero: «¡Los británicos han ganado!» Desde su punto de vista, la política británica de «divide y vencerás», que enfrentaba a las comunidades religiosas, estaba triunfando más allá de la Independencia. Cuando en 1984 estallaron los disturbios entre hindúes y sijs, Papá también había declarado: «¡Los británicos han ganado!», pero se quedó en casa mientras muchos hindúes ignoraban el toque de queda y salían heroicamente a salvar a sus amigos sijs antes de que sus casas ardieran.

«¿No deberías asegurarte de que Neil y Daljit están bien?», le había instado Mamá.

«No hay nada que hacer contra una turba», respondió él.

De hecho, a Neil lo había sorprendido una multitud enardecida cuando intentaba volver en coche a casa lo más rápido posible. Al ver que estaban deteniendo y registrando vehículos en busca de sijs para hacerlos bajar y quemarlos vivos, se arrancó la *kara* de la muñeca y la tiró por la ventanilla, y consiguió tomar otra ruta. Si hubiera llevado turbante no se habría salvado.

Mamá y Papá volvieron a casa a toda velocidad, él al volante, conduciendo borracho a través de la niebla invernal, como los demás hombres con los que habían cenado.

—A esas mujeres su jodida sensiblería les acabará pasando factura. Se acaloran y reaccionan de forma exagerada. Con su histeria están llamando al desastre.

Mamá replicó que Margo, Daljit y Ferooza habían hecho un análisis objetivo, porque la vieja oscuridad india, cada vez que volvía a

manifestarse, lo hacía con más fuerza: los recuerdos de la violencia se construyen sobre el recuerdo de la violencia. Y que eran los hombres los que se habían comportado como unos histéricos cuando se habían dedicado a comparar a las mujeres de los distintos países del mundo.

—Os habéis pasado media noche hablando de las mujeres como si fueran ganado. ¿Por qué no os miráis al espejo antes de juzgar a la gente por su aspecto?

—La gente no juzga al ganado por su aspecto.

—¿No os cansáis de repetir «ésta es guapa, ésta es fea» una y otra vez? ¡Estáis enfermos! —Y añadió—: Tu mente y tu corazón, Manav, son un caos y un desastre.

Papá condujo a toda velocidad, derrapando en las curvas, como si quisiera tener un accidente, y cuando llegaron a casa y Mamá se bajó para abrirle el portón aceleró en su dirección. Si ella no se hubiera apartado, habría acabado herida o incluso muerta. Lo miró a la luz de los faros y él le sostuvo la mirada. Mamá sabía que, a pesar de su mente caótica y desastrosa y a pesar de su embriaguez, él tenía una cosa clara: quería hacer daño a su mujer.

Pueden suceder cosas terribles en el fragor de una discusión conyugal. Mamá se aventuró a entrar en el gélido cuarto de baño y ducharse para desconectar y calmarse un poco. Las cañerías se extendían por las paredes en sentido vertical y horizontal; el fontanero las había serrado, reajustado y doblado en los ángulos más extraños para resolver el problema crónico de la baja presión y los bloqueos causados por las bolsas de aire, pero no había funcionado. Cuando Mamá abrió los grifos, oyó un sonido lejano de agua bloqueada por su propio vapor. Tiritando, giró los mandos con

cautela, para reducir el agua caliente a un pequeño goteo y mezclarla con la cantidad justa de agua fría para contener el vapor. Las tuberías jadearon y temblaron epilépticamente en el vacío, y se produjo un gorgoteo infructuoso en el calentador de agua. Mamá entraba y salía de la ducha una y otra vez hasta que, con una brusquedad casi teatral, el agua retenida cobró impulso, todo el sistema vibró y se tensó, hipó y escupió, y la cañería obstruida se sacudió y rugió, vaciando sobre ella una furiosa cascada de agua y vapor caótico.

Al salir, escaldada, oyó a Papá hablando por teléfono:

—¿Sonia? ¿Qué pasa?

Se apresuró a arrebatarle el auricular. Su hija no solía llamar a esas horas.

—Lazlo sufrió una crisis nerviosa hace unas semanas —les dijo Sonia—. Lo encontramos totalmente paralizado, con los brazos tiesos en alto.

—¿El chico búlgaro? ¿Estabas sola en la casa?

—Sí. Vino la ambulancia y se lo llevó.

—No te quedes allí sola. Ve con Marie.

—No quiero acabar como Lazlo. Ya he tenido suficiente.

Más tarde, aquella noche, Mamá apoyó la frente en el cristal de la ventana, tan helado que parecía perforarle el cerebro, y miró al loco que dormía en las ruinas de una *idgah* en el parque municipal de detrás del piso, en los escalones de un púlpito que ascendían hasta perderse en la oscuridad. La *idgah* era más antigua que la mezquita del Babri: ¿en qué momento se derrumbó y fue reemplazada por una nueva versión de la ciudad? No lo sabía. Sólo sentía

agotamiento, por más que una madre debería sentir empatía y preocupación por su hija.

Papá se sentía horriblemente culpable mientras los vapores malditos del whisky le salían por todos los poros de la piel: podría haber matado a su mujer si ella no se hubiera apartado. Como se sentía culpable, se sentía resentido. Como se sentía resentido, quería que su mujer lo tranquilizara, que admitiera que todo había sido culpa del alcohol y que no debían darle mayor importancia a lo sucedido. Pero Mamá durmió en la habitación de Sonia, se negó a hablar con él durante el desayuno y le hizo saber que no perdonaría ni olvidaría, porque hay cosas que, por su propia naturaleza, no se pueden perdonar ni olvidar.

Desde su despacho de Connaught Place, donde Mamá no podía oírlo, Papá telefoneó a Sonia.

—Mira, Sonu, ¿te acuerdas de cuando llorabas todo el tiempo y decías que te sentías sola?

—Ahora me siento aún más sola.

—Bueno, pues Dadaji me preguntó hace poco si te gustaría que te presentara al nieto del coronel. ¿Te acuerdas de esa familia de comilones que siempre está pidiendo? ¿Esos a los que enviamos sopa cuando están enfermos y kebabs cuando se encuentran bien?

—¡Ah, sí!

Ella recordó que en Allahabad era costumbre intercambiar platos, y uno veía a la gente desfilar por el barrio llevando *tiffins*, termos o fuentes cubiertas de servilletas con las puntas anudadas como orejas de conejo.

—Dadaji me dijo que él y Ba habían hecho una visita informal a la familia para evaluar la situación del chico. Al parecer vive en Nueva

York, así que al menos podrías tener un amigo de aquí cuando vayas a trabajar allí. —Ahora estaba seguro de que no había estado a punto de matar a su mujer. Mamá estaba agitada después de la macabra conversación sobre turbas asesinas que habían tenido durante la cena. Él había arrancado bruscamente y punto. Era un buen marido y un padre que creía que su hija podía llegar a ser lo que quisiera, pero, aunque acabara siendo primera ministra, deseaba que tuviera el apoyo del amor y de la familia, y no sólo una carrera de éxito—. ¿Les digo que sigan adelante?

Llena de desesperación y deseos de venganza contra Ilan, que le había asegurado «Cariño, eres mi amor», ella respondió:

—Sí. Es bueno conocer a un hombre a quien tu familia conoce. Si no, sólo eres alguien de quien se pueden aprovechar.

—Pero no le des mucha importancia, ¿vale? Si funciona, bien. Si no, es que no tenía que ser. No le digas nada a Mamá o se enfadará conmigo por haber sacado el tema. Es una madre de lo más desnaturalizada.

7

Aún hacía mucho frío cuando el Hewitt College abrió sus puertas en marzo para el segundo trimestre y, a su regreso, los coches de los alumnos y profesores recorrieron en sentido contrario, colina arriba, el trayecto que habían hecho en diciembre. Audrey Hong, en su todoterreno gigante, una cápsula plateada que se desplazaba silenciosa en un ambiente climatizado; Isla Tewksbury, que había venido al mundo en un autobús pintado de los colores del arcoíris; Orlando Machado, un hispano nacido en La Habana y criado en Miami; un amable profesor de poesía lírica italiana que para no asustar a los zorros que se apareaban (en caso de que hubiera alguno) conducía tan despacio que la policía lo multó al considerarlo un peligro para el tráfico.

En abril, el viento trajo una oleada de ternura y los brotes volvieron a despuntar entre los helechos. En mayo, Vermont entró en su estación más delicada, esa época diáfana en que la madreselva y las moras salpican los campos y la lluvia primaveral cae en goterones, lo que aviva y remueve el aroma de las lilas y las convierte en racimos de estrellas. Las huevas de rana resbalaban por los tallos y el trinar de los pájaros era tan dulce que a los amantes dolidos les afligía escucharlo: «¿Lo oyes? ¿Lo oyes?»

Sonia, que estaba finalizando la tesis de sus estudios de literatura y escritura creativa, escribió una versión novelada de la historia de su tía.

A medianoche, veinticinco años después de que su madre, en el lecho de muerte, le hiciera prometer que renunciaría a su verdadero amor, Ernest regresó. Trepó hasta la ventana de Mina Foi e hizo el chirurr-chirurr del búho que ella misma le había enseñado cuando eran novios. Mina Foi la abrió.

—Perdóname, Mina. Cometí un error terrible.

Pero ya no vivía ningún búho en el árbol de fuera y, alertados por el ululato desconocido, los perros del barracón de los criados empezaron a ladrar y se encendió una luz en otra ventana, que se derramó sobre Ernest, ahora medio calvo y corpulento, pillándolo a horcajadas sobre el canalón.

—¡¿Tú?! —bramó Dadaji—. ¡Fuera de mi propiedad!

A la mañana siguiente, durante el desayuno, volvió a la carga.

—¡El muy cabrón! —exclamó—. ¿Se piensa que puede marcharse y volver tan pancho décadas después?

—Cuando alguien te pide disculpas, ¿no hay que aceptarlas? —replicó Mina Foi—. Tal vez tuvo un momento de debilidad. O tal vez fue su madre quien le prohibió casarse conmigo; la vida había sido tan cruel con ella que no podía evitar destruir la felicidad de los demás.

—El hombre que es débil una vez volverá a serlo. El hombre que traiciona una vez volverá a traicionar.

Al ver que seguía sin convencer a su hija de cuarenta y seis años, Dadaji le advirtió:

—Todos se reirán a carcajadas de un par de bobalicones sin cerebro.

—¿Quién va a reírse?

Esa noche Dadaji se negó a probar la cena; con los labios fruncidos y la mirada perdida, levantaba la mano y la dejaba caer en vano sobre la mesa. Tampoco quiso tomar sus medicinas.

—Ya no pinto nada.

Era la mirada de un hombre traicionado y con una arruga en la retina que pronto podría quedarse completamente ciego.

Mina Foi reunió todas sus fuerzas antes de hablar.

—Papi, tengo miedo de envejecer sola.

—¿Y qué? Tu madre y yo estamos solos.

—¿Qué estás diciendo? Yo estoy aquí, día y noche, a todas horas, cuidando de vosotros.

—Sólo estás aquí porque no tienes adónde ir. Los hijos sólo miran por sí mismos, eso es lo que uno aprende como padre.

Mina Foi abrochaba y desabrochaba los botones de su rebeca.

—¡Vuestra existencia pasa por mi infelicidad! —soltó.

Después de haber pronunciado esas palabras, con un nudo en el estómago y aterrada por la idea de no tener a

sus padres a su lado si algo saliera mal como ya había ocurrido antaño, le envió una nota a Ernest: «Es demasiado tarde, nuestro momento ha pasado. Mis padres me necesitan.»

A la mañana siguiente, al ver por su expresión desdichada que se había rendido, Dadaji se mostró jovial. Para darle una alegría, Ba pidió su rollo de bizcocho y mermelada favorito, y a Mina Foi se le permitió disfrutar de sus bromas una vez más, también de sus preguntas.

—¿Cuál es el país más pequeño del mundo?

Ella se negó a responder «el Vaticano», aunque era una pregunta fácil que ya le había hecho antes.

—¿A qué viene esa cara? —soltó él—. ¡Santo cielo, cualquiera diría que te has tragado una vaca!

Sonia se sintió culpable por haber escrito esta historia. ¿No era una traición a su tía, que no podría soportar otra traición? También se preguntó si no estaba condenándose a sí misma. ¿No nos convertimos en lo que escribimos? Aunque Ilan le había sugerido que escribiera sobre Mina Foi, también le había aconsejado que evitara el tema del matrimonio que le habían concertado después de que Ernest cumpliera la promesa hecha a su madre, porque eso era tan orientalista como escribir sobre monos. Una historia sobre un matrimonio concertado, aunque éste acabara seis meses después en divorcio, sonaba verdadera y falsa a la vez. Verdadera porque en la vida real sucedían. Falsa porque proporcionaba a Occidente lo que éste quería consumir de Oriente. El público hacía que fuera falsa. Escoger esta única historia de entre todas las demás la hacía falsa.

Temerosa de caer en orientalismos, Sonia escribió que Mina Foi comía peras, no guayabas rosadas del huerto de guayabas más allá del cual rugía la autopista.

Al profesor Conti le gustó tanto esa historia que se enamoró de Mina Foi. El personaje que pasa inadvertido en la vida de todos puede ocupar el centro de la escena. Eso también era ficción: quienes no son amados suscitan amor y comprensión.

Para la parte teórica de la tesis, Sonia escribió un tratado sobre realismo mágico y su deriva hacia el orientalismo. ¿El problema era que su historia del mono no estaba bien escrita, o que, como sugería Ilan, tenía un fallo fundamental?

Ella sostenía que las culturas latinoamericana, asiática y africana se nutrían de grandes dosis de magia autóctona. Los rumores de fantasmas surgían en las sociedades populares, sobre todo en aquellas que carecían de electricidad. La superstición poseía la riqueza del arte. Un cuento fantástico era otro tipo de espejo, otro tipo de metáfora, una forma de sacar a la luz atrocidades que desbordan la realidad, de mostrar la podredumbre que escapa a la comprensión racional, de decir cosas sobre un dictador que nunca podrían declararse abiertamente. Además, tenía el objetivo práctico de saltar entre tiempos y lugares, de identificar patrones y conexiones que iban más allá del alcance de un libro realista en un período realista. Sonia mencionaba a Bulgákov y Dinesen, Calvino y Rushdie, Morrison y Márquez.

El mundo occidental había adoptado y empleado el término «realismo mágico», acuñado en la década de 1920 por un erudito alemán desfasado, para circunscribir el mundo no occidental; más tarde éste, en lo que fue su declive inevitable, se dejó influir y

avergonzar por lo que pensaba el mundo occidental. Rechazó sus propios mitos, sus propios sueños premonitorios. Empezó a escribir sobre sí mismo de forma distorsionadora. ¿Cómo se relacionaba, de hecho, el realismo mágico con el mito, el cuento de hadas, la fantasía, la fábula, la religión?

Sonia contempló la posibilidad de seducir a los blancos con pavos reales, monzones, exóticos bazares de especias (¿exóticos para quién?, cabría preguntar), pero existía una preocupación legítima sobre cómo se percibiría la India en el resto del mundo, el temor a que las historias, abaratadas debido a su proliferación, decorativas por fuera y huecas por dentro, restaran seriedad a la nación, degradaran su alma, desviaran la atención de la necesidad imperiosa de informar sobre un vasto paisaje del que no se informaba, sobre millones de personas con aspiraciones de clase media, sobre la cotidianidad de la pobreza. ¿Se disiparía el dilema si las historias fueran tan abundantes como la vida misma?

TERCERA PARTE

¿Recibiste esa carta tan tonta?

8

Como todas las mañanas, Ba se dispuso a inspeccionar la casa, como una urraca de atención fugaz y saltarina: con sus pendientes de diamantes y brazaletes de oro destellando a su paso, y el manojo de llaves de todas las puertas, baúles y armarios tintineando bajo el pliegue de sus enaguas, contó las sábanas que le había llevado el lavandero; puso las almendras en un tarro de tamaño adecuado, satisfecha de no desperdiciar espacio, e hizo dos recipientes de copos de maíz en lugar de uno grande. Las cosas duraban más si se repartían.

Esta máxima de austeridad que regía la vida de Ba y Dadaji los llevaba a desoír las súplicas de la propietaria de su *bungalow* durante su tradicional visita de cortesía para la festividad de Diwali. La señora Luna Pant aprovechaba el intercambio de dulces y frutos secos para implorarles a Ba, Dadaji y Mina Foi que renunciaran al contrato de arrendamiento del número 10 de Cadell Road. Habían pasado cincuenta años, y en todo ese tiempo Dadaji había seguido pagando lo mismo, un alquiler de otra época, puesto que la ley favorecía al inquilino frente a la casera.

Los ruegos de la señora Pant no hacían más que reafirmar a Dadaji en su decisión de quedarse. «¡Doscientas cincuenta rupias con cincuenta paisas al mes!», le soltaba él riéndose, y mientras la

señora Pant consideraba que no tenía ninguna obligación con un inquilino que pagaba un alquiler tan insultante, Dadaji creía que gastar dinero en una propiedad arrendada era un derroche, así que negó a su familia generadores, inversores y estabilizadores eléctricos, por no hablar de aparatos de aire acondicionado. No había con qué bombear agua ni un depósito donde almacenarla; de modo que, ya fueran las dos de la tarde o de la madrugada, cada vez que llegaba el suministro municipal, Ayah tenía que salir con cubos y esperar durante una hora o más de pie hasta que se llenaran. Las estrategias de ahorro habían sido un éxito. Pero también los habían condenado a una vida miserable.

Ba le dio unas galletas Delite (una y media) a Dari, el antiguo secretario de Dadaji en su bufete de abogados. Ahora que los dos estaban jubilados, Dari iba los lunes por la mañana para ayudar a Dadaji con su papeleo y gestiones personales. Juntos se regían por la misma filosofía con que Ba inspeccionaba la despensa: hasta lo más pequeño y humilde, si lo repartes con rigor, puede darte gran provecho. Invertían la menor cantidad de dinero posible en el mayor número posible de empresas, acciones y planes de pensiones.

Mientras esperaba a Dari, Dadaji tomaba notas en la mesa de trabajo del porche, sujetando una lupa del tamaño de un platillo para mirar los números con su ojo reumático. Mina Foi, con gafas negras de montura cuadrada y sentada a una mesa más pequeña, recortaba con tijeras los márgenes de papel de las cartas viejas para hacer etiquetas donde escribir las nuevas direcciones en los sobres reutilizados. Cortaba asimismo los sobres grandes y hacía dos sobres con uno. Pensaba en su situación, que era peor que la de una sirvienta, que al menos recibía un sueldo y tenía medio día libre los

domingos. Pensaba en su verdadero amor, Ernest, a quien había conocido en la universidad, cuando ella llevaba gafas de ojo de gato y pantalones de campana (hubo una época en que iba vestida a la moda) y él también llevaba gafas de ojo de gato y pantalones de campana. Pero Ba y Dadaji descartaron a Ernest por considerarlo un cristiano inadecuado, alegando que procedía de una familia de intocables y que ésta se había convertido para escapar del sistema de castas. La piel oscura de Ernest lo demostraba, según Dadaji, que era igual de oscuro aunque no cristiano (lo que indicaba que su familia no era tan inferior como para tener que convertirse), así como el hecho de que le gustaran los despojos: tuétano, sesos, riñones, manitas, callos..., algo que Mina Foi, por desgracia, había divulgado sin pensar que se usaría contra Ernest y contra ella misma. Sin embargo, antes de que a Dadaji le diera tiempo a negarse a autorizar el matrimonio con un devorador de callos descastado, la familia cristiana declaró que nunca permitiría que su hijo se casara con una hindú. Ernest estaba dispuesto a rebelarse, pero, como si fuera una telenovela, su madre enfermó gravemente de septicemia y duró lo justo para, con su último aliento, hacerle jurar que nunca se casaría con Mina Foi. Con esa necesidad de romper con todo que trae el duelo, Ernest cumplió su palabra, y Mina Foi lo «comprendió». Y así Ernest, matando una tristeza con otra, abandonó el escabroso cementerio inglés donde habían enterrado a su madre y se dirigió a la estación de tren. Antes de que el escándalo se propagara demasiado, Dadaji hizo averiguaciones y, en el plazo de un mes, negoció un compromiso para Mina Foi con un hombre al que no conocían. Se trataba del hombre cuya familia había devuelto a Mina Foi al porche de Allahabad.

«¡Qué bonitos eran los modales musulmanes de antaño!», corearon Dadaji, Ba y Mina Foi, como cada vez que Dari cruzaba la verja en bicicleta, totalmente erguido y con la mano levantada en un *salaam*. El antiguo secretario destapó la anticuada máquina de escribir y miró a Dadaji esperando recibir las instrucciones del día. Cuando éste le dijo que ese día no dividirían acciones ni restarían números, sino que redactarían una propuesta de matrimonio para Sonia, Dari lo aprobó.

—La pequeña Sonia tiene razón, no es bueno que una joven viva sola estando tan lejos. Alguien cercano debería velar por sus intereses.

Y rindiéndose al placer y la responsabilidad que conllevaba esa inusual tarea, Ba olvidó el miserable presupuesto doméstico con que contaba, Mina Foi la opresión a la que estaba sometida, Dadaji sus acciones y Dari sus galletas.

«Querido coronel», dictó Dadaji. «Le escribo a propósito de mi nieta, Sonia. Edad: veintidós años. Estudió primaria y secundaria en la Model School. Licenciada por el Hewitt College, North Hewitt, Vermont, Estados Unidos de América.»

Dari tecleó hasta que sonó un ¡ping! al final de la línea y se detuvo.

—*Huzoor* —advirtió respetuosamente—. No es una carta de negocios. Tiene que hablar de las virtudes de la joven con delicadeza y también con sinceridad, para que después no le recriminen que los ha engañado.

Miraron al *ayah*, que barría el polvo. Las palomas volaban a ras de suelo con ramitas que se habían desprendido de la escoba y luego salían disparadas hacia los nidos que estaban construyendo en las persianas enrolladas del porche. Contemplaron el eterno tráfico de

camiones, cuyas molestias les eran ajenas a los tres de algún modo: Dadaji por sus ojos, Ba por su oído y Mina Foi porque tenía otros problemas.

Después de una hora dándole vueltas, habían escrito:

Querido coronel:

Si no me falla la memoria, hace cuarenta y tres años que somos vecinos y compañeros de ajedrez, y entre nosotros nos llamamos coronel sahib y letrado sahib. A nuestras edades hemos vivido todo tipo de situaciones. Hoy quiero plantearle un asunto delicado. Mi nieta se siente sola en Estados Unidos y nos ha encomendado la tarea de buscarle un compañero de vida de una familia que nos inspire la máxima confianza. Pertenecemos a comunidades diferentes, pero eso no tiene ninguna importancia para nosotros. Creemos que el entendimiento y la honestidad son lo único que cuenta, y por la larga relación que nos une, estoy seguro, apreciado coronel sahib, de que usted está de acuerdo conmigo.

Si bien no es estudiosa por naturaleza, le ha ido relativamente bien en los exámenes.

Si bien a veces se deja llevar por el desánimo, se puede contar con ella ante las dificultades y tribulaciones.

Si bien es testaruda, no se entrega a todos sus caprichos y antojos.

Si bien ha heredado el temperamento de la familia, nunca guarda rencor.

Si bien es un poco demasiado alta y un poco demasiado morena, tiene las facciones finas...

—¿Dónde está la fotografía? —le preguntó Ba.

—No tenemos... ¿Qué hacemos ahora?

Y llamaron por teléfono a su hijo a las oficinas de Gupta Brothers, en Connaught Place.

A Papá lo habían contratado por su apariencia occidentalizada y su capacidad para dar órdenes con aplomo e investigar qué tipo de negocio se necesitaría para hacer de la India un país más moderno. Abría nuevos caminos con ideas que inevitablemente fracasaban, pero el fantasma de los intentos fallidos perduraba, y tres, cinco o diez años después, aparecía otra empresa que llevaba a término el mismo plan de innovación y triunfaba: ¡los *noodles* masala de dos minutos! Podría decirse que no prosperó precisamente por ser tan adelantado a su tiempo que era capaz de ver el futuro antes que el resto del país.

Lo irritó recibir la llamada de Ba y Dadaji en su lugar de trabajo. Había cambiado de parecer desde el día que había hablado con Sonia sobre esta posible presentación.

—¡No podemos casarla con una familia que sólo valore su aspecto físico! —exclamó.

Era un comentario extraño para un hombre que no perdía ocasión de opinar sobre la apariencia de una mujer, habría dicho Mamá, pero él no vio en ello ninguna contradicción.

—En un matrimonio por amor puede no encajar nada —señaló Dadaji—. El pretendiente puede ser rico o pobre, de casta alta o

baja, feo o guapo. En cambio, en un matrimonio concertado, la familia tiene el deber de que todo encaje.

Nadie mencionó que él mismo había arruinado la vida de Mina Foi con el hombre de Bruselas, quien, cediendo a la presión familiar para que se casara, había dicho a sus padres: «Lo que vosotros elijáis me parece bien, no me hace falta conocer a la joven.» Había tomado un avión para la boda y habían quedado en que Mina Foi se reuniría con él en cuanto se tramitaran sus papeles de inmigración. Mientras tanto, ella estaría al servicio de su familia política. Como ésta era más pobre y ocupaba un lugar inferior en la escala de castas (aunque no tanto como Ernest), Dadaji supuso que estaban ansiosos por celebrar la boda, y atribuyeron el hecho de que repitieran tantas veces la dirección belga de su hijo a que pensaban que eso compensaría cualquier desventaja. Dos meses después de la boda, el cartero entregó una carta anónima en el número 10 de Cadell Road. Cuando abrieron el sobre en el porche en el que Mina Foi iba a pasar muchos más años de los que imaginaba, encontraron una hoja de papel en blanco y una fotografía de una pareja frente a un árbol de Navidad junto a dos niños en pijama. Obviamente, eran los hijos de la mujer extranjera y el hombre indio, que estaba colocando una estrella en el abeto. El hombre era el nuevo marido de Mina Foi, de eso no había duda, pero se reía con una expresión enigmática.

—No tengo ninguna fotografía de Sonia —dijo Papá por teléfono.

Era una prueba esencial, y trataron de compensarlo con una hoja de papel de carta sin recortar y un sobre nuevo en el que Dari escribió la dirección con una caligrafía exquisita; luego reforzaron el caso de Sonia con una ofrenda de *kakori kebabs* amontonados sobre

la fuente de plata labrada cubierta con una servilleta blanca almidonada.

—Pero mi nieto está en Nueva York —replicó el coronel a Dadaji con la bandeja entre ambos.

—Sonia también estará allí.

—Es un joven muy exigente.

—Ella también.

—Se pasa el día leyendo noticias.

—¡Y ella leyendo novelas! ¿Sunny es extrovertido?

—No, es más bien taciturno.

—¿Con un nombre que significa «risueño»?

—Sí, le pusieron ese apodo para ver si le cambiaba el carácter, pero no funcionó.

El coronel miró con disimulo debajo de la servilleta almidonada.

Esa noche, desde su cama en la casa de Thornton Lane, la esposa del coronel le dijo a su marido, que estaba en la suya, al otro lado de la mesilla:

—Hemos estado inclinándonos y dándoles las gracias una y otra vez mientras ellos conspiraban para comprar a Sunny con un kebab. Ni media palabra de la dote, ¿te has dado cuenta?

—Enviemos la carta a Babi —respondió el coronel—. Que ella decida si se la envía a Sunny.

Su hija Babita, la madre viuda de Sunny, vivía en Delhi. Sería necesaria su aprobación.

La mujer del coronel quería sacar a colación el dinero que Dadaji había perdido en la fábrica de lana militar. Entreabrió los labios para decirle a su marido que las rupias perdidas en mantas y pasamontañas no eran motivo suficiente para que ellos

malvendieran a su nieto; no tenían que ofrecer a un hijo varón en sacrificio como si vivieran en la época medieval; el concepto que el coronel tenía de la moralidad era tan inflexible que resultaba inmoral. Pero los largos años de matrimonio les habían enseñado que era mejor dormir que discutir, así que marido y mujer cerraron con fuerza los ojos y la boca y se pusieron de lado, dándose la espalda.

Aquella misma noche, en la casa de Cadell Road, donde el estruendo de la autopista había ahogado el chirurr-chirurr de los búhos y el sutil murmullo de las hojas que en otro tiempo hacían las noches de verano delicadas y susurrantes, los camiones proyectaban inquietantes dedos de luz en el dormitorio de Ba y Dadaji. Ella se despertó y se despegó de las sábanas, cuyo almidón se había diluido con los sudores nocturnos de su marido. Alargó el brazo desde la mosquitera zurcida y con manchas amarillas para encender la lámpara de latón, una de las dos que habían trasladado del despacho de su marido cuando éste se jubiló, bajo las cuales había compuesto sus alegatos jurídicos en los sombríos tiempos del monzón y los días brumosos del invierno. En el tenue voltaje que proyectaba tanta luz como la llama de una vela, Ba sacó los pies de la cama y se agarró al poste del cabezal en forma de huso —las camas en Allahabad tenían la misma altura que los alféizares de las ventanas para aprovechar la más mínima brisa errante que pudiera entrar—. Tras abrir su armario, preparó una pequeña bolsa de lona con una combinación, unas bragas y un pañuelo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Dadaji al tiempo que se incorporaba y se esforzaba por entender sus movimientos con su visión borrosa.

—A Rangún.

Fue a buscar el cepillo de dientes y el raspador de lengua.

—¿Rangún?

—Tengo que hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—El rubí.

—¿Qué rubí?

—El rubí de Rangún, del tamaño de un huevo de paloma. O no habrá nada en la caja del banco.

—¿Por qué no habrá nada?

—Cuando Sonia se case, no quedará nada.

Habían repatriado la dote de Mina Foi, pero si Sonia conseguía casarse, las joyas volverían a salir del país. Joyas a las que ella pertenecía tanto como ellas le pertenecían.

Dadaji pensó en la cabeza de chorlito de las mujeres, en cómo se dejaban llevar por la codicia y los celos. Por mucho que hubieran vivido, al final sus preocupaciones se reducían a un abalorio y quién debería quedárselo: no fulanita, ni menganita y desde luego no zutanita.

9

Y así, un ventoso día de mayo de 1977, un cartero que caminaba con dificultad por las calles de Fort Greene de Brooklyn sacó de la cartera la carta que enumeraba los defectos de Sonia. Casi se le escapó de las manos, pero no lo hizo, y la dejó caer por la ranura de latón de un edificio sobrio de piedra rojiza donde permaneció sobre el parqué deslucido hasta que Lou Orsini, que vivía desde siempre en la segunda planta, la recogió junto con los menús de reparto a domicilio de Panda Garden, y aunque estuvo a punto de tirarla a la basura, no lo hizo. La vio a tiempo y la dejó apoyada en la escalera. Cuando Ulla y Sunny volvieron de la tienda coreana de la esquina con papel higiénico, tofu, coles y seis cervezas artesanas variadas, Ulla estuvo a punto de pisarla, pero no lo hizo. La pinzó entre los dedos a pesar de tener las manos ocupadas y la subió. Ulla era la novia que Sunny nunca había mencionado a su familia, aunque desde hacía más de un año compartían un alquiler, una cama, la factura de la luz, el cesto de la ropa sucia y, en algún momento de distracción, el cepillo de dientes.

—¿Qué cuenta tu madre? —le preguntó Ulla mientras se desataba los cordones de las zapatillas de deporte.

Sunny lamentaría eternamente no haber despachado la carta, pero estaba tan sorprendido que bajó la guardia.

—¡Mira, tengo una propuesta de matrimonio! —exclamó.

Ay, cómo pudo olvidar que el amor, cuando llega, llega siempre con su fuerza arrolladora, y es tan inevitable como Dios y el diablo, la vida y la muerte, o irte de la casa familiar; que aquello explicado en los momentos más dulces se convertirá en munición y se lanzará durante la guerra; que lo inocente por la mañana ya no lo será al anochecer.

Ulla cogió la carta de las manos de Sunny. «Querido hijo», había escrito Babita Bhatia con la tinta de siempre, verde como la envidia:

Te escribo para darte la noticia de que estamos siendo objeto de una intriga: tu abuelo me ha enviado esta descarada propuesta matrimonial para ti que le ha hecho su vecino en nombre de su nieta, que estudia en una universidad insignificante de la que nunca antes había oído hablar, como aquella a la que fue el hijo de Sara Habib, que se licenció por inventar un frisbee que vuela un 0,1 % más rápido que los demás. Increíblemente, la carta enumera todos los defectos de la nieta y dice que desea casarse porque se siente sola. En fin, he pensado que te reirías a carcajadas, y ahora ya puedo decirle a tu abuelo, que no desea ofender a su amigo, que te he reenviado obedientemente la carta.

Me la trajo el padre de Allahabad de camino a un encuentro religioso. También me trajo unos kebabs riquísimos hechos por el cocinero de los Shah, que es de Lucknow, donde serán todo lo sucios que se quiera, pero debe de ser esa mugre de debajo de las uñas lo que les da

sabor. Por la mañana, habían desaparecido dos kakori*. Llamé a Vinita y Punita, pero dijeron que no sabían nada. «¿Quién se los ha comido entonces? ¿Un fantasma?» Cuando se lo conté a su madre, me soltó: «Pégales con una escoba, hazlas dormir debajo de la escalera, mátalas de hambre. Que aprendan a comportarse.»*

«Esperas demasiado de mí», le dije a Gunja, «¿te parezco el tipo de persona que va pegando a las niñas con una escoba?». Aunque ahora creo que atacar a las niñas para que yo tuviera que salir en su defensa fue una estratagema de las suyas; esta gente nos da mil vueltas.

De todos modos, hablando de Vini-Puni, cómo me gustaría poder enseñarles a cocinar una comida digna de comer. No ponen atención a sus obligaciones. Cada mes surgen nuevos problemas. El otro día pasé por el mercado y vi a Vini hablando con los estudiantes afganos que merodean por la biblioteca de cómics. Sospecho que cogió los kebabs para dárselos a uno de esos vagabundos, ya sabes que no hay nada como un kebab para ganarte el corazón de un afgano.

Sunny se tapó los oídos con los dedos.

—¡Mami, por favor, basta de cotilleos! —gritó.

Pero esas cartas ejercían una burda atracción sobre Ulla, que las encontraba tan fascinantes como una producción de *Masterpiece Theatre*, y él tenía la costumbre de dejárselas leer después de haberles echado un vistazo por encima.

Sunny le había explicado que Vinita y Punita, las criadas de su madre, eran las hijas de Gunja, su asistenta, que tenía ocho hijos vivos —tres habían muerto recién nacidos («estirado la pata» era la expresión que utilizaba Babita)—; su marido era un borracho que se ganaba la vida vendiendo los huesos de pollo y cordero que recogía de los comedores *dhaba* a una fábrica de fertilizantes de harina de huesos. Ocupaban dos habitaciones en Begumpur, pero Gunja no podía permitirse tener seis hijas en casa, así que tendría que casar a la mayor aunque sólo tuviera quince años. Para darle un poco más de tiempo a la niña, le rogó a Babita que se quedara con dos de sus otras hijas a cambio de tareas domésticas. Vinita ya había aprendido a preparar salchicha envuelta en hojaldre y un paté de hígado de pollo con coñac; a la menor, Punita, la habían inscrito en una escuela de una fundación benéfica del barrio, y ayudaba a su hermana mayor por las tardes. Aunque tenía dos criadas gratis, Babita estaba convencida de que participaba en un experimento social para mejorar la sociedad.

La casa modernista gris en la que vivía la familia Bhatia la había diseñado un discípulo de Le Corbusier y construido el abuelo paterno de Sunny, un antiguo ministro de Hacienda que había adquirido en poco tiempo varias propiedades palaciegas, algo que sólo podía explicarse por la corrupción; sin embargo, cuando Sunny nació, las propiedades ya se habían perdido a remolque de más casos de corrupción, con la excepción de la casa del parque Panchsheel, que se había dividido en tres, un tercio para cada uno de los hijos del ministro, Ravi, Ratan y Rana. El padre de Sunny, Ratan, murió de un ataque al corazón cuando él tenía ocho años, y desde entonces ningún miembro de su familia paterna había vuelto a hablar con

Babita, a quien acusaban de haber martirizado a su marido con sus arengas. La abuela viuda de Sunny, Minnie, había redactado un testamento en el que dejaba la propiedad, que estaba a su nombre, a Ravi y Rana, y compensaba a su nuera Babita con una modesta cartera de inversiones y el juego de hueveras Spode con los bucólicos motivos de conejos silvestres que ella siempre había codiciado.

El valor de las inversiones había caído y Babita impugnó el testamento ante los tribunales, pero éstos estaban tan desbordados que solían resolver estos casos mucho después de que todos los involucrados hubieran fallecido, por lo que ella esperaba quedarse en el parque Panchsheel hasta el día de su muerte.

Cuando Babita salía por la puerta principal, levantaba la nariz con altanería y giraba a la derecha, si veía a su cuñado mayor, Ravi, llegando por la izquierda, o a la izquierda, si veía a su cuñado menor, Rana, por la derecha. Las hueveras estaban retenidas como rehenes en el aparador de cristal de Ravi, quien, de vez en cuando, sólo para fastidiarla, se demoraba desayunando en el jardín, donde ella podía verlo enfundado en su bata de cachemir. «¡Madre mía, qué huevera tan curiosa! ¿Y aquél no es el pequeño Peter Rabbit bajo una zarzamora?»

—¡Qué locura! —exclamó Ulla riendo, y en esos instantes se le revelaba como una criatura sin edad, una que contenía desde la niña que había sido hasta la anciana que llegaría a ser.

Ulla abrió el sobre que acompañaba al de la madre de Sunny y soltó:

—¿Qué es esto?

Y allí estaba Sonia, porque Mina Foi, al oír que su sobrina podía perder esa oportunidad sin el convincente argumento de su rostro, había cogido a escondidas una fotografía y la había deslizado en el sobre que le habían pedido que llevara a correos. Alta y esbelta, con una trenza hasta la cintura, de pie frente a unos abetos cargados de nieve con un desconcertante abrigo color curry.

—Es costumbre enviar fotografías, por supuesto —señaló Sunny con un gañido, pero no se atrevió a mirar.

El cambio de tono de Ulla hizo que adoptara una expresión impenetrable mientras metía algunos documentos en su cartera, en la que guardaba su preciado primer ordenador portátil, parecido a un platillo volante en forma de bañera. Sólo media hora más y podría salir con las prisas justificadas de quien tiene que irse a trabajar. Sunny cubría el turno de noche en la Associated Press, donde lo habían contratado nada más acabar sus estudios de posgrado en la Universidad de Columbia para un puesto de nivel básico, para que aprendiera las normas del Manual de Estilo de la agencia y así poder editar y enviar por cable las noticias que llegaban a todas horas. Su participación en la agencia era escasa, pero parecía crucial porque las noticias eran urgentes: treinta iglesias de la comunidad negra del Sur habían ardido en dieciocho meses, se habían producido enfrentamientos violentos entre Israel y Hezbolá, un terremoto había sacudido China, había entrado en vigor el tratado de la Convención de Armas Químicas, el cometa Hale-Bopp se aproximaba a la Tierra, Osama bin Laden había declarado la guerra a Estados Unidos, y Carlos y Diana se habían divorciado. Sunny soñaba con el día en que su nombre aparecería en un

periódico impreso y estaba pensando en proponerle un artículo al jefe de redacción, lo que por otro lado le estaba permitido.

—¿Estás seguro de que esta carta es inocente? —le preguntó Ulla, molesta con su expresión vaga y sus ganas de salir huyendo.

Si Sunny no se hubiera comportado con ese aire de culpabilidad, Ulla no habría sospechado. Y si ella no hubiera sospechado, él no se habría comportado con aire de culpabilidad. Haber mantenido a Ulla oculta de su madre, como lo había hecho, o recordar su vida en la India, hacía que Sunny a veces sintiera que se abría un abismo entre ellos. Cuando Ulla percibía ese distanciamiento, lo añoraba incluso estando en la misma habitación y eso hacía que lo deseara aún más a pesar de las discusiones y se sintiera aún más rabiosa con él, lo que era motivo de más discusiones.

—No hay nada siniestro en la carta —replicó él—. A mi edad todos las recibimos de parte de parientes, amigos o de personas que no hemos visto nunca; llegan muchas cuando terminamos la universidad, y la avalancha continúa hasta que sentamos la cabeza. Luego hay una pausa hasta que empiezan a casar a los hijos que han nacido de estos errores, pero esto va a menos con cada generación, porque ¿qué puede esperarse de semejante procedimiento?

En ese instante sonó el teléfono de Sunny. Tenían dos líneas, así podía darle a su madre un número privado y decirle que vivía con un compañero de piso. Ambos sabían que sería ella o Satya, su mejor amigo, que lo telefoneaba a diario.

Sunny no contestó.

—Soy un pobre periodista poco solicitado: sólo me ha llegado una carta de este tipo —le dijo a Ulla para tranquilizarla—. Satya, que va

a ser médico, ya debe de tener cien. Cuando se deprime, pide comida para llevar en Punjab Hut y se encierra a escuchar bandas sonoras antiguas mientras relee sus propuestas de matrimonio para animarse.

Pero eso no animó a Ulla. Al principio había pensado que él era tímido, aunque con un punto infantil, por su incapacidad para admitir abiertamente que tenía una relación. Sin embargo, ahora comprendía el motivo y quizá el verdadero propósito de tanto secretismo: Sunny mantenía abiertas sus opciones.

—Tu familia de la India tiene que entender que esto es una falta de respeto hacia mí. —Silencio—. ¡Pero cómo van a darse cuenta de esta falta de respeto si no saben que existo!

Sunny seguía rehuyendo su mirada.

—Mira, por muy moderna que sea mi madre, es una mujer india de otra generación. ¿De verdad crees que puedo decirle que nos acostamos? ¿No crees que si me hubiera tomado en serio esta propuesta habría escondido la carta en vez de decirte: «Mira, Ulla»?

Ulla suspiró.

—Debería estar enfadada, y lo estoy, pero también me siento mal por esta pobre chica con la que están mercadeando. Es escandaloso que traten así a las mujeres.

—Bueno, a los hombres nos tratan de la misma manera y no veo que me compadezcas.

A las nueve de la noche, Sunny huyó hacia el metro deseando ser tan libre como el viento púrpura que soplaba en la ciudad. Incluso en ese país, donde había supuesto que sería distinto, el amor no era una cuestión privada, sino un acontecimiento público. Si no lo revestíamos una y otra vez de legitimidad y aceptación, y lo

sellábamos aún más con plata y oro, con formalidades y reconocimientos, el fantasma del futuro amor perdido se infiltraba en la relación, tu amor se volvía irrevocablemente informe y las carencias pasaban a ser parte integral de su esencia.

En el ascensor del edificio de la Associated Press, en la plaza del Rockefeller Center, Sunny notó un temblor en las cejas. Se quedó mirando sus zapatos color arcilla, el estampado de motivos geométricos de su camisa azul marino. Recordó la historia del filósofo chino que había soñado que era una mariposa y al despertar se había preguntado si era un hombre soñando que era una mariposa o una mariposa soñando que era un hombre.

No podía explicárselo a Ulla, por temor a que se erigiera como la víctima de su ambivalencia, pero su vida ahora le parecía lejana, a veces incluso le costaba reconocerla. Cada vez que subía las chirriantes escaleras hasta aquel nido de gaviota que era su apartamento, encontrarse con la belleza élfica de Ulla, los suelos de madera de pino, el sofá blanco de Ikea, esa liviandad y comodidad occidentales que a simple vista le pertenecían, le seguía sorprendiendo. A menudo le costaba determinar cuáles eran sus verdaderos sentimientos respecto a su vida, y dilucidaba sus emociones sólo por el modo en que se comportaba. Pero tampoco estaba seguro de si actuaba por un impulso sincero o si interpretaba un papel, dejándose llevar por la gente, el clima, la comida, o incluso por los objetos que lo rodeaban: un cuenco de cerámica de Carolina del Norte lleno de tomates autóctonos del mercado agrícola; el corte aparentemente sencillo y el color gris suave de su primer abrigo que no era una parka; la nieve y la oscuridad de la

tarde; una tortilla francesa rellena de salmón ahumado y queso cremoso con eneldo.

Una cosa parecía segura: si la India existía, Estados Unidos no podía existir; eran demasiado diferentes para no anularse mutuamente. Y, aun así, se negaban a permanecer separados. India acabó invadiendo su vida desde el otro lado del mundo, y entonces la vida de aquí se volvió de pronto artificial, una burla. Él se convirtió en un impostor, un espía, un mentiroso y un fantasma.

A las diez de la noche Sunny se había instalado en su cubículo de la redacción, que estaba desierta salvo por Dan, un periodista veterano de la guerra de Vietnam que siempre hacía el turno de noche en la sección de deportes. Estaba redactando un artículo sobre *Dolly*, la oveja clonada, cuando volvió a sonar el teléfono. Sabía que era su madre. Había creído que podría quererla más desde Nueva York.

10

Sunny y Ulla se conocieron junto a Riverside Park, en la cola de la cafetería de un albergue para estudiantes extranjeros y estadounidenses interesados en vivir una experiencia internacional. Puede que el albergue tuviera un propósito académico y que desde fuera pareciese un lugar formal, pero en realidad era un caótico aeropuerto de amores pasajeros: estudiantes de todo el mundo, amenazados por visados que caducaban sin cesar y por el pánico del tiempo limitado, tenían idilios exprés, pues sólo disponían de dos a cuatro años para burlar el destino impuesto por su lugar de nacimiento y saltar a otro país, a otra clase social, a otra piel, y probar todo lo que el mundo ofrecía. Era un milagro que alguien consiguiera sacarse un título.

Una bailarina danesa perseguía a un estudiante de ingeniería senegalés; el hijo de un profesor comunista húngaro acosaba a la nieta de un magnate estadounidense de la salsa de soja; una chica del Medio Oeste iba tras un escocés solitario. Había una arbitrariedad digna de comedia en estos amoríos políglotas que surgían durante las noches de cine, en las clases de bailes de salón o en la cafetería, a la que todo el mundo iba pese a servir la comida más insulsa de la ciudad, por si el amor esperaba junto al surtido de verduras al vapor.

Para Sunny y Ulla, ésos fueron sus días más felices: cuando él se descubrió por primera vez vulnerable ante el peinado de erizo de Ulla y su desinhibición con los bailes de salón; y cuando ella se sintió por primera vez conmovida ante la anticuada grandeza de su nariz aguileña y sus ojos de halcón, la formalidad de su porte y la corrección de sus modales mientras esperaba con su bandeja de comida y el *New York Times* bajo el brazo, que le recordaba un poco a su abuelo de Kansas emigrado de Suecia. Fue entonces cuando empezaron a hacer ajustes en sus agendas con la esperanza de coincidir como por casualidad y a sospechar que el otro tenía intenciones parecidas; cuando los dos sabían y a la vez no sabían.

Ulla vivía en una parte del albergue dividida en pequeños pisos donde tres estudiantes compartían cocina y cuarto de baño. Una de sus compañeras de piso, Mala, era de Delhi, igual que Sunny. Él había estado considerando pedirle que le presentara formalmente a Ulla, cuando una noche, en la cafetería, como si Mala le hubiera leído el pensamiento, la oyó por casualidad quejándose del hecho recurrente y descorazonador de que los jóvenes indios sólo fueran detrás de las blancas estadounidenses y además eligieran siempre a las más pálidas y andróginas, esas que se retiraban en silencio y se pasaban horas escribiendo en su diario. Esto era lo que los atraía, decía Mala, porque ninguna mujer india podía permitirse la privacidad suficiente para entregarse a una obsesión tan solipsista en torno a su propia psicología, ni se veía impulsada a trazar un mapa de las fluctuaciones de su estado de ánimo en respuesta a crisis profundas que eran inevitablemente banales. Estas mujeres, por su parte, se daban cuenta de que podían conseguir a un hombre del Tercer Mundo con una posición social y económica mucho más

alta que cualquier estadounidense blanco de su entorno, cuyas perspectivas eran por otro lado desalentadoras, tan sólo utilizando la baza de su nacionalidad y su piel clara.

—Eres amiga de Mala.

—Yo no lo diría exactamente así.

—¿Por qué no?

El primer vínculo entre Sunny y Ulla se forjó a partir del resentimiento que compartían hacia las mujeres indias en general y hacia Mala en particular. No importaba lo que hiciera Ulla, Mala tenía que hacer eso mismo y mejor.

—Si le digo que voy a trabajar en un campamento de verano para niños en Maine, me dice que ella trabajará en un orfanato vinculado al dalái lama. Y está solicitando una beca Fulbright. Si hay dos melocotones, ella tiene que comerse el mejor o los dos. Por nada del mundo se conformaría con el menos bueno.

—Es agotador estar cerca de tanta codicia.

Sunny ladeó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento tanto externo, hacia Ulla, como interno, pues había identificado en sí mismo un anhelo semejante e igual de vergonzoso, aunque estaba decidido a eludirlo y aborrecía advertirlo en los demás.

Había observado que al llegar a Estados Unidos uno sentía el impulso de conseguir lo suficiente para el pasado, el presente y el futuro, todo a la vez. Sunny quería proteger a Estados Unidos de los que eran como él; pero si los demás se volvían unos acaparadores y devoradores insaciables, él también tenía que serlo, o se quedaría atrás. Acto seguido sentía asco de sí mismo.

—Y no lograrás cambiarla —advirtió a Ulla—. Estos instintos están muy arraigados. Aunque de entrada parezcan amistosos, harán que

tu confianza se tambalee usando todo tipo de artimañas, hasta el día en que ya no supongas ninguna amenaza y ellos se lleven todos los melocotones y todas las becas.

Por eso huía de las mujeres indias, se dijo Sunny.

—¿Por qué lo hacen? —le preguntó ella.

—Bueno, en la India hay demasiada gente, y los hombres lo controlan todo, así que tienen que conseguir lo que quieren a toda costa, valiéndose de una cordialidad fingida. Aquí en Estados Unidos hay muchos menos obstáculos y mucho más que ganar, así que estas mujeres se convierten en monstruos.

Así, Sunny adoptó el papel de experto en las tristes cualidades de las mujeres indias sin saber que, antes de que la amistad entre las dos se hiciera jirones, Mala le había explicado a Ulla todo sobre el carácter miserable de los hombres indios: los hombres indios y sus actitudes controladoras, los hombres indios y sus madres, sus celos, su orgullo, sus iras y sus privilegios; cómo se convertían en gurús dispuestos a dar todo tipo de sermones sobre todo a todo el mundo antes de que las primeras canas les salpicaran las sienes; por no hablar del desproporcionado número de hombres que se dejaban llevar por la ambición de encontrar una mujer blanca... Lo mejor era escapar de la India.

—¿Por qué? —le había preguntado Ulla.

Bueno, había respondido Mala, porque una vez que tuvieran un bote salvavidas, podrían reivindicar su país con dignidad y ser por fin amables con sus compatriotas indios, y sacar provecho de verdad de la India al haber perdido el miedo a que ésta los engullera de vuelta. O podrían hacer justo lo contrario y fingir que no eran indios. Decir

ellos mismos todo lo malo del país para que los blancos no tuvieran que hacerlo.

Sea como sea, ya no llevaban una vida honesta, decía Mala.

¿Era necesario que nos rodeáramos de los nuestros en nuestro propio país para ser honestos?, se preguntaba Ulla. ¿No era encomiable buscar fuera de uno mismo? Mala le había parecido tan llena de prejuicios como deshonesta. Al fin y al cabo, ella se había ido de la India, ¿no? Además, sospechaba que si se le presentaba la posibilidad de estar con un hombre blanco, ella no lo rechazaría.

A Sunny le conmovió que Ulla no hiciera extensible a todos los indios su antipatía hacia Mala. O tal vez se estaba haciendo ilusiones al pensar que sólo por eso él era totalmente distinto a los demás indios.

Por otra parte, Mala había cometido un grave error de juicio: a Ulla no le escandalizaba que los hombres indios fueran detrás de las mujeres estadounidenses. De hecho, le encantaba sentirse deseada, y si ser estadounidense, pecosa o rubia le daba ventaja sobre las demás, ¿por qué iba a rechazarla?

Sólo más tarde Sunny se preguntó si Mala había hecho su relación posible (pues los indios ya no eran extraños o desconocidos para Ulla) y, al mismo tiempo, imposible (al mostrarle a Ulla todas las vías para quejarse). Sin duda, entre Mala y él habían dotado a Ulla de un repertorio entero de argumentos contra los indios, tanto hombres como mujeres. Como si cada sexo de una determinada clase, la occidentalizada, esperara triunfar en Estados Unidos haciendo la guerra al otro sexo. Por culpa de los hombres indios, las mujeres indias se veían obligadas a huir. Por culpa de las mujeres indias, los hombres indios harían cualquier cosa para escapar.

11

Durante los primeros días de convivencia, todo había sido sorprendente; constatar, por ejemplo, que los dos tenían ideas muy diferentes sobre la privacidad. Extrañado al no ver un cerrojo en la puerta del cuarto de baño de su nuevo piso, Sunny se apresuraba ante el temor de que Ulla entrara en cualquier momento, cosa que hacía a menudo, ya fuera para charlar de asuntos triviales mientras él se estaba duchando, o incluso para orinar a su lado como si tal cosa. Cuando fue a la ferretería a comprar uno, ella se echó a reír.

—¡Cómo puedes ser tan cortado!

Se quitaba toda la ropa y se paseaba desnuda por el piso dejándose acariciar por el sol de Brooklyn que se filtraba entre las hojas de arce.

—Es mucho más fácil para ti decir que eres de Delhi que para mí decir que soy de Prairie Hill, Kansas. Nueva York favorece a los extranjeros.

Sunny se sorprendió al descubrir que el verdadero nombre de Ulla era Mary, pero que había decidido cambiárselo en secundaria. Cuando le preguntaban de dónde era, ella solía responder que de Nueva York, y no de Prairie Hill, renegando de la tierra que amaba y con la que encandilaba a Sunny al evocar esa llanura tan vacía que podías ver llegar a tus amigos a horas de distancia, donde las

estrellas florecían a tus pies al caer la noche y el viento no dejaba de soplar.

Ulla le enseñó a abrir los tetrabriks, a comprar hojas suavizantes para la lavadora y toallitas para la secadora, a telefonear para dar de alta el gas o pedir una hamburguesa (no tenía ni idea de la suerte que había tenido al dar con un hindú que comía carne de vaca). Con ella aprendió cosas del estilo de vida americano que no podían obtenerse de la lectura de *Un día perfecto para el pez plátano*, *Matadero cinco* o *Dos damas muy serias*. De todos modos, aunque esos libros no habían sido útiles en la práctica, fueron sus excentricidades las que despertaron en Sunny esa poderosa atracción por Estados Unidos y sus habitantes. Su vocación era el periodismo, pero su pasión era la ficción, porque sólo la ficción podía detenerse en lo raro.

Ulla disfrutaba demasiado con su papel para llevarlo con discreción, pero no por ello dejaba de ser amable y concienzuda. «Di *a*», le decía a Sunny. «Di *pe*.» Le enseñaba a pronunciar correctamente las palabras para que lo entendieran. También le enseñó a decir «¡Bien!» en lugar de «Fatal» cuando le preguntaban cómo estaba, porque a nadie le gustan los cínicos.

—A mí sí —replicó él.

Para entonces Ulla ya había cogido confianza y comprobado que él evitaba usar palabras como «sujetador» o «medias».

—¡Dilas! —insistía.

Lo proponía como un juego, pero Sunny se lo tomaba como una burla, y cuanto más se cerraba en banda, dando rienda suelta al rencor, más oprimida se sentía Ulla.

—Si intentaras bailar, quizá te gustaría —le dijo con cierta amargura.

—¿Y tú por qué no comes pescado? —respondió Sunny.

—Porque en casa sólo comíamos pescado una o dos veces al año, y antes de cada bocado mi madre me gritaba: «¡Cuidado con las espinas!» ¡Y es verdad que siempre salen espinas!

Cuando Sunny volvió del supermercado con un espléndido tarro de mostaza de Dijon Grey Poupon, ella soltó:

—No me gusta la mostaza sofisticada. Prefiero la Heinz normal y corriente de toda la vida.

«Al mediodía come sólo ensalada y cuando pide pizza siempre es la más sencilla», le comentó Sunny a su amigo Satya.

Ulla no sólo prefería la pizza de tomate y mozzarella, también veía como invenciones bárbaras todas las salsas que se hacían a fuego lento o las mezclas de especias. Si un charco amarillo se deslizaba por el plato hasta juntarse con otro marrón, entraba en pánico. Cuando salían a cenar, Ulla rezaba con todas sus fuerzas para que el restaurante fuera italiano.

Empezaron a darse cuenta de que, aunque en ciertos momentos les resultaba ofensiva la falta de sofisticación cosmopolita del otro, su orgullo se apoyaba precisamente en sus vulnerabilidades, en negarse a renunciar a aquello que, quizá, más deseaban perder. Y lo que más deseaban perder era aquello por lo que más luchaban y lo que más los definía. En un momento dado, aquello se convirtió en una tragedia. Una tragedia si se adoptaba una perspectiva más amplia y se tenía en cuenta que Sunny, en la India, pertenecía a la primera generación de hombres de su clase que realmente

cocinaban y no daban órdenes a las mujeres y a los sirvientes mientras se llevaban los elogios.

—Da igual lo que coma, todo sabe a curry —soltó Ulla en tono indulgente, como si fuera la dueña de un extranjero extraño, ante un grupo que se había reunido en un restaurante de tapas para celebrar el cumpleaños de su amiga Natalina, quien aprovechó la ocasión de tener a un indio en la mesa para contar el viaje que había hecho hacía poco por Rajastán para enseñar a las mujeres a utilizar hornos solares.

—Una mujer rubia viajando sola por la India... Dios mío, se vuelven locos... No pueden verte como una persona. Un hombre que estaba en el andén me agarró los pechos por la ventanilla y, cuando el tren se puso en marcha para salir de la estación, corrió sin querer soltarlos.

Sunny contuvo un ligero temblor en las manos mientras partía con mucha precisión una croqueta de bacalao con cuchillo y tenedor. ¿No estaba dando a entender con esa larga serie de asociaciones que de alguna manera él era el responsable? De entrada, se sintió insultado y culpable, y luego molesto por tener que sentirse culpable o insultado mientras comía en un restaurante del West Village que además le dejaría un agujero en la cuenta del banco. Se llevó pulcramente a la boca un triángulo de *frittata* y la mantuvo bien cerrada mientras masticaba, con la intención de que sus modales en la mesa marcasen una clara distancia respecto a su país y demostrar, con su familiaridad con la comida española y su simpatía hacia las viajeras, que él no era como esos hombres que se ven en cada esquina de la India mirando con esa lascivia más propia de las

bestias, como si ya no fueran humanos, a mujeres a las que no consideran humanas.

—¿Te pusiste enferma? —le preguntó alguien—. Tengo entendido que todo el mundo se pone enfermo en la India.

—Cuando fui al médico me dijo: «¡Lo has pillado todo!», pero, después de Guinea Ecuatorial, la India era como Chicago —le aseguró Natalina a Sunny.

Él bebió un sorbo de su vino vasco. Pensaba en la osadía de esa mujer que había dejado su piso de Nueva York (sin duda provisto de horno, microondas, tostadora, frigorífico, batidora, cafetera, secador de pelo, aspiradora, televisor, ordenador, equipo de música, calefacción, ventilador, aire acondicionado y caldera, además de bicicleta o coche) y se había ido a la India para decirles a las mujeres indias que cocinaran el arroz en una caja de cartón cubierta con papel reflectante plateado para evitar la deforestación y el cambio climático.

—Ulla, ¿por qué dices que le pongo curry a todo? —le preguntó Sunny ya en casa—. Le pongo a todo especias, no curry. De hecho, el curry no existe. Es una palabra inventada por los británicos.

Oyó claramente la voz de su madre susurrándole al oído: «¿Quién es esta estúpida?»

—Bueno, entonces un error británico ha debido de camelarse a toda la India, porque cada vez que voy a un restaurante indio el curry es el rey de la carta —replicó Ulla.

Más tarde, creyendo que Sunny ya se había ido a trabajar, ella telefoneó a su padre.

—Dice que no pone curry en todo, pero lo hace. Ese fuego abrasador mata todos los sabores.

Cuando él se acercó con cautela para escuchar lo que decía, el suelo de madera emitió un lastimoso gemido y Ulla se apresuró a colgar.

—He oído lo que has dicho. —Elevación de cejas—. ¡El curry no es como el chile! ¡Entiendes mal incluso lo que no entiendes!

—¡Estabas escuchando a escondidas!

—Peor es andar difamando.

—Es horrible ser un fisgón.

¿Por qué en el mundo occidental era peor fisgonear para descubrir un crimen que cometerlo? Para Ulla, ser civilizado consistía en no cotillear y andar desnuda; para Sunny, era todo lo contrario: ir vestido y no perderse una conversación. ¿Cómo era posible que en ese idílico ambiente de triunfante calma multirracial de Brooklyn se hubiera instalado semejante desconfianza? Esta vez se reconciliaron en un bar de Lafayette, y en el espejo rescatado de un salón de belleza que colgaba detrás de la barra vieron que tenían motivos para hacerlo: eran una pareja de guapos. Tanto o más que cualquiera de las parejas de raza mixta de ese barrio famoso por la belleza de sus habitantes de raza mixta. El dueño del establecimiento les preguntó una vez si buscaban trabajo.

—¿Haciendo qué?

—Como camareros, atendiendo la barra. Voy a abrir un restaurante en DeKalb que se llamará Urbane y quiero que refleje el buen rollo del barrio.

A veces no sabían si les gastaban una broma o si la broma se hacía a su costa. Como esa de un indio que se gasta una fortuna para comer en un restaurante llamado Le Colonial.

«¿Deberíamos mudarnos a otro barrio?», se preguntaban a veces. Pero luego veían que los recién llegados —islandeses-peruanos, ruandeses-vietnamitas, holandeses-japoneses, cubanos-kazajo-irlandeses— estaban empezando a tener hijos que nunca se habían visto en la nave espacial Tierra, y ninguno de los dos podía soportar abandonar ese lugar fascinante que ellos mismos habían contribuido a crear, ni a todas esas parejas que habían empezado a expulsar a los residentes originales, homogéneamente pobres y negros. Dentro de unos años nadie lo recordaría. Pero, de momento, cuando volvían a casa a toda prisa, percibían la rabia que se acumulaba en las sombras. Tenían miedo de que los atracaran los habitantes del complejo de viviendas que estaba justo al lado.

Un día que Sunny volvía andando de su turno de noche, a las cinco de la madrugada, lo atracó un chico que parecía tener un arma, aunque quizá fuese un palo escondido debajo de la camisa. Cuando despertó a Ulla, ella le insistió en que lo denunciara. A regañadientes, acudió a la policía, que lo llevó en su coche patrulla al lugar del atraco por si podía localizar al chico. Pero Sunny desvió la mirada al verlo de lejos.

—¿Nada? —le preguntó el agente, un tipo delgado y sagaz que mascaba chicle de nicotina.

—Nada.

—¿Por qué lo has hecho? —Se enfadó Ulla cuando Sunny se lo contó—. Cometen un pequeño robo y salen de rositas, luego otro, y al final acaba pasando algo gordo.

Pero Sunny sabía que si él hubiera identificado al chico, ella habría dicho justo lo contrario.

—Somos más culpables que ellos en este orden establecido —replicó.

«¡Lárgate de nuestro barrio, puto blanco burgués!», le había gritado un hombre a un vecino que acababa de mudarse a la casa de al lado. Y aunque Sunny simpatizaba con el tipo que había gritado por la ventana, sabía que era una simpatía hipócrita. En el fondo, esperaba que le dieran un salvoconducto, que por el hecho de ser de piel oscura lo vieran con más derecho a estar en ese barrio. Pero sonreír a los negros por la calle le parecía falso y condescendiente, fruto del deseo de ser aceptado en ese barrio de elegantes casas de piedra rojiza y línea de metro rápida a Manhattan donde además convivía con Ulla, algo esencial para su amor propio. Se preguntaba si ella se sentía menos culpable de haber invadido el barrio porque estaba con él. Cuando hablaban con otros como ellos, ambos se aseguraban de mencionar a los afroamericanos acomodados que adquirían viviendas en el vecindario, para desviar la conversación de la raza a la clase social.

Sunny también se sentía hipócrita cuando apartaba la mirada de otros indios que se cruzaban con él por la calle, indios que a su vez lo ignoraban a toda costa e intentaban triunfar en Estados Unidos evitando a otros indios, como si fuera mejor ser un indio que dos, o dos que tres. Y mejor ser un indio en Nueva York que un indio en la India. Mucho más si se trataba de un indio de un pueblo de Francia donde no había otros indios, en especial indios de tu misma clase que te harían perder el aplomo y arrojarían luz sobre tus vergüenzas y tus mentiras.

Y luego estaba Satya. Satya era un amigo de la infancia al que jamás se le pasaría por la cabeza que era mejor ser un indio que

dos, o ser dos que veinte. Sunny y Satya habían ido juntos a la guardería en Delhi, con pantalones cortos azules y una corbata ya anudada con cinta elástica que se ajustaba al cuello. Habían ido juntos al Mount St. Mary's School de Delhi, habían tenido paperas a la vez, habían hecho juntos un viaje maravilloso cuando Sunny era estudiante de último año y estaba haciendo un reportaje en Mysore sobre los recortes del Gobierno a las subvenciones de los tejedores tradicionales. Concediéndole una importancia que no le correspondía, lo incluyeron en un plan para animar a los periodistas a promover el turismo y lo invitaron a alojarse en el Lalitha Mahal Palace. Se habían bañado en la piscina del maharajá al atardecer, acariciados por una brisa cálida que llevaba consigo el aroma de las colinas áridas y agitaba las buganvillas, que parecían de papel. Satya, con el pecho arremolinado de velludas rosas negras, no sabía nadar, pero con sus chapoteos vigorosos iba de un lado a otro de la piscina.

Después de haber cenado en una romántica alcoba decorada con esmaltes y filigranas de espejo doradas, Sunny pensó que era un poco raro tener a Satya sentado enfrente compartiendo un *kheer* de mango y, más tarde, oírlo roncar a su lado en la cama sobre almohadas perfumadas de sándalo y pétalos de rosa. Su amistad había empezado a cobrar visos de relación romántica, y tal vez ambos ya se preguntaban si los momentos trascendentales también los vivirían juntos en lugar de con esposas o hijos. Juntos habían decidido solicitar una plaza para estudiar en Estados Unidos: Satya medicina y Sunny un máster en periodismo (el artículo sobre Mysore fue crucial en su solicitud de ingreso en la Universidad de Columbia). Fue entonces cuando se separaron sus caminos: el de Sunny hacia

Nueva York, el de Satya hacia Rochester. Se echaban de menos, y un fin de semana, cuando Sunny y Ulla aún vivían en el albergue de estudiantes internacionales, Satya cogió un autobús Greyhound hasta allí.

Ulla puso como excusa un trabajo de clase y los dejó solos, y Sunny se sintió avergonzado por su marcha, como si ella no lo quisiera.

Luego, intentando ver a Satya con los ojos de Ulla, supuso que ella desdeñaría su figura regordeta, su jersey de punto hecho a mano y su conversación apasionada y franca. Consciente de la falta de sofisticación de su amigo, y sintiéndose expuesto por ello, para él fue como si la hubiese engañado.

Satya no mencionó a Ulla mientras paseaban por Union Square y Washington Square Park, y tampoco mostró el menor interés turístico por Manhattan aunque era su primera visita a la ciudad. No se fijó ni en los rascacielos, ni en los indigentes instalados sobre las rejillas del metro, ni en el monje budista que iba en monopatín, ni en una pandilla de modelos que llevaban caniches con botines. Intercalando algún tarareo sin ton ni son, le contó a Sunny la batalla que mantenía por el mando del televisor en el salón de residentes, donde sólo él quería ver *Las chicas de oro.* ¿Y por qué no le dejaban colgar la ropa interior en su ventana? ¿Por qué el autobús no podía recogerlo fuera de su edificio de pisos aunque no hubiera una parada?

—¿Crees que soy tu chófer privado? —le había soltado el conductor.

—¿Y yo qué? —replicó él—. ¿Cree que me gusta esperar en la calle como una prostituta?

De vuelta en la habitación de Sunny, Satya hizo una llamada.

—Dupliquen la dosis de amlodipina, hagan pruebas de ácido úrico y glucosa, comprueben el nivel de potasio y prescriban gabapentina para el dolor nervioso —dijo.

Le estaban pidiendo que diera su opinión sobre un paciente al que había visitado como miembro del equipo de seguimiento. Cómo se fusionaban las distintas facetas de Satya era un misterio.

Satya se hizo la cama en el colchón hinchable del suelo. Se acostó gustosamente con las manos juntas bajo la mejilla, como un dibujo de alguien durmiendo como un santo.

Sunny también se acostó y ya no pudo contenerse más.

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

Era imposible que Satya no se hubiera formado una opinión la primera vez que uno de los dos tenía una novia de verdad.

—¿El qué?

—Ulla, por supuesto.

Le salió un profundo suspiro del alma.

—Ulla te ve como un indio y tú la ves como una norteamericana. Todo se basa en un malentendido.

—Para mí no es sólo una norteamericana.

—¿Cómo no va a ser norteamericana para ti?

—He dicho «sólo».

—Es la razón principal por la que la quieres. Te va a sentar fatal que te lo diga, pero cuando discutáis no podrás saber qué discusión hay en realidad detrás de la discusión.

—Una persona no es sólo su nacionalidad y su raza, Satya —insistió Sunny—. Después de un tiempo ya no te das cuenta de que eres de otro color. Al menos dentro de casa.

Eso fue para Ulla y para él una revelación, una sensación casi mística.

Al oír a Sunny hablando con Satya, Ulla había saltado: «¡Qué charlatanes son los hombres indios!»

De un bengalí que había conocido en el gimnasio, exclamó: «¡*Bong* belicoso!» Y se refirió a un compañero de trabajo como «esnob *tambram*». Señaló a una mujer que se saltaba la fila «a lo indio».

—Yo puedo decir *«bong»* y «a lo indio», pero tú no —le había dicho Sunny.

Aunque ¿de quién había aprendido ella a blandir los prejuicios locales con orgullo de iniciada sino del propio Sunny, o de Mala, su antigua némesis?

—¡Pero si tú criticas a Estados Unidos todo el tiempo!

—Por Dios, vosotros, los protestantes, ¿nunca habláis abiertamente? —replicó él. Y al no recibir respuesta añadió—: ¿Por qué los estadounidenses no tenéis pasaporte? ¿Es que tus padres no sentían curiosidad por el mundo?

—Tenían otras prioridades, como ahorrar para pagar mis estudios. No eran ricos.

—¿Con una casa enorme y dos cochazos?

—Donde vivimos tener dos coches es una necesidad. Además, mis padres han ido a México.

Los padres de Ulla habían vuelto eufóricos de Cancún por el tipo de cambio de divisas. Sunny recordó una conversación sobre lo mucho que se habían emocionado al comer cuatro tacos por un

dólar con veinticinco centavos, y cómo su madre se había hecho la manicura y la pedicura por siete dólares en un bonito salón de belleza.

—¿Por qué los estadounidenses sólo saben hablar de gangas?

—Todos los viajeros hablan de las mejores ofertas.

—No, los británicos siguen hablando del tiempo: «Hoy hace un poco de sol, qué maravilla; mañana lluvia, lástima.»

—¿Y qué dicen los indios?

—Los indios se acercan y se te quedan mirando: «¡Con lo calvo que estás y aún no te has casado!»

Entonces se rieron.

—Mi *samosita* caliente —lo llamó ella.

—¡No digas eso, Ulla!

—Está bien, está bien, mi malhumorado tigre de Bengala —replicó ella ahogándose de la risa.

No había nada que hacer.

—¡Rubia superficial!

—Indio patriarcal y mandón.

No estaban logrando circunscribir sus discusiones a un plano personal, singular y respetuoso, o al menos acorde con las circunstancias individuales de cada uno. ¿Había entonces algo de verdad en la advertencia de Satya? ¿Hacía falta vivir con un estadounidense sólo para machacarlo por el simple hecho de serlo? ¿Era necesario juntarse con un indio únicamente para quejarse de los indios?

En el piso de abajo, a través del hueco abierto cerca de la tubería de su ducha por la caída de algunos azulejos, Lou Orsini los oía discutir desde su cuarto de baño. Alguna vez se había arrepentido de

su divorcio, pero cuando acabó de pasarse el hilo dental había compuesto el estribillo de una nueva canción para el grupo en el que tocaba, Love Handles: «Gracias a Dios que estoy divorciado. / ¡No volvería contigo ni atado!»

Y una tarde de primavera, al volver de la tienda coreana, Sunny y Ulla abrieron el portal de su *brownstone* y encontraron la carta de Babita apoyada en la escalera junto al gran espejo de estilo oriental y su corona de vidrios de colores brillando en la penumbra del vestíbulo.

12

Babita Bhatia salió de casa y, bruscamente, apuntó con su nariz de bulbul hacia la izquierda al tiempo que el tío Ravi, al salir de la suya, encañonaba su nariz chata hacia la derecha. Al regresar, la giró rápidamente hacia la derecha al tiempo que el tío Rana, al entrar, enfilaba la suya de tenorio hacia la izquierda. Recogió sus cartas de la puerta y se las llevó a la sala de estar, luego cogió su abrecartas con incrustaciones de plata y abrió el sobre que el coronel había enviado. Después de leer la misiva y estudiar la fotografía de Sonia, resopló y consideró tirarlas a la basura. Habló en voz alta al fantasma de su marido: «Ratty, cuando Sunny se case estaré aún más sola. ¡No has cuidado de mí! ¿Acaso es éste un país donde las mujeres pueden arreglárselas solas?»

Se levantó y se miró el sari rosa en el espejo de tres paneles del tocador. ¿Era un color demasiado llamativo para alguien de su edad? Tenía cuarenta y nueve años, y conservaba la piel lozana como un pétalo de magnolia y el perfil firme. Estaba segura de que una de las razones por las que Ratan se había casado con ella era por la altiva elegancia de ese perfil. Y a ella... ¿qué le había atraído de él?

Babita había querido al padre de Ratan. Había admirado la riqueza y el prestigio del patriarca. Los primeros regalos que ella les había hecho (una corbata de seda, un frasco de colonia Brut) habían sido

para su suegro, no para su marido. Su suegro estaba fascinado con el brío de su nuera. El afecto inconfesable que se tenían traspasó los límites, lo que enfureció a su suegra y destruyó a su marido. Pero eso no era raro en una familia extensa, un tipo de amor daba paso a otro, una joven se casaba con un muchacho para entrar en la casa del padre de éste, un suegro se enamoraba en secreto de su nuera, una esposa de su cuñado, un adolescente de su tía, una viuda de su hijo.

Enojada por sentirse vieja cuando aún era joven, y decidida a desactivar la amenaza ridiculizándola, Babita se sentó a su escritorio a redactar una nota para Sunny y enviársela junto con la propuesta de matrimonio. Pero su malestar aumentaba a medida que escribía. Qué desolador era tener que guardarse sus pensamientos y ocurrencias para cuando estuviera acompañada y qué tedioso era plasmarlos en una carta. Y qué agradable era poder combatir el letargo del tiempo charlando con alguien sobre cosas triviales. Siempre había alguien con quien hablar de los asuntos más importantes, un escándalo gubernamental, el monzón que llegaba con retraso, pero eran las pequeñas preocupaciones, las observaciones del momento, las que no admitían demoras, porque sólo al expresar el humor, la tragedia, la amenaza o la belleza que encerraban se revelaba su poder para darle sentido a la vida. El espectáculo de una hormiga, pongamos, que parecía llevar valerosamente a cuestas a su compañera soldado muerta en combate; si era o no seguro bañarse a pesar de que esos monos bribones que se alimentaban en el templo cercano se hubieran dado un chapuzón en el depósito de agua; si el rosa de un sari era un poco demasiado rosa.

De nuevo se dirigió a su difunto marido*:* «Ratty, me equivoqué al no quererte. Me equivoqué antes de que tú te equivocaras muriendo, hasta ahí lo admito.»

La gente muere de un ataque al corazón cuando en realidad podría estar muriendo de desamor. Pero la vida está hecha de estaciones, y las estaciones cambian como cambian las emociones. Durante el breve tiempo que Ratan estuvo en el hospital, mientras los médicos intentaban salvarlo, Babita, la atea, había rezado: «Querido Dios, déjalo vivir y te prometo que lo querré y creeré en Ti.» Pero Ratan había muerto.

«Ratty, no te mueras. Si te mueres, yo también me moriré. Si vives, te querré... ¡a pesar de todo!»

Babita salió al balcón de su dormitorio, cubierto de buganvillas, y se quedó mirando las obras del solar del otro lado de la calle. Al principio, cuando empezaron a dividir los *bungalows* de una planta de Delhi en apartamentos, los más altos los dividían en tres. Ahora, en cambio, tenían una planta más y los dividían en ocho.

Se quedó mirando a los hijos de los obreros sentados a horcajadas sobre el tubo de desagüe de un túnel apoyado en un montón de arena mientras sus padres trabajaban. Balanceándose de un lado a otro, cantaban una canción en un idioma que ella no pudo identificar. ¿De dónde procedían? Tenían el pelo rojizo y áspero, y el vientre hinchado por la desnutrición. Le sorprendió, pero luego se sintió mal por haber creído que los niños pobres y desnutridos no tenían canciones que cantar. Cuando vieron que los miraba, las diez caras traviesas se iluminaron; eran demasiado jóvenes para saber que sus vidas ofendían.

Al lado del solar, en una cuerda de tender con harapos secándose, colgaba un sujetador ajado y grisáceo como la piel de una serpiente. Al igual que con la canción de los niños, le sorprendió y de nuevo se preguntó: ¿acaso pensaba que las mujeres pobres no llevaban sujetador? Tampoco sabía si usaban el mismo tipo de bragas que ella o la anticuada ropa interior que llevaba su abuela y que seguramente seguían llevando las campesinas. No sabía cómo se lavaban. No sabía dónde hacían sus necesidades. ¿Adónde iban?

Pensó que, si dejaba a un lado su pobreza, eran mujeres guapas; se había convertido en una verdad generalizada que cuanto más ricos, más feos y más groseros. Era por la corrupción y la agresividad. Al final el rostro era el espejo del alma. Pensó en el tío Rana, en su estatura de sapo, sus carrillos y sus barbas, sus ojos estrábicos y su nariz colorada. Que le volviera la cara cuando se cruzaba con él no significaba que no reparara en su nariz.

Entró y se puso desodorante mientras gritaba: «¡Vini-Puni, las zapatillas de deporte!» Luego se sujetó el sari más alto, se ató los cordones de las zapatillas, le puso la correa a su perro *Pasha* y se dispuso a salir para dar su paseo vespertino, no sin antes coger la carta que acababa de cerrar. Se detuvo. ¿Qué necesidad había de molestar a Sunny con una chica que no iba a interesarle?

Pero para reafirmarse en que tenía buen carácter —después de todo, le habían pedido que la reenviara—, les dio el sobre a Vini-Puni para que lo echaran al correo.

—Y no hagáis ojitos a los conductores —les advirtió.

Vinita la miró furiosa porque eran los conductores quienes le hacían ojitos y no al revés.

En los Jardines Lodhi, Babita caminaba con brío y decisión, apretando el paso para adelantar a los demás. Gritaba «¡derecha!» para avisar a la gente de que se acercaba por su derecha, o «¡izquierda!» si pensaba pasar por su izquierda. Ellos, que nunca habían oído hablar de semejante protocolo, inevitablemente se confundían y se dispersaban como pollos sin cabeza mientras ella recorría a toda velocidad los senderos que rodeaban los mausoleos, construcciones del siglo x con cúpulas que parecían turbantes. Cuando *Pasha* intentó con todas sus fuerzas arrastrarla hacia el estanque lleno de aguas residuales apenas tratadas, la gente se detuvo y se rió de la escena: una rica humillada por su costoso perro. Mientras tiraba de un *Pasha* más que reticente (sabía que, si lograba meterse, se quedaría sentado en el lodo opaco repleto de larvas de mosquito hasta el anochecer, tozudo como él solo), sorprendió a un caballero orinando en un rosal y se abalanzó sobre él.

—¡Qué vergüenza! —soltó—. Por culpa de personas como usted nuestro país no saldrá adelante.

Él corrió a subirse la cremallera, pero, aquella tarde, la actividad por norma estimulante de adelantar a otros paseantes y tener altercados con hombres que orinaban en público la deprimió. Tal vez era el tiempo lo que la abatía (bochornoso, lúgubre, con el aire plagado de esporas); tal vez eran los restos de envases de comida que flotaban en el agua sucia; o el hecho irritante de ver asomar entre los arbustos las piernas de los amantes, con los torsos entrelazados y envueltos en follaje para ocultar mejor sus besos. Le entraron ganas de hacerlos salir, como había hecho con el hombre que orinaba. Tal vez el largo trayecto hasta el parque en medio del

tráfico de un día laboral la había dejado agotada: los beneficios para la salud que le reportaba dar una vuelta y media por los Jardines Lodhi se veían contrarrestados por el humo de los tubos de escape.

Al llegar a casa, se duchó. El agua salió ardiendo de las tuberías del depósito del tejado, que llevaban todo el día calentándose al sol, pero al cabo de un momento éstas descargaron el agua más fría de sus profundidades. Babita se empolvó con talco Pond's Dreamflower, y cuando se sentó a cenar mantuvo el protocolo que ella misma había establecido, alternando elogios y críticas, para instruir y a la vez animar al personal.

—El pescado está bien frito, pero el pudin está demasiado compacto.

Esas chicas nunca serían grandes cocineras, por muy meticulosamente que las entrenara; lo que hacía falta era un toque de creatividad y desenvoltura ante los fogones. A Vinita le ardían los ojos.

Babita notó que se enfadaba.

—¿Por qué me miras así? ¿No has oído lo que he dicho?

—*Haa*.

—¿*Haa* qué?

—*Ji haa*.

—¿Qué he dicho? Repite lo que has oído para que sepa que me has entendido bien.

—*Ji haa*, tía, el pudin debería estar menos compacto —respondió Vinita.

Babita advirtió un tono burlón.

—No te pongas ese aceite en el pelo. Toda la casa huele como una tienda de *attar* de los alrededores de Jama Masjid.

La más joven, Punita, era la más guapa. Babita la observó mientras llenaba el cuenco de agua del perro.

La última vez que su vecino Murad, el marido de Sara Habib, se presentó en su casa se fijó en Punita. Le pidió que le enseñara los deberes de inglés y la atrajo hacia sí hasta sentarla en sus rodillas. El ejercicio consistía en nombrar cuatro tipos de barcos y ella lo había completado a la perfección: *ship, canoe, kayak, yacht*. También había escrito un cuento titulado «Miss Cat and Miss Mouse». Y había ido de acampada al Parque Nacional Corbett, donde había visto la huella de un tigre en la arena junto al río. Un tigre de verdad, como los que veían las personas importantes, como un presidente estadounidense o un actor de Bollywood. Así lo había aprendido ella y se lo había contado a Babita.

Babita había observado algo sucio en la forma en que el señor Habib abrazaba a Punita.

—Querida niñita, querida, queridísima niñita, no tengas miedo del tío, cariño —lo había oído decir.

—Por favor, no se lleve a la niña a la sala de estar y se la siente en el regazo —le había pedido ella—. Empezará a mirar a su propia familia por encima del hombro en la cocina.

Por la noche, Babita dio tantas vueltas en la cama que se le enrolló el camisón y sufrió un corte de digestión. Oyó al vigilante, que apoyaba el bastón contra el suelo y tocaba el silbato mientras hacía sus rondas. Pensó que él era el único que velaba por su seguridad porque gracias a él los ladrones se enteraban de que podían robar en el extremo opuesto del barrio. Por otra parte, si no le hubieran dado instrucciones de patearse las calles tocando el silbato, se habría sentido libre para echarse una cabezadita.

Encendió la lamparilla. Tras la muerte de su marido, que había ocurrido cuando ella tenía treinta y tres años, Sunny y ella durmieron un tiempo en la misma cama. Un día, él volvió a su habitación sin decir palabra. Eso la había trastornado profundamente, pero no tenía forma de expresarlo. Era una reacción irracional. Estuvieron una semana sin dirigirse la palabra y ninguno de los dos volvió a mencionar ese episodio. Años después Sunny había estallado. «No soy tu marido. Tienes que dejarme en paz. ¡No es justo!»

Había sido necesario enviarlo a Nueva York para que hiciera su propia vida.

Babita buscó su vaso de agua. Se enfrentó al hecho de que no era la insolencia de Vini-Puni ni el pudin demasiado compacto. No era ver tan de cerca la pobreza de los vecinos de enfrente. No era su precaria posición de viuda en una familia unida contra ella. Ni las vaharadas amoniacales que dejaban los hombres que orinaban en el parque. Ni las piernas de parejas besándose que sobresalían de los arbustos...

Lo que le revolvía las tripas era la fotografía que había llegado con la carta a Sunny. Era el rostro de Sonia, cincelado como el de una pantera: unas cejas pobladas y unos ojos llameantes, tristes y desafiantes, furiosos y acusadores, una magnífica boca curvada en un rictus de reproche.

Dos semanas después, al amanecer, cuando en Delhi y en todo el país las viudas y los viudos se telefoneaban para asegurarse de que no estaban solos aunque la noche les hubiera insinuado lo contrario, Babita llamó a Sunny desde el teléfono de su mesilla.

—Sunny —le dijo—. Sunny, ¿recibiste esa carta tan tonta?

Al otro lado de la ventana se oían los funestos graznidos y aleteos de los cuervos. Pronto el sol recuperaría el control y para entonces todo estaría grabado en piedra.

Sunny escuchaba la voz de su madre enredada en una maraña de cra, cra, cra que lo transportó a su ciudad natal y le recordó la agresiva existencia de los cuervos: sus voces eran advertencias, sus alas cortaban como espadas, y ellos atacaban, robaban y mataban todo el día.

—Debería dejarte trabajar —empezó diciendo ella—, el trabajo es lo primero... —Fingió indiferencia, pero le picaban las axilas—. ¿Te acuerdas de esa familia de Allahabad?

—No, y no puede importarme menos. No te entrometas, mamá. Crees que es inofensivo, pero es dañino.

El corazón de Babita dio un brinco.

—¿Quién se está entrometiendo? —Y se apresuró a añadir—: Encontrarás a alguien por ti mismo cuando estés preparado.

Quería demostrar que no era reacia a que encontrara a alguien, simplemente no quería que fuera *esa* persona y *ahora*.

—¡Pues ya he encontrado a alguien! —estalló él, azuzado por el resentimiento de Ulla.

—¿Qué quieres decir?

—¡Tengo novia! —gritó como si le hubiera caído una desgracia.

—¿Quién?

—¡No importa quién! De todos modos, no durará.

—¿No?

—¡No! No con todos los líos en que me metes.

Babita telefoneó de inmediato al coronel alzando la voz por encima de los cuervos que ahora graznaban a ambos lados de la

línea.

—Sunny no está interesado —lo informó—. Busca a alguien más moderno.

—¡Muy bien! —exclamó el coronel con tono de satisfacción, porque eso pondría fin a la disputa con su mujer, que creía que los habían engatusado para cambiar a Sunny por unos kebabs.

Una vez expulsada Sonia de su cabeza, Babita se concentró en la asombrosa noticia de una novia americana.

A las siete y media, Vinita entró con la bandeja del té y el periódico. Babita fue directa a la página de viajes y encontró un reportaje sobre un crucero por Alaska. Al parecer estaba de moda que los hijos de indios que habían logrado construir una vida en Estados Unidos invitaran a sus padres a un crucero por Alaska para poder experimentar durante una semana lo que ellos les habían legado para toda la vida: la dicha de poder fingir que no eran indios y que la India no existía. Allí verían a suficientes personas y paisajes blancos y vacíos como para convencerse de que así era. Lo curioso, reflexionó Babita, era que ese afán por salir de la India se consideraba patriótico: todo indio que se preciara se convertía en estadounidense.

CUARTA PARTE

Todo es amor

13

Lala le contó a Sonia que, cuando abrió la galería Leloup en el SoHo, en 1969, el barrio se parecía mucho al Dumbo actual. Seis días a la semana, Sonia caminaba quince minutos por calles flanqueadas de almacenes abandonados y en ruinas, desde el estudio que había subarrendado hasta Dumbo Leloup, y una vez se libró por los pelos de verse involucrada en un homicidio frente al restaurante chino de comida para llevar, donde se reunían hombres y muchachos con dientes de oro, además de gente colocadísima, que bailaba, se desplomaba, tropezaba o pedía limosna a lo largo del trayecto de camino al metro. Tomó la ruta que pasaba por la Good Fortune Trading Company y el misterioso monasterio budista, siempre desierto y rodeado de alambre de espino. El complejo de viviendas sociales Farragut Houses quedaba a la izquierda, y por la derecha llegaba el zumbido débil de una planta eléctrica. Una muchedumbre de ratas y palomas competía por las pitas rancias del contenedor de fuera de la fábrica, y un olor a sentina se elevaba del astillero naval, invadido por una banda de gatos callejeros con leucemia felina. Pasó por delante del solar vacío donde se limpiaban los camiones con manguera, del lugar donde fabricaban fregaderos industriales de metal, de Los Papi's, del enorme aparcamiento encharcado de residuos químicos propiedad de los Testigos de Jehová. Caminó

hacia el río alejándose de un rascacielos de lujo que parecía desafiar a los pobres. Llegó a un laberinto de oficinas alquiladas por propietarios jasídicos y a una tienda de comestibles con el suelo siempre pringoso, cuyo dueño era un sirio apacible y con gafas. Un nepalí atendía la caja registradora, y hombres ecuatorianos y colombianos desembalaban lotes de fruta con desperfectos y verduras flácidas sobre un césped sintético y preparaban bocadillos con montones de pollo empanado, salami y queso, y ensaladas de mayonesa cubiertas con film transparente. Ahí, donde las ratas se habían apoderado de todos los huecos y grietas de las aceras y paredes, se hacían a diario sesiones fotográficas con modelos que contraponían el glamour al abandono, la ostentación a la pobreza. En el paseo marítimo, donde estaba previsto construir un nuevo parque, fotografiaban a impecables novias coreanas frente al puente de Brooklyn. Allí se iba a ganar un dineral; el ruido de los martillos neumáticos nunca cesaba.

Sonia quitó el candado y levantó la reja metálica de la galería, que estaba casi debajo de las luces intermitentes del metro. Se oía el ruido de los coches y los trenes, y, más arriba, el de los helicópteros de los turistas y la gente de dinero, que se dirigía a sus casas de veraneo en Long Island, y, de vez en cuando, el de los helicópteros de la policía. ¿Era Nueva York una ciudad vertiginosa y emocionante, o ruidosa y desesperada?

La habían contratado para que se sentara en esa galería luciendo un *look* moderno que contribuyera a convertir el barrio en una guarida de millonarios. Se aburría; no paraba de bostezar. Decidió leer *Anna Karénina*, el libro que había empezado en Vermont y había dejado porque estaba demasiado angustiada. Anna había sido

incapaz de leer su novela inglesa en el tren de regreso junto a su insulso marido porque anhelaba demasiado la vida que se describía en sus páginas. Ahora era Sonia quien apenas podía leer *Anna Karénina* porque mientras lo hacía anhelaba demasiado haberla escrito ella. Un estremecimiento sublime, casi insoportable, la recorría de pies a cabeza mientras leía. Cuántos millones de observaciones y momentos habían hecho falta para componer ese libro. Sonia empezó a tomar notas, a borronear descripciones de paisajes y copiar fragmentos de conversaciones. Apuntaba todo lo que decía Lala, una mujer dada a hacer declaraciones sorprendentes, que a Sonia le atraían y repelían por igual.

Lala dijo: «Tienes suerte, has heredado las piernas largas y la estatura de un alemán. Aunque la mejor combinación es, de hecho, la de los cuarterones: una cuarta parte negra.»

Dijo: «Nunca te cases con un japonés. Roncan toda la noche, incluso las mujeres lo hacen, por culpa de la nariz. Y si tienes hijos con ellos, te saldrán patizambos.»

«¿Cómo lo sabes?»

«Me lo dijo una amiga mía que sólo sale con japoneses. Si te casas con un chino, las piernas salen bien, pero con los japoneses no, vete tú a saber por qué. Es uno de esos misterios.»

Dijo: «Los mexicanos están hechos para el trabajo físico y no se les dan bien los estudios. No tienen éxito en Estados Unidos como inmigrantes porque no son guapos, así que siempre serán la clase trabajadora.»

Dijo: «Una de las razones por las que se simpatiza con los palestinos es porque son guapos, y de algún modo la situación es

más grave cuando se maltrata a gente guapa. Lo mismo pasa con los kurdos, que son más guapos que los turcos.»

Dijo: «Todos los albaneses son unos ladrones, pero puedes confiar en un libanés. Nunca he conocido a uno que no fuera honesto.»

Dijo: «¿Quiénes son las personas más inteligentes? Los judíos, es evidente. Lo hemos sabido desde el principio.»

Dijo: «Francamente, todos los indios sois un poco raros. Tratáis de obtener favores de forma obsesiva.»

Dijo: «Confieso que no me gusta lo árabe, pero admiro lo persa y lo otomano. La caída de los otomanos fue una de las tragedias de la historia.»

Dijo: «Le dije a un amigo que tiene una fundación de arte en Marsella que si invitas a un ruso descubrirás que beben como locos y luego se mean en la cama.»

Dijo: «Conocí a un haitiano, muy negro..., nos hicimos grandes amigos. Era sumamente culto, siempre llevaba una chaqueta y una colonia excelentes.»

Era increíble, pero esos viejos tópicos sobre las razas perduraban en los salones de los ricos, junto con una nostalgia del pasado tan fuerte que parecía capaz de reavivarlo. El padre de Lala había sido funcionario en las colonias francesas, como lo había sido el padre de la madre de Ilan en las colonias británicas. Ella dijo: «El colonialismo se originó y prosperó gracias a la atracción. Fue por amor, ante todo. Los orientales nunca se cansan de la piel blanca, como bien sabes. Así fue como los británicos conquistaron la India con un puñado de personas. A mi padre le gustaban las mujeres de piel morena; le aburrían las chicas con las que había crecido. Se casó como Dios manda, por supuesto, ¡pero tuvo sus aventuras!»

Un día de finales de verano, Lala llegó con un coleccionista de arte.

—Sonia, tengo que pedirte algo —le dijo alegremente—. Suéltate el pelo. —Se volvió hacia el caballero—. ¿Qué le parece? Acércate a la ventana, Sonia, ¿por qué te escondes?

El hombre tenía un anillo de boda, la constitución de un boxeador y un rostro imponente que parecía curtido a base de golpes, pero le guiñó un ojo con amabilidad a Sonia para hacerle saber que comprendía su incomodidad.

—Ella es la protegida de Toorjen Foss. ¿Lo conoce?

—De oídas. Protege celosamente su intimidad. Eso lo respeto. Su cuadro *La mujer del dictador* es una obra maestra: la figura del dictador resulta conmovedora. Hace poco salió un artículo sobre él en *Le Monde*; es cuestión de tiempo que su fama se dispare. ¿Qué le parece? —le preguntó a Sonia, señalando una obra que abordaba el problema de los residuos y consistía en un grupo de espejos y escombros colgados que el artista había desenterrado de montañas de desperdicios de todo el mundo, incluida una en Bombay que databa de la época victoriana británica.

Sonia se había sentido orgullosa al oír mencionar a Ilan, aunque sabía que no debía. Pero estaba molesta por que le hubieran pedido que se soltara el pelo y por haber accedido, deshaciéndose las dos trenzas. Lala parecía coquetear con el hombre a través de ella.

—Es una basura de obra sobre la basura —dijo.

El hombre se rió entre dientes.

—Me gusta esta chica.

—Al fin y al cabo, el arte al servicio de la política es política —añadió Sonia.

Aquella misma tarde, Lala telefoneó a Sonia y le habló con brusquedad.

—¡Qué vergüenza! Ha sido vergonzosa tu forma de hablar; si no cambias de actitud, tendré que pedirte que te vayas. Tu trabajo es promover el arte en la galería y ser divertida. Me sorprende que Ilan me recomendara a alguien tan hosco e impertinente. Te has presentado aquí sin experiencia. No tienes ni la menor idea de cómo comportarte.

Una hora más tarde, el coleccionista telefoneó a Sonia a su casa. Lala debía de haberle pasado su número.

—Seré franco, siempre es la mejor manera. Si quieres pasar una noche en los brazos de un amigo, me hospedo en el Romare, en la habitación trescientos trece. También hay un restaurante en el hotel y podríamos encontrarnos allí. Para mí estos asuntos nunca se reducen sólo a sexo.

Sonia miró por la ventana del estudio que estaba subarrendando a una profesora de yoga que había enlazado varios retiros de bienestar seguidos. Esta mujer había dejado su maleta junto a la puerta y se había tomado un minuto para señalar que el edificio de enfrente estaba pintado de blanco, lo que hacía más luminoso el piso aunque no le diera directamente el sol. Y que la chimenea no funcionaba, claro está, pero las figuras femeninas talladas de la repisa eran icónicas para una feminista, como seguro que lo era Sonia, igual que ella misma, pues no podía ser de otro modo, era lo racional. Le recordó que era ilegal que ella le subarrendara ese estudio, por lo que debía decir que eran parientes. Cuando se marchó, Sonia había advertido el hondo silencio, y la vista sin cielo adornada con luces navideñas, sin las cuales uno podría morir de tristeza. Sacó el

amuleto de Badal Baba, el diablillo sin rostro, y se lo llevó a la frente y al corazón.

Lala volvió a telefonear a Sonia.

—¿Vas a quedar con Mathias?

—No quiero ir —respondió ella—. Quiero quedarme en casa y leer *Anna Karénina*.

¿No le invadía a Tolstói una embriaguez sublime mientras escribía? ¿Cómo pudo combinarla con la necesidad práctica de poner palabras sobre el papel? ¿Qué experiencias debía de haber vivido él? ¿No necesitaba ella tener una vida para contar una historia? Sin embargo, escribir significaba alejarse de la vida, aislarse. Si intentaba equilibrar ambas cosas, ¿no estaría viviendo con el único fin de crear una vida ficticia en lugar de disfrutar de una existencia que siguiera su curso natural y en la que ella se doblegara y moldeara hacia un propósito secreto? Antes que ser feliz, ¿no elegiría tener una vivencia que pudiera contar? Pero no quería acostarse con Mathias.

—Es útil para una jovencita tener un escarceo con un hombre mayor, eso tú ya lo sabes muy bien, y más cuando es uno de los tres mejores coleccionistas de Europa. No seas infantil. Un hombre cultivado puede instruirte y ayudarte. Y eso pondrá celoso a Ilan. No puedo evitar pensar que será bueno para ti.

—Ilan no puede tener celos porque no está aquí.

—Tal vez vuelva si le das una razón.

—¿No tiene esposa, ese coleccionista?

—A nadie le importa la esposa. Ya deberías saberlo. Tener una aventura a la europea es un acto frívolo, no algo opresivo y culpable. Pero una de las chicas que he contratado hace poco en el SoHo es

muy compresiva. Es croata, ojos azul adriático, pelo negro azabache: las chicas de Croacia son especialmente guapas, muy distintas de las serbias y las bosnias. Vi cómo miraba a Mathias. Es feo, por supuesto, pero ese tipo de fealdad salvaje atrae a las mujeres.

Saltaba a la vista que la galería del SoHo funcionaba como una casa de *geishas*, pues allí Lala tenía a varias jóvenes a su servicio para que sus artistas y coleccionistas masculinos disfrutaran y ganaran en optimismo. Si la presencia de una mujer joven y ágil en tu cama te deja pletórico de energía, a la mañana siguiente brillas sobre el escenario, te vuelves expansivo y generoso, compras una obra cara, realzas tu trabajo de forma que todo el mundo crea que vale algo.

Cualquier recién llegada con algo de astucia sacaría partido de esta situación, y la misma Lala había participado de joven en este juego, adquiriendo los conocimientos y la influencia para reunir una valiosa colección de arte, así que ahora iniciaba a mujeres más jóvenes con el pretexto de ayudarlas, aunque Sonia a menudo sentía su mirada dura y captaba un rictus de desagrado en sus labios fruncidos bajo la apariencia de una sonrisa.

Esa noche, mientras abría una lata de sopa, a Sonia se le ocurrió que quizá el coleccionista quería acostarse con ella sólo porque Ilan lo había hecho. En su comentario sobre Ilan, Mathias había dado a entender que su fama era inminente. Acostarse con la novia de un genio encubierto podía darle al coleccionista una ventaja o alguna información útil sobre él. O quizá no fuera más que instinto masculino primitivo: él había olido a un competidor y deseaba mear en el mismo sitio.

A finales de verano, una tarde, sonó el teléfono de la galería.

—¡Sonia! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí! Estoy en Nueva York... ¿Cuándo puedes venir? ¡Ven inmediatamente! Estoy en mi piso —dijo Ilan.

—¿Por qué no me has llamado en todo este tiempo?

—¡No seas gruñona! Alegrémonos de vernos. Me fui de viaje para pintar... ¡Créeme, te he echado muchísimo de menos! He sido listo, ¿no? ¡Sabía dónde encontrarte, sabía que Lala te mantendría a salvo!

¿Por qué lo creyó Sonia? Lo creyó para poder recuperar su vida privada y lúdica, su vida inocente y fantasmal, su existencia en una isla mágica, como si estuvieran dentro de un lienzo, como si estuvieran dentro de un libro.

Sonia salió temprano de la galería y cogió el metro hasta donde Nueva York se convertía en una ciudad rica y tranquila, con anchas aceras pálidas como la arena y porteros uniformados sentados tras altos mostradores en vestíbulos de mármol. Llegó a un estilizado edificio de piedra caliza con una torreta que parecía sacada de un castillo de cuento desde la que se dominaba el río Hudson y pulsó el pequeño botón de marfil de un panel de latón en el que se leía DE T. FOSS. Al oír un zumbido, empujó la pesada puerta de cristal enmarcada en un diseño de lirios en hierro forjado y entró en un vestíbulo dorado y en penumbras. Cuando el ascensor llegó a la planta superior, se abrió directamente en el piso de Ilan, y ella se encontró en sus brazos: notó su cuerpo, el hueco entre la oreja y el cuello donde le encajaba perfectamente la nariz, su olor a jabón de limón y que al instante le resultó familiar.

—¡Pensé que te habías esfumado! —dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy aquí. ¿Por qué no estás contenta?

—Lo estoy.

—Ya lo veo. ¡Yo también estoy contento!

Se estaba desnudando. Lanzó la camisa a la derecha, los pantalones a la izquierda, los calcetines sobre las lámparas y la ropa interior hacia el sol poniente. Sonia se quitó el vestido por la cabeza. Todo era tan festivo como en su primer encuentro. Hicieron el amor primero en la sala de estar, luego en un dormitorio empapelado con un extraño motivo de murciélagos frugívoros y finalmente en la ducha. Más tarde, ella se paseó por la casa y vio que tenía parquet, un cuarto para el servicio, una despensa..., al mirar fuera, vio el río y un remolcador con una estrella en la proa y otra en la popa, y el puente George Washington a lo lejos, tan melancólico como un grabado de Hokusai. Cuando Ilan abrió la ventana para que se fuera el denso y agrio olor a sexo, oyeron el rugido de la ciudad, una combinación de sonidos que se aglomeraban y se elevaban.

—¡Escucha! Esto es lo que oí en Bombay cuando abrí la ventana de mi habitación en el piso más alto del Taj: el rugido de león de una gran metrópoli. Y lo mismo ocurre en Ciudad de México. Me encanta. Me llena de energía.

Caminaron cogidos de la mano hacia el restaurante. El aire a orillas del Hudson era cálido y ligeramente insalubre.

—Temo que sea diferente en Nueva York. Ya no tendremos la privacidad de Vermont —dijo él.

—No, será lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no hemos cambiado.

—Sí. Lo primero que he pensado al verte ha sido: «¡Ésta es mi Sonia!»

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó ella.

—Lo más reciente ha sido Zúrich, visitando a mi familia.

—¡Zúrich!

—Sí. ¿Qué te crees? ¿Que no tengo asuntos que atender, que sólo tengo a una jovencita india descalza en mi vida?

Una mujer salió de un edificio con su bulldog y se detuvo mientras éste, que no tenía hocico, olfateaba el suelo con toda la cara.

—¡Hacéis muy buena pareja! —exclamó al verlos.

De nuevo se encerraron en un universo íntimo y privado. Ilan se mantenía alejado de la gente en aras del éxito, tal como había observado Mathias; el éxito estratosférico que planeaba dependía de mantenerse apartado de la multitud. De vez en cuando quedaba a solas con algún conocido o con alguien del mundo del arte. Cuando lo hacía, volvía asqueado hasta la náusea.

—¿Por qué he bebido? Estaba nervioso, no me sentía a gusto. He pensado: «Déjate ir por una vez, tal vez así te muestres más relajado», pero son todos unos estúpidos. Ésta es una ciudad de banqueros, un lugar provinciano. ¿Por qué no me has advertido, por qué no me lo has recordado?

Tardaba un buen rato en apaciguarse (entre sus fotografías, sus libros, sus rollos de película y sus grabaciones de sonidos, sus páginas recortadas de revistas para hacer *collages*, sus cajas llenas de hallazgos de mercadillos, como una caja de música de juguete o una peonza) y recuperar el espíritu de lo que fuera que estaba pintando. Reflexionaba sobre sus listas de materiales, cuyos nombres evocaban poderosamente lugares, emociones: marrón

grana, Seneca, *terra rosa*, blanco japonés, verde *caput mortem*. Algunos los había bautizado él mismo: Grito Negro, Huracán de Yucatán, Pañuelo de la Abuela, Muerte Violeta del Padre. Pintaba en un estudio situado en el Meatpacking District, el antiguo barrio de los mataderos, donde, según él, un montacargas subía hasta un espacio que daba a un paisaje urbano que nunca dejaba de moverse. Desde esa perspectiva, seguía siendo la Nueva York de Edward Hopper, quien dominaba la luz sagrada como cualquier viejo maestro. El sol sobre una chimenea de ladrillo rojo producía el mismo escalofrío insoportable que la luz sobre la Virgen con el Niño. Una comezón como la de un lector que anhela escribir.

—¿Por qué todo el mundo está solo y afligido en la obra de Hopper?

—Porque así es como él se sentía. Ésa es la única explicación.

El corazón de Sonia era un cuadro de Hopper. Aún no había estado en el estudio de Ilan.

Recordó que no debía elogiar demasiado a otro artista durante sus visitas a museos los viernes y sábados por la tarde, cuando Ilan esbozaba y acechaba los cuadros como si quisiera ocupar la quietud de la cocina de Vermeer perturbada por una carta, la aterradora visión de la decrepitud y la guerra de Goya, la cama de Van Gogh, que hacía saltar las lágrimas a cualquiera: ¡un hombre adulto con una cama tan modesta! Allí estaba el bosque de Kiefer, impregnado del terror nazi (el bosque recuerda), y la caja de terciopelo de Cornell con la historia de una bailarina que danzaba para un bandolero sobre la piel de una pantera extendida en la nieve bajo las estrellas. (Sólo había que imaginarlo viviendo en Utopia Parkway, en Flushing, Queens, con su madre; artistas pobres que viven con su

madre; de nuevo dan ganas de llorar. Es difícil para un artista crecer; todo está en su contra.) Allí estaba el sueño de Magritte de una casa que sueña con un hogar; la plaza vacía de De Chirico: después del largo viaje, cuando por fin llegas, no hay donde poner el corazón. Estaba el encaje de Rembrandt, la lluvia de Malabar de Hodgkins: había viajado a la India como Ilan había ido a México, y allí encontró una emoción tan grande que eclipsaba la forma. La depresión de Rothko, más inmensa que cualquier catedral, y el *Black Place* de O'Keeffe, que sugería que la vida es algo que hay que desentrañar entre las montañas y uno mismo. Cuando contemplabas esos cuadros, querías esa misma vida. En la habitación impresionista, restos del desayuno sobre un mantel salpicado de sol, la mujer en el cuarto de baño, el domingo en el parque; volvió a sonar dentro de la cabeza de Sonia la voz de alguien que miraba desde el otro lado de la ventana: «La felicidad es para los demás.»

Pasaron las horas, y pese a que le dolían los pies y había dejado de sentir los dedos por los tacones altos que a Ilan le gustaba que llevara, Sonia no se atrevió a sugerir que se marcharan. Finalmente, los guardas de seguridad los acompañaron a la puerta —siempre eran los últimos en abandonar el museo— y salieron al frío de una noche de otoño tan expectante y al mismo tiempo tan indómita.

Bebieron martinis en el Algonquin, y Sonia dijo que *Light Coming on the Plains* era un cuadro tántrico. Una jerarquía racional se había derrumbado, como si O'Keeffe se hubiera hundido bajo una ola y al salir a la superficie hubiera visto lo pequeño como grande y lo grande como pequeño. Ella veía el mundo a través de las cuencas de un esqueleto varado en un desierto. Sonia dijo que había leído la carta de O'Keeffe: «Cuando viajé a la India, aprendí a confiar en mis

sueños. Sabía que todo podía ser verdad.» Ilan no parecía escucharla mientras la dibujaba en su cuaderno, pero escribió lo que ella decía: «Después de un viaje tan largo no hay donde poner el corazón.»

Comieron en un restaurante donde la comida era de otra época y otro lugar: caviar y ostras, alcachofas deshojadas y presentadas de manera refinada, salmón bañado en crema de rebozuelos. A menudo, en ese mundo conservadoramente lujoso, Sonia veía otras parejas igual de dispares. Veía a viejos espeluznantes, con las piernas rígidas, abrigos caros y bufandas de cachemir, acompañados de mujeres u hombres que eran dos, tres o cuatro décadas más jóvenes. Veía a hombres blancos con mujeres asiáticas, hombres de tez morena con mujeres rubias. Observó que los ancianos pagaban por rodearse de juventud, que los hombres de tez morena pagaban por rodearse de mujeres rubias y los de tez clara por rodearse de asiáticas, pero éstas no eran como las de la línea de metro a Sunset Park o Flushing. Éstas tenían la piel nacarada y el pelo sedoso, y vestían con origamis plisados. Hablaban en tonos tan suaves y melosos que el tintineo de la pesada cubertería de plata sobre la porcelana sonaba más fuerte que sus voces.

«Buenas noches, señor. Buenas tardes, señora», los saludaban los camareros. «Buenos días, señor, buenos días, señora», los saludaban los porteros de las tiendas de Madison Avenue. En Bergdorf Goodman, Sonia se subió a un pequeño podio redondo y las dependientas le llevaron vestidos y abrigos. Se ofrecieron a hacerle el dobladillo de una falda y a meterle los hombros. Hincando una rodilla en el suelo, le calzaron los pies. Ilan le compró un bikini verde turquesa con volantes de estilo anticuado, por si iban a

Portofino; un sujetador también anticuado de seda color ciruela con unas braguitas que parecían pantalones cortos y le llegaban hasta el ombligo; un vestido entallado de lana color frambuesa por debajo de las rodillas y botas bajas de un ante malva suave como un conejo, junto con un bolso a juego, un broche granate antiguo y un abrigo de pelo largo lila pálido y corte entallado para sustituir el de color mostaza de la colecta de la iglesia de Marie. El abrigo, que se escurría de forma provocativa por el cuerpo de Sonia, parecía una criatura viva. Las dependientas felicitaron a Ilan.

—La señora está preciosa.

Sonia se miró y vio que se había convertido en la joven madre de Ilan, que por una vez le prodigaba elogios y afecto a su hijo.

—No te muevas, cariño —le pidió él, y le sacó una foto con su Leica.

El día que compraron el abrigo lila la tienda estaba vacía porque coincidió con un día de colapso económico. Mientras las dependientas seguían trabajando como si no pasara nada, como mayordomos en una mansión en ruinas, la pequeña pantalla del ascensor mostraba el pánico que se había desatado en todo el mundo: los corredores de bolsa tapándose la boca, los mercados en una caída libre apocalíptica, los ahorros y los fondos de pensiones destruidos en cuestión de horas. Pero la crisis no afectó ni a Ilan ni a Sonia, a él porque era demasiado rico, y a ella porque era demasiado pobre. En el último piso de los grandes almacenes, la cafetería ofrecía unas vistas de Central Park desde tan arriba que se convertía en una imagen idealizada de la ciudad, alejada de la real. Bebieron champán mirando el follaje otoñal, y Sonia, segura de su

singular belleza y de lo mucho que su nuevo vestido la realzaba, le dijo a Ilan:

—¿Sabes que tienes suerte de que esté aquí? Durante todos estos meses que no me has telefoneado, podría haberme casado con el nieto del coronel de Allahabad.

—¿Quién es?

—El nieto de un amigo de mi abuelo. Se lo preguntó a mi padre y mi padre dijo que por qué no, que algo podía salir de ahí, y empezaron a indagar sobre el chico.

Ilan se rió tanto que levantó los pies y pateó.

—Tendré que ir con cuidado. Conozco esas historias. Esto es lo que pasa cuando tienes una novia india: se va a su casa una semana para ver a su familia y vuelve casada.

¿Qué había pasado con la propuesta matrimonial? Sonia cayó en la cuenta de que no se lo habían contado y ella no había preguntado. No quería saberlo, no le importaba. Su vida volvía a ser interesante.

—¿Recuerdas que me advertiste que no escribiera nunca sobre matrimonios concertados? Supe que más me valía no aceptar uno... o acabaría escribiendo sobre él.

—¿Sigues escribiendo?

—No tengo un enfoque claro y aún no he encontrado el tema, pero voy tomando notas.

—¿No te dije que tenías una mente especial? Sé que no escribirás lo que todo el mundo escribe. Harás que me sienta orgulloso de estar contigo.

La luz del techo se encendió en mitad de la noche.

—Sonia, por favor, despierta. Me siento solo.

—Estoy durmiendo.

—Sonia, no soporto despertarme en mitad de la noche. Me da miedo. Necesito que estés conmigo.

—Estoy en el fondo de un pozo y no puedo salir.

—¡Pero estás hablando!

—Sí, pero estoy lejos.

—Deja que te haga sólo una pregunta: estoy preocupado por mi proyecto.

—¿Qué proyecto?

—No puedo decírtelo. Me robarás la idea, o hablarás con alguien de tu galería y ellos me la robarán a mí. Sonia, ahora me estoy enfadando por esos cuadros que hemos visto en el museo. ¿Por qué hablabas sin parar de Georgia O'Keeffe? Sus flores son arte sentimental de calendario... cualquiera puede ver que es una farsante.

—Sonia, ¿puedes despertarte, por favor? Dime una cosa: ¿crees que voy a ser famoso?

Una pregunta, una amenaza, una exigencia, una súplica.

—He oído que han publicado un artículo sobre ti en *Le Monde*.

—Ja, sí. Tengo un aura que sólo detectan los enterados. La periodista... ¡me adoraba! Se notaba que creía que algún día podría presumir de haberme descubierto. A alguien así hay que regalarle el oído, por muy feo que sea; los que más te elogian siempre son los

más feos. Tuve que cerrar los ojos... Pero ¿más famoso que *Le Monde*? —dijo con severidad, como un pequeño tirano.

—Bueno, ¿por qué no ibas a serlo?

Él se rió.

—Eres divertida. Hay una simplicidad en ti que me gusta y que admiro. Exacto, ¿por qué no iba a serlo?

—Porque cuando no hay opción no puede haber otro resultado.

Acomodando su trasero contra la suavidad de Sonia, dijo:

—¡Abrázame!

Al despertar:

—Sonia, ¿seré famoso?

Para variar:

—Mmm, bueno, quizá en alguna comunidad selecta.

—¿Qué clase de comunidad? —dijo él, reconociendo una broma, con risa contenida.

—De tercermundistas y liberales.

—Pero yo quiero gustar a todos. Incluso a los del primer mundo, a los fascistas y al papa... Trabajaré sin descanso. Me romperé los cuernos trabajando —dijo abrazándola con fuerza; era una persona firme en su loable propósito—. En este mundo, eres famoso o no eres nadie.

—¿Por qué nadie?

—Bueno, sí, es interesante considerarlo. La mayoría ya no vivimos en la misma comunidad donde nuestra familia ha vivido desde hace generaciones, donde todos nos conocen y nos aprecian sólo por esa pertenencia, la gente ya no vive toda la vida en el mismo lugar. Pero

si eres religioso es distinto, porque formar parte de un pueblo con una historia y una fe te permite pertenecer no sólo al presente, sino también al pasado y al futuro. Cuando no tienes hogar, ni fe, ni comunidad, y tienes una familia desperdigada, desatenta o resentida, estás solo en el gran mundo. Si no eres famoso, no existes.

»Incluso en el Antiguo Testamento, Dios creó al hombre porque estaba solo. Ése es un argumento profundo, ¿lo ves? Y en el hadiz del Tesoro Escondido, Dios dice: «Yo era un tesoro oscuro que quería ser conocido.» En el «que quería ser conocido» se esconde «Quiero ser reconocido», «Quiero un amigo que me admire», «Quiero ser famoso».

Habían superado la dificultad inicial de no tener nada que decirse recurriendo a un tema de conversación inagotable: el tema de Ilan. A cambio de su pasaporte maldito, de su inocencia y juventud, de la recompensa que conllevaba, Sonia lo complacía sin cesar. Cuanto más hablaba Ilan, más grande se hacía; cuanto más grande se hacía, más feliz era; cuanto más feliz era, más segura y protegida se sentía ella, como un ratón en un bolsillo. Él podía perder los estribos y sacar el ratón del bolsillo, pero siempre volvía a meterlo, porque necesitaba a alguien con quien hablar todo el tiempo. No podía ser famoso, ni existir, sin llamar y recibir una respuesta. Si quieres ser conocido debes apelar al público que te quiere.

—Sonia, ¿debería pintar un cuadro que se llame *Madre nadando*?

—Desde luego que sí.

¡Madre nadando! ¡Él había accedido a hablarle por primera vez del tema de un cuadro!

—¿Crees que es una buena idea?

—Claro.

—¿Por qué?

—Hasta el nombre es bonito.

—No, no creo que sea una buena idea, después de todo.

Mientras él ponía a prueba la idea, Sonia comprendió que debía aferrarse a ella. Cuanto más la atacaba él, con más firmeza tenía que sostenerla, y así más precisa y robusta se volvía la idea. Cuando por fin fuera totalmente viable, Ilan podría ponerse manos a la obra. *Madre nadando* abarcaría mundos.

—¿Sonia?

Ella rompió a llorar.

—¿Demasiado narcisismo? —dijo él con pesar.

—Hablas tanto de ti que no puedo pensar ni siquiera mientras duermo.

—¡Pero lo necesito!

Ilan regurgitaba sus ideas mientras se paseaba con la mirada fija en su interior. Se comió la última ciruela y la última nectarina. Consumió gran cantidad de frutos secos, aceitunas y pan, que desmenuzaba arrancándolo de cualquier manera de una barra. Escupió pepitas y cáscaras como si fueran piel y huesos de enemigos. Abrió la ventana y dejó caer una lluvia de cáscaras de pistacho. Hizo listas de gente famosa y escribió las fechas en las que artistas famosos habían creado obras famosas para que una magia

similar a la cábala se desatara y lo absorbiera en su hechizo de números proféticos. Se los mostró a Sonia.

Le enseñó los cuadernos granates y verdes que había encargado en El Cairo, en una tienda de detrás de la mezquita de al-Azhar, con el lomo de cuero grabado en oro con sus iniciales. Le enseñó que guardaba todos los pinceles y tubos de pintura que había usado: cuando fuera famoso, serían importantes. También guardaba todos sus pares de zapatos viejos. Todos los días fotografiaba su mesa de trabajo y su rostro en el espejo. Con otra cámara que tenía en el estudio, fotografiaba a diario los cuadros en los que estaba trabajando y que Sonia nunca veía. Guardaba todos los bocetos hechos en servilletas. Guardaba todos los recibos de la barbería, todas las listas de la compra, todas las tarjetas de visita, las facturas de los materiales de pintura adquiridos en tiendas especiales de Florencia o Kioto. Si lograba reunir lo suficiente como para abrir un museo, quizá algún día merecería uno. Hacía planes para la eternidad.

Ésa era su vida laboral. Su vida doméstica era la de un aristócrata empobrecido, excéntrico y avaro que acaba sus días con una fortuna. Un aristócrata avaro, excéntrico, empobrecido y a la vez rico, lleno de supersticiones. ¿Cómo explicar si no la extraña suerte que había tenido su familia a lo largo de los siglos, o cómo confiar en conservarla?

Ilan se tragaba un diente de ajo crudo cada noche para mantener alejados a los vampiros. Creía que comer pipas de calabaza le libraba de los gusanos. Le aterraban las corrientes de aire, prefería cerrar las ventanas y sudar dentro de casa. Creía que no era sano ducharse demasiado. Se echaba sal por encima del hombro para

ahuyentar a los malos espíritus. Nunca pasaba por debajo de una escalera. Pensaba que un sombrero sobre una cama, un pájaro carroñero posado en una rama marchita o un paraguas abierto dentro de casa traían mala suerte. Era ladrón porque creía que eso le daba energía. Robó un libro de *collages* de Max Ernst de una biblioteca, un espárrago de porcelana de la casa de un financiero, plata del Metropole con el nombre grabado, la canica de un niño, un acróbata de arcilla de un museo provincial sin vigilancia de Mandalay.

Al salir de la galería, Sonia ya no volvía a su estudio junto al astillero.

—Mira —le dijo Ilan al oído.

La desnudó y la sentó en una silla frente al espejo. La tumbó sobre la mesa, la inclinó sobre el escritorio. Hizo que se sentara sobre él vestida, pero sin ropa interior.

Hacían el amor frente al espejo, contra el espejo, a veces a toda prisa, a veces durante horas; a veces sus bocas se buscaban en la oscuridad; a veces su forma de hacer el amor era seria, apasionada; otras, infantil e inocente; a veces eran como dos máquinas que funcionaban en perfecta sincronía, estirándose suavemente los miembros y aliviando el estrés de una jornada laboral, la tensión del metro y de las calles abarrotadas de Nueva York; a veces eran descuidados, como si el otro pudiera haber sido cualquiera; otras veces era una actuación teatral fallida que los hacía reír. Él la volvió desvergonzada. Le hizo una fotografía. Desnuda en el espejo siempre estaba hermosa.

—Eres como un leopardo negro —le repitió—. Totalmente oscura, con un destello de luz en los ojos y en el pelo, sin un kilo de más,

moviendo la punta de la nariz. Pintaré *Sonia como leopardo*.

Era mucho más bonito imaginarse como un leopardo que como una persona. La vergüenza humana la abandonó.

Un día Ilan la encontró leyendo *Anna Karénina*. Sonia vio llamear los rescoldos en sus ojos.

—Cada escena de ese libro es un cuadro —le dijo—. No lo leas, o se convertirá en un espejo de nuestro destino. Vivirás tu vida emulando al libro, y en él hay muchas víctimas.

Sonia recordó que nunca debía provocarlo con la belleza creada por otros.

14

Ilan acudió a un quiropráctico por un repentino dolor agudo en la rodilla, y mientras estaba fuera, Sonia preparó una sopa de lentejas (sabía que a él le gustaba porque su niñera solía cocinársela, a pesar de que su madre la llamaba sopa campesina) para que pudieran quedarse en casa por la noche, y él descansara la pierna y comiera algo que lo reconfortara. Ignorando un temor leve, aunque persistente, se puso manos a la obra con optimismo. Echó jengibre, una pizca de chile y cilantro fresco.

Cuando Ilan entró, apoyándose en un bastón, cosa que lo irritaba profundamente (cuando no se encontraba bien, se enfadaba; la enfermedad era un presagio de la vejez, y la vejez era impotencia), arrugó el ceño y la nariz.

—¿A qué huele?

—¡He hecho sopa!

—Oh.

Se sentó a su escritorio.

—Sonia —la llamó al cabo de un rato—, ven aquí.

—¿Qué pasa?

—No puedo trabajar. El olor me molesta. Me altera.

—Sólo pruébala. —Sacó una cuchara—. Tienes que probarla antes de decir que no te gusta.

Él cerró los ojos y tragó.

—Aaaah. —Abrió los ojos y se levantó de un salto dejando caer la cuchara—. ¿Qué lleva? Hay algo que no reconozco y no me gusta. No sé qué lleva. ¿Qué es? ¡No puedo comerlo!

—No lleva casi nada. Sal y jengibre.

—¿Jengibre? ¡Yo odio el jengibre! Oye, no hagas esto. ¿Por qué lo haces? Estás arruinándolo todo.

—Pero tú comes jengibre. El otro día sin ir más lejos comiste.

Había pedido bacalao negro escalfado en caldo de jengibre.

—¡No diez kilos!

—Bueno, míralo de esta manera —respondió ella intentando reconducir la situación—. Nadie quiere envenenarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí no hay nadie.

—Estás tú.

Ella salió de la habitación.

—¿Sonia? Puedes salir. He tirado tu plato indio por la ventana.

—¿A la acera?

—Al ginkgo. Ese árbol siempre apesta, así que se la he devuelto.

Ilan la estrechó con fuerza y la besó por toda la cara.

—Ya se me ha pasado. Estaba enfadado, pero mi amor por ti es tan fuerte que he logrado olvidarlo.

Era la primera vez que mencionaba la palabra «amor» y eso la llenó de alegría.

Sonia a su vez pensó: «Yo no he reaccionado ni me he enfadado, así que también debo de quererlo.»

—Ya ves —dijo Ilan—, si me obedeces durante los primeros minutos de crisis, puedo calmarme. Mira, ahora todo va bien. Nos

estamos llevando bien, estamos aprendiendo, tú no me has gritado ni te has puesto a discutir, y yo he podido calmarme y ser generoso.

Ilan veía películas de las cajas que había esparcido por todas partes. Su padre había comprado la cámara, y el matrimonio se había turnado para utilizarla. Sonia vio a la madre de Ilan con un bikini de volantes, sonriendo, saludando y tirándose en bomba en el Mediterráneo.

—¿No le gustaría a tu madre conocer a tu novia? —se aventuró a tantear un día.

—No me preguntes eso.

—¿Por qué?

—Sabes la relación que tengo con mi mami.

—Pero ¿la visitas?

—Sí, es mi madre, pero también es una persona racista y estrecha de miras. No va a pensar que eres una jovencita educada y encantadora. Pensará que eres una pobre tercermundista, y se fijará en el vestido, el pelo, el maquillaje y los zapatos que llevas, cosas a las que, por cierto, cariño, tú no prestas atención. Y deberías. Una mujer arreglada es seductora y misteriosa.

—¿Tu madre es racista?

—Bueno, si fueras parisina, querría conocerte. Es una esnob, ya te lo dije. Compra revistas baratas que siguen a las familias reales. De todos modos, ahora está en Zúrich, así que da igual. Juega al bridge y se considera progresista porque una de sus criadas es musulmana y lleva un pañuelo en la cabeza. Si alguien dice algo sobre los

musulmanes, ella responde: «Pero Fátima es una mujer maravillosa, fiable y honesta. Pondría mi vida en sus manos.»

La madre había filmado a su marido al volante de un Porsche con la capota bajada. En Capri, en las colinas de Hollywood. Él llevaba un bigote fino, fumaba un puro y tocaba el claxon.

—¿Cómo era tu padre?

—Un playboy. No conocía la disciplina, nunca renunciaba a pasar un buen rato, se consideraba un *bon vivant* encantador y tenía un sinfín de amantes. Mi abuelo era igual.

—¿Cómo podían tener tiempo si dirigían un imperio naviero? —preguntó Sonia.

—El tiempo se dilata para un hombre así, querida, tienen una doble y triple vida. Cenan dos veces cada noche, una con la esposa y otra con la amante, y aun así se mantienen en forma. Por otra parte, piensan con gran claridad cuando caminan por la cuerda floja. Su audacia los hace ágiles, les brillan los ojos cuando pueden decirse: «¡He ganado! ¡He ganado! ¡He ganado!»

—¿Y no estaban enfadadas tu madre y tu abuela?

—¿Mmm? —Él estaba dando caladas a una pequeña pipa de marihuana que había comprado en una tienda de la calle Cuatro Oeste y que parecía un zurullo de cristal—. Ellas hacían lo que todas las mujeres que conocí en mi infancia. Se consolaban unas a otras, se repetían que era mejor tomárselo con filosofía, que era normal que los maridos ricos tuvieran aventuras. De puertas afuera, por amor propio, todas fingían que no les afectaba, algunas incluso se jactaban de la virilidad de su marido; y mientras tanto, trataban de sacar provecho de la situación. Sabían que debían protegerse económicamente; apresurarse a acumular propiedades y mover

cuentas bancarias antes de que fuera demasiado tarde. Los hombres son culpables sólo por un corto período de tiempo, cuando se descubre la aventura y todos lloran, la mujer, la abuela, los hijos, las criadas, las cocineras, los perros, los gatos... (¿no has leído *Anna Karénina*?), pero al final de la semana ya han encontrado la forma de exculparse y se vuelven desafiantes. Entonces ya no se puede aprovechar la ventaja. Mi padre había puesto varios pisos a nombre de mi madre, pero cuando ella le exigió otro, de hecho fue éste, el de Nueva York, él se enfadó muchísimo y la dejó definitivamente.

—¿Estabas furioso con él?

—Cuanto más lo echaba de menos, más lo quería.

—¿No te daba pena tu madre?

—Se volvió amargada, impaciente, irascible, me asociaba con mi padre. A ella la quería menos.

—Mi padre nunca ha engañado a mi madre —afirmó Sonia con orgullo.

—¿Crees que iba solo a las islas griegas?

Ella admitió que los viajes de Papá eran motivo de desavenencias conyugales.

—Mi madre le reprochaba que no nos llevara y lo acusaba de gastarse solo todo el dinero. Él replicaba que quien traía el dinero a casa era él y que no podía permitirse llevarnos a los tres, así que era justo que de vez en cuando se diera un capricho.

—¿Es posible ir solo a las islas griegas? ¿A Santorini, a Rodas? ¿A Naxos, Paxos?

—¿Por qué no?

—No es divertido ir solo de vacaciones: caminar renqueando sobre guijarros para meterte en el mar, ahuyentar a manotazos las avispas

de tu pescado a la parrilla, buscar sombra cuando no la hay. Sólo en compañía de un amante puedes obviar estos grotescos tormentos y apreciar los colores (verde, morado, rojo) en la claridad del agua. Los colores del fondo del Mediterráneo no se parecen a los de ningún otro mar.

—Mi padre también fue solo a Italia.

Ilan puso cara de resignación; parecía decidido a no ser él quien arruinara su inocencia.

—¡No todo el mundo es como tu padre! —dijo ella.

Papá no engañaba a Mamá porque adoraba a Sonia y eso la habría afectado a ella también. Aunque puede que ésta no fuese la verdadera razón. Tal vez simplemente se resistía a perder el poder que tenía sobre su madre, pero así era como Sonia lo vivía. Porque cuando alguien traiciona a su cónyuge, traiciona también a su hija, traiciona su sencilla vida doméstica: el perro confiado, el gato que se mueve como una estrella de cine, la planta interior que saca una nueva hoja, las sobras de sopa de verduras, los calcetines raídos, el pedazo de jabón pegado encima de la pastilla nueva. Traiciona a todas esas criaturas y todos esos objetos que ignoran que se han burlado de ellos y que sus vidas son en realidad algo distinto de lo que ellos creen que son. Al final, el traidor sólo puede despreciar tanta ingenuidad.

—Pero ¿y si eres como tu padre? —soltó Sonia.

—¿Crees que te dejaría tirada así como así? Me gusta todo de ti. —Mordió una manzana—. Incluso tus dedos extraños, incluso el dedo pequeño y torcido de tu pie. Me encanta hasta tu mal genio.

—¡Mi mal genio!

—Sí, cariño, tienes mal genio. No creas que no me doy cuenta.

Se acercó a la nevera.

—¿No hay más manzanas?

—No me las he comido yo —replicó ella, molesta con la conversación.

—Entonces, ¿dónde están?

—Te habrás comido la última.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que yo no como manzanas, así que te las has comido tú. Sabes que te las comes sin darte cuenta.

—No me lleves la contraria.

—No lo hago. Sólo constato un hecho. Cuando trabajas fumando hierba, te comes todo lo que encuentras en los armarios y la nevera.

—No me cuestiones. Me haces enfadar —replicó él, y se fue a la habitación del fondo y cerró la puerta.

Veinte minutos después la abrió.

—¿Es mucho pedir unas pocas manzanas?

—Pero si compro manzanas —insistió ella.

Sonia se enorgullecía de gastar los pocos ingresos que tenía en comida. Se paraba a comprar en alguno de los mercados caros del barrio, una especie de *boutiques* de fruta donde las piezas estaban envueltas en redecillas y expuestas bajo una luz reverencial. Compraba los panes rústicos y los quesos europeos curados en cuevas que le gustaban a Ilan; compraba manzanas, zanahorias, tomates cherry madurados en la mata y lechugas amargas, tal como le gustaban a él; y vino blanco frío, jabón para la ropa, papel higiénico, aceite de madera de almendro y bolsas de basura. Él se negaba a tener una intrusa como criada, así que ella fregaba los platos, limpiaba el suelo, cambiaba las sábanas, lavaba la ropa.

Pasaba por alto que Ilan no se cepillaba mucho los dientes; pasaba por alto los lamparones de su ropa y que tuviera que poner sus calzoncillos en remojo con lejía antes de lavarlos; pasaba por alto que él dejaba marcas en el retrete y que era ella quien lo limpiaba con una escobilla. Como la suciedad y el desorden no hacían que se rebelara, volvió a sospechar que había encontrado el amor.

Un mes después, Ilan se comió la última zanahoria que quedaba. Se metió en la cama. Se levantó de la cama. Salió del dormitorio.

Gritó desde el salón a Sonia, que seguía acostada.

—No vuelvas a ducharte con agua caliente, ¿me oyes? El vaho me da ansiedad. El aire está demasiado enrarecido, lleno de partículas diminutas, y no puedo respirar.

Ella guardó silencio. ¿Cómo iba a ducharse en invierno?

—Ven a dormir al sofá y déjame a mí la cama, que eres tú la que se ha portado mal.

—Vamos a hablar —dijo Sonia.

—Levántate.

—Hablaré desde aquí.

—No soy feliz.

—Yo tampoco.

—Está bien, separémonos.

—Vale.

Ella fingió dormir.

Se oyó un gemido de angustia y rabia. Ilan se levantó de un brinco y encendió todas las luces.

—Ven aquí y discúlpate.

Después de un rato, ella respondió:

—Me temo que, si lo hago, correrás al dormitorio, cerrarás de un portazo, te meterás de un salto en la cama y te quedarás dormido.

Silencio. Luego Sonia oyó una risita. Al final él entró, se metió debajo del edredón y se durmió a su lado. A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, él ya estaba levantado, tomando café.

—¿Oíste los tigres anoche?

Le enseñó lo que había dibujado mientras discutían. Era una isla, un paréntesis de verde tropical en un sueño de color azul. Una imagen de felicidad.

—¿Por qué nos peleamos? Quiero estar aquí contigo.

Fuera, una borrasca soplaba río arriba y cubría de hielo los árboles de Riverside Park.

Otro día Ilan se comió los últimos pistachos.

Fue al dormitorio y cerró la puerta. Dejó a Sonia sentada en una silla.

Abrió la puerta.

—¿Quién te lleva a cenar a lugares elegantes todas las noches? ¿Quién te consiguió un trabajo en Nueva York? Te has mudado aquí sin que nadie te invite, ¿y qué haces a cambio? Soy el único que se rompe los cuernos trabajando. Lo único que pido es que haya manzanas, zanahorias y pistachos. ¿Es demasiado pedir?

¿Se había instalado allí sin ser invitada? Era cierto que él la había ayudado. De no haber sido por Ilan, no habría tenido trabajo ni visado para quedarse en Estados Unidos. Pero la rabia se apoderó de ella. Pensó que él no se equivocaba al decir que tenía mal genio.

Ilan volvió a cerrar la puerta, la abrió de nuevo.

—Sonia, ¿me oyes? Tienes que obedecer. O-be-de-cer —repitió despacio con una voz siniestra—. Si no, me voy a enfadar y no nos llevaremos bien. —Le salieron dos trompas de humo de marihuana de las fosas nasales—. Ven aquí ahora mismo, ponte de rodillas y jura que me vas a o-be-de-cer.

Pero Sonia, aunque intentaba contener su rabia, aunque estaba muerta de miedo, estalló:

—¡Cabrón de mierda!

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído. ¡Cabrón de mierda!

Él enloqueció. Estampó la tetera y la cafetera, hizo añicos una hilera de vasos, una hilera de tazas y una pila de platos, le arrancó el pañuelo de seda, hizo pedazos el pequeño cuenco del monte Fuji en el que ella guardaba sus pendientes, cogió todas las cosas que ella tenía en el apartamento y las tiró al cubo de la basura.

—Ahora mismo limpias todo esto, Sonia, y luego te arrodillas y te disculpas, o te largas de aquí echando hostias.

Paralizada, Sonia continuó sentada, sin poder creer que estuviera aceptando semejante humillación, enfadada consigo misma y con él; con miedo de quedarse... pero también de marcharse. Las paredes estaban salpicadas y manchadas de té, las baldosas del suelo desconchadas, había trozos de loza rota por todas partes. Al otro lado de la ventana, los depósitos de agua de los edificios vecinos, sostenidos por patas de araña, parecían mirarla como viejos amigos que estaban de su lado, como si pertenecieran a una antigua película de ciencia ficción. Un remolcador, como un pato tenaz, remontaba el río entre las escarpadas orillas heladas, movido por el

firme principio del honor y el esfuerzo constante. Imposible contener las lágrimas ante su ignorante y valiente corazón.

Él abrió la puerta del dormitorio.

—¿Por qué sigues aquí sentada?

—Son las tres de la madrugada. ¿Cómo quieres que me vaya?

—¿No puedes irte? ¿Alguien te echa de su casa y no te vas? ¿No te da vergüenza, caradura? ¿No entiendes lo de irte de una puta vez cuando alguien te dice que te vayas de una puta vez? ¿No entiendes un lenguaje tan sencillo? Que te vayas de aquí, joder. ¡Vete de una puta vez, largo de aquí! ¡LARGO! Quiero follarme a otras tías, ¿me oyes? ¡QUE TE LARGUES DE UNA PUTA VEZ! ¡No sabes lo que voy a follar a partir de ahora!

Ella se levantó, salió por la puerta, bajó en el lujoso ascensor y caminó hasta Broadway con su ridículo vestido ceñido y sus ridículos zapatos de tacón alto. El viento, afilado por los rascacielos, le cortaba el cuello, y la calle estaba vacía y silenciosa, salvo por la familia de ratas que se movía dentro de las bolsas de basura. Un taxi se acercó despacio por la avenida, y el conductor, aferrado al volante, se inclinó y dijo:

—¿Al mugriento Dumbo?

De vuelta en su estudio, Sonia se sentía abrumada por la tristeza y, a la vez, ingrávida por el vacío. La pesadez le impedía moverse; el vacío le provocaba náuseas. Tenía arcadas, pero sólo sacaba una espuma venenosa que parecían huevas de rana. Se miró en el espejo, aunque no se reconoció en su reflejo. Su infelicidad y la pelea con Ilan se interponían entre ella y ella misma.

Se acordó el amuleto de su abuelo, lo sacó del cajón y abrió el cierre, y dentro encontró su rostro vacío y roto que miraba un rostro

igual de vacío y roto; al menos otra criatura la reconocía. En ese momento la idea de un vacío eterno la reconfortó.

—Badal Baba, Bhoot Baba, Bhoot Baba, Bhoot Bibi —rezó—. Conviérteme en un fantasma.

Badal Baba unas veces adoptaba la forma de un fantasma, y otras la de una mujer, una bestia, una nube. Se quedó dormida con el amuleto debajo de la cama. El poder de Bhoot Baba también nacía de su mutilación.

Tres días después Ilan llamó por teléfono.

—Te agradezco que hayas contestado. Me siento solo y desgraciado.

—Yo también. No estoy bien.

—Entonces, ¿por qué no vienes? —le preguntó él entre sollozos—. Es muy triste. Siempre estás diciendo que necesitas esto, que quieres aquello. Todas las mujeres empiezan a exigir cosas y se convierten en cazafortunas.

—¿Alguna vez has echado en falta un dólar del cuenco?

—No, pero tú ambicionas más. Todo el mundo quiere algo de mí. Nadie me quiere. Nadie me ayuda.

—Pero eres tú quien no ha sido justo conmigo —replicó ella.

—¿Qué significa eso? Aaargh... Ya he dicho que lo siento, pero tú también me estabas provocando. ¿Quieres castigarme ahora?

—No. No te voy a castigar. Al fin y al cabo, yo también perdí los estribos.

—Puedo soportar tu mal genio, cariño.

Y así, después de que él se disculpara por haberla acusado sin razón de no haber comprado suficientes manzanas, zanahorias y pistachos, y de haberla acusado con razón de haberse duchado con

agua caliente y cocinado sopa de lentejas, se habían reconciliado, y tras la reconciliación Sonia se disculpó por protestar. Después de hacerlo, sintió dos emociones contradictorias: disgusto por haber asumido cierta responsabilidad en el altercado, y alivio por haber puesto punto final a la discusión. Vieron un documental sobre Edvard Munch, a quien parecía que le habían caído todas las desgracias, y eso los animó. El arte deslumbrante y la vida profunda sin duda hunden sus raíces en la infelicidad, por mucho que los psicólogos digan que lo contrario puede ser igualmente cierto, que la estabilidad mental y la satisfacción pueden alumbrar arte valioso. Mientras lo veían, sentados en dos sillas separadas, se cogieron de la mano.

—¿Por qué todas las películas sobre artistas son malas? No se libra ni una. Nadie lo cuenta como es debido.

Él la abrazó con fuerza toda la noche, y cuando por fin cayeron en un sueño exhausto, Sonia tenía los dedos de los pies agarrados como percebes alrededor del tobillo de él, que aún le cogía la mano con los dedos entrelazados.

El arte es la forma que tenemos de salir del abismo después de habernos convertido en bestias. Hay que aferrarse y reconstruirse desde fuera hacia dentro. Por eso es esencial vivir en una civilización que ofrezca obras de teatro, óperas, conciertos de orquestas filarmónicas, festivales de cine, que tenga cafés y parques con quioscos de revistas y bancos en los que sentarse a leer el periódico. Una ciudad donde se pueda ir a un museo de un país que ya no existe, o asistir a una conferencia sobre la vibrante cultura de las casas de vecindad; o escuchar en el 92nd Street Y a un gran pianista que sigue vivo de milagro, con un repertorio de angustiosa

intensidad, o ver una película sobre un trabajador de la construcción iraní que sufre una crisis existencial. Es importante vivir en un lugar donde se puede encender la radio pública y escuchar un rápido resumen de los crímenes de guerra que se están cometiendo en todo el mundo, y a continuación una entrevista de una hora a un poeta irlandés sobre las consecuencias de su fe en su métrica. Esto nos recoloca en el lado racional y apacible de las cosas.

Y es importante mirar cuadros. Fueron a una exposición de Morandi, que había sido redescubierto. Sus conchas y botellas eran solemnes, austeras y morales. Eran lo opuesto al dinero y la guerra, al tiempo que avanzaba veloz e indiferente a todo. ¿Cómo era capaz una botella vacía de transmitir tanto? ¿Cómo podía ser una botella vacía la guardiana de nuestra conciencia?

—Te contaré un secreto si no se lo dices a nadie —dijo Ilan—. Hay humanidad, hay democracia en su obra... ¡y esto lo he copiado! Un día seré más famoso que Morandi y pareceré modesto, aunque sea un completo desvergonzado.

Sonia leyó el pequeño rótulo donde se explicaba que Morandi, soltero, había llevado hasta su muerte una vida modesta junto con sus tres hermanas solteras, Anna, Dina y Maria Teresa, en un piso de la Via Fondazza de Bolonia. Sólo por eso a ella le cayó bien. La serenidad de los cuadros le hizo pensar en Cloud Cottage, la casa de su madre entre los cedros, que había ido deteriorándose con tanta naturalidad que a nadie se le ocurrió arreglar nunca nada.

—Mi madre es como una botella de Morandi —comentó—. Cuando la miro siento la misma emoción.

Echaba de menos a su madre. Ella no se fiaba de la riqueza, no veneraba la fama. Sabía que el artista tenía una personalidad

escurridiza y que el arte también era imprevisible, que el artista se sentía atraído por la oscuridad hasta que ésta acababa persiguiéndolo a él. ¿Adónde había ido su propio padre, Siegfried Barbier? Mamá no lo sabía, y sin duda no querría que su hija lo averiguara.

En febrero Sonia tuvo noticias de Marie, su antigua jefa en la biblioteca del Hewitt College. Iba a ir a Nueva York con Cole para asistir a la boda de Alice Wu.

—Marie viene a Nueva York —le dijo a Ilan.

Sonia había trabajado con Alice en la biblioteca cuando Alice estaba en su último curso y ella en primero, y también había tenido el detalle de invitarla a su boda, tal vez para que pudiera acompañar a Marie y Cole, a quienes les aterraba la ciudad, un lugar donde podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento. Alice iba a casarse con un compañero del laboratorio de su doctorado, donde habían trabajado juntos en la creación de un virus resistente a todos los antibióticos, lo que sería útil para desarrollar la próxima generación de antibióticos.

—Tu Marie no es guapa.

Ilan la recordaba del Hewitt.

—Sí que lo es. A su manera.

—Eso significa que es fea, cariño —replicó Ilan riéndose por lo bajo.

Para él, la falta de atractivo en una mujer mayor era algo que podía tomarse con humor.

—Sólo tiene los años que tiene. ¿Y si tú tuvieras una novia de tu edad?

A él se le cayó una hoja de lechuga de la boca. Parecía aturdido, como si ella le hubiera disparado.

—Uf... ¡qué miedo!

—Eres mucho mayor que yo.

—Intentas hacerme sentir mal. Intentas rebajarme para tener más poder sobre mí. ¡He estado con mujeres mucho más jóvenes que tú!

Sonia dio un respingo al oírlo, pero trató de pasarlo por alto porque no podían permitirse tener otro altercado.

—Bueno, de todos modos, Marie no tiene la culpa de su físico.

—Sí —repuso él con tristeza—. Y no importa el aspecto de los padres, nunca hay garantías. Mi tío y su mujer son guapos, pero mi prima es un adefesio.

—¿Es la que dijiste que parece una gitana mientras que el resto de la familia parece europea?

Al salir de la ducha Ilan la llamó:

—¿Sonia?

—¿Sí?

—Estás simplificando las cosas y metiéndolas en el mismo saco, y todo el mundo escucha las estupideces que se meten en el mismo saco, de modo que decir esto te da poder. Que yo haya dicho que la hija de mi tío parece una gitana y mi madre europea, y que mi madre es guapa y mi prima fea, no significa que yo piense que los gitanos son feos y los europeos guapos. ¡Tonta! Hay gitanos guapos y gitanos feos.

—Tú mismo has dicho que tu madre es racista y que no querría conocerme porque soy india, que si fuera parisina estaría encantada.

Ilan volvió al cuarto de baño para cepillarse los dientes, y mientras lo hacía, con la boca llena de espuma de dentífrico, salió y le escupió a Sonia en la cara.

Mientras bajaba en el ascensor y esperaba un taxi, Sonia supo que Ilan tomaría somníferos y dormiría como un tronco, que luego se despertaría y seguiría pintando. Supo que ella no pegaría ojo durante días, que el estómago y el corazón se le retorcerían de dolor, que no podría comer, que no podría pensar.

15

La boda de Alice Wu se celebró por la tarde en una iglesia de Cobble Hill seguida de un banquete en el Golden Unicorn de Chinatown. Sonia estuvo todo el día limpiando el apartamento para que no pareciera tan lúgubre, porque cuando Ilan se quedaba solo, aunque fuera una noche, su entorno se volvía un lugar sin vida y el apartamento adquiría un aire dejado y sucio. Le dijo a Ilan que intentaría estar de vuelta en casa a las nueve de la noche para pasar un par de horas con él antes de irse a dormir.

—¿Debería ir? Podría ser interesante.

—Pero entonces tendrás que hablar con Marie, dirás que la gente no tiene clase y en medio de la boda te pondrás a gritar que tu futuro está jodido.

—Ya veo —dijo.

Parecía melancólico.

Cuando Sonia llegó a la bonita iglesia de ladrillo rojo, se alegró de reunirse con Marie y Cole, pero la ceremonia se alargó mucho y el banquete en Chinatown empezó con casi dos horas de retraso. La pareja y sus invitados estaban deseando prolongar la celebración, pero Sonia sólo rezaba para que acabase cuanto antes. Intentó mantener la calma, pero pronto entró en pánico. Se rascaba y pellizcaba la piel de alrededor de las uñas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Marie—. Te veo muy nerviosa.

—Llegaré tarde. Ilan me está esperando.

—Puedes salir una noche con tus amigos, ¿no?

—Sí —respondió ella, aunque no era cierto.

Lo que sí era cierto era lo que no podía contarle a Marie: que cuanto más salvajes y primitivas eran sus peleas, más reservados y dependientes se volvían ellos. Cuando nuestra pareja nos ha visto como menos que humanos y puede usar esta información en cualquier momento y contar a los demás que en realidad somos un demonio, nos vemos abocados a ser más solícitos y a estrechar la relación con ella. Y cuando ya nos hemos desgarrado el uno al otro, las partes que nos faltan pertenecen a nuestro compañero de lucha; necesitamos estar siempre con el guardián, el consumidor de nuestros órganos vitales, de nuestra mente y de nuestro corazón, o dejamos de existir.

Arriba, en el escenario, Alice vestía un *qipao* rojo, y los invitados golpeaban las copas con los palillos pidiendo a gritos que los novios se besaran. Luego jugaron a un juego de fertilidad tronchante con un huevo que se pasaba arriba, abajo y alrededor de los pantalones del novio. Qué extraño era que la gente se casara; ella nunca se casaría con Ilan delante de una multitud de amigos animándolos. Esa noche no tenía nada que ver con su vida.

—¡Tengo que irme! —anunció.

—Quédate, Sonia —le dijo Marie—, hace siglos que no te vemos y sólo hemos comido dos platos. Creo que quedan nueve o diez más, entre ellos el pato laqueado.

Sonia se quedó, pero se desmoronó a ojos vistas. Descubrió que no podía levantar los palillos; le temblaban tanto las manos que no

podía comer. Al final dijo que iba al baño y huyó de allí, y llamó a Ilan desde un teléfono público. Él le dijo con su voz más débil y abatida que había comido en un puesto de falafel porque no se había visto con ánimos de estar solo en un restaurante elegante.

Le preguntó tiernamente dónde estaba.

—Todo se ha retrasado, han empezado tarde y...

—¿Por qué no me has invitado, entonces? Podría haber ido y haberme sentado tranquilamente a tu lado. Te quiero mucho.

—Sólo tardaré un poco más.

—Ah, no digas que aún vas a tardar. —Cambió de tono—. ¡Me has prometido que llegarías pronto y te estoy esperando!

Ella temblaba cuando volvió a la mesa.

—Tengo que irme, Marie. No puedo retrasarme —dijo, y dejó caer su estola de Benarés sin darse cuenta y salió corriendo.

El restaurante tenía varias plantas y en cada una de ellas se celebraba un banquete diferente. El ascensor se detenía en cada planta y cada vez salía y entraba un montón de gente, manteniendo el ascensor abierto mientras se esperaba a los invitados rezagados. «Daos prisa», pensó Sonia. «Daos prisa. Daos prisa.» Pero nadie lo hacía.

Marie, con su falda larga y sus tacones bajos, salió a la calle sin abrigo y corrió tras ella agitando su estola plateada. Cole, con su incómodo traje, la seguía resoplando. Sonia se había fijado en cómo la había seguido con la mirada cuando Marie había ido en busca del aseo de señoras, para asegurarse de que no se perdía.

—Te dejaré en un taxi —le dijo Marie.

—Estoy bien. Volved dentro, volved.

Sonia intentó ahuyentarlos.

Chinatown es caótico incluso para los neoyorquinos; se encontró en la amplia entrada del puente de Manhattan, donde convergía el tráfico de muchas calles.

Marie la alcanzó.

—Para. —La rodeó con los brazos—. ¿Sabe ese hombre lo que te está haciendo? Si lo sabe, es imperdonable.

Su abrazo no era reconfortante. Marie veía su terror y Sonia la odiaba por eso.

—Creo que está mal de la cabeza.

—Bueno, es bastante obvio —replicó Marie—, pero entonces, ¿por qué no se medica?

Por fin llegó un taxi. Sonia se subió. Lloraba de pánico. El conductor la observaba por el retrovisor.

—Tienes la misma edad que mi hija. ¿Por qué lloras?

—Llego tarde y mi novio está enfadado. Me da miedo ir y me da miedo no ir.

—Si tanto miedo te da, no deberías volver con él. Deberías irte con tu familia o con una amiga. ¿Quieres que te lleve a otro sitio?

Ella continuó llorando.

—Mira, puedo llevarte a casa con mi mujer y mi hija. Ellas cuidarán de ti.

Eso la hizo llorar aún más fuerte.

Introdujo la llave y abrió la puerta del piso a oscuras. Las luces estaban apagadas e Ilan tenía puesto su antifaz. Había tomado somníferos y parecía prácticamente muerto, excepto por la respiración agitada. Ella lo zarandeó.

—Me he dado cuenta de que dependo de ti para ser feliz —le dijo él—. Puede que te asuste saberlo, pero antes de que llegaras me he

planteado acabar con todo. Te echaba demasiado de menos.

Sonia se quedó sentada en la habitación a oscuras con Ilan profundamente dormido y drogado a su lado, rodeada de suciedad y caos, olor a marihuana y cintas porno por todas partes. Lo oía respirar, el tiempo que tardaba el aire en entrar y salir, tan impasible y siniestro como un reloj.

«No tienes buen aspecto, *habibi*», le comentó el amable Sami, que había sido farmacéutico en Alepo y ahora era dueño de la tienda de comestibles que estaba cerca de Dumbo Leloup.

«No te concentras en el trabajo», le dijo Lala. «Llegas tarde y estás distraída. ¿Qué te pasa?»

«¿Por qué no deja a Ilan?», había oído cómo Cole le susurraba a Marie. «¿No deberíamos decirle algo?»

«¿Por qué te quedas?», le había preguntado Marie antes de que Sonia cerrara la portezuela del taxi en su cara.

¿Por qué? Porque hay que ser una persona para poder irse. ¿No se habían dado cuenta de que ella ya no era una persona, que estaba hecha de miedo? No era capaz de detenerse en ninguno de sus pensamientos. Tampoco podía telefonear a sus padres porque no les había contado nada de Ilan, y cada llamada que recibía de Delhi implicaba mentir, e interrumpía y amenazaba el mundo en el que vivía. Ba, Dadaji y Mina Foi estaban tan lejos, en su porche de Allahabad, tan al margen de su existencia en Nueva York, que los había olvidado, como si fueran producto de su imaginación, y cuando una tarde Papá le comunicó la muerte de Ba, ella ni siquiera acusó el shock. ¡Así de cruel era su desdichado amor! No intentó

imaginarse la escena de su muerte ni sentirla. Tampoco se detuvo a honrar su memoria. No encendió una vela al caer la noche, ni rezó para que su espíritu se liberara: pequeña urraca de atención fugaz, brillante y tintineante, con llaves en las enaguas y diamantes centelleantes en las orejas y la nariz. No podía sentir ninguna emoción por Ba porque Ilan se interponía entre ella y el resto del mundo. Aun así, cuando habló con su padre lloró desconsoladamente, y él ni siquiera sospechó que su dolor no era por Ba sino por ella misma.

16

Una vez más, como había hecho tantas noches durante años, Ba abandonó las rancias sábanas, cuyo almidón se había diluido con los sudores nocturnos de Dadaji, sacó el brazo de la mosquitera zurcida para encender la lámpara de latón y, con una luz de voltaje tan tenue como la llama de una vela, deslizó los pies hasta el suelo mientras se sujetaba al poste del cabezal de su lado de la cama alta. Abrió el armario para meter en una pequeña bolsa de lona una combinación, unas bragas, un pañuelo, el cepillo de dientes y el raspador de lengua.

—¿Adónde vas? —volvió a preguntarle Dadaji incorporándose y viendo la escena fragmentada a través de la arruga de su retina.

—A Rangún.

—¿Por qué?

—Tengo que ir.

—Pero ¿por qué?

—¡A morir!

—¿Por qué morir allí?

—Es mi casa.

—Ésta es tu casa.

—Entonces, tráeme los zapatos. Saldré a comprobar que no, ésta no es mi casa.

Dadaji se agarró al poste de su lado mientras sacaba los pies y los apoyaba en el suelo e intentó guardar la bolsa y persuadirla para que volviera a la cama, pero ella se alteró mucho, haciendo gala de una fuerza física que en realidad no tenía.

—¡Tu casa ya no existe! —Él alzó la voz para que ella lo oyese—. El país ha cambiado de nombre. Y la ciudad también. Necesitas un pasaporte y un visado.

Estas frases simples y contundentes sonaron crueles. Ella se quedó confusa. Ya no podía pensar en el presente; sólo podía recordar el pasado y tenía prisa por llegar a él.

—Pero yo nací en Rangún.

—Todavía está oscuro. No encontrarás el camino. Te robarán. Espera a mañana y sal temprano.

Esa lógica la persuadió. Así fue como se perdió el rubí de Birmania, en el caos de la partida, viajando de noche a través del país de los bandidos. Ella deseaba reunirse con su tesoro perdido, que se hallaba más allá del horizonte de esta vida. Se metió de nuevo en la cama y apagó rápidamente la lámpara cuando vio acercarse una polilla peluda zumbando al compás de la mecánica del vuelo. Esa polilla llevaba toda la noche persiguiendo lámparas; había seguido a Ba y Dadaji de la sala al comedor y de allí al dormitorio. Se habían apresurado a cerrar la puerta, pero los años los había vuelto lentos, y antes de que lo consiguieran la polilla ya estaba revoloteando alrededor de su cama, y entonces supieron que les haría compañía toda la noche, que se espabilaría a cada rato por los faros de un camión, la luz del cuarto de baño o el brillo de la luna, y que tal vez se ahogaría en el vaso de agua de uno de los dos antes del amanecer. Había tantos insectos que nunca tomaban un sorbo de

agua a oscuras por miedo a que hubiera alguno escarbando la superficie o rastreando las profundidades.

Justo antes del alba, Dadaji se había despertado de nuevo, en esta ocasión por el intenso silencio que percibía a su lado. Al encender la lámpara de su mesilla, vio que su esposa-pájaro de sesenta y siete años había volado de su nido de Cadell Road. Comprobó que la respiración y los latidos de su corazón se habían detenido. Una vez más se agarró al poste de la cama para bajarse. Abrió de par en par las largas y delgadas puertas batientes que comunicaban directamente una habitación con otra, pues la casa no tenía pasillos y era fácil irrumpir bruscamente en la privacidad de otro. Entró en la cocina, donde Ba no volvería a ver cumplido su temor y secreta esperanza de pillar al cocinero llevándose un trozo de cordero a la boca o de encontrar a su hija suplicando ayuda a los misioneros.

Dadaji llegó a la última puerta, la que se abría a los barracones de los sirvientes, y, descorriendo el pestillo, lanzó un graznido:

—¡Muchacho! ¡Muchacho!

Una figura encorvada se acercó a los escalones, entrando poco a poco en el campo visual de Dadaji.

—Muchacho —le dijo a su cocinero, a quien había contratado con apenas once años—. Toda esa nata y el azúcar, todo ese *ghee* y sal que pones en la comida... han acabado matando a tu memsahib.

Papá contemplaba las ruinas de la mezquita que había detrás del piso de Hauz Khas. El búfalo de la familia sij desplazada por los disturbios pastaba en la esquina del parque municipal, donde el

agua de un grifo que goteaba había reverdecido un trozo de hierba seca. Se llevó el teléfono a la oreja y oyó el llanto de su hija desde una distancia que no se debía sólo a los kilómetros que separaban Nueva York y Nueva Delhi. Había intentado llorar por su madre como lloraba Sonia, pero no podía. Algo se interponía entre él y su dolor. ¿Le preocupaba no ser capaz de rescatarse si caía en un profundo duelo? ¿O esta muerte sólo ponía de manifiesto lo superficial que había sido su relación?

Nunca había sentido a su madre como a una madre. Habían tenido un trato afable como madre e hijo, pero no era el tipo de amor que rompe el corazón cuando desaparece. Nunca habían hablado por teléfono más de una o dos frases, y éstas no habían hecho más que subrayar que no tenían nada que decirse. Nunca habían pasado el rato en el porche de Allahabad, nunca habían hablado de nada que no fuera la comida o el tiempo. De hecho, no tenían un idioma común, pues ni él hablaba bien el gujarati ni ella hablaba bien el inglés; se comunicaban en hindi, y el hindi de Papá no era lo bastante bueno para tocar temas de cierta complejidad. Cuando volvía de la Doon School por vacaciones, parecía un huésped de una clase social más elevada, y su madre, una aldeana sin educación sacada de un paisaje que él nunca había visto. No tenía ni idea de quién era ella ni de lo que pensaba durante aquellos silencios. ¿Quizá que no sentía a su hijo como un hijo? ¿O a su marido como un marido, sino más bien como a una deidad que poseía todos los elementos que englobaban su existencia? En cambio a Mina Foi, la hija de la mala suerte, seguramente la había sentido como lo que era: ¡Mina Foi, la hija de la mala suerte!

Cuando Mamá tocó el brazo de Papá al enterarse de la noticia, él se encogió de hombros con indiferencia y le hizo saber que no tenía derecho a consolarlo, ni siquiera a lamentarse. Le recordó que nunca había mostrado a su familia política el más mínimo respeto tradicional, que nunca los había invitado a Delhi a pasar un par meses con ellos. Ella se había limitado a observarlos desde la distancia como si fueran personajes de una comedia en un teatro de provincias, y lo que ahora le partía el corazón era que ellos nunca se habían quejado. Nunca le habían dicho: «Qué error cometiste al casarte con ella.» Eran sorprendentemente modernos. ¿O era falta de cariño? ¿O era lo mismo?

A lo sumo habían comentado con delicadeza que era de lo más extraño estar casado con alguien a quien no le gustaban las patatas. Pero, para ellos, ésa era la línea que separaba al ser humano de lo inhumano: si eras una persona, te gustaban las patatas; si no, si sólo eras disfraz hueco, esto te delataba. Por tanto, su nuera no era una nuera.

Mamá no se sentía como la mujer de Papá. En el parque de los Ciervos, él se adelantaba para escapar del vacío cada vez más grande que había entre ellos y del silencio del que ninguno de los dos quería hablar, y alegaba que apretaba el paso porque le convenía hacer ejercicio. Mamá pasaba vergüenza porque sólo los hombres incultos caminaban delante de sus esposas en un parque, y cualquier transeúnte podía tomarla por una mujer atrasada.

Durante una comida interminable, Mamá por fin habló.

—Ahora que Sonia se ha ido, sería lógico que me buscara alguna ocupación. Llevo años desperdiciando mi vida.

Papá no ocultó que se carcajeaba por dentro. Allí estaba su mujer, con una casa confortable, cocinero, criada, coche y chófer, jardinero para el jardín de la azotea, lavandero, planchador —todo a sus expensas—, quejándose a sus cuarenta y siete años de haber estado malgastando su intelecto.

—¿Qué? —preguntó ella al verlo.

—Nada —respondió él levantándose, y volvió a dejarlo claro con su expresión.

Ella se puso a buscar trabajo. Solicitó el puesto de coordinadora de programas en el Centro Internacional de la India. Ese cargo le exigiría presentar un calendario de conciertos, conferencias, proyecciones de películas y exposiciones. Mamá era licenciada en historia y habló acerca de su interés por las primeras civilizaciones del valle del Indo. Sugirió que el centro organizara una conferencia sobre Gandhi en Sudáfrica que incluyera material sobre el delicado tema de la intolerancia racial del mahatma. Hablaron de lo que se podía hacer para evitar el inevitable éxodo del público en el intermedio, al margen del talento o renombre que tuviera el artista. Porque el arte es arte, pero la comida es la comida.

Mamá debió de impresionar al comité, y cuando recibió la noticia de su nombramiento, Papá la vio de pronto tan rejuvenecida que cedió y la invitó a una *dosa* en el restaurante Dasaprakash del hotel Lodhi para celebrarlo. Se rieron a carcajadas al ver cómo las familias se enjuagaban las manos y la boca en la fuente del hotel después de comer, y Papá levantó su vaso de espeso jugo de uva morada.

—¡Por mi brillante esposa!

Pero no pudo evitar perder los estribos ante la lentitud del camarero y el escaso relleno de la *dosa*, y volvieron a casa envueltos

en ese silencio hostil que les era tan familiar: Papá culpando al camarero, Mamá pensando que se suponía que era una celebración, Papá considerando dar las gracias a su amigo de la junta del Centro Internacional de la India, convencido de que habría intercedido en favor de su mujer.

—El Lodhi ya no es lo que era —dijo intentando salvar la distancia y enmendar su impulso de sabotear la tarde, pero al ver que su mujer seguía castigándolo, recordó su imperdonable actitud hacia Ba, ya muerta, y expresó en voz alta su pensamiento anterior—. Tenemos que darle las gracias a Chibu. Seguro que ha tenido algo que ver con que consiguieras el trabajo.

Esa misma semana Mamá fue a la peluquería para cortarse el pelo. «Más corto», insistió al peluquero.

«¿Qué le ha pasado a tu pelo?», casi gritó Papá. Esa larga melena, cuando le daba el sol, brillaba de un caoba intenso. Estuvo muchos días resoplando. «Te lo has cortado a propósito para herirme.» Pero luego su amigo Neil le comentó: «Oye, tu mujer está increíblemente glamurosa», y Papá, mirando al otro lado de la habitación, se dio cuenta de que era cierto. El corte le resaltaba la estructura ósea del rostro. Formaba una diagonal que culminaba en la barbilla. Era una Nefertiti moderna.

La perdonó en privado. A pesar suyo, se había convertido en un hombre progresista y con visión de futuro, con una esposa profesional que llevaba el pelo corto, que tenía carnet de conducir y que podría moverse sola en coche si el chófer no tuviera el deber de espiarla. Ahora ganaba lo suficiente para pagar la compra, comprarse su ropa y el champú, y eso a Papá le encantaba. Valoraba

en muchos sentidos que ella trabajara y decía a la gente que él la había animado a hacerlo.

Pero una noche Mamá mencionó que iba a comer con un defensor de los derechos humanos holandés que estaba trabajando con grupos de mujeres locales para detener el tráfico sexual de menores, y Papá se mostró receloso. «¿Prevenir el tráfico sexual? ¡Ja! ¡Será parte del problema! Hay que tener cuidado con esos *firangs*, que siguen viniendo a la India para buscar a una chica nativa, dejando de lado a su esposa de cara desteñida, de la que, por cierto, nunca se divorciarán. Creen que pueden divertirse gratis.»

Otra mañana ella llevó a un erudito de Teherán a visitar la tumba de Humayun, y le enseñó los nidos de hierba de los pájaros tejedores que colgaban de las palmeras, los nidos de papel de las avispas que se escondían en los nichos, un loro posado en los pocos azulejos esmaltados de rojo que quedaban, los chillidos de los murciélagos que vivían sepultados en las tumbas derruidas de príncipes y princesas. Discutieron sobre si las ruinas debían restaurarse total o parcialmente, conservando la pátina del tiempo. Hablaron de lo bonito que debía de ser cuando el río Jamuna pasaba por allí, antes de que desapareciera en forma de canal de desagüe. El color de la tumba del barbero real le resultó familiar al erudito persa: ¡era azul persa!

—Creía que habías dicho que estabas trabajando, pero en vez de eso te dedicas a callejear.

—Tengo instrucciones de ser hospitalaria con los artistas y académicos internacionales.

—¿Hospitalaria? ¿Qué diablos se supone que significa eso?

Él creía que existía una atracción natural entre persas e indios: había una historia que se había interrumpido y sin duda perduraba una corriente oculta.

Papá condujo desde su oficina en Connaught Place hasta el Centro Internacional de la India y caminó hasta la cafetería, donde vio a Mamá comiendo helado de mango mientras entrevistaba a un músico finlandés que estudiaba el sitar. Él le estaba presentando una composición de Arvo Pärt mientras ella asentía. La quietud de esa pieza hacía que uno se sintiera como en un bosque primigenio, solo pero en compañía de una criatura invisible y élfica.

Papá podía entender un café de trabajo, pero un helado de mango en un plato plateado y una cucharita de plata con acabado de escarcha, sugería flirteo.

Esa noche puso la cadena de seguridad en la puerta principal, y cuando Mamá regresó y se la encontró, él se acercó a la rendija y le dijo:

—¿Por qué has vuelto? Creía que te habías ido a las tierras remotas de Finlandia.

—Mañana esto te dará vergüenza.

—Eres tú la que se avergonzará. Todo el mundo te ha visto. Las bibliotecarias se estarán riendo.

La biblioteca tenía una pared de cristal que daba a un patio interior por el que todos pasaban para ir a la cafetería. Él se imaginó la escena: las bibliotecarias, que a menudo iban a trabajar con el pelo largo recién lavado y se lo arreglaban en la recepción cuando se les había secado; los doctores en ciernes, miopes tras décadas inmersos en *India y la Guerra Fría* o *Historia de la emigración tamil a Singapur*; los jubilados, que asentían mientras hojeaban los

periódicos extranjeros, que llegaban mucho después de que el contenido hubiera pasado al olvido, lo que los hacía soporíferos. Y se los imaginó a todos ellos levantando la vista al unísono y viendo a su mujer con su elegante corte y su elegante sari pasando entre los parterres de flores primaverales para comer helado de mango con el espantapájaros extranjero.

Al final quitó la cadena de la puerta porque el cocinero, Chandu, acudió corriendo, y podía estallar un escándalo mayor si se iba de la lengua y contaba a los criados de toda la calle que el marido había dejado fuera de casa a la esposa, y ellos a su vez se lo contaban a sus empleadores.

Si tenías un cocinero, te portabas mejor que si no lo tenías. Si tenías un perro, te portabas mejor que si no lo tenías, para evitar que se metiera debajo de la cama con el rabo entre las patas. Incluso un pájaro *mynah* se ponía tenso al oír una discusión grosera, y viéndolo nervioso en su percha, bueno, te avergonzabas, y eso hacía que te portaras mejor. Ellos no tenían pájaro ni perro, sólo un cocinero al que no se le escapaba nada porque no tenía otra vida. Sin embargo, aquella noche, cuando Chandu se acostó, la rabia de Papá seguía intacta. Levantó la vista de su periódico y anunció:

—Voy a decirle a ese imbécil de quién sabe dónde que se mantenga alejado de mi mujer.

—Por favor, no lo hagas —respondió ella, cansada.

—Puede que a ti no te importe tu reputación, y al diablo con ella, estoy de acuerdo. Pero ¿y la mía?

De camino al trabajo, Papá se detuvo en el Centro Internacional de la India. Quiso la mala suerte que encontrara enseguida al

músico, que hacía anotaciones musicales escuchando el trino de los pájaros en los árboles de los Jardines Lodhi.

—Mantente alejado de mi esposa, ¿me oyes?

Mamá, que siempre había pasado gran parte del día leyendo, empezó a leer sin parar cuando estaba en casa. En su desesperación leyó todo Dickens, todo Woolf; leyó a Austen y a Chughtai; a Ginzburg, a Borges y *El intocable* de Mulk Raj Anand. Leer tanto acentuaba su aura de quietud y refinamiento que tanto había atraído a Papá al principio, pero, ahora más que nunca, se alzaba como un escudo invisible. Casi nunca quería salir a cenar con su grupo de amigos, alegando que le dolía la cabeza. Cuando uno a uno se le acercaban haciendo un aparte y le preguntaban en voz baja y con semblante preocupado: «Pero ¿dónde está Seher?», Papá tenía que responder, una y otra vez: «Migrañas.»

No obstante, la víspera del cumpleaños de Papá, el primero de marzo, él protestó.

—Seguimos yendo a casa de todos y nosotros no invitamos a nadie.

A Mamá le pareció que ya no podía poner como excusa el dolor de cabeza y enviaron invitaciones para cenar. Entre Chandu y ella decidieron que el menú debía ser abundante, pero no ostentoso: las fiestas en Delhi se habían vuelto obscenas.

Papá llegó pronto de la oficina y dijo:

—¿Sólo un plato no vegetariano? Cuando vamos a casa de Neil, Dilip o Jehangir, nos dan pollo y pescado o gambas y cordero, ¡cuando no gambas, cordero y pollo!

Aquella mañana, mirándose en el espejo de mano frente al del cuarto de baño, se había visto en la coronilla el primer indicio de

calvicie irreversible. Cuando Sonia lo telefoneó para felicitarlo, apenas podía hablar.

Mamá no llevaba más joyas que unos pequeños pendientes de plata, como si estuviera casada con un hombre pobre o mezquino o fuera viuda. Se había puesto su sari de algodón habitual, sabiendo que él quería que se vistiera de seda.

—¿No puedes arreglarte un poco?

Ella le había regalado una antología de poetas urdúes traducidos. Un pequeño volumen de anticuario envuelto en una funda de cuero color caramelo con forma romboidal que cabía en un bolsillo. Papá lo tiró a un rincón. Le pareció que era un regalo para ella.

—¿Dónde están las flores?

El suelo estaba cubierto con un *dhurrie*, pero él quería una alfombra de Cachemira.

—¡Si invitas, que sea a lo grande!

De repente, Papá se puso como loco: empezó a sacar billetes de rupias con una soltura que Mamá nunca le había visto y envió a Chandu con el chófer, Balbir Singh, a comprar gambas al INA Market. Luego llamó a Chocolate Wheel, donde se rumoreaba que la familia Gandhi compraba su pan integral.

—Felicidades, tío, bendito sea —le dijo la hija del dueño cuando él fue a recoger el pastel de chocolate y vainilla con *fudge*.

Papá se percató de que mostraba más entusiasmo por su cumpleaños ella que su mujer.

No era fácil celebrar una fiesta en un hogar lleno de resentimiento, pero él sacó el whisky de malta. Estaban todos allí (Neil y Daljit, Khushi y Dilip, Jehangir y Margo, y Ferooza) y al final se sirvió el pastel con cinco velas.

—¿No hay helado?

—Creo que no —respondió Mamá.

Todos los invitados estaban conversando sobre sus respectivos esfuerzos para dominar el nuevo arte del Hotmail, esencial para mantenerse en contacto con sus hijos en el extranjero, cuando Papá, con la mirada gacha y la mandíbula tensa, soltó en voz alta:

—¡Puta!

Se produjo un silencio.

—¿Qué te pasa, amigo? —le preguntó Neil.

—Cumplir años es una putada—intervino Jehangir.

—Es hora de subir la música... —dijo Margo.

—Necesitamos más whisky.

—O menos.

—Ya es tarde para eso.

—¿El último?

—Ya lo hemos tomado.

—¿Qué tal uno para el camino?

Pero Mamá no se dejó distraer. Tenía una hija y debía enfrentarse a los hombres que utilizaban un lenguaje que humillaba a las mujeres.

—Por favor, cuéntanos —le pidió con gélida elegancia, extendiendo su delicado cuello como un tallo que sostiene una flor—. ¿Quién es la puta? ¿Te refieres a Khushi, Ferooza, Margo, Daljit o a mí?

Papá no contestó. Apretó la mandíbula.

Ella sostuvo la copa en alto demasiado tiempo. Luego la dejó. Parecía serena, aunque por dentro temblaba. Pero se alegró de que la hubieran oído todos. Eso la autorizaba para seguir adelante con un plan que aún no se había formulado a sí misma.

En su esfuerzo por no irse llamativamente pronto, los invitados acabaron yéndose demasiado tarde, cuando todos se caían de cansancio. La mejor amiga de Mamá, Ferooza, le dio un beso, no en la mejilla sino uno húmedo y cálido en los labios.

—Hagamos algo especial pronto, como ir a algún sitio nuevo —propuso—. A Ladakh o al valle de las Flores; el Instituto del Himalaya tiene ahora un centro de montañismo sólo para mujeres.

Una excursión de varias semanas hasta el valle de las Flores era imposible. Las dos trabajaban y no tenían tiempo para entrenar para una ruta de montaña, así que optaron por un pícnic en Mehrauli, a las afueras de la ciudad. Balbir Singh, el espía de Papá, aparcó junto a la roca negra chamuscada de la tumba de Balban, y ellas pasaron junto a Jamali Kamali y la ruina en la que Metcalfe había construido una chimenea, y subieron hasta lo alto del pozo de escalones. Desde allí podían ver la torre de un nuevo templo pintado de colores brillantes en la aldea de Mehrauli y oír los gritos de unos chicos que jugaban al críquet, pero seguían rodeadas de arbustos espinosos. Una caravana de hormigas pasaba transportando huevos blancos en alto: había un imperio en marcha.

Ferooza abrió una botella de vino que había llevado en una nevera portátil.

—Ferooza...

—¿Sí?

—Creo que debo irme.

—¿Irte?

—Viste cómo se puso la otra noche. Ya no puedo vivir con él.

Las dos guardaron silencio. Ferooza sirvió una cantidad de vino blanco de Grover tan generosa en los vasos de acero inoxidable que

casi los hizo volcar.

—¿Adónde irías?

—Aún tenemos nuestra casa familiar de las montañas, Cloud Cottage.

Mamá y su hermana Meher habían heredado de sus padres Cloud Cottage, formada por Big Cloud, Middle Cloud y Little Cloud. Pero Meher se había ido a Londres para estudiar en la Royal Academy of Music, y al comienzo de una prometedora carrera de concertista tocó en el Festival de Salzburgo, donde un aficionado sentado entre el público la vio interpretar, vestida con su sari de gasa bígaro, una de las últimas sonatas de Beethoven con una profundidad psicológica sorprendente en alguien tan joven. Se casó con ella, y la riqueza la había alejado de la familia. La excusa era que no podía encontrar un piano adecuado para practicar en aquel país donde todo sonaba distorsionado. Meher le cedió su parte de Cloud Cottage a Mamá, un acto de generosidad que se vivió como una traición. ¿Una traición a qué? A su infancia, a la India, a su padre, que había preferido la India a Europa, a la pobreza que la familia había conocido cuando ambos progenitores habían perdido sus paisajes de la niñez, ella en la Partición y él en la guerra de Alemania. La familia había convertido Cloud Cottage en una posada tipo casa de huéspedes, adonde llegaban excéntricos de lo más variopintos para pasar una semana o una temporada, individuos desechados por la historia y el imperio, que comían sopa de patatas con salchichas ahumadas (sin duda el origen de la aversión de Mamá a la patata).

—Recuerdo haber coincidido una vez con tu encantadora madre —le dijo Ferooza. No mencionó la siniestra energía que sintió latir en su interior mientras fuera las colinas resplandecían bañadas por el

sol, las abejas zumbaban cargadas de polen y las mariposas de la col tejían cintas y lazos entre los castaños de Indias—. Ojalá hubiera conocido a tu padre. Qué matrimonio tan original. Toda una epopeya romántica.

—Bueno, en una epopeya romántica el amor habría triunfado sobre las divisiones raciales y las brutalidades de la guerra, pero en la vida real fue como si su matrimonio se hubiera basado en un malentendido catastrófico. Mi padre salía de excursión solo, durante períodos cada vez más largos; a menudo no sabíamos nada de él durante meses. —Mamá se quedó mirando la hilera de hormigas y bebió un largo trago de vino disfrutando de su sabor astringente—. El año que cumplí dieciséis no volvió. No encontramos ninguna pista, aparte del amuleto de una criatura sobrenatural a la que llamaba su Badal Baba, que siempre llevaba consigo en sus caminatas. Lo había dejado como si ya no necesitara su protección. Todavía imagino que está vivo ahí fuera, en las montañas, y que si me voy a vivir a Cloud Cottage podría regresar. Es ridículo pensarlo, pero aun así lo pienso.

Ferooza volvió a llenar los vasos.

—Eres una mujer extraordinaria, Seher.

Mamá cerró los ojos.

—De eso nada.

—No, de verdad. Eres una mujer fuera de lo común; tienes que saberlo y creerlo. Habrá otro capítulo en tu vida, aunque ahora no puedas imaginarlo. Si algo he aprendido en la madurez es que las personas más fuertes son las que parecen débiles, y las que parecen fuertes..., bueno, la confianza suele basarse en la suerte y el dinero... o en la estupidez. Veo a mujeres que están convencidas de su seguridad y, por lo tanto, de sí mismas, que sueltan sermones

sobre el feminismo y luego tienen a sus criadas trabajando como esclavas desde antes del amanecer hasta después del ocaso, y sé que no serían capaces de soportar ni dos días mi vida, que resulta ser el tipo de feminismo por el que luchas hasta quedar en carne viva, hasta desangrarte, y que te salva sólo un poco más de lo que te destroza, lo justo para mantener la cabeza fuera del agua.

—¿Tan difícil es arreglárselas sola? —preguntó Mamá.

—No lo sabes bien, pero si es necesario, lo de menos es si es difícil o no. Y lo interesante del caso es que cuando sales adelante, sin nada de lo que tú misma o los demás esperaban de ti, te encuentras milagrosamente a flote. No te hundes. Un día eres tú misma y punto.

Ferooza nunca imaginó las penurias que le esperaban a pesar de haber nacido en un clan rico y progresista. Su madre, Yasmina Sofia Zebunissa, era descendiente del nabab de Akbarpur, y aunque la mayor parte de la familia se había marchado a Pakistán, la rama de ella se había quedado, y en público todos proclamaban que no se veían viviendo en otro lugar que la casa de sus antepasados, mientras que en privado, con cada oleada de violencia sectaria, temían haber cometido un error fatal.

A veces Ferooza no podía gestionar las facturas, los impuestos, las conexiones de gas, las líneas telefónicas, el complicado suministro de agua o la estafa de un *wallah* de *scooter*, y a eso había que sumarle su trabajo al frente de una organización sin ánimo de lucro que promovía los derechos de la mujer, y tenía que pedir ayuda a sus amigas, consciente de que las mujeres solteras sin familia eran un incordio. Las amigas se la pedían a sus maridos cuando se sentaban con su whisky y unos anacardos tostados, pero éstos se

cansaban pronto de ayudar a la tribu de solteras y volcaban su enfado sobre sus mujeres. No sólo les molestaba la necesidad de Ferooza, tampoco podían con su acento refinado. Se reían de las veces que mencionaba el año que había vivido en París. No les gustaba que hablara del movimiento Khilafat o de las similitudes entre el palacio de Topkapi y Fatehpur Sikri, ni que aludiera a los cuadros mogoles de Rembrandt.

De una mujer soltera se esperaba que agradeciera cualquier migaja que le cayera en suerte. Alguien que pertenecía a una minoría religiosa tenía que parecer sumisa y patriótica. A simple vista, Ferooza era sumisa, agradecida y patriótica; en su interior, reprimía una ira tan profunda que nadie podía siquiera imaginarla.

El sol se hundía en la bruma ocre que rodeaba las tumbas. Hormigas y murciélagos se apoyaban en la fuerza de su número. Para cuando Mamá y Ferooza acabaron de hablar y de pensar en sus asuntos privados, la atmósfera amenazaba con corrientes de criaturas crepusculares que aleteaban desde las tumbas subterráneas. Volvieron a paso rápido hasta donde el vigilante y el chófer aguardaban de pie junto al Peugeot, preocupados por lo que podía haberles ocurrido a las señoras que estaban de pícnic.

17

Cuando el taxi no pudo avanzar más, Mamá se apeó. El viaje desde Delhi había durado ocho extenuantes horas. Era una tarde de abril en las colinas de Landour. La luz sobre las cercanas colinas boscosas era suave y difusa, mientras que la que caía sobre las lejanas montañas desnudas era clara, casi divina. Las nieves fantasma flotaban en el éter, desde Bandarpunch hasta Nanda Devi. Adentrándose en la oscuridad de los cedros del Himalaya, Mamá bajó por la pronunciada pendiente hasta la casa, que se erguía como un hongo sobre una roca en mitad de la montaña, y entró en la cabaña llamada Big Cloud, donde aún colgaban de las paredes los óleos resecos y cuarteados de su padre, Siegfried Barbier. Las nubes surgían de las montañas, las montañas de las nubes: ominosas, con los colores de una emoción profunda, representaban la aspereza de un paisaje interior.

Mamá sorprendió a Moolchand, el criado, dormido en la cama de latón de Meher, con *Babayaga*, la gata, apoyada en su cabeza como un gorro ruso. *Babayaga* se levantó de un salto, dejando ver unos belicosos ojos amarillos entre su negro pelaje, y corrió hacia Mamá maullando como si se quejara en lugar de saludar. Era un animal medio asilvestrado. Su padre era el *bagarbilla* salvaje que se había comido las gallinas cuando Moolchand criaba. Las había alimentado

con caléndulas, por lo que las yemas de sus huevos eran de oro puro, y lloró por ellas.

El viejo Moolchand se despertó.

—Estaba cuidando la casa —dijo para explicar que estuviera durmiendo en la cama de su ama.

Hombre de pocas palabras, podía hacer exactamente lo que quería porque había vivido allí más tiempo que Mamá; había cuidado de la madre de Mamá hasta el día de su muerte. Ella lo llamaba cuando lo necesitaba haciendo sonar un cencerro, y él la ayudaba a ir al baño e incluso a bañarse, sin que ni al ama ni al criado se les pasara por la cabeza que eso fuera indecoroso.

Moolchand se retiró a la cocina y finalmente, con tos de catarro y escupiendo por la ventana al pasar junto a ella, le llevó a Mamá la comida de su niñez en una bandeja. Ella se tomó a sorbos la sopa de patatas en compañía de las fotos de la familia: Meher y ella, figuras diminutas sobre un césped en medio de un paisaje natural, con saris de algodón bengalí a rayas, sentadas a una mesa con una tetera Rosenthal. La fotografía de la boda de sus padres, colgada al lado, mostraba a dos personas de aspecto sorprendentemente distinto: su madre, envuelta en seda escarlata, con la sonrisa serena de alguien que participa en una broma cósmica, y su padre, con un pendiente de rubí en la oreja y unos ojos que desnudaban a la persona a la que tuviera delante, pero nunca revelaban nada de él. Otra mostraba a los cuatro miembros de la familia a caballo, vestidos con pantalones de fieltro bávaro, cabalgando a cierta altura por encima de la hilera de árboles.

Estas fotografías que tenía delante ya eran nostálgicas incluso en el momento en que se tomaron. Habían añorado aquel lugar incluso

estando en él; habían añorado el momento mientras lo vivían; se habían añorado a sí mismos. Tenían motivos para sentirse así. Aquello no podía durar.

Mamá se quedó sentada con *Babayaga* hasta tarde, contemplando las maravillas del bosque. Un autillo salió a cazar una ardilla. El pequeño búho tuvo dificultades para posarse en el caos del follaje; la ardilla corría de rama en rama, y él la seguía, pero no podía atraparla. La ardilla guardó silencio, el búho también. Justo antes de que desaparecieran, corriendo o planeando, el búho se giró y miró a Mamá un instante. El bosque se llenó de la aquietada luz de la luna.

A la mañana siguiente, Mamá envió una carta al Centro Internacional de la India presentando su renuncia. Habían alquilado Middle Cloud, al pie de la montaña en la carretera de Tehri, a un internado fundado por unos misioneros para que se alojaran allí sus profesores. El alquiler le bastaría para vivir en Big Cloud, en lo alto de la ladera, si recortaba sus gastos. Little Cloud, donde su padre había montado su estudio, era ahora un cobertizo. El bosque rodeaba las tres edificaciones.

Cuando Papá fue al Mahesh Stores lo interrogaron.

—No hemos visto a su mujer últimamente; suele venir todas las semanas.

—Está reparando el tejado de la casa familiar.

Los vecinos se interesaron.

—Pero ¿dónde se ha metido tu mujer?

—Está reformando los baños. No hay nada más incómodo que los baños de esa casa.

Fue a un concierto y los asistentes lo abordaron.

—¿Dónde está Seher? Ahora siempre vienes sin ella.

—No es seguro dejar la casa vacía. Los *lalas* y los *dadas* han estado merodeando con una cinta métrica, evaluando la propiedad, que ahora es valiosa.

Las bibliotecarias se le acercaron.

—Hemos recibido *The Tagore Omnibus*. Dígale a su mujer que se lo guardamos.

—¡No lo guarden! ¡Tagore era un idiota pretencioso!

Los jubilados que habían sobrevivido al sopor de las noticias se despertaron y soltaron un resoplido por encima de sus periódicos. Los doctores eternamente en ciernes que llenaban la sala de lectura levantaron sus barbas prematuramente grises de las hojas de *Comercio entre la Antigua Roma y la costa de Malabar* y *Las sociedades matriarcales de la casta cortesana Kalavantulu en Andhra Pradesh oriental.*

A propósito del aniversario de boda que Jehangir y Margo iban a celebrar en el Gymkhana, los oyó decir:

—Seguro que baja de la montaña para unirse a nosotros.

—Si no deja entrar al gato por la noche, se lo llevará un leopardo.

La doctora Pamela Lalwani, que llevaba la consulta del barrio, señaló:

—Puede que ella cuide del gato, pero ¿quién cuida de ti?

—Yo no necesito que me cuiden. Soy un hombre adulto.

A sus espaldas, la gente rumoreaba: «Su mujer se ha largado.»

Por las tardes, Papá bebía solo, y mientras bebía tamborileaba con los dedos y masticaba su dolor. En sus paseos vespertinos por el *maidan* del parque Panchsheel, que estaba desierto, soltaba algún

que otro «¡Maldita sea!». Y en la ducha: «¡Zorra! ¡Zorra! ¡Zorra!» Tiró el libro que ella le había regalado por su cumpleaños al montón de trastos. Lo que desataba su ira era la vergüenza. Recordó al sitarista finlandés. Aquel encuentro le había hecho sentir como el típico macho indio retrógrado, dominado por los celos. Una persona posesiva siempre parece intolerante. Rescató el poemario del montón de trastos y lo escondió detrás de la hilera de libros del estante, para no tener que verlo, pero demostrándose a sí mismo que no era un filisteo. El ejemplar tenía el lomo nudoso, las guardas eran de un azul marino jaspeado y las páginas estaban ribeteadas en oro, endebles en comparación con la encuadernación.

Llegará, sin duda, un día en que veré la verdad.
Mi bella amada se oculta tras un velo, eso es todo.

Le dijo a Chandu que se iba de viaje de negocios. Le dijo a su secretario, Tandon, que iba a tomarse un breve descanso para ocuparse de asuntos familiares. Lo acompañó Balbir Singh al aeropuerto, y media hora después, cuando estuvo seguro de que ya se había ido, salió y alquiló un coche con conductor para que lo llevara a Landour. Al llegar al bazar de Landour se quedaron atrapados, como siempre, en un atasco de coches que tocaban la bocina, porque los que subían por la empinada cuesta y los que bajaban tenían que sortear el mismo cuello de botella. Poco a poco pasaron junto a Modern Bread, Modern Computer Shop, Modern Bazaar, Modern School, Victory Eggs, Sabri's Antiques. ¡Sabri's!

En su día, Papá había aprovechado su posición para ayudar a la madre de Mamá durante el cortejo. Se ocupó de la conexión del gas

y de las líneas telefónicas, y cuando cayeron en la pobreza y empezaron a mandar a Moolchand a Sabri's Antiques para vender un objeto tras otro de la casa, no sabían que el dueño había recibido instrucciones de llamar a Papá cada vez que llegara un envío de Cloud Cottage. El día que Papá le propuso matrimonio a Mamá, le devolvió los objetos en un desfile festivo, incluida la preciosa tetera Rosenthal, blanca con capullos de rosa. La madre de Mamá lloró de la emoción; Mamá lloró de la humillación. No supo explicar a su futuro marido por qué se sentía vendida-comprada-vendida por una tetera.

Ella miró por casualidad por la ventana y vio a Papá bajando la colina. ¡Pum! ¡Pum! Pisando fuerte para sacudirse el polvo y la suciedad de los zapatos, mientras dentro de sí retumbaba una pisada demente, incluso allí, en el bosque susurrante. Sin pensarlo, Seher abrió la puerta de atrás y salió corriendo por el otro lado. Cuando regresó, unos quince minutos después, tras darse cuenta de que no podía seguir evitando enfrentarse a él, encontró a Papá sentado en el porche, con la gata mirándolo fijamente desde debajo de los geranios, moviendo la punta de la cola como un metrónomo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —le preguntó a su mujer cuando estuvieron dentro.

Ella respondió con el tono irritante de un monje zen:

—Hasta que la montaña vuelva a ser una montaña.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Todo en mi vida se ha vuelto falso. Ya no puedo con la hipocresía.

Él sacó su desgastada cartera de cuero marrón, la tiró sobre la mesa y caminó en círculos por la habitación. Manchas de lluvia y

moho que parecían nubes se extendían por las paredes, por el mantel, eran una especie de acuarela que representaba lo contrario de lo que quería representar: no una rama de pino, sino el espacio que ésta dejaba ver.

—Mira, sé que no he sido justo, pero ¿dónde ha quedado nuestro amor?

Pronunciar la palabra «amor», que habían evitado durante años, era tan ridículo que se quedó ahí suspendida.

—Quiero estar sola, nada más —respondió ella por fin.

—Pero ¿por qué?

Se miraron. Era atroz.

—Déjalo. Ya no importa.

—¿Cómo no va a importar?

—No tiene sentido fingir. Sé que tú sientes lo mismo. Puedo verlo en tus ojos.

Él sabía que era cierto. Se habían juntado tantos enfados y rencores que el amor se había esfumado, o sólo quedaba resguardado en la memoria. Pero si se recuerda el amor con tanta fuerza, seguramente es porque todavía está vivo. Y aunque reconociera que había desaparecido, el problema era que él seguía queriendo ese amor y seguía queriéndola en Delhi porque ella seguía siendo su orgullo. Era una terquedad absurda, él era el primero en estar de acuerdo.

Quiso decir algo sarcástico, pero en lugar de ello pidió permiso para ir al baño y recorrió la casa en la que había entrado por primera vez de joven acompañando a un amigo que era amigo de Meher. Pasó junto a la fotografía de los ojos psicóticos de Siegfried Barbier, que eran los de una araña que habita en un baño del Himalaya.

Cuando a una mujer no le queda familia propia, ¿no suele aferrarse más a su marido? Con Mamá había ocurrido lo contrario.

En el cuarto de baño seguía el mismo cubo de siempre bajo el grifo. En el vaso de cobre verde oxidado que había en la estrecha repisa sobre el lavabo encontró un único cepillo de dientes gastado. Papá se alegró al ver que no había dos, que ni el músico finlandés ni el erudito persa que contaba cuentos sobre el azul de Persia vivían allí. Detrás de la puerta, que cerraba mal porque se había hinchado la madera, colgaba un camisón desteñido que olía a algo suave y floral, como milagrosamente olía siempre su mujer incluso en pleno calor del verano de Delhi. Acercó la nariz a sus pliegues y pensó en flores alpinas.

Salió y, al sentarse, se le cayó y rompió su vaso de agua.

—No importa —dijo ella por segunda vez aquella tarde—. Deja que me quede aquí. —Pasó rápidamente a los detalles prácticos—. No voy a pedir el divorcio ni dinero.

A cambio de dejarla ir, ella le permitiría mantener su orgullo sin legalizar su separación. Entendía que ése era el trato más conveniente. Las condiciones eran ventajosas para él.

—¿Y Sonia?

—Parece que está felizmente instalada en Nueva York. En cualquier caso, tendrá dos hogares, el de Delhi y éste.

Papá miró por la ventana; la oscuridad de los cedros le inundó los ojos y, por un instante, pensó que se había quedado ciego. El dolor era demasiado fuerte. Quería eliminarlo. Quería decir: «Bueno, devuélveme entonces todo lo que te has llevado, todo el dinero que he gastado en ti estos últimos años», pero logró contenerse. No se habían atacado, por primera vez en mucho tiempo se habían

comportado con civismo, pero eso no hacía más que aumentar el dolor. Si se marchaba ahora, sería el fin de su matrimonio para siempre, pero no tenía elección.

Se levantó y salió de allí. La cola de la gata cazadora, que se movía como un metrónomo, se detuvo cuando él cerró la verja, pero los perros de las laderas le ladraron a lo largo de todo el camino, como si fuera un desconocido, y los monos del bosque le dedicaron gestos obscenos.

18

Marie trabajaba de voluntaria en un centro comunitario gestionado por la Iglesia católica que impartía seminarios sobre salud mental. Sabía que la enfermedad mental podía apoderarse de la persona, pero a veces había quien se aprovechaba de ella. «¿Por qué Ilan no está viendo a un médico?», le había planteado a Sonia, y ésta se había atrevido a sugerírselo a él.

—¿No deberías ir a un psiquiatra? Mi abuelo tenía compulsiones parecidas: decía que la oscuridad iba tras él mucho antes de que él fuese tras ella. De todos modos, ¿no sería fascinante que te analizaran? Está de moda.

—Comprendo a tu abuelo. Cuando siento que se acerca la oscuridad, la temo, pero la verdad es que también me fascina. La necesito para trabajar. En cualquier caso, vas a uno de esos psiquiatras farsantes y le dices: «Oye, por cierto, soy Napoleón», y en lugar de preguntarte dónde está entonces tu carruaje, te sueltan: «Pues tienes razón.»

Además, Ilan la tenía a ella en vez de a un médico.

—Sonia, ¿qué crees que me pasa? ¿Por qué estoy así?

—Cuando tu madre no te quiere, el mundo está al revés. Algo no está bien.

—Sí, tienes razón. Pero tengo todo lo demás, más que nadie, así que ¿por qué soy tan desdichado?

—Porque sufres de soledad artística.

—Sí.

—¿Sonia? ¿Estás en el trabajo? ¿Puedes venir ahora mismo? No me encuentro bien.

—¿Qué ha pasado?

—Algo malo. ¡Ven enseguida! Dile a Lala que te necesito.

—¿Algo malo de verdad?

—¿Por qué iba a llamarte si no? Ven ya. Tengo miedo. Hay alguien que no para de llamar y colgar.

—¿Quién?

—No te importo, eres como todos los demás, toda esa gente horrible que me ataca.

—¿Quién te ataca?

—Todos me atacan.

Sonia no se molestó en preguntar a Lala; sabía que ella la había escogido para que cuidara de Ilan. Cerró la galería, colgó un cartel en la puerta y corrió al metro. Había llegado la estación de los cerezos en flor, y ráfagas de pétalos color caramelo se desprendían silenciosamente de los árboles y, llevados por una suave brisa, caían sobre su corazón. Entró y encontró a Ilan sentado a su mesa de trabajo.

—¿Qué es ese algo tan malo?

—Ahí.

Ilan señaló la estantería sobre la chimenea.

—¿Qué es eso?

—Mi sombrero con un agujero de bala.

—¿Estás seguro de que es tuyo? ¿Dónde estaba?

—Lo dejé en México. Es mi sombrero mexicano.

—Qué extraño.

—Ha llegado en una caja sin remitente.

—¿Quién puede haberlo enviado?

—Alguien que quiere algo. Alguien que está enfadado porque lo retraté y vendí el cuadro, o que dice que tengo un cuadro robado. O es una advertencia, alguien que pretende arrebatarme mi propiedad. Quizá los cárteles quieren mis tierras para construir apartamentos con los que ocultar sus negocios sucios. Tal vez sea porque mi padre y mi abuelo engañaron a gente. O alguien tuvo un hijo bastardo y está enfadado.

—¿No podría ser simplemente una broma?

—¿Qué clase de broma? ¿Y si me matan? ¿Y si alguien me está vigilando y esperando? Tengo miedo.

Sonia también estaba asustada, él le contagiaba su miedo, pero no lo dijo porque no se podía abandonar a una persona cuya vida estaba amenazada.

—¿Nos vamos?

—¿Adónde?

—¿A Vermont?

—¿Por qué crees que Solzhenitsyn vivió atrincherado allí? ¿O Trotski en Ciudad de México? Le aterrorizaba que alguien lo persiguiera con una pistola. Y luego llegó Ramón Mercader del Río con un piolet.

—¿No deberías decírselo a alguien? —le preguntó Sonia, imaginando ritos de vudú en el bosque, o asesinos arrastrándose entre las lilas de olor rancio de las colinas de Hewitt.

—No puedo confiar en nadie. Sólo en ti.

—¿Por qué en mí?

—¿Por qué dices eso y siembras la duda?

Asustada por él y medio trastornada, Sonia sacó de debajo del colchón el amuleto demoníaco en el que confiaba para ahuyentar a otros demonios. Sabía que la miniatura despertaría el lado supersticioso de Ilan.

—Ahuyentará a los otros demonios. Por eso es importante tener un demonio. Mi abuelo lo llamaba su Cloud Baba.

—Dijiste que nunca se hizo famoso.

—No tuvo una vida normal. Pintaba nubes y se convirtió en una.

Quería que Ilan supiera que guardaba sus propios secretos, que no era alguien que tenía todo que ganar y nada que dar. Quería recuperar algo de control antes de que se le escapara por completo. La sensación de que se le había acabado el tiempo iba en aumento, porque los asuntos (¿qué asuntos?, no habría sabido decir cuáles) se le echaban encima, y las cosas (¿qué cosas?) se acumulaban sobre ella.

Ilan abrió el cierre del *gau* y se animó al instante. Le encantaban los juegos y las curiosidades. Luego se echó hacia atrás, como si hubiera metido la cabeza en la cueva de un ermitaño y en lugar de ver la sonrisa beatífica de un *sadhu* meditabundo se hubiera topado con un espanto tántrico rojo sangre y negro como un leopardo.

Demonio o dios, ¿quién podía decirlo? Bestia o leproso, imposible saberlo.

Lo miró con detenimiento.

—Pero esto es extraordinario. —Le enseñó el brazo a Sonia. Se le había erizado el vello—. Viene de un bosque que ya no existe. Es pariente de mi espíritu de Malakula. La gente ha olvidado que el fin de la pintura no es decorativo ni tampoco agradar y halagar. Tampoco va de registrar los acontecimientos de la época. Tiene una finalidad oculta. Actúa como mensajero entre una oscuridad incognoscible y los miedos de una persona. Pero ¿se puede confiar en el mensajero? Acabas rezando ante lo que tú mismo has creado. ¿De dónde ha salido esta figura?

—No estamos seguros.

Sonia le repitió la historia que su madre le había contado sobre su abuelo Barbier, que pasaba meses haciendo senderismo. En los bosques de Sikkim, donde el budismo era más antiguo que Buda, próximo al animismo y el tantra, su abuelo había descubierto en las paredes de un monasterio, a la luz parpadeante de las lámparas de aceite, murales tiznados de hollín que representaban bestias aladas de cola larga. Cuando preguntó por ellos, el monje guardián respondió: «Oh, ya sabes, en la estación de las lluvias salen de la tierra y vuelan por ahí.» «¿Por dónde?» «Por todas partes», dijo él señalando fuera, como si preguntara: ¿no los ves a través de la niebla y la lluvia torrencial?

No hablaba por hablar. El abuelo de Sonia se había dado cuenta de que vivía en un mundo donde los dragones eran reales. Intuyendo que un viajero solitario posiblemente fuera un ser humano atormentado, el monje le dijo: «Eres un hombre que ha

perdido el rostro. Necesitas un dios que te comprenda.» «¿Un dios o un demonio?» «No hay diferencia.» Y entonces quizá dejó caer en su mano el *gau* tallado con nubes y dragones.

—Es imposible que se lo regalara el monje —opinó Ilan—. Una obra de arte de este calibre, en caso de querer desprenderte de ella, la regalas en cuanto llega a tus manos. Al día siguiente ya no es tuya, ya te ha poseído. Te convierte en un ladrón, en un mentiroso, incluso puede hacer de ti un asesino.

Después de eso se puso a pintar con ahínco. Durante los episodios de insomnio, a veces se levantaba para trabajar en mitad de la noche. Con el paso de las semanas y los meses, Ilan se encariñó profundamente de Badal Baba. Lo llamaba «mi demonio».

Cuando apareció un breve artículo sobre él en la revista *Artforum*, Sonia notó que le cambiaba el gesto.

—¿Qué pone? —se aventuró a preguntar.

—Pone: «Un artista brillante y enigmático ha estado madurando en la sombra. Su mundo es profundamente personal e imaginativo. Aborda mundos que chocan y contradicciones que sólo el arte puede conciliar. Es intensamente político, y a la vez, sin titubeos, el arte por el arte, donde lo histórico se pone al servicio de lo personal. La historia es siempre la historia de alguien. *Madre nadando* (el primer despertar sexual llega por la madre, una violación, pero muy hermosa) es un lienzo digno de colgar en una catedral.»

Ilan no pudo contener su alegría. Bailó danzas folclóricas. Tocó a Sonia como si fuera un instrumento de percusión. Fingió ser un tren, la sirena de un barco en un estrecho envuelto en niebla, un caballo al trote, un avión. Imitó tiburones temibles y ardillas mordisqueando. Se convirtió en un mono que salta de lado para alcanzar tres objetos

esféricos: aceitunas, tomates y cerezas. Se convirtió en un pervertido que se esconde detrás de la puerta meneando el miembro con la lengua fuera.

—Es una noticia maravillosa —dijo ella.

—Miau, miau.

—¿Puedo verlo?

Y Sonia vio en la revista el cuadro *Madre nadando, el lago recuerda*. El agua disolvía a la madre en un sueño. Ella nadaba como si fuera el último baño antes de la guerra. Una sombra cortaba la superficie.

Alentado, Ilan invitó a un importante comisario de exposiciones internacionales a ver algunas de sus obras. Le enseñaría sus cuadros y volvería al piso para comer. Sonia debía preparar la mesa, la comida, los platos... y luego irse. No debía cocinar, para no impregnarlo todo con esos olores indios tan desagradables, y tampoco dejar sus baratijas indias por ahí tiradas, porque eso rebajaría el valor de su arte.

Por la mañana, Sonia, presa del pánico, se preguntó qué hacer: si dejaba en el frigorífico la comida preparada que había comprado en una tienda de *delicatessen* (un salmón salvaje escalfado de color naranja intenso con una compota de hinojo y limón confitado, una lechuga verde brillante con piñones y perejil, unos deliciosos pimientos asados con aceite de oliva), estaría demasiado fría; los dientes de Ilan no soportaban el frío, y él creía que los sabores y el aroma no se liberaban adecuadamente a menos que la comida se sirviera a temperatura ambiente. Pero si dejaba la comida en la encimera, podrían proliferar los gérmenes, y él creía que la comida

no debía dejarse fuera más de quince minutos o era peligroso comerla.

Sonia metió la comida en la nevera y luego la sacó. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Estuvo media hora con el corazón en un puño incapaz de decidirse. Comida dentro. Comida fuera. ¿Y a qué hora tenía que irse del piso sin dejar rastro?

Al final resultó que el comisario no tenía apetito. Después de varias horas en una cafetería, Sonia volvió a casa y se encontró con que Ilan aún estaba allí. Le contó que el caballero había quedado tan impresionado con su obra que no había querido parar ni a comer. Los cuadros se exhibirían en varias exposiciones y bienales: Londres, Seúl, Basilea, Río de Janeiro, Venecia. Poco después recibieron la noticia de que el director del MoMA había comprado *Madre nadando, el lago recuerda* para depositarlo en la cámara acorazada del museo, diseñada para resistir incendios, terremotos, atentados terroristas y ataques nucleares.

Ilan bailó el Highland Fling que le habían enseñado en su internado de Escocia. Saltó con Sonia por toda la habitación una danza rústica típica de las bodas campestres. Bailó con ella al estilo Bollywood, chocando alegre y enérgicamente cadera con cadera. Se convirtió en Batman, en un submarino, en un jabalí feliz frotándose los cuartos traseros con un árbol al sol, despreocupado del todo por la fama.

Sonia sintió que formaba parte de ello: había ayudado. Ella era su amuleto de la buena suerte. Su Badal Baba le daba suerte. Él la abrazó.

—Quiero tragarte. Hago un voto: nunca haré nada que nos separe. No quiero que nos separemos nunca.

Fueron a ver el río viscoso de Frans Post en el Metropolitan; a comer a un elegante restaurante lleno de ricos obscenos; a ver una película que trataba de un ladrón encantador; a visitar el mercadillo de Chelsea, donde Ilan compró un coche de juguete para él, y para Sonia una estatuilla *kitsch* de dos perros, el más grande detrás del más pequeño.

—Mira, yo soy el perro grande, que cuida de ti. Te prometo que no te haré daño, ni siquiera a tu gracioso dedo torcido. No dejaré que nadie te haga daño. Si alguien se atreve a atacarte, haré guau, guau y lo ahuyentaré.

Volvieron a casa compartiendo paraguas bajo una lluvia errática y torrencial, y al meter la llave en la puerta del piso se dieron cuenta de que estaba abierta. La abrieron de golpe y encontraron a una mujer de pelo caoba cortado casi al rape recostada en el sofá. Sus ojos ámbar no parpadearon.

—Vaya, sería tonta si me sorprendiera.

¿Quién lloraba?

Ilan lloraba.

Cayó al suelo y empezó a arrastrarse.

—¡Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo! —Aullaba y pateaba para que no hubiera forma de hablar con él. O de pensar con claridad—. ¡Bua, ua, ua, ua! —Se tapó la cara; las lágrimas le corrían por las mejillas y lloriqueaba—: Perdóname. No me dejes. Envejeceré solo... —Gritó más fuerte—: ¡No me dejes! No le he dicho nada de lo nuestro, te lo prometo.

Sonia se sobresaltó al descubrir que no se lo decía a ella, como había pensado en un principio, sino a la recién llegada. Tenía un rostro impactante, muy anguloso, como cincelado con una cuchilla.

—Podrías habérmelo ahorrado cuando estaba tan enferma —le dijo la mujer. Luego se volvió hacia Sonia y dijo con frialdad—: Buenas noches. ¿Eres una de las novias secretas?

—No. —Sonia estaba mareada. Ella era una cría; ahí había una mujer. Una mujer cuya raza, clase, riqueza, ropa, nariz, labios, pómulos, modales, voz y acento la convertían en un icono de elegancia y reducían a Sonia a la condición de una cucaracha—. ¿Lo soy?

La mujer se levantó, le hizo señas para que saliera al pasillo y cerró la puerta a Ilan. Encendió un cigarrillo fino.

—Presta atención al hacer la maleta y asegúrate de no dejarte nada. Es muy desagradable encontrar bragas en un cajón. Y, por favor, no te lleves ningún recuerdo. Hemos tenido experiencias desagradables en el pasado; la última chica todavía nos chantajea.

—¿Os chantajea?

—Tiene un bebé y nos chantajeará el resto de nuestras vidas.

—¿Él tiene un hijo?

—Tiene unos cuantos bastardos. El más reciente, de un año.

—¿Con quién?

Sonia estaba como atontada.

—Con una estudiante como tú.

Ilan se lamentó tirado en el suelo.

—Me engañó. Me hizo daño. Me violó. No voy a pagar por ese bastardo.

—Yo no os chantajearé.

La mujer de Ilan la miró como si no la creyera y, bajo su mirada inquebrantable, Sonia sintió una humillación como nunca antes había sentido, ni siquiera con Ilan.

Se movió con rapidez y sentido práctico para demostrar que hablaba con escrupulosa honestidad. No tenía ningún derecho sobre esa casa, pero había acumulado más pertenencias de las que pensaba. El maquillaje que nunca había aprendido a aplicarse. El caro perfume francés con toques del almizcle terroso de los bosques de Vermont que Ilan le había regalado para conmemorar la noche de su reencuentro, pero que sólo había usado una o dos veces. Las botas de ante, el abrigo lila y el vestido frambuesa que él le había comprado. Las zapatillas de brocado, una bata de seda. Su ejemplar de *Anna Karénina*. Pero no tenía donde meter sus cosas, así que cogió bolsas de la compra de la cocina.

—No puedes irte así de cargada bajo la lluvia —le dijo la mujer de Ilan.

—Llamaré a un taxi —dijo Sonia.

Recordó que no tenía derecho a utilizar el teléfono y pidió permiso. Cuando se lo dieron, llamó a Carmel Car Service.

Ilan estaba tumbado boca abajo en el suelo, con los ojos cerrados y los oídos bien abiertos. Por un momento se dio algo parecido a la camaradería entre las dos mujeres mientras llevaban las bolsas al vestíbulo para esperar junto a la puerta. Era medianoche. El taxi no llegaba. En una noche de sábado lluviosa, los taxis escasean.

El ambiente volvió a ponerse tenso.

La mujer de Ilan no miró a Sonia; le ofreció su distinguido perfil y encendió otro cigarrillo.

—No sabe estar solo. Si está solo, deja de existir; ¿no lo has intuido?

—No —le respondió Sonia.

¿Por qué no lo había intuido? Ilan le había contado tantas historias de traición y engaño que ella había descartado que pudieran referirse a él, pues nadie tira piedras sobre su propio tejado. Pero ahí radicaba el secreto. Él le estaba hablando de sí mismo, sumergiéndola poco a poco, gota a gota, en un relato que la iba paralizando con pequeñas dosis de veneno que la inmunizaban a la traición y las mentiras. Así, su vida, también gota a gota, se iba transformando en una narrativa que no era del todo real, hasta llegar a vivir una existencia completamente falsa.

—Es algo patológico. Ahora mismo habrá una mujer esperándolo en Portofino.

—¿Portofino?

—O adonde sea que tenga previsto viajar. Tú has servido a su propósito. Has mantenido a raya su enfermedad. Espero que no lo hayas malinterpretado. Para revertir su locura, necesita una dosis diaria de marihuana, sexo y adulación... ¿Tengo razón?

—Sí —admitió Sonia, que por fin lo veía claro.

La esposa de Ilan tenía un anillo en el dedo izquierdo: una filigrana de oro antiguo que hacía juego con sus ojos, una joya original, de esas que uno elegiría para alguien a quien ama de una manera original. Vio la mirada de Sonia.

—Cuando lo conocí, yo tenía diecisiete años y él veintitrés. Era flacucho y misántropo. No se llevaba bien con su madre y yo no me llevaba bien con la mía, aunque las dos estuvieron encantadas de que nos casáramos porque ambos veníamos de familias ricas, así que nos escapamos juntos. Unos siete años después, él cambió. Se volvió extrovertido. La cara se le ensanchó y su expresión se relajó, empezó a brillar, a parecer inteligente y guapo. Pensé que tal vez era

el comienzo del éxito, pero luego comprendí que él había descubierto que la traición puede servir para desenterrar la confianza: fue el engaño lo que lo llevó al éxito. Cuanto más miente, mayor es su confianza y más éxito tiene, y está decidido a seguir haciendo lo que sea para trepar. Nada, absolutamente nada, se interpondrá en su camino. La fama, como habrás deducido, es la forma que tiene de vengarse de aquellos que no lo han reconocido durante tanto tiempo, y de su madre. Prenderá fuego al mundo entero porque su madre no lo quiere, y ella, como probablemente sepas, es un monstruo.

La mujer de Ilan hablaba con un tono feroz y franco. Apagó el cigarrillo en el suelo con el tacón de la bota.

—Sé que está loco —admitió Sonia.

—Explota su locura.

—¿Por qué?

—Para aterrorizar y controlar, querida, por un sexto sentido paranoico y psicótico, una intuición lúcida que da forma a un mundo perverso y meticulosamente trazado. No se desarrolla un talento artístico con un carácter dulce y amable, ¿sabes?

Ella arqueó la espalda.

—No te ha llevado a mi habitación donde tiene la caja de Joseph Cornell con un ángel y una nube, ¿verdad?

Como Sonia no contestaba, la mujer de Ilan encendió otro cigarrillo. Era más de la una de la madrugada.

—Qué lamentable —añadió en voz baja, negando con la cabeza—. ¿No te dijo tu madre que tuvieras cuidado con los viejos verdes?

A pesar de su entonación extranjera, a Sonia le sonó de pronto muy familiar.

Ya estaba en el taxi, a medio camino del mugriento Dumbo, cuando se acordó de Badal Baba. Había dejado atrás su amuleto. Estaba debajo del colchón, en el lado de la cama de Ilan, para que pudiera acechar sus sueños. Cada noche, antes de dormir, Ilan abría el *gau* deslustrado y retrocedía cuando Badal Baba saltaba. «Cuando miras una pintura como ésta», decía, «te cambia el espíritu, te cambia el estado de ánimo, cruzas el umbral del dolor y te convences de que tu vida no será vulgar. Te vas a dormir pensando: "Mañana veré mi cuadro."»

¡Sonia debía regresar! ¡Pero no podía volver! Deambuló por el estudio hasta el amanecer, ardiendo como si estuviera cubierta de forúnculos. Forúnculos de vergüenza, miedo, dolor y rabia. Si no hubiera compartido el secreto de Badal Baba, éste la habría protegido.

A la mañana siguiente, a pesar del terror que le producía tener que enfrentarse a Ilan y su imponente mujer, volvió en metro al edificio de Ilan. El conserje, que estaba limpiando el vestíbulo, se negó a dejarla entrar.

—¿No me reconoce?

Él escurrió la fregona.

—No reconozco a nadie. No sé nada de nada.

Ella escribió una nota como pudo y le pidió que al menos la echara en el buzón de Ilan. «Por favor, devuélveme el amuleto de mi abuelo. Es una reliquia familiar. No puedes quedártelo. No es justo.»

La palabra «justicia» no formaba parte del vocabulario de Ilan.

19

Ulla le propuso a Sunny pasar el fin de semana del Día del Trabajo en su casa de Kansas por la sencilla razón de que no era natural estar tanto tiempo con un novio sin presentárselo a su familia, y también para recordarle que él, mientras tanto, ni siquiera había informado a la suya de su existencia. Le advirtió: «Mis padres son normales, ¿vale? No se dedican a leer el *New York Times* y a ver la BBC.» A sus padres les dijo: «Es temperamental. No le hagáis mucho caso.» Estos comentarios sólo los pusieron nerviosos.

—¿Y si no les gusto? —preguntó Sunny, quien no estaba precisamente tranquilo.

—Me quieren tanto que van a recibir con los brazos abiertos a cualquiera que lleve a casa.

Aunque Sunny comprendía que Ulla le estaba reprochando que él nunca la había invitado a acompañarlo a la India, le intrigaba esa parte del país que era inaccesible para un extranjero, un Estados Unidos que nunca habría podido conocer por sí mismo: una tierra mítica imbuida de recuerdos de la pobreza que dejó el Dust Bowl (la gran sequía y las tormentas de polvo de los años treinta), de campos trabajados por mano de obra migrante, de bailes de graduación, de héroes deportivos y animadoras; un lugar donde el centro comercial más cercano estaba a seis horas, y donde había vaqueros de verdad

soltando palabrotas en granjas ganaderas, un tío oveja negra cubierto de tatuajes que vivía en un parque de caravanas y un antepasado cuyo diario de la guerra civil revelaba que no sabía de qué lado luchaba, aunque había anotado cuidadosamente todas las veces que había consumido tocino.

De camino al aeropuerto, Ulla ya se había arrepentido de su generosidad y de su actitud pasivo-agresiva. Lo supo cuando se encontró deseando con todas sus fuerzas que su padre no le preparara a Sunny su plato especial de alubias con lacón cocinadas a fuego lento durante un día en una olla de barro en el garaje para luego comerlas con pan de maíz. Mientras facturaban, deseó que Sunny no estuviera a su lado haciendo cola, y que su madre no lo llevara a ver los objetos de los nativos americanos expuestos en el Rotary Club. No quería que Sunny reparara en los *Consumer Reports* que su padre tenía en el revistero junto a su sillón reclinable. No quería que su padre le comentara a Sunny que había encontrado una oferta excelente para su propia lápida. No quería que Sunny viera que su padre estaba tan gordo que no podía doblarse para cortarse las uñas de los pies y que su madre tenía que hacerlo por él. No quería que su madre cantara la canción de Betty Boop mientras pestañeaba. Recordó todas las cosas desagradables que Sunny había dicho de los estadounidenses, que eran obesos y provincianos, así como todas las cosas desagradables que había dicho de los republicanos y que, de alguna manera, relacionaba con la falta de hierbas frescas y especias en la cocina, con no tener pasaportes y con la matanza de civiles inocentes en Hiroshima y la United Fruit Company, que operaba con la misma rapiña en América Latina que la Compañía de las Indias Orientales en la India.

No podría soportar verlo aceptar sin el menor pudor la hospitalidad de sus padres, fingiendo que nunca había proferido tales calumnias. En realidad, Sunny estaba avergonzado, pero fingió no estarlo, y para ello se sentó en silencio en la puerta de embarque como si le diera vueltas a algún asunto. No se atrevió a decirle a Ulla que se había llevado un pequeño cuaderno negro de periodista. Pensó en lo que le había dicho Satya: «¿No te dije hace tiempo que te olvidaras de esos *goras*? Nunca he tenido una buena experiencia con ellos.»

Mientras cruzaban las praderas (el enorme corazón del país, tan vasto y uniforme que uno tenía la sensación de que podía viajar eternamente y las praderas seguirían acogiéndolo en la paz de sus entrañas), Sunny sonrió con aire de culpabilidad a Ulla, que conducía su deportivo rojo de alquiler. Ella le señaló una vieja escuela de una sola aula y una de esas casas excavadas en la tierra. Se desvió por el pueblo fantasma de Nicodemus, poblado por antiguos esclavos en tiempos de la Abolición. Una vez que lo visitó de niña, chilló al ver una tartana oxidada que avanzaba lentamente por la calle sin conductor, hasta que al pasar descubrió a una anciana al volante, una de las últimas residentes, con la cabeza demasiado baja para mirar por el parabrisas. Sunny vio plantas rodadoras y pollos de la pradera. Ésos escaparon a su Nikon recién comprada, pero captó los surtidores de gasolina abandonados que rechinaban y el cementerio donde el viento soplaba tan fuerte que las tumbas estaban relucientes. Fotografió un pavo salvaje frente a una lápida nueva y pulida que no lograba reponerse de su propio reflejo. Estaba fascinado con el pájaro que lo observaba desde el otro lado de la

falsa división y que, sin embargo, le resultaba tan familiar. Caminó hasta el fondo de la tumba y allí también se encontró con él.

Sunny y Ulla continuaron hasta que la luz cobriza del atardecer complicó el paisaje, revelando surcos y grietas en los campos y caminos de tierra que el sol del mediodía había borrado. «No les hagas fotos a mis padres», le pidió ella.

Puede que los padres de Ulla no tuvieran pasaporte, pero siempre habían acogido y disfrutado con los estudiantes extranjeros que ella les había presentado durante su época de universitaria en Lawrence. Disfrutaron con el sombrío Christopher, de Ghana, que se regodeaba en su desdicha tumbado en una cama deshecha de cara a una bombilla desnuda. Disfrutaron con Elena, que decía ser una bruja buena de Rumanía y se duchaba entre los girasoles con una manguera.

La casa tenía aire acondicionado y, con las puertas y ventanas cerradas para protegerse del viento implacable, en el comedor empapelado de flores había tanto silencio que resonaba el tictac del reloj de pie, poniendo de manifiesto la incomodidad de Sunny y los padres de Ulla, que sabían tan poco de sus respectivos paisajes que debían esforzarse por encontrar cosas que decir que no pudieran malinterpretarse o que no dejaran ver su ignorancia.

Ulla le había dicho a Sunny que no debía hacer ningún comentario elogioso sobre el socialismo, Jimmy Carter o incluso Bill Clinton. No debía alabar el sistema sanitario de Cuba o Suecia. No debía asombrarse de que las mujeres votaran a los republicanos. Por nada del mundo debía aventurarse a tocar el tema de las armas.

Asimismo había advertido a sus padres que no divulgaran que tenían cinco pistolas guardadas bajo llave en el sótano, o que la

propia Ulla había cazado pavos salvajes de niña y tenía mejor puntería que su padre. No debían preguntar si las vacas eran sagradas o si los indios todavía vivían en chozas de barro.

Ulla, vigilante a ambos lados, vio que Sunny no era capaz de exhibir su faceta excéntrica, y que sus padres estaban reprimiendo su humor subido de tono. Se mostraban sumisos y corteses. Ulla nunca había oído a su madre hablar durante horas enteras sin decir palabrotas. Se pasaron las alubias y el pan de maíz. El tictac se impuso mientras su madre se preguntaba si era seguro decir que le había gustado la película *Gandhi*. Quizá «gustar» no era la palabra adecuada.

Cuanto más agradables eran sus padres con Sunny, y más agradable era él con ellos (aunque seguro que se estaba guardando sus comentarios mordaces para luego), más se enfurecía ella por la farsa de él y por cómo sus padres se dejaban engañar.

Por fin encontraron un tema de conversación: el doctor Jaishankar Reddy y el doctor Premshankar Reddy, que pese a apellidarse igual no estaban emparentados, habían aceptado trabajos en el mismo programa del Gobierno de Estados Unidos que enviaba médicos a zonas rurales desatendidas a cambio de obtener sus papeles, y juntos dirigían el consultorio local.

—Les estamos agradecidos —dijo el padre de Ulla.

La madre de Ulla comentó que el más joven de los doctores había regresado hacía poco a la India para contraer un matrimonio concertado.

—No conocía a su mujer. Ella sigue vistiendo el traje tradicional y casi siempre se queda en casa. Padma, la mujer del doctor Reddy

mayor, forma parte de la comunidad: lleva aquí diez años y es muy extrovertida.

Ulla temió que su madre hubiera sonado inocente al utilizar la palabra «traje». Le preocupaba haberse olvidado de decirles a sus padres que bajo ningún concepto sacaran el tema de los matrimonios concertados, ya que a los indios se les pregunta constantemente sobre eso y es un cliché demasiado aburrido.

Se sintió aliviada cuando Sunny se limitó a responder que le gustaría conocer a los doctores Reddy y Reddy. Se alegró de haberle advertido a su padre que no preguntara por ese gran punto rojo que, según él, parecía una herida de bala entre los ojos de la joven señora Reddy.

Aquella noche, en la cama demasiado grande para su habitación de niña, Sunny se volvió hacia ella como un oso amigable.

—¿En qué estás pensando?

Ulla no cedió. Pensaba en la conversación que debían de haber tenido sus padres antes de cambiar su cama individual por una de matrimonio para esa visita. Al ver su expresión impasible, Sunny se enfadó, al pensar que ella debía de estar recordando todas las cosas desagradables que él había dicho en lugar de darle la oportunidad de cambiar de opinión. No pudo evitar hacerse mala sangre.

La semana siguiente los padres de Ulla lo llevaron al colegio donde Ulla había estudiado y a la piscina donde había aprendido a nadar. Le enseñaron una fotografía de ella en el baile de graduación del instituto en la que estaba irreconocible: pelo rizado, maquillaje, medias y tacones altos. Tenía un novio en el equipo de lucha libre. La expresión de Sunny hizo que Ulla quisiera matarlo.

Lo llevaron a ver los fragmentos de cerámica y las puntas de flecha de piedra de los nativos americanos que se exponían en el Rotary Club, lo llevaron a la granja de búfalos para que viera esas enormes criaturas andrajosas cuya sola respiración levantaba nubes de polvo, y lo llevaron a ver el ovillo de cordel más grande del mundo en una caseta de exposición bajo un cartel en un desolado cruce de caminos. Lo llevaron a un museo construido por un hombre que se había pasado la vida creando objetos con chatarra, vajillas rotas y trastos de jardín. La última pieza de ese museo casero era la momia conservada del propio artista. A Sunny lo conmovió que alguien hubiera llevado una vida artística en un lugar donde no había comunidad de artistas y apenas tenían materiales, tan pocos que al final incluso se usó su propio cuerpo. Puede que fuera un hombre sencillo del Medio Oeste, pero entre él y los faraones egipcios había una afinidad, ¿no? Volvió a sacar la cámara, pero la guardó cuando Ulla y él fueron a la casa del doctor Reddy mayor.

Aunque su marido estaba de viaje en una conferencia en San Luis, Padma Reddy les abrió la puerta. Llevaba vaqueros y zapatillas de deporte, y tenía el pelo recogido en un moño y oro de veinticuatro quilates en las orejas y la nariz. Miró a Sunny con una desconfianza que él conocía bien de la India: le decía con la mirada que no estaba convencida. ¿Convencida de qué? De nada, simplemente no lo estaba.

La casa de los Reddy era un museo bien conservado de su país natal: muebles pesados, oscuros y tallados, objetos de latón, alfombras de seda. Una gigantesca fotografía de su hijo, Shiva, ocupaba una pared de encima de un sofá negro de piel sintética. Sunny y Ulla se sobresaltaron al oír gritos en telugu procedentes de

una habitación trasera. La señora Reddy les explicó que era su suegra, postrada en cama, que pedía atención.

Les sirvió un sorbete de yogur de mango casero, hecho con pulpa de mango congelada de la tienda india de Kansas City. Les contó que hacía poco la habían contratado para dar clases de español en la escuela local; había hecho un curso por internet y tenía el título. A Sunny le pareció curioso, e imaginó a sus alumnos aprendiendo español con acento *desi*. Se atrevió a sacar su pequeño cuaderno de reportero. ¿Podría proponer esa historia a la Associated Press? El Cinco de Mayo ella había cocinado comida mexicana para sus alumnos. Era fácil porque un *kachumber* era básicamente pico de gallo, el *rajma* no se diferenciaba en nada de los frijoles y un *makki ki roti* era una tortilla de maíz.

La noche antes de volar de regreso a Nueva York, los dos se sentaron en el porche trasero con la madre de Ulla, que parecía nostálgica. «Nunca imaginamos que nos quedaríamos aquí, pero teníamos buenos trabajos, John en la compañía de seguros agrícolas y yo en la escuela, y era un buen lugar para criar a los hijos.» Le gustaba vivir en un sitio pequeño porque se podía ver lo que había más allá. La mano derecha sabía lo que hacía la izquierda. Eso significaba inocencia en un mundo que ya no era inocente. Desde donde estaban sentados, al final de la calle, Sunny alcanzaba a ver las ventosas praderas vacías que se extendían hacia la eternidad. «Pero aquí no puede vivir nadie que no ame el viento.»

—Me ha gustado mucho conocer a tus padres —le dijo Sunny, ya en el aeropuerto, después de devolver el deportivo rojo.

—No los has conocido —replicó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Eran tan poco ellos mismos que no has llegado a conocerlos. A mi pobre padre, cuando hace este calor, le gusta sentarse en calzoncillos, tomarse una cerveza dando largos tragos y gritarle al televisor. Y como tú estabas allí, no ha podido hacerlo. Mi madre ni siquiera ha dicho palabrotas, de tanto miedo que tenía.

Ella caminaba por delante en el aeropuerto, y cuando Sunny le dijo que su puerta de embarque estaba a la derecha, ella giró hacia la izquierda.

—No tienes sentido de la orientación —dijo él.

—Sí que la tengo. La dirección correcta es la contraria a la tuya.

Sunny no contestó, sólo movió las cejas, tratando de conservar algo de dignidad.

En ese momento cayó en la cuenta de que en esa casa todo le había parecido falso: las paredes eran huecas, la fontanería y el cableado eléctrico parecían insertados en una estructura de cartón, la ducha era como de mentira, la moqueta sintética, el césped tan artificial como la comida, enlatada y cocinada en el microondas, como si estuvieran en una cápsula gravitando sobre la auténtica Tierra. Pero si se peleaba con Ulla, sería poco ético presentar a la Associated Press un reportaje sobre la familia Reddy de la pradera. Y Ulla y él tendrían que volver a quererse para que ella aceptara corregir lo que él había entendido mal.

El 8 de septiembre de 1998, Sunny telefoneó a Satya para felicitarlo por su cumpleaños y contarle sus vacaciones en Kansas. Él contestó al teléfono lloroso y dijo que no podía hablar porque estaba deprimido, porque los años pasaban y seguía solo.

La víspera de Acción de Gracias, cuando Satya telefoneó a Sunny, sonaba animado pese a que sus prácticas en el departamento de radiología lo habían dejado exhausto. Había decidido tomar cartas en el asunto y había llamado a su madre a Delhi para pedirle que le buscara una esposa.

—El jefe de residentes de aquí volvió para casarse con una chica de Firozpur, de donde son sus abuelos, y me ha dicho que ha sido la mejor decisión de su vida. El mundo entero se convirtió en su hogar: el presente, el pasado y el futuro se conectaron.

—¿Por qué no vas a una agencia matrimonial? No puedes depender de tu madre.

—Lo hice, pero no era para mí. Una me envió un correo de Hotmail: «Creo que me vas a dar demasiado trabajo.» Incluso en los pueblos pequeños han adquirido un vocabulario americano. Otra de Vizag no paraba de mensajearme: «¡Te echo de menos aunque no te conozca! ¡Lloré todo el Día de San Valentín; esperaba al menos una tarjeta!»

»Sunny, sólo quiero llegar a casa y charlar en la cocina con alguien a quien pueda entender y que me entienda, Que los dos podamos contarnos las tonterías que nos han pasado durante el día.

«Pero, en realidad, si vives con alguien que no te entiende, la situación se vuelve más manejable», pensó Sunny. «Al ser una persona desconocida, puedes transformarte en alguien más interesante.»

—Y no te ofendas —le dijo Satya—, pero pareces tan deprimido que al hablar contigo me deprimo. Cuando Ulla y tú os peleáis, mis relaciones se resienten.

—¿Qué relaciones?

—La verdad es que por tu culpa he estado demasiado asustado para empezar siquiera una relación.

Sunny se puso furioso.

—¡Es al revés, Satya! Es justo al revés, tío. Eres tú el que llama todo el tiempo para quejarse. Soy yo el que te escucha durante horas y luego me dejo influenciar por lo que dices, ¡y soy yo el que se deprime!

A Sunny se le pasó por la cabeza que tal vez había sido un poco sensacionalista al contarle sus peleas con Ulla (creando un infierno y exagerando su versión para alegrar a su amigo soltero); que tal vez estaba haciendo que su propia situación sonara más desgraciada para que su desdichado amigo no se sintiera tan solo y convencerlo de que las personas con pareja no eran más felices que las que no tenían.

—Ah, no te enfades, Sunny —respondió Satya, conciliador—. Iba a pedirte que vinieras conmigo a conocer a las chicas que encuentren mis padres. Ellos no conocen Estados Unidos, no entenderán qué tipo de persona podría encajar en mi vida, pero mi primo me ha dicho que empieza a estar bien visto ir con un buen amigo. Tardarán unos meses en indagar sobre las familias adecuadas, pero en torno a abril o mayo del año que viene mi madre lo tendrá todo listo y cada una de esas familias ofrecerá un banquete para pillar a un yerno médico, así que comeremos como reyes. ¡Podrás olvidarte de tus peleas con Ulla y su pizza de queso!

QUINTA PARTE

Extraño e insulso olor a hogar

20

Babita se acercó al espejo y le preguntó a su reflejo: «¿Hay novia o no hay novia?»

Sunny había telefoneado a su madre para decirle que regresaba a Delhi, una visita muy esperada pues hacía dos años que no iba a verla, y aprovecharía para ayudar a Satya a elegir esposa. También le comentó que iba con la intención de hacer un reportaje para presentarlo en la sección internacional de la Associated Press, porque necesitaba dejar atrás la fase de aprendiz y el Manual de Estilo de la agencia, para convertirse en reportero. No se consideraba profesionalmente capacitado para escribir sobre Estados Unidos (tampoco lo considerarían los demás, a menos que Ulla corrigiera sus errores), pero tal vez podría reivindicar su pasado en la India o encontrar una historia convincente que traspasara fronteras.

Sunny no le había hablado de Ulla a Babita. Babita no había preguntado.

—¿Qué te parece, marido? —Ladeó la cabeza y fingió escuchar la respuesta de un Marido Ideal—: ¿Me lo preguntas a mí? Bueno, estaré encantada de tener a Sunny para mí sola, por supuesto; sería incómodo tener a una desconocida en casa.

Se dio cuenta de que no podía admitir, ni siquiera ante sí misma y su marido fantasma, el pensamiento contrario y persistente: «Pero estaría orgullosa de enseñar Delhi a la novia americana de mi hijo.» Lograría que todos enmudecieran ante la prueba irrefutable de que Sunny había conquistado el poderoso Mundo Blanco. ¿No la distinguiría eso? ¿No disminuiría el dolor por la pérdida de su hijo y le permitiría lanzarse al mundo como alguien con proyección internacional, con una red de seguridad, como una persona que se diferenciaba de las masas?

Esta línea de pensamiento le hizo recordar unas vacaciones en Inglaterra. Llegó a conocer los nombres de las calles y edificios de Londres, las ciudades y el campo, tan bien como cualquier indio anglicanizado. Conoció Trafalgar Square, Harrods, Marks & Spencer, la estación de Paddington, Charing Cross, Tintagel, los dramáticos páramos de las Brontë, el Distrito de los Lagos. Conoció un clima que nunca había experimentado.

Pero las limpiadoras de los lavabos de Heathrow eran indias: granjeras punyabíes, de caderas anchas y entradas en años, que caminaban balanceándose con andares rígidos al empujar sus carritos. Podrían haber llegado en un vuelo de Air India y no haber salido nunca del aeropuerto. Aunque Babita sabía que debía reivindicar la dignidad de esas limpiadoras y proclamar el orgullo de los indios que tenían empleos en Gran Bretaña, en lugar de sentir orgullo se murió de vergüenza. No se había recuperado del todo cuando hizo un recorrido por Londres en un autobús turístico y el conductor resultó ser indio también. Ella se había sentado delante para tener la mejor vista, pero eso significaba que el conductor podía hablarle fácilmente.

—*Chori, chori, chori.* Éste es un país de ladrones —le dijo él en tono cómplice.

Y cada vez que pasaban por delante de cualquier edificio de interés hacía un gesto desdeñoso. El Museo Británico: *«Chori, chori, chori»*; el palacio de Buckingham: *«Chori, chori, chori»*. Babita no soportaba que ese hombre insinuara que a ambos los habían robado. Ella quería hacerse un hueco en los salones de aquellos que habían saqueado, de aquellos a los que ni siquiera se les pasaba por la cabeza que eso hubiera ocurrido, con lo cómodos que se sentían rodeados de su riqueza robada.

Cuando vio la espada del sultán Fateh Ali Tipu en el Museo Británico y restos de su reino desperdigados por todo Londres (su silla en el Museo Sir John Soane, junto con una variopinta colección oriental), sintió lo mismo que al ver a los limpiadores de lavabos punyabíes en Heathrow. Por suerte, en el Victoria & Albert Museum había una exposición sobre los maharajás. Fue a verla, y recuperó su autoestima al contemplar el lujo desmesurado de la época del Raj: sus Rolls-Royce y Bentleys, sus muebles art déco, sus encendedores con incrustaciones de piedras preciosas, sus estuches de pintalabios y polvera, sus bolsos de vestir y sus objetos decorativos.

En un rincón se proyectaba una película en blanco y negro donde aparecía Gandhi, con su fino *dhoti*, bajo la lluvia helada de Londres, de camino a la Conferencia de la Mesa Redonda en 1931, y eso no alteró su orgullo por los rajás, sino que la llenó de una emoción nueva de digna autoestima. Pero cuando un estudiante indio mal vestido y con granos que estaba a su lado exclamó *«Bapu!»* y rompió a llorar, ella se apartó inmediatamente de él.

Pensó de nuevo en la novia americana de Sunny. Prosperar en Estados Unidos era una forma de desairar a Inglaterra. Y si alguna vez te dignabas a visitar Gran Bretaña con pasaporte estadounidense, lo hacías mirándola con una sonrisa de condescendencia, desde la altura de una nación más poderosa. Al cambiar la perspectiva, Gran Bretaña se volvía pintoresca.

21

—Ilan es una persona muy complicada... No es posible que lo vieras de otra manera.

Lala miraba más allá de Sonia, hacia un punto en el infinito, mientras le comunicaba que iban a despedirla. Le pagarían tres meses de sueldo, pero en una semana tenía previsto darle una oportunidad a otra joven en Dumbo Leloup.

—Deberías plantearte volver a la India; créeme, allí podrás sacar mayor partido a tu educación. Puede parecer un consejo duro, pero más adelante en la vida y en tu carrera me lo agradecerás. Tus horizontes se ampliarán en tu propio entorno, por muy contradictorio que esto pueda parecer ahora.

¿Cómo iba a decirle a su madre que había perdido el Badal Baba, que ya no estaba a salvo, que quizá ella tampoco estaba a salvo en el bosque sin su deidad protectora? Sonia cerró la puerta de su triste estudio y echó la llave en el buzón. Cogió el metro hasta Penn Station y desde allí el tren al aeropuerto de Newark. En cuanto el avión se elevó de la pista, sintió el alivio de dejar de esperar interminablemente a alguien que te ha abandonado. Pero cuando aterrizó en Delhi, adentrándose en su penumbra, la invadió el terror de estar demasiado lejos de donde Ilan podría encontrarla. Al salir de la zona de recogida de equipajes a las cinco de la madrugada,

buscó a su padre entre la gran multitud que a primera vista parecía compuesta sólo de hombres. Él se sobresaltó al descubrir que la luz se había apagado en el rostro de su hija; estaba demacrada, como si hubiera pasado hambre.

Y cuando Sonia miró a su padre, advirtió que sus ojos, como los de ella, habían perdido su fuego.

—Mamá está en las colinas —le dijo.

Era habitual que Mamá pasara meses en Cloud Cottage, pero ¿no era extraño que no hubiera vuelto para recibirla?

—Se ha vuelto como Greta Garbo: «¡Quiero estar sola!»

Se acomodaron en el cómico Peugeot de Papá, tan pequeño que sus caras llenaban completamente las ventanillas, y volvieron a Hauz Khas. Papá había decidido no llamar a Balbir Singh para evitar la vergüenza de que el chófer se percatara de la ausencia de Mamá, aunque, claro, la advertiría de todos modos y cotillearía con Chandu y Alpa, la criada, pero los aeropuertos hacían más dolorosa la falta de amor, al igual que los ojos atentos de criados, amigos, perros, gatos y pájaros *mynah*, en caso de haberlos.

Por suerte amanecía en las calles de Delhi. El sol seguía sin asomar, distante en su cascarón de niebla tóxica; la ciudad mostraba sus siglos de antigüedad y el color se había desvanecido del cielo, los árboles y los edificios. En las franjas de césped quemado, a lo largo de la carretera y en las rotondas, Sonia vio a indigentes profundamente dormidos. Delhi era una ciudad exhausta. También ella, Delhi, parecía sufrir de mal de amores.

Ése sería el momento en que Sonia y Papá se acercarían, no sólo como padre e hija, sino también como dos personas heridas que se disponían a afrontar la vida juntas, con cuidado de no hacer

preguntas indiscretas por si el otro se las hacía a su vez, y contentas de tenerse una a la otra, aunque Papá a menudo deseara que ella no estuviera allí para ver su indignidad y aunque a ella a menudo le preocupase que su padre intuyera su vergüenza. Una vergüenza que se estaba transformando en miedo, dolor e ira. No quería que su padre se diera cuenta de que cuando se apartaba de la vergüenza--miedo-dolor-ira, reprendiéndose a sí misma por no poder dejar atrás las traiciones de Ilan, experimentaba un terror más profundo: se buscaba a sí misma, más allá de estas potentes emociones, y se encontraba con que había desaparecido. Simplemente no estaba allí.

Subieron a su piso del ático, y en lo alto de la escalera poco iluminada la esperaba un sonriente Chandu. Tenía en las manos la tarta de limón favorita de Sonia con la frase, en glaseado rosa: «¡Hola, pequeña Sonia!» Y en su habitación de cuando era pequeña había una tarjeta comprada en el bazar benéfico anual de la escuela para sordos en la que se leía: «Bienvenida a casa, mi querida Sonu. Con cariño, Papá.» Sobre el tocador había rosas de la floristería de la entrada del mercado de Hauz Khas, cuyo dueño les arrancaba los pétalos para simular que eran capullos que se abrirían a la mañana siguiente y no flores del día anterior.

También había una carta de su madre, que Papá, heroicamente, había dejado sin abrir. «Ven a verme tan pronto como hayas descansado del viaje», le escribía. «Tu habitación en Cloud Cottage está lista. Te espero con *Babayaga* y Moolchand.»

Ilan no la había querido lo suficiente como para pensar en su bienestar, mientras que en Delhi había gente que le había sido leal todos los años que había estado fuera.

Se fijó en que su hogar, si bien parecía el mismo lugar de siempre, sólo que más viejo, se había transformado en un piso de soltero. Papá se había trasladado al cuarto de huéspedes y había convertido el dormitorio que compartía con Mamá en un estudio. La luz del sol se filtraba a través de la morera y el roble plateado que habían plantado al mudarse, y la luz de los árboles se fundía con la que se colaba por los estores de caña, de un tono morado, lo que intensificaba el rosado de los sillones descoloridos. Los colores de los libros, en su día dorados como leones, rosa terracota como Jaipur, anaranjados como las avispas, azules como el cielo sin una sola mota de contaminación, se habían desvanecido hasta fundirse en perfecta armonía.

En un rincón estaba el nuevo ordenador de Papá, cubierto con un mantel de cuadros de madrás. Había contratado a un técnico informático para instalarlo. Era grande como un cerdo, emitía pitidos y gruñidos, tenía un monitor de una empresa que vendía piezas sobrantes chinas, un disco duro de una tienda de segunda mano, un teclado rescatado, un ratón de un bazar... Había tardado semanas en hacer que funcionara.

Cada día, a la hora de su té matinal, Papá iniciaba el lento proceso de encender un estabilizador de voltaje y, a continuación, las distintas partes del sistema para que se calentaran poco a poco y evitar así que explotara por el esfuerzo antes de conectarse a internet.

La psique puede expandirse después de un trauma, y los cambios en la vida de Papá lo habían transformado en muchos sentidos. Los pasatiempos y filosofías que antes le estaban vedados, ahora se le abrían como por arte de magia. Leía libros de historia y religiones

del subcontinente escritos por sabios y eruditos obsoletos, y tomaba apuntes en el ordenador. Evitaba los conciertos de música occidental en los que pudiera encontrarse con los compañeros de juerga con los que ya no quería reunirse, y había empezado a acudir a conciertos de música hindustaní: ragas, bhajans, thumris, qawwalis. La duración de un raga, que antes le impacientaba, ahora lo serenaba. El raga Yaman, por ejemplo, interpretado por Sultan Khan en el *sarangi*, era una pieza musical contemplativa que lo transportaba más allá del tiempo y la tristeza. Al llegar a casa después de escuchar a Abida Parveen cantando en un concierto música sufí con frenético abandono, sacó la antología de poetas urdúes que Mamá le había regalado de detrás de los libros de la estantería y se preguntó si debería aprender urdu por sí mismo para no tener que recurrir a una traducción.

Mientras Papá exploraba a un mismo tiempo los ordenadores de Occidente y la música de su país, en la cocina pintada de menta e iluminada por tubos fluorescentes que apestaba al gas de la mugrienta bombona roja, Chandu golpeaba con paciencia trozos de cordero antes de ablandarlos con papaya verde, siguiendo las instrucciones de Khansama, quien, cuando ambos aún eran jóvenes, había sido enviado en tren desde Allahabad a Delhi para pasar allí un mes y enseñarle sus recetas.

Así que esa triste pareja formada por un padre y una hija que sufrían mal de amores comía como los nababs de antaño, en sillas de pícnic plegables delante de la cocina, donde estaba el televisor. Papá ya no quería utilizar el comedor formal, y resultaba más cómodo ver las noticias de la tarde mientras comía e iba informando a Chandu («¡Los británicos han ganado!») cada vez que éste, tras

asomarse por la ventanilla redonda de la puerta de la cocina para calcular el momento exacto, sacaba apresuradamente otro *chapati* inflado.

En su papel de madre y ama de casa, Papá llevó a Sonia al médico, al dentista y al optometrista. Cuando el óptico de Bonny Eyewear descubrió que Sonia necesitaba gafas, a ella se le ocurrió que tal vez era la miopía, y no la angustia psicológica, lo que había vuelto borroso su mundo. Sin embargo, aunque con sus gafas nuevas pasó a distinguir los detalles de los rostros y paisajes lejanos, seguía inmersa en la misma confusión mental. Parecía ausente cuando hizo la llamada de rigor a Dadaji y Mina Foi. Él se había roto la pelvis.

«Pero ¿por qué has vuelto?», le reprochó él. «Bueno, ahora intenta aprovecharlo al máximo, qué le vamos a hacer.»

Mina Foi le dijo a Papá que Dadaji no llevaba bien estar postrado en cama. «Tienes que venir a verlo. No puedo ocuparme de él. Le pidió a Khansama que colara la sopa de verduras y cortara las zanahorias en bastones en vez de en rodajas, y después en cubos en vez de en bastones, y luego le gritó: "¿Y te haces llamar cocinero? ¡Eres un charlatán!" Y al jardinero y al chófer, les soltó: "¡Imbéciles! Me he pasado la vida alimentado yo solo a una caterva de hombres." Le prohibió a Dari entrar en casa: "¡No nos traigas tus gérmenes!" Y tiene a Ayah aplaudiendo en el porche durante horas para ahuyentar a los cuervos.» Acto seguido, Mina Foi se dirigió a Sonia: «¿Cuándo vas a venir a ver a tu vieja tía, niña traviesa? ¿Vas a estar siempre ji, ji, ji? Pues deja que te diga que la vida no es una broma.»

¿Cómo socializar cuando has perdido la costumbre y no quieres que nadie te haga preguntas? Sin embargo, Papá y Sonia hicieron la obligada ronda de visitas a los amigos y familiares, pues una hija, al regresar del extranjero, debía presentar sus respetos y ofrecer un regalo a quienes habían contribuido a criarla: chocolates con menta After Eight, un calendario impresionista, una loción perfumada con la exótica fragancia de la madreselva... Sonia no había traído regalos, pero, como a todos les habían llegado los rumores de su malestar misterioso, nadie se lo tuvo en cuenta.

«Qué bien que hayas vuelto para hacerle compañía a tu padre. Ha estado deprimido desde que tu madre se marchó. Los hombres no pueden arreglárselas solos», dijo Margo.

«¿Novio? ¿Novio?», le preguntó Neil. «Puedes confiar en mí.»

«¡Ni rastro de acento yanqui!», exclamó Khushi. «¿Y eso por qué? Qué decepción.»

«Bendita seas, *beti*», la saludó el tío Dilip. Su cara era la de un tío, pero su mano encontró la curva de su cintura.

«Sabes que para mí eres como una hija, Sonu», le dijo Ferooza. «Es una alegría tenerte de vuelta.»

Sonia admiró la habilidad de Ferooza para disimular el hecho de que ahora vivía en la azotea de una casa, en las antiguas dependencias de los sirvientes: las paredes pintadas de su color favorito, un gris azulado parisino; los objetos cuidadosamente elegidos y colocados, como los de un coleccionista; tazas de café del tamaño de un dedal con el borde dorado; una caja de plata tallada en la que guardaba sellos. Y le emocionó la guirnalda de luces con la que intentaba vencer la monotonía. El gato de Ferooza bostezó desde su trono de cojines.

—¡*Moti Bibi* ha engordado! —la felicitó Sonia.

—Está muy gorda, sí —admitió Ferooza con orgullo, como si fuera ella misma la saciada—. ¡*Meri Moti Moti*, mi perla gorda!

Cuando el silencio de la noche la despertaba, Ferooza se calmaba acariciando a su gata, que se retorcía y ronroneaba bajo su mano. Así batían sus emociones, con un poco de mantequilla y crema, entre las dos.

En París, Ferooza había vivido en habitaciones igual de estrechas, en la buhardilla de una gran residencia dividida de piedra color miel cerca de Notre Dame, donde el baño estaba al final del pasillo. Para usar el inodoro tenía que coger una llave grande y pesada, bajar por unos escalones de madera hasta un cuartucho helado y abrir la puerta. Pero allí Ferooza había aprendido habilidades de la vida de las ocupantes de los otros minúsculos cuartos de la buhardilla, entre las que había mujeres de diversas partes del mundo islámico: de Irán y Turquía, Marruecos y Egipto. Todas ellas le habían ampliado la percepción de sí misma. Recordó a Niloufer, Zeynep y Tagreid. Ellas le enseñaron a tener estilo incluso con poco dinero (a permitirse zapatos y bolsos de colores sorprendentes, o a desenterrar un cuenco azul de Samarcanda en un rastro); a comprar buen pan; a decantar el contenido de una licorera de cristal; a teñirse el pelo de rojo fuego y fumarse un cigarrillo. «Es muy importante para una mujer vivir la experiencia de tener su propia casa, de ser ella misma», le dijo Ferooza. «Creo que por eso tu madre decidió irse a Cloud Cottage.»

Sobre su escritorio había una fotografía de ella de joven, como para recordarse a sí misma. Mostraba a una muchacha con un rostro

ovalado digno del relicario de un amante. Ferooza miró a Sonia con sus ojos dulces y sabios. «No tienes buen aspecto, querida.»

Después de esas salidas inapelables, Sonia y Papá se recluyeron. Papá abrió el mueble bar, cuya llave guardaba bajo la tercera y cuarta capa de periódico que forraban su armario, y sacó el Laphroaig. «¡La vida es demasiado corta para ser tacaño!»

En la azotea pusieron las cintas de Noor Jehan y Begum Akhtar que Papá acababa de comprar y escucharon a Iqbal Bano cantando «Hum Dekhenge». La foto de la carátula mostraba a la cantante vestida con un sari negro como protesta contra la dictadura de Zia, que había encarcelado al poeta Faiz. Había actuado ante una multitud de cincuenta mil personas que gritaba enloquecida. Al escuchar la melodía, a Papá y Sonia se les puso la piel de gallina. Ser ciudadano de una antigua nación colonial otorgaba dignidad a la persona. Resistirse al nuevo mundo insensible otorgaba dignidad. Estar herido y seguir luchando contra los bárbaros otorgaba dignidad. Estar exiliado, abandonado por el amor y la suerte, otorgaba dignidad. Lo que ocurría en el seno de una familia, lo que ocurría entre una pareja, no era diferente de lo que sucedía en un país bajo una dictadura, ambos se sostenían con el miedo. Sobre sus cabezas, los aviones surcaban el cielo con sus luces parpadeantes, y abajo, el loco del *idgah* en ruinas salía y gritaba: «¡India, Pakistán, arrrgh!» Un murciélago monstruoso con la envergadura de una cometa alzó el vuelo desde las tumbas de Hauz Khas para beber el néctar de las flores nocturnas, para cazar bajo la luna luminosa y ardiente.

22

—¿Vendrás a verme pronto? —le preguntó Mamá a Sonia cuando la llamó por teléfono.

—Sí, te lo prometo.

—¿Cuándo?

—No estoy segura.

—¿Estás buscando algo que hacer, entonces?

—Aún no.

—¿Y si buscaras una galería de arte como hiciste en Nueva York?

—¡No! ¡Estoy harta de las galerías de arte! Para eso prefiero ponerme a trabajar en la calle. Es un negocio sucio y corrupto.

Mamá, sorprendida por el arrebato de su hija, se quedó preocupada por si había sido brusca y dura. Quizá era demasiado pronto para que empezase a buscar algo que hacer, aunque ya hacía un mes de su regreso. Pero si su hija se independizaba ella tendría libertad para quedarse en las colinas. Ésa no era forma de pensar, pero lo pensó, y también advirtió que, si bien había algunas hijas ambiciosas en esa generación de jóvenes educadas y acomodadas a las que se animaba a desplegar las alas en todo su esplendor, la mayoría no tenía ningún deseo de hacerlo y seguía esperando que sus padres o maridos las mantuviera. Eran lánguidas y encantadoras, como sólo pueden serlo las mujeres consentidas. El

pelo les caía ondulado por la espalda como nunca lo haría si tuvieran que cocinar y limpiar o subirse al transporte público para ir al trabajo.

Mientras tanto, tener una licenciatura estadounidense se consideraba algo tan frívolo que rayaba en la locura. «En el tiempo que estuvo en la universidad», se desahogaba Mamá con Ferooza, «estudió a Leopardi, la tribu amazónica de los yanomamis, Coltrane y Chéjov, Irán y Occidente, la filosofía de Hannah Arendt, ecología, escritura creativa, cerámica, el comportamiento animal, Dryden, Pope y Swift».

Ferooza le contó que Sonia tenía muy mal aspecto y que su única compañía era su padre, quien se pasaba horas en la azotea ajardinada, bebiendo whisky y diciendo tonterías sobre temas de los que no sabía nada. La familia de Ferooza en verano solía celebrar *mehfils*, veladas poéticas y musicales que duraban toda la noche en los prados regados de su casa; ella había experimentado realmente la cultura de la pérdida de la que Papá intentaba apropiarse ahora. La última vez que lo vio, él quiso sermonearla sobre Ghalib. «Ya sabes, Ferooza», le había dicho, y de pronto adoptó un aire meditabundo y, tras una serie de toses graves, declamó con voz áspera un verso, lo recordó y volvió a pronunciarlo, primero en un tanteo, con ironía, luego en un arrebato de temperamento, y finalmente en un susurro filosófico que casi no se distingue de la brisa nocturna: «Te fuiste solo, quédate ahora un poco más.» La había aleccionado sobre ella misma, ¡la había sermoneado!

—¿Al menos sigues con tus cuentos? —le preguntó Mamá a Sonia.

Se acordó de la bonita historia del niño que se sentaba en un árbol con sus queridos monos langur.

—Eran tonterías orientales —respondió ella—. Me parece infantil y absurdo inventar cosas. Después de un tiempo quieres escribir la verdad, simple y llanamente.

—¿Qué te parece entonces trabajar en una editorial? ¿O para una revista? Eso te enriquecería como escritora.

Al final fue Ferooza, que siempre estaba en contacto con todo tipo de personas a través de Saheli, su organización femenina sin ánimo de lucro, quien se enteró de que la esposa de un ministro que antes había estado en el servicio diplomático estaba a punto de lanzar una revista cultural trimestral llamada *Kala*. Srimati Shakuntala Mithal, embajadora de la cultura, se había inspirado en una revista mexicana, *Artes de México*, que había descubierto durante la estancia de su marido en Centroamérica. Era lo bastante glamurosa y erudita como para estar en un hotel de cinco estrellas, en la mesa de centro de un diplomático o en la biblioteca de una universidad. El acaudalado dueño de un hotel, que casualmente era su yerno, iba a encargarse de la financiación, y tenían previsto publicar artículos relacionados con el patrimonio de las artes y la artesanía, la arquitectura, los tejidos, la danza, la literatura, la música y la gastronomía. Sonia había trabajado en una legendaria galería de arte de Nueva York, una de las primeras del SoHo. Había estudiado en una universidad de artes liberales famosa por impartir una educación tan sofisticada que sólo servía para cultivar una mirada desprendida de toda necesidad, lo que encajaba con el público al que quería dirigirse. ¿Quizá podría escribir para ellos?

Papá insistió en llevar a Sonia en coche a su cita en Prithviraj Road, y cuando ella le pidió que la esperara fuera, no se mostró conforme. Srimati Mithal seguramente querría confirmar que Sonia

procedía de una buena familia, y tenía un padre distinguido que, por un *je ne sais quois*, se había puesto un poncho apolillado de Dadaji, de cuando éste dio la vuelta al mundo. Papá sentía curiosidad por ver la morada de ese diplomático tan refinado y, en el fondo, tal vez deseaba desbaratar los planes de Mamá y Ferooza. Le molestaba que hubieran conspirado para buscarle un trabajo a Sonia, como si él no fuera un buen padre.

—No puedes entrar conmigo.

Sonia intuyó en ese instante la asfixia de su madre, y se enzarzaron en una discusión frente a la verja bajo la mirada intrigada de los guardas de seguridad.

—¡Pues ve tú sola! —soltó por fin Papá—. Yo daré una vuelta por los jardines.

En el borde del césped había un venerable baniano con raíces como columnas debajo del cual el filósofo Krishnamurti había dado conferencias contra la noción de gurú, pese a que él tenía el porte, el habla, la vestimenta y los seguidores de uno. Srimati Mithal había recopilado en una edición encuadernada en tela de sari sus enseñanzas: *Bajo el baniano*.

En el portal del *bungalow*, unas rosas flotaban en una antigua palangana de latón de Kerala, poco profunda y llena de agua. A ambos lados había dos antiguas lámparas de aceite de templo procedentes de Orissa, y, más allá, una magnífica sala de tonos terrosos, con bronces de Chola y esculturas de mujeres celestiales de Khajuraho, arrancadas de manera indiscriminada de los paneles de un templo. La sala contaba con varias zonas para sentarse, y había muchas personas esperando: los peticionarios del ministro en taburetes bajos, un grupo de parientes provincianos que había

acudido a ver a un médico de la ciudad, un pintor de Madhubani que había ganado la medalla presidencial y que parecía incómodo. Una figura con uniforme beige sirvió a cada invitado un plato con media *samosa* y medio *barfi*.

Desde fuera, Papá intentó averiguar cuántos depósitos de agua tenía un ministro en su tejado. Había decidido pasar por la cocina para olisquear lo que cenaba un ministro cuando los guardas de seguridad lo siguieron para decirle que no podía olisquear la cena de un ministro, ¿en qué estaba pensando? Había cuatro guardas armados en el tejado (al norte, al sur, al este y al oeste), así como tres vigilantes, también armados, en una caseta junto a la entrada, otros tres en la puerta trasera y sacos de arena apilados aquí y allá por si había un ataque terrorista. El rifirrafe acabó con Papá negándose a abandonar la propiedad porque su hija seguía dentro de la residencia.

—Entonces, ¿por qué se ha quedado fuera?

Él les explicó que ella acababa de volver de Estados Unidos y quería labrarse su propio camino y reunirse con su posible empleador sin la presencia de su padre. Los guardas lo compadecieron por tener una hija tan ingrata y le dejaron pasar a la tierra dorada.

—¡No me han dejado quedarme fuera! —le dijo a Sonia—. Lo he intentado. Les he dicho que tenía una hija independiente que se avergonzaba de su padre.

Y, con las gafas sobre la punta de la nariz, se puso a estudiar las esculturas.

—En los viejos tiempos se podían comprar al peso —dijo en voz alta a nadie en particular—. Recuerdo que, cuando me hicieron

recorrer los surtidores de gasolina de Khajuraho, había esculturas igual de impresionantes por todos lados y sin ninguna vigilancia. Podías cogerlas y llevártelas.

—Papá, estás sugiriendo que son robados —siseó Sonia.

—¿Cómo voy a decir algo así?

Cuando el del uniforme le llevó el mismo plato que al resto, exclamó:

—¡Media *samosa*! ¡Caramba! Me tomaré una entera, si puedes permitírtela. Muchas gracias.

—No voy a conseguir este trabajo —le dijo Sonia.

De repente lo quería. Cuando no tenías amor ni unos padres fiables, lo mejor era encontrar un empleo.

La embajadora cultural tenía un aspecto magnífico y severo, envuelta en susurrante seda muga, con un chal *shahtoosh*, pesados adornos de plata tribales y los ojos delineados con kohl. Se dirigió a Papá y a Sonia de reojo, con tono meditabundo.

—No sé por qué me envían constantemente hijas para hacer prácticas. Es un estorbo para mi trabajo tener que ocuparme de todas estas jóvenes a las que hay que buscar alguna ocupación, ya sea para que puedan entrar en una universidad estadounidense y demostrar así su compromiso social, o simplemente para que pasen el tiempo hasta casarse, pues así son más aptas para el matrimonio. Pero, por falso que sea su interés, también es nuestro deber educar a los jóvenes, así que lo asumo.

»Le daré el número de mi hija Maya, que es la redactora jefe. Se licenció en el Smith College de Estados Unidos, donde estudió antropología cultural. ¿Lo conoce?

Sonia reparó en que ella se ocupaba de su propia hija, pero se quejaba de que otros padres se ocuparan de las suyas.

Cuando al día siguiente telefoneó a Maya Mithal, que había conservado su apellido de soltera, contestó ella misma.

—Ya, ya, mami me ha hablado de ti. Tanto ella como yo somos feministas. Buscamos escritoras jóvenes con talento. Siento que no podamos conocernos en persona, pero estoy esperando un bebé y dentro de nada saldré de cuentas. ¿Por qué no nos envías algo para que nos hagamos una idea de tu estilo?

Sonia podía escribir lo que quisiera siempre que entrara en el ámbito de la cultura. De la manera más oportuna, el siguiente número sería sobre Delhi; debía buscar una historia local.

El tema del artículo se les ocurrió a Papá y a ella durante una excursión a la vieja Delhi. Él había aparcado el Peugeot en las afueras para evitar que se lo rayaran, algo inevitable en medio de tanta aglomeración. Aunque eran más de las nueve de la noche, la hora en que las calles de Nueva Delhi se vaciaban, allí la vida se arremolinaba en torno a los minaretes y cúpulas del Jama Masjid, bañados en luz verde. Las mujeres corrían con los pies cubiertos de henna bajo sus burkas negros; un elegante hombre barbudo vestido de blanco almidonado acompañaba a una elegante cabra barbuda en un *rickshaw*; la casa de cambio donde se podían cambiar billetes viejos por nuevos (con alguna excepción) seguía abierta, al igual que la tienda de *attar* donde Papá compró unos pequeños frascos de perfume que contenían la esencia de la primera lluvia, para ofrecerse a rociar las muñecas de la gente que se cruzaba en Nueva Delhi, que había olvidado tales cortesías. En los puestos de comida, los dueños se sentaban con toda naturalidad entre sus ollas y servían

biryani con cucharones, y de las confiterías salía una psicodélica mezcla de colores. Por encima de las cabezas volaban los *rotis* que los cocineros lanzaban a los camareros que entraban a toda prisa. Era como un gran río, movido por el ímpetu de miles de comidas servidas a cientos de miles de personas durante siglos.

Papá se obstinó en saludar con un *«Bade Mia!»* al propietario de Karim's, en cuyo menú se leía «Por la gracia de Alá» y «Buena comida, buena vida». Sonia era consciente de que se encontraba en la encrucijada de un sinfín de historias. Entrevió la sonrisa de una mujer antes de que desapareciera por una callejuela.

Comieron *pasanda*, *ishtew*, *burra kebabs* y *sheermal rotis*.

—Es muy extraño que ningún escritor o cineasta haya ambientado alguna de sus escenas aquí, ¿verdad? —comentó Sonia.

—¿Por qué no escribes sobre los kebabs? —soltó Papá.

Y así, la semana siguiente, Sonia salió a la calle con un cuaderno para documentar la rivalidad entre Aseem Chacha y Nadeem Uncle en los extremos del callejón del Khan Market. Indagó sobre el *tabak maaz* de Cachemira; el *reshmi* afgano; el *chapli*, el *peshawari* y el *kastoori* de la frontera noroeste; los kebabs de las regias cocinas de Palanpur y Patiala. La familia real de Hyderabad era famosa por su lujo desmedido: el último *nizam* se había apoderado de las joyas de los zares rusos y enviaba su ropa sucia a París. Allí se inventó el *pathar kebab*, cocinado sobre una piedra caliente para absorber el sabor de los minerales, y se preparaba el *shikampuri* con anacardos tostados y una rodaja de huevo duro en el centro. Investigadores e historiadores de la gastronomía habían rescatado las recetas de los banquetes reales y afirmaban haber recuperado el *dorra kebab* de los archivos de Salar Jung. Este kebab parecía una fantasía

orientalista: treinta y dos especias raras lo volvían suave como el tuétano, y se cocinaba al vapor envuelto en seda sobre brasas bajas ahumadas con sándalo. La seda no debía quemarse, y el kebab había que descubrirlo tirando de un hilo, como una bailarina de *nautch*.

Sonia empezó a sentirse mal: no podía creer en tales historias. Oyó la voz de Ilan: «No escribas estas tonterías.» Pensó que tenía razón.

Aun así continuó investigando los kebabs del principado de Awadh, el origen del *shammi*, el *galawati* o el *kakori*, que se inventó en el pueblo de Kakori cuando el nabab perdió los dientes. Se molía de nuevo cada vez que se añadía una de las cincuenta y dos especias; en realidad, unos decían que eran quince, otros ocho, pero todos juraban guardar el secreto. Ésos eran los kebabs que el cocinero de Ba y Dadaji elaboraba con maestría.

Papá se volcó en ayudar a Sonia. En su opinión, el kebab indio era de origen persa, provenía de *kam-aab*, que significaba «menos agua», pero luego buscó la palabra en un diccionario más completo y decidió que las raíces del kebab se hallaban en las lenguas dari y pastún, lo que lo hacía de origen afgano: «Igual que Rumi. Los que ahora no dejan de decir que es un país inculto se olvidan de eso.»

Fuera cual fuese su origen, el kebab indio (amasado, marinado, aceitado, mimado, consentido, pomposo y romántico, como un aristócrata perfumado) era ahora diferente del turco, el persa o el afgano.

Sonia intentó trabajar en el ordenador de Papá. Había tantos kebabs que se caían del artículo. Cuando trataba de escribir sobre la cultura de cada uno, el material se disparaba. Así era la India,

pensó. Uno pretendía escribir una historia breve, pero inevitablemente conectaba con otra más extensa. El contenido era inabarcable.

Cerró la puerta del estudio, pero su padre irrumpió en él. Al fin y al cabo era la puerta de su rincón de trabajo, donde se encontraba su ordenador de sonido porcino. Intentó leer por encima del hombro de su hija. Le habría gustado que lo contrataran a él para escribir el artículo. Se había interesado por el arte y la literatura después de conocer a la familia de Mamá. Ellos proclamaban que el arte era algo democrático, abierto a cualquiera, pero no se comportaban como si fuera así, y él tenía la sensación de que ellos le habían impedido ser un artista, un intelectual.

Chandu entró a media mañana con un Nescafé.

—¡Estás hecha un palillo y escribes sobre comida! —le dijo a Sonia —. Más vale que engordes o nadie se tomará en serio lo que escribas.

Entró Alpa, la criada; por más que Mamá lo había intentado, jamás consiguió enseñarle a llamar a una puerta cerrada y esperar una respuesta antes de entrar. Empezó a barrer los pies de Sonia mientras anunciaba que ella misma, Alpa, se estaba poniendo demasiado gorda.

—Entonces haz algo de ejercicio —la amonestó Papá.

—Limpio casas todo el día; ¿qué más puedo hacer?

—Ése es un tipo de ejercicio distinto. El ejercicio que tú haces envejece —replicó Chandu—. El otro ejercicio rejuvenece.

Fue en ese momento cuando Sonia decidió ir a Cloud Cottage para escribir en la tranquilidad de las montañas. La seriedad de su nuevo

empleo ocultaba su alma desgarrada, y tal vez Mamá no notara el vacío que había en su interior.

—Sí, vete —convino Papá. Pero enseguida se dio cuenta de la hipocresía de su declaración civilizada y perdió los estribos—. Tal vez puedas decirle a tu madre que se deje de dramas.

—¿Está siendo dramática?

—Sí. Se le han metido en la cabeza todas esas ideas románticas de ser ermitaña que tenía el loco de su padre. Probablemente venía de un clan nazi; sólo eso explica que se fuera a las montañas en lugar de regresar a Alemania. Dicen que ya no tienen parientes, ¿cómo es posible?

»De todos modos, cuando vives con un loco, tú también te acabas volviendo loco, lo que explica el estado en el que estamos tu tía Meher, tu madre y yo mismo.

Al día siguiente le dijo:

—Informa a tu madre de que la mujer de Chandu necesita operarse la espalda; dile que tenga la amabilidad de aportar la mitad de los fondos. Y ya puestos, ¿puedes pedirle que me preste dinero para comprarme un coche nuevo? Mi Peugeot se está cayendo a pedazos.

Cuando Sonia se fue a la estación, Papá le dijo:

—Eh, tú sólo dile a tu madre que vuelva a Delhi. Ella podrá vivir su propia vida y yo viviré la mía. Nadie la molestará.

Sonia sintió compasión por el infantilismo al que todos estamos condenados cuando el amor se acaba, sintió rabia porque no estaba bien convertir a un hijo en árbitro de las batallas de sus padres, y sintió miedo. Una noche había oído a su padre sollozando bajo los

ruidos sibilantes de las tuberías de la ducha, y nada asusta más que la desesperación de un padre.

Después de que Sonia se marchara y pasar unos días deprimido, Papá se sobrepuso y le hizo una contundente propuesta a su jefe, que era el mayor y más vago de los cinco hermanos Gupta de los Gupta Brothers: un viaje de negocios a Japón para investigar cómo Oriente había logrado adaptar la modernidad y ponerla al servicio de sus propios fines. Había leído en las páginas de viajes de *The Times of India* una fascinante noticia sobre un inodoro que tenía asiento caliente y una grabación de gorjeos de zorzales en primavera para camuflar los ruidos corporales. El inodoro también podía expulsar agua a diferentes velocidades, temperaturas y direcciones, y secar a la persona sentada con ráfagas de aire. Papá se preguntaba si las clases altas de la India invertirían en algo así.

Siempre que planeaba un viaje de negocios al extranjero lo hacía pensando en desviarse y acercarse a alguna parte del mundo que le ilusionara visitar. Pensando en valorar si debían invertir en una fábrica de cremalleras de Hungría, se había inventado unas vacaciones por Grecia e Italia, donde, sin mujer ni hija, había viajado como un alegre vagabundo sin preocupaciones. Pensando en la programación informática en hindi, había volado a Seattle, y de regreso había pasado por Borobudur. La idea de abrir un negocio de almacén en Saskatchewan le había permitido visitar a Sonia en Washington D. C. durante su primer año en la universidad. Ahora se estaba planteando tomar el tren bala de Tokio a Kioto y ver de primera mano ese contraste entre lo antiguo y lo nuevo. Quizá

reconocería el monte Fuji por sus cinceladas formas si miraba con atención al sobrevolarlo, sin preguntarse si lo que había vislumbrado era una nube entre nubes, o una alucinación que deseaba que se hiciera realidad. El glamour de este viaje sería un triunfo sobre su esposa, y si la noticia de que ella, y ahora también su hija, lo habían abandonado corriera de nuevo por toda Delhi, se encontraría en un lugar tan maravilloso que le daría completamente igual. No le diría nada a Mamá para no darle la oportunidad de rechazar su invitación; no dejaría ningún número de teléfono a nadie para no enterarse si ella no llamaba. Leyó sobre el barrio de las geishas de Gion; podría contar en las divertidas cenas de amigos que se había echado una novia japonesa que iba a enseñarle a usar los palillos. Podría decir: «Me he echado dos. Cuando una se enfada, me voy con la otra; cuando la otra empieza a cruzarse, la primera ya tiene ganas de volver a verme.»

Cuando oyó hablar de los inodoros cantarines de Japón, el octogenario Gupta, pálido como si unas sanguijuelas le hubieran chupado el color, aplaudió silenciosamente con sus débiles manos. Era el hermano más respetuoso con las costumbres del pasado y, al mismo tiempo, el más tolerante con los sueños del futuro. El mundo había cambiado tanto desde su niñez que sabía que todo era posible. «Excelente, excelente.»

Pero entonces el señor Gupta le preguntó a Papá si, antes de que se considerara su viaje a Tokio en la reunión de la junta directiva, tendría la amabilidad de acompañarlo a una fábrica de sacos de cemento en la zona rural de Orissa. El negocio principal de una rama de los Gupta era el cemento, y sería provechoso comprar una empresa de sacos para empaquetarlo. Los sacos de cemento no

eran diferentes de los inodoros cantarines, del mismo modo que las ideas románticas no diferían de las plebeyas: todas eran expresiones del mismo olvido.

Mientras Papá paseaba por su azotea ajardinada, un cuervo intentó posarse en su cabeza.

—Lo ha tomado por una vaca —le dijo Chandu a Papá—. No notan la diferencia.

Pretendía consolarlo. Chandu también había oído en una ocasión el llanto de Papá bajo la ducha entrecortada y se había quedado helado. Nada asusta más que descubrir la vulnerabilidad del hombre que nos da trabajo, de aquel que necesitas fuerte porque tú mismo careces de poder.

23

Sonia cruzó la puerta de Cloud Cottage, cubierta de glicinias, y entró en la húmeda y fragante casa, donde el tiempo transcurría con la lentitud y despreocupación de una tortuga. En el recibidor, por encima de los zapatos y los paraguas, vio colgado un óleo de su abuelo. Parecía abstracto, pero era un cono de una nube embudo que tocaba la nieve en retirada de la ladera de una montaña negra.

—¿Mamá? —la llamó, sin obtener respuesta.

Se asomó al jardín algo asilvestrado y vio a su madre arrancando las malas hierbas de las calabazas. Al abrazarla, Sonia rompió a llorar.

Se sentaron juntas en el jardín, en el banco de piedra cubierto de musgo. Mamá se había cortado el pelo a lo chico, como decía el barbero, y estaba tan delgada como ella. Llevaba un vestido holgado y desteñido, como si fuera una misionera desamparada. *Babayaga* se acercó a paso lento y decidido maullando quejumbrosa, y cuando saltó al regazo de Sonia, le estornudó en la cara y le clavó las garras en la pierna.

—Con este carácter, sería un humano insoportable —comentó Mamá con orgullo—. Pero, como es una gata, la queremos.

—¡Se acuerda de mí! —exclamó Sonia.

¿Cómo había podido estar tanto tiempo fuera? Había olvidado lo que significaba la palabra «hogar». Hogar significa «madre». Hogar significa tener una gata cascarrabias.

Mamá sospechaba que era el amor lo que había debilitado a su hija. No se le ocurría ninguna otra explicación para esa expresión desconsolada y ese estallido de llanto en sus brazos, y no había ningún otro problema evidente para el que no pudiera pedir ayuda y que ella prefiriera callar. Pero Mamá disimuló su inquietud. Para ella, el amor era ahora algo irrelevante, una palabra sin sentido que trataba con cinismo. Lo mejor era suprimirla.

Un olor dulce y ahumado flotaba en el aire.

—Huelo a tabaco —comentó Sonia.

—Es tu abuelo. Todas las tardes, a esta hora, se sentaba aquí a fumar en pipa mirando el Bandarpunch.

Sonia miró la cima de la montaña, donde la nieve quebradiza refulgía con destellos dorados.

—De vez en cuando todavía huelo el tabaco de cereza y sé que está conmigo —continuó Mamá—. Habrá venido a verte.

Sonia se desmoronó. ¿Había venido su abuelo a buscar su amuleto desaparecido? Los muertos no pueden descansar si queda algún asunto pendiente entre los vivos. No se lo había dicho a su madre. Se encontraba mal.

—¿No te da miedo su fantasma? —le preguntó.

—No, me consuela. Él estaba deseando escalar el Bandarpunch. Lo intentó tres veces y las tres se vio obligado a dar marcha atrás por una tormenta. Pienso en su desaparición como si finalmente hubiera escalado la montaña.

Esa noche Sonia soñó que estaba en una casa que no conocía, en un paisaje que nunca había visto, buscando a Badal Bada. Sentía un miedo atroz, absoluto. El mundo corriente que veía a su alrededor, en el que intentaba confiar y vivir, la asustaba porque había demostrado ser falso. Se encontraba con Ilan, que la estaba esperando. La atraía hacia él. «¡Cariño, por fin estás aquí! Te he echado tanto de menos; me he puesto esa camisa mía que te dejaba para dormir porque conserva tu olor.» Pero ella nunca se había puesto esa camisa. «¿Sabes? Echo de menos tu sopa de lentejas.» Era un fantasma; ¡no era Ilan quien estaba en el cuerpo de Ilan!

Las noches eran tan negras que purificaban las mañanas, y cuando esas mañanas sacaban oro del pozo nocturno *Babayaga* estaba esperando. Se subía a lo alto de la roca y se erguía para que recibir el primer rayo en la cabeza, como una bendición, mientras el bosque se llenaba de destellos de sol, como mariposas amarillas, y de mariposas amarillas, como destellos de sol. Y en esas mañanas limpias y elevadas, Sonia también se sentía como santificada, como si la luz de la montaña pudiera algún día absolver la brea coagulada que llevaba dentro.

El lechero de piernas arqueadas subía desde Jabarkhet; debía de tener más de setenta años y llevaba a la espalda una bolsa de malla con los cántaros de leche. A veces llevaba un manojo de rábanos o ciruelas para vender. Iba tan encorvado que no levantaba la vista del suelo y no malgastaba aliento en palabras. Con un gruñido, vertió la leche, lavó el pequeño cucharón en el grifo del jardín y siguió su

camino. Mamá puso agua a hervir. El perezoso de Moolchand se levantó cuando el sol ya estaba alto, y estuvo media hora aireando la ropa de cama, sacudiendo las sábanas por si había compartido el sueño con ciempiés y arañas. Luego se vistió y empezó lentamente su jornada; recogía todas las flores y hojas caídas, las desmenuzaba una por una y las dejaba caer en un montón. Pisó la cola de *Babayaga* y no reparó en su maullido indignado. Después se puso en cuclillas y ahí se quedó, sin hacer nada de nada, apoyando la barbilla en la mano. Tenía dos camisas. Una era una *kurta* harapienta que usaba para trabajar en el jardín, y la otra, de un morado brillante, se la ponía para ir al mercado. Cuando lo veías con su camisa especial, se te partía el corazón.

Sonia agradecía poder conciliar su soledad con la de su madre y la de Moolchand, tal como había hecho con la de su padre y la de Chandu. Se puso con su artículo, y mientras escribía descubrió que la tranquilidad y el ritmo de vida del hogar materno daban a su trabajo más estructura y profundidad. Podía tomárselo con calma, darse el tiempo para desentrañar sus pensamientos.

Mientras ella enlazaba la evolución del kebab con la historia del país, Mamá volvía a leer *David Copperfield*. Se había convertido en uno de los personajes de las novelas que tanto amaba, de esos que leían a Dickens en la selva una y otra vez. ¿Por qué? Porque cuando Dickens es mejor que la vida, ¿para qué vivirla? Es una tontería no leer a Dickens en su lugar. «Si reduces tu existencia al arte, tendrás una vida maravillosa. Pero no se te ocurra sacar la nariz», le dijo a su hija.

Sonia no dijo: «¿Cómo puedes confiar en que el arte no está hecho con los huesos y cenizas de inocentes?» ¿Era ésa la razón por

la que se había mantenido alejada tanto tiempo? ¿Había intuido que Cloud Cottage, el hogar de un artista, la llevaría de nuevo a pensar incesantemente en Ilan? La inquietante presencia de los cuadros de su abuelo se apoderó de ella. *Gansos migratorios* no mostraba gansos, sino una ondulación en el agua que evocaba la emoción del paisaje del que éstos habían alzado el vuelo. Los colores eran ocre, verde esmeralda, azul medianoche y un rosa sentimental. En uno, en lugar de la firma y la fecha, se leía: «Volé.» Era una nube en un ojo. Sonia pensó en los cuadros de Ilan que nunca había llegado a ver, salvo un ojo que se había clavado en el suyo. Ese ojo seguía amenazándola, la odiaba, y cuando uno era objeto de odio no podía ser libre. Era evidente que siempre había habido secretos en la vida de Ilan. ¿Por qué se había sometido a ellos?

Cuando Mamá le preguntó por qué había dejado de escribir cuentos, Sonia no le contestó que no se puede escribir cuando se mira el mundo a través de los ojos de otra persona, cuando la voz de esta persona todavía habla dentro de tu cerebro, cuando no se sabe de quién son los pensamientos, cuando no se puede distinguir qué es verdad y qué no lo es.

Una tarde subió al desván. En un baúl negro en el que se leía *S. S. Ranchi*, el nombre del transatlántico en el que Siegfried Barbier había navegado hasta la India, encontró su pasaporte, «Súbdito del Imperio británico», con sellos de países que ya no existían.

Su abrigo estaba envuelto en naftalina. Era de lana, con forro de piel de zorro, y tenía los bolsillos de terciopelo. Se parecía al de Ilan. ¿Por eso se había dejado atrapar? ¿Había reconocido a la figura, o la oscuridad la había reconocido a ella? En uno de los bolsillos había un pequeño diario, pero Barbier había pintado acuarelas en las hojas

(lluvia sobre el mar, un océano en llamas, un volcán) y era prácticamente imposible leerlo. En cualquier caso, estaba escrito en alemán.

Sonia levantó la vista y, a través del ventanuco abuhardillado con cristales en forma de rombo, creyó ver un ojo. Un ojo acusador que la observaba desde el bosque de cedros. ¿Era el de su abuelo? ¿Buscaba a su demonio con cara de nube? ¿O era un leopardo o un chacal extraviado que cruzaba el bosque? ¿Un búho? ¿Una burbuja en el cristal? ¿O era el reflejo de su propio ojo observándola mientras se observaba a sí misma? Parpadeó y el ojo desapareció cuando sonó la voz de Ilan: «¡No me hagas sentir culpable ahora, Sonia!» ¿El ojo de Ilan había venido para ver si ella lo traicionaba? Contempló la acuarela de unas nubes de lluvia que se disolvían donde el medio y el tema se unían, al igual que, presumiblemente, el pintor y el cuadro se convertían en una misma cosa. Vio el ojo en la pintura de la lluvia. Una nube se acercó.

Le llevó el pequeño diario a Mamá, quien le dijo que creía haber sacado todos los libros del desván, donde eran vulnerables a las goteras de los monzones. Durante una temporada de lluvias, muchos se habían estropeado sin remedio. Y le tradujo una línea a Sonia: «Para aprender sobre los pinos, dice Basho, ve al pino.»

—¿Tu padre no era ingeniero? —le preguntó Sonia.

En el pasado Mamá había guardado un silencio absoluto cuando le preguntaban por sus padres, pero tal vez ahora vislumbraba un parecido familiar en Sonia y hablaba más abiertamente.

—Sí, Siemens lo contrató para construir canales en la India. Como muchos hombres europeos acomodados de aquella época, en su juventud mi padre se consideraba una mezcla de aventurero y

explorador. Llegó con sus botas de montaña, una tienda de campaña y una cámara Kodak, pero antes de salir de Alemania ya se había dejado seducir por la idea romántica de la unión de Oriente y Occidente bajo la guía de los sabios del Himalaya. Se había interesado por la teosofía, por Gandhi y Tagore. En aquella época pintaba por afición.

»A mi madre, Anjolie, la conoció en 1927. Era la hermana de su amigo Bibhu Roy, con quien había coincidido en la Charlottenburg Technische Hochschule y que venía de una familia de revolucionarios, comunistas que luchaban por liberarse de los británicos. Por eso, debido a esa aversión por todo lo británico, a él lo enviaron a estudiar a Berlín y no a Inglaterra como a la mayoría de los indios. Mi padre y mi tío Bibhu fueron juntos a oír hablar a Tagore. Frecuentaban el taller de un escultor llamado Kolbe, amigo de la familia de mi padre, que fundió una cabeza de bronce de Bibhu. Mi padre transportó un molde de la cabeza, regalo del escultor, cuando navegó a la India en 1928, y luego se quedó unos meses con la familia de Bibhu en el paisaje ribereño que Tagore describe en sus diarios, el lugar donde creció mi madre. Mi padre se enamoró de ella nada más entrar en la casa familiar y verla dormida en el sofá. Cuando la familia descubrió las cartas que se habían escrito y que revelaban un romance incipiente, echaron a mi padre "a patadas en el trasero", decía mi madre. Se aceptaba la amistad entre razas y religiones, pero el amor estaba prohibido. Mis padres no dieron su brazo a torcer, al contrario: ése fue el catalizador. Mi madre era culta y apasionada. Se fugaron y sus respectivas familias los repudiaron.

»Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en Europa, las empresas alemanas que operaban en la India cerraron de golpe, igual que había sucedido durante la Gran Guerra. Mi padre perdió su trabajo y se quedaron sin dinero. Sin embargo, como él había cambiado de nacionalidad, evitó que lo internaran en un campo de prisioneros de guerra con otros alemanes: nazis, judíos que huían, misioneros y pacifistas que se encontraban en ese momento en la India y se vieron arrastrados por el caos. En esa época el movimiento independentista indio también estaba en su apogeo. Cuando todo terminó, las fuerzas aliadas habían bombardeado el piso de mi padre en Charlottenburg, y la casa de mi madre se hallaba ahora en Pakistán Oriental. La Delhi que conocíamos había quedado diezmada por la Partición. Nos refugiamos en Cloud Cottage, nuestra casa de veraneo, y aceptamos huéspedes. Mi madre tenía un carácter alegre y, en el fondo, no le importaba ser más pobre, porque le gustaba trabajar, estar ocupada y llevar una vida práctica. Se ponía el sari *pallu* y zapatos de andar, se levantaba al amanecer para asegurarse de que había cubos de agua caliente en todas las habitaciones y cocinaba ella misma el pudin de Navidad al vapor (era famosa por su relleno, cuya receta era de la suegra que nunca conoció).

»Cuando mi padre no estaba pintando en Little Cloud, estudiaba mapas para trazar su siguiente ruta de senderismo. Cada año, al final del invierno y antes de la llegada de los monzones, hacía una excursión; llevaba su propia tienda y provisiones, y cada vez se ausentaba más tiempo. Una vez mi madre le preguntó en qué pensaba durante esas horas de soledad, y él respondió que no era tanto pensar sino intentar regresar a un lugar donde pudiera volver

a confiar en lo que veía. Aunque no se sentía con derecho a tal alivio, trataba de devolver un árbol a su condición de árbol; una montaña, a su condición de montaña; una nube, a su condición de nube.

»Hasta que un día...

—Se convirtió en la nube —susurró Sonia.

Para pintar bambú, se iba al bambú; para pintar una montaña, se iba a la montaña. Para pintar nubes, Barbier se fue a las nubes. ¡Vaya tema había elegido! Se había desvanecido.

Al examinar la biblioteca de su abuelo, encontró su *Max und Moritz* de la infancia*,* así como su ejemplar del diario de Ernest Shackleton, en el que había subrayado la frase «Todos llevamos dentro nuestro propio Sur Blanco.» Había subrayado otro pasaje en el que Shackleton confesaba que ya no sabía si estaba vivo; seguía caminando en una blancura infinita, y era posible que hubiera cruzado la frontera entre los vivos y los muertos. Al abrir los volúmenes de Roerich, Madame Blavatsky, Alexandra David-Néel y Annie Besant, libros sobre teosofía, tantra, el conocimiento esotérico de los lamas, con sus páginas que olían a almizcle, de color miel como el *halvah*, encontró que lo que había allí escrito era un galimatías. De nuevo coincidía con Ilan. ¿Por qué ella nunca había conocido a esas criaturas maravillosas, lamas voladoras y adivinos capaces de ver el pasado y el futuro? Sintió la brecha racial que la separaba de Siegfried Barbier. Los gurús que hacían milagros y los lamas que levitaban daban un trato de favor a los blancos. Tal vez, ver la devoción de tantos occidentales ansiosos por venerarlos y postrarse a sus pies hizo que esos gurús creyeran que estaban por encima del relato colonial. Pero si alguien cree que es mejor que lo

admiren personas de tez clara que personas de tez morena, entonces no está por encima de nada. Al igual que su abuelo, Sonia deseaba que la magia fuera real, que a pesar de todo lo ocurrido, una bella mezcla de culturas borrara la división. Porque si la brecha no se salvaba con belleza, sin duda se salvaría con maldad.

Mientras Sonia seguía trabajando en el escritorio de su abuelo, Mamá decidió traducir los diarios de su padre, que podían ser la clave de su misterioso silencio. Su alemán estaba oxidado y se ayudaba de un diccionario. Una mañana, mientras estaban absortas en sus tareas —al otro lado de las ventanas abiertas, el musgo brillaba esplendoroso junto con los helechos de múltiples y delicadas especies; los pájaros carpinteros, los cucales chinos e incluso los periquitos se llamaban, y el olor a resina enriquecía el aire—, sonó el teléfono. Se sobresaltaron. Casi nunca sonaba el teléfono en Cloud Cottage.

Sonia se levantó para contestar. Era Mina Foi. Mina Foi nunca llamaba; lo consideraba un lujo inútil.

—Suenas ronca —le dijo Sonia.

—Papi ha muerto y no consigo encontrar a tu padre.

Sonia telefoneó a su secretario, Tandon, quien le informó de que Papá y el mayor de los Gupta habían salido de viaje para inspeccionar una fábrica de sacos de cemento en Orissa, y mientras que el señor Gupta había regresado, Papá se había tomado unos días para viajar por la región.

—Pero ¿dónde está exactamente? ¿Cómo es posible que no lo sepa? Esto es muy negligente de su parte, Tandonji.

Pasaron dos días antes de que Papá recibiera la noticia y regresara a toda prisa a Delhi, donde lo esperaba Sonia.

—¿Por qué no me has dicho que te ibas a Orissa?

—Necesitaba unos días para mí.

Había vivido como una humillación lo de los sacos de cemento. Para superarla, había viajado hasta el templo del sol en Konark, donde se había encontrado con las eróticas esculturas de piedra de sus voluptuosas mujeres con cintura de reloj de arena y caderas llenas como la luna. Al observar la sorpresa de Papá ante el intenso brillo de sus pechos, el guarda le explicó que los visitantes masculinos no podían evitar tocarlos. Algunos se excitaban tanto con esas contorsiones sexuales, que retrocedían y caían de la elevada rampa construida para los turistas. Papá pensó que, así como en algún momento de su vida él se había equivocado de camino, toda la India había tomado un desvío equivocado en una encarnación anterior de su existencia. Esperó a que el guarda se marchara y, tímidamente, alargó también la mano.

24

Vinita y Punita se acuclillaron en el suelo de la cocina y escribieron *«Sunny Welcome!»* en un trozo de cartón sujeto a un palo para que el chófer lo sostuviera en alto cuando fuera al aeropuerto.

—Debería poner: *«Sunny»*, coma, *«welcome home»* —señaló Babita.

Así que *«home»* se apretujó a un lado. Ellas querían ir al aeropuerto para llevar su cartel. Pero el avión aterrizaba antes del amanecer, y Babita pensó en el trayecto entre el aeropuerto y la ciudad, un tramo de carretera desierto donde había habido una oleada de robos de taxistas y *dacoits*, que se confabulaban para asaltar a los viajeros que llegaban de fuera con artículos caros. Pensó en el caos del aeropuerto y en la presencia abrumadora de hombres, y miró a Punita, su figura esbelta, su pelo recogido en una coleta, su falda y su camiseta de flores. Días atrás el señor Habib le había rodeado los hombros de gorrioncillo con el brazo y le había dicho: «Querida, ¿quién es tu único novio? El tío Murad. Yo soy tu único novio. Dilo: "El tío Murad es mi único novio."»

—No —decidió Babita—, el chófer y yo no podemos cuidar de vosotras y buscar a Sunny al mismo tiempo. Vosotras quedaos en casa, y cuando estemos delante de la puerta tocaremos la bocina para que bajéis a abrir..., así que no os durmáis, ¿entendido?

—¿Dejamos la luz encendida? Si la apagamos, nos dormiremos.

Les habían advertido mucho del coste de la electricidad.

Babita se sintió generosa.

—Sí, dejadla encendida. Una sola.

Babita había telefoneado a Sunny para preguntarle:

—¿Qué quieres comer tu primer día en casa?

Sunny, sorprendido por la pregunta, la consideró detenidamente.

—*Karela* frita, crujiente y ennegrecida, y pescado a la mostaza.

—Por muchas indicaciones que le dé, a Vinita nunca le sale bien ese pescado.

—¿Quizá *koftas* de Cachemira?

—Muy bien, la primera noche *koftas* de Cachemira y *karela* frita estilo *karak.* ¿Y quieres que compre ya los billetes de tren para que vayamos a ver a tus abuelos?

—No estoy seguro de cuándo podré ir. Ya te dije que tengo que ayudar a Satya a elegir esposa.

Se hizo un silencio incómodo por teléfono.

—Bueno, ya me dirás —respondió ella—; a ver cómo te sientes cuando estés aquí.

Al colgar, habló con su Marido Ideal: «Nunca menciona a la novia, Ratty. ¿Tú qué opinas?»

Y así, en una noche de mayo, Sunny y Satya se reunieron en el aeropuerto para coger el vuelo de Air India a Nueva Delhi.

—La primera noche comeré *koftas* de Cachemira. ¿Y tú?

—Pollo con mantequilla.

Se descubrieron en medio de un grupo de viajeros apostados junto a la puerta de embarque.

—¿Vais a casa de vacaciones? —les preguntó un hombre en tono amistoso.

—En realidad, voy a conocer a algunas chicas —respondió Satya.

Era agradable conversar mientras viajabas en compañía de personas igual de conversadoras al encuentro de tu futura esposa que, con suerte, pertenecería a una familia tan numerosa que, aunque discreparas en todo con ellos, ¿qué más daba?, al final de la noche acabarías uniéndote al coro de ronquidos.

Satya se quitó los zapatos, se sentó con las piernas cruzadas en un asiento de la sala de espera y retorció los dedos dentro de los calcetines. La búsqueda de una chica al estilo tradicional lo incitaba a comportarse de una manera típicamente india que a Sunny le parecía deshonesta. Pero varios viajeros respondieron con entusiasmo. Buscar esposa despertaba en los demás recuerdos de amor, peligro, engaño, esperanza, fortuna o desdicha eterna.

—No te dejes engañar. Mi tío descubrió que se había casado con una cleptómana el mismo día de la boda. Los invitados se dieron cuenta de que les faltaban joyas.

—Tengo un amigo que hizo una elección insólita: se casó con una chica que iba en silla de ruedas. En cuanto la vio dijo: «Aquí termina mi búsqueda», y aunque toda la familia se puso en contra, él insistió en que ninguna otra chica tenía su profundidad espiritual.

—¿Qué hay de tu amigo? ¿También es médico?

—No —respondió Sunny con frialdad desde detrás de su *Crónica de una muerte anunciada*—. Soy un pobre periodista y ni siquiera puedo mantenerme.

La respuesta fue severa.

—Tienes que perseverar, ¿cómo te vas a casar si no?

—Soy feliz soltero.

—Tarde o temprano tendrás que ceder.

—¿Por qué?

El hombre se volvió hacia Satya.

—Tu amigo no tendrá éxito en la vida. Su forma de verlo no es la correcta.

García Márquez creía que ficción y reportaje eran dos alas de un mismo pájaro, y en su historia de asesinatos sugería que un periodista también podía ser culpable y, por tanto, debía estar sometido a la mirada de halcón de la ficción. A Sunny le atrajo la idea.

Cuando el vuelo estuvo listo para embarcar y se puso a la cola, notó la presencia de una abuelita que lo presionaba por detrás.

—Póngase más atrás, debe dejar un poco de espacio —le dijo él, incómodo por la proximidad física—. No puede estar encima de mí.

Le llegó entonces el agradable olor a campo de su sari.

La vida le había enseñado a la anciana lo contrario: las batallas se ganaban milímetro a milímetro.

—Mire —Sunny se dio por vencido—, póngase delante.

Ella lo adelantó con la misma cara inexpresiva y sin darle las gracias.

—¡Qué grosera, qué grosera! —gritó Sunny al aire, sin mirar si alguien se burlaba.

Echaba de menos a Ulla. Reprimió el pensamiento. Rechazar a sus conciudadanos era un fracaso moral. Con el grito de «¡qué grosera!» sólo perturbaba y corrompía su propio ser. En la India era

fundamental mantener la calma. Cuando uno perdía los estribos y se mostraba intolerante se le cerraba la puerta en las narices. Él mismo había dado ese consejo a muchos viajeros al tiempo que les aseguraba que la India era aún más caótica y corrupta que en sus visiones más infernales. Luego, durante los años que había estado con Ulla, en algún momento había pasado de dar ese consejo en serio a hacerlo en tono burlón. Era normal que esos cambios hubieran desestabilizado a Ulla, dejándola desconcertada y con la sensación de haber sido traicionada.

—¿Vegetariano hindú o tortilla francesa? ¿Tortilla francesa o vegetariano hindú? —Los auxiliares de vuelo se paseaban con el carrito del servicio matutino.

Satya, que nunca dudaba cuando se trataba de elegir comida, se despertó y pidió la tortilla.

—Yo también quiero tortilla. ¿Estoy a tiempo de cambiar? —preguntó Sunny, que había pedido la opción vegetariana hindú por considerarla la más correcta y acorde con su resolución de ser conciliador.

Pero el vuelo llegó antes de lo previsto a su destino y no pudieron hacer el cambio, y entre las turbulencias del descenso, mientras engullía su tortilla de la suerte, a Satya de pronto le impresionó darse cuenta de que ése podía ser su último vuelo como soltero. Ya estaba entusiasmado, ante el inminente fin de una búsqueda que apenas había echado a andar, y emocionado por volver a encontrarse entre mil millones de almas, cada una con su anhelo, con su historia. Pronto él también forjaría su singular destino.

Cuando Babita llegó con el chófer, Bahadur, a la zona de llegadas, lo instó para que sostuviera en alto el cartel de Vini-Puni, pero él se lo había dejado en el coche.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado?

Él lo había hecho a propósito. Le parecía insultante. ¿No conocía a Sunny desde que era un niño con pantalones cortos? Lo reconocería sin necesidad de un cartel.

Babita se plantó en una salida y Bahadur en la otra. Mientras tanto, Sunny y Satya se habían sumergido en el mar de hombres, bajo la noche polvorienta y brillante, azuzados por las bocinas furiosas de los coches que maniobraban. Habían acudido muchos miembros de la extensa familia de Satya, y Satya, el hombre con una misión, los saludó con aires de grandeza. Pero a Sunny no parecía esperarlo nadie, y caminaba de un lado a otro escudriñando a la multitud. Satya se negó a marcharse por si algo había salido mal.

—¿No están aquí? ¿Les has dado la información correcta?

Cuando la multitud se dispersó, Babita y Bahadur lo vieron.

—Estaba esperando allí.

—Nosotros también estábamos esperando justo ahí.

—Me he puesto delante.

—Pero delante estaba Bahadur.

—Bueno, bueno...

Culparon a Bahadur por haberse dejado el cartel en el coche; al fin y al cabo, le pagaban para cargar con las culpas que le echaran.

—Tía, por favor, dame tus bendiciones —le pidió Satya.

—Claro que sí, Satya. He oído que estás buscando esposa.

—Sí, tía.

Satya sonrió a Sunny de una forma que traicionaba la sabiduría que ambos habían adquirido con sus amargas experiencias sobre la naturaleza esquiva del amor.

—Por fin ha aceptado —intervino la madre de Satya.

—¿Por qué no convences ahora a mi hijo de que haga lo mismo? —le pidió Babita, aunque lo que realmente quería decir era: ¿dónde está la novia americana? Estaba feliz y a la vez infeliz.

En su casa del parque Panchsheel, Babita y Vini-Puni se quedaron de pie junto a la maleta de Sunny, que sentía cómo le arrebataban la privacidad de su vida estadounidense. Los tres estaban tan atentos, tan vigilantes, que nada parecía poder escapar a su mirada colmada de amor y curiosidad. Habrían sido capaces de anticipar el nacimiento de una peca en el lóbulo de su oreja. Volvió a echar de menos a Ulla, que nunca lo examinaba tan de cerca. ¿Por qué no lo hacía? ¿Porque examinar a alguien de cerca iba en contra de la dignidad de esa persona? ¿O es que no le importaba?

Sunny sacó los bombones rellenos de *kirsch*, mazapán y crema de avellanas; el gouda ahumado, el camembert y el gorgonzola que tanto gustaban a Babita, y que según ella daban fe de su sofisticación: ni siquiera los Habib estaban lo bastante occidentalizados como para soportar un gorgonzola avinagrado.

«Sin queso el recibimiento quedará a medias», le había dicho a Ulla, que estaba intrigada por los regalos que compraba. «Una vez me olvidé del gouda ahumado y mi madre apenas me hablaba por la decepción.» También desenvolvió el salmón ahumado, el paté de trucha, las latas de mejillones en escabeche y las sopas Knorr envasadas, el Talisker y el Cointreau libres de impuestos y el Marmite de una tienda de productos británicos de Brooklyn.

Babita indicó a Vini-Puni que metieran de inmediato algunos de aquellos obsequios en la nevera, otros en el congelador y otros en recipientes herméticos, pero a ellas, demasiado ocupadas desplomándose una encima de otra entre risitas nerviosas, les costaba seguir las instrucciones. La presencia de prácticamente cualquier hombre de entre dieciséis y treinta años las dejaba en ese estado, y no digamos uno recién llegado de Estados Unidos y con el que, por así decirlo, estaban emparentadas.

—Madre, esas chicas son insoportables.

—Sí, pero no podré quitármelas de encima ahora que le he dicho a todo el mundo lo mal que cocinan.

El licor y las latas de paté y mejillones se guardaron bajo llave en el vestidor, y Babita le enseñó a Sunny el escondite de la llave, en la cajita de papel maché del cajón del escritorio. En el vestidor, en el bolsillo de la gabardina Burberry de su padre, había otra llave, ésta abría un baúl, y dentro de éste, en un neceser de avión de la época en que Pan Am surcaba los cielos, había otra llave que abría el *almirah* Godrej de acero. En él, dentro de una bolsa de Aeroflot, estaba la llave que abría la caja fuerte, donde debía guardar el pasaporte y la cámara.

No, iba a necesitar su cámara.

—¿Y tus D-Ó-L-A-R-E-S?

Babita deletreaba ciertas palabras porque creía que, aunque todos los criados escuchaban al otro lado de las puertas y entendían inglés cuando fingían no hacerlo, tendrían más dificultades para reconocerlas. Excepto Punita. A ella la habían educado para destacar en clase, y Babita no se contentaba con deletrear si andaba cerca.

Después de que Sunny se echara la siesta, fueron a los Jardines Lodhi para pasear a *Pasha*, que se había olvidado de Sunny, pero que al ver que se suponía que debía recordarlo lo había fingido.

—El pobre es un auténtico *bhondu* —dijo Babita cariñosamente—, pero no encontrarás un idiota más bonachón e inofensivo.

—Esas cosas van juntas, ¿verdad, *Pasha*? —le preguntó Sunny, rascándole el pecho para que rasgueara tontamente con la pata.

—En los seres humanos, no —replicó Babita—. La mayoría de la gente estúpida no es inofensiva.

Se detuvo para señalar dos casas de la calle que iban a derribar para construir bloques de pisos.

—Siempre hay algún *khatpat*. Estuve a punto de ir a ver a mi amiga Vanya, que se ha mudado a la casa solariega de su marido en Goa.

Encontraron al señor Habib en su puerta.

—¡Vaya, vaya, hola, hola! ¿De visita? Dime, Sunny, ¿por qué los yanquis habéis elegido a semejante personaje como presidente? Ni siquiera sabe escribir sin hacer faltas de ortografía. Cualquier hijo de sirviente podría hacerlo mejor. Pregúntale a la pequeña Punita. Ella sabe deletrear correctamente la palabra «*yacht*».

—¿Sabes? Al señor Habib le pasa algo —le dijo Babita a Sunny cuando se alejaron—. Siempre está intentando sentarse a Punita en el regazo. El otro día le dijo: «Soy tu único novio, ¿verdad? Repite conmigo: "¡El tío Murad es mi único novio!"» Me pregunto si debo decirle algo a Sara.

—¡Claro que debes!

—Pero se armará una gorda. Dirán que estoy insinuando algo grave.

—¿Crees que irá más lejos?

—No, nunca la pierdo de vista. A ella le he dicho: «Aléjate de Habib sahib.» Intento reestablecer la diferencia de clases, pero en esa estúpida escuela progresista a la que va no paran de llenarle la cabeza con otras ideas.

En los Jardines Lodhi, Babita solía andar con brío para activar el corazón, pero esa tarde aminoró el paso para disfrutar de la reconfortante presencia de su hijo adulto a su lado. Aunque Sunny apestara al gorgonzola que había llevado entre la ropa.

—¿Qué le ha dado a Satya? —le preguntó Babita—. ¿No sería mejor que acabara su residencia antes de casarse?

—Tuvo un ataque de autocompasión y le pidió a su madre que le arreglara un matrimonio.

—Ahora que has vuelto de Estados Unidos, las chicas te perseguirán —le advirtió Babita—. Te verán como su billete a Nueva York. Tú limítate a decir que tienes una novia americana para que te dejen en paz.

Ella nunca había usado la palabra «novia» con él, y ambos se sintieron incómodos: ella porque la palabra le sonaba falsa, y Sunny porque era verdadera, aunque se aplicara a una novia a la que últimamente apenas había podido besar, tan profundo era el rencor que había surgido entre ellos.

Siguieron andando en silencio, pero muchos conocidos se detuvieron para saludar a Sunny, decirle a Babita lo maravilloso que debía de ser tener a su hijo de nuevo con ella o examinar al muchacho que había vuelto de Estados Unidos.

El señor Khanna aminoró el paso.

—Ahora eres clavado a tu padre, Sunny; por un momento he pensado que eras él.

Se trataba del antiguo jefe de su padre, el mismo que le había ordenado sobornar a un ministro para obtener una licencia minera en terrenos forestales protegidos. Cuando él se negó, el señor Khanna le ordenó que sobornara a un general del ejército para ejecutar un proyecto en una zona de acantonamiento militar. Cuando su padre se negó otra vez, lo despidieron, lo que precipitó la grave crisis familiar que tal vez le provocó el infarto que lo mató. La abuela de Sunny había culpado a Babita por oponerse a lo más práctico, lo cual era totalmente injusto. De hecho, ella lo había amonestado: «¡No seas tonto!»

Para probarlo sacó un papel en el que su marido le explicaba por escrito por qué era incapaz de llevar a cabo los actos fraudulentos que ella había alentado, a pesar de las recompensas que recibiría. Entonces, la abuela de Sunny la culpó de no haberlo apoyado en su rechazo a la corrupción.

A los once años, Sunny había rebuscado entre los papeles de su madre y leído lo que había escrito su padre:

> *Talaron el bosque y mataron a siete hombres, y dejaron a decenas de aldeanos en la indigencia. Hubo acusaciones de violación por parte de la policía.*
>
> *Entiendo tu punto de vista: si el sistema es corrupto, y todos los demás son corruptos, ser el único honesto equivale a firmar la propia sentencia de muerte. Un hombre debe vencer su resistencia a lo que no puede cambiar por el bien de su familia y su comunidad, que prosperarán*

gracias a su pragmatismo. Un hombre sólo puede cambiar un sistema cuando está en una posición de poder, y para alcanzarlo debe perpetuar exactamente lo que desea transformar.

Aun así, a pesar de estas verdades, no puedo cometer los actos corruptos que se me piden. No puedo mentir, no puedo manipular la verdad, volverla ambigua o vaga. No me respetaría a mí mismo. Tal vez tenga algo que ver con mi padre. Sé que una primera corrupción intrascendente a la larga se convierte en un imperio de corrupción. Mi padre tiene las manos manchadas de sangre. Un hijo hereda la corrupción de su padre. La corrupción pudre a una familia. Rana está igualando a mi padre con sus fechorías. Cuando prendió fuego a su fábrica para cobrar el dinero del seguro, perdieron la vida tres hombres. Fíjate en Ravi, que nunca ha movido un dedo para trabajar, pero cree que es perfectamente aceptable vivir de las ganancias ilícitas de su padre.

Tal vez quiero que Sunny sepa que su padre, entre todos los hombres de su clase, no es corrupto. Quiero que se libere de esta historia familiar. Quiero que sea libre para ser honrado.

Cuando su padre se quedó sin trabajo y pasó a depender de un subsidio familiar que le concedieron a regañadientes, Babita se asustó y se volvió cruel. Empezó a burlarse y a rebatir de forma automática todo lo que él decía y hacía, como quien aplasta una mosca. Y tan habituada estaba a burlarse, rebatir y aplastar, que le

pasó por alto la fatiga, el vértigo, la presión en el pecho y el dolor en las mandíbulas, tomándolos como meros síntomas de debilidad psicológica.

Cuando Sunny vio al señor Khanna caminando a buen paso con sus pantalones cortos blancos, polo blanco, calcetines blancos y zapatillas de deporte blancas, evocando los tiempos de los ingleses en la India e induciendo a la gente a creer que la rectitud provenía del orden y la pulcritud en el vestir, sintió resurgir el dolor del niño de ocho años que había sido cuando murió su padre. El señor Khanna había seguido prosperando desde su complejo de oficinas de piedra arenisca situado detrás de una alta fortaleza unida a las históricas murallas de Delhi, que databan del siglo XIII. Pavos reales de colas exuberantes se lanzaban desde los árboles con gritos teatrales, piau, piau, y en invierno florecían nueve variedades de rosas, su número de la suerte, en un jardín.

—¿No te da rabia ver al señor Khanna?

—No dejo que me afecte —respondió Babita a su hijo. «Pero, Ratty, enfermaste por no ser corrupto. Ésta es la triste verdad de este país. Si no eres corrupto, enfermas»—. Todo el mundo es corrupto. De hecho, el señor Khanna se portó bien con tu padre. Le dijo que si no deseaba participar en la trama de corrupción, podía marcharse, y que no sufriría ninguna represalia mientras guardara silencio. Fue el miedo a que le ocurriera algo terrible lo que enfermó a tu padre; se sobresaltaba cada vez que caía una hoja, pero nunca pasó nada. Otro jefe le habría enviado un mensaje para que permaneciera callado.

—¿Qué tipo de mensaje?

—Habría envenenado al perro o atado al vigilante. Como mínimo, habríamos recibido llamadas amenazadoras en mitad de la noche: «A su marido lo van a trasladar muy... lejos», y luego la voz habría enmudecido para sugerir un posible tránsito desde el plano terrenal. Ésa es la idea que tiene el hampa de una broma.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe.

Durante varias tardes, después de la muerte de su padre, Sunny había llamado una y otra vez a un número desconocido mientras su madre dormía la siesta. Siempre contestaba la misma voz de mujer: «¿Diga? ¿Diga? ¿Quién es? *¿Quién es?*» Él no hablaba, pero el apremio y desconcierto de la voz, el pequeño ejercicio de poder que suponía para él, lo tranquilizaban.

Otras veces era su teléfono el que sonaba estridente, y cuando descolgaba el auricular le llegaba un soplo de intimidad, un ruido de fondo confuso y delator, pero nadie decía nada, lo que le hizo llegar a la conclusión de que en esa abrumadora ciudad había miles de personas con el corazón vacío que marcaban sin parar números desconocidos, hipnotizadas por el desconcierto del otro lado: «¿Quién es? ¿Diga? ¿Hola? Hable o cuelgo... ¿Quién es?»

Por supuesto, también había personas lascivas que hacían llamadas lascivas, como el hombre que, cada vez que Babita contestaba, preguntaba: «Tía, ¿qué talla de sujetador usas?» Miró a su madre, con el sari remangado, zapatillas deportivas y su perfil de bulbul. ¿Le parecía una broma macabra la muerte de su marido? Su expresión no delataba alegría sino determinación.

Babita pasó a la noticia que había estado esperando para contarle.

—El otro día vinieron a verme tus tíos. Me sorprendió verlos de cerca después de tanto tiempo. El tío Ravi tiene las encías negras de tanto fumar. Y al tío Rana no le cabe un furúnculo más en la frente y las mejillas. Cuando le pregunté por qué le habían salido, me dijo: «¡Por las preocupaciones!», y se rió de un modo lento y amenazante. «¡Las preocupaciones, las preocupaciones, Babita bhabhi!»

»Debe a la mafia un dinero que no puede pagar. A quién se le ocurre pedir préstamos a gente así. Está con el agua al cuello.

»Empezó diciéndome: "Ésta es la situación: nuestra tranquila *mohalla* se ha convertido en el infierno en la tierra. En esta pequeña calleja no caben ya más personas ni coches."

»El tío Ravi intervino entonces: "Lo mejor es vender y dividir, y que cada uno viva por su cuenta en lugar de estar aquí lamentablemente atados unos a otros, en un barrio en ruinas, en una ciudad de destino inamovible." Ya sabes cómo se pone. "Nos estamos haciendo mayores, Babi bhabhi. Detengamos la guerra. Si retiras la demanda contra nosotros, podremos dividir la propiedad a partes iguales y seguir en paz cada uno por su lado. Puedes quedarte con las hueveras de los conejos."

»Rana dijo entonces que conocía a un promotor interesado en comprar nuestra casa.

—Tienen parte de razón —respondió Sunny.

—Sí, hay negocio, pero ¿adónde me iría?

Sospechaba que su madre estaba insinuando la posibilidad de reunirse con él en Nueva York.

—De todos modos —le dijo Babita—, mejor aléjate de Ravi-Rana. No tienes por qué meterte en sus chanchullos.

Sunny seguía teniendo cariño a sus tíos a pesar de las disputas de su madre. Fue el tío Ravi quien le descubrió a Hitchcock y Bergman, y quien le preparó un martini Buñuel cuando cumplió dieciocho años. Fue el tío Rana quien le descubrió a Abba y a Boney M., y quien lo llevó al hipódromo de Bombay. De no ser por su estirada cuñada, Rana habría arrastrado a su sobrino a su mundo de apuestas, revistas *Playboy* y novias angloindias. Le gustaban las mujeres angloindias que para ganarse la vida se veían obligadas a ajustarse al estereotipo que a los hombres les habían inculcado sobre sí mismos.

Sunny se disponía a marcharse a estudiar periodismo a Columbia cuando el tío Rana, que ocupaba la parte derecha de la casa, se asomó a la ventana del cuarto de baño.

—¡Eh, Sunny!

—¿Sí, tío Rana?

—¡Corre, *bhago*, huye!

Su tío Ravi, que ocupaba la parte izquierda de la casa, había abierto la ventana de su cuarto de baño y le hizo señas para que se acercara.

—Sunny, un consejo.

—¿Sí, tío Ravi?

—Tu padre nunca escapó. ¡Tú hazlo, escapa!

Los mausoleos se oscurecieron, los árboles se convirtieron en mamuts peludos y los pájaros chillaron como si estuvieran avisando unos a otros de un asesinato. Babita, Sunny y *Pasha* completaron su paseo y volvieron a casa para comer *koftas* y *karela*, y luego se retiraron a sus respectivos dormitorios, uno a cada lado del rellano de la escalera; los dos daban a la amplia terraza cubierta de

buganvillas de un color morado pasión que se hacía más intenso justo antes del anochecer.

La casa de Delhi, aunque estaba dividida en tres para los tres hermanos, parecía espaciosa y abierta comparada con un piso de Nueva York, pensó Sunny. El suelo era de mosaico de piedra, lo que le refrescaba los pies cuando andaba descalzo. Ya acostado, sentía la corriente de aire del ventilador a través de la sábana de algodón y se preguntó por qué en Estados Unidos las sábanas más caras son las de tejido más tupido. El verdadero lujo era sentir la brisa colándose libremente a través de una tela fina. Sin embargo, no podía dormir. Incluso a esas horas oía el forcejeo de las palomas que copulaban en el aparato de aire acondicionado que había fuera de la ventana, y después de la conversación con su madre recordó otra historia que no le había contado a Ulla: el escándalo relacionado con el bar de un club nocturno de la carretera de Mehrauli en el que se habían visto envueltos sus primos, Chiki-Chika. El club nocturno en el que habían invertido se llamaba Olive. ¿Por qué tenía ese nombre? Tal vez porque en la India no había aceitunas, a menos que las trajeras tú, como Sunny el gorgonzola. Un indio rico y no occidentalizado estaba vetado en el Olive, pero también uno occidentalizado y honrado. En el Olive sólo entraban los occidentalizados y corruptos.

Chiki-Chika, aprovechando el contacto del tío Rana con el capo de la mafia, habían contratado a unos matones para desalojar al propietario de la casa de al lado, que el club nocturno deseaba adquirir y éste se había negado a vender. El hombre, un respetado cardiólogo, recibió una paliza más severa de lo previsto y murió, por

lo que los jóvenes se vieron implicados en un caso de corrupción y asesinato.

El tío Rana corrió a la comisaría para suplicar y negociar que se eliminara cualquier indicio que implicase a sus hijos, ante lo cual la policía, para mostrar lo que les podría ocurrir a Chiki-Chika si el tío Rana no les pagaba la cantidad adecuada, torturó a un desconocido en una celda contigua. Pedían un crore y una rupia.

El tío Rana intentó negociar a la baja. El desconocido de la celda contigua gritaba cada vez que le apagaban un cigarrillo en la espalda. El tío Rana perseveró en sus negociaciones, pero los aullidos del desconocido se hicieron insoportables.

Al final, el tío Rana cedió. Estaba divorciado de la madre de Chiki--Chika, que se había ido de casa, y él se había hecho cargo de los dos. Poco después, su fábrica se incendió misteriosamente, los tres vigilantes murieron y cada familia recibió un lakh de indemnización. El asunto se silenció tan rápido que Babita supuso que el fuego había sido provocado para que el tío Rana cobrara del seguro. Pero ese dinero no fue suficiente. El tío Rana pidió más préstamos a la mafia para pagar la huida de Chiki-Chika a Nueva Zelanda, un país bucólico donde iban a reinventarse y vivir tan inocentemente como unos conejos entre los matorrales. Así que ahora había llegado el momento de poner en orden sus asuntos para poder reunirse con ellos en Auckland, pero había invertido tanto dinero en esa casa del parque Panchsheel que no podía dejarla atrás. Era imprescindible convencer a Babita de que la vendiera.

Sunny se tragó una amarga pastilla azul para dormir y recordó el sabor insulso, ligeramente rancio, del agua de Delhi, y el olor también insulso, como a cerrado, de la noche de Delhi, que parecía

haber estado guardada mucho tiempo en un armario. Aunque se hubiera ido de la India, no quería que su madre vendiese la casa de su infancia; quería que siguiera allí, siempre dispuesta a recibirlo. Una vez que se renunciaba a algo, como este extraño e insulso olor que acechaba en las profundidades de su psique, cabía la posibilidad de no recuperarlo nunca.

25

Sunny y Satya salieron a visitar las casas de las posibles novias en el coche de Babita, y ella le rogó a Sunny que volviera lo antes posible, aunque la primera dirección se encontraba a horas de distancia, en una nueva zona de la ciudad que crecía en forma de rascacielos. Durante el trayecto comentaron lo cambiada que estaba Delhi comparada con la metrópolis de su niñez. Satya, incómodo con una camisa almidonada de manga larga, tuvo un momento de aprensión.

—¿Crees que he hecho lo correcto? —le preguntó a Sunny.

—Es demasiado tarde para planteártelo.

Sunny había llevado su Nikon. Se lo estaba tomando como un ejercicio antropológico o periodístico, y por el camino pidió al conductor que se detuviera para fotografiar el cadáver de un búfalo devorado por perros callejeros. El conductor pareció humillado, y Satya también se sintió mal. Ahora que iba a casarse se estaba volviendo a vincular a la India de una forma real, mientras que Sunny dejaba claro a cada instante que ya se había convertido en un forastero, y como tal, se abalanzaba sobre las monstruosidades que la India seguía produciendo para el consumo de los extranjeros: leprosos sin brazos, una vaca con una pata en la joroba...

—¿Por qué fotografías estas cosas, Sunny? —le preguntó—. Eres muy crítico.

—¿Hacer fotos es ser crítico?

Cuando llegaron a las Garden Estate Towers, un guarda levantó la barrera metálica para dejarles entrar en el aparcamiento y les indicó el edificio que buscaban. Sunny y Satya subieron en un ascensor con las puertas plegables y recorrieron un pasillo salpicado de cemento e iluminado con unos pocos fluorescentes. Era oscuro incluso en pleno día. Llamaron al timbre y entraron en un piso igual de oscuro (las cortinas estaban corridas para protegerlo del sol), donde los recibieron un padre menudo, una madre menuda con un pulcro sari y una hija llamada Manjula, mucho más corpulenta y vestida con un *salwar kameez* verde claro y plateado. Satya no se atrevía a mirar a Manjula, aunque tuvo la sensación de que le gustaba. Para eso se había llevado a Sunny, para que corroborara su primera impresión. A él también le costaba mirarla, pero logró captar en ella un destello de entusiasmo.

La puerta de la cocina se abrió fugazmente y, junto con una criada que llevaba una bandeja con jugo de caña de azúcar frío, dejó escapar el ruido de un cuchillo haciendo tajos y el silbido del vapor de una olla a presión.

—Gracias —le dijo Satya—. Fuera hace mucho calor.

—Es verano, normal que haga calor —respondió Manjula. Y, temiendo haberlo puesto en ridículo, añadió amablemente—: Pero este año es peor.

—¿Piensas establecerte en Rochester? —le preguntó su madre.

—Depende de dónde consiga trabajo, tía.

—Hay médicos indios por todo el mundo —dijo Manjula.

—Hemos educado a nuestra hija para que tenga seguridad en sí misma —señaló la madre—. Su nacimiento fue tan celebrado como

el de su hermano.

Sunny advirtió que a la mujer le aterraba la posibilidad de que su hija se casara con un hombre que la hiciese callar.

—De hecho, no hemos tratado a nuestros hijos por igual —intervino el padre—. A ella le hemos dado un trato de favor, la hemos estimulado más, porque las niñas lo tienen más difícil.

—A estas alturas, todo el mundo sabe que las chicas son mejores que los chicos —dijo Satya.

Hubo un silencio. El silencio se intensificó.

Sunny recordó esa sensación mortífera de los salones de Delhi: aislados del mundo de fuera a causa del calor; el ritual de la conversación, sin que tener nada que decirse en el fondo; los titubeos, hasta que todos caían vencidos por un sopor colectivo, como si contemplaran un eterno huevo cósmico de pura nada.

—¿Cuántos años tiene este edificio? —preguntó, desesperado por sacar un tema que les permitiera recuperar el brío de un acto social.

—Tres.

—¿Cuándo lo terminarán?

—Ya está terminado. Sólo faltan unos pocos pisos por acondicionar —respondió el padre—. Hubo una disputa a la hora de adjudicarlos.

—No parece terminado —observó Sunny, y recibió una mirada de advertencia de Satya.

—Muchos indios afincados en el extranjero se han comprado un piso en este complejo —comentó la hija—. Encima tenemos a un piloto de Lufthansa, y enfrente a una mujer que estuvo casada en Polonia. El marido cayó gravemente enfermo y se dejó morir de hambre. Después de su muerte, ella volvió a Delhi; así lo habían planeado.

—¿Ah, sí?

Sunny mostró interés, pero el padre la interrumpió.

—¡No saques temas tan deprimentes!

—Nosotros —continuó Sunny, volviendo a los complejos de viviendas y hablando en plural, como una concesión para no parecer un forastero condescendiente— estamos levantando rascacielos, pero ya hay escasez de agua y el desierto está avanzando. ¿Qué plan tiene la ciudad para el futuro?

—De eso tendrá que ocuparse el Gobierno —respondió el padre en tono despreocupado.

—Pero ¿tiene un plan?

De nuevo la mirada de advertencia de Satya.

Se volvieron hacia Sunny.

—¿Para qué empresa trabajaba tu padre? ¿Cómo te apellidas? —Intentaban ubicarlo: casta, clase, dinero, valor—. ¿Dónde vives?

—En el parque Panchsheel —respondió él de mala gana.

—Debes de venir de una familia ilustre. Allí viven los ricos de la ciudad.

Satya sintió una punzada.

—Ilustre no es sinónimo de rico —replicó Sunny.

—La riqueza no se adquiere por casualidad.

—Corrupción —apuntó Sunny intentando rebajarse y ayudar así a Satya.

—No, no. No, no, no, no —dijo el padre con tono tranquilizador.

—Me temo que sí —dijo Sunny, y bebió otro sorbo de jugo de caña de azúcar de su vaso cubierto de gotas de condensación que le caían vergonzosamente sobre los pantalones cuando se lo llevaba a los labios.

Satya frunció el ceño, pero Sunny continuó.

—Mi abuelo paterno era corrupto. Fue ministro del Gobierno y adquirió al menos media docena de propiedades, por eso vivimos en el parque Panchsheel.

—Tú no tienes acento indio —observó Manjula con los ojos brillantes—, pero tampoco americano. Suenas más bien británico.

Parecía emocionada por lo que Sunny les había confesado.

Por suerte, la criada salió en ese momento empujando la silla de ruedas de su abuelo, vestido con una *kurta* de pijama. Sunny se dio cuenta enseguida de que era un excéntrico. A un lado le colgaba una bolsa de sonda para la orina cubierta con una pequeña toalla marrón que se cayó al suelo y hubo que volver a colocar, aunque a él no le importó. Carraspeó y se acarició el bigote cepillo antes de hablar.

—¿Vives en Nueva York?

—Él está en Nueva York.

—Él está en Rochester.

—Hay un lugar entre América y Canadá que se llama las cataratas del Niágara. ¿Lo conoces? Es famoso.

—Sí, tío —respondió Satya cortésmente.

—Verás, uno de los ríos más largos está en ese país.

—Sí, tío.

—¿Cuál es?

—El Misisipi, tío.

—Exacto. ¿Sabes cuál es el cañón más grande?

—El Gran Cañón —dijo Sunny.

—Todo el mundo se equivoca. El cañón más grande de América, es decir, del continente americano, son las Barrancas del Cobre.

—Es un experto en geografía —dijo su nuera.

—La geografía es mi pasión —afirmó él.

—Manjula también sabe. ¿Por qué no dejas que tu nieta diga algo?

—¿Cómo es Nueva York? —preguntó ella.

—Está emocionada —dijo su madre—. Aún no conoce Rochester, pero a todo el mundo le suena la ciudad de Nueva York.

Durante un rato no hubo conversación. La puerta de la cocina se abrió y salieron catorce platos, que desfilaron con majestuosidad. Sunny recordó que en los días de verano siempre surgía el mismo dilema: encender el ventilador y estar fresco, pero dejando que la comida se enfriara, o apagarlo y pasar calor, pero disfrutando de la comida bien caliente. Mientras que en casa Babita prefería la primera opción, allí habían optado por la segunda. Tenían el ventilador tan bajo que apenas agitaba el aire, pero aun así zumbaba ruidoso. Pusieron en el plato de Satya dos huevos fritos empanados y patatas especiadas —su especialidad—, y a continuación seleccionaron el pedazo de cordero más tierno y lo acompañaron con la parte de salsa más espesa, escondida bajo la capa de aceite de naranja. Cubrieron el cordero y la salsa con el aceite de naranja, que inundó los huevos empanados.

Satya lo comparó con su solitaria comida para llevar de Rochester y se le empañaron los ojos al pensar que alguien lo tuviera en tanta estima. Al otro lado de la mesa, Sunny le decía con la mirada: «No te dejes engañar por el aceite de naranja. Es lo que les dan a todos los futuros yernos.»

«¿Y qué?», replicó Satya, también con la mirada. «Es una muestra de cariño.»

La respuesta silenciosa de Sunny fue: «¿Cariño u opresión?» Estaba empapado en sudor.

—Eres de mal comer —le dijo la madre a Sunny—. Con los años necesitarás ganar peso. —Levantó una cuchara—. Toma...

—¡No! ¡Voy a vomitar! —gritó Sunny cubriendo el plato con la mano.

Ellos se ofendieron.

—Tu amigo tiene mal genio —comentó el abuelo.

Después de comer, les enseñaron una habitación, una de las tres del piso, donde estaban guardando todo lo relacionado con los preparativos de la boda de su hija.

—Hoy en día ya no hay dote, por supuesto, pero es un orgullo para nosotros asegurarnos de que nuestra hija estará bien instalada.

Ellos vieron una batidora, un horno *tandoor* eléctrico, una lavadora, mantas de invierno, un aparato de aire acondicionado, un calefactor eléctrico. El padre les enseñó una lámpara que se encendía con sólo tocar la pantalla, una arrocera japonesa e incluso un tigre de peluche que rugía con una luz roja intermitente en los ojos. Sunny contuvo el impulso de fotografiarlo.

—¿Conocéis a un caballero llamado Woodrow Wilson? ¿Sabéis qué inventó? —les preguntó el abuelo mientras se marchaban.

En el ascensor, Satya comentó:

—Ella es inteligente.

—Vamos a analizarlo —respondió Sunny cuando estuvieron de nuevo en el coche. Los asientos estaban tan calientes que apenas podían sentarse, pero el conductor no había logrado encontrar un lugar donde aparcar a la sombra—. Al final, sólo ha dicho obviedades.

—Yo tampoco he dicho nada interesante.

—Es cierto. Al menos ella ha mencionado al polaco que se murió de hambre. Lástima que su padre la ha interrumpido.

A Satya le molestó el desdén de Sunny, como si hubiera dicho algo malo sobre él. Tras la buena impresión inicial, Manjula tampoco le había caído bien, sobre todo después del entusiasmo que había mostrado por Nueva York en lugar de por Rochester. Pero quería que Sunny dijera algo agradable sobre ella para que le volviera a gustar y desapareciera el resentimiento hacia su amigo.

El siguiente barrio tampoco lo conocían. Era una urbanización cerrada que presumía de casas adosadas estilo londinense, seguridad las veinticuatro horas, un club social, un gimnasio y un centro de meditación que había inaugurado un famoso gurú. La casa de esta posible novia tenía un camino de acceso de mármol y un estanque con carpas *koi* y nenúfares custodiado por un mastín babeante que se había roto el lomo de cachorro y andaba con dificultad, recibiendo a los invitados con ladridos atronadores.

—¿Qué van a beber? ¿Whisky, vino, cerveza?

Satya no bebía alcohol, pero Sunny aceptó un Kingfisher agradecido. Con una copa se volvía más generoso y con sentido del humor.

—Eres una criatura magnífica, ¿verdad? —le dijo al mastín.

—Es de la misma raza que los que tenía Julio César —señaló el propietario de la mansión.

¿Cómo había encontrado la madre de Satya una familia así? En realidad, había contactado con ella gracias a un tío rico que había descrito a su sobrino como un brillante cirujano americano.

—Un perro precioso —dijo Satya, pero esa casa lo intimidaba, y le daban pavor los perros, lo que sabía que era un rasgo de no-occidentalización.

Las personas a las que no les gustaban los perros o pensaban que eran sucios, como a él le habían inculcado desde niño, no eran finas.

El padre de la posible novia vestía un polo verde Lacoste y, tras un sorbo de whisky de malta, les dijo:

—Mi empresa insiste en que me traslade a Estados Unidos, pero yo le he dicho: «Aquí soy el rey de mis dominios, ¿por qué iba a elegir ser un ciudadano de segunda en otro lugar?» Tenemos cinco empleados domésticos a tiempo completo, y dos coches con dos chóferes. Mis hijos han ido a los mejores colegios, juegan al tenis y nadan en el club. Pasamos las vacaciones en Phuket, Londres, Viena, Ciudad del Cabo.

Payal, la chica a la que habían ido a conocer, vestía vaqueros y un polo rosa Lacoste, y llevaba el pelo teñido con henna y recogido en una coleta. En las orejas le brillaban sendos diamantes. Cuando un criado se acercó con una fuente, ella le señaló a los invitados.

—¡Tomad un poco de *chikki*!

El criado se inclinó hacia Sunny, confundiéndolo con el pretendiente.

En la fuente había *nuggets* de pollo, cada uno con un palillo, y un pequeño tazón de mostaza con miel.

—Decidme, ¿por qué hacen los bocadillos tan grandes en Estados Unidos? —les preguntó el padre de Payal—. No caben en la boca, la mitad del relleno se cae y lo dejas todo perdido. Es un desperdicio.

—Yo soy fan de la buena comida —comentó Payal.

El criado se llevó al mastín a rastras cuando intentó zamparse los *nuggets*.

—¿Cuál es tu comida favorita? —le preguntó Satya, aliviado al ver que salía el perro.

—El filete —dijo ella—. La carne a la parrilla y el filete.

—¿No te gusta la comida india?

—No.

Ella se rió con un mohín encantador.

—Es como su padre —comentó la madre—. Yo soy feliz con un sencillo *dal-sabzi*, pero Payal y su padre no pueden comer un plato que no lleve carne. Salchichas, chuletas de cordero o de cerdo, bistec, parrilladas mixtas, hamburguesas, barbacoa.

Era evidente que Payal miraba a Satya como al *dal-sabzi*..

—¿Dónde vives? —le preguntó a Sunny.

—En Nueva York.

—Es mi ciudad favorita. Fuimos allí en... ¿cuándo fue, mami? ¿Hace cuatro años? Fuimos al Sloan Kettering y nos quedamos en el Windsor Plaza, donde también se estaban alojando dos estrellas de Bollywood con casos de cáncer en su familia. Mi abuela tenía cáncer de páncreas.

Satya no oyó nada durante un rato. Sentía un odio tan venenoso hacia Sunny, avivado por la sensación de verse excluido de la conversación, que se mareó. Una vez más, habían identificado a Sunny como al candidato más deseable, porque sus modales, vestuario, forma de hablar y acento encajaban con el perfil de una determinada élite de Delhi.

Sunny notó que su amigo se había distanciado.

—Bueno —dijo—, Nueva York era una ciudad bonita, se puede ver en las películas antiguas, pero ya no lo es. Y si eres pobre, en Nueva York no tienes ninguna oportunidad.

—Me caes bien —respondió el padre—. Dices la verdad, algo que nadie hace. Es una ciudad tercermundista. Vimos manadas de ratas correteando delante del hospital y montones de basura maloliente en la acera. Sorprendimos a un hombre defecando en el andén del metro. Los negros están más degradados que los pobres de la India; no digo que sean más pobres, entiéndeme, sólo que están socialmente más degradados. Tú que eres periodista, ¿por qué no escribes sobre esto?

Había visto en él a un adversario digno y lo retaba a conquistar a su hija superando las barreras del fracaso del sueño americano. De hecho, la seguridad de la que hacían gala todos los miembros de esa familia intimidaba incluso a Sunny. Eran a la vez nacionalistas indios y estadounidenses en sus gustos, y no parecían albergar la más mínima duda sobre sí mismos. Sunny necesitaba quejarse de Nueva York para sentirse seguro en Nueva Delhi. ¿Admitiría alguna vez que había cimentado el éxito inicial de su vida americana quejándose de la India, o que la confianza que tenía (y que dependía de Ulla, de su piso de Brooklyn o de su falta de amigos indios) se basaba en la vergüenza?

Mientras se quejaba de Nueva York y ellos le daban la razón y se volvían aún más groseros, sintió una punzada de malestar.

—¡Nueva York es una ciudad de mierda! —exclamó el padre de Payal triunfal, demostrando su dominio de la jerga estadounidense.

Bahadur se dio prisa en volver porque llegaban mucho más tarde de la hora a la que Babita los esperaba para cenar. Dejaron a Satya, y ya en Panchsheel, cuando Sunny levantó y dejó caer el pestillo de hierro en forma de medialuna de la verja, se fijó en que la luz de las ventanas de sus tíos se reflejaba en el follaje de los *gulmohar*, lo que significaba que estaban en casa: el tío Rana calculando sus deudas y el tío Ravi viendo una película de Hitchcock o Fellini. Lamentaba no poder visitarlos. Aquella mañana el tío Rana estaba en su puerta cuando pasó por delante. Lo saludó con la mano. «¿Pasas?» Sunny le devolvió el saludo con valentía y negó con la cabeza. El tío Ravi también salió. «¡¿Encarcelado por tu madre?!», le gritó.

Babita salió a la puerta con su camisón blanco de estopilla.

—Sunny Sanya, ¿eres tú por fin? ¿Qué ha pasado?

Le sirvió un cointreau, y Sunny separó los dedos de los pies al sentir el cosquilleo del ventilador.

—Es como si todo el mundo en esta ciudad se hubiera vuelto loco.

—Y así es —dijo Babita—. El dinero ha entrado a raudales, y ahora la gente de esta ciudad ya no distingue el frente de la espalda.

La luz que proyectaba la pantalla de seda *tussar* de la lámpara sobre una base de cerámica celadón creaba un ambiente íntimo. De las paredes colgaban una serie de litografías de Daniell: las ruinas de Mandu, las murallas del fuerte de Rohtasgarh que daban a un río azul pálido y beige... Sunny bebió un sorbo de licor reconstituyente.

Las dos chicas se acercaron para darles las buenas noches con media reverencia y un *namasté*, como les habían enseñado.

—Buenas noches, tía. Buenas noches, Sunny bhaiya.

—¿Está la cocina limpia y fregada?

—Lo está.

—¿Están encendidos los aires acondicionados?

—Lo están.

—Sabía que llegarías agotado, por eso les he dicho que enfriaran las habitaciones —dijo Babita.

Tanto Babita como las chicas eran conscientes de estar actuando para Sunny: ella le demostraba que instruía y elevaba a los pobres, y ellas que estaban aprendiendo. Poco antes de irse le habían preguntado: «¿Cómo son los edificios en América? ¿Hay autobuses como los nuestros? ¿Tienen tiendas como nosotros?»

Se marcharon riendo (sólo un poco, el momento de mayor hilaridad había pasado) para subir por la escalera de caracol exterior hasta su cuarto en la azotea. Sunny vio cómo Punita se daba la vuelta y salía como un ciervo.

—¿Cuántos años tiene Punita?

—Trece.

Al cabo de un rato, Babita y Sunny también se despidieron y se retiraron a sus habitaciones, ya frescas. Las chicas habían encendido la lámpara de Sunny, abierto la cama y dejado un vaso de agua y una vieja botella de limonada con agua filtrada sobre sendos posavasos con ilustraciones botánicas de tulipanes holandeses, un recuerdo del último viaje de Babita por Europa. Sunny se sentó en la cama para anotar en su cuaderno las conversaciones del día. Llevar un diario fomentaba el hábito de la observación minuciosa, tan esencial para una carrera en periodismo; si no, uno olvidaba los detalles que podían arrojar luz sobre el conjunto. ¿Podría ser como García Márquez, cuya obra se movía en la frontera entre la literatura y el periodismo? ¿O como Kapuściński, el gran reportero polaco de

África? Sin embargo, sabía que era inevitable que a Kapuściński se lo tachara de racista, como les sucedió a Forster, Orwell y Conrad. ¿Era posible que los escritores que encarnaron e iluminaron su época acabaran viéndose condenados por sus congéneres de ese futuro más ilustrado que ellos mismos habían ayudado a crear?

Cuando sonó el teléfono, Babita contestó; había un aparato en casi todas las habitaciones, incluso en los cuartos de baño, y en la casa había tres líneas por si una o dos se quedaban sin servicio. Abrió la puerta del dormitorio y le dijo a Sunny que contestara la llamada en su habitación. Babita siguió a la escucha.

—Sunny, es mejor que no me acompañes —soltó Satya.

—¿Qué quieres decir?

—Contigo nunca encontraré esposa. Dominas la conversación y no paras de alardear sobre Nueva York y el parque Panchsheel. En vez de ser mi amigo, te comportas como si fueras mi enemigo.

Sunny se sintió dolido. Se había comprado un billete de avión. Había soportado el desfase horario, el calor del verano y el aceite de naranja.

—¡No puedo evitar que pregunten sin parar por Nueva York! Les he dicho que era una ciudad horrible y que mi familia era corrupta.

—En cierto modo eso significa lo contrario. Los miras a todos por encima del hombro —continuó Satya—. Tu hindi es horrible; la gente se ríe al oírlo. Ni siquiera sabes comer con las manos. Es como si te avergonzaras de ser indio. Te has convertido en una parodia del *desi* americano.

Colgó antes de que él pudiera responder.

Por la mañana Sunny se lo explicó a su madre.

—Satya me pidió anoche que dejara de buscar esposa con él.

—Buena idea —respondió Babita—. Algún día podría culparte de haberse casado con la persona equivocada. —Y al cabo de un rato añadió—: Es más importante que veas a tus abuelos. ¿Por qué no visitamos a Nana y Nani en Allahabad?

Sunny se relajó en cuanto dejó que su madre tomara las riendas; en la India, nada funcionaba salvo la familia, y no tenía sentido escapar a esa realidad. Pero antes de ponerse en camino, durante la siesta de su madre, se escabulló hasta el mercado de Panchsheel, al final de la calle, para telefonear a Ulla desde una cabina. «No llames a casa, no hay privacidad. Ya te llamaré yo cuando pueda», le había dicho. Era arriesgado porque para Ulla ya debía de ser de madrugada. Si fueran una pareja enamorada, eso daría igual. Ella murmuraría entre sueños palabras de añoranza y la conversación podría tener una carga erótica. Pero no contestó.

26

Sunny metió algo de ropa y *El sabueso de los Baskerville* en una pequeña bolsa de lona, siguiendo la costumbre de leer a Sherlock Holmes en el tren a Allahabad como cuando era pequeño. Creía que entre las mejores razones para emigrar estaban hacer y llevar la maleta uno mismo, no tener criados y limpiar la propia casa. Gandhi había conseguido expulsar a los británicos de la India, pero no había tenido éxito al exhortar a los indios a limpiar sus propios retretes para que así descubrieran la esencia de los derechos humanos. Esta falta de comprensión de los derechos humanos, concluyó Sunny tras un análisis lógico de sus repercusiones, explicaba por qué a los indios nunca se les daría bien leer novelas: un lector de novelas entiende el concepto de los derechos individuales por el simple hecho de identificarse con las penas y alegrías de una persona, cualquier persona. Es al considerar los sentimientos y la dignidad de otra persona cuando uno desea limpiar su propio retrete. Un buen lector de novelas era un limpiador de retretes, de ahí que los indios no quisieran leer; eso desmontaría las jerarquías de castas y las divisiones que hacían que el mundo funcionara.

Se preguntó si este raciocinio tenía sentido y si al mundo editorial le interesaría como explicación de las pésimas ventas de ficción en el subcontinente.

Babita no leía novelas, jamás en su vida había limpiado su propio retrete y siempre viajaba con una monstruosa cantidad de equipaje preparado por el servicio. Vestida con un caftán para el viaje nocturno, daba indicaciones a un enjambre de porteadores jadeantes. Parte de lo que Sunny había traído de Nueva York se lo llevaban a los abuelos. No les gustaría el maloliente gorgonzola ni los mejillones en escabeche, pero apreciarían el chocolate con leche y avellanas o el suave gouda. Y siempre esperaban con ansia las salchichas Pigpo de la carnicería Pigpo de Jor Bagh.

Sólo había una plaza disponible en un compartimento de primera clase para cuatro, por lo que a Sunny le asignaron una litera con cortinas en un vagón de categoría inferior. Conforme salían de la niebla contaminada que envolvía la ciudad, percibió un olor a putrefacción y vio unas imágenes (como en un teatro de sombras, la silueta de una vaca muerta en una charca de aguas residuales y la silueta titiritesca de las personas que vivían en ella) que le hicieron pensar que no era el lugar adecuado para leer a Sherlock Holmes. Aun así abrió *El sabueso de los Baskerville* y recordó la desconexión que lo había salvado de niño: ese abandonarse al placer, ese verse a sí mismo, a la vez, como una figura ridícula.

Poco a poco, el paisaje cambió para dar paso a amplias extensiones de tierras de cultivo y campiña verde. Levantó la mirada de su libro y contempló la apacible vista, y pensó en Satya. No importaba si estaba de acuerdo con él sobre Payal y Manjula: a un amigo no hay que darle malas noticias.

Pensó que Satya tenía razón sobre su hindi. Era tan deficiente que le daba vergüenza. Sin embargo, de niño se sentía orgulloso de estar occidentalizado hasta el punto de no saber hablar su propia

lengua. También pensó en la historia que esperaba encontrar. Uno no puede hablar de su país si no sabe hablar su propia lengua. Sacó su cuaderno. ¿Estaba tomando notas porque pretendía utilizar su país natal para triunfar en Estados Unidos?

Se durmió y al amanecer, cuando se despertó con un silbido y un estrépito, descorrió un poco la cortina que colgaba de un alambre y vio *chapatis* y cuervos volando hacia delante impulsados por el viento, y después esos mismos *chapatis* y cuervos empujados hacia atrás. Bajó de la litera y, eufórico, caminó de un extremo a otro del tren parado: iba a llover, y la lluvia torrencial se llevaría consigo sus frustraciones. Se cruzó con varios estudiantes que volvían a la universidad, con miembros de un coro internacional de jóvenes que jugaban al burro, con dos jueces cascarrabias que discutían sobre la inversión de Enron en la costa de Maharashtra y con tres testigos de Jehová con sonrisas deslumbrantes y diccionarios de hindi a inglés y de inglés a hindi que intentaron conquistarlo de inmediato.

—Hemos venido a la India para *atma seva*.

—¿Vais a servir a las almas?

—Exacto.

—¿Con qué?

—Con amor.

—¡Pero si de eso tenemos de sobra en la India! ¡Lo que necesitamos es menos amor! —La otra cara del amor eran la culpa y las restricciones—. Sin amor seríamos libres para progresar.

Más adelante pasó frente a un compartimento lleno de hombres con bigote y fusiles.

—¿Por qué viajan armados esos hombres?

Un susurro.

—Chisss, están protegiendo a su jefe.

—¿Quién es su jefe?

—Un magnate del licor de Rajastán.

Pasó junto a una joven que estaba sentada con las piernas cruzadas mirando la lluvia. A su lado había un libro. Como Sunny era incapaz de pasar junto a un libro sin leer el título, retrocedió y se fijó en que ella tenía el rostro cincelado como el de una pantera, los labios largos, la mirada alerta y el pelo recogido en una sola trenza brillante de aceite, pero seguía sin ver el título. Así que pasó otra vez, y otra, hasta conseguirlo. Era *País de nieve*, de Kawabata.

Sunny quería ser periodista, seguir de cerca la suerte de la empresa energética Enron. Conocer la vida de un magnate del licor. Tal vez seguir también el caso de la joven que leía a un novelista japonés.

Al final se topó con su madre.

—Lo malo de este tren —soltó ella— es que no puedes evitar encontrarte con alguien de tu pasado a quien no quieres ver.

—¿A quién te has encontrado?

—Al irritante hijo del vecino de Allahabad. Y de buena mañana y en pijama, está realmente espantoso.

Llegaron a la estación a última hora de la tarde.

—Ghambir bhai, vas muy elegante —le dijo Babita al chófer de sus padres, que llevaba todo el día esperándolos—. ¡Qué camisa tan bonita!

Él asintió.

—Sí, es la camisa del letrado sahib. Ahora que ha muerto, su hija lo ha regalado todo. El sastre me ha arreglado las mangas porque me quedaban demasiado anchas.

—¿Shah sahib ha muerto? —preguntó Babita—. ¿Estás seguro? Acabo de encontrarme a su hijo en el tren y no me ha dicho nada.

—Esta mañana han vaciado la casa.

Las gafas del chófer estaban pegadas con cinta adhesiva.

Si Sunny no hubiera estado preguntándose si alguien con las gafas rotas era apto para conducir (por poco atropellaron a un ciclista) y cómo alguien tan arrugado era lo bastante vanidoso para retocar unas mangas demasiado anchas, se habría dado cuenta de la diabólica idea que asomaba en el rostro de su madre. Apenas duró un momento y ya se había desvanecido cuando respondió:

—Qué tontería. No deberían dejar la casa. La gente comete los errores más graves tras una muerte reciente.

—No les queda otra. La hija del abogado ha vivido toda su vida allí, pero ahora se ve obligada a irse.

El destino se desplegaba de una manera terrible, predecible y, según su lógica interna, satisfactoria.

Babita pensó en la insensatez de su propio padre, que, como su amigo el abogado, no había comprado un *bungalow* cuando los precios estaban bajos. «Ratty, no te mueras. Si no te mueres, ¡no te mueras!, te querré, ¡a pesar de todo!»

Encontraron a la abuela de Sunny atosigando al cocinero, que estaba friendo filetes de pescado.

—Estoy haciendo de más para la familia Shah; el cocinero puede llevárselas antes de que comamos.

—Yo las llevaré —se ofreció Babita—. Necesito aire fresco después de tanto tiempo encerrada, y debo dar el pésame.

Después de dejar los filetes sobre papel de periódico para que absorbiera el aceite y meterlos en un *tiffin*, Babita se fue

rápidamente y dejó a Sunny con Nana-Nani, que se habían quedado encantados con el *«Hi!»* que él había gritado sin darse cuenta al bajar del coche. Lo examinaron en busca de otros americanismos y le preguntaron sobre las costumbres estadounidenses que debían tener en cuenta. ¿Quería copos de maíz para desayunar? ¿Se había vuelto alérgico a todo? Conocían a alguien que había estudiado en Estados Unidos y había vuelto con alergia al polvo.

Cuando poco después hubo un corte de luz, una avería grave que afectó incluso a las farolas de la calle, la abuela de Sunny lo envió con una linterna a buscar a su madre e iluminarle el camino de regreso. Él recorrió el tenebroso callejón trasero que antes sólo utilizaban los criados hasta que, debido al tráfico de la carretera que pasaba por delante de las puertas de entrada, se volvió de uso común entre los propietarios e inquilinos de los *bungalows*. Sudando un poco, disfrutó del aroma salvaje de la lantana que lo rozó con sus hojas ásperas al pasar, del olor dulzón del arroz cociéndose y de la luz de los faroles y las velas que parpadeaban en las ventanas. Llegó al número 10 de Cadell Road y, tal como le habían indicado, dio la vuelta para entrar por la puerta principal y subió las escaleras. Pero no había nadie en el porche. Vio un libro en una silla vacía, lo cogió y lo iluminó con la linterna. Las cejas se le alzaron como gaviotas: era el mismo libro que había visto en el tren. En la portada había un sello morado con la tinta corrida: «Libros de Segunda Mano Hobson Jobson, Mussoorie 1961.» Las páginas eran gruesas, con un ligero relieve, y los bordes como de esquisto. En ellas había una reproducción de un grabado de unos viajeros en un tren hundido en la nieve. Un ojo se reflejaba en la ventanilla... ¿o flotaba en las colinas?

SEXTA PARTE

De mi corazón salieron muchos pensamientos

27

—¿Por qué no lo pusisteis en hielo? —Papá se sorprendió al descubrir que habían incinerado a Dadaji hacía dos mañanas—. ¿Cómo has podido hacerlo sin mí?

Mina Foi gesticulaba con la teatralidad con que se hablaba por teléfono con alguien que está lejos.

—¡¿Eh?! ¿Cómo? —bramó—. Nos dijeron que no podíamos esperar. Amal Kaka estaba aquí.

Desde que el hermano de Dadaji, Amal Kaka, había usurpado la propiedad ancestral, trataba a la familia a la que había traicionado como a un enemigo. Después de engañar a alguien, no queda más remedio que convertirlo en un ogro para justificar las propias fechorías. ¿Había precipitado la ceremonia y asumido el papel de Papá en los rituales para incinerar su culpa de una vez por todas? ¿O para probar su inocencia, evidenciando la ausencia de su sobrino para que todos la condenaran? Curiosamente, Dadaji, abogado especializado en litigios sobre la propiedad, nunca había emprendido acciones legales contra su hermano.

—¡Y voy a desmantelar la casa! —gritó Mina Foi, como si ya estuviera tan sorda como Ba, para dar a entender que no podría oír su respuesta.

—Espera —le dijo Papá—. Sólo espera. Tenemos billetes para el expreso nocturno.

Sonia y Papá se abrieron paso entre el gentío del andén, pasaron por encima de la gente que dormía en el suelo, envuelta de pies a cabeza en sábanas como cadáveres, y encontraron su compartimento lleno hasta los topes con los baúles atados de una pareja de ancianos bigotudos a la que su hijo estaba instalando para el viaje.

—Por favor, cuida de mis padres, tío —le dijo a Papá.

Sonia sintió la punzada que vio atravesar el rostro de su padre. Ese hombre aún tenía a sus padres, mientras que él había perdido a Dadaji y a Ba. Sonó el silbato y el hijo tocó los pies de sus padres, recibió sus bendiciones y se marchó. El tren empezó a avanzar repiqueteando al ritmo de una tabla de percusión, y los porteadores, con chaqueta roja, boina blanca, insignia de latón y turbante, bajaron ágilmente. La anciana se tumbó y se tapó la cara con el sari, pero el viejo continuó asesinando a Sonia y a Papá con la mirada. Creía que lo mejor era no distinguir entre amabilidad y hostilidad al tratar con desconocidos.

—¿De dónde?

—Delhi —respondió Papá.

Él señaló a Sonia.

—Mi hija.

Una expresión de pánico asomó en los ojos de Sonia. Sabía lo que se avecinaba. Era una familia que se delataba a sí misma desde las primeras preguntas.

—¡¿Casada?! —bramó él.

Papá se levantó de un salto y empezó a probar los distintos interruptores del compartimento.

—¡No casada! —El anciano clavó la mirada en Sonia, horrorizado. Se volvió hacia Papá para que lo tranquilizara—. ¿Esposa? ¿Dónde está su esposa?

«No le digas a tu madre que venga a Allahabad», le había advertido Papá a su hija. «No la molestes.»

Sonia no le dijo que ya se lo había preguntado. «¿No vienes al funeral, Mamá?»

La culpa es como la levadura. Y la de Mamá se enconó y se hinchó. Se había levantado al amanecer, cuando la niebla ya descendía, emergiendo las siluetas retorcidas y con garras de los árboles nudosos y cubiertos de musgo, y la figura de *Babayaga* esperaba al sol y al lechero del pueblo de los lecheros. Hizo la maleta y acompañó en silencio a Sonia montaña abajo en el taxi, como si estuviese enfadada con ella, lo que era injusto pero cierto. Iba sentada muy rígida. Cuando llegaron a Dehradun, se bajó y se rascó la garganta como si se aflojara educadamente una soga.

—Sonia, me preocupa que Moolchand se traslade a la casa y duerma allí para luego reclamar derechos de ocupante, o que a *Babayaga* se la lleve un leopardo si no hay nadie que se asegure de que entra por la noche.

—Te estarán esperando.

—Tenía ochenta y ocho años. Los monstruos viven mucho tiempo.

—Todo el mundo hablará. Podrías irte a los pocos días.

—¡Y cómo trataba a Mina Foi!

Había tomado otro taxi para volver al bosque, que siempre estaba de su parte. Para abandonar su matrimonio y la comunidad que lo

sostenía, debía ser una guerrera implacable, o la arrastrarían de vuelta. Había necesitado una inmensa determinación para llegar hasta allí.

Papá se escabulló de las preguntas del anciano para ponerse el pijama, emulando a Dadaji, que siempre aparecía impecable y enfundado en un pulido atuendo de noche a rayas azul marino y blancas, como si se dispusiera a retirarse a una alcoba del Ritz de Londres, el Strand de Rangún o el Raffles de Singapur. Evocó ese contraste en la letrina, del tamaño de un armario, donde ni siquiera había un asidero para mantener el equilibrio encima del hoyo, por el que se veía el vacío difuminado deslizándose por debajo. En adelante le acompañaría la muerte de sus padres, pues ése era el inevitable punto intermedio en la vida, cuando todo lo vívido se situaría poco a poco en el pasado, el presente se haría más insustancial y los fantasmas se volverían más reales que la realidad. Sintió más miedo que pena, o quizá era que la pena no se distinguía del miedo. Dejó escapar el aliento en una exhalación agitada. Recordó que debía intentar contener sus emociones delante de su hija, porque un padre tiene que consolar a su hija cuando muere su abuelo. Tienes que demostrarle que la vida continúa, fingir que la muerte es un suceso cotidiano, para que ella, a su vez, algún día logre superar tu propia muerte.

Papá recordaba que su padre se lo tomaba todo como si fueran sucesos cotidianos. Había dormido a pierna suelta durante las guerras, la Partición de la nación y los disturbios entre comunidades. Nunca tuvo dudas; nunca anheló, al parecer, caminos no tomados.

No era la religión lo que le infundía serenidad, pues había recibido una educación laica y la había abandonado. ¿Se debía entonces a esa determinación marcial de vivir el día a día sin pensar nunca en el pasado ni el futuro? ¿Era arrogancia o modestia? ¿O era simplemente que Dadaji nunca se había hecho preguntas, ni siquiera las más elementales, porque nunca había pedido nada que no se le concediera? ¿Cómo había conseguido hacer el viaje desde las certezas de su vida hasta el infinito sin forma? Nunca le enseñó una de las lecciones esenciales que un padre podía legar a un hijo: cómo abandonar este mundo. Al igual que el camino del místico, reflexionó Papá, una vez completado el viaje, éste se volvía indescriptible.

Por un momento, Papá se sintió resentido con su propio padre, que había abandonado la fe. Sin religión, uno siempre sufría por no saber. En su viaje a la fábrica de sacos de cemento, Papá había averiguado que entre su jefe y él existía una diferencia insalvable en cuestiones de fe, gracias a que, a pesar de su riqueza, el industrial había querido que compartieran la habitación de hotel para ahorrar. Así, en el hotel Cinderella, Papá había descubierto que el maletín de su jefe, al abrirse, se convertía en un altar portátil ante el que el hombre rezaba cada mañana, tras levantarse antes que el sol para darse un baño vigoroso, sonarse ruidosamente la nariz y aclararse la garganta. Luego empezaba a tocar una campanilla y a alargar las vocales de sus plegarias desde la base del estómago, como si brotaran de una cueva prehistórica. Al anochecer, conmovido por la intimidad de lavarse los dientes juntos y acostarse uno al lado del otro, Papá, de cincuenta años, le había preguntado a su jefe, de ochenta y uno:

—Dígame, ¿su dios no puede disculparlo cuando está de viaje? ¿Por qué exige tanta atención?

—¿Es una broma? —preguntó el señor Gupta con brusquedad—. Cuando viajas, ¿debes dejar atrás tu corazón y tu alma?

Tal vez había una conexión directa entre los dioses de la maleta y el hecho de que su jefe nunca se angustiara cuando fracasaban las aventuras empresariales.

Estaba convencido de que Papá y él desempeñaban las funciones que les habían sido asignadas según un plan celestial que quizá se revelaría mucho después de que ellos mismos hubieran dejado este mundo.

Puede que Dadaji hubiera muerto, pero no había desaparecido; simplemente había cambiado de forma. Aparecía en cada resquicio desocupado de su mente, aún más presente ahora que no habitaba su propio cuerpo. Acompañaba a Papá, dictándole: «¡Mantén el nivel!» Papá regresó al compartimento para cepillarse los dientes en el lavabo que había junto a la ventanilla con una botella de agua, y se alegró de comprobar que su compañero de viaje, superado el shock de viajar con una muchacha soltera ya de cierta edad y un marido sin esposa, estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados y la boca abierta.

Sonia, en la litera superior, estaba despierta pensando en que había empezado la erosión; ya no había nadie entre Papá y el abismo, aunque él, por suerte, la tenía a ella como ancla. Un día no habría nadie entre ella y la inmensidad. No estaba preparada por la sencilla razón de que no había encontrado un amor digno de confianza. Una vez más recordó a Ilan. Ya no era exactamente él. Como Dadaji, estaba tomando otra forma; los recuerdos se

desgastaban y pulían con la repetición, reduciéndolo a un hombre con el talento creativo de un diablo, o al mismo diablo. El diablo sabe seducir, engañar, chantajear. Se acordó de *Madre nadando, el lago recuerda*. Ella había deseado aquella mezcla de vida y sueño, aunque sobre el agua se proyectara una sombra.

Avanzaban lentamente por las vías entre Delhi y Allahabad, el tren casi tan dormido como sus pasajeros, cuando una fuerte ráfaga de viento sopló y lo sacudió hasta detenerlo. Desde la litera inferior, Papá descorrió la mugrienta cortina y Sonia vio la silueta de su nariz inquisitiva.

—¿Dónde estamos? —murmuró la joven para no despertar a sus compañeros de viaje, que seguían durmiendo enfrente, con gemidos espeluznantes y suspiros desolados que se sumaban a la tormenta de fuera.

Él miró hacia el torbellino de viento y lluvia que azotaba los costados de lo que en esos momentos parecía poco más que una caja de hojalata. No se veía ninguna luz, ninguna vivienda.

—En medio de la nada.

Salió del compartimento y se paseó por el pasillo en pijama. Mientras caminaba inquieto, una mujer bajita y regordeta, con un caftán estampado con amapolas mogoles, zapatillas de deporte y el pelo cardado como la cresta de un bulbul, se le acercó desde el otro extremo del pasillo. La reconoció como Babita Bhatia, la hija viuda del compañero de ajedrez de Dadaji, el coronel de Allahabad, e intentó adoptar la expresión de una persona demasiado ensimismada para reparar en nadie. Pero ella se detuvo.

—¡Manav! Eres tú, ¿verdad? Hace tanto que no nos vemos que no estaba segura. Qué casualidad. ¿Vuelves a casa?

—Sí.

—¿Dónde has estado todos estos años? ¿Sigues viajando por el mundo?

El orgullo de Papá pudo más que su aflicción.

—Estoy planeando un viaje a Kioto —respondió.

—El último viaje que hice al extranjero fue a Estocolmo... ¡Qué maravilla! Tenías la sensación de entrar en un cuento de hadas.

Las historias de viajes volvían a las personas competitivas, incluso respecto a los lugares que ya conocían, por no mencionar los que aún no habían visto.

—Estuve a punto de ir, pero al final me decidí por Grecia —admitió Papá.

—¿Grecia? —se burló ella—. ¡Qué gente tan seria! No se divierten desde antes de Cristo. Sólo se ponen alegres cuando se emborrachan y tiran los platos. No hay nada que ver aparte de un montón de piedras.

—No es un lugar al que se pueda viajar sin preparación. Hay que estudiar la historia y tener imaginación.

—Más vale imaginárselo desde casa, sin desembolsar una fortuna. Subí una colina hasta un yacimiento arqueológico y al llegar a la cima me encontré una cabra en una pared derruida y, al otro lado, a dos pakistaníes que me dijeron: «¡Pensábamos que era un lugar turístico, pero no hay nada!» ¿Te imaginas recorrer toda esa distancia y pagar todo ese dinero por una india, dos pakistaníes y una pared derruida con un animal que eructaba? ¡Y luego ese *kabob* seco! «Salsa, por favor, necesito salsa, o no me pasará por la garganta», no paraba de pedirles. Miles de años de civilización y eso

es todo lo que han conseguido: pedazos de carne cruda, pan seco y trozos enormes de verdura cruda.

El tren seguía detenido, pero otros viajeros se estaban levantando y abriendo las puertas para que entrara el aire, mientras los porteadores, con expresión somnolienta, llevaban termos desbordantes de un té beige lechoso. Los tres testigos de Jehová se habían unido a los jóvenes del coro internacional y cantaban «¡Gloria-gloria-gloria-gloria-gloria!». Su compañero de viaje abrió los ojos.

—¿Madre? ¿Madre? —comenzó a decir, reanudando la conversación de la noche anterior—. ¿Esposa? ¿Esposa? —Al final ató cabos: la madre de la pobre chica había muerto y, por tanto, no podía casarse, porque tenía que sacrificar su propia vida para cuidar de su padre—. No sabemos qué nos dará Dios —empezó a cacarear, despertándose del todo al cobrar conciencia de la desgracia ajena.

Sonia bajó de la litera superior y se sentó a leer junto a la ventana. La invadió una comezón y dejó el libro. El misterio central de *País de nieve* nunca se revelaba por completo, pero se manifestaba en todos los aspectos, uniendo la narración al mismo tiempo que la rompía a pedazos.

Fuera, la lluvia se arremolinaba tomando formas diferentes: tan pronto eran anguilas como un estampado de cachemir. Alguien pasó. Poco después volvió a pasar inclinándose para ver lo que ella leía. La lluvia arreció. El chico pasó por tercera vez. Sonia simpatizaba con cualquiera que estirara el cuello para mirar los títulos de los libros, así que inclinó el suyo. Al hacerlo, se dio cuenta de que él tenía la nariz altiva y el porte apuesto de un águila o un nabab, y llevaba

una camisa con un estampado diminuto como el del rastro que deja una concha.

Papá volvió, vio a un intruso mirando a su hija y cerró la puerta del compartimento.

—¡Entrometido!

La tormenta dio varias vueltas como si se persiguiera la cola antes de alejarse rugiendo, y el tren empezó a moverse. Era de noche cuando llegaron al *bungalow* empapado de Cadell Road.

28

La casa parecía desierta, y el caballero corpulento del pórtico con la nariz apuntando al cielo parecía más iluso que nunca.

—¿Mina? ¿Mina Foi?

Sonia y Papá abrieron las largas y delgadas puertas batientes y se dieron de bruces con Dadaji. Tenía la expresión inquisitiva que siempre adoptaba cuando estaba a punto de responder triunfal a la pregunta que él mismo había hecho. «¿Cuál es el país más pequeño del mundo?

»¿No lo sabes? Vamos, vamos. ¿No lo adivinas?» Esperaba. «Uno... dos... tres... ¡El Vaticano, por supuesto!»

Tardaron un momento en comprender que no era él, sino una fotografía adornada con guirnaldas que ocupaba un lugar destacado de la pared, según era costumbre después de una defunción. Todas las criaturas hablan con los ojos (el elefante, el tucán) y los de Dadaji decían que eran ellos los burlados.

—Papá, la casa está vacía.

Sonia señaló la desnudez de las habitaciones bajo los ventiladores que colgaban del techo alto. Sólo quedaban las huellas de los objetos, huellas tan antiguas que al final tal vez eran más reales que los propios objetos.

—¡¿Mina?! —gritó Papá llamando a su hermana.

—¡¿Mina Foi?! —gritó Sonia llamando a su tía.

—Aquí.

Su voz malhumorada llegó de la habitación contigua.

Tendida como en un ataúd, con las manos cruzadas sobre el pecho, los pies juntos, toda ella pulcra y compuesta en la cama en la que habían muerto su madre y, tres días atrás, su padre, estaba Mina Foi.

—Mina Foi, ¿qué ha pasado?

Ella sacó la nariz y sus gafas negras y cuadradas a través de la mosquitera, toda cubierta de manchas que se extendían como un reguero de orina, y los miró con fiereza.

—Papi murió, y cuando protesté por la incineración y dije: «¿Qué pasa con Manav?, tenemos que esperarlo», ellos insistieron: «Según la ley hindú, no se puede esperar para incinerarlo.» Todo se hizo de forma chapucera, sin la solemnidad que requería la ocasión. El *pandit* se presentó con pantalones. Se excusó diciendo que acababa de volver de otro compromiso y no había tenido tiempo de ponerse un *dhoti*. Ni siquiera quemaron bien el cuerpo: había trozos de huesos entre las cenizas.

—Los muertos no son conscientes.

Papá, sentado en el borde de la cama, intentó consolar a Mina Foi. ¿Un padre incinerado sin su hijo? Era inaudito, salvo en tiempos de epidemias.

—Le dije a Amal Kaka: «Volvamos a tomar el té», pensando que se quedaría un poco para ayudar, pero me dijo: «Bueno, Manav ya está en camino y podrá hacerse cargo», y se fue sin mirar atrás. Las cenizas están en el armario Godrej junto con los papeles de papi.

—¿Dónde están los muebles?

—Oh —dijo ella moviendo los pies con desdén por debajo del camisón, cuyo estampado se había desteñido hasta convertirse en rosas fantasma—. Tengo que dejar la casa, así que vinieron y se los llevaron.

—¿La casera te ha amenazado?

—Vino en cuanto se enteró de que papi había muerto.

Con las prisas, la señora Luna Pant había tropezado en los escalones del porche y había perdido una zapatilla. Como no sabía cómo comportarse, Mina Foi había decidido proceder metódicamente. Cuando el cocinero retiró la tetera, deseoso de que Mina Foi saliera y se enfrentara a su destino (él compartiría ese destino con ella y quería conocerlo; no podía soportar más el suspense), ella le pidió que la trajera de nuevo. Le pidió que le trajera la leche y el azúcar. Rascó los restos de mermelada de frutas que quedaban en el plato, primero en sentido vertical y luego horizontal, hasta que desapareció cada pequeña marca roja. Limpió con la lengua el cuchillo de mermelada y se humedeció el dedo para recoger las migas.

Cuando no quedó nada en el plato, ni siquiera el brillo, y no quedó nada en la taza, excepto las últimas gotas, salió.

—He venido en cuanto he podido, Mina. No importa la edad que tengamos, cuando nuestros padres mueren nos sentimos huérfanos —le había dicho la señora Pant—. Como sabes, hemos perdido una fortuna alquilando la casa a tu padre, nos ha arruinado, pero nunca os hemos desalojado ni os hemos amenazado con matones. Hemos actuado en contra de nuestros intereses: la vida y la fortuna nos han pasado de largo.

Mina Foi no dijo que a ella también le habían pasado de largo.

—Ahora tenemos una responsabilidad con nuestra hija, que está soltera porque no hemos podido proporcionarle una dote decente.

Mina Foi no dijo que lo indecente era tener dote. Ni que ella tampoco estaba casada. Se abrochaba y desabrochaba el botón superior del camisón.

—Las personas mayores no deberíamos interponernos en la felicidad de los jóvenes —había continuado la señora Pant.

Mina Foi no se molestó en preguntar por qué había que dejar que la felicidad de los jóvenes se interpusiera en la de las personas mayores.

—Estoy segura de que tu padre lo habrá dejado todo arreglado, pero tómate tu tiempo para hacer el equipaje —la había tranquilizado la señora Pant. Y, al bajar las escaleras y recoger la zapatilla, había añadido—: Podemos esperar un par de días.

Mientras Papá y Sonia se dirigían a Allahabad en el tren nocturno, Mina Foi se había despertado con el timbre de la puerta y una ráfaga de partículas irisadas colándose por la mosquitera de las ventanas. Encendió la lámpara a la que tanto cariño tenía desde niña (parecía una sopera translúcida del revés, pintada con flores rosas) y supo que el tren de Delhi llegaría tarde. Abrió la puerta, dejando que una brisa refrescante le hinchara el camisón, y vio que una multitud empapada, iluminada por la luz de la tormenta, se había congregado frente a los árboles que se movían como si estuvieran bajo el agua. Vio al planchador, al lavandero, al electricista, al fontanero, al padre y a Dari, el secretario, que se había puesto su único traje, heredado de su tío, que lo había recibido al morir su empleador. Vio a los

criados, que salían con prisas de sus barracones. Nadie en la casa principal sabía cuántas generaciones habían vivido en ellos, ni siquiera quién era quién: el sobrino del yerno de la criada, las numerosas viudas que no tenían adónde ir, los descendientes de los criados de la casera, los inquilinos de los criados, el criado de un criado.

Cuando Mina Foi los invitó a pasar, las zapatillas de esos hombres dejaron huellas de arcilla en el suelo rojo y pulido. Ella los condujo hasta las pertenencias de su padre, y sintió que el corazón le daba un vuelco de pena al ver aquel montón de prendas: simples objetos ya desposeídos del vigor que les daba su dueño.

Tímidos al principio, los hombres se probaron la ropa para ver si les valía. Se llevaron siete juegos de calzoncillos deslucidos, pero planchados con esmero. Se repartieron siete pañuelos tristes y grisáceos; cinco camisas de trabajo y dos de fiesta; cinco pantalones de algodón y dos de gabardina de lana. Contemplaron, con piadoso pesar, el magnífico abrigo negro de Dadaji, comprado en Londres durante su vuelta al mundo. Se probaron sus zapatos con el respeto formal propio de un discípulo. Enmudecieron ante el resistente tejido de tres trajes confeccionados por los sastres hongkoneses de Calcuta. Lloraron por su pijama de rayas azul marino y su *pashmina*. Velaron por sus corbatas, sus insignias universitarias, sus medallas escolares, sus togas y cuellos de abogado, su ejemplar de la Constitución india. Se llevaron los frascos de medicinas por si contraían enfermedades similares en el futuro y lo que quedaba de la vieja crema de afeitar Old Spice. Al padre se le llenaron los ojos de lágrimas al ver el modesto peine al que le faltaban varias púas, la sencilla navaja de afeitar, el cepillo de dientes gastado. Todos

nosotros, incluso los más dominantes, somos seres humanos. La brocha de afeitar, con sus cerdas aún inclinadas en la dirección en la que se había untado espuma en la cara por última vez, parecía rogar en silencio por Dadaji.

Mina Foi había guardado las cenizas de su padre bajo llave en el armario Godrej metálico tipo arcón antes de que los dolientes, en un *crescendo* de despedidas, sacaran la nevera portátil oxidada, se guardaran el destornillador y las pinzas en los bolsillos y se apresuraran a llevarse las camas entre los árboles. «Nunca he dormido en una cama», susurró la mujer del cocinero. Se le había olvidado poner cara de tristeza. Los vecinos se acercaron a ver si también había algo para ellos; su conversación se desvió hacia asuntos corrientes: el dengue, la escasez de agua. Se llevaron las muñecas de una vitrina, vestidas con los trajes típicos de distintos países; el álbum de sellos; los prismáticos con los que Papá y Mina Foi habían esperado ver un leopardo en Dalhousie, pero sólo habían captado la intimidad de los monos; el proyector con el que podían ver diapositivas de un tono cálido de Dadaji y Ba en Machu Picchu y Trafalgar Square, y a Mina Foi, en una pose de la danza del Bharatanatyam y con pantalones acampanados, antes de que la etiquetaran de gafe.

«Lleváoslo todo», los instó Mina Foi, que había aprendido que, una vez que uno había empezado a desprenderse de sus pertenencias, quedarse con unas pocas sólo conseguía subrayar la pérdida de un modo insoportable. Pero cuando llegaron a la cocina, Khansama entró en acción y detuvo la voracidad. Empuñando una escoba tan mugrienta que nadie quería que lo golpeara con ella, alejó a la turba de su querida lata Dalda y de su tenaz nevera, que

despedía tanto calor que siempre había cucarachas. «Las cucarachas aún no se han ido.»

Por último, cuando la muchedumbre ya se había dispersado, llegaron los traperos, cuya comunidad se encargaba de divulgar las noticias de los fallecimientos de un extremo a otro de la ciudad y tenía un instinto muy desarrollado para saber cuándo exactamente abalanzarse sobre los restos.

—De modo que vinieron, ellos también vinieron, con su olor a patata podrida —dijo Mina Foi al relatar la escena.

Habían arramblado con las tuberías oxidadas y los cristales rotos, no sin antes obligar a un niño con discapacidad mental a cargar sobre la cabeza el calentador de agua caliente averiado. Mina Foi quedó conmocionada por la rapidez y la crueldad con que se derrumbaba un imperio. En pocas horas, todo lo que ella había considerado inexpugnable había sido desmantelado, destruido y saqueado.

Esa misma noche apareció una rata en su dormitorio, la primera que veían en la casa. Cuando la miró, el animal levantó la barbilla para sostenerle la mirada, y Mina Foi supo que incluso las ratas de Allahabad se habían enterado de la noticia de la muerte de Dadaji, y pensó que su audacia presagiaba su propia debilidad. Ahora era una mujer sin padre, sin marido, sin hijos, sin hogar, sin profesión. Tenía casi cincuenta y ocho años.

—¡Tienes que pedir que te devuelvan las camas! —la instó Papá dirigiéndose al mueble bar—. ¿Dónde vamos a dormir?

—Hay una cama. Papi y mami murieron en ella, por eso no se la ha llevado nadie.

—Somos tres.

—Sonia puede dormir conmigo.

—¿Y yo? —Sus dedos se aferraron a una sombra—. ¡Mina!

—El padre se llevó las botellas.

—¡Eso es pecado!

—Para nada. No tiene prohibido beber. Otra cosa es emborracharse.

Mina Foi tenía simpatía por la iglesia porque le recordaba a su verdadero amor, Ernest. Aunque el padre no se había atrevido a invitarla a estudiar la Biblia por si las turbas justicieras lo acusaban de convertir a los hindúes, siempre la animaba a asistir a la gala benéfica anual, y en ellas había descubierto que a los hombres en la iglesia se les enseña a abrir la puerta para que las mujeres pasen primero, a apartar la silla para que se sienten o a cederles el sitio en la cola del bufé. Todo lo contrario de lo que hacían los hombres hindúes y musulmanes, que entraban primero, se sentaban primero y comían primero, quedándose lo más tierno, lo más aceitoso, lo más crujiente, lo más dulce.

Y en ese momento, como en respuesta a la cólera de Papá, se cortó la luz. Aunque no quería herir los sentimientos del padre, Mina Foi se dirigió a la cocina para coger una vela y pedirle al cocinero que recuperara el whisky. Al acercarse, avanzando con cuidado en la oscuridad, oyó una voz meliflua murmurar en secreto. Se pegó a la pared y acercó el ojo a una rendija para mirar el interior de la cocina, donde un cabo de vela ardía en la tapa de una lata e iluminaba las paredes y el ventilador, que estaban prácticamente cubiertos de grasa ahumada y mugre.

—¿Así que Mina debe marcharse? —pió una mujer—. Ay, qué triste. ¿Y qué vas a hacer tú? Debes de estar preocupado, después

de tantos años al servicio de la familia... ¿Y no te han dejado nada? ¿Ni una pensión, ni una bonificación, ni una cuenta en Correos?

Atónita, Mina Foi continuó escuchando.

—Bueno, ya sabes cómo te consideramos en mi casa, Khansama —continuó la voz—. Somos casi de la familia, vecinos desde hace tanto tiempo...

A través de la grieta, Mina Foi vio asomar el único diente marrón del cocinero. Por un instante una sombra de cautela cruzó su rostro y el diente quedó oculto, pero esa reserva enseguida se desvaneció, y él y su diente se entregaron de nuevo al deleite de ser cortejados.

—Khansama, sabes que en todo Allahabad se te conoce como el mejor cocinero. Mi hijo sueña con tu *kakori* y tu *galawati* hasta en América.

Y entonces bajó aún más la voz. Un funeral podía ser la ocasión perfecta para cortejar a un sirviente doméstico con toda una vida de formación y un tesoro de recetas. Durante la salida de objetos de su casa, Mina Foi había olvidado que también podían arrebatarle al personal y llevárselo a toda prisa...

Dio un paso al frente.

Y la mujer se dio la vuelta.

—¡Babita Bhatia!

El cocinero se dio cuenta de que le acababa de ocurrir lo que le había ocurrido toda la vida: justo cuando alargaba la mano, el destino le arrebataba la oportunidad.

—¿Qué tontería es ésta? —le dijo Mina Foi a Babita—. ¿Acaba de morir papi y ya intentas robarnos a nuestro cocinero?

—¡Quién quiere robar a un cocinero! ¿Iba a poner en peligro así como así la amistad que une a nuestras familias? Estás trastornada

por la muerte de tu padre.

—¿Por qué has entrado por la puerta trasera, entonces?

—Para dejaros los filetes sin molestar.

Papá llegó gritando por el pasillo.

—¡Y dile a Khansama que traiga una cama...! ¡Oh!

Se le ensombreció el rostro al ver a Babita Bhatia.

—¡Qué descuido de tu parte no decírmelo en el tren, Manav! —exclamó la visitante—. Y yo parloteando sobre Grecia...

—Ha intentado robarnos a Khansama —la acusó Mina Foi.

Sonia se abrió paso entre las voces alzadas.

—Mi hija —la presentó Papá.

—No te he visto en el tren. —Babita intentó sonreír, pero sólo torció el gesto. —Tú eres la que estudiaba... ¿dónde era?

—En Vermont —respondió Sonia.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—No, he vuelto a la India.

—¿Cómo has renunciado a una oportunidad así?

—Sin gente no somos nada —intervino Mina Foi—. Allí se está muy solo, no para de nevar.

Salieron las dos al porche, cada una con una vela en la tapa de una lata pringosa.

—¡Tenemos otro intruso! —exclamó Mina Foi dejándola caer.

—Sólo soy Sunny Bhatia —dijo la figura en la oscuridad—. He venido a acompañar a mi madre a casa.

—¿Sunny? ¿Por qué has venido?

—Nana-Nani me han mandado a buscarte con una linterna.

—Pues tendremos que darnos prisa en volver.

—Dile al coronel que tu madre ha venido a robarnos a Khansama nada más morir papi —intervino Mina Foi.

—¿Cómo se puede robar a un ser humano? —replicó Babita. Se volvió hacia Sunny—. La familia del señor Shah está de luto; deberíamos dejarlos descansar.

Sunny sospechaba que la dueña de *País de nieve* se encontraba en algún lugar de la casa. Caminó de mala gana hasta la puerta, luego se volvió y dijo:

—¿Puedo pedir un vaso de agua? Tengo la garganta seca.

—Espera a que lleguemos a casa.

Sunny fingió que tosía, y en ese preciso instante (¡oh, maravilla!) otra vela surgió de la oscuridad de la casa. El aire estaba quieto; la llama se alzaba reverente, iluminando sólo los magníficos labios con un rictus de reproche de la portadora de la vela.

—Te he visto leyendo un libro en el tren —consiguió decir él.

—En realidad, no estoy leyéndolo. —La voz que salió de aquellos labios desligados del cuerpo era clara y meliflua—. Lo intento, pero no puedo de tanto que me gusta. Lo tomo y lo dejo, lo tomo y lo dejo.

Puso la vela sobre la mesa del porche y los labios desaparecieron.

—Ésta es Sonia —la presentó Babita—. Ha vuelto de América porque se sentía sola.

—No era sólo la soledad —replicó ella al darse cuenta de que aquella mujer a la que no conocía quería avergonzarla—. Era todo lo que tenía que hacer sola.

—¿Por qué tenías que hacer cosas sola? —le preguntó Babita.

—Ésa es la premisa de ser estadounidense: como individuo, estás solo y tienes que valerte por ti mismo. Alquilar un coche en un

aeropuerto, conducir tú mismo campo a través hasta un trabajo en un lugar del que nunca has oído hablar, cazar una rata, derrotar a tus enemigos, ganar dinero para pagar las facturas, cuidar de ti mismo aunque te estés muriendo...

A Sunny le tembló la mano al tendérsela a Sonia y a ella le tembló la suya al ofrecérsela. Más allá, la noche se ahogaba en los silbidos, los graznidos, el *shehnai* y el *sarangi* de los pájaros y las bocinas del tráfico, el estruendo que se eleva de cualquier metrópolis cuando millones de personas regresan a casa. Cada uno confió en que su temblor se disimulara con el del otro, con la reverberación del mundo a la hora del crepúsculo.

Babita y Sunny se alejaron con esfuerzo, como si nadaran a braza en un estanque de espinacas calientes, y después de un buen rato apareció Khansama por el camino de acceso del número 10 de Cadell Road, inclinado de forma antinatural por una bolsa llena de botellas que el padre había devuelto con pesar.

—¡Deberíamos mandarte a paseo, piojoso! ¡De la noche a la mañana has mostrado tu verdadera cara! —soltó Mina Foi, cobrando fuerza ahora que había reclamado su derecho sobre él—. Desde que papi murió, no hay lealtad a la familia.

Humillado, maltratado y con un solo diente, Khansama seguía siendo su posesión más preciada, un tesoro ambulante de recetas del linaje Kayasth transmitidas por las *begums* de Lucknow.

—No es culpa suya —le dijo Papá—. Es esa mujer astuta. Según dicen, llevó a la tumba a su marido. Un tipo tranquilo. Lo llamaban Ratty.

—¿Ratty de «rata»?

—De Ratan. Era un buen hombre. Una vez delató a su propia mujer por robar queso en la embajada francesa. Telefoneó a la residencia del embajador y dijo: «Me honra comunicarle que en la recepción del cuarteto de cuerda franco-iraní del sábado pasado mi esposa, Babita Bhatia, robó un trozo de camembert. Lo envolvió en una servilleta y se lo metió en el bolso.»

—¡Ratty delató a su esposa por ratera!

—Primero el queso, ahora el cocinero...

Se quedaron sentados en el porche sumidos en la oscuridad de un apagón en Allahabad. Cogieron con los dedos los filetes de su enemigo, los mojaron en kétchup y se relajaron entregándose a la agradable sensación de ligereza que a veces se tiene después de una muerte, como si hicieran un pícnic entre las ruinas. Papá intentó telefonear a la compañía de suministro eléctrico para averiguar la gravedad de la avería y le respondieron: «¡Nosotros también estamos a oscuras!» Volvió a intentarlo y descubrió que habían descolgado el auricular.

Sonia se lavaba a la luz de las velas, de pie sobre el *patri* ligeramente podrido, vertiéndose ella misma el agua caliente del cubo, añorando al búho que en otro tiempo la observaba desde el árbol de fuera y pensando tanto en Ilan, que le había contado que un escritor japonés había sugerido que los baños en penumbra eran un conducto al pasado, como en el chico que había visto en el tren y conocido en el porche, con nariz de nabab y esas cejas que se movían de un lado a otro. Tenía una nariz anticuada. Pero ¿por qué una nariz grande era anticuada?

Una vez que Mina Foi también se hubo bañado, tía y sobrina se acostaron juntas en la cama donde habían muerto Ba y Dadaji. Mina

Foi, toda pulcra y compuesta, se acomodó en la cavidad que el cuerpo de Dadaji había dejado en el colchón, y se volvió hacia Sonia, que se movía alrededor de la huella de pájaro que había dejado su abuela.

—¡Qué suerte has tenido, Sonia! ¿Te imaginas a Babita como suegra?

—¿Como suegra? —repitió ella, aplacada por el dulce olor a coco del aceite para cabello de su tía.

—¿No te acuerdas de cuando llorabas en Vermont, boba?

—Sí.

—Ése es el chico con el que planeaban casarte.

Mina Foi se puso a roncar.

29

—¿Demasiado calor para dormir? —le preguntó Babita a Sunny cuando se reunió con ella en el porche del coronel pasada la medianoche.

Fuera no se estaba más fresco, pero había más aire para respirar, aunque hiciera bochorno. Ella caminaba de un lado a otro, lamentando haberle mencionado Estocolmo al padre de Sonia sólo porque su memoria se obstinaba en retener lo más tonto: la escena de su llegada al aeropuerto, cuando la habían adelantado una muchedumbre de mujeres con burka que corrían hacia el control de pasaportes. ¡Se había sentido indignada en nombre de Suecia! Recordó también el desayuno del hotel, cómo se había desesperado cuando una familia de Oriente Medio se sentó a la mesa de al lado, cinco hijas con pañuelo en la cabeza y una madre vestida de negro de la cabeza a los pies, con la boca también tapada por una especie de solapa que tenía que levantar para comer. Babita no las quería allí porque sin ellas le hubiera parecido que todo era perfecto.

Había desdoblado *The International Herald Tribune* y buscado los créditos de la Associated Press, y se había sentido orgullosa de Sunny al verla. Al fin y al cabo, él trabajaba para esa agencia, aunque sólo fuera como redactor. De todos modos, tal vez era más elegante ser redactor; ser periodista significaba aventurarse por

calles sucias y peligrosas. Babita había intentado adoptar un acento británico al pedir un té, pero casi se sintió ofendida por su propia mano (oscura como una pata de mono) cuando levantó la taza. Aunque le conmovió la abundancia de salmón ahumado y salamis, comió con moderación, viendo cómo la familia de Oriente Medio engullía sin control, llevando alegremente a la mesa bollos de azúcar, panqueques y salchichas de pollo. Se desenvolvían con la seguridad de las personas religiosas, que nunca se avergüenzan del número de hijos que tienen. Mientras tanto, ella era incapaz de admitir que compartía con ellos la manía de acosar a los camareros. La familia pidió cucharillas para remover el té y acto seguido un platito para poner las cucharillas usadas; pidió agua caliente, pidió agua más caliente. Babita se quejó de que los huevos revueltos estaban duros; pidió tostadas y luego tostadas recién hechas y huevos más jugosos. El personal del hotel hacía todo lo posible para complacer a sus exigentes huéspedes y demostrar que no eran racistas para que no los acusaran de serlo.

Babita había salido a la calle, donde el aire era tan transparente que purificaba la visión. Estaba de lo más elegante, envuelta en seda natural almidonada de color marrón topo con un ribete morado y adornada con unos discretos pendientes de amatista. Se detuvo en un quiosco a comprar un mapa y vio a un indio detrás del mostrador.

—¿De dónde?

—De Bihar.

Con una sonrisa lenta e insolente, él le entregó el mapa de la ciudad, dejando claro que sabía de la batalla que se libraba entre sus respectivas clases.

Se limpió la nariz con la palma de la mano y se la secó en el lateral del mostrador. Por mucho que ella hubiera ganado todas las contiendas, él había ganado la guerra al residir allí, en un país casi despoblado donde los problemas podían abordarse, razón por la cual los nativos creían que era posible crear un vínculo con cualquier ser humano: una madre de Túnez, un quiosquero de la India.

«Qué ingenuo», iba pensando Babita cuando un migrante africano salió de pronto de las sombras. Ella dio un respingo, y él rió entre dientes y se acercó amenazador, y mientras ella intentaba escabullirse le dijo algo grosero en un idioma que no reconoció. Estos encuentros con una familia árabe, un compatriota indio y un refugiado africano habían empañado la alegría de Babita al enterarse de que la familia real se hallaba en su residencia. Según la guía, se sabía por la bandera. En ese momento ondeaba, y el rey y la reina quizá estaban mirando por una ventana, admirando su elegante sari, mientras ella, irritada, pensaba en el quiosquero de Bihar.

Babita se interrumpió. ¿Qué demonios hacía aquella noche en Allahabad desenterrando recuerdos tan tontos? «Ratty, no te mueras. Los malos tiempos pasarán, como el cambio de estación. Después de todo, puedo quererte.»

La respuesta atascada salió bruscamente. No, no era el calor ni el retraso en el viaje; no era que su plan para robar a Khansama se hubiese visto frustrado; no era que Manav la hubiese provocado hablándole de su próximo viaje a Kioto; no era haber encontrado a personas de piel morena y negra en Suecia; no era que el sudor le corriera como un escarabajo por la espalda; no era el mosquito que tenía en la oreja. Lo que intentaba eludir y la había llenado de pavor

era el cambio inaceptable que había observado en la expresión de su hijo a la fugaz luz de las velas cuando Sonia había salido al porche.

—Pero, mami —le dijo él, que aparecía ahora como en respuesta de sus temores—, tú no intentabas robarle el cocinero al abogado, ¿verdad?

—¿Cómo puedes pensar eso de tu madre? El cocinero estaba muerto de miedo: ¿qué va a hacer ahora que se va la familia? La gente nunca piensa en el personal doméstico.

—¿Por qué has entrado por la puerta trasera?

—Bueno, tal vez porque me incomodaba que hubieras dicho que no a su hija.

—¿A quién dije que no?

—¡A esa chica! ¿No te acuerdas? Su abuelo nos envió una carta señalando sus defectos. Y razón tenía, le falta un tornillo. Si le gusta tanto un libro que no puede leer, entonces no lo ha leído, y si no lo ha leído, ¿cómo puede gustarle tanto?

—¿Qué le pasó, entonces?

—Ya lo ves. Será una de esas solteronas que viven con sus padres hasta que éstos mueren y luego se quedan solas con los criados. Delhi ahora está llena de chicas así. No consiguen encontrar marido, con tanta educación e ideas modernas. —Cambió hábilmente de tema—. Me pregunto si Satya habrá encontrado esposa.

Sunny se despertó bajo el alero alto del tejado de la casa de su abuelo y pensó que Ulla era exactamente una de esas asombrosas estadounidenses de las que había hablado Sonia: a pesar de su juventud ya se habían subido cientos de veces a un coche de alquiler

desconocido, habían tocado botones y sintonizado Blue Sky Boys o Sir Douglas Quintet, habían demostrado su destreza para partir pipas de girasol con los dientes y escupir las cáscaras mientras conducían hacia un lugar donde no conocían a nadie. Podían, con un golpe de volante, cambiar de ruta e instalarse en Nueva Orleans o en el Parque Nacional de los Glaciares, o detenerse en un Dunkin' Donuts y entablar una conversación para averiguar dónde podían conseguir un trabajo de camarera.

Si por el camino se le averiaba el coche o se torcía algo, podía recuperar el aplomo soltando una retahíla de tacos tan impresionante que el destino se lo pensaría dos veces antes de volver a ponerla a prueba. A oídos de Sunny, Ulla hablaba como un curtido vaquero en un rancho. «¡Menudo imbécil! ¡Cabrón! ¡Mierda! ¡Joder! Puto gilipollas. ¡Qué cagada!» Agachaba la cabeza, insultaba, daba vueltas y pateaba. Estaba tan orgullosa de esa habilidad que la exageraba delante de Sunny, cuyos tacos aún no sonaban auténticos por mucho que ella se hubiera esforzado en enseñárselos durante sus mejores días juntos.

—Las mujeres del Medio Oeste —le había dicho a Satya, asombrado— son las más malhabladas.

—Pues las punyabíes no se quedan cortas —le había replicado Satya.

Echaba de menos a Satya. ¿Habría encontrado esposa?

Babita y Sunny no tuvieron que preguntárselo mucho. Más tarde, esa misma mañana, Satya telefoneó a casa del coronel y él contestó.

—Querido hermano —le anunció Satya en tono formal—, he encontrado a la chica con la que estoy destinado a casarme.

—¿Y me llamas después de acusarme?

—¿A quién más iba a decírselo? Fue un error conocer a esas chicas de Delhi. ¡Tenías razón desde el principio! ¡No quiero una chica de la gran ciudad!

Qué extraño era, pensó Sunny, sentir algo tan físico y no poder definirlo con claridad. Era una mezcla de curiosidad, decepción, alegría, recelo, tristeza, lástima y envidia.

Satya había sido valiente. Había sido aventurero. Su vida se estaba convirtiendo en una historia real.

30

Sonia se quedó en casa, ya que Papá no quería que su hija presenciara cómo sumergían las cenizas de Dadaji en el *sangam* donde confluyen los ríos Ganges, Jamuna y el mítico Sarasvati. Se alegró de que ella no estuviera allí para ver el irreverente espectáculo de *swamis* y barqueros reclamando más dinero, más dinero. En medio del ritual, habían retenido las cenizas de su padre para chantajearlos, diciendo «*Daan, daan*» en nombre de esto y aquello. Cuando Papá dejó de pagar, las oraciones terminaron de una forma tan brusca que tuvo la impresión de haber deshonrado a su difunto padre en el momento en que lo sostenía en las manos por última vez. Dadaji tal vez no cruzara el río de este mundo a la eternidad por falta de unas pocas rupias.

Papá y Mina Foi seguían conmocionados a la mañana siguiente cuando llegó Dari, el secretario de Dadaji, para ayudarlos a cuadrar el resto de las cuentas que se encontraban en el *almirah* Godrej. Cada vez que Dari y Papá sumaban y restaban la infinidad de números, intentando dar sentido a los papeles de Dadaji, plagados de firmas falsas y borrosas a nombre de ellos y de parientes de los que nunca habían oído hablar, les daba un monto distinto, y éste nunca era suficiente para mantener a Mina Foi. Echaron la culpa a la tramposa calculadora solar y pidieron el Ambassador, cuyas formas

rotundas habían sido pulidas con el mismo cuidado que las de un búfalo antes de llevarlo al pórtico delantero, para aventurarse a ir con él a los distintos bancos donde Dadaji tenía cuentas. Siguieron su investigación a través de las lúgubres salas y pasillos en los que oficinistas ceñudos trabajaban sobre escritorios que se veían empequeñecidos bajo las montañas de ajados documentos. Su tarea consistía en hacer que la información fuera imposible de recuperar. Exigían firmas que, según ellos, nunca coincidían con las originales; decían que sus fotografías no se correspondían con sus rostros; insistían en copias notariadas de certificados de defunción, en declaraciones juradas en papel timbrado de una, quince o cincuenta rupias. Papá y Dari acudieron a notarios de poca monta: un hombre con una máquina de escribir bajo un cartel clavado en un árbol o un hombre dormido bajo las escaleras. Finalmente llegaron a un pulcro escritorio de formica detrás del cual se sentaba una figura elefantina y serena. El hombre en cuestión era *pandit* además de contable; llevaba el pelo rapado, salvo un mechón, y vestía un *lungi* naranja y una *kurta* con un *mala* de rezo. Detrás de él se veneraba a dioses en una cueva con incienso y pequeñas luces eléctricas que se encendían y apagaban. Cerró su *Bhagavad Gita*, que tenía entre documentos financieros, juntó las manos sobre la cubierta, que mostraba a Krishna y Arjuna en el campo de batalla, y anunció con voz mesurada que Dadaji no contaba más que con una pensión que en adelante dejaría de percibir.

—Mina —le dijo Papá a su hermana al darle la noticia—, todo lo que hay es una suma tan insignificante que no te dará para las enaguas de un año, y mucho menos el cordero y el champú, o el whisky para cuando el padre venga a verte.

Lejos de ser el hombre honrado y austero que creían haber conocido, Dadaji había resultado ser un jugador empedernido de pequeñas sumas. Con aires de formalidad y la apariencia respetable de un abogado, había dilapidado su jubilación invirtiendo en planes descabellados y empresas clandestinas, muchas cerradas hacía tiempo, dejando atrás cientos de miles de acciones inútiles. Dadaji, el abogado especializado en asuntos inmobiliarios, no había comprado ninguna propiedad. Dadaji, el abogado escrupuloso, les había asegurado que había un testamento registrado. No había testamento porque no había nada que legar. Pero cada vez que Papá le había preguntado a Dadaji: «¿Has previsto algo para Mina?», él había respondido burlón: «Vivirá como una reina.»

Mina Foi cogió el papel que indicaba el importe de sus ingresos mensuales previstos.

—Cincuenta mil al mes —leyó—. Eso es más que suficiente.

—Hay una coma ahí.

—¿Y qué?

—Los ceros van después de la coma.

—¿Para qué sirven entonces?

—¿No lo sabes? —Papá estaba atónito—. Para mostrar que no hay nada.

—¿Por qué los ponen si no hay nada que mostrar?

Ella se mareó, corrió a la cama y se tendió en su habitual postura de ataúd, con las manos cruzadas sobre el pecho, los pies juntos, toda ella pulcra y compuesta. La misión de Mina Foi había sido cuidar de sus padres en la vejez; ¿no la habían cuidado ellos a su vez? ¿No era una hija querida, acogida tras un divorcio, que una vez al año recibía un sari y un cepillo de dientes nuevos, un camisón

estampado con rosas, vitaminas, aceite para el pelo, papel higiénico Zenith y carne de cordero varias noches a la semana, y tenía un patrimonio de joyas en la caja fuerte del banco? ¿Una hija que había tenido la seguridad de saber que cada día sería exactamente igual que el anterior y acabaría con la misma tribu de lagartos chirriantes observándola desde el tejado de su padre y su querida lámpara rosa proyectando sobre ella su brillo de color fresa?

Uno se siente un fraude cuando descubre que su padre lo ha engañado. El mundo entero se convierte en una mentira.

Dari se acercó a la puerta con expresión desencajada. No podía ver la catástrofe aunque se la pusieran delante. Sus vidas habían tenido una cualidad eterna, como el tráfico que fluía por delante de la puerta. ¿Por qué las cosas no podían continuar como siempre?

—Mi trabajo era seguir instrucciones.

—Muchas gracias, Dari, por todo lo que has hecho por nuestra familia.

Él había esperado una bonificación por jubilación, había esperado que hubiera una cuenta secreta. ¿Acaso no era un secretario respetado que había trabajado toda su vida para un abogado de un alto tribunal? Tenía la sensación de encarnar una mentira. Había engañado a su familia y a su comunidad, haciéndoles creer que era un empleado valioso.

—Bonitos modales musulmanes de antaño —susurró Mina Foi débilmente cuando Dari cruzó por última vez la verja, erguido en su bicicleta, y saludó con un *salaam*.

Volvieron a pulirse las rotundas formas del Ambassador, y Sonia, Mina y Papá se dirigieron a la caja fuerte que la familia tenía en el banco, custodiada por el empleado de mirada fulminante y el delgado guarda de seguridad, cuyo rifle era tan antiguo que costaba creer que él o su arma pudieran impedir un robo, aunque tal vez su bigote fuera lo bastante feroz. Papá y Mina Foi agarraron la tambaleante escalera metálica, uno por cada lado, e hicieron subir a Sonia hasta la caja de la hilera superior. Llevaron las cajas descoloridas y las bolsas de plástico a la joyería de Ba, Gopaldas Chandraprakash e Hijos. El bisnieto del primer Gopaldas Chandraprakash las vació en bandejas forradas de terciopelo y clasificó las veladas esmeraldas, perlas y rubíes como si separara los gorgojos del arroz. Examinó una pila de cubiertos. Levantó un cuchillo y dijo con un tono cortante como el filo de uno de ellos:

—¡Pero esto no es plata!

Mina Foi se irguió.

—Es plata alemana que trajeron mis padres cuando dieron la vuelta al mundo.

—La plata alemana no es plata.

—¿Qué es entonces?

—¿Otra mentira alemana? —terció Papá.

A los alemanes se los consideraba racionales y respetuosos con la ley, pero habían perpetuado el Holocausto. Su mujer era honesta y recta, pero lo había traicionado. La plata intentaba pasar por una cosa, pero era otra. Había conexiones que establecer aquí. Las pinturas de nubes de su suegro no eran más que una ofuscación.

—El valor no está en las piedras preciosas sino en mantenerlas en el seno de la familia —explicó el joven—. Si venden, la pequeña

suma que reciban se irá rápidamente en la factura de la luz o en la compra. Si no las venden, el valor del patrimonio familiar aumentará con el tiempo.

Papá miró la cara de preocupación de Mina Foi. Recordó lo orgullosa que Ba se sentía de sus joyas; todas las noches se tranquilizaba pensando que sus piedras preciosas (con la excepción del rubí birmano) estaban guardadas en la caja de seguridad, listas para protegerla si algo se torcía. Al igual que Dadaji, también Ba había resistido durante las guerras, la Partición y los disturbios entre comunidades. Ahora sentían su presencia agitada en la habitación. Su fantasma no sabía qué pensar, después de que trasladaran su posesión más preciada por toda la ciudad para someterla a escrutinio.

Papá no pudo seguir adelante con su plan.

—Es el patrimonio de Sonia —dijo con grandilocuencia—. El valor monetario no tiene importancia.

—Deberían llevarse los cuchillos y los tenedores a casa. No tiene sentido guardarlos en el banco.

Pero lo empaquetaron todo junto, para dejar claro al joyero lo que pensaban de su opinión sobre su herencia y, por lo tanto, sobre ellos.

—¡¿Qué es esto?! —le gritaron a Khansama cuando regresaron, como para desquitarse con él.

—Fideos chinos. ¿Por qué? —replicó él con rudeza.

—¡Pruébalos y verás! ¡Necesitan más salsa de soja, más zanahorias, más judías verdes! De la noche a la mañana has echado a perder tu talento.

Khansama había aprovechado la circunstancia de la muerte para volverse perezoso. Puso cara triste sólo para usarla como excusa y entregarse a la pereza.

¿No era Khansama el preciado *khansama* de una gran casa que continuaría empleándolo generación tras generación? ¿Acaso había puesto su dignidad en un contrato falso? ¿Los kebabs que él preparaba no pertenecían a una cultura que abarcaba desde la nobleza del pasado hasta el futuro? ¿Se había convertido en una farsa? Normal que ya no supiese cocinar. Su comida se lo había dicho antes de que él mismo lo averiguara.

—Un cocinero necesita que lo dirijan con firmeza —sostuvo Mina Foi—. A mí no me tiene respeto, por eso ha dejado de esmerarse en la cocina.

Cuando a los sirvientes se les imponían normas severas, se volvían temerosos, y al mismo tiempo, aunque pareciera contradictorio, se sentían seguros, como si alguien los vigilara. Así era como pensaba Mina Foi. Y si no se sentían seguros, vigilados y, al mismo tiempo, sometidos a normas temibles, no podían cumplir con sus obligaciones.

—¡Pero, Mina Foi, eso es como decir que Dios es también el diablo! —exclamó Sonia. Pensó en Ilan, en cómo ella había supuesto que la cuidaba cuando, en realidad, la estaba traicionando.

—Quizá deberíamos dejar que Khansama se retire, después de todo. Aunque más vale malo conocido que bueno por conocer.

Khansama los oyó decirlo.

En mitad de la noche, Mina Foi y Sonia se encontraron en el suelo, expulsadas de la cama por una fuerza invisible.

—¿Me has dado una patada? —soltó Sonia sin aliento.

—No. Es el espíritu de papi.

Notaban en las sábanas la intensidad de una emoción que las presionaba con fuerza.

Mina Foi nunca había expresado sus sentimientos hacia Dadaji, ni siquiera a sí misma. Había reprimido su rencor. De niña, había golpeado el salero con frustración: «¡La sal está húmeda!»

De adolescente, había sacudido las cortinas con aire desgraciado: «¡Una cucaracha!»

Ya en la juventud, había dado una palmada en la pierna de Dadaji: «¡Un mosquito!»

«¡Vuestra existencia pasa por mi infelicidad!», les había gritado al cumplir cuarenta años.

A los cincuenta, Mina inclinó la cabeza y cerró los ojos, pero antes de que pudiera rezar, su ruego había salido solo: «¡Que mi padre muera, eso es lo que quiero!»

Era culpable. El cristianismo, la religión que ella anhelaba, se fundaba en el perdón. Y como ella no podía perdonar («¡Que mi padre muera, eso es lo que quiero!»), tampoco recibiría el perdón. Sería desterrada de su hogar. ¿Adónde iría? Todas las mañanas Mina Foi se lavaba las bragas y las colgaba en la cuerda de tender que había entre su ventana y el árbol en el que había vivido la lechuza moteada. Cuando terminaba de tomarle el dictado a Dadaji, sus bragas ya estaban secas y listas para planchar. ¿Cómo iba a mudarse a un lugar donde unos hábitos tan modestos se convirtieran en lujos inalcanzables?

«Vivimos en un pequeño piso de Delhi, Mina», le había dicho su hermano bruscamente. Ella entendió que le estaba diciendo que no podía llevarla a vivir con Sonia y él en Hauz Khas. Quería a su hermana, pero la quería en Allahabad. Y ella no era la hermana querida de un hermano exitoso porque él mismo acababa de descubrir que no era el hijo exitoso de un abogado exitoso, educado para no tolerar nunca la falsedad.

Engañado por su propio padre, que no era el hombre que él había creído, Papá estuvo fuera toda la noche, deambulando de aquí para allá. Picado por los feroces mosquitos tigre que se criaban en el fango del baño, le salieron bultos en la frente y los brazos e incluso en los codos, los dedos de los pies y las orejas. ¿Tendría que mantener a su hermana el resto de su vida? ¿Y a Sonia, que no daba señales de independizarse? Dos cocineros, dos chóferes, dos criados, dos jardineros, dos lavanderos, dos planchadores, tres botes de champú, tres visitas al dentista, tres raciones de postre... Afortunadamente, ya no mantenía a su mujer, así que no serían cuatro raciones de postre ni cuatro champús Sunday.

Oyó una voz de mujer, seguida por la de un hombre, y después otra voz femenina. Las voces se intensificaron. Oyó un grito. Se acercó.

—¿Qué está pasando aquí?

—Un camionero se ha enamorado de la hija de Aya: se sienta delante de su puerta y llora toda la noche, y ella le está gritando que se vaya porque le está arruinando el negocio.

—¿Qué negocio?

—Sexual.

—¿Negocio sexual?

—A la hija de Ayah la dejó el marido y ahora entretiene a los camioneros para ganarse la vida. Se quedan allí a descansar debajo del ventilador. Ellos llevan el whisky McDowell's, pero nosotros les hacemos los kebabs.

—¿Hacéis kebabs para los camioneros?

El hombre se rió en la cara de Papá. Ya no tenía que mostrar deferencia a la familia.

—¿No es bastante mayor la hija de Ayah? —le preguntó él.

—Hay jóvenes que las prefieren maduras. Les reconforta.

—¿Y si llamo a la policía ahora que me has contado esto?

—Cuando les apetece, los agentes también vienen a buscar sexo gratis.

Mina Foi salió y, a la luz de los camiones que pasaban, Papá le preguntó:

—Mina Foi, ¿sabes lo que está pasando detrás de casa?

—¿Qué?

—¿Quiénes son todas esas personas?

—Los criados. Se han multiplicado como conejos.

—¿No oyes los gritos?

—Siempre hay gritos.

—¿No ves los camiones aparcados a lo largo de la carretera?

—Ah, sí, siempre están ahí por la noche. Papi intentó llamar a la policía, pero no sirvió de nada.

Papá decidió no indagar más sobre su inocencia, pero empezó a considerar que tal vez sería prudente que Mina Foi se marchara.

Después de mucho tiempo en un lugar, las cosas se podrían y era necesario empezar de nuevo.

La brillante idea fue del padre: en el Colegio de Jesús y María para niñas, la madre superiora buscaba una gobernanta para el internado. Mina Foi tenía unas referencias impecables, en cuanto a modales y etiqueta en la mesa, hábitos de orden e higiene. Tal vez no quisiera trabajar, era desagradable para una mujer de su condición...

Pero...

Pero...

En esos días todo el mundo respetaba el trabajo, y no era sólo que los tiempos hubiesen cambiado, sino que era sensato que una mujer se ocupara de algo más que de quitar un poco el polvo de sus cachivaches, exonerando de ello a la criada, que siempre estaba rompiendo cosas.

El cocinero escuchaba detrás de la puerta.

—Eh, Khansama —lo llamaron Papá y Mina Foi al verlo.

Pensaron que cuando Mina Foi aceptara el trabajo en el colegio, Khansama podría ir en bicicleta a las dependencias de la gobernanta para cocinarle y no privarla así de la comida de su infancia.

—¿A su edad? —les preguntó Sonia—. ¿Y si esta propiedad se vende y construyen pisos? ¿Qué será de él si el nuevo inquilino lo desaloja?

—Tal vez sea mejor que hable de trabajo con esa tal Bhatia, después de todo —admitió Papá.

—Deja que pruebe un mes y entonces tomaremos una decisión sobre Khansama. Puede que lo necesite —pidió Mina Foi.

La llevaron al colegio después de uno de los últimos lavados del Ambassador, que pronto se vendería. Ella agarraba con fuerza su bolso y miraba al suelo. En su maleta llevaba sus bragas y su camisón, así como sus saris buenos de cumpleaños. En otra bolsa estaba la lámpara rosa que había rescatado de la turba delirante. El padre le dio una palmadita en el brazo.

—Mejor estar en compañía de otras mujeres.

—Puedes dejarlo si no te gusta, Mina Foi —se apresuró a decir Sonia.

¿Dejarlo e ir adónde?

—Bienvenidos.

Una monja de Tamil Nadu con un traje azul y un velo salió a recibirlos y se llevó a Mina Foi al interior. Viviría entre personas cuyos hábitos y costumbres le eran desconocidos y que pertenecían a una clase diferente a la suya.

Papá pensó en su mujer, que había dicho: «Tu mente y tu corazón, Manav, son un caos y un desastre.» Era un buen hombre, y se estaba comportando como un mal hombre.

—Me aseguraré de que está bien, no se preocupen —les dijo el padre.

—¿Por qué no la has dejado venir con nosotros a Delhi? —le preguntó Sonia.

Pero ella tampoco quería compartir su habitación con su tía. Ella también quería a su tía en Allahabad y no en Delhi. Y aún menos la habría querido en Nueva York.

Ninguno de ellos podía sospechar, observando con pesar el rostro apesadumbrado de Mina Foi mientras se alejaban en el coche, que aquélla sería la etapa más feliz de su vida. Un colegio, como una

buena cocina, funcionaba con una mezcla de miedo, culpa y, aunque pareciera contradictorio, sensación de seguridad; la aterradora madre superiora también cuidaba. Al principio Mina Foi se avergonzaba de estar empleada, pero pronto descubrió la seguridad de pertenecer a una religión que defendía con tanta vehemencia la lucha elemental entre Dios y el diablo que no podían vivir el uno sin el otro.

Delante de su cuarto de gobernanta había un hibisco, y en él Mina Foi podía tender de manera discreta sus bragas. Todas las noches, después de las oraciones, con las luces apagadas estrictamente a las nueve, ella se paseaba de un lado a otro, comprobando que sus pupilas estuvieran metidas en la cama y advirtiéndoles que los hombres eran lobos disfrazados. «Sois demasiado jóvenes para saberlo, pero os lo digo para que tengáis cuidado.» Así se aseguraba de que un día se desviaran directas hacia los lobos.

¿Por qué? Porque los cuentos de hadas atraen, por eso. Amamos la belleza, pero en secreto también amamos la oscuridad.

31

Sunny y su abuelo el coronel discutieron sobre Cachemira a la hora del té. Sunny dijo que si los cachemires no querían formar parte de la India, tenían derecho a separarse; se había cometido un error básico en la forma en que se los había incorporado a la unión de estados. Al contrario, señaló el coronel, era derecho de todos los indios vivir en Cachemira si así lo deseaban (Cachemira no debía tener normas especiales), entonces no sería un estado de mayoría musulmana y pasaría a formar parte de la India.

—¿Cómo? ¿Quieres que se convierta en un lugar sucio y superpoblado como el resto del país? —replicó Sunny.

Y entonces se dio cuenta de que había criticado a la India, algo que no tenía derecho a hacer viviendo como vivía en Estados Unidos.

—No discutas con tu abuelo —le advirtió Babita.

—Combatió en Cachemira —dijo la abuela de Sunny—. ¿Para qué combatió? ¿Para que ahora le faltes al respeto?

«No puedes obligar a la gente a quererte», pensó Sunny. «Si alguien no te quiere, lo mejor es dejarlo estar.» Dijo que tenía ganas de correr, a lo que Babita le respondió:

—Bien, ve y desahógate.

Él se puso unos pantalones cortos y unas zapatillas de deporte, y salió con el aspecto de un «*amreekan*» (como pronunciaban la palabra «americano») de dibujos animados, lo que hizo reír a todos y restauró un poco la paz. Echó a correr por la callejuela. Luego dio la vuelta y corrió en sentido contrario, hasta llegar a la casa de Cadell Road. Una vez allí, se alejó de nuevo, pero antes de darse cuenta, había regresado. Se dijo a sí mismo que debía seguir corriendo entre los ásperos arbustos silvestres de lantana, pero se detuvo y se alisó el pelo.

Caminó de la parte trasera de la casa a la delantera y vio que caía espuma por el desagüe exterior en una brillante nube de burbujas color arcoíris que reventaban sin hacer ruido. Alguien se estaba bañando dentro. Encontró a Papá en el porche bebiendo el whisky escocés Royal Salute que el padre se había visto presionado a devolver. Sunny se dijo que debía irse antes de que lo vieran o, si lo veían, fingir que se había equivocado y que se marchaba de inmediato. Pero, atraído por un misterio que no quería nombrar o conocer siquiera, subió los escalones del porche.

Papá se había puesto melancólico al pensar que su padre nunca había encontrado una ocasión lo bastante digna para abrir ese whisky tan especial, pero también experimentaba alivio al saber que su hermana había vuelto a la dicha de sus días de colegiala. Cogió unos cubitos de hielo con los dedos (lamentando no haberse quedado con las pinzas de plata alemana que, en un momento de enfado, habían devuelto a la caja fuerte del banco) y estaba dejándolos caer en su vaso cuando vio al muchacho entrar por la verja con sus zapatillas de deporte acolchadas.

—Quiero pedirle disculpas por mi madre —dijo Sunny inclinándose.

Papá miró por encima de sus lentes bifocales.

—¿Disculpas por qué?

—Le he dicho que no puede robarles al cocinero.

—Khansama es un hombre libre.

A Papá se le pegó un cubito al dedo y lo sumergió en el whisky hasta que se desprendió. Mientras tanto, pensaba que tenían que dejarlo ir. También pensaba que sería insoportable que, precisamente Babita, se llevara el premio de la cocina de Khansama. Pensaba: «Manav, tu mente es un caos y un desastre.»

—No estuvo bien que entrara a escondidas por la puerta de atrás e intentase atraerlo justo después del funeral —insistió Sunny.

—Mira —dijo Papá examinando al joven (¿por qué en América fabricaban esas zapatillas tan grandotas que hacían tropezar?), y cogió el pequeño volumen forrado en cuero color caramelo que Mamá le había regalado para su cumpleaños, y que en otro tiempo formó parte de la biblioteca de una familia que se trasladó a Lahore en la época de la Partición.

Le escudriñó el rostro.

—¿Qué lees en América? ¿T. S. Eliot?

—«Vayamos, entonces, tú y yo, cuando la tarde se extiende sobre el cielo» —recitó Sunny.

—¡Sandeces! —soltó Papá, haciéndole ver que había sido una trampa—. «¿Me atrevo a comerme un melocotón?» ¿Qué tontería es ésa? Mejor escucha esto:

También era de noche dhuan dhuan

Husn bhi tha udaas udaas
El humo del crepúsculo, la triste belleza...
Husn bhi tha udaas udaas
Muchas historias, recordadas, vinieron a anidar en mi corazón.

Recitó, medio leyendo, medio traduciendo, y movió los dedos, la mano y el brazo, que mutaron de flor a ola del mar, hasta convertirse en cielo.

—Como ves, nuestra propia experiencia se encierra en estos versos, y no como en los de los poetas occidentales, que nos dejan fuera, pues son tan concretos que sólo importan al propio poeta. Aquí, con estas palabras, empezamos a pensar en nuestro amor perdido, nuestro hogar lejano, la muerte de nuestro padre.

La pérdida de su esposa se enmarcaba en la de su padre, que a su vez se enmarcaba en la pérdida inminente de ese paisaje. La partida y la transformación eran inevitables. La fugacidad era un componente esencial de la belleza.

Papá sintió el dolor del remordimiento. Estaba robando la sensibilidad a Mamá. Guardó el libro y miró hacia el tráfico que traía coles y cemento, ladrillos y trigo, cabras y...

Recordó los camiones aparcados junto a la carretera. Le sirvió a Sunny un whisky y le ofreció el cuenco de cacahuetes.

Sunny cogió un puñado, se sentó y esperó, y la espera se dejó inundar por el espíritu del poema. ¿Esperaba que la chica con cara de pantera saliese una vez más de las sombras? Con su postura inclinada y su silencio pensativo se ganó el afecto de Papá, quien se sintió alentado a continuar.

—¿Sabes? —dijo moviendo los pies en sus resbaladizas *kolhapuris* —. Toda mi vida he trabajado en empresas que invierten en el futuro: en microondas, en procesadores de texto en hindi, en cemento y sacos de cemento... Pero en el ecuador de mi vida he descubierto que sólo el pasado puede conmover profundamente a un hombre.

Dio un sorbo. Por otra parte, reflexionó, sermonear a los jóvenes hacía que se sintiera optimista y sentimental respecto al futuro. Qué contradicción.

—El maldito problema es que en cuanto dices una cosa, lo contrario se vuelve manifiestamente cierto. Por eso puedo decirte ahora mismo: no pierdas el tiempo, ve directo a los místicos.

Un cubito con una burbuja de aire dentro empezó a chirriar y a dar vueltas como un derviche en el vaso. El cielo se tiñó de rosa y por encima del tráfico se elevó una luna en forma de hoz.

Sunny miró el reloj. Su madre y Nana-Nani estarían preguntándose cómo podía correr tanto rato, por mucho que su abuelo y él se hubieran enfadado. Se levantó y, despidiéndose con prisas, saltó extrañamente por encima de un arbusto sin saber que Sonia lo había visto por la ventana mientras se bañaba y había seguido mirándolo desde otra ventana. No había leído la propuesta de matrimonio que Dadaji había hecho en su nombre, pero qué humillante era pensar que había accedido a ello, como si no fuera capaz de encontrar a un hombre por sí sola. Lo cual era cierto, por supuesto, al menos un hombre que no la destruyera. ¿Qué excusa tenía en Estados Unidos, donde todo era posible? Podría haberse liberado de los grilletes de la familia, del país, de los siglos.

Cuando salió con el pelo mojado y una toalla sobre los hombros, Papá le dijo:

—Ha estado aquí ese Sunny Bhatia. Un buen tipo, pero no es hindú. Es extranjero.

Sonia vio, junto al vaso de Sunny, unos cacahuetes dispuestos en círculos que hacían pensar en la concha de un caracol. Recordó lo que Marie le había dicho, que supo que Cole estaba enamorado de ella cuando dio la vuelta a un panqueque delante de sus narices y luego saltó por encima del cubo de la basura. Su entusiasmo se había expresado así.

—¿Por qué ha venido?

—Para disculparse por el intento de su madre de robarnos a Khansama. Es cierto que Khansama ahora necesita un nuevo trabajo. Pero ¿pasárselo a esa horrible mujer?

La noche siguiente, el muchacho volvió a la misma hora. Papá consideró que debía de haberle causado un gran impresión.

—¿Sabes, Sunny? —continuó—. En mi juventud, tanto aquí, en Allahabad, como en Lucknow y Delhi, podías encontrarte a esos poetas legendarios por ahí, antes de que se marcharan a Pakistán. Si apreciabas sus versos, les caías bien, y si además podías intercambiar versos, te aceptaban en su círculo, rey o mendigo, les daba igual.

»Pero yo no sabía apreciarlos. No pude unirme a ellos. No tenía la cultura necesaria.

»Verás, Sunny, me eduqué en internados de estilo británico desde los cuatro años. Sí, me enviaron a la escuela de la señorita Oliphant a los cuatro. He viajado mucho por motivos de trabajo, pero me di cuenta de que no conocía mi propio país. No sabía leer, escribir ni

hablar bien el hindi. Me dije: "No voy a morir sin conocer mi país y mi lengua, y sin saber quién soy." Todos los indios a los que nos han educado para occidentalizarnos estamos destinados a hacer el mismo viaje. Y aquellos que albergamos algo de inteligencia o de corazón, nos lanzaremos a esta búsqueda de nosotros mismos, pero hacia atrás. Fue así para Gandhi, lo fue para Nehru, lo ha sido para mí y lo será para vuestra generación. Puede que te parezca increíble estar en Estados Unidos, y cuando eres joven y estás abriéndote camino, hay motivos suficientes para vivir en cualquier parte del mundo, pero al final empiezas a preguntarte en quién deberías haberte convertido en lugar de en la persona que eres.

Papá pasó por alto que, mientras inspeccionaba la fábrica de sacos de cemento, no dejaba de pensar en lo mucho que lamentaba no haberse largado de la India cuando aún era un joven con el futuro por delante.

Pidió el whisky y kebabs.

—Sunny, toma un *kakori* con tu bebida, puede que sea el último que comamos.

Sunny dio un mordisco y entendió por qué su madre quería robarles el cocinero. ¡El cocinero de Sonia! ¿Seguro que no quería que su madre lo robara? Qué contradicción. Pero ¿dónde estaba Sonia? Una vez más, no se la veía por ninguna parte.

—Verás, Sunny, tanto el exilio como el amor destruyen el sentido de identidad —continuó Papá—. Mira a Rumi. Haber sido desterrado de Balkh y encapricharse de Shams de Tabriz fue lo que sacudió su sentido de identidad y motivó su búsqueda espiritual.

Alzó su vaso de Royal Salute.

—Los místicos. No te molestes con todo lo demás, Sunny. —Puede que Papá hubiera aprendido de los libros de su mujer, pero era él quien había descubierto que estos poetas eran relevantes para el mundo moderno. Tenían algo que decir sobre el desarraigo, la emigración, la pérdida del amor y de la patria. Recitó a Khusrau—: «El río del amor corre en direcciones extrañas. El que ama se ahoga; el que se ahoga cruza.»

La marea estaba llevándose a Sunny cuando se le ocurrió acercarse a mirar la luna que brillaba sobre la autopista. De nuevo bajó corriendo los escalones sin apenas despedirse y se abrió paso entre los ásperos arbustos de lantana del callejón trasero.

El último día de la estancia de Sonia y Papá en Allahabad, Sunny consiguió escaparse antes y encontró a Sonia sola en el porche. Ella se levantó con la intención de retirarse al interior de la casa, y Sunny estuvo a punto de sucumbir a los nervios y dar media vuelta. Pero él continuó subiendo los escalones, y Sonia volvió a sentarse: sería descortés y absurdo esconderse. Lo primero que le vino a la cabeza fue la propuesta de matrimonio que Dadaji había enviado al abuelo de Sunny. Ella le había comentado a Ilan que podría haberse casado con el nieto del coronel de Allahabad, y él se había reído mucho, alzando las piernas y agitando los pies.

Era más fácil no mirar a Sonia. Sunny movió la silla de mimbre para que los dos tuvieran la misma vista del huerto y la autopista. Era consciente de que la había rechazado. «¡Crees que es inofensivo, pero es dañino!», le había gritado a su madre. Y Ulla había dicho: «¡No se dan cuenta de que es una falta de respeto hacia mí porque no saben que existo!» Tal vez habían transmitido su respuesta a Sonia; tal vez también le habían llegado noticias de Ulla. Ahora su

madre había intentado robarles a Khansama. La expresión de Sunny parecía preocupada, incluso arisca. Estar sentados uno al lado del otro en silencio, mirando hacia delante, avergonzados, aumentaba la sensación de intimidad entre ambos, así como la incomodidad de no tener conversación. Se volvió insoportable no encontrar nada que decir.

Otra vez había cacahuetes en un cuenco. Sunny empezó a ponerlos en círculo.

—Estarás de acuerdo en que el cacahuete es un fruto seco infravalorado —dijo—. Sólo porque es más barato se considera inferior al anacardo.

—El cacahuete es un fruto seco importante.

Silencio de nuevo. Más silencio.

—¿Qué pájaro es ése? ¿Un cuco? —preguntó Sunny al verlo.

—Un koel.

—Es del mismo color que tu pelo —dijo él, aunque el pelo de Sonia era del mismo color que el suyo y el de todos los que pasaban.

Al igual que con el mandala de los cacahuetes, Sonia tuvo una corazonada.

De nuevo se impuso el silencio incómodo y también la intimidad de estar sentados juntos.

Ayah entró sin hacer ruido en la casa vacía para llenar los cubos del baño con agua de la fuente municipal. Se volvió y les dirigió una mirada larga e inexpresiva. Khansama, que volvía del mercado, se detuvo a la sombra de un árbol y también se quedó mirándolos. Todos los criados de los barracones de la servidumbre estaban al corriente de la carta que Dadaji había enviado al coronel. Khansama

y Ayah habían escuchado mientras la redactaban y luego habían hablado con los criados del coronel, así se habían enterado de cómo se había recibido. Sunny no se había casado. Tampoco Sonia. Ahora se habían encontrado. No iban vestidos apropiadamente, ni siquiera llevaban la raya del pelo bien hecha... Pero no importaba, hoy en día cualquier cosa estaba bien, ¿no?

—¿Qué pájaro es ése? —El koel volvió a pasar—. ¿Un cucal chino?

A Sonia le sorprendió que Sunny no recordara que ya se lo había preguntado y que ella ya había respondido: «Un koel.» Pasó una segunda vez. Una tercera.

Los camiones y los coches seguían circulando, eternos. Como eternas eran también las miradas de Ayah y Khansama. Sonia tenía la sensación de que Sunny y ella se habían desplazado en el tiempo, que podrían haber sido Dadaji y Ba en su porche, lastrados por años de convivencia y una cultura tan arraigada que no necesitaban esforzarse; se veían arrastrados por sus corrientes, y todas las discusiones y opciones habían quedado atrás. Esas aguas eternas un día los llevarían de esta vida a la otra. Ella se volvió hacia él.

—Mi abuelo te envió una propuesta de matrimonio en mi nombre.

—Estábamos destinados a encontrarnos —respondió él.

—Qué vergüenza.

Sunny se volvió para mirarla. La punta de la nariz que le temblaba, las cejas tupidas, los ojos negros con esa llama dorada que danzaba tras las gafas de carey un poco demasiado grandes, la trenza que le caía sobre el hombro por el lado de su *kurta* blanca, los labios en un elegante mohín de reproche. ¿Por qué no le había parecido deseable semejante belleza en su día?

—¡No es tan vergonzoso! —exclamó.

—¿Qué ponía en la carta?

—Ponía que te sentías sola en Nueva York.

—Eso es vergonzoso.

—Las mejores personas son solitarias. La alternativa es seguir al rebaño y no tener dudas. No me gustan las personas que siguen al rebaño y no tienen dudas. ¿Por eso volviste a la India?

—Volví porque, irónicamente, teniendo en cuenta todas las cosas que ya había aprendido a hacer sola, entre ellas vivir sola, era como si hubiera un agujero en mi vida, y ésta, en lugar de hacerse más grande, empezara a vaciarse. Cuanto más tiempo llevaba en Estados Unidos, más pequeña se hacía mi vida.

Sonia recordó los meses posteriores a la llegada de la mujer de Ilan, cuando era un fantasma que se abría paso por la ciudad sin que nadie reparase en ella. Y si lo hubieran hecho, se habrían apartado a toda prisa. Se había convertido en una de las almas perturbadas de Nueva York, atascada en un solo pensamiento, murmurando maldiciente, mirando hacia dentro. Le habían ocurrido cosas tan terribles que lo mejor que podían hacer los demás era mantener las distancias. Si te tratan como a una cucaracha, ¿por qué no convertirte en una? Si nadie te conoce, ¿no acabas siendo un fantasma?

—¿Intentaste agrandarla?

—Sí, intenté reconstruirme desde fuera, porque ya no podía reconocerme desde dentro. Intenté ser vegetariana, por ejemplo. Pero eso únicamente hizo que me sintiera más sola.

—Me lo imagino. Debía de ser de lo más solitario: sólo tú y un puñado de verduras.

—Después de posicionarme como ferviente defensora de los derechos de los animales, un buen día pedí espaguetis a la boloñesa en lugar de pasta primavera. Al final resultó que me daba lo mismo preocuparme por los derechos de los animales que no hacerlo.

—Cualquiera se sentiría solo al darse cuenta.

—Fui a ver a un terapeuta, aunque mi vida no hizo sino vaciarse más.

—Si vacías tu vida de todo lo que te dicen que ha causado tus problemas, ¿qué te queda?

—Te dicen que haces sitio a una nueva vida...

—Nada surge de la nada...

—Me apunté a un centro zen. Eso me hizo sentirme aún más sola: sentarme a meditar en silencio y ver mis pensamientos pasar como nubes.

—Si hasta tus pensamientos te abandonan...

Ella lo miró para ver si se estaba burlando de ella, pero hablaba en serio.

—En el país más rico del mundo, la riqueza me asustaba. Me volví tacaña. Contaba las patatas, medía la sopa por medias latas, me acostaba temprano. Me cuidaba mucho, como si fuera una anciana frágil, porque nadie más iba a cuidar de mí. Sufría una especie de vértigo en el alma. Me angustiaban las vistas abiertas e interminables, el amanecer. El corazón se me hizo pequeño. Miraba con malos ojos a los niños que molestaban en el metro, a los clanes ortodoxos que hacían pícnics de celebración en Central Park, a los turistas que parecían mostrarse deliberadamente poco atractivos, porque, después de todo, cuando tienes una gran familia unida, qué importa ser feo. Al final pensé: ¿qué está pasando? ¿Por qué estoy

llevando esta vida tan egocéntrica? ¿Por qué se supone que es bueno valerse por uno mismo? ¿Por qué no vuelvo a la India? ¿Por el agua y la luz? ¿Porque otras personas son pobres? ¿Porque hay demasiada gente? En realidad la masa me reconforta tanto como me angustia.

Se interrumpió. ¿Por qué le estaba contando a Sunny esos detalles tan humillantes?

A él no le importó. Quería seguir sentado junto a ella. Pensó que, después de un día colmado de obstáculos y molestias, en el que todo parecía estar en contra, los atardeceres en la India siempre traían una serenidad ancestral, como si la civilización alcanzara su plenitud.

32

Cuando llegó el periódico de la mañana, Sunny, el primero de la casa en despertarse aquel día, lo recogió y leyó: «El TTIM presenta una queja contra el MS ante el JM Rastra. El MP (LTTK) atribuye la debacle de Vasudev a la huelga de GL Mukti. El bors se hace eco del caso de KLM (U). Los beneficiarios de la Categoría 5 del SSP no pueden ser repatriados a FR Lokta». No entendió nada. ¿Cómo iba a convertirse en periodista en la India si no entendía nada? De la misma manera que no podía ser periodista en Estados Unidos porque tampoco entendía nada.

Lo único que alcanzó a comprender en ese mar de noticias fue el artículo de un periodista que había comprado a una mujer en una feria de ganado en Rajastán. Los camellos, las vacas, las cabras y los búfalos eran el reclamo oficial de la feria, pero en secreto también se vendían mujeres. El periodista calculaba que la mujer tendría unos sesenta años, pero ni siquiera ella misma sabía su edad. Llevaba toda su vida de dueño en dueño, y su precio disminuía cada año. No tenía nombre, pero sí un tatuaje en la muñeca que no pudieron descifrar. El psiquiatra del centro de acogida al que la habían llevado dijo que no tenía conciencia de su condición humana y se percibía a sí misma como un animal. Una noche se había escapado, como esas criaturas maltratadas que nunca dejan de correr, convencidas de un

ataque inminente, atentas a señales que nadie más oye, cavando siempre en busca de la salida.

Y también entendió un artículo sobre un empleado ferroviario jubilado de Mysore que llevaba tantos años sin cortarse las uñas que éstas se habían extendido por toda su habitación. Esta hazaña le había merecido el ingreso en el *Libro Guinness de los Récords*. Sunny recordó el Ovillo de Cordel Más Grande del Mundo, expuesto en una caseta en un cruce de caminos perdido en las praderas de Kansas. ¿Qué eran esas llamadas al universo que hacían hombres pequeños desde lugares pequeños? ¿Podría entrevistar al empleado? Sacó el tema durante el desayuno.

El coronel no creía en la libertad de expresión, y menos aún para los periodistas. En su opinión, los derechos de un individuo y de una agencia de noticias debían estar subordinados a los derechos del país. Sin embargo, se trataba de una historia inofensiva, y para reconciliarse con su nieto, después de su discusión sobre Cachemira, llamó a su amigo de Mysore, el comandante Belliappa, y le pidió que buscara en la guía telefónica de la ciudad el número del hombre del récord de las uñas largas.

Por la tarde, cuando el resto de la familia se retiró a sus respectivas habitaciones para dormir la siesta, Sunny hizo la llamada y, para su sorpresa, se comunicó directamente con la nuera del caballero, quien dijo que su suegro estaría encantado de hablar con un periodista de la Associated Press de Nueva York y se fue a avisarlo; por lo visto él nunca dormía la siesta, sólo echaba alguna cabezada mientras hojeaba ejemplares de *Ripley's Believe It or Not!*

—Buenas tardes —lo saludó el hombre resueltamente al otro lado de la línea—, ¿es usted Sunny Bhatia, de la Associated Press de

Nueva York?

—El mismo. Ha tomado usted una decisión poco común. Lo he leído en el periódico esta mañana y he pensado que debería salir en las noticias internacionales. ¿Qué lo inspiró?

—Pensé: «Déjame hacer algo que nadie más ha hecho.»

—¿Está orgulloso de su logro?

—He hecho que mi familia se sienta orgullosa. Eso me basta.

—¿Cómo lleva los problemas físicos de tener las uñas tan largas? No puede andar, ¿cómo se las arregla?

—Cuando tienes una meta, los problemas pasan a un segundo plano. Cuento con la ayuda de mi mujer, mis hijos, mi nuera, los nietos y un criado a tiempo completo.

—¿Nunca pierden los estribos y le recriminan que les ha complicado la vida?

—¿Perder los estribos? ¿Por qué iban a perderlos? Mi mujer dice que nunca habría imaginado que se casaría con un hombre que alcanzara fama mundial. Nos visitan de todos los rincones del mundo. Igual que usted, ellos tampoco se imaginan cómo un hombre puede llevar una vida así. Pero para triunfar hay que sacrificarse.

—¿Cómo se baña?

—Con ayuda de mi criado. Antes me impacientaba; ahora me quedo quieto. Me he convertido en una persona más espiritual y contemplativa.

—¿Qué sintió al enterarse de que lo habían incluido en el *Libro Guinness de los Récords*?

—Eso en sí mismo no es relevante. La cuestión no es que tenga las uñas más largas que nadie, sino servir de inspiración a las

nuevas generaciones, enseñarles a ser ambiciosas. Les digo que si he podido hacerlo yo, que no tenía disciplina, ellos también pueden hacer realidad su sueño de alcanzar la fama.

Cuando sonó el timbre, Sunny abrió la puerta principal y encontró a Khansama esperando al sol.

—Su madre me ha pedido que venga a verla —dijo.

Le caía el sudor por los ojos.

—Está descansando.

—Es importante.

Babita estaba en enaguas, pensando en su regreso a Delhi al cabo de dos días y en el regreso de Sunny a Nueva York una semana después. Se puso el sari de cualquier manera y se apresuró a salir para recibir a Khansama, cuyo único diente asomaba con cautela.

Sunny se quedó junto a la puerta y lo oyó decir:

—Me gustaría aceptar su oferta de trabajar para usted en Delhi.

Virtuosa y generosa, como sólo pueden serlo las personas triunfadoras, Babita no se cebó en la victoria.

—No digas nada por ahora. Voy a darte el dinero para el billete y te llamaré dentro de unas semanas. Haz tus preparativos tranquilamente mientras yo encuentro un lugar para mis criadas.

Justo cuando Babita estaba contando el dinero, Sunny salió de detrás de la puerta.

—¡No puedes hacerlo!

—¿Hacer qué?

—No puedes robarles el cocinero. No es ético.

Babita se puso a la defensiva.

—Nadie es dueño de una persona.

—Le prometí a la familia que no lo harías.

—¡¿Que se lo prometiste?!

Y ella supo, ¡ay!, ella supo (como si el destino se estuviera cumpliendo de una forma terrible, predecible, correcta, y según su propia lógica) que su hijo había caído bajo el hechizo de aquella bruja con cara de leopardo.

—¿Y cuándo has tenido ocasión de hacerlo?

Sunny guardó silencio. Babita lo supo de nuevo.

—¿De verdad has estado saliendo a correr todas las tardes?

—Está todo mal, pero mal de verdad —dijo Sunny—. Ni siquiera puedes entender hasta qué punto, ni todas las complicaciones que eso implica.

—Sunny no ha estado corriendo —anunció Babita abordando a sus padres.

—Bien —dijo Nani—. Es malo hacer ejercicio con el calor. Además, los que hacen ejercicio se lesionan más.

—Pero ¿por qué fingía, entonces? —preguntó el coronel.

Su nieto era profundamente desleal a la nación, a la familia.

—Ha estado viendo a Sonia Shah, a quien en su día enviaste una propuesta de matrimonio. Ellos aún siguen conspirando para pescar a Sunny. Durante el día él no puede con la India, pierde los estribos, pero a la hora de beber (a la hora de los anacardos) se pone sentimental. Fue entonces cuando lo atraparon.

—¡Pero él ya la ha rechazado!

—Puede cambiar de opinión. ¿Por qué me enviaste esa propuesta? Me vi obligada a reenviársela para no ofender la amistad que os une.

—No fue un desliz. Tu padre le dio sin querer un mal consejo financiero al abogado y ellos se comportaron como si tuviéramos que compensarlos con Sunny.

Nani reveló la historia de la fábrica de lana militar.

—¡Pero eso es chantaje!

Babita sólo había sospechado la típica estratagema de un padre astuto que manda a una hija atractiva con un plato de kebabs para atraer a un buen partido afincado en Estados Unidos.

—Ya le dije a tu padre que si pescaban a Sunny acabaríamos manteniendo a la chica y cuidando de la tía retrasada, y si no al tiempo. El problema es que la chica es muy guapa.

—¡No lo es! ¡Se parece a Kali!

Babita se sentía como la propia Kali, una diosa demonio ardiendo y en erupción. Entonces hizo algo vergonzoso. Enrolló el periódico y, cuando pasó su hijo, lo golpeó en el trasero como si fuera un perro.

Furioso, Sunny se negó a hablar con ella. Babita tampoco habló con él. Se fueron de Allahabad en silencio. Tomaron el tren en silencio. Sunny sabía que su madre era experta en poner esa expresión de viuda abandonada y que tenía más aguante que él en las discusiones. De hecho, ella misma lo había entrenado desde niño para calmarla en cuanto la decepcionaba y así recuperar de inmediato su estatus de hijo amado. Él sólo tenía que decir: «Hablando con Sonia, me he dado cuenta de que es tan tonta como nos dijo su abuelo.»

Sus compañeros de compartimento, un par de hermanos productores de semillas que viajaban para comercializarlas entre los pequeños agricultores del norte, no habían reparado en que Sunny y Babita eran parientes, hasta que los vieron meter la mano en la misma bolsa para sacar un sándwich de queso.

—¿No os habláis? ¿Madre e hijo?

Sunny quería entrevistarlos. Las semillas patentadas por Monsanto y los suicidios de agricultores eran noticia. ¿Qué pasaría con las variedades locales de zanahorias, pimientos y chiles? ¿Qué repercusión tendría para una persona que cultivaba semillas en una granja familiar en las colinas? Pero para ser periodista hay que ganarse a la gente que uno se encuentra, ¿y cómo iban a confiar ellos en un hombre que no hablaba con su madre? Eso violaba las leyes de los reinos animal, vegetal y mineral.

Rompió el silencio entre él y Babita acusándola de haberlo convertido en un extranjero en su propio país: le había dado una educación tan occidentalizada que ahora no podía acceder a las historias importantes. Había perdido su identidad natural y la había reemplazado por la de T. S. Eliot y los sándwiches de queso. Le dijo que todos sus compañeros de clase llevaban a la escuela *roti* y *sabzi* en sus *tiffin* y veían películas de Bollywood los fines de semana. Él había pasado por su país sin apenas rozarlo. Nunca había cogido un autobús, nunca había comido en una *dhaba*. Fue en Estados Unidos donde, por primera vez, comió de los carritos de los vendedores ambulantes, se movió en transporte público y utilizó los aseos de las estaciones de autobús.

—Pues recupérala, ¿quién te lo impide? —espetó Babita—. Eras tú el que se negaba a probar casi toda la comida india cuando eras pequeño. ¡Ibas con un tarro de mantequilla de cacahuete a todas partes! Aprende bien el hindi y busca una historia auténtica.

Si Sunny podía recuperar las comidas de aquellos años perdidos, ¿no podría recuperar también las historias? «En la India, las historias crecen en los árboles», le había dicho un periodista noruego con envidia. Pero Sunny no tenía derecho a cogerlas, y mientras tanto,

cientos de miles caían como fruta madura antes de que nadie pudiera recolectarlas. Historias sobre cómo confluyen la política, los negocios y el ejército en la corrupción; historias sobre ventas de armas, la expulsión de los adivasis de sus hogares en la selva, el sida. Él sólo podría abordarlos si accedía a perder su posición de privilegio. Y para ello tendría que vivir en Estados Unidos, porque en la India sus privilegios estaban ligados a su madre; y él no podía perderla a ella, y ella se negaría a perderlo a él por muy enfadada que estuviera.

Sólo cuando felicitaron a Satya por su compromiso, dejando que sus enhorabuenas se entremezclaran, Babita y Sunny sellaron una paz tácita.

Satya estaba resplandeciente cuando entró en la casa, como si ya fuera novio, médico y ciudadano estadounidense, todo junto.

—Estaba frustrado y tú no estabas allí —dijo señalando a Sunny con un gesto indiferente, como si fuera un ser inferior.

—¡Pero me dijiste que no fuera!

—Sí, pero por eso mismo necesitaba ayuda. Estaba desesperado y mi primo me dijo: «Te estás exigiendo demasiado.» Y me llevó a ver al astrólogo de la familia.

—¡Pero, Satya, vas a ser médico! —exclamaron a la vez Babita y Sunny.

—¿Y qué?

Satya creía en la astrología; creía en los hechizos, los mantras y la magia negra, en las curaciones que se obtenían mediante la oración y la peregrinación, y en coincidencias que no eran coincidencias.

El astrólogo tarareaba mientras estudiaba la carta astral de Satya, un complejo pergamino en sánscrito. Le dio un trozo de papel y un

lápiz, y le pidió que escribiera lo que le dictara:

—Vida predestinada.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tu vida está marcada por el destino. —El astrólogo soltó un *«Hare Krishna!»* después de estornudar y continuó—: Ayer vino una familia. Su hija es perfecta para ti. Los planetas son excepcionalmente auspiciosos. Viajan con una maleta de color rojo.

—¡¿En serio?! —chilló Satya, quien quería creer en su vida marcada por el destino.

—Su padre trabaja en el instituto de investigación agrícola de Karnal.

Bueno, pues Satya y su primo viajaron de inmediato al instituto agrícola de Karnal, a unas horas de distancia. No les permitieron entrar en el instituto, donde había un laboratorio higiénico y seguro, pero interrogaron a todos los que entraban y salían por la puerta. ¿Tenía algún empleado una hija casadera y una maleta roja? Obviamente, muchos se rieron.

Al final su primo sugirió que se tomaran un descanso. Un antiguo amigo de la universidad vivía en Karnal; podían asearse y comer en su casa. Así que se dirigieron a las afueras de la ciudad, desde donde se alcanzaban a ver los campos lejanos y donde las abuelas aún criaban búfalos y plantaban coles en los jardines delanteros, aunque algunos de los granjeros se habían enriquecido tanto gracias a los parientes que habían migrado que sus casas (con búfalos atados y coles plantadas junto a las puertas delanteras) e incluso los caminos de acceso eran de mármol.

Ellos no fueron a una de esas casas, sino a un pequeño *kothi.* Llamaron al timbre. Les abrió una chica delgada que llevaba un

salwar kameez descolorido y cuyos labios formaban un corazón perfecto.

—Mi hermana, Pooja —dijo el amigo del primo.

Satya lo supo nada más verla: él, que había imaginado que quería que alguien cuidara de él, de pronto comprendió que lo que realmente deseaba era cuidar de otra persona. A esa persona, en concreto. Quería volver al punto donde entendía las cosas. Quería casarse como lo habían hecho sus abuelos, tan inocentes que no sabían que había personas en el mundo que se sentían solas. Porque para ellos, colmados de plenitud, era inconcebible la soledad. O eso creía Satya.

Los tres vivían juntos: la madre, viuda, la hermana y el hermano. No los esperaba un banquete, sólo un plato de zanahoria y col, *dal* y *chapatis*. La moderación hizo que Satya se sintiera una buena persona. Sentirse una buena persona le hizo sentirse seguro. Sentirse seguro le hizo sentirse tranquilo. Sentirse tranquilo le hizo sentirse un hombre adulto.

—Y no vas a creer lo que te voy a contar, tía —le dijo Satya a Babita—. Cuando la familia vino a Delhi para hablar con mis padres, ¡llevaba una maleta roja!

Algún día Satya sería médico, pero había recibido un mensaje subliminal especialmente emocionante para un hombre de ciencia.

—Satya, ¿estás seguro? —le advirtió Babita—. En un matrimonio concertado, son los padres quienes investigan a fondo; en un matrimonio por amor, eres tú quien conoce bien a la persona. Pero en tu caso vas a contraer matrimonio con una completa desconocida.

Un matrimonio por amor al que llegas accidentalmente durante la búsqueda de un matrimonio concertado era un acontecimiento encantador.

—Tía, su hermano es amigo de mi primo, de la universidad.

—¿A tus padres no les importa?

—Dijeron: «Lo que tú decidas estará bien.»

Sunny recordaba lo amables que eran los padres de Satya. Una vez se quedó a pasar unos días con ellos, y recordaba avergonzado cómo se había llevado su inseparable tarro de mantequilla de cacahuete para comerlo en los *puris*. Durante la visita, había visto cómo su madre le masajeaba a Satya el cuero cabelludo y cómo su amigo se apoyaba en ella como él nunca se había apoyado en su madre.

—¿Se las arreglará Pooja en Estados Unidos? —le preguntó Sunny.

Su belleza y su delicadeza, su inocencia, despertaría en los demás, sobre todo en Satya, el deseo de ayudarla para que lo lograra.

—¿Adónde deberíamos ir de luna de miel? —preguntó Satya estirando las piernas.

—Hoy día todo el mundo va a Goa —dijo Babita—. Mi amiga Vanya tiene una mansión portuguesa en una isla del río Mandovi. Hace tiempo que quiero visitarla.

—Tienes razón, tía. Una estación de montaña es perfecta para una luna de miel de verano, y la playa para una luna de miel de invierno.

Se casarían en enero del año siguiente. El astrólogo, que en parte había acertado, había determinado la fecha.

Una vez más, Sunny sintió una mezcla de envidia, desdén, felicidad y alegría difícil de definir.

—Salvo que tú no sabes nadar y seguramente ella tampoco.

—No hace falta saber nadar para disfrutar del mar.

Podías caminar por la orilla y ver la puesta de sol sobre el océano; su vientre hinchado difuminándose en el agua hasta el último instante. Podías sentirte fascinado por la arena virgen y el agua transparente, por el hecho aterrador, pero a la vez emocionante, de no tener dónde esconderte.

33

Aunque no había vuelto a ponerse en contacto con Ulla ni ella con él y aunque existiera el pacto tácito de darse un poco de espacio, Sunny sabía que no debía regresar a Nueva York sin un regalo para ella. Había oído a su madre mencionar una tienda en el mercado de Aurobindo en la que vendían *pashminas* de lana virgen, no las imitaciones habituales, y pidió a Bahadur que lo llevara allí después de recoger unas camisas del sastre y hacer la visita al dentista que todo indio que vivía en el extranjero hacía siempre que volvía a su país.

—¿Cómo es el cutis de su amiga? —le preguntó el vendedor.

—¡Esa pregunta es ridícula! —bramó Sunny, con el espíritu tan machacado como las encías.

Mientras estaba bajo el taladro, el dentista se había regodeado: «¡En América, un hombre normal no puede permitirse ir al dentista! Tiene que venir a la India.»

—Un beige claro como el que tiene en la mano le sienta bien a una piel oscura —sugirió una clienta.

—¿Por qué no le quedaría bien a una chica pálida?

—No, a una chica de tez clara no le sentaría bien; se fundirá con la estola.

—Mi amiga es estadounidense —admitió Sunny, aún más contrariado.

—Entonces escoja un tono intermedio —le dijo la mujer, que no habría considerado a nadie que no fuera blanco al oír la palabra «estadounidense»—. No resistirá un tono demasiado fuerte.

El vendedor desdobló y extendió ante Sunny un montón de estolas finas.

—Por favor, no las abra todas —le imploró él, pero el vendedor desplegó unas cuantas más.

—Quédese con la de color malva —dijo la entrometida.

—¿Bordado integral? —le preguntó el vendedor.

—Si es un regalo, que sea uno en condiciones —apostilló la entrometida.

El vendedor se volvió hacia ella y la felicitó.

—Señora, usted, con su piel, puede llevar cualquier tono.

—En realidad, el dorado es el que más me favorece. ¡Resalta el dorado natural de mi piel!

Babita guardó silencio en la última cena. Bahadur, el chófer, se había colado en la tienda y se había dado cuenta de que en Occidente reinaba una abundancia injusta, no sólo material, sino también de amor. Incapaz de superar sus celos, le había contado a Babita que Sunny le había pedido que parase un momento para comprarle una estola a una americana pálida. Babita estaba eufórica: ¡aún existía una novia americana! Su rabia se había desvanecido al instante. Había malinterpretado las señales y sacado conclusiones precipitadas. Sunny era reservado, y punto.

Esperó a que él mencionara la *pashmina*. No lo hizo. Esperó a que la invitara a visitarlo en Nueva York. Tampoco lo hizo. Finalmente, de

camino al aeropuerto a medianoche, le soltó:

—Pensaba ir a Nueva York antes de fin de año.

Sunny pensó: «Tendré que pedirle a Ulla que se vaya del apartamento; ¿cómo se lo tomará?»

—¡Pero si vuelvo dentro de siete meses para la boda de Satya!

—Hace mucho que no viajo al extranjero —respondió ella—. Mohini me ha ofrecido su casa de Manhattan. Ella y su marido van a tomarse un año sabático.

Mohini era la hija del mejor amigo del padre de Sunny. Al enviudar Babita, le había dicho que siempre sería bienvenida cuando ella y su marido estuvieran fuera, lo que ocurría a menudo. Eran profesores de la Universidad de Columbia y tenían casi cuatro meses de vacaciones en verano y dos en invierno. Por no hablar del próximo año sabático.

—Y si se presenta la oportunidad de conseguir la Green Card, sé práctico —le dijo Babita a Sunny cuando llegaron al aeropuerto.

Que hubiera educado a su hijo para que pudiera marcharse a Estados Unidos, pese a lo insoportable que le resultaba estar sin él, significaba que ambos vivirían siempre bajo la tensión de su martirio. La inclinación al melodrama y la culpa era india incluso para los que intentaban escapar de ser indios y pretendían comportarse no sólo en apariencia sino en su fuero interno con lo que identificaban como una moderación occidental, creando así otra tensión. Lo que sentían era angustia y confusión.

La multitud trataba de colarse por la puerta que separaba a los pocos elegidos que iban a tomar sus vuelos del resto de su familia, que se quedaba cada vez más atrás. Sunny, arrastrado por la masa, se volvió y dijo adiós con la mano, y descubrió que finalmente su

madre había sido incapaz de contener las lágrimas. Luego se vio empujado por la gente que tenía detrás y sintió el peso de su desesperación en los hombros y la espalda. Cargó sobre sí el terror y la ambición de miles de personas durante el tiempo que tardó en pasar por el ojo de la aguja.

SÉPTIMA PARTE

¡Intruso traidor!

34

Y así, un mediodía de un sábado, Sunny subió las chirriantes escaleras de su vida americana, anónima y libre, con una estola color malva bordada con verdes vides primaverales, al encuentro de Ulla. Llamó a la puerta antes de utilizar la llave, como ambos solían hacer por respeto. Abrió y vio que ella no estaba en casa; entonces se dio cuenta de que faltaban un cojín del sofá y la estantería de libros de educación infantil de Ulla. Entró en el dormitorio y había una sola almohada, en su lado de la cama. Los cajones de Ulla de la cómoda estaban vacíos. En el cuarto de baño, un cepillo de dientes había desaparecido junto con el champú de algas marinas, el jabón de romero y menta y la loción de leche de cabra y almendras.

Ulla había dejado con escrupuloso cuidado las sartenes y los cuchillos que él había comprado en Chinatown, la mitad de los platos y la mitad de los vasos de Ikea, y dos de las cuatro sillas plegables. Había dejado el edredón, pero se había llevado la manta de lana. Había dejado el té Darjeeling y se había llevado la salsa barbacoa Kansas City.

Que Ulla hubiera sido tan eficiente al repartirlo todo de forma equitativa indicaba que, en su mente, las facturas y pertenencias de cada cual siempre habían estado clara y meticulosamente separadas, hasta el punto de que tal vez nunca habían sido en realidad una

pareja. Era una separación minuciosa, propia de quienes estaban acostumbrados a las despedidas, de quienes no tenían dinero para empezar de nuevo cada vez, de quienes sabían que al cabo de un tiempo los objetos que se habían compartido íntimamente se libraban de su carga emocional: las sábanas volvían a ser sólo sábanas, las tazas de café volvían a ser sólo tazas de café. Así se separaban quienes contemplaban la posibilidad de irse desde el principio de una relación: ¿qué esperanzas podrían haber albergado? También era la despedida de alguien que no amaba a la persona a la que dejaba, de lo contrario la ira o la desdicha habrían estallado de alguna forma. Para Sunny habría sido motivo de orgullo encontrar un documento roto o echar de menos un objeto. Ella ni siquiera había dejado una nota.

Se quedó allí sentado durante horas. No le dolía el corazón, sino la garganta, como si éste tratara de escapar por su tráquea herida. Y al anochecer, lloró en silencio, dándose cuenta de que ser abandonado le provocaba sensaciones contradictorias: sentir un enorme vacío y, al mismo tiempo, sentirse atrapado y sin salida. Si le hubiera ofrecido la India a cambio de Estados Unidos (hoteles palaciegos en Rajastán, un barco por los remansos de Kerala), ¿Ulla se habría quedado? Pero él no lo había hecho; había exigido Estados Unidos y se había guardado para sí la India por una rabia racial heredada, reacio a compartirla incluso con su propia novia, mostrándose leal, aunque sin saber explicarlo, al bando contrario. Pero sabía que él mismo se había sentido resentido en la India igual que ahora se sentía resentido con Ulla. El padre de Payal, al llamar «ciudad de mierda» a Nueva York, estaba alterando a sabiendas el injusto equilibrio de poder.

Ulla había hecho bien en marcharse, pero que hubiera tomado ella la decisión lo humillaba, y sabía que esa humillación se agudizaba porque era una persona blanca la que se había ido. Recordaba lo orgulloso que se había sentido la primera vez que estuvo con ella, en gran parte porque era una estadounidense blanca, aunque le avergonzaba pensar que ése fuera el motivo. Ahí estaba el problema. Él la había atacado porque ese orgullo lo enfurecía, y porque tener a una persona blanca tan cerca le permitía volcar sobre ella toda su rabia acumulada (una rabia que nunca se había detenido a examinar) por lo diferente que era la vida entre una persona de raza blanca y otra que no lo es, entre vivir en un país rico y en uno pobre. No había podido resistirse a la tentación de destruir aquello que, por primera vez, le había dado seguridad en el gran mundo; aquello que, por primera vez, había llamado hogar en aquel intimidante país.

¿Y cuándo había aprendido Sunny que en Estados Unidos todo se reducía a lo mismo? Por la mañana, cuando encendía la radio pública: raza, raza, raza. Cuando desdoblaba el periódico: raza, raza, raza. La economía, el medio ambiente, el periodismo, el arte, el deporte, la guerra, el agua, la brecha entre ricos y pobres, la división de clases, el campamento de verano, la cárcel, la escuela, el indigente, la adopción, la observación de aves, la diabetes, el sector inmobiliario, la tasa de mortalidad, las elecciones, los aseos de Starbucks, el asiento en el avión, la policía, el asesinato, el juez... Toda conversación se reducía de golpe a un solo tema: ¡la raza!

¿En qué momento había pasado de creer que llamarse «persona de color» era dejarse encasillar en un término que detestaba, a creer que no llamarse a sí mismo «persona de color» era dejarse

engullir por los blancos y volverse invisible? Sin embargo, la idea de emigrar y acabar siendo una «persona de color» (de nuevo, recordó al padre de Payal) hacía reír a los indios de la India, ¡era la caída de quien se había creído rey o reina de sus dominios!

Sunny no podía hablar. No podía comer. Se quedaba sentado delante del plato con los puños apretados. «Maldita sea.» Cuanto más se concentraba en tragar, más le costaba. Un día, en el metro, le entró tal pánico al no poder tragar saliva que salió y se sentó en el bordillo, escupiendo, empapado en sudor y con el corazón martilleándole el pecho como si quisiera escapar de él.

A los principiantes se les daba el turno de noche, a los hindúes y judíos el de Navidad y a los extranjeros los de Acción de Gracias, el Día de los Presidentes, el Día de los Caídos y el Cuatro de Julio. Sunny pidió seguir trabajando en los turnos de vacaciones y de noche para mantener en privado sus ataques de pánico así como la garganta constreñida y silenciosa, y disimular el hecho de que ahora no tenía una vida real, aparte de su trabajo. Así, se embarcó en una existencia en la que nadie lo observaba, y no tener testigos, no tener amor, era como vivir una vida ilegítima y poco ética que había que mantener oculta.

En sus días libres huía del piso, tan lleno de la ausencia de Ulla. Corría hasta las calles menos frecuentadas de Prospect Park, donde los indigentes habían montado un campamento con un trampolín y había botellines de Smirnoff tirados por todas partes. Iba solo al cine y al Strand a comprar otro libro de Isaac Bashevis Singer, que injustamente se encontraba en el carrito de un dólar. «He salido a

cenar», escribió a la reportera de la Associated Press en Ciudad de México con la que había estado revisando un artículo sobre las heroicas madres de las hijas desaparecidas en Ciudad Juárez. Una de ellas había cazado sola, uno a uno, a los asesinos de su hija.

«Acabo de romper con mi novia, entre otras cosas porque no soportaba las especias.»

Llegó la respuesta: «Amigo, ¿a quién no le gusta el picante? Cuando estuve en España, echaba tanto de menos la comida mexicana que iba a comer a restaurantes pakistaníes.»

Aunque a Sunny le costaba tragar, buscaba una experiencia de melancolía más profunda que la que ofrecían los comedores y taquerías, donde uno podía sentirse alegre aunque se sentara solo. Tomó el metro a Jackson Heights y cuando el tren se detuvo en la Setenta y cuatro con la avenida Roosevelt, se sintió abrumado por un intenso olor a curry; no había otra palabra para ese olor que la de «curry», pese a haber reprendido a Ulla por utilizarla. Allí le esperaba la India, junto con Pakistán, Bangladés, Nepal y el Tíbet. Los camareros que se movían entre la aglomeración de sillas doradas del restaurante podían ser de Dhaka y Katmandú, y el gerente, de Karachi. Al ver sus sonrisas exageradas Sunny se vio como el blanco de una hostilidad cuidadosamente disfrazada de cortesía. Pensó que ésta tenía razón de ser, y sucumbió y se la tragó en bocados pequeños y escabrosos. Luego caminó más hacia el este, donde había jóvenes peruanas, colombianas y uruguayas en las aceras, con minifalda y tacones altos, abordando a los hombres incluso por la tarde.

Sunny fue también a Red Hook, donde estaban aparcados los autobuses Fung Wah que operaban entre los barrios chinos de

Boston, Nueva York y Washington D. C.; al Bronx, donde la gente vivía en reinos de chatarra con vistas a la ciudad resplandeciente. Fue a Staten Island y vio un partido de críquet entre equipos caribeños y de Sri Lanka, y a Coney Island, pasando por delante de restaurantes rusos llamados Tatiana's y Winter Garden, junto a gaviotas que hundían el pico lleno de kétchup en pañales y patatas fritas, hasta llegar a Ruby's, donde un anciano negro servía almejas y cócteles a los chicos puertorriqueños. Conoces una ciudad cuando el amor te ha abandonado y regresar a una cama vacía se vuelve insoportable.

Y tras los largos trayectos de vuelta en metro, posponiendo aún más el regreso al piso que había compartido con Ulla, se detenía en un bar en una antigua farmacia de Clinton Hill. Una noche se sentó y soltó un profundo suspiro.

La camarera agitaba una coctelera como si fuera una maraca.

—¿Qué pasa?

—Estoy desesperado.

Se dio cuenta mientras hablaba de que, a pesar de su tristeza general, hablar en esos términos lo reconfortaba.

—¿Por qué?

—Me ha dejado mi novia.

—¿Por qué?

—No paraba de acusarla de que sus padres eran republicanos.

—Nadie tiene la culpa de cómo son sus padres.

—Sí, y ahora me siento un desgraciado.

—Entonces cambia de vida.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Si me quedo en Nueva York, tendré que lidiar con mi soledad, y si vuelvo a la India, donde hay una chica que me gusta... —Se sorprendió a sí mismo mencionando imprudentemente a Sonia—. Entonces tendré que lidiar con mi madre.

—Entonces no te gusta de verdad esa chica.

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Cuando la vi en el *bungalow* de su abuelo, con su padre, un tipo de lo más extravagante, dándome lecciones de poesía mística; su tía, una mujer divorciada vestida con un camisón del cuello a los pies, y ese malhumorado cocinero, que picaba cebollas en el suelo de una oscura cocina iluminada por una vela, fue como entrar en un libro del pasado. Ya no quiero vivir en el presente, y desde luego no quiero vivir en el futuro: me duelen los ojos sólo de ver en qué se está convirtiendo el mundo. Así que sólo me queda el pasado, por obsceno que sea.

Recordó el atardecer en Allahabad, con Papá recitando, con la grandilocuencia de un poeta en el ocaso de una época, sobre el amor por una viajera que nace de una mirada, una mirada que se convierte en un viaje eterno. Entonces había deseado conocer aquella cultura que tan bien dominaba el arte de la pérdida y el recuerdo agridulce, aquella cultura que había presagiado su desaparición: sólo su propia desaparición podía colmar su anhelo.

La camarera se llamaba Albana. Albana era de Albania. Tenía la tez como la nieve, el pelo exageradamente negro y rizado y ese tipo de humor en el que el chiste queda encerrado en una coraza de hielo. Su familia había vivido durante la dictadura de Enver Hoxha. A Sunny, el nombre le sonaba a personaje malvado de cómic, pero ella

había conocido a Hoxha y era un monstruo real, uno que había privado a su pueblo de calefacción, carne, azúcar, historia, filosofía, Dickens, pintalabios y, sobre todo, de privacidad. Los vecinos se espiaban unos a otros: conocían la soledad de la vigilancia constante, esa que te niega tus propios pensamientos. La soledad sin vigilancia, según ella, no era soledad, sino un estado pleno y enriquecedor que se sostenía de forma natural, y tan precioso como la luz del sol que se reflejaba en una habitación tranquila una vez terminada la guerra.

—No sabes de qué hablas cuando dices que estás desesperado —le dijo a Sunny.

Con el trago picante y el cóctel fuerte que le servía Albana se sentía mejor, pero una noche encontró otro camarero detrás de la barra.

—¿Albana? Se ha ido con su marido a Atlanta.

Ella nunca había mencionado a su marido. Sunny no había sido más que otro soltero tedioso sentado en un taburete de la barra con el que tenía que hablar porque era su trabajo.

Sunny tardó dos meses en armarse de valor para pedir una reunión con su jefa. Aunque había ensayado un discurso conciso y contenido, en cuanto entró en el despacho se le llenaron los ojos de lágrimas y soltó palabras pusilánimes y confusas. Ruth Kaminski había sido reportera en El Salvador y Liberia. Miró a Sunny y se dio cuenta de que había adelgazado mucho, temblaba de forma incontrolable, iba encorvado, tenía la piel escamosa y marcada como por viruela y los ojos rojos. Una semana después, él recibió un mensaje del departamento de recursos humanos donde se le informaba de que iban a tramitar su solicitud de residencia en

Estados Unidos. Sunny volvió al despacho para darle las gracias con cálidas lágrimas de gratitud. «Ahora tendrás que demostrar tu valía», le dijo ella. «Y un consejo: ¡no llores en la redacción!»

Sintiendo la presión del mandato de Ruth, Sunny repasó las notas que había tomado y, pese a haber reflexionado mucho acerca de la imposibilidad de contar una historia real sobre la India, escribió un artículo sobre «El hombre de las uñas». La agencia lo envió por cable y se reprodujo en varios periódicos de todo el mundo. Él estaba seguro de que lo habían publicado porque la historia resultaba atractiva para los editores: «¡Qué extravagante! ¡Esto sólo se ve en la India!»

Ahora que tenía algunos éxitos para compensar sus fracasos, Sunny al fin se lo confesó a Satya:

—Ulla y yo nos hemos separado. Ya hace algún tiempo de eso y sin duda es lo mejor.

—No lo entiendo. No lo entiendo. Simplemente no lo entiendo.

En vez de consolar Satya a Sunny, fue Sunny el que tuvo que consolar a Satya.

—No éramos felices; ella hizo bien en irse. Yo mismo me habría ido, pero es más difícil tomar la decisión cuando eres inmigrante, porque no tienes nada por lo que irte, no tienes adónde ir. La persona con la que estás se convierte en tu hogar en el nuevo país, así que al perderla a ella pierdes también tu hogar. Además, a los indios no se nos enseña a dejar ni a ser dejados. No está en nuestro vocabulario. Sólo nos enseñan a quedarnos a pesar de absolutamente todo. En parte no nos comportamos bien por eso, porque pensamos que comportarnos mal no tendrá consecuencias.

A Satya le dolió oírle decir esas palabras, la idea de que le hubiera sido leal pese a ser desgraciado. Sunny no estaba muy seguro de cómo o en qué momento de la conversación aceptó acompañar a Satya en su luna de miel a Goa. Tuvo algo que ver con que éste se explayara sobre el comentario de que los indios no podían dejar ni ser dejados, que hizo extensivo no sólo a los vínculos afectivos sino también a los familiares. Para su prometida era traumático separarse de su madre y de su hermano, y quería llevarlos consigo a la luna de miel. «¿No sería mejor que fuéramos todos juntos?», le había preguntado Pooja. Pero si iba la familia de ella, él tendría que llevar a sus padres, así que Pooja y él podrían llevar a Sunny en su lugar.

—Por si acaso —dijo Satya.

—¿Por si acaso qué?

—La presencia de una tercera persona puede facilitar las cosas cuando una pareja no se conoce bien.

Además, durante esos días celebrarían el cumpleaños de Pooja; sería muy triste no celebrarlo al menos con un amigo. Por un momento, mientras hablaba, Satya sintió que el espectro de sus antiguos celos resucitaba. Lo rechazó de plano. Ahora él era el más fuerte. Le correspondía ser el más generoso.

Al principio a Sunny le pareció extraña la idea de acompañar a una pareja en su luna de miel, pero cuanto más lo pensaba menos le chocaba. Era una luna de miel artificial. Recordó que el mar Arábigo se agitaba cálido e impredecible. Era el mar en el que había aprendido a nadar durante las vacaciones que pasaron en la casa de huéspedes del señor Khanna, el mismo que había presionado a su padre para que cometiera un acto corrupto tras otro. Su padre

sujetaba a Sunny por el torso mientras él se sacudía alegremente y los dos cantaban: «¡Pez, pececillo, plis! ¡Pez, pececillo, plas!»

Justo cuando Sunny empezaba a recobrarse de la marcha de Ulla, un nuevo empleado de la Associated Press llamado Darko le entregó un sobre a su nombre que había llegado por DHL urgente. El sobre había sido cuidadosamente cerrado con cinta adhesiva por todos lados y las señas del remitente ocupaban todo el reverso: «Apartamentos Ratna, 306B, Sector II, Bloque N, frente al templo de Krishna, Extensión de Ramnagar Road.»

Era del empleado ferroviario con las uñas largas de Mysore. «¿Cómo se atreve a escribir sobre mí de una forma tan irrespetuosa?», había escrito en grandes letras mayúsculas. La carta continuaba:

> *Le dediqué tiempo y atención, y lejos de tener la cortesía de darme las gracias, se ha burlado de mí. Se las ha arreglado para confundirse hasta en el más mínimo detalle. Por ejemplo, mi nuera se llama Madhulekha, no Cherry. Cherry es su apodo. Es ella quien ha descubierto que su artículo se ha publicado en muchos periódicos de todo el mundo. Usted ha destruido mi reputación de un plumazo. Por su culpa todos se reirán de mí. Se cree muy listo y superior viviendo en Estados Unidos, pero deje que le diga que yo soy mil veces más dichoso que usted. Tengo más riquezas de las que usted nunca tendrá porque tengo honor, autoestima y el respeto de mi comunidad. Usted es un intruso que se las da de enterado. Escribiré a la Associated Press para pedirles encarecidamente que*

despidan de inmediato al intruso traidor que se les ha colado en la redacción, el señor Sunny Bhatia, por escribir mentiras para destruir la vida de un hombre inocente. ¡qué vergüenza!

¿Fue una especie de sadismo lo que llevó a Sunny a volver a coger el metro hasta la Setenta y cuatro con Roosevelt cuando se le acabó el contrato de alquiler de Fort Greene? Allí, donde le esperaba el rancio olor a curry, justo en el cruce entre la zona surasiática y la hispana de Jackson Heights, alquiló un estudio. En los pisos contiguos vivían familias colombianas, bangladesíes, venezolanas, irlandesas, coreanas, libanesas y dominicanas. Muy cerca había puestos de tacos abiertos toda la noche, carritos de comida halal, arepas y camiones de *momos*. En Al Naimat proyectaban películas de Bollywood en una pantalla, y Sunny recordó que en Bollywood una escena de lluvia equivalía a una escena de sexo: en las películas llovía, y los cansados obreros comían kebabs y se excitaban con sus recuerdos más sensuales. Los dominicanos de la ferretería no hablaban ni una palabra de inglés. En La Elegancia, el menú sólo estaba en español. En las lavanderías, abiertas las veinticuatro horas, siempre había gente haciendo la colada. La barbería estaba abierta a medianoche. Sunny descubrió una agencia de tramitación de visados que compartía el mismo cubículo de oficina con el *pandit* Ram Dyal, un astrólogo de Trinidad, turnándose con él para ofrecer sus servicios. Junto a ellos había un negocio de envío de dinero a Bután y un carnicero halal con un congelador repleto de pedazos de cabra formidables y vetustos. Una tienda de hiyabs vendía los últimos diseños, vestidos ceñidos a la cintura, tocados brillantes

adornados con pedrería y modelos sencillos para ir de *umrah* a La Meca.

Se sentía lo bastante lejos como para que su vida anterior no pudiera alcanzarlo y hacerle daño. Y como había llegado a la conclusión de que un buen periodista debe romper con su situación de privilegio, aunque seguía tan solo como antes, le complacía sentirse parte de una humanidad que incluía a decenas de miles de hombres de tez morena y clase trabajadora que habían dejado atrás a sus familias y también estaban solos. Ellos hacían funcionar la ciudad de Nueva York, hacían funcionar Estados Unidos y hacían funcionar los países que habían dejado atrás, de Guatemala a Nepal. Eran heroicos.

Él no tenía nada de heroico. Era un hipócrita. De no haber sido porque en su puesto de trabajo lo habían promocionado para obtener la Green Card, todavía estaría echando de menos a Ulla y la lujosa casa de piedra rojiza de Brooklyn. Pero allí podía ocultar su hipocresía, unirse al vecindario como reportero *coolie* de turno de noche y experimentar el alivio de saber que nunca más tendría que dedicar horas como voluntario en la cooperativa, almacenando granos integrales orgánicos, no transgénicos y sin procesar, intercambiando bromas breves e incómodas con personas blancas e intentando usar metáforas de béisbol. Qué sencillo era caminar sin complejos hasta La Gran Uruguaya y pedir un café con leche con los jubilados que veían el fútbol con sus *chapeaus* y las hijas de mediana edad que comían dulce de leche con sus ancianas madres, estar entre personas que lo aceptaban como otra «persona de color», alguien que había ido a Estados Unidos por necesidad, para poder ganarse la vida.

Entabló amistad con el tío Karma y la tía Pempa, una familia tibetana que vivía en una casita de ladrillo detrás de su edificio de pisos. «¿Cuándo vendrá tu mami?», le decía él. «Mami tiene que venir. Nadie debe quedarse solo. Yo tuve que dejar el Tíbet. Abrimos una tienda en Cachemira; entonces llegaron los terroristas y tuve que marcharme. Me fui a Nainital y abrí una tienda allí. Después una sinagoga apadrinó a cien familias tibetanas y así fue como llegamos a América. Me traje a mi mamá.» Su madre cada mañana daba vueltas a la manzana con un *bakhu* y un delantal de rayas de colores mientras pasaba cuentas y rezaba en voz baja.

Sunny anotaba en su cuaderno de periodista todo lo que oía y veía. Había en los moradores de ese barrio algo duro y, al mismo tiempo, profundamente sensual: una búsqueda constante del amor, una entrega total a este amor y un orgullo por él, en medio de unas vidas difíciles que se encargaban de destruirlo.

Hacía cinco meses que había conocido a Sonia, y un sábado por la noche de esta nueva fase de su existencia le escribió un correo electrónico y se lo envió sin más: «Volveré a la India el mes que viene y estaré un tiempo en Goa. He pensado que podría escribir un artículo para la Associated Press sobre los hombres que trabajan en los cruceros, las mujeres del puerto de Vasco da Gama o el impacto medioambiental de la minería. ¿Crees que podríamos vernos?»

Le había costado varias revisiones conseguir que la despreocupación sonara despreocupada. No mencionó que acompañaría a Satya y Pooja en su luna de miel. Tampoco mencionó a Babita.

35

A la hora en punto y ansiosa por explorar la vida neoyorquina de Sunny, Babita aterrizó en el aeropuerto John F. Kennedy.

Iba con la cara empolvada, las cejas recién arregladas con el peine minúsculo que siempre llevaba en el bolso, un abrigo de pelo de camello sobre un sari de seda de finas rayas verde aceituna y marfil que le rodeaba el cuello y desaparecía por dentro como una bufanda, y unos pequeños pendientes de oro en forma de mango. Sunny, que esperaba en la zona de llegadas y la vio salir antes que nadie, con su maleta envuelta en una funda de lona también verde aceituna para protegerla de la suciedad y los golpes, no pudo contener una risita disimulada.

Al entrar en la ciudad, Babita comentó que, aunque el piloto les había dado la bienvenida a «la ciudad que nunca duerme», más bien parecía que las afueras de Nueva York no se hubieran despertado nunca. Pero Nueva York se convirtió en la Nueva York que el viajero esperaba cuando enfilaron Riverside Drive, con su hilera de edificios de antes de la guerra ligeramente dorados a la luz mortecina de noviembre. Como Sunny vivía en un estudio fuera de Manhattan (que era donde quería estar Babita), ella había preferido aceptar el ofrecimiento de Mohini y quedarse en su piso de Manhattan mientras la pareja estaba en Budapest disfrutando de un año sabático. Mohini

(Mo) había superado todas las expectativas que todos habían depositado en ella cuando se casó con su director de tesis, Larry Fuchs, ahora decano de ciencias sociales. Podía ser un estudioso de Walter Benjamin, con sus gafas y aire anticuado, pero ese cargo era el disfraz perfecto para su verdadera vocación: codearse con jeques despiadados y magnates de todo el mundo para recaudar millones para la universidad.

Sunny se puso nervioso en el taxi. ¿Cómo iba a llevar a su madre a Jackson Heights cuando ella esperaba verlo instalado cerca de la dirección a la que llegaban ahora, en una esquina de West End Avenue, no lejos de donde había conocido a Ulla cuando era estudiante en Columbia? Se bajaron, y Babita miró con aprobación el edificio y al portero afroamericano con librea. Pero éste, lejos de tratarla como lo haría un portero respetuoso con un invitado respetado, ladeó la cabeza.

—La señora Fuchs dijo que le informaría de mi visita.

Él siguió mirándolos de reojo.

—¿Lo ves? —le dijo Sunny a su madre en el ascensor, después de que ella hubiera sacado su pasaporte para demostrar que era quien decía ser.

—¿Ver qué?

—Aún desconfían de que puedan vivir indios en un edificio así. Después de todo, Mohini sólo vive aquí por haberse casado con quien se casó.

Babita no lo veía como un problema, ella misma desearía que Sunny viviera en un edificio donde él fuera el único indio. Pero la había afectado la actitud hostil del portero. Consideraba que ella era de clase alta y él de clase baja. Consideraba que las personas de piel

negra eran inferiores a las de piel morena. Recordó que, en su última visita, Sunny le había advertido que si se atrevía a hacer comentarios racistas en Estados Unidos no volvería a quedar con ella. Eso fue después de recibir un empujón en una feria callejera abarrotada que conmemoraba el Cinco de Mayo y soltase: «¿Te imaginas qué pasaría si esta panda se hiciera con el poder?» El comentario mostraba que ella también consideraba que, dentro de la población de tez morena, los hispanos eran inferiores a los indios. Luego había tenido que oír a Sunny hablar durante horas sobre el apoyo de Estados Unidos a los dictadores latinoamericanos y los golpes militares que habían abierto el mercado a las empresas estadounidenses y traído consigo la corrupción, la vulneración de los derechos humanos y los desastres medioambientales. Su hijo, en su versión estadounidense, le había parecido un tostón: incluso cuando criticaba a Estados Unidos, hablaba como si él mismo fuera nativo.

Durante esa misma estancia, él había puesto algo de Cesária Évora y Babita había comentado: «Suena como un hombre.» Y habían tenido una pelea terrible.

Habían ido al Strand, y ella había cogido un libro de fotografías y ensayos, y había exclamado: «¡Mira qué ridículo, Sunny! En la biografía del autor dice que Paul Costandi es el compañero de vida de Oliver James, y en la biografía del fotógrafo dice: Oliver James es el compañero de vida de Paul Costandi.» Y habían tenido una pelea terrible.

Había dicho: «Los chinos corren de una manera muy graciosa. ¡Mira a esa mujer corriendo detrás del autobús!» Y habían tenido una pelea terrible.

Había dicho: «Qué mujer tan guapa; no parece judía.» Y habían tenido una pelea terrible.

Pero así era como Babita mantenía su sentido de superioridad en el gran mundo. Sunny había adoptado la estrategia opuesta: reforzaba el suyo diciendo cosas horribles sobre los blancos.

En el fondo, Babita pensaba que ése era el precio a pagar por viajar a Occidente: uno no podía mostrar su lado más feroz, libre y auténtico, pero por otra parte había grandes placeres que disfrutar, como un salmón a la parrilla en un bistró francés en otoño.

Sunny y Babita fueron andando hasta Chez Henri. Las lámparas eran pepitas de oro incrustadas en árboles de un amarillo pera, con aroma a pera y envueltos en niebla, salpicados de diminutas gotas de humedad que se deslizaban lentamente. Una vez que se acomodaron en una banqueta de cuero verde, el *beaujolais* de color escarlata los relajó.

Con la nariz sutilmente enrojecida por el vino y complacida por no haber dado pie a una discusión sobre la raza, Babita se sintió capaz de disfrutar de la compañía de Sunny y contarle lo que había sucedido con el cocinero de los kebabs de Allahabad. En su momento, ella se había sentido muy molesta, pero, por suerte, aunque había planeado despedir a Vini-Puni antes de que Khansama llegara, lo reconsideró, pues sabía que Vinita se iba a casar pronto y que Punita no podría continuar en la escuela benéfica. Además, como a Vini-Puni sólo les pagaba calderilla, podía permitirse mantener a las chicas junto con el nuevo cocinero, a pesar de la rentabilidad cada vez menor de su cartera de inversiones. Había arreglado el almacén de la azotea para que Khansama se instalara en él. Los tres compartirían la letrina, el grifo del baño y el lavabo.

Pero cuando sonó el timbre el día de la anunciada llegada del cocinero, abrió la puerta y se encontró con que no era Khansama con su cauteloso diente marrón, sino un joven con pantalones ajustados y una relumbrante hilera de dientes de tiburón.

—Pero bueno, ¿tú quién eres?

—Soy el hijo de Khansama.

—Esperaba a tu padre.

—Mi padre es demasiado viejo para venir a la gran ciudad. Tiene vértigos, y se cayó en el mercado. Me ha enviado a mí en su lugar.

—¡Lo contraté por su cocina, no porque necesitara a alguien! Tengo sirvientes de sobra.

—Mi padre me ha enseñado a hacer sus *kakori*, *galawati*, *shammi*, *seekh* y *boti*, su *rara*, chuletas de carne picada, chuletas de huevo, su *gassi*, *parda pulao*, *pasanda* y *murgh musallam*.

«Pero ¿cómo voy a poner a un joven en la azotea con Vini-Puni?», le había dicho a la vecina, Sara Habib. «Dice que está casado, pero eso no es garantía de nada. He tenido que poner a las chicas a dormir en la despensa de abajo, pero no soporto oírlas roncar. Y cuando le he pedido a ese joven que cocinara, ha resultado que no sabe ni picar una cebolla.»

—¡¿Cómo te llamas?! —le gritó mirando un plato de berenjenas—. Nunca te había visto. Y no quiero volver a verte. ¡No tienes remedio!

—Podría ser su chófer —se había ofrecido él—. Soy bueno al volante.

—Bahadur me ha sido leal durante veinte años.

Lo siguiente que supo Babita fue que Sara Habib lo había contratado como chófer. «Bueno, al menos tu familia de Allahabad

conoce a su familia, y ésa es toda la seguridad que se puede tener hoy en día», le dijo.

Sara nunca perdía una oportunidad. El trabajo de chófer ocupaba un lugar más alto en la jerarquía de los empleos, y la casa de los Habib era más opulenta que la de los Bhatia. El joven le dedicaba a Babita una sonrisa zalamera cada vez que ella lo encontraba sacando brillo al sedán importado de los Habib que había pagado su hijo de San Francisco, como una forma de reconciliar a sus padres con la India y evitar que insistieran en reunirse con él en lo alto de Russian Hill.

—¿Sabes? —le dijo Babita a Sunny, dejando que el recuerdo de Sonia envenenara su discurso—. Me prohibiste contratar al cocinero de Allahabad justo cuando él me lo estaba pidiendo, así que supongo que no se atrevió a venir.

—Si Khansama se desmaya ahora en plena calle, ¡ni te cuento lo que van a costar sus facturas médicas cuando sea mayor! —replicó Sunny, que sabía cómo funcionaba la mente de su madre.

La idea de haberse librado de un gasto cada vez mayor la reconfortó. No le dijo a Sunny que esa misma semana había intentado distraerse de los codiciados kebabs hojeando una nueva y reluciente revista cultural que le había prestado Sara. La había abierto justamente en un artículo sobre kebabs, y de pronto no estaba leyendo palabras, estaba oliendo y saboreando el mismo *kakori* que se le había escapado de las manos. Cuando pasó la página para ver quién lo había escrito vio el nombre de Sonia Shah. Ese mismo día había reservado su billete a Nueva York.

Le contó, en cambio, un incidente que había ocurrido poco después de la llegada y el despido del hijo de Khansama, como si

estuviera relacionado, aunque no hubiera motivos para creerlo más allá de un trasfondo de resentimiento y amenaza. Al amanecer, Vini--Puni habían bajado las escaleras de caracol exteriores desde su cuarto de la azotea, como de costumbre, y delante de la puerta de la cocina habían encontrado un zurullo gigante ya rodeado de moscardones a pesar de ser tan temprano. Entonces se dieron cuenta de que alguien había forzado la cerradura y la puerta estaba entreabierta. Un ladrón había saqueado la nevera, acabándose hasta el paquete de mantequilla; todo apuntaba a que un solo hombre había comido por diez. Luego, curiosamente, había fregado los platos y los había dejado con cuidado en el escurridor.

Tal vez sólo fuera un hombre hambriento de una de las muchas obras de construcción del vecindario. ¿Cómo debe de ser para un obrero observar la vida de los ricos desde tan cerca, oler el denso vapor de las ollas a presión que silban en las casas de alrededor? ¿Ver a *Pasha*, con su pelaje rubio, bebiendo agua filtrada y comiendo rodajas de manzana y sandía mientras le administran pastillas antiparasitarias?

Pero el ladrón de comida había hecho el enorme *tatti* justo delante de la puerta trasera, donde era fácil que alguien lo pisara, lo que indicaba intenciones lobunas. En cualquier caso, ¿cómo podía alguien hacer algo así en mitad de la noche? Babita había dormido como un tronco, y las chicas no habían oído nada.

—¿*Pasha* no se despertó? —le preguntó Sunny.

Pasha había respondido sus preguntas con una mirada inquisitiva, y fue a buscar su pelota tintineante por si era la respuesta correcta.

Tal vez *Pasha* no había ladrado porque le habían dado una pócima para dormir. O conocía al intruso, lo que tendría sentido puesto que

no habían hecho daño a las chicas. ¿Podría haber sido el chófer de Allahabad, con quien *Pasha* ya estaba familiarizado? Pero ¿por qué haría algo así? ¿Que las chicas hubieran salido ilesas no las convertía en sospechosas? Podrían haber avisado a alguien. Por otra parte, no había sido un robo.

Cuando llegó la policía, dijeron que tal vez era un ladrón que había estado preparando el terreno, y que si era así volvería para robar. Pero ¿por qué tantear antes en lugar de robar de una vez? El señor Habib había salido a pasear a caballo por Delhi Ridge, con pañuelo de cuello y pantalones de montar; lo seguía su chófer con un cubo de zanahorias. Se presentó como una autoridad en temas de delincuencia y señaló que la defecación era el código que empleaban ciertas tribus que saqueaban la ciudad. Así se identificaban y dejaban un mensaje potente. Y sus miembros tenían un don con los perros, pues éstos nunca les ladraban.

—Pero ¿no sería más prudente no delatarse con un zurullo?

—Es una forma primitiva de marcar el territorio. Proviene de un instinto animal. Para el mamífero agresivo, defecar y orinar en territorio ajeno es como decir «Aquí mando yo».

—Entonces, ¿por qué fregó los platos?

¿Y dónde estaba el vigilante del barrio? ¿Dormido o en el otro extremo? ¿O tal vez era él, el intruso hambriento? Babita había logrado evitar que la policía interrogase a las chicas, temiendo que la situación se les fuera de las manos a los agentes, que podían agredirlas sexualmente y luego amenazar a su madre, Gunja, y a su marido, el borracho que se ganaba la vida vendiendo huesos.

Sunny, que se habría avergonzado de oír semejantes tonterías indias si hubiera habido estadounidenses escuchando, se sintió

aliviado al oír que habían permitido que Khansama se retirara. Echaba de menos la India, y aunque la historia le parecía incomprensible, la sintió cercana; disfrutaba de las discusiones y del enigma, que podía resultar amenazador o simplemente absurdo.

Terminaron de cenar y Babita llamó al camarero.

—Nos ha gustado mucho la comida. ¿Puedo felicitar al chef?

—Ay, mami, ¿de verdad tienes que hacerlo? —gimió Sunny.

—Sunny Bhatia, te daré un consejo: siempre hay que elogiar a quien lo merece.

El chef salió.

—Permítame felicitarlo. La salsa bearnesa es mucho mejor que la que comí en París. ¡Y el salmón es mejor que el de Escocia! —Se volvió hacia Sunny—. Volvamos ahora a casa de Mo y tomemos un té. No tiene sentido pedirlo aquí y pagar una fortuna.

Al salir, sintieron el cosquilleo de las partículas de humedad que caían poco a poco sobre sus narices sonrojadas por el vino bajo la luz dorada de los globos de las farolas. El piso de Larry y Mohini no era espacioso según los cánones de la clase adinerada de la India, pero sí lujoso, con alfombras afganas de seda y lana, pinturas en miniatura de la Escuela de Kangra, y una escultura de piedra de incalculable valor de Shiva y Parvati, que representaba al dios y la diosa elegantemente entronizados e inclinados el uno hacia el otro bajo unos focos angulares más propios de un museo.

En la cocina, encontraron una despensa caótica que hablaba de riqueza despreocupada. Había tarros de pesto caducados hacía tiempo, tres frascos abiertos de vitamina C y dos de canela de comercio justo. («En realidad, el comercio justo paga menos a los

agricultores», había dicho Babita. «Es una patraña; lo leí en *The Times of India.*») Y sólo había té en bolsitas.

¡Un hogar indio sin un té como es debido! Miraron en todos los armarios y Sunny desenterró una lata de té de Navidad de Harrods sin abrir.

—Pero no hay tetera ni colador. Es mejor usar las bolsitas.

Así que tomaron té verde de bolsa, y Babita hizo una mueca, aunque se zampó encantada unas galletas Pepperidge Farm Milano que habían descubierto.

—¡Los yanquis siempre se pasan con el azúcar!

Cuando Sunny se fue, Babita encontró pan en el congelador: ¿tan tacaños eran que escondían el pan? En las estanterías del pasillo había guías de viaje de Islandia, Botsuana y las islas Galápagos, junto a libros con títulos como *Las raíces históricas del genocidio ruandés*, *El apartheid y el sistema de castas* o *El sida en el mundo en vías de desarrollo.* Armani, Chanel y Louis Vuitton llenaban las perchas. Miró con detenimiento en los armarios del cuarto de baño de Mohini: sueros revitalizantes, mascarillas, exfoliantes y cremas para manos, pies, ojos, cuello; bases, barras de labios y perfumes. Sin embargo, en las fotos seguía siendo la Mo feúcha de siempre. Sólo un extranjero podría encontrarla atractiva.

Se dio una ducha caliente, y el agua salía espumosa y dorada de una alcachofa gigante con chorro de masaje. El gel era de albaricoque, orgánico; la toalla, demasiado grande para manejarla cómodamente, era de un gris pálido afelpado a juego con el suelo de piedra gris, que parecía tener incrustaciones de trilobites fosilizados. Se subió a una cama alta y suntuosa, pero enseguida se bajó para examinar las capas que había debajo de las sábanas de

lino: un protector de colchón hipoalergénico, un sobrecolchón de lana sostenible que regulaba la temperatura y un colchón híbrido de látex transpirable con certificado Rainforest Alliance.

—¡Esto es una locura! —exclamó en voz alta.

De hecho, la cama era tan aparatosa que resultaba incómoda, y el cielo no estaba oscuro como en Delhi. En el crepúsculo interminable de una noche neoyorquina, oyó ambulancias, coches de bomberos, sirenas de policía, barrenderos, y camiones de basura y reciclaje junto con el estremecedor ruido de miles de botellas de vidrio al hacerse añicos.

—¿Seguro que quieres hacer todo el camino a pie? —le había preguntado Sunny a su madre—. Tardarás casi dos horas desde casa de Mo y por aquí no hay nada que ver, ningún lugar de interés turístico.

—He venido de Delhi y quiero ver dónde vives.

Había traído en secreto un colgante de plata con una cadena para la misteriosa novia americana, una esfera de filigrana con detalles florales. Sin embargo, no preguntó por ella, porque ¿para qué necesitaba que una mujer que la había desbancado en el corazón de su hijo se uniera a ellos en Chez Henri o explorara con ellos la riqueza decadente de los armarios de Mo? Ni siquiera comprendía cómo se podía llegar a algo así.

Cogió la línea 7 y, hacia la mitad del trayecto, se dio cuenta de que algo no andaba bien. El vagón salió a la superficie y casi todas las personas que quedaban dentro eran de tez morena y estaban cubiertas de polvo de la construcción. Parada tras parada iba

bajando gente de clase trabajadora que se suponía que vivía en los bloques de pisos grises y marrones que se veían más allá. Babita se apeó en la Diecinueve y, siguiendo las indicaciones de Sunny, bajó unas escaleras sucias y se encontró en una calle mugrienta y caótica bajo las vías del tren, rodeada de almacenes de saldos y tiendas de baratijas que anunciaban maletas y zapatos con cancioncillas publicitarias en español, sórdidos colmados con papayas demasiado maduras y vendedores ambulantes cargados de cadenas de oro y amuletos religiosos. No vio a ninguna persona blanca salvo a unas pocas de aspecto sospechoso, como falsos blancos. Vio a mujeres con hiyab, a muchas con bebés, y a mujeres hispanas con mallas y camisetas que les marcaban cada curva de las nalgas y los pechos, también con muchos hijos. Sonreían a Babita porque pensaban que formaba parte de su mundo.

—¡Creía que Brooklyn era un lugar elegante! —le dijo a Sunny, que la esperaba en la panadería junto a la parada de metro.

—¡Esto no es Brooklyn!

—¿No lo es? ¿Dónde estamos, entonces?

—En Jackson Heights.

—¡Me dijiste que vivías en Brooklyn!

—Eso era antes. Me mudé a Queens. ¡Te lo dije!

—No me lo dijiste.

—¡Sí que lo hice!

—¿Dónde está tu novia, entonces?

Babita estaba tan sorprendida que no pudo esperar más a oír la respuesta que anhelaba y temía.

—Se acabó. Hace mucho tiempo. Te lo dije.

—¡No me lo dijiste!

Babita asimiló la noticia. Estaba eufórica y furiosa a la vez.

—En ese caso, ¿por qué dejar la India? —le preguntó—. Podrías haber tenido esto sin ningún esfuerzo mudándote de Panchsheel a Paharganj.

Su hijo no contestó. Ella parecía nerviosa, y él se sintió como si la hubiera ofendido deliberadamente.

Pasaron por delante de la casa del tío Karma y la tía Pempa. («¡Ha venido mami!») Cuando subieron al ascensor del edificio de Sunny, el vecino de al lado, el señor Rahman, se les unió con sus bolsas de la compra de Apna Bazar.

—¡Por fin ha llegado mami! —exclamó—. «¿Cuándo viene tu mami?», le decíamos a su hijo.

Sunny abrió la puerta de entrada, que daba a la cocina, un espacio que servía a la vez como sala, comedor y dormitorio, con el cubo de la basura en un rincón. Había pintado las paredes de un color verde que a ella le pareció musulmán. Unos pantalones colgaban de dos ganchos en la pared, como si fueran una obra de arte. Eran muy anchos y cortos.

—¿Qué hacen esos pantalones en la pared?

—Son de Frank.

—¿Quién es Frank?

—El primer inquilino. Antes este barrio era irlandés e italiano. Me contaron que era un mafioso de la industria cárnica y que tenía una gran cama en el centro de la habitación donde retozaba con una mujer de Kirguistán llamada Varvara.

Su madre se derrumbó y se echó a llorar.

—Vienes de una buena familia. No puedes pasarte la vida entre indigentes.

Mientras que en la India Sunny nunca querría vivir entre los pobres, en Estados Unidos podía permitirse la audaz picaresca de fingir ser un hombre de pueblo. ¡Intenta montar semejante farsa en Delhi! Babita se negó a sentarse.

—¿Vamos a comer? Hay un restaurante peruano donde puedes tomar sopa de gambas a la crema con un huevo de codorniz.

—No tengo apetito. Si no te importa, me voy a ir. ¿Por qué no me pides un taxi? No me veo con fuerzas de volver a enfrentarme al metro.

Sunny llamó a un taxi mexicano y, cuando llegó el vehículo, resultó ser un trasto destartalado y maloliente, con música de cumbia a todo volumen. En el trayecto de regreso a Manhattan atravesaron un lúgubre tramo del Northern Boulevard que a Babita le pareció tierra de nadie. Se sintió inquieta, como cuando atisbaba las afueras de Delhi y veía lo precario que era su mundo. Cuantos más bloques de pisos idénticos veía, mayor era la sensación de desamparo. Cuanta más gente la rodeaba, más intensa era la soledad.

Pensó que Sunny podría haberse casado con Mo; su madre se lo había sugerido tímidamente en alguna ocasión, pero ella lo había descartado porque en aquel momento su hijo era, como es natural, demasiado bueno para Mo. Esa noche, delante del espejo, dijo: «Ratty, no te mueras. Si te mueres, yo también me moriré. ¡Ratty, ha salido a ti! Ha salido a ti.» Se sentó en el inodoro, con la cara entre las manos.

Durante sus últimas semanas, se dio un atracón de Nueva York. Fue al Whitney y a una exposición de indumentaria en el

Guggenheim, a Tiffany, a Bloomingdale's, a Little Italy, a Katz's Delicatessen y a ver *El Rey León* en Broadway.

Disfrutó de un almuerzo especial de raviolis de cangrejo fresco en un restaurante que le había llamado la atención en la avenida Columbus.

—¿Puedo felicitar al chef? Soy una visitante de la India y me gustaría decirle que no he comido unos raviolis como éstos en ningún lugar del mundo.

El raviolero era un joven de Maine.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Es usted de la India? Pronto iré allí. Voy a viajar por Asia.

—Aquí tienes mi número —le dijo Babita—; llámame cuando estés en Delhi. ¿Por qué no te quedas unos días en mi casa? Así yo te enseñaré la ciudad y tú podrás enseñar a mis chicas a preparar algunos platos. ¿Trato hecho?

—¿Sus hijas quieren aprender cocina italiana?

—No, mis criadas.

—¿Por qué no? Será divertido. Les enseñaré a hacer raviolis, *risotto* y pizza.

—¿Pizza? ¡No! Ya tenemos pizzas muy buenas en el barrio, mucho mejores que las de aquí, donde apenas ponen ingredientes. Ni siquiera verduras, y eso que deben de ser lo bastante baratas para no tener que hacer trampa con ellas.

De regreso, se detuvo en una joyería y preguntó al dueño si estaría interesado en exponer algunas piezas de la India que ella podría hacerle llegar anualmente a través de su hijo, piezas tan delicadas como el colgante de filigrana de plata que llevaba en el

bolso, que combinaba con la moda occidental. «Verá, no me gusta depender del dinero de mi hijo cuando vengo de visita.»

Se detuvo en un anticuario cerca del Metropolitan al advertir que tenía pergaminos asiáticos en el escaparate, y preguntó si estarían interesados en vender antigüedades de la India. Se detuvo en una tienda de cosmética y preguntó si considerarían la posibilidad de ofrecer algunos productos herbales ayurvédicos.

Luego, por la noche, le contaba a Sunny lo que había estado haciendo durante el día, sin asomo de pudor y haciéndole saber que le daba miedo envejecer sin un hijo que pudiera mantenerla, que no pudiera permitirse acogerla siquiera en vacaciones. Tendría que depender de Mohini Fuchs.

—La gente emigra a Estados Unidos para progresar, no para vivir por debajo del umbral de la pobreza —lo acusó.

—Yo nunca he visto Estados Unidos como un lugar para hacerme rico. ¿En qué se diferencia eso de casarse por dinero? —se defendió Sunny.

Babita sintió como si la estuviera asesinando con esa brutal confesión.

—No idealices el fracaso y la pobreza, Sunny —le advirtió.

Para dejarlo claro, la víspera de su partida ella puso su cara de viuda agotada. Sunny apoyó la mano en la valiosa estatua de Shiva--Parvati, que sin duda era demasiado antigua para haberla sacado legalmente de la India, y se rindió.

—¡Mi jefa va a ayudarme a conseguir la Green Card!

Entonces ocurrió algo. El dios y la diosa se cayeron al suelo, y Babita y Sunny se lanzaron a recogerlos. A Parvati le faltaba un trozo de oreja. ¿Ya le faltaba?

Lo encontraron.

—¡Pégalo!

Sunny fue a la tienda a comprar un bote de Krazy Glue y lo pegaron. Mientras él mantenía un dedo en la oreja de la diosa, se miraron fijamente en silencio: el viaje de Babita a Estados Unidos los había llenado de miedos.

Al cerrar la maleta para salir hacia el aeropuerto, Babita dudó un segundo antes de meter en su neceser uno de los magníficos jaboncitos de diseño hexagonal con una abeja real estampada que había encontrado en una caja de jabones para invitados. En el vuelo de regreso seguía pensando en su pequeño hurto. Le remordía la conciencia. ¿Por qué lo había cogido? Después de estropear una antigüedad de valor incalculable, había robado una pastilla de jabón. Eso le hizo ver el triste y miserable estado en que se hallaba.

OCTAVA PARTE

¿Dónde te gusta que te hagan cosquillas?

36

Una neblina de color azafrán sobre las caléndulas de la azotea ajardinada. Un sol químico que hacía lagrimear. La textura de un abrojo enganchado en su *phiran* de lana. ¡El invierno en Delhi!

Sonia abrió la carta que le había enviado Mamá. Incluía lo último que había traducido del diario de Siegfried Barbier.

> *Hoy se cumple el quinto aniversario de mi llegada a la India en la noche del Diwali de 1927. Estoy alojado en el* bungalow *del Departamento de Obras Públicas de Tajewala después de supervisar el canal de Hathni Kund. Junto a la casa hay un pipal lleno de monos. Debajo vive un ermitaño que cuida las sandalias y la tumba encalada del ermitaño que vivió allí antes que él. Unos largos escalones descienden hasta el río Jamuna, donde una cigüeña espera inmóvil el destello de un pez. El ermitaño, igual de inmóvil, espera un pez místico. En las tradiciones contemplativas, la paciencia tiene una recompensa espiritual y artística. La espera.* Bhakti*. No pasa nada: ¡eso es bueno!*
>
> *Ojos que miran a los ojos.* Darshan*. Pon los tuyos a los pies de lo divino.*

Un objeto fluctúa de un color a otro, entrando y saliendo del campo visual. Estoy pintando el tránsito de la luz sobre una flor a lo largo de un solo día, como una forma de reflexionar sobre la vida; uno se sumerge momentáneamente en la visión.

Utilizo acuarelas para los patrones del letargo de la tarde, cuando uno no está ni despierto ni dormido, sino cautivo de las imágenes y los recuerdos que flotan y se combinan en la mente, en la pantalla de los párpados cerrados como nubes. Dos figuras en pleno acto sexual se convierten en criaturas misteriosas; una estalla en manchas, la otra en rayas.

Estoy harto de la sopa de patata. Si llueve, para cuando Moolchand me la traiga atravesando el bosque, ya es sopa de lluvia con patata. ¿Por qué no tomamos sopa de setas? Porque las setas son demasiado caras, dice Anjolie.

Como yo, muchos buscadores llegan a la India sin saber qué buscan. Se vuelven un espejo del país que los recibe y encuentran un reflejo de sí mismos en los ojos de las personas que conocen. A veces descubren que han vivido versiones equivocadas de sí mismos. Hablamos de identidad desplazada en relación con historias traumáticas, pero la gente siempre ha buscado con urgencia el desplazamiento: en el arte, la religión, los viajes, el sexo, el amor, los espejos, la metáfora, el sueño.

Lila es Maya, Maya es Lila: manifestación o ilusión son una misma cosa. La ilusión es placer, el placer es ilusión, la riqueza es ilusión, la vida es ilusión, el centro es olvido, pero no es el vacío de Occidente sino el vacío de Oriente. No significa vacío, no significa que no existamos, simplemente sugiere que somos relativos, fugaces, inestables. Cambiamos de forma según quién mira a quién y de qué manera.

¿Cómo puede un devoto atraer lo divino misterioso? Transformándose en lo que la divinidad encuentra atractivo. Un pintor, cuando pinta, debe convertirse en el deseo de su sujeto.
Pintar, anhelar, esperar. ¿Esperar qué? ¿Buscar qué? Así y todo, debo desarrollar mi talento.

¿La montaña crea la música? ¿O la música crea la montaña? Cuando inclino la cabeza, muy por encima del bambú, alcanzo a ver la montaña que evoca la flauta invisible. Fue aquí, en los bosques de Sikkim, donde encontré un gau *tallado con nubes que se utilizaba como amuleto...*

Siegfried Barbier podría ser un excelente tema para un artículo en la revista *Kala*, pensó Sonia. Cuando se lo comentó a Papá, éste le dijo: «Pero si fue un fracasado.»

Tal vez él también estaba empezando a sentir rechazo por *Kala*. O por su hija. Cuando se publicó el artículo sobre los kebabs, hizo

fotocopias para dejarlas en la puerta de todo aquel que se le pasó por la cabeza. «¡Fui yo quien tuvo la idea! Ayudé a Sonia a investigar», decía.

Ella le suplicó: «Por favor, olvídate de los kebabs.» Quería escribir sobre otras cosas. ¿Qué otras cosas?

Papá no le hizo caso. Llevó su artículo a Bade Mia, el propietario de Karim's; a la encargada de relaciones públicas del hotel Oberoi; a Aseem Chacha, en el callejón de detrás del Khan Market, quien se irguió, se acarició la barba exquisitamente recortada y se quejó de que ni él ni sus suculentos kebabs salían bien en la fotografía. «¡Nunca he visto una fotografía peor! Habría sido mejor que no me hicieran ninguna.»

Papá estuvo de acuerdo. «Le dije a mi hija: "Llama a Srimati Mithal, que publica la revista, y pregúntale si se hacen así las cosas."»

Kala había contratado a un conocido fotógrafo polaco amigo de la familia a través de sus contactos diplomáticos y éste había tomado las fotografías en un estilo plano y con un tono sepia, como si intentara captar la Polonia del pasado y no la India del presente, porque, según él, en la India del presente se veía la Polonia del pasado.

Al final, Sonia y su padre tuvieron una discusión, durante la cual ella le dijo: «¿Por qué sigues diciéndole a todo el mundo lo desastroso que es este artículo?», a lo que Papá respondió: «Bueno, tal vez ya eres mayor y no quieres que tu padre siga controlándote la vida, así que quizá deberías buscar tu propio espacio, como Ferooza y tu madre. Eres adulta; no deberías vivir con tu padre.»

Chandu estaba con la oreja puesta. Vivía en un cuarto que se había construido ilegalmente sobre un saliente inferior de la azotea ajardinada, de modo que quedaba oculto a quien mirara desde abajo. Pero en ese sofocante cubículo no había sitio para que su familia se instalara con él, por lo que, desde que nacieron, sólo veía a sus hijos un mes al año, durante las vacaciones. El criado de los Bhargava, del piso de abajo, vivía en una cabaña precaria sobre un pozo tubular al final del camino de entrada. El criado de los Joshi, de la planta baja, ocupaba una habitación excavada bajo su parcela de césped. ¿No es un insulto para aquellas familias que se ven separadas por la pobreza que una familia tenga suficiente dinero para vivir junta y no lo haga? Esas familias nunca dejarían que sus hijos vivieran separados si pudieran evitarlo ¡y menos una chica soltera!

Chandu se paseó —izquierda, derecha, izquierda, derecha— y se mantuvo erguido ante su empleador. Tras décadas de servicio, se había ganado el derecho a decir lo que pensaba: «¡No es seguro que la pequeña Sonia viva sola!»

Papá y Sonia eran conscientes de que tenían los nervios a flor de piel. Al regresar de Allahabad, la ira de él se avivó una vez más por la indiferencia con la que su esposa se había quedado en las montañas. Sonia, por su parte, estaba inquieta porque había esperado un mensaje de Sunny, que se había apresurado a anotar su dirección de Hotmail tras su último encuentro, pero ahora se preguntaba si aquellas visitas al porche de Allahabad, y los cacahuetes dispuestos en un mandala que evocaba la forma de una concha de caracol, no habrían tenido más que ver con la fascinación que despertaba la sabiduría de su padre que con ella misma. «Verás,

Sunny, como decía Ibn Arabi, la belleza es la fuerza que mueve el universo.»

En su afán por vengarse de él, Sonia había aceptado dos invitaciones: una de un matemático, que se le había acercado en la sala de lectura del Centro Internacional de la India, y otra de su médica de cabecera, la doctora Pamela Lalwani, que buscaba pareja para su sobrino, un abogado matrimonialista divorciado que vivía en Atlanta. Sonia no tenía más remedio que emprender el camino de una nueva vida con la esperanza de borrar la anterior algún día. Como Papá le había dicho, era desagradable para un padre tener a una hija adulta y soltera viviendo con él y verla acostarse cada noche a las nueve y media con un camisón cerrado de la cabeza a los pies.

¡Buenas noches, Chandu bhai!

¡Buenas noches, Papá!

Buenas noches, loco que chilla: «¡India, Pakistán, arrrgh!»

¡Buenas noches, perro callejero que duerme en el cemento de las obras!

¡Buenas noches, familia desplazada durante los disturbios!

¡Buenas noches, vieja luna cansada!

En la cafetería que había junto al vestíbulo del hotel Taj, un torrente de extranjeros y estadounidenses de vacaciones con camiseta y pantalones cortos, hombres de negocios trajeados y mujeres envueltas en pesadas sedas ribeteadas en oro cruzaba la superficie de mármol climatizada.

El abogado de Atlanta, con una camisa hawaiana, hizo el gesto de disparar con la mano al camarero mientras pedía para Sonia y para él.

—Dos capuchinos, ¿de acuerdo? ¡Hecho! Un *éclair* de chocolate y una tarta de limón, ¿de acuerdo? ¡Hecho!

En cuanto acabó de pedir por ella, se lanzó:

—Eres gujarati, ¿verdad? Tu apellido, Shah, lo es.

Y evaluó a Sonia.

—Mi padre es gujarati, pero nunca hemos vivido en Gujarat. Mis abuelos vivían en Allahabad, por lo que sus costumbres eran de allí. La madre de mi madre era de Bengala Oriental y su padre, alemán.

Él frunció el ceño, como si la respuesta fuera sospechosa.

—¿En qué parte de Delhi vives?

A Sonia le avergonzaba admitir que seguía viviendo con su padre, por lo que dijo que estaba considerando dejar la casa familiar, aunque a su familia le preocupaba su seguridad. No especificó que sólo se había preocupado su cocinero.

La respuesta del abogado fue instantánea.

—Los gujaratis no piensan en otra cosa, están obsesionados con las rejas y las cámaras de seguridad. En Atlanta hay muchos —proclamó—. Te sentirás como en casa. Han amasado auténticas fortunas. Un tipo, que era tan pobre cuando llegó que se casó en el patio trasero de su amigo y encendió el fuego de la boda en una parrilla de barbacoa, acaba de casar a su hija en una finca donde jeques multimillonarios subastan caballos de carreras.

Sonia pensó en Dadaji y Ba. Por desgracia, su frugalidad y su costumbre de dividirlo todo se ajustaba al estereotipo del gujarati, así que tal vez ella también encajaba en él. Un gujarati tenía que ser

más generoso que los demás para escapar del cliché, pero eso chocaba con su condición de mujer soltera, que la hacía austera y sufridora.

El abogado se dio cuenta de que estaba en posición ventajosa.

—Tengo que hablarte del gujarati chiflado que conocí en Atlanta y que movía freón de contrabando en la ropa interior.

—¿Freón?

—La sustancia que se utiliza en los aires acondicionados.

Más tarde, añadió:

—Mi primo llegó al restaurante con su amigo gujarati, quien, por supuesto, sugirió que pidiéramos dos tazones de sopa para compartir entre los tres.

Sonia perdió los estribos.

—¿Qué te pasa? Ni siquiera me considero gujarati. Nunca he estado en Gujarat, como tampoco he ido a Bangladés ni a Alemania.

—Lo siento, Sonia, eso no es suficiente, je, je —respondió el abogado.

—Imagina que fueras un hombre blanco —continuó ella—, de Aberdeen o Adelaida, y yo me acercara corriendo a ti y te dijera: «¡Eh, tengo que contarte una historia disparatada sobre un blanco racista que conocí en Johannesburgo!» O que fueras un judío de Nueva York y te dijera: «Recuérdame que te hable del judío tacaño que conocí en Bagdad.»

—No seas susceptible. —Él sonrió—. Sólo quería decir que conozco a personas que tienen muchas cerraduras, alarmas y rejas, y los miembros de esta comunidad, cuyo nombre no mencionaré para que no te pongas como una fiera, je, je, tienen fama de estar obsesionados con el dinero.

Sonia lo miró, y él le sostuvo la mirada, desafiándola con una sonrisa, en la que ella ahora veía un trasfondo de odio.

—Desprecias a los gujaratis e insistes en colgarme la etiqueta sólo por cómo me apellido. Dime, ¿cuál es exactamente el objetivo de esta cita?

—Es cierto —replicó él—. No me gustan los gujaratis, pero tú podrías ser la excepción. —Le guiñó un ojo, sacó un papel impreso con preguntas y se lo tendió—. Simplemente diviértete con ellas.

Sonia leyó la lista numerada:

1. ¿Cuál es tu estatura y tu peso?
2. Títulos académicos y notas.
3. Dime tus cinco aficiones principales.
4. Tus cinco películas preferidas.
5. Tus cinco grupos de música preferidos.
6. ¿Color favorito?
7. ¿Cuáles son tus cinco comidas preferidas? ¿El plato que mejor cocinas?
8. ¿Religión y espiritualidad? ¿Con qué frecuencia rezas?
9. ¿De qué tres rasgos de tu carácter te sientes más orgullosa?
10. ¿Y qué tres deseas corregir?
11. Describe cuál sería tu vida ideal dentro de diez años y dentro de treinta.
12. ¿Dónde te gusta que te hagan cosquillas?

A él le temblaba la rodilla, movía la cabeza de un lado a otro, la mesa vibraba. Sonia recordó la primera cena con Ilan. La nieve inclinaba el bambú, que a su vez se inclinaba ante la luna, mientras

Ilan la dibujaba de perfil. Él le había dicho: «Cuando te vi supe que la historia no sería sencilla.»

Cuando el abogado de Atlanta la dejó en casa, Sonia se sentía afligida. Él no la salvaría. Necesitaba a su padre. Encontró a Papá también con aire afligido. Necesitaba a su hija. Su mujer no iba a salvarlo. Había pasado su solitario domingo delante del ordenador; incluso Chandu había salido en su día libre. Tenía un extraño sabor metálico en la boca. Había perdido el apetito y no había comido.

—¿En serio te preguntó dónde te gustaba que te hicieran cosquillas? —le dijo a Sonia—. ¡Espero que le hayas dado una patada en el trasero!

El matemático sugirió que dieran un paseo por el Parque de los Ciervos de Hauz Khas. «Puedo dejarte en la entrada, Sonu», le ofreció Papá. «Yo giraré a la izquierda si vais a la derecha, para no molestaros.» Pobre del que se atreviera a preguntarle de nuevo a su hija por las cosquillas.

Aparcaron en el pueblo de Hauz Khas, donde aún había familias al aire libre recostadas sobre *charpais* y fumando narguiles en medio de los escombros, cada vez más abundantes en ese pueblo rodeado e invadido por la ciudad, donde proliferaban las tiendas boutique y los cafés. Papá fulminó al matemático con la mirada, como advirtiéndole: «¡Cuida bien de mi hija!», y luego giró a la izquierda. Sonia y el matemático enfilaron hacia la derecha, y al pasar junto a una valla publicitaria en la puerta de entrada que anunciaba un curso de informática, él dijo algo sorprendente.

—Dime, ¿esa chica del anuncio parece musulmana?

—Parece bengalí —contestó Sonia sin pensar, y al instante se dio cuenta de que había dicho una tontería de campeonato.

—Muy buena respuesta —comentó él—. Muy buena respuesta, desde luego que sí.

Al parecer había entendido que, para ella, no se trataba de diferencias religiosas, sino de simples coordenadas geográficas, lo que demostraba que no era intolerante.

Al principio se alegró, luego se sintió condescendiente y al final pensó: «¿Qué clase de pregunta es ésa?»

Él respondió sin que ella se lo preguntara.

—Tuve una novia en la universidad que era musulmana, pero mis padres no quisieron que nos casáramos; me hicieron saber que estaban decepcionados con mi elección. Yo me defendí, pero eso llevó a discusiones que ella era demasiado delicada para manejar. Cayó en una depresión y empezamos a acusarnos el uno al otro. No tuvimos más remedio que romper, y yo estuve tan angustiado el año siguiente que corría a la mezquita y me pasaba horas postrado rezando.

Si a un hindú no se le permitía casarse con la chica que amaba, ¿por qué no habría de llorar en una mezquita, encontrar allí un refugio para su dolor y calmar sus emociones en la geometría de las sombras?

Mientras tomaban los senderos de grava roja hacia el interior selvático del parque, el matemático se sumió en el pozo de sus propios pensamientos. Con polvo rojo en las zapatillas de deporte, un atardecer gris amarillento en el pelo, pájaros chillando y tumbas que se oscurecían, Sonia cayó en su propia desesperación y pensó

que aquello era, sin duda, el fin del amor. ¿Cómo iba a surgir el amor en ese triste bosque de ciudad?

El matemático intentó salir de su ensimismamiento y le preguntó:

—¿Sabes qué pájaro es ese que canta? ¿Una codorniz?

—Una perdiz —lo corrigió ella pensando en Sunny. ¿También él había estado distraído por un amor del pasado en lugar de sentirse atraído por ella? Una vez más se había equivocado al suponer que el otro estaba interesado.

Al cabo de diez minutos, él volvió a preguntar:

—¿Qué pájaro es ese que canta?

—¡Una perdiz!

Rodearon el estanque, donde una fuente con forma de barco oxidado esparcía agua. Papá pasó corriendo y les gritó:

—¡Por fin han descubierto la manera de deshacerse de las algas! ¿Os acordáis de cómo apestaba? Teníamos que andar como bucaneros, con pañuelos en la cara.

Luego se alejó, prácticamente a la carrera, para cumplir la promesa que le había hecho a su hija de mantenerse al margen.

Sonia y el matemático observaron a un vigilante que intentaba meter a los testarudos patos del estanque en una jaula para pasar la noche.

—¿Por qué los enjaulas?

—Para que no se los coman.

—¿Quién se los comería? ¿Los animales?

—Animales de dos patas.

¿Los hambrientos trabajadores de la carretera que acampaban en el parque se comían los patos y atrapaban codornices y perdices para cenar?

Cuando salió, Papá la estaba esperando en el Peugeot. El matemático se fue en su motocicleta. Sonia remató lo que ya estaba muerto.

—Está claro que intenta pasar página conociendo a alguien, pero no puede dejar atrás su atormentado pasado.

—Qué tragedia —respondió Papá, feliz—. Eso es lo que hacemos los mejores hoy en día, ¿no? Insistir en relaciones difíciles que ya están malditas.

Según sus cuentas, ya había derrotado a tres hombres: a Sunny, al abogado y al matemático.

Aun así, esa noche no pudo comer. Tenía ese sabor metálico en la boca.

A la mañana siguiente, mientras Papá se duchaba escuchando a los Dagar Brothers, Sonia se sentó al ordenador, que él había encendido previamente por partes para que no se recalentara y estallara en el esfuerzo. Entró en su Hotmail y descubrió feliz que Sunny por fin le había enviado un mensaje. Respondió a toda prisa por si Papá salía de la ducha y oía el ruido del teclado, pues él no podía soportar la idea de que se enviara un mensaje sin conocer su contenido. «Sí, puedo reunirme contigo en Goa. ¿Sabes las fechas?»

Sunny contestó que la última semana de enero.

Sonia regresó a la biblioteca del Centro Internacional de la India e intentó ignorar al matemático atormentado que no era capaz de reemplazar un amor por otro. Encontró un volumen de la historia de Goa, y leyó sobre el paisaje que tanta codicia había suscitado en los portugueses cuando llegaron de sus estrechas tierras a las islas (los

manglares, el océano, el cielo); sobre los once ríos de Goa que serpenteaban a través de la selva de palmeras y desembocaban en el mar Arábigo; sobre Nuestra Señora del Rosario, donde Afonso de Albuquerque había dado gracias por derrotar a Adil Shah y san Francisco Javier había pronunciado su primer sermón. Y la basílica, donde, en un ataúd de mármol de Carrara, yacía embalsamado el cuerpo del santo, al que le faltaba un dedo del pie porque alguien se lo había arrancado de un mordisco en un ataque de pasión. Leyó sobre las fincas de los frailes agustinos y los virreyes portugueses a orillas del Mandovi, y sobre las casas de los brahmanes y los chador, muchos de los cuales se habían convertido al catolicismo, pero conservaban un vínculo con su pasado hindú y fueron perseguidos durante la Inquisición. Eran familias con historias tan extravagantes como sus casas. Examinó fotografías del Palacio Santana da Silva, la mansión Menezes Braganza y la Casa das Conchas, propiedad del comerciante Plácido Rumaan Raman Pinto, que fue encarcelado al negarse a hacer el saludo de «Salve, Salazar».

Propuso a la revista *Kala* un reportaje sobre la antigua Goa portuguesa, o Goa Velha, y aceptaron. «Sí, sí, parece una historia entretenida. A ver si encuentras algún aristócrata tan loco como un sombrerero», le dijo Maya Mithal.

Sonia escribió un correo electrónico a una autoridad de la región, el doctor Teotimo Menezes, quien le respondió: «No entenderás Goa si te alojas en un hotel. Aquí cada casa tiene una historia, y cada historia tiene una casa. Casi siempre, una historia trágica.» El doctor Menezes la puso en contacto con el abogado que representaba a la familia Borda d'Agua, que esperaba conservar su mansión de Loutolim en los arrozales para convertirla en una casa museo o un

hotel boutique, del mismo modo que se habían conservado los palacios y fuertes de Rajastán, y éste la invitó a pasar allí unas noches. Informaría al guardés, Clayton.

Mientras Sonia intercambiaba mensajes con Sunny y seguía haciendo planes con él para verse en invierno, la voz de Ilan (y su cara, a veces la de un niño, otras la del diablo) resonaba en su cabeza: «¡Obedéceme!» Él la había traicionado, y sin embargo se sentía como si lo hubiera traicionado ella y ahora lo estuviera traicionando aún más dolorosamente. «La felicidad es para los demás.» Soñó que las paredes goteaban sangre. Soñó que mordía una tarta y se llenaba de sangre. Soñó que alumbraba un bebé monstruoso que luego se moría y que al abrirlo con unas tijeras no era un bebé: tenía la cabeza de un niño, pero el esqueleto de un lagarto. Soñó que la esperaba un sabueso lascivo. Venía con sus amigos: un escorpión y una serpiente. Después de tales pensamientos y sueños le costaba volver a la rutina de un día normal. ¿Por qué persistía el fantasma de Ilan? ¿Por qué seguía sintiendo miedo, esa dolencia crónica resurgía en cualquier momento?

Aunque estaba como ensimismada, se dio cuenta de que su padre había sufrido una drástica pérdida de peso debido a su repentina pérdida de apetito. Se le habían hundido las mejillas y aplanado el estómago. «No tengo hambre, es de lo más extraño. He tenido que ponerme un cinturón en unos pantalones que hace un mes me apretaban demasiado», decía él.

Acudieron a la consulta de la doctora Pamela Lalwani, que les recomendó una serie de pruebas rutinarias. Un día después supieron que Papá había dado positivo en el test de *H. pylori*, una bacteria

que provocaba una inflamación del estómago. Podían pasar meses hasta que se reconstruyera la flora intestinal una vez que lo trataran con antibióticos, dijo la doctora Lalwani, pero fue un alivio saber que no era nada grave.

—Fuiste muy tonta al rechazar a mi sobrino —añadió volviéndose hacia Sonia—. Ya está comprometido con una joven encantadora. Guapa e inteligente.

—Me alegro por él.

—Si esperas mucho, se pasará el furor —le advirtió la doctora.

—¿Qué furor?

—¡El furor! Después de un tiempo se esfuma, y entonces será demasiado tarde para ti.

NOVENA PARTE

El océano del sabueso blanco

37

Sunny voló de Nueva York a Nueva Delhi, esta vez sin Satya, y encontró a Babita esperándolo al borde de la multitud que se apiñaba en la zona de llegadas del aeropuerto Indira Gandhi. A su lado, el chófer sostenía en alto el cartel de «SUNNY, WELCOME HOME!» que había rescatado de la última visita. Mientras volvían a la casa del parque Panchsheel a las cinco de una madrugada de invierno, con las farolas aún encendidas y la luz de los neones fundiéndose con la del alba, se cruzaron con varios caballos blancos de un cortejo nupcial, agotados y con los flancos estampados con las marcas negras de las herraduras, que sus dueños montaban de regreso a casa. Vieron los uniformes rojos de toda una orquesta de boda tendidos a secar en una isleta. La ciudad estaba inmersa en una auspiciosa temporada de bodas, y Sunny mencionó que ésa debía de ser la razón por la que la familia de Satya no había encontrado un lugar adecuado para celebrar la suya y había decidido hacerlo en su propia casa, lo que de todos modos sería más económico y menos embarazoso para la novia. En una inversión de papeles, el banquete correría a cargo de ellos para ahorrar gastos a la madre viuda y al hermano estudiante.

—Le he pedido a Vinita que haga ñoquis y raviolis para la comida de mañana. Ese chef de Nueva York se quedó unos días en casa y

enseñó a las chicas.

—¿De verdad que vino?

—Sí, y dijo que nuestro paté de hígado de pollo era tan bueno como cualquiera de Francia. Pero luego me dijo que venía su novia. Le dije: «Eso no estaba en el trato, Charlie.» Se marchó de malas maneras, así que las chicas han estado perfeccionando los ñoquis bajo mis indicaciones. He descubierto que es mejor batir las patatas, secarlas ligeramente en el horno y volver a batirlas si quieres que queden esponjosos.

Ñoquis y raviolis. Sunny pensó que era un trabajo de esclavos hacer ambos platos desde cero y, además, preparar el desayuno, fregar los platos e ir al mercado.

—¿No es demasiado?

La comida italiana siempre le recordaba sus absurdas peleas con Ulla.

—Vas a estar muy poco aquí; pasarás la mayor parte del tiempo en Goa.

—La mayor parte no.

—Bueno, antes de eso estarás ocupado con la boda de Satya. Puede que viaje a Goa contigo. Los inviernos de Delhi me están afectando y tengo sabañones en los dedos de los pies.

Era como si Babita hubiera intuido su plan secreto de reunirse con Sonia.

—¿Tú también quieres sumarte a la luna de miel de Satya? —replicó él.

—Bah, no iría a la luna de miel. Podría quedarme con Vanya. ¿Recuerdas a su marido, Cecil, más portugués que los portugueses, con el bastón de Malaca, la perilla y los puros cubanos, que siempre

insistía en desechar el vino del cuello de la botella al decantarlo porque nunca estaba a la temperatura adecuada? Le escribí a Vanya cuando murió Cecil para darle el pésame, aunque en el fondo pensaba que librarse de él era lo mejor que podía haberle pasado, y ella me contestó que no conseguía acostumbrarse a vivir sola en esa enorme casa.

Babita se dio cuenta de que Sunny no le había dicho: «¡Pues ven conmigo!», pero le elogió mucho los raviolis y los ñoquis, que estaban realmente blandos después de haber golpeado, secado un poco y vuelto a golpear la masa a conciencia. No quería ser el hijo pedante que volvía a casa con la Green Card y exclamaba: «¡Pero si como pasta a todas horas en Nueva York!» Tampoco quería ser la clase de persona cuya suerte se había forjado sobre la mala suerte de los sirvientes y que soltaba ideas hipócritas acerca de los derechos humanos.

—Bueno, Vini-Puni están mejorando en cocina continental —comentó Babita—, pero sus platos indios siguen siendo un desastre. El otro día Vini hizo un *shammi kebab* y tuvimos que dárselo a *Pasha*.

Sunny se quedó helado. ¿Acaso su madre había adivinado sus planes de encontrarse con la mujer a quien ella achacaba el fracaso de sus kebabs?

Después de comer fue a casa del novio, donde le estaban probando un turbante de boda que no paraba de caérsele de la cabeza y que habría que arreglar. Cuando logró encasquetárselo con naturalidad, le dijo:

—Cuando estemos en Goa, me tomaré un poco de tiempo para documentarme y escribir un reportaje con Sonia. Va a escribir sobre

la vieja Goa, y he pensado que yo podría investigar el puerto de Vasco.

Qué envidiable sonaba, dos escritores de aventura por el mundo.

—¿Quién es Sonia? —le preguntó Satya.

—Te lo dije, la mujer que conocí en Allahabad.

—No me lo dijiste.

—Lo habrás olvidado; has estado ocupado con la boda.

—No, no lo habría olvidado.

Cuando Satya hubo procesado la noticia, se dio cuenta de que en realidad le había presentado una situación ideal: tendría el apoyo de un amigo y, al mismo tiempo, tendría ratos para estar a solas con su nueva esposa. Sin embargo, el engaño de su amigo le provocaba un desasosiego que contrastaba con el estado de felicidad plena que había previsto. ¿Cómo iba a confiar en alguien (su nueva esposa) cuando ni siquiera podía confiar en su amigo de la infancia?

—¿Por qué andas con alguien que no conoces?

—Tú te vas a casar con alguien que no conoces.

—¡Pero voy a casarme con ella!

El día de su boda, Satya salió de casa en vaqueros. Se puso su *sherwani* de seda en casa de su primo y regresó en un coche adornado con ristras plateadas de rosas y nardos entrelazadas, como un pretendiente que llega a la puerta de su novia. Al otro lado de la calle, había una parcela en disputa que había servido de vertedero del barrio, y en ella habían levantado la carpa de la recepción, después de desbrozarla.

Durante la ceremonia, Sunny empezó a notar el desfase horario. A ratos dormitaba y de pronto se despertaba sobresaltado y veía a una multitud de gente a su alrededor y un fuego nupcial ardiendo en un

cubo metálico que parecía un cubo de basura. Finalmente llevaron a los novios a una tarima y los sentaron uno al lado del otro en sendos tronos dorados de madera contrachapada cubiertos de una tela de raso rojo que hacía juego con los manteles sobre los que se había desplegado el bufé. Más allá, unos obreros de la construcción quemaban bolsas de plástico para calentarse. La niebla invernal, húmeda y densa, descendió, y muchas personas tosían, con los ojos llorosos, mientras buscaban calor junto a los *angithis* que ardían en los bordes de la parcela. Allí se entregaban a la conversación de todos los inviernos: ¿cuánto de lo que respiraban era niebla auténtica y cuánto niebla de contaminación?

Los invitados se calentaban, hablaban de la niebla, tosían —por la niebla, contaminada o no, o por el humo de las bolsas de plástico— e iban subiendo a la tarima para felicitar a los recién casados. La mujer de Satya estaba sentada con la cabeza gacha. La expresión de su rostro, que apenas se veía por debajo del brocado, era de trauma. Conforme los primeros minutos de casados se prolongaban y se acercaban a la primera hora, Satya, todavía sentado en su trono de madera contrachapada, empezó a agobiarse. Arrancó una astilla de la esquina, presa del terror de no haber cruzado una palabra con su mujer, algo que el bullicio que había a sus pies no hacía más que subrayar. Ansiaba leer cualquier señal que ella pudiera ofrecerle. Al fin y al cabo, habían estado enviándose tímidos mensajes por Hotmail.

—Eh, eh, Pooja —dijo cubriéndose la boca con la mano—, ¿en qué estás pensando? ¿Te ha parecido bien la ceremonia? ¿Demasiado larga?

Ella no levantó la cabeza.

Satya se dio cuenta de que el camarógrafo que había contratado para que hiciera una grabación que algún día pudieran enseñar a sus hijos estaba filmando a la novia coaccionada.

—Al menos sonríe para la cámara —le susurró Satya, pero ella lo ignoró, y como no podía ser el único que sonreía, no tuvo más remedio que mostrarse igual de desdichado.

Con el ceño fruncido, comió de mal humor del plato de comida que le habían llevado, como si no le convenciera la boda que había organizado la familia de la novia (aunque, en realidad, la había organizado la suya), la dote (no había ninguna) e incluso su nueva esposa, a quien había creído más predestinada que lo que le anunciaba el horóscopo.

La velada se prolongó lo suficiente para que los hombres se emborracharan y los celos por las joyas llevaran a algunas mujeres a lanzarse pullas descaradamente. En el bufé reinaba el caos: los invitados tiraban los huesos y cartílagos chupeteados al suelo y la tierra removida se iba cubriendo de platos desechables y servilletas de papel. Tocaba una orquesta y varios parientes se marcaron un bailoteo ridículo encima de los cartílagos resbaladizos y los huesos morados. Se oyó decir a una mujer: «¿De qué van? Cualquiera puede levantarse y zarandearse de ese modo.»

«No, en Goa no estarán en un hotel sino en un complejo turístico», proclamó en voz alta la tía de Satya.

Unas cuantas vacas y perros callejeros se acercaron, tímidos pero también testarudos, abriéndose paso entre la multitud en busca de la basura que se habían llevado. Había hombres que hacían el ademán de patear a los perros, aunque erraban a propósito porque no querían tocar un animal sarnoso con los zapatos. Mientras tanto,

las tristes vacas del color de la luna oculta mordisqueaban los platos desechables y las servilletas de papel. Las mujeres se habían mojado el bajo de sus saris dorados y plateados en los aseos que un *ayah* limpiaba con un tazón de plástico lleno de agua. Entonces alguien perdió un sobre con un regalo en metálico para el matrimonio y todos se pusieron a buscarlo. Querían acusar al personal (el *ayah*, los porteadores, los cocineros), pero se contuvieron. Se rumoreó que tal vez se lo había comido una vaca y, fuera cierto o no, el sobre lleno de rupias no volvió a aparecer.

En ese momento, Sunny se despertó sobresaltado y se abrió paso a través del campo de huesos, platos desechables, servilletas de papel y barro revuelto.

—Felicidades.

Satya lo miró con una expresión que nunca le había visto. La de un hombre agraviado y agresivo.

—¿Por qué vienes ahora?

—Me he quedado dormido.

—¿Por qué no sigues durmiendo? Te lo has perdido todo.

Un día después, ya a bordo del avión a Panjim, tenían la garganta como papel de lija, la cabeza embotada y les goteaba la nariz. Satya ocupaba el estrecho asiento del medio, entre Sunny y su mujer. Su voluminoso traje de novia les cubría los muslos a los tres. En ese vuelo había muchas novias, unas con saris, otras con *salwar kameez* y otras con vaqueros, pero todas tenían los brazos llenos de brazaletes rojos y las manos adornadas con henna.

Para ese viaje, Sunny había cogido de la estantería de su infancia *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway. La guerra nunca era noble; se volvía contra sí misma. El libro le parecía diferente ahora que cuando lo leyó en su adolescencia y la prosa lo excitaba eróticamente: masculina, heroica, lacónica. Hoy día sería imposible que un indio se comportara así en el mundo, pensó; no se le ocurría un solo periodista indio que hubiera sido un héroe de guerra. Sin apartar los ojos de la página, observaba con curiosidad el silencio entre Satya y Pooja.

La azafata ayudó a Pooja a abrocharse el cinturón.

—Me pasó lo mismo cuando me casé, lloraba todo el tiempo —le dijo mientras le ofrecía la bandeja de caramelos.

Sunny vio intrigado cómo Pooja cogía tres, lo que hizo que se preguntara si estaba tan triste como parecía. Tal vez actuaba como creía que se esperaba de ella, haciendo que la ocasión (una despedida tanto como una unión) resultara más solemne de lo que correspondía. Tal vez seguía siendo más niña que adulta y no podía resistirse a un caramelo aunque estuviera asustada. ¿Quién era ella?

El trío de luna de miel salió al atardecer del aeropuerto de Dabolim rumbo al norte, cruzó primero el río Zuari y pasó por Panjim, y a continuación atravesó el Mandovi, donde los alcanzó el fuerte olor de la orilla opuesta, donde atracaban los pequeños barcos pesqueros. La niebla invernal que empañaba la mente de Sunny se disipó. La irritación de garganta fue cediendo a medida que avanzaban por la carretera que comunicaba los pueblos y ciudades del litoral. Se hizo de noche y por fin localizaron el cartel de su complejo turístico entre la confusión de letreros que iluminaban los faros del coche. La carretera se convirtió en un camino de tierra

del que salían senderos de arena serpenteando en todas direcciones hacia los palmerales, donde aún colgaban farolillos navideños, brillantes como estrellas, en los porches largos y sinuosos de las casas.

Sunny levantó la cabeza e inspiró hondo.

—¡Huelo el mar!

Llegaron al complejo turístico Susegad, adornado con bombillas de colores, y bajaron del coche.

—¿Lo oís? —les preguntó Sunny.

Se oía el sonido de algo inmenso que se enroscaba.

Los tres enfilaron el sendero hacia la playa. Pooja vio por primera vez las olas negras, ancestrales y grandiosas que se alzaban y rompían lentamente en la orilla: al principio en un centelleo apagado a la izquierda, luego a sus pies, y al fin más lejos, a la derecha. Vieron la luna cabalgando sobre las olas en dirección a ellos, las remotas luces de Chapora, y oyeron el pulso sobre el océano de la música tecno que llegaba de una discoteca rusa.

Sunny sintió un deseo casi desesperado de meterse en el agua aterradora y liberarse de la tensión del viaje, de la irritación que aún sentía por la cara de viuda abandonada que había puesto su madre al verlo partir hacia Goa sin ella, y de la ansiedad de encontrarse con Sonia, algo en lo que ni siquiera había pensado en condiciones.

—¿Creéis que podría bañarme? —les preguntó.

—¿Cómo vas a bañarte de noche en el mar? Te ahogarás.

Leyó en la expresión de Satya lo inapropiado que sería que se quitara la ropa delante de una novia tan vestida y se precipitara hacia el mar.

En los chiringuitos de la playa, una clientela de edad avanzada miraba al vacío, bebía cervezas y pedía comida china, con el rostro curtido y la expresión de quien lleva mucho tiempo observando el mundo desde los márgenes. El estruendo de las olas se mezclaba con la música («Lady in Red», y luego, «You Look Wonderful Tonight»), y las luces de los farolillos, mecidos con la brisa marina, sacudían esa escena de jubilados alemanes, ingleses y rusos sentados junto con Sunny, Satya y Pooja. La brisa les cubrió el pelo de una humedad densa y salada. A su lado, un hombre de pelo largo y canoso tenía en el plato un cangrejo monstruoso que partió con los nudillos abultados y llenos de anillos para después desgarrarlo con los dientes. Llevaba los brazos tatuados con lápidas y rosas.

Cuando se acercó el camarero, Satya preguntó:

—¿Qué quieres, Pooja?

—Lo que sea —susurró ella.

Miraba fijamente al hombre que despedazaba el cangrejo y se imaginó frente a lo impío y lo foráneo: Satanás, por lo que ella sabía. Al sentirse observado, el hombre le guiñó un ojo.

Una vez más a Satya le pareció que todo estaba mal. Pooja era demasiado anticuada y tímida para decir lo que quería, y eso no funcionaría en Estados Unidos, donde se respetaba a las mujeres cuando no eran pasivas y tenían claro lo que les gustaba y lo que no. Una esposa sin criterio le cargaría a él con toda la responsabilidad.

—¡Tienes que escoger!

Pooja sólo había ido unas pocas veces en su vida a un restaurante de verdad, y cuando uno apenas iba a restaurantes, la elección se

volvía tan crucial que era imposible decidirse. Resultaba aún más difícil debido a la arena inestable, las olas, la brisa y la luna.

—Decide tú —respondió Pooja—. Lo que tú quieras.

Eso hizo que Satya sintiera que aquello no tenía importancia, que él no tenía importancia, que el gasto de ir hasta allí no tenía importancia.

—Prueba algo nuevo. Si te decimos nosotros lo que tienes que comer, no seremos buenos hombres, ¿verdad, Sunny?

—Entiendo a Pooja —respondió él—. ¿Cómo elegir algo sin haberlo probado antes?

Pero al verse obligado a esperar, se pidió una cerveza, molesto. «Eso ha sido una grosería», le dijo Satya con la mirada. Pooja no bebía alcohol y él tampoco.

Sunny se bebió la cerveza de un trago. Jugueteó con tres pajitas hasta darles forma de tres insectos palo. El camarero ya volvía.

—¿Quieres el pollo al estilo Hong Kong? —le preguntó Satya.

—¿Estará bueno? —respondió esta vez Pooja, inesperadamente.

—¿Fideos *hakka* vegetarianos?

Se quedó callada.

—¿Gambas jumbo fritas con chile? —le pregunto Satya.

Ella asintió inclinando apenas la cabeza.

—¡Estupendo! ¡Gambas jumbo fritas con chile!

Al igual que con el incidente de los tres caramelos del vuelo, Sunny se sintió intrigado y se preguntó si aquello no sería una estrategia para conseguir lo que se deseaba, pues procedía de un lugar donde las mujeres solían lograrlo con más facilidad si no iban de frente. Quizá pensaba que no podía decir sin más: «Quiero las gambas jumbo.» La modestia que se esperaba de una novia nunca

lo permitiría, como tampoco el hecho de que ella no fuera a pagar la cuenta. De haber estado presente su suegra, ésta no habría olvidado las gambas en toda su vida; habría sido el momento decisivo de una relación condenada al fracaso. Si ella decía: «Lo que sea», había un porcentaje de posibilidades de que Satya pidiera las gambas, y si hacía una pregunta indirecta como «¿Estará bueno?», mostrando cierta indecisión, eso también podría procurarle unas gambas jumbo sin que su reputación se viera demasiado afectada.

Las gambas estaban tan rosadas y doradas, tan aceitosas y magníficas, que Sunny se sintió incómodo por haber pensado mal. Pidió otra cerveza.

—Para limpiar el paladar —les dijo a las olas iluminadas por la luna.

Por un momento pensó en Ulla. ¿Adónde se había llevado su pálida belleza? ¿Cómo se puede dejar a una persona de un día para otro y no sentir nunca más el impulso de llamarla o de volver a verla?

38

Después de toda la noche en vela junto a Pooja, cada uno con la cabeza recostada sobre una almohada plana, sin tocarse ni hablar, Satya se levantó al amanecer y salió de la habitación. Su mujer esperó a dejar de oír sus pasos para levantarse y correr al cuarto de baño. Le daba miedo orinar junto a un hombre extraño, y cuando por fin lo hizo le pareció que no acababa nunca.

La noche anterior, cuando se quedaron de pie al borde del oscuro océano sintiéndose tan pequeños como un diminuto adorno de boda, ella había pensado: «¿Qué hago aquí exactamente? ¿Por qué estoy casada con este hombre exactamente?» No había ninguna razón en particular para que fuese él y no otro hombre, como no había ninguna razón en particular para que fuese Goa y no otro lugar. Los habían juntado unas cuantas casualidades. Así, Pooja experimentó por primera vez la emoción del «por qué aquí y no allí» y se puso nerviosa. En el pasado, siempre había estado donde se suponía que tenía que estar, sin cuestionárselo.

Pensó en que su marido era amable. Sólo un hombre amable le habría susurrado en la tarima de la boda: «Eh, eh, Pooja, ¿en qué estás pensando?» Sólo un hombre amable habría pedido gambas y le habría puesto la última en el plato. Sólo un hombre amable habría pasado toda la noche en silencio y sin acercarse, fingiendo dormir.

Pensó que el hecho de que Satya tuviera un amigo tan íntimo, capaz de comprar un billete caro y acompañarlos para aliviar la incomodidad de que dos personas desconocidas estuvieran solas por primera vez, era otra señal de que era una buena persona que inspiraba lealtad.

Se vistió con un *salwar kameez* especial para la luna de miel y se preguntó dónde estaría Satya. Llorar y callar se había vuelto falso. Ya no deseaba ser la persona que había sido el día anterior. Miró por la ventana y vio a Sunny leyendo el periódico. Justo cuando se preguntaba si sería apropiado bajar y preguntarle si sabía dónde estaba Satya, éste llegó.

Pooja se sintió aliviada. Le dedicó una sonrisa en forma de corazón.

—Mira, ahí está tu amigo —dijo, y señaló a Sunny.

A Satya le dolió que ésa fuera la primera frase que le dirigía y se puso celoso al verla observando a Sunny, que estaba absorto en la lectura. Su amigo, con pantalones cortos, estiró las piernas desnudas mientras silbaba y lanzaba migas de *idli* a un gorrión.

—¿Por qué no se viste como es debido en un centro turístico? —dijo Satya.

—Debe de ser inteligente —respondió Pooja.

—¿Por no vestir como se debe?

—Siempre está leyendo.

—Puedes ser tonto y estar ahí sentado, con la nariz metida en un periódico.

—Debe de saber muchas cosas —dijo ella.

—Es periodista y tiene que estar bien informado, pero si se le pregunta a fondo, no sabe nada. No habría podido estudiar medicina

aunque lo hubiera intentado. Tuve que ayudarlo con los deberes de matemáticas en el colegio.

A ella le chocó que menospreciara así a su mejor amigo, a quien ella intentaba elogiar sólo para complacerlo.

—¿Vives con él? —le preguntó.

—No, él vive en Nueva York y yo en Rochester.

—¿Adónde iremos nosotros?

—Ya te lo he dicho. He pedido varias plazas y no estoy seguro de cuál me darán.

—¿Por qué no vamos también allí?

—¿Adónde?

—A Nueva York.

—¿Por qué?

—¿No es allí donde vive tu amigo?

—¿Sólo porque está mi amigo tenemos que vivir allí? No entiendes el mundo —replicó él.

—Pero ¿no sería mejor ir adonde conoces a alguien?

Instalado en una habitación al final del pasillo, Sunny se había despertado poco antes del amanecer y, al mirar más allá de la reja metálica de la ventana abierta, había visto los cocoteros oscuros y deshilachados contra el cielo pálido y respirado el aire salado del mar. Cuando se acercó a la ventana, vio enfrente una pulcra casa de cemento pintada de un amarillo chillón con un balcón verde menta. A su lado había una casa completamente naranja (balaustrada, balcón, escalones y pilares, todo naranja) y delante una planta de tulsi en una elaborada urna esculpida en forma de cuatro vacas y

cuatro damas pechugonas de rosa y dorado. Junto a esa casa había una ruina de barro con tejado de palma; dos palos formaban la puerta y una lámina de plástico cubría una pila de leña. Al contemplar el callejón, que era medio rural medio urbano, Sunny experimentó la extrañeza de estar allí. Para afrontar los días que tenía por delante, iba a necesitar un poco de desenvoltura.

Salió del complejo turístico Susegad, en cuya recepción, abierta tanto a la calle destartalada como al lujoso jardín interior, bostezaba un hombre. Disfrutó de la placidez de una mañana cálida y relajada incluso al amanecer. Iba en bañador y camiseta, moviendo libremente los dedos de los pies dentro de sus *chappals*. Bajó por el camino de la playa a través de un cocotal (troncos como cuellos de jirafas, todos estirándose en una misma dirección, como éstas solían hacer) y encontró un horizonte tan amplio que podía verse la curvatura de la Tierra. Dejó las sandalias y la camiseta en la arena y fue a saludar a las olas que se acercaron corriendo a recibirlo envolviéndole los tobillos en calcetines de agua espumosa: «Chas, chas, chas. ¿Dónde has estado? Chas, chas, chas.»

«Debería haber venido hace años. Eres el mar de mi infancia.»

Nadó hasta donde el mar estaba tan calmo que parecía dormido. Flotó de espaldas, giró como una foca, se hundió y salió de nuevo a la superficie, abrió los dedos y sintió bajo las palmas el temblor del misterio. Pensó que volver a nadar después de mucho tiempo era lo más parecido a la felicidad.

Con el espíritu elevado, regresó y se duchó, frotándose con una pastilla de jabón rosa con olor a rosas que se resistía a hacer espuma, luego bajó al bufé del desayuno. Allí descubrió tostadas tan ligeras que casi volaban y mermelada de sirope de azúcar, pero

también *idlis* de verdad, *chutney* de menta de verdad y papaya de verdad cortada en cubos.

Se llevó consigo todos los periódicos que había conseguido encontrar en el hotel (incluidos *The Navhind Times*, *O Heraldo*, *The Times of India* e *Hindustan Times*, envueltos en publicidad y cotilleos de famosos) y buscó una mesa al aire libre. Pensó: «Soy feliz. ¿Por qué? He nadado, no tengo calor, voy descalzo y estoy comiendo papaya y leyendo los periódicos.» En la portada de *The Indian Express* aparecía una cabra: según el dueño, en sus manchas se leía «Alá». Al verlo como una señal, la había salvado del matadero, a pesar de ser hindú. Sunny se rió.

Luego se acordó de Satya y Pooja, pensó que quizá lo estaban buscando en ese momento; levantó la vista y los vio a los dos mirando hacia abajo.

—He ido a nadar —alardeó antes de ver la cara de Satya.

Su amigo no sabía nadar y ya no quería que Sunny se alojara en el mismo complejo en Goa. Estaba seguro de que no conseguiría que su mujer lo amara si él estaba allí. Antes de saber lo que hacía llamó a la puerta de Sunny, que había vuelto a su habitación, y cuando éste le abrió le dijo, temblando alterado:

—Debes irte.

—¿Por qué?

—No haces más que presumir.

—¿Quieres que vuelva al menos para el cumpleaños de Pooja?

—No lo sé.

—¿No quieres que lo haga?

—Si no te apetece, ahórratelo.

Cuando Satya volvió a su habitación, Pooja le preguntó:

—¿Se va tu amigo?

—Va a encontrarse con su novia.

—Pero ¿no volverá?

—Le he dicho que no volviera.

Ella se quedó callada un rato y después le preguntó por qué.

—Estaba armando alboroto.

—¿Cómo? Si apenas ha hablado.

—No te has dado cuenta, pero yo lo conozco desde hace veinte años. Más que un amigo, parecía un enemigo. ¿Por qué sigues preguntando por él?

Pooja supo sin detenerse a pensarlo que se sentía más atraída por Sunny que por Satya. Lo suficiente como para guardar silencio o preocuparse por si pedía algo equivocado del menú y revelar su ignorancia. Pero estaba casada con Satya, que era un buen hombre. Angustiada por sentirse más atraída hacia el amigo, y sintiendo al mismo tiempo afecto por su marido, ahora intentaba ver la situación desde el punto de vista de éste. Aquella noche cogió una manzana para él.

—¿Es para mí?

Ella se sintió incapaz de decirlo porque era como admitir un coqueteo y eso era vergonzoso.

Él se quedó confuso.

—¿La has traído para ti? ¿O para mí?

Silencio.

—¡Para los dos, entonces! A partir de ahora lo compartiremos todo, ¿de acuerdo?

Cuando sonó el teléfono, era Babita, que había llamado a la habitación de Sunny y le habían dicho que se había marchado. Satya,

desesperado por calmar su malestar, le dijo:

—Tía, ya no se está alojando en este complejo. Ha quedado con una chica en Goa.

—¿Qué chica? ¡Dijo que iba a acompañaros a ti y a Pooja!

—Eso pensábamos también nosotros, tía. Nos ha estado mintiendo a ti y a mí. —Satya sabía, mientras hablaba, que estaba traicionando a su amigo y que ya nunca tendría el valor de volver a encontrarse con él—. Pensé que Sunny venía a ayudarme, tía, pero ha estado usándome como pretexto.

Tenía que sacrificar su amistad para salvar su matrimonio.

39

Al taxista que le habían pedido en la recepción del complejo turístico no le convenció la dirección de Loutolim que le dio Sunny, a varias horas de distancia, en el sur de Goa, más allá del Zuari. Le dio la vuelta al papel, que estaba en blanco, y lo giró de nuevo.

—Bueno, cuando lleguemos a la zona, preguntaremos. —Frenó en seco su monovolumen mientras abandonaban la propiedad—. ¡Un momento, señor! —Saltó para descolgar una bolsa de plástico de un arbusto. Volvió y la metió debajo del asiento. Poco después se detuvo de nuevo y sacó varias bolsas de plástico de una zanja—. Los de fuera vienen, tiran bolsas de plástico y se van, y nosotros tenemos que vivir rodeados de ellas.

Resultó que Anand era un ejército de un solo hombre contra el plástico, y Sunny enseguida comprendió que iba a ser un viaje largo, pues había muchísimas bolsas de plástico desperdigadas por el paisaje. El lento trayecto también reveló lugares de interés, como una iglesia blanca encaramada en un montículo como una garceta al sol, un templo rosa junto a un pequeño brazo de río bordeado de cocoteros, un Mushroom Café Dance Hall cerrado y un gigantesco hotel en forma de castillo al estilo Disney a medio construir, lo que indicaba que los promotores se habían precipitado al prever la

expansión del turismo del norte al sur y hacia el interior desde la costa.

Los ojos de Sunny no registraron esas imágenes ni la vida somnolienta de los pueblos pequeños; se miró el reloj y vio que se hacía tarde.

—Anand, conduce más rápido, por favor.

Le había enviado un mensaje a Sonia desde el internet del hotel señalándole la hora a la que calculaba llegar, pero ¿podría ella consultar su correo?

La terquedad se apoderó del conductor. Miró a Sunny como si estuviera loco. Sunny lo miró como si el loco fuera Anand.

Se vieron frenados por las obras cerca de Margao y en Verna, y cuando finalmente llegaron a un tramo de campo donde el verde de los arrozales era tan intenso que deslumbraba, se perdieron. Se adentraron por caminos rurales, dieron la vuelta y regresaron al punto de partida, volvieron a perderse en un extenso paisaje de aldeas y senderos que serpenteaban por los campos y los cocotales, y en los que sólo se orientaban quienes vivían allí, como si la disposición del lugar reflejara su historia.

En algún punto de la carretera principal apareció de pronto una gigantesca montaña de basura compactada. Parecía estar hecha enteramente de bolsas de plástico y rivalizaba en tamaño con los afloramientos de roca roja y negra que se veían a lo lejos. En lo alto del montón que casi tocaba el cielo había un remolque de tractor fuera de combate. Anand aminoró la marcha hasta casi detenerse, con expresión angustiada.

—Sigue, Anand, sigue —le rogó Sunny en un tono firme y apagado—. No hay nada que puedas hacer. Es un problema

municipal.

Anand, abatido, tomó un desvío equivocado y condujo casi hasta Margao, donde por el camino encontró una bolsa de plástico amarrada en un estanque. Sunny no tuvo valor para reprenderlo. Se bajó para ayudarlo a buscar un palo con el que alcanzarla. Ya llegaban tan tarde que se había resignado a no causar una buena impresión a Sonia. Luego pensó en Satya y Pooja y en las relaciones que se forjaban de un modo demasiado forzado, y se dijo que eso podría ser una suerte.

Dieron la vuelta y, después de preguntar a muchos transeúntes, entre ellos algunos policías que holgazaneaban en un platanar, cuya expresión se volvió confusa al oír la pregunta y cuyos recuerdos se disipaban cuanto más pensaban, Sunny y Anand llegaron por casualidad a la mansión rodeada de arrozales. Escondido entre la espesura de unos anacardos y carambolas silvestres, Sunny atisbó un escudo de armas en el que se veían un caballero, tres jabalíes, dos palmeras y una palometa plateada. El lugar parecía desierto, pero dentro esperaba Sonia, frente a un espejo manchado para hacerse compañía, murmurando y debatiendo consigo misma sobre cómo proceder, mientras recordaba que no hay nada peor que esperar a un hombre que tal vez nunca llegue, el viejo temor de volver a ser al mismo tiempo la abandonada y la acusada. Estaba bastante nerviosa porque, como Sunny al recorrer ese paisaje de tan extravagante belleza, no había podido ver la casa en la que iba a alojarse durante doce días. No les había hablado a sus padres de aquel encuentro. Ellos creían que había viajado con el único fin de escribir un artículo para *Kala*. Mezclar trabajo y amor, amor y mentiras, no era buena idea.

Se sintió tan aliviada al ver a Sunny que empezó a gritarle como si se tuvieran confianza; el enfado los ayudó a salvar la circunstancia de que eran prácticamente unos desconocidos.

—¡Llegas muy tarde!

—El taxista se ha perdido.

—Tenías mis indicaciones.

Ella se fijó en el estampado de ondas de su camisa; la había elegido con esmero. Y le temblaban un poco las manos, como cuando se conocieron, lo que contrastaba con la firmeza de su nariz.

—Las indicaciones no se correspondían con el paisaje. —La belleza de Sonia se volvía abrumadora al contemplarla—. ¿Dónde estamos?

Cambió de tema y miró hacia el techo acanalado, del que descendía una araña de luces decrépita a la que le faltaban algunas extremidades, como un pulpo en estado de descomposición.

Una colección de lo que parecían cientos de platos de porcelana colgaba de lo alto de las paredes. Debajo de la lámpara de araña había varias mesas de madera de palisandro con tablero de mármol, extravagantemente talladas y repletas de retratos de familia descoloridos, novias fantasmas, hijos fantasmas, hombres fantasmas que regresaban de Europa con diplomas fantasmas.

—Es extraordinario.

—Sí, pero me he enfadado tanto esperándote que no he podido verlo bien. Por cierto, le he dicho al guardés, Clayton, que estamos casados, porque el doctor Menezes me dijo que los católicos de Goa son conservadores y se toman como un agravio el comportamiento indecente de los turistas. Así que ahora Clayton se cree que mi marido es tan horrible que me preocupaba que no se presentara.

Clayton salió de la cocina vestido con unos pantalones cortos de tela de toalla beige y una camisa a juego, ambos llenos de lamparones. Llevaba una bolsa de malla con un puñado de plátanos pequeños y ennegrecidos. Su inglés y su hindi eran muy pobres porque hablaba konkani, pero dejó los plátanos y señaló las baldosas del suelo con flores de lis.

—Portugal. —Luego señaló las patas talladas de una mesa—: Mono boca abajo comiendo fruto del árbol del pan. —El tablero de la mesa—: Carrara. —La lámpara de araña y los espejos—: Bélgica. —Y señaló dos enormes caparazones de tortuga marina—: El sombrerero y el paragüero, ciento cincuenta años de antigüedad.

Cruzaron unas puertaventanas y entraron en una larga galería con una hilera de mesas talladas en el centro, todas cubiertas de adornos, figurillas, jarrones, abanicos de Manila, ceniceros con frases humorísticas, un coco de mar tallado de las Seychelles y postales de Notre Dame, la Estatua de la Libertad y el Big Ben.

A continuación los llevó hasta el frigorífico Allwyn verde pistacho fabricado en Hyderabad que funcionaba con queroseno y una máquina de agua con gas alemana.

—Francia —dijo señalando una vajilla de porcelana rosa—. Macao. —Se refería a otra con sauces y pagodas. Sobre las revistas viejas apiladas en cada centímetro libre de espacio había tapas de sopera, para hacer peso—. Arcón portugués.

Y señaló la hilera de arcones sobre patas de león talladas colocados a lo largo de las paredes, en cuyo interior había manteles y ropa de cama bordados por viudas, solteronas y monjas.

En la parte delantera de la casa, vieron los aposentos de un soltero; encima de la cama con dosel de encaje había un reloj

parado. En lugar de números, las horas estaban marcadas por letras que, al juntarse, formaban las palabras «Querida madre», y en el centro, «Ernestina». A continuación Clayton los hizo pasar a la capilla, donde había un altar inclinado y una María sosteniendo a un Cristo del que brotaban rosas de sangre.

—Alemania.

Les señaló el piano podrido del salón de baile, cuyas paredes estaban pintadas imitando mármol, y bailó un pequeño vals para ilustrar cómo debía de ser cuando las familias de la clase adecuada llegaban a la casa desde todas partes de Goa, familias ricas en escándalos y ambición que acabaron empobrecidas tras dilapidar sus fortunas en bebida, juego y largas estancias en Europa, lo que las volvió inquietas e incapaces de adaptarse a la vida aislada de las mansiones familiares desde donde se administraban los arrozales y la cosecha de coco.

—¡Disparos, PAM, PAM! —gritó Clayton, y Sonia y Sunny dieron un respingo.

Él se rió a carcajadas y señaló dos orificios en los laterales de las persianas que servían para colocar la escopeta y apuntar a las visitas indeseadas. Les mostró el retrato del hombre de tez morena con traje militar y guantes blancos al que habían pertenecido las armas. Los hijos de esa familia se habían educado en Lisboa, y se sentían orgullosos del que había trabajado para el Gobierno de Salazar como diplomático en Río de Janeiro, pero por muy lejos que viajaran o intentaran escapar, la familia siempre los traía a casa para enterrarlos. Por la ventana se veía un monumento blanco en un arrozal.

—Los huesos de la familia —dijo Clayton.

Al contemplar cómo sus reflejos se mezclaban con esas piezas raras en los espejos, oír el repiqueteo que sus pisadas provocaban en la porcelana y en las lámparas de araña y ver los arcoíris que se proyectaban en el cristal, sintieron que algo de la maravilla del lugar los impregnaba, como si ellos también formaran parte de esas curiosidades y vanidades.

Sonia pellizcó a Sunny sin mirarlo y soltó un intenso «Argh» como para liberar los últimos retazos de la ansiedad acumulada en la espera.

—Sonia, la culpa es mía por intentar ser amable con los demás. Estaba preocupado por Satya. Y me sentí solidario con las bolsas de plástico: ¿y si se las comía una vaca o llegaban al mar y asfixiaban a una criatura marina? Ahora me doy cuenta de que uno sólo debe mirar por sí mismo, porque te he hecho sufrir, y tú eras lo único importante en todo esto.

Sonia suspiró.

—Bueno, yo también soy demasiado amable. Todos mis problemas han venido por compadecer a personas que luego me han comido viva.

—¿Quién te ha comido?

Sonia no contestó.

Durante la cena se sentaron a ambos extremos de la larga y estrecha mesa del largo y estrecho comedor, bajo una luz tenue de tres arañas y algunos candelabros con velas torcidas por el calor. Un ventilador de pie refrescaba a Sunny en un extremo y otro refrescaba a Sonia en el otro. Les sirvieron filetes de caballa acompañados de gambas secas en escabeche en una vajilla de porcelana de Macao. El hecho de conocerse tan poco y hallarse en

un entorno tan fastuoso, con una historia tan imponente y la presencia de Clayton, que en vez de orejas tenía antenas, hizo que Sunny sintiera pánico y temiera que resurgieran la formalidad y la timidez que ya habían superado. ¿Cómo iban a comportarse como marido y mujer, como decían ser? ¿Dónde iban a dormir? ¿Cómo superarían los rituales de la cama y el baño? Le preocupaba que, como en su último encuentro, no tuvieran nada que decir.

Pensó en preguntarle por sus padres, pero ¿no le preguntaría ella entonces por Babita? Sólo mencionar el nombre de su madre los condenaría. Pensó en preguntar por el artículo que Sonia había dicho que iba a escribir, pero entonces ella le preguntaría por el Hombre de las Uñas. No podía preguntarle por su vida anterior, sus relaciones anteriores, porque no quería saber tanto como realmente deseaba, y si Sonia le devolvía las mismas preguntas, tendría que hablarle de Ulla. Pensó en hablar de los sabrosos filetes de caballa, pero ¿no resucitaría con eso los filetes que Babita había llevado a Cadell Road el día del funeral de Dadaji, como astuto subterfugio para robarles a Khansama por la puerta de atrás?

Sonia pensó en preguntarle por su vida en Nueva York, pero ¿y si él le preguntaba por la suya? Cualquier alusión a Ilan los condenaría. Pensó en preguntarle por Babita, pero ¿y si le preguntaba por la huida de Mamá a Cloud Cottage? Todo el mundo esperaba encontrar una pareja que viniera de un hogar feliz, y querría estar con una persona íntegra, cuerda y alegre, no con una que viviera entre traiciones, desavenencias y rencores. Y si le preguntaba por su trabajo, tendría que mencionar su artículo sobre los kebabs: ¡un tema peligroso, pues los llevaría a Khansama y Babita!

Las lagartijas se perseguían unas a otras por detrás de los platos de Macao, las descoloridas fotografías de novias y el mantel de altar enmarcado, bordado en plata y oro por doña Ernestina, cuyo hijo había hecho el reloj parado que colgaba en su dormitorio de soltero para que el tiempo girara eternamente en torno a su «Querida madre». Con razón nunca se había casado. El silencio perduraba. Clayton estaba apostado en un rincón con la jarra, presto a rellenar cada vaso en cuanto bajara un poco el nivel del agua.

El ruido del ventilador, de los cubiertos y de sus gargantas al tragar se hizo más fuerte.

—Es verdad lo que dijiste en Allahabad sobre la vida en Estados Unidos —dijo Sunny desesperado—. ¡La cantidad de cosas que uno tiene que aprender a hacer solo! Cocinar, limpiar, hacer la compra, lavar...

—Montar muebles, cambiar una rueda, arreglar un retrete que pierde agua, usar un taladro, colocar estantes...

—Buscar un seguro médico, llamar a médicos y aseguradoras, ir a recoger resultados de pruebas...

—Defenderte, hacerte voluntario, convertirte en líder...

—Vivir tu sueño, seguir tu pasión, no olvidar nunca que eres especial...

—Ordenadores, televisores, reproductores de DVD, reproductores de CD, altavoces...

—Hacer footing, kayak, bicicleta de montaña, esquí...

—Equitación, aeróbic, golf, surf, tenis...

—Cada uno con un equipo diferente...

—Bolos, ping-pong, billar, juegos de cartas, Scrabble...

—Bailar esto y lo otro...

—Fútbol, béisbol, baloncesto...

—Y no tienes ni la más mínima posibilidad. Son culturas complejas que llevan toda una vida.

—Los presidentes estadounidenses. No consigo recordarlos en orden. Jefferson, Lincoln, Adams, Roosevelt.

—¿Y cómo aprender las guerras? Vietnam, bahía de Cochinos, Pearl Harbor, Corea, Japón, Guatemala, Camboya, Cuba, Haití, Laos, Libia, Tanzania, Argentina, Chile, Kuwait, Guam, Filipinas, Golfo...

—Tendrías que ser cien personas en una.

—En cambio aquí puedes arreglártelas siendo la centésima parte de una: no tienes que hacer nada.

—Aparte de dar órdenes a los pobres.

—Lo cual es repugnante...

—Hay algo tan equivocado...

—Tan equivocado...

Sunny esperó a que Clayton recogiera sus platos vacíos y saliera de la habitación para decir:

—Me gusta tu vestido. Las flores son tan grandes... es como si estuvieras dentro de una selva.

Sonia llevaba un vestido estampado con enormes flores de loto.

—¿Qué hay de mi anillo? —le preguntó ella, abriendo los dedos para mostrarle su anillo de cuentas de flor de loto.

—Prefiero la mano —se atrevió a contestar él.

Sonia bajó la mirada. Y el corazón de Sunny empezó a cantar, como si hubiera descubierto el lugar al que pertenecía: el calor, la luz tenue de una lámpara que recordaba a un cuadro de Tagore, una rana arbórea en lo alto de la pared entre los platos de porcelana, una leve brisa que llegaba de los arrozales, mosquitos en los tobillos

a pesar de las espirales antimosquitos colocadas en envases de refresco vacíos debajo de la mesa, serpientes encantadas de humo alrededor de una chica cuyos ojos emitían más luz que las bombillas de bajo voltaje.

—Señor, señora, he preparado el dormitorio principal.

Clayton sonrió demasiado, como si fuera evidente que no eran marido y mujer. Como en el porche de Allahabad, el primer instinto de Sonia fue huir. ¿Cómo iba a compartir la cama con Sunny? Quería estar sola para reflexionar sobre los acontecimientos del día, para lamentarse de no estar con él, para arrepentirse de su propia cobardía, para ser valiente al día siguiente. Tampoco él quería compartir la cama pese a lo mucho que lo deseaba. Intuía la ambivalencia de ella. Quería salir a correr, como era su costumbre, para deshacerse de todo lo que sentía. Recorrió el largo tramo de la estrecha mesa para servir en la copa de Sonia vino de Oporto con que acompañar la crema *serradura* de postre.

—Creo que debería dormir en el dormitorio individual. Es lo apropiado.

Y apartó de la mente la idea del reloj parado: a lo largo de la historia, los hombres habían sufrido el mismo destino.

En ese momento a Sonia le habría gustado oírle decir lo contrario, y de nuevo le asaltó el recuerdo de Ilan.

Y Sunny se acordó de la despreocupación de Ulla, que lograba que las negociaciones en torno al sexo fueran tan naturales como una conversación entre niños que juegan en un cajón de arena.

Mientras se dirigían cohibidos a habitaciones separadas bajo la mirada atenta de Clayton, Sunny tocó la mano de Sonia con un dedo titubeante.

—Llama si ves un fantasma.

Sonia se retiró al dormitorio principal, reservado para la matriarca y el patriarca, que daba a un vestidor y un cuarto de baño igual de enormes. Se bañó y, abriendo las sábanas almidonadas que formaban un sobre, se deslizó en la alta cama de madera tallada con el escudo familiar de un caballero, dos palmeras, tres jabalíes y una palometa plateada, envuelta de un dosel tejido a ganchillo por «Querida madre».

La quietud de los arrozales del exterior contrastaba con las vueltas y más vueltas que daban Sunny y Sonia en sus respectivas camas, a un lado y otro del patio, con las sábanas ardiendo por la fricción. Sonia pensaba en lo ridículo que era preocuparse por lo que Clayton pensara de ellos. Y Sunny pensaba que habían dado la vuelta al reloj de arena y su tiempo juntos era limitado.

Abrió la puerta mosquitera de su habitación y cruzó a tientas el patio interior hasta la de Sonia.

—¿Sonia?

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

—*Okay*.

Se habían quejado de Estados Unidos, pero qué palabra tan útil era «okay»: sin dar ni recibir demasiado, ni frío ni calor.

Él se acercó a la cama, que recordaba justo en el centro de la habitación, debajo del ventilador.

—¿Puedo meterme?

—*Okay*.

Él se deslizó dentro. Fue la profunda oscuridad del campo lo que impulsó a Sonia a acurrucarse contra él, acoplando su cuerpo al de

él, y al cabo de un minuto, como sus bocas estaban prácticamente pegadas, y sus alientos se aceleraban y mezclaban, Sunny acercó los labios a los de ella. Fue Sonia quien sacó la lengua.

Recobraron el placer de estar desnudos por completo en la oscuridad total, como si conspiraran juntos y con la noche, ocultándose la clase de criaturas que eran, sin saber dónde empezaba uno ni dónde acababa el otro, tan entrelazados que no existía la barrera de la piel sino un espacio misterioso y cavernoso. Luego se durmieron, y cuando Sonia se despertó, él no estaba en la cama.

—¿Sunny? —lo llamó, y él asomó la cabeza por la puerta.

Se sintieron aliviados de no tener que seguir hablando. Aunque regresara la vergüenza, ahora tenían una manera de superarla; las noches podrían borrar las torpezas del día. Y qué dulce era llamar y recibir una respuesta. Sunny había estado recordando el yoga de su juventud en el porche, y aunque sus saludos al sol eran cómicamente rígidos, la sensación del suelo rojo pulido bajo sus pies descalzos, el sol filtrándose entre las palmeras y atravesando la bruma de la humedad matinal, el perro callejero durmiendo en el montón de restos de hojas y polvo barrido le resultaban familiares. Se preguntó si, incluso después de la muerte de su madre, la India seguiría siendo un lugar familiar, más familiar, de hecho, de lo que él era para sí mismo.

—Mira. —Abrió más la puerta para que Sonia pudiera ver una paloma que, al llamarla con un «piu, piu», ladeó la cabeza, se hinchó y erizó coquetamente las plumas del cuello con otro «piu, piu»—. Se cree que hago yoga para impresionarla. ¿Por qué no vamos a desayunar? Oigo a Clayton.

—Ve yendo, yo iré enseguida.

—Te espero.

—Me da vergüenza vestirme delante de ti.

—Oh, entonces no voy a ninguna parte.

—Pues no me levantaré de la cama.

—Entonces me sentaré aquí.

—Bueno, pues mira hacia otro lado.

—*Okay*.

—Hay demasiada luz.

—Cerraré las persianas.

Mientras lo hacía, Sunny vio a Clayton de pie en el muro de ladrillo, intentando espiar. Y cuando se dio la vuelta, vio a Sonia desnuda reflejada en el espejo del armario.

En el desayuno, Clayton se movió con calma. Llevó las tostadas, pero los huevos se hicieron esperar. El té llegó al final.

La perra callejera había salido de su lecho de restos de hojas que se quemaba una vez a la semana y, cubierta de ceniza, entró también a desayunar. Debajo de la mesa encontró un trozo de filete de caballa de la noche anterior y se lo comió. Luego lamió la esencia del filete, lamió la esperanza de filete, y, perdiendo la esperanza, se desesperó un poco y lamió el recuerdo. En sus ojos apareció una mirada lunática. La echaron.

—¿Qué hacías subido al muro, mirando hacia el dormitorio? —le preguntó Sunny a Clayton, siguiéndolo hasta la cocina.

—Estaba barriendo. La perra se sienta ahí y lo ensucia.

—¿A primera hora de la mañana te pones a barrer el muro?

—Antes de que se caliente.

40

Salieron en coche con Anand, a quien habían contratado para toda su estancia porque simpatizaban con su pasión por el medio ambiente. Él había dormido en la habitación contigua a la de Clayton, en las dependencias de la servidumbre pensadas para alojar a doce personas. El aire caliente, con olor a campo, les echaba el pelo hacia atrás mientras ráfagas cálidas y reconfortantes les subían lentamente por las mangas y las sacudían. Otros los adelantaban en ciclomotores y patinetes, con las camisas y los pantalones ondeando. El paisaje, que hasta entonces no habían visto por los nervios del encuentro, se reveló ahora en toda su belleza, y ya no les importaba que Anand se detuviera y persiguiera bolsas de plástico que salían volando, porque así se alargaba el tiempo. Sunny y Sonia vieron muchas cosas de su infancia que habían olvidado y que ya no existían en sus vidas, ni en Nueva York ni en Nueva Delhi: las pequeñas tiendas en las grietas de los banianos, con unos pocos estantes de velas, lápices, jabón y huevos de campo salpicados de excrementos de gallina. Familias de tenderos que bostezaban y se frotaban la cabeza, los ojos y la barriga antes de alargar con parsimonia una mano y coger lo que pedían sus clientes. Se detuvieron en la panadería de una casa familiar para comprar pastas de anacardo, azúcar de palma y coco (Bocados de Agua, Alas de

Ángel) que guardaban en una vitrina junto con las medallas escolares de los niños. Un sacerdote vestido con una túnica larga y blanca de algodón (aunque un poco manchada de tierra roja) tocaba la bocina al pasar a toda prisa en su ciclomotor. De la bolsa que colgaba del manillar asomaba la cola de una palometa para su almuerzo.

—¡A mi vecino le robaron el cerdo! —soltó Anand al tiempo que rodeaba hábilmente una piara que dormitaba con las tripas desparramadas por el suelo.

—¿Es un tema grave el robo de cerdos? —le preguntó Sunny.

—Ya lo creo. El secuestro de cerdos. Pero hay que tener cuidado porque meten mucho ruido. Después oyes a alguien corriendo de acá para allá mientras grita: «¡¿Dónde está *Euphania*?!»

—¿Los cerdos tienen nombre?

Al ver que lo entendían, Anand cambió sutilmente a un tono más cordial.

—¿Por qué han venido? —les preguntó.

—Estoy escribiendo sobre la vieja Goa —respondió Sonia.

—Allí hay una casa vieja.

Señaló un tejado de tejas rojas repleto de plantas.

—Podría ser nuestra casa —dijo Sunny.

Sonia se guardó el «nuestra» como una pequeña estrella.

—Esa casa es vieja, aquella casa es vieja... ¡Todas las casas son viejas!

Sonia se fijó en varias casas que parecían abandonadas, y luego vio a una señora con vello en el labio superior, gafas y un camisón desteñido, muy parecida a Mina Foi, asomada a una ventana, con un par de bragas de otra época colgando de la cuerda del tendedero.

El taxi, resplandeciente y vibrante de plásticos de colores pastel, llegó a una mansión histórica que dos hermanos habían dividido en dos alas. En la galería superior de cada una de ellas, una señora esperaba a los visitantes haciéndoles señas. «Prohibido hacer fotos», les advirtieron, pero Sunny no había llevado la cámara. ¿No la había cogido porque se trataba de una reunión secreta? ¿Dejarse la cámara significaba que confiaba en un futuro con Sonia, o que no? En ese momento se alegró de que esta vez no fuera cuestión de posar falsamente.

Una de las mujeres les mostró una lámpara de araña de Bohemia y la otra una de Murano. Una les señaló un mausoleo junto a lo que parecía un taller mecánico de coches; la otra, un mausoleo anclado en el tráfico. Una conservaba un fragmento de uña de san Francisco Javier en el centro del altar, en una cavidad de vidrio oscurecido dentro de un relicario por lo demás dorado; la otra tenía dos frascos de medicina que el santo llevó consigo a la India.

El hermano del ala este había apoyado al rey de Portugal, y éste, en agradecimiento a su labor como cónsul en España, le había enviado dos sillas, ambas talladas con el escudo de la familia de un caballero, dos jabalíes, palomas y estrellas de Navidad. El hermano del ala oeste había defendido la liberación y puesto al servicio de la revolución una biblioteca de cinco mil volúmenes. Dos salones de baile, dos capillas, dos hermanos, uno a favor del rey y otro de la liberación, pero ¿qué había ocurrido al final?

—¿Liberación? —soltó la dama cuyo antepasado había sido fiel al rey.

—¡Complicación! —exclamó la señora de la casa, que había defendido la liberación.

Sus creencias dispares habían confluido cuando el Gobierno indio les confiscó las tierras como parte de la reforma agraria y ambas familias cayeron en la misma pobreza. Ambas señoras señalaron una caja para recolectar donativos.

—¿Qué les han dicho? —les preguntó Anand—. ¿Que la India les ha arrebatado sus tierras y su dinero? ¡Todo mentira! Todo su dinero venía de altos tributos; ¡nos cobraban a todos sin piedad! Ahora están enfadados porque no pueden seguir haciéndolo.

Siguieron hasta el convento de Santa Mónica y la capilla de la Llorosa Cruz, donde se había encontrado un cuadro con los estigmas en la celda subterránea de una monja que había residido allí en el siglo XVII. De vez en cuando sangraban las heridas de Cristo en la cruz, pero era una pintura apacible sobre madera comida por las termitas, que también estaban devorando el altar de un dorado desconchado entre los chillidos extasiados de los murciélagos. Los excrementos tibios de las palomas que se posaban en el techo caían como maná sobre el libro abierto de peticiones escrito en inglés y konkani: «Querido Jesús, sólo te pido una cosa. Que mi familia y yo seamos felices siempre.» Subieron a la colina de Nuestra Señora del Monte para contemplar la puesta de sol sobre el delta. Había muchos hombres haciéndose fotos allí en poses románticas. Sunny lamentó no haber llevado la cámara, después de todo. Cuando se detuvieron en el restaurante favorito de los mochileros, en la Rua 31 de Janeiro, en Panjim, y se sentaron en un balcón con un farol que se balanceaba en la brisa marina, Sunny rodeó las piernas de Sonia con las suyas por debajo de la mesa y dijo:

—¡Eh!

—¿Qué?

—¡¡Soy feliz contigo!!

De nuevo en el porche, la perra vagabunda cubierta de ceniza y restos de hojas pasó a toda velocidad para dar otro lametón desquiciado al recuerdo del filete de caballa debajo de la mesa del comedor mientras Sonia tomaba notas y Sunny tomaba notas.

—¿Cómo es que los dos tomamos notas? —le preguntó ella.

—He empezado a llevar un diario para entrenar la vista por si lo que veo no casa con las noticias. He pensado que, si me limitaba a describir situaciones complejas, el significado se reflejaría por sí solo.

—¿Qué hay de la historia del puerto de Vasco que dijiste que querías escribir? Nadie sabe nada de nuestro encuentro, si no podría haberle preguntado a Ferooza, la amiga de mi madre, por un colega suyo que abrió una clínica para tratar el sida en Vasco da Gama.

—Me he dado cuenta de que sería arrogante intentar escribir esa historia en tan pocos días.

La historia del puerto de Vasco (los hombres que navegaban por los siete mares, las mujeres que llegaban allí de todas partes de la India de la mano de las madamas que las explotaban) daba mucho de sí. Necesitaría tiempo para comprender a las personas que había detrás de las estadísticas, los cientos de comunidades diferentes, las historias que había detrás de las historias. Y a duras penas podría comportarse como un estadounidense con Sonia observándolo: viajar para lo que más que un trabajo eran unas vacaciones y regresar a Nueva York lleno de aventuras de las que presumir ante un grupo reunido en un restaurante de tapas del West Village. Sonia sabría de qué modo se estaba aprovechando de las chicas que eran objeto de trata, de los hombres que trabajaban durante años desolados, para quienes el océano era un desierto.

—Y tú, ¿estás tomando notas para tu artículo de la revista? —le preguntó él.

—Creo que, en secreto, estoy intentando persuadirme para volver a escribir ficción.

—¿Por qué lo dejaste?

—Porque cuando estaba en Estados Unidos escribía lo que la gente quería leer allí. Empecé a escribir historias encantadoras que no se correspondían con la realidad cuando la vida me llevó a un lugar oscuro.

—¿Por qué no escribías historias más oscuras y reales?

—La oscuridad era más fuerte que yo. Cuando las cosas malas te engullen, no puedes verlas.

Sonia se preguntó si anotando simplemente lo que veía y oía, lograría reeducar la mirada para reprogramar el cerebro.

—¿Qué cosas malas?

—Te lo contaré otro día —respondió ella.

En ese momento, la oscuridad y la soledad quedaban muy lejos. Siguieron escribiendo. De vez en cuando levantaban la mirada, cuando un coco se desprendía y caía al suelo o para ver las mariposas que descendían del cielo en un remolino al aparearse. Al anochecer, guardaron sus cuadernos y volvieron a recostarse en las grandes sillas coloniales. Sonia dijo, como si continuara una conversación:

—En Nueva York acabé estando tan dentro de mí misma que no me veía en el espejo; me miraba como lo hace un animal. Miraba a los demás desde lejos, como si en realidad no existieran.

Sunny sólo veía las piernas de Sonia, que mantenía extendidas ante ella en una franca exposición, y diez dedos abiertos.

—No me imagino a ninguno de los dos siendo personas sencillas. ¿Cómo podríamos serlo? Hemos vivido vidas diferentes en lugares diferentes.

—¿Buscas la sencillez? —preguntó Sonia.

Sunny vio ahora sus dos manos extendidas, con los diez dedos separados, en la misma actitud franca.

—No, no la busco.

—Pero aquí somos sencillos.

—Aquí somos sencillos.

Fueron a la playa de Arossim.

—Volver a nadar después de mucho tiempo es lo más parecido a la felicidad —dijo ella.

—Sonia, esto es muy extraño. ¡Pensé exactamente lo mismo la primera mañana que pasé en Goa!

Ella llevaba el bikini verde turquesa que aún conservaba de un viaje de compras a Nueva York que había hecho con Ilan pensando en Portofino, adonde iban las estrellas de cine. Era de un estilo retro que recordaba el de la madre de Ilan: fruncido por el pecho, anudado por detrás del cuello, y la parte de abajo con volantes hasta el ombligo. Nadaron surcando las olas y, al llegar a la cresta, se vieron mutuamente expuestos en la transparencia del agua antes de descender hacia la efervescencia de la espuma. Fingieron ser pulpos atrapándose con sus tentáculos. Se dieron besos de pez en sus vientres desnudos bajo el agua. Se hicieron bigotes de algas.

Cuando volvieron a la casa de los arrozales, Sunny confesó:

—¿Sabes? Por las mañanas me pides que no te mire cuando te levantas de la cama. Y, bueno... yo lo hago, pero resulta que te veo...

—¿No miras hacia otro lado?

—Veo sin querer tu reflejo en el espejo del armario...

—¿Sí?

—Esa visión vale más que todas las arañas de luz de Bélgica...

—¿Sí?

—Todo el mármol de Carrara, los azulejos de Portugal, las tapas de sopera de Macao, las túnicas de san Francisco Javier, las tortugas marinas de ciento cincuenta años, los Bocados de Agua y las Alas de Ángel, las tres cosechas de arroz al año, la «complicación de la liberación»...

—¿Vale tanto como el océano?

Él fingió pensar.

Esa noche, en la cama que crujía:

—Tanto como el océano.

Hacían el amor de un modo cada vez más libre, más experimental, desplegando todas sus artes. Se daban placer a sí mismos, se daban placer el uno al otro, sus voces se mezclaban.

—No te puedo ver. ¿Qué parte de ti es ésta?

—Es mi codo.

—¿Tu codo? ¿Qué hace ahí?

La cama temblaba y crujía como un árbol en una tormenta.

—¿Deberíamos continuar en el suelo?

—No hay nadie que pueda oírnos.

Clayton se masturbaba en la oscuridad de pie frente a la ventana a pesar de los enjambres de mosquitos. Antes, mientras Sonia se bañaba, la había espiado por un agujero en la pared que sólo él conocía. De niño había contemplado la belleza curvilínea de Bertha

Borda d'Agua, que había atraído a un australiano insignificante y había alejado a la familia.

La frase le salió sola.

—Soy muy feliz.

—Yo también.

—Será mejor que sigamos juntos.

—Será mejor que sigamos así, sencillos.

—Sigamos así, sencillos.

Fue extraño, por lo tanto, que se despertara sobresaltado como por un ruido. El corazón ya no le latía acompasado y el miedo le agitaba el pecho. Sonia, invisible, dormía acurrucada encima de él; podía sentir su pelo, su brazo sobre él, su pecho suave y redondo. El silencio le pareció ominoso. Intentó en vano volver a su sueño para buscar una causa.

Le asaltaron pensamientos nocturnos. ¿Qué hacía ahí? ¿A qué podía llevar eso? Su vida estaba en otra parte. Era una tontería. No pensaba quedarse en Delhi. ¿Cómo iba a ir Sonia a Nueva York? Se necesitarían dos voluntades inquebrantables. Haría falta mucho dinero. Tendría que pedirle que se casara con él. Él era demasiado joven para casarse.

¿Era su felicidad lo que lo había asustado? ¿Cómo era posible que dos desconocidos pudieran yacer uno al lado del otro como un asentado matrimonio y jugar a ser los dueños de una mansión? Lo asaltó de nuevo aquella sensación de estar representando un papel, la misma que había tenido con Ulla. Era demasiado pronto. La vida moderna obligaba a tomar decisiones en unas vacaciones, te empujaba a la intimidad con la precipitación de un matrimonio concertado. Pensó un instante en Satya y recordó que al día

siguiente sería el cumpleaños de Pooja. Pero había un miedo más profundo que no podía nombrar, un pánico similar al que sintió cuando Ulla se marchó, y no quería recordarlo porque, en cuanto lo hacía, se le cerraba la garganta, y le preocupaba que eso le impidiera comer, tragar o hablar, como en aquellas semanas posteriores a su partida.

Apartó a Sonia con cuidado, se levantó y salió a la sala de estar, donde encendió una lámpara. La casa ya no le parecía un lugar adormecido en el pasado; era como si estuviese al acecho. Las lagartijas de las paredes estaban vigilantes, las sillas seguían desplegadas como si esperasen algo, el ciervo disecado de cara delgada y cuernos coralinos tenía los ojos rebosantes de lágrimas sin derramar. Las novias fantasmas y los niños fantasmas de los marcos, los miles de objetos sobre las mesas, en los armarios, los platos de la pared, las soperas... todo lo acusaba. «¿Y ahora qué? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¡No es justo!»

Abrió la estantería con puertas de cristal que guardaba libros tan desintegrados que parecían trozos de madera flotante agusanada, pero pudo distinguir algunos títulos de Gide, Montaigne, Balzac, Zweig, Machado de Assis, la Enciclopedia Británica, los Archivos Orientales Portugueses en vitela.

El retrato del hombre de tez morena con guantes blancos y traje militar azul lo observaba curiosear en su biblioteca. ¿Por qué no podía seguir muerto? Tal vez estaba esperando a que el rey de Portugal lo llamara; quizá las sillas aguardaban el regreso del reino, el piano del salón de baile anhelaba el vals, y la pistola, la revolución. Las novias fantasmas anticipaban su felicidad eternamente; el libro de Zweig rezaba para que terminara la guerra

antes de que el autor se pegara un tiro en las maravillosas montañas sobre Río de Janeiro. Los cuencos de sopa aguardaban el banquete, las tapas lloraban por sus soperas perdidas. La «Querida madre Ernestina» esperaba a que las manecillas del reloj se movieran de nuevo, para estar viva una vez más y sentirse querida y valorada una vez más por un hijo que nunca la traicionaría casándose...

Fue entonces cuando Sunny se dio cuenta de que, esperando en medio de toda esa espera, estaba la espera de su madre y su propia culpa, que esperaba para recriminarle el haberla tenido esperando a que la llamara por teléfono y confesara sus mentiras. Porque, sin él, ella estaba tan sola como un libro que nadie ha leído en trescientos años, tan desamparada como una tapa sin sopera de Macao durante doscientos años, tan desconsolada como una novia fantasma viuda que lleva cien años en una mansión rodeada de silenciosos arrozales, cuyos dueños la han abandonado para irse a vivir a las afueras de Adelaida.

Recordó que Babita había expresado su deseo de escapar al calor de Goa para aliviar sus sabañones. Había sugerido que podría volar con él para visitar a su amiga de la universidad, Vanya. Él había utilizado a su madre sin escrúpulos. Había sido ella quien le había sugerido a Satya que fuera de luna de miel a Goa. Recordó al cocinero de kebabs de Allahabad que al final no se había presentado. Babita vería en su felicidad con Sonia una traición tan grave como un golpe mortal.

Fue a ver a Sonia dormida. No sabía que soñaba con otro hombre. No sabía que había un ojo observándola que nunca la abandonaba, que una de las novias fantasma de esa casa era ella, de hecho, pues Ilan se había asegurado de que nunca fuera una novia en la vida

real, la había matado antes de tiempo. Segura de estar muerta, Sonia despertó y dijo:

—Me han asesinado.

—¡Claro que no! —replicó Sunny con voz hosca, como si empezara a estar harto de algo.

—¿No te crees mi pesadilla?

—Tal vez alguien murió asesinado aquí y lo has presentido...

Ella percibió la burla.

—No, no asesinaban a otro. ¡Me asesinaban a mí!

—¿Quién?

—La maldad —respondió—. Creo que me siento sola.

—¿Sola? ¿Después de todas las veces que hemos hecho el amor?

—Precisamente por eso. Porque pronto nos iremos de aquí y nos separaremos.

Habían cambiado sus vuelos para volver juntos a Delhi.

Tal vez para acallar esas preguntas sobre el futuro, decidieron ir a nadar por última vez. Dos personas unidas por el océano: quizá nada pueda deshacer eso, el futuro no puede deshacer el pasado. Anand los llevó a una zona desierta de la costa donde el mar estaba agitado. Pero como se habían reservado ese momento de placer para el final se metieron igualmente en el agua. Allí se encontraron con olas aún más recias de lo que parecía desde la orilla, y tan altas que tuvieron que bucear casi hasta el fondo para evitar que los atraparan al caer. Apenas les daba tiempo a darse impulso hacia la superficie y recuperar el aliento antes de que llegara con fuerza la siguiente ola y tuvieran que bucear de nuevo. Si no lo hacían podrían quedar atrapados en una vorágine peligrosa.

Sonia buscaba a Sunny, y éste buscaba la cabeza de Sonia, que asomaba y desaparecía en el agua. Al final, ella gritó: «¡Me vuelvo!», y aunque él no podía oírla, vio que intentaba regresar. Tardaron un buen rato, girando una y otra vez para sumergirse y darse impulso hacia arriba, sin tiempo para tomar un respiro, zambulléndose e impulsándose otra vez hacia la superficie para intentar alcanzar la orilla antes de que la poderosa corriente que rompía en la playa los arrastrara de regreso mar adentro. Cuando por fin salieron del mar tambaleándose, una ola se estrelló con tal fuerza entre sus piernas que se hundieron hasta las rodillas en la arena. Durante un rato se quedaron tumbados, con el corazón desbocado y los ojos cerrados, sintiendo aún el tirón de las olas.

Sonia notó un roce en el pie. Cuando abrió los ojos vio a un perro que había aparecido de repente: un sabueso blanco enorme, sin pelo y con cara de arlequín; ¿también lo habían revolcado las olas? Se tambaleaba, luchando por recuperar el equilibrio. Arrastraba una cadena rota y tenía profundas marcas de mordeduras infectadas en el lomo y una oreja desgarrada y ensangrentada. Gruñó.

—¿Estás bien? —le preguntó Sunny.

—Vámonos de aquí.

En ese instante parecía fácil pasar de la vida a la muerte. La vida se volvía frágil y aterradora en ese umbral.

Se levantaron y emprendieron el camino de vuelta al taxi, seguidos por el perro. Olfateaba, orinaba, deambulaba por la playa adueñándose de ella, corriendo hacia atrás, captando su olor y recobrando las fuerzas. Había algo extraño en esa persecución; siempre se acercaba demasiado, con su gran pene de color rosa

carmín saliendo erecto de un tronco blanco con motas, la cara de chacal lascivo y las orejas dobladas.

—Ese perro es tan gallito como su polla —dijo Sonia—. Seguramente ha aprendido de los hombres que se abalanzan ciegos de lascivia sobre las mujeres en la playa.

Tenía la cara como la de un perro con máscara de perro.

—Ha tomado tus palabras por un halago y se ha vuelto más agresivo.

Sonia se preguntó si podía haber celos sexuales entre especies.

El perro empezó a mover la cola, pero cuando ella le tendió la mano, gruñó e intentó morderla.

Sunny hizo el amago de amenazarlo con una piedra, y él le enseñó los dientes y se acercó más. Vio que le caía espuma de la boca.

—¡Puede que tenga la rabia!

Un perro rabioso, muerto de sed y alucinando contagiaría su fiebre cerebral a quien mordiera.

Apretaron el paso para alejarse, pero sin llegar a correr, porque no hay que correr si te sigue una bestia así. El perro también trotó más rápido.

A Sonia se le acalambró el pie, después de haber nadado entre la corriente y haber corrido por la arena, y se vio obligada a detenerse. Cuando se agachó para presionarse el pie en la dirección opuesta a la del calambre, el perro se abalanzó sobre ella. Sonia notó su olor a perro en la cara, vio sus duros ojos de dictador clavados fijamente en los suyos, sus labios carnosos y sus dientes puntiagudos. Sunny se quitó la chancla y la estampó contra la nuca del perro. Éste se giró para clavarle los colmillos, pero en su lugar atrapó la chancla. Sonia y Sunny echaron a correr juntos, ella cojeando, él volviéndose

de vez en cuando para fingir que lanzaba una piedra. De pronto el perro blanco los adelantó y, ante sus ojos, giró en la arena y se esfumó. Delante no había nada más que un tronco arrastrado por la corriente.

—¿Dónde se ha metido?

Sunny examinó su chancla con las profundas marcas del feroz mordisco que había atravesado toda la goma.

Anand dormitaba dentro del taxi. Se despertó sobresaltado y se echó hacia atrás para abrirles la puerta.

—La corriente era muy fuerte —le dijo Sonia—. Casi no podíamos salir, y luego nos ha perseguido un perro rabioso.

—¿Por qué os habéis metido? —replicó él moviendo los labios, incómodo; con ese tiempo, incluso después de una cabezada corta tenías una desagradable capa en los dientes—. No es seguro nadar. Podéis ver una bandera roja ondeando allí.

Ellos no se habían fijado en el trozo de tela roja, deshilachado como un banderín religioso. No sabían que tenían que fijarse en eso.

—No nos lo has dicho.

—Mi trabajo es llevaros adonde digáis. —Pero mientras conducía, añadió—: Creía que os quedaríais en la orilla, como los demás. ¿Cómo iba yo a saber que pensabais meteros en el agua? No lo hace nadie.

Continuaron el trayecto en silencio, conscientes de la oscuridad que se extendía a sus espaldas, del océano que se retorcía, enfurecido por no haberlos engullido. De su emisario, el perro ahogado, rabioso porque no les había hincado el diente. Sunny cogió la mano de Sonia. Se habían buscado uno al otro para asegurarse de que estaban a salvo, sí, pero en su lucha contra las olas había

habido una desesperación personal. Los dos sabían que sólo podían salvarse a sí mismos.

Esa noche, Sonia leyó *Los hermanos Karamázov*. Se cometía un asesinato misterioso, pero ¿quién era el asesino?

—Uno de los personajes dice algo interesante: el amor activo es la única forma de disipar el miedo y la incredulidad.

Sunny había abierto su *Por quién doblan las campanas*.

—De esto también trata en esencia mi libro.

«Pero si hay amor, hay miedo», pensó Sonia. Miedo a perder el amor. Y si no hay amor, también hay miedo. Sólo te sientes seguro cuando estás solo y nadie puede traicionarte, pero incluso en la soledad te invade la inseguridad.

Se contuvo antes de formular en alto la pregunta que nunca era una buena idea hacer: «¿Y si me dejas?»

Se volvió para mirar a Sunny, y él se sintió obligado a pronunciar la frase que Sonia se había obligado a callar.

—No nos dejemos.

Ella respondió:

—Si tú tampoco me dejas. Porque así es la vida. Siempre es la persona que te ruega que no te vayas la que luego se va.

Se acordó de Ilan: «¡No me dejes nunca! ¡Tómame en serio! ¡Cariño, eres mi amor!» Si uno está seguro de la lealtad del otro, puede experimentar otras opciones con la certeza de que alguien lo espera en caso de que fracase.

—Temo que temas que te hagan daño, y que seas tú quien me haga daño marchándote. ¿De verdad crees que me arriesgaría contigo tan a lo tonto? —le preguntó Sunny.

Sonia recordó que Ilan le había dicho justo lo mismo: «¿Crees que te dejaría tirada así como así? Me gusta todo de ti. Incluso tus dedos extraños, incluso el dedo pequeño y torcido de tu pie. Me encanta hasta tu mal genio.»

—Sé lo suficiente para saber que puede pasar cualquier cosa —dijo.

Sunny pensó: «Algo está destinado a salir mal.» Y recordó el presentimiento de la noche anterior.

—Entonces asegurémonos de que no pase nada. Mira, voy a hacer una promesa: ¡aquí no va a pasar nada! —gritó por la ventana hacia el arrozal.

Si alguna vez perdían la felicidad, el arrozal, las ruidosas ranas, las estrellas e incluso el océano que había intentado matarlos la recordarían y la mantendrían a salvo.

Continuaron tumbados uno al lado del otro mirándose en un silencio solemne. Sunny cerró los ojos y volvió a abrirlos, luego los clavó en los de Sonia.

Tras un rato de observarse y darse cuenta de que eran más desconocidos y más imprevisibles de lo que habían imaginado, Sunny dijo:

—Deja que te vea la mano.

Ella se la tendió.

—¿Sabes leer las palmas?

—Sí. Te muerdes las uñas y tienes los dedos sucios.

—¡No es verdad!

Él se llevó un dedo a la boca.

—Y las uñas te saben saladas.

—Todavía deben de estar saladas del mar.

—Me pregunto si también lo está tu oreja.

Se metió el lóbulo de su oreja en la boca y le hizo cosquillas con la lengua, y ella se rió y luego se excitó.

La última mañana en Goa, Sonia y Sunny se apretujaron juntos en la ducha, que era como una regadera atascada de lodo de la que salían chorros erráticos de agua tibia. Se enjabonaron con cuidado: por delante, por detrás, entre las piernas, los pechos, las nalgas, los testículos. Luego hicieron el amor por última vez en el lánguido calor matinal y, tras tomar una tostada con *poi* y mermelada de mango, dejaron la casa del arrozal.

¿Quién estaba más desconsolado? Ni Sunny ni Sonia, ni Clayton ni Anand (aunque ambos habían recibido la desorbitada propina que sólo pueden dar dos personas enamoradas), sino la pequeña criatura en la que nadie había pensado: la pequeña perra callejera sin nombre del arroz sobrante y el érase una vez un filete de caballa que nunca ladraba y sólo aullaba de amor. La vieron observándolos en el límite de la propiedad; antes de que Anand arrancara el coche, dio media vuelta y se escabulló. Sonia cerró los ojos. La habían dejado a merced del sabueso fantasma.

Durante el vuelo Sunny no dijo nada, y Sonia tampoco. Los otros pasajeros estaban sentados tan cerca, casi en sus regazos, que era imposible pronunciar palabras bonitas. Llegaron a Delhi, donde todo el mundo tosía. Tosiendo, Balbir Singh esperaba a Sonia. Tosiendo, Bahadur esperaba a Sunny. Se vieron obligados a fingir que no se conocían. Todo lo que él pudo decir fue un apresurado «Iré a verte antes de irme a Nueva York».

Sus rostros desesperados y tensos se reflejaron en los ojos del otro antes de darse la vuelta y separarse.

—¿Mami? —llamó Sunny cuando llegó a casa.

Era la hora del té. Su madre estaba sentada frente a la bandeja con una revista de viajes en las manos.

—¿Mami? —insistió. Como se había enamorado y experimentado ternura, se sentía lleno de remordimientos—. ¡Mami!

Babita tardó en levantar la vista, pero cuando lo hizo, lo miró con dureza: la expresión anegada, los ojos y la boca pálidos. No podía soportar ver a su hijo vencido por el amor.

—Nunca imaginé que tendría un hijo que miente —dijo con labios de sierpe.

No tenía sentido decir «¿En qué he mentido?», así que Sunny respondió:

—Si te hubiera dicho la verdad, te habrías puesto furiosa. Sólo me quedaba mentir.

—¿Así que fuiste a reunirte con esa chica?

No se atrevía a pronunciar el nombre de Sonia.

¿Cómo lo sabía? Sunny nunca habría sospechado que su leal Satya lo traicionara sólo por una disputa tonta.

—¿Estoy obligado a informarte de todos mis pasos? Puede que sí y puede que no, no es asunto tuyo.

—¿Puede que sí y puede que no? Habla claro, como te han educado a hacerlo.

Diez minutos de silencio hostil.

—Bueno, en realidad, podría plantearme algo serio con Sonia.

—Algo serio ¿cómo qué?

Veinte minutos de silencio hostil.

—Créeme —replicó Babita—, tuvo que regresar de Estados Unidos debido a un trastorno mental. Como su madre, que se fue a la

montaña y nunca ha vuelto.

Otros diez minutos de silencio hostil.

—Una vez la vi en la cafetería del hotel Taj con un calvo —añadió Babita—. Me dio pena.

—¿Te dio pena porque estaba con un calvo? —soltó Sunny con incredulidad.

—Sentir pena por alguien no es motivo para casarse con él —dijo.

Cinco minutos después:

—*Chaloo*, mucha gente estúpida tiene una astucia arcaica. Espero que no le hayas contado que has solicitado la Green Card.

Un minuto después:

—Es despreciable obtener una Green Card a través del matrimonio. Tendrías que preguntarte: ¿te quiere a ti o lo que puedes proporcionarle?

Sunny fue a su dormitorio y cerró la puerta mientras Babita se servía otro ron después de los dos habituales. Treinta minutos más tarde, Sunny oyó a través de la cerradura un suspiro desesperado, cargado de alcohol.

—¡Oh, Señor, protégeme! —gimió Babita, algo absurdo para alguien ateo—. Sabes que el abuelo de esa chica de Allahabad chantajeó a tu Nana, por eso se vio obligado a enviar la propuesta de matrimonio.

Al oír esto Sunny se precipitó hacia la puerta.

—¡¿De qué estás hablando?!

—Tu Nana le sugirió al abuelo de Sonia que invirtiera en un negocio de mantas militares. El negocio fracasó y perdieron dinero, así que tú eres la compensación...

—¡¿Qué quieres decir?! —gritó Sunny.

—Sé lo que me digo. Déjate de puede que sí y puede que no. Has caído en su trampa. La carísima educación que has recibido en Estados Unidos no te ha salvado.

—¡Estás borracha! —espetó él.

A las diez y media de la noche, al dejar de oír golpes furiosos, Sunny pasó sin hacer ruido por delante de la puerta de su madre y se escabulló, iluminando el camino con la linterna que siempre tenía en la mesilla de noche por si había un apagón, hasta la casa del tío Ravi, donde tocó el timbre. Como a su tío le empeoraba el asma con la combinación de niebla y contaminación, nunca salía en los meses fríos. Cerraba bien todas las puertas y ventanas, y se ponía películas pirateadas de un videoclub de alquiler del mercado de Panchsheel, al final de su calle. Estaba viendo *Cayo Largo*, de John Huston, y sorbiendo té de jazmín.

—¿Qué pasa, chaval? —lo saludó alegremente.

Sunny se sentó.

—No sé qué hacer. No sé qué hacer.

Agachó la cabeza e hizo crujir los nudillos, lo que le recordó al tío Ravi a su pobre hermano muerto. La sombra del joven en la pared, hundido en la desesperación, se parecía también a la silueta de su padre.

—Ella me tiene atado en corto, me prohíbe que te trate. El año pasado, cuando estuve aquí, sólo pude saludarte de lejos, ¿recuerdas? Le aterra que conozca a una mujer y me case. Se entera de si voy al baño y enciendo la luz por la noche. Nunca me quita ojo, siento su mirada sobre mí incluso al otro lado del mundo. Se ha negado a vivir su propia vida, así que yo tampoco puedo

hacerlo porque soy su vida entera. Desde que mi padre murió ha sido una pesadilla.

—¡No! —El tío Ravi levantó la taza y aspiró el vapor de jazmín—. Error número uno: esto no tiene nada que ver con la muerte de tu padre. Babita primero estuvo enamorada de *mi* padre, lo que hizo que mi madre enloqueciera de odio, y luego se enamoró de ti. El marido fue una decepción: él era demasiado bueno para que ella lo valorara. Ella creó a propósito una relación contigo que lo dejaba a él fuera. Te llevó a dormir a su lado en la cama y mandó a tu padre al cuarto de invitados. Tu padre murió con el corazón roto.

»Si te casas —prosiguió con sagacidad—, será un matrimonio falso. Si tienes un hijo, te harás pasar por padre, pero tu hijo será un hijo falso. Serás un marido falso. Sólo ella conoce y posee tu verdadero yo. Sólo como hijo suyo se te permitirá ser una persona de verdad.

—¿Cómo sabes tanto?

—¡Porque mi madre era igual! ¿Por qué crees que estoy soltero?

—Un psicólogo se lo pasaría en grande —comentó Sunny con tristeza.

—La psicología occidental no está a la altura de los retos de una familia india. Somos demasiado escurridizos, cambiamos de forma y no distinguimos la verdad de la mentira. Las mentiras son verdades y las verdades son mentiras: no se nos puede encasillar. —Al ver que se levantaba para irse, añadió—: Vive tu vida. Y piensa en nosotros, que también necesitamos escapar. Por favor, anima a tu madre a vender esta casa.

Sunny suspiró.

—A mí no me escuchará. Pero, ahora que he infringido la ley al visitarte, iré también a presentarle mis respetos al tío Rana. ¿O es demasiado tarde?

—Está despierto hasta pasada la medianoche. No te sorprendas si lo encuentras con su novia, es lo que en Estados Unidos llamarían una «chica explosiva», la encargada del guardarropa del Oberoi. Se hace llamar Ruby. —Puso de nuevo su película—. Yo prefiero la compañía de Katharine Hepburn.

—¡Esa anciana! —exclamó el tío Rana—. No para de hablar del testamento de Minnie, de las hueveras y de las malas inversiones que, de hecho, la han mantenido bastante bien provista. Ruby lo sabe todo —añadió cuando una mujer entró en la habitación—, ¿verdad, Ruby? Por favor, Sunny, pídele a tu madre que venda para que Ruby y yo podamos *bhago* a Nueva Zelanda. ¡Libertad!

Ruby iba con unos zapatos blancos de tacón alto, vaqueros blancos y una camiseta blanca ceñida y escotada con un corazón brillante de San Valentín. Llevaba el pelo de peluquería, con mechas rubias, y tenía la boca y las uñas de un rojo vampiro.

—Granuja. —Ruby se sentó en el brazo del sofá junto al tío Rana —. Siempre me haces promesas, pero nunca las cumples.

Le guiñó un ojo a Sunny.

—Ruby sólo dice tonterías —le dijo el tío Rana.

—Sunny —le dijo ella—, dile a tu tío que no sea malo conmigo. Es un pillo.

Él le dio un pellizco en el trasero y ella empezó a reírse y a contonearse.

Babita siempre había opinado que, aunque las novias del tío Rana eran en apariencia muy bobas, su insustancialidad no era sino un

ardid. Se trataba de mujeres tenaces, que tramaban para hacerse con una fortuna de la única forma que podían. Según el señor Habib, algunas de ellas eran prostitutas de un servicio de acompañantes. ¿Cómo lo sabía?

—Le dije a Rana que tu madre debe de querer más dinero, ¿no? ¿Qué va a ser si no? —dijo Ruby—. Pero no vayas a hacerme caso a mí, la metepatas. Cuando has tocado el timbre, Rana ha dicho: «No le digas ni una palabra a Sunny, ¡es un niño de mamá!»

Y volvió a guiñarle un ojo a Sunny, que se quedó perplejo.

—¿Por qué no te planteas vender la casa y poner fin a la batalla? —le soltó Sunny a Babita a la mañana siguiente.

—¿Ah? ¿Es que piensas comprarme un apartamento en Nueva York?

Habló por teléfono con Sara elevando la voz para que la oyeran.

—Te diré algo, Sara. Hemos conseguido criar a unos perfectos extranjeros. Se llaman a sí mismos ciudadanos del mundo. ¡Bah! Di mejor canallas del mundo.

Después de sufrir dos días más la cara de viuda abandonada de su madre, y estando cada vez más cerca de la hora de su partida, Sunny no pudo soportarlo más. Se sentía muy solo e inseguro ante ese acto de alejamiento, y una vez más había traicionado a la mujer que nunca lo había traicionado. Había visitado a sus tíos, Ravi y Rana, dispuesto a enfrentarse a su madre, buscando la seguridad de que estaba en lo cierto. Sus tíos lo habían tranquilizado, pero ellos también querían algo de él. Lo que querían era dejar a su madre sin un techo.

—Creo que me pasaré por la clínica —cedió Sunny—. Me empezó a molestar el ojo en Goa y aún no se me ha pasado la irritación. Puede que se me infectara con el mar.

—¿El ojo? ¿Por qué no fuiste al médico inmediatamente? Vanya me ha dicho que el océano está sucio. ¿No sabe esa chica que un ojo pasa por delante de todo lo demás?

Se fueron a la clínica en busca de unas gotas oftálmicas.

—¿Tienes Disprin? —le preguntó él más tarde—. Sonia se llevó el mío.

Ella lo miró en silencio durante un rato, lo justo para darle a esa afirmación la importancia adecuada, antes de sacar con parsimonia la caja de medicinas.

—¿Por qué se llevó tu Disprin? —le preguntó cediendo otro centímetro.

—Le entró dolor de cabeza por el bochorno de la tarde.

—¿Por qué te arrastraría esa chica por ahí bajo el sol? Dice Vanya que en Goa siempre hace demasiado calor. Quédate aquí tranquilo y en paz, sin que nadie te moleste.

Y así fue como Sunny empezó a traicionar a Sonia para curar el dolor de su madre, y su nuevo amor se convirtió en una queja para tranquilizarla. ¿Podría amar en secreto a Sonia, la mujer con la que por primera vez en toda su vida había sido él mismo, detrás de una cantinela quejumbrosa?

Babita lo recompensó. Pidió que se descongelara el queso azul Shropshire (que se guardaba en el congelador para conservarlo el mayor tiempo posible) y que se sirviera ceremoniosamente a la hora del cóctel. Le contó los cotilleos de la servidumbre. Al parecer Vinita y el C-H-Ó-F-E-R de los Habib estaban teniendo un R-O-M-A-N-C-E. Envió a

Punita a buscar sus deberes de inglés: había superado la etapa de «Miss Cat and Miss Mouse». Había escrito dos redacciones, una sobre las vacaciones de verano y otra sobre su cumpleaños. Los niños de los barrios bajos se sentían mal por todo lo que no tenían una vez que se les enseñaba a anhelarlo.

Sunny levantó la vista de su silla en el jardín y vio por casualidad a Vinita cepillarse el pelo en la azotea: movía el cuello a derecha e izquierda e inclinaba la cabeza con cada tirón del cepillo. Luego arrancó los pelos de las cerdas y los dejó caer flotando, como deseos lanzados al universo. Se dio cuenta de que Sunny la miraba, y cuando él fue a la cocina a por un vaso de agua, le dijo:

—Los cocineros de tus tíos me han dicho que has ido a verlos.

—¿Y...?

—Tu madre no nos deja hablar con ellos. Se enfada si lo hacemos.

Él sintió rechazo hacia ella. Esa declaración parecía el preludio de un chantaje.

—Entonces no se lo digas o también se enfadará conmigo.

—Me recorta el sueldo cada mes.

—¿Quién?

—La tía.

—¿Mi madre?

—Sí. Dice que me lo guarda en una cuenta para que el dinero crezca, pero ella guarda la libreta. Quiero tener el dinero que gano.

Sunny interrogó a su madre.

—Les doy una asignación cada mes para que aprendan a administrarse. Les explico que el dinero devengará intereses y, con el tiempo, podrán utilizarlo para su dote o para ir a la universidad.

«Pero ésa es una forma astuta de mantener a un sirviente ligado a ti», pensó Sunny.

—Ahora que te están ayudando a obtener la Green Card —sugirió Babita—, quizá también podrías aportar algo a sus cuentas.

—¡No voy a contribuir a un fondo para dotes! —exclamó Sunny.

—Ellas no pueden permitirse pensar así; pertenecen a una clase social y tienen que acatar sus normas. Los ricos de este país amasan sus fortunas a costa de los pobres. Lo menos que podemos hacer es ayudar a sus hijos a tener una vida diferente.

Sunny pensó en lo absurdo que sería tener que limpiar y fregar en Jackson Heights, luchar por llegar al metro lloviera o tronase y trabajar toda la noche para mantener su magra existencia y, al mismo tiempo, contribuir a las dotes de las criadas de su madre. Pero era cierto que su vida india y su vida estadounidense se debían en cierto modo a Vini-Puni.

—Mira, te lo prometo ante mi hijo —declaró una triunfante Babita a Gunja, la madre de las jóvenes, a la mañana siguiente—: Tus hijas son responsabilidad de esta familia, así que no te preocupes por nada. Cuidaremos de vosotras, ¿entendido? Si yo no estoy, mi hijo cumplirá este voto. Vini-Puni también son hijas mías. Son sus hermanas.

Y cuando Sunny estaba en la cocina cogiendo un vaso de agua, Vinita le dijo:

—Sunny bhaiya, llévame a América.

—Apenas puedo permitirme comprar un billete de avión para mí.

—¡Pero llévame algún día!

Sólo durante la siesta de la tarde de su último día, con su madre y Bahadur, el espía, durmiendo, Sunny se atrevió a escaparse en un *scooter rickshaw* para reunirse con Sonia, como había prometido hacer antes de regresar a Nueva York. Llevaba consigo una hoja con instrucciones sobre cómo salir nadando de una corriente, que había buscado e impreso, por si Sonia volvía a encontrarse en semejante aprieto.

Papá estaba en su despacho, dictándole a su secretario una propuesta formal para investigar los retretes con música de Japón. Y Chandu, temiendo que Sonia intentara hacer un bizcocho y malgastara las provisiones (como cuando, a los once años, quiso preparar el que se popularizó durante la Gran Depresión siguiendo el libro de cocina de Landour), se había llevado la harina, el azúcar y la margarina a su cuarto de la azotea, donde los había escondido debajo de la cama para echarse la siesta tranquilo, dormía tan a pierna suelta que no oyó el timbre.

Cuando Sunny se coló en su dormitorio, Sonia no pudo contenerse y se volvió para ocultar las lágrimas. Él contempló su belleza y, al ver sus mejillas húmedas, se alegró y se avergonzó.

—¡Ven a Nueva York!

Tenían menos de una hora. No perdieron más tiempo hablando.

DÉCIMA PARTE

La montaña del lugar oscuro

41

Uno pensaría que la señora Sharma, vecina de Hauz Khas, se sintió afortunada (tanto como se sentía Clayton al atisbar por la ventana de la casa de Loutolim) cuando subió a la azotea para revisar el suministro de agua y se encontró con la inesperada escena de dos personas hermosas haciendo el amor con esa mezcla de pasión y tristeza propia de una despedida, sin saber cuándo volverían a encontrarse, si es que alguna vez lo hacían, o si uno traicionaría al otro. Pero la señora Sharma no se sintió afortunada. Le faltó poco para caerse por las escaleras en sus prisas por telefonear a su marido a su lugar de trabajo e informarle de que la chica de la puerta de al lado, que había vuelto de Estados Unidos, estaba en la cama con un chico, los dos completamente desnudos, mientras el cocinero dormía y el padre trabajaba.

Aquella noche, Papá estaba disfrutando de su whisky Laphroaig y su música qawwali, que bramaba para ahogar el feroz estruendo que hacía Chandu al freír *masala*, cuando sonó el timbre de la puerta.

El señor Sharma se negó a entrar al ver a Sonia sentada en el sofá con aire recatado. El hombre tenía la cara hinchada.

—Éste es un vecindario decente. Mi mujer está en la azotea ¿y qué ve?

—Espere, ¿qué ha visto?

—¿Por qué no se lo pregunta a su hija?

Papá se puso nervioso.

—Hablaré con Sonia.

—¿Hablar con ella? ¡Sea implacable!

—Mira, dile a ese chico que venga ahora mismo —le dijo Papá a Sonia en cuanto cerró la puerta al señor Sharma y ella le confesó la visita vespertina de Sunny—. Si alguien quiere ver a mi hija, espero que vaya a la puerta principal mientras estoy en casa y toque el timbre. No soporto a los que actúan a escondidas.

No le preguntó por lo que había visto la señora Sharma.

—Se va a Nueva York esta noche.

Sonia le había dicho a su padre que se había encontrado por casualidad con Sunny en Goa, pero no le había contado que se habían quedado juntos en la destartalada mansión de Loutolim.

—¿Después de la que ha armado?

—Él no lo sabía.

—¡Se levanta y echa a correr!

—Vamos a reunirnos en Estados Unidos.

—Un momento, ¿va a correr él con los gastos? Te ha tomado el pelo.

—No tiene dinero.

—¿Vive en Panchsheel y no tiene dinero? Dile que cambie el billete.

—Tiene que volver al trabajo.

—¿Y tu trabajo qué? No finjas que sólo estás matando el tiempo a la espera de un hombre.

La advertencia de Papá pareció premonitoria. En la ventanilla de los visados de la blanca y dorada embajada estadounidense, las

respuestas de Sonia a las primeras preguntas la condenaron, como siempre: «¿Está casada? ¿Tiene hijos? ¿Un trabajo?»

El empleado de la embajada no tenía por qué dar explicaciones, pero lo hizo. Se mostró cordial porque era de Vermont y, al interrogar a Sonia, averiguó que ella había estudiado en el Hewitt College. Le dijo que no lo convencería de que no iba a quedarse en Estados Unidos, porque era una joven soltera y sin hijos, tenía estudios estadounidenses y no trabajaba. Al regresar a la India después de sus prácticas con Lala, Sonia se había asegurado de no volver, al menos no hasta haberse construido una vida en su país lo suficientemente sólida para convencer a un funcionario de visados de que su visita a Estados Unidos sería sólo por vacaciones. La conexión con Vermont había sido una trampa, ya que sus respuestas delataron que estaba dispuesta a convertirse en una inmigrante no deseada más. Había dicho que sí, que tenía amigos muy queridos allí, como Marie, Armando y Audrey. Había dicho que en invierno todo se volvía tan etéreo que costaba creer que uno seguía existiendo en la Tierra.

La desgracia de haber sido rechazada la dejó aturdida. Se había equivocado al creer que, con su inglés impecable y sus modales occidentalizados, sería más deseable que los demás solicitantes que acampaban ahí fuera. Sin embargo, otros que hablaban poco inglés y no tenían modales tan occidentalizados, pero eran licenciados en ingeniería, medicina, informática y ciencias químicas, estaban tramitando sus visados. Estados Unidos los necesitaba; ella, que sólo había conseguido empleo gracias a Ilan, no les servía para nada. En medio de su vergüenza, el recuerdo de Ilan volvió inevitablemente. «¿No tienes vergüenza, desvergonzada?»

En el trayecto de vuelta, Balbir Singh se compadeció de ella.

—¡Uf! —¿No era él el apuesto chófer con turbante azul marino al servicio de una familia rica y que por eso debía estar tranquilo? Se lo preguntaba—. ¡Uf! —¿Había pensado que tal vez algún día la familia enviaría a su hijo a Estados Unidos, como había enviado a Sonia? Ya no estaba tan seguro.

—Deja de decir «Uf» —espetó Sonia.

¿No era la hija de una familia que vivía según el principio de ser siempre amable con los menos afortunados? Un niño se acercó a pedir limosna en un semáforo y ella subió corriendo la ventanilla. El niño aceptó con una mirada hostil su negativa a reconocerlo como un ser humano: aplastó la cara contra el cristal y dejó que los ojos se le pusieran en blanco y le cayera un hilillo de saliva por el cristal.

—¡¿Eres un animal?! —le gritó Balbir Singh.

Sonia reescribió varias veces su correo electrónico a Sunny. No había sido sincera con él. No le había dicho quién era en realidad. Ahora las mentiras se hacían evidentes. Le estaba dando a Sunny demasiadas malas noticias, como un pariente del Tercer Mundo al que sólo puedes abandonar antes de que sus problemas perturben tu vida en el Primer Mundo. De entrada le había escrito: «La señora Sharma nos vio haciendo el amor y se lo dijo a su marido, y él vino y se lo dijo a mi padre, y luego a todo el vecindario, y ahora los vecinos escupen y murmuran "guarra" cuando paso por su lado.» Y ahora escribía con falsa despreocupación: «Parece ser que me he convertido en una extranjera no deseada.»

Sunny respondió: «Cabrones. Déjame pensar. Estoy ultimando un artículo sobre el bombardeo de Tokio. Mientras tanto, fuera hay ventisca. Los rascacielos han desaparecido en la tormenta.»

«Te echo de menos», respondió Sonia. «No soy feliz viviendo de nuevo con mi padre. Si no estoy contigo, quiero estar sola para pensar en ti. Me impaciento con todo el mundo.»

Sonia recordaba la intimidad de dos personas solas cuando nevaba. Recordaba el blanco puro sobre las cicutas, los nogales negros, los arces, el huso alado, las sombras oscuras de los árboles blancos sobre la nieve blanca. Recordaba cómo, al amanecer, se hacía visible el rastro de distintas criaturas: pequeñas y ligeras garras, huellas profundas en forma de trébol, el barrido de una cola. ¿Quién había estado allí? ¿Mofetas o mapaches, ciervos o marmotas, ratones, ardillas, conejos, osos, zorros? ¿Un glotón o un puma? ¿Un sabueso de la nieve fantasma?

¿Dónde estaba Badal Baba ahora?

42

Sunny estaba en su mesa, revisando el artículo que había escrito a propósito del aniversario del bombardeo de Tokio durante la Segunda Guerra Mundial (que incluía los recuerdos de Yoko Ono sobre cómo lo había vivido cuando era niña), cuando se sintió sacudido por la laguna en sus conocimientos. Nunca había oído hablar de esa masacre. Pensó: «Un momento. ¿Pese a los cien mil civiles que murieron el 9 de marzo de 1945, Estados Unidos siguió adelante y lanzó las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto?»

Se acordó de Dan, el veterano que había optado por quedarse permanentemente en el turno de noche en el departamento de deportes, y fue a verlo.

—No sabía nada del bombardeo de Tokio. ¿No es tan conocido, o no lo estudié porque crecí en la India?

Dan no contestó, pero su expresión mostraba lo desconsiderada que le parecía la pregunta. Sunny volvió a su escritorio y siguió trabajando hasta que Dan, bajando el puño de repente, como si se juzgara a sí mismo, soltó:

—¡Les lanzamos de todo! ¡Ellos no dejaban de avanzar y nosotros les lanzamos de todo!

Le tocaba a Sunny preguntarse cómo responder. Pensó que un hombre que había matado una vez seguramente podría volver a matar. Quería decirle que tenía motivos para estar atormentado. Quería decirle que no era culpa suya. Pensó que, si matas a inocentes, siempre es culpa tuya. Lamentó que su colega le hubiera dejado ver sus demonios.

Entonces llegó el mensaje de Sonia. A Sunny le había mortificado que la señora Sharma los hubiera visto haciendo el amor, y tampoco quería saber qué tal le había ido en la embajada de Estados Unidos. Le hacía sentir como si tuviera que ocuparse del visado de ella antes de haber obtenido el suyo. Salvarla a ella antes de haberse salvado a sí mismo. ¿Le aprobarían la solicitud para obtener la Green Card? Pero a solas en Jackson Heights la noche del sábado, frente a la típica depresión de fin de semana, la echó de menos y le escribió: «Queríamos que nuestra historia fuera sencilla.»

De vuelta en Nueva York, regresaba a un lugar donde sentía que se le había arrebatado casi todo de sí mismo. Volvió a editar y a enviar noticias por cable, a vivir a través de los periódicos y la radio, a ir al cine solo. Volvió a experimentar cambios en su percepción de la intimidad, hasta el punto de que, como Ulla, empezó a quitarse la ropa sin preocuparse de que los vecinos lo vieran. Volvió a pensar en sí mismo, pero no como un hombre en particular, ni como un indio en particular, ni como alguien en proceso de convertirse en un indio estadounidense de pleno derecho, sino como una criatura que enseguida se despojaba de su definición y empezaba a mezclar lo que antes creía que eran polos opuestos: la masculinidad y la feminidad, los recuerdos y la vida presente, la noche y el día.

Aun así, en Nueva York la vida podía ser inocente y sencilla cuando estabas solo y llevabas una existencia modesta; y si eras capaz de abarcar todos los aspectos de ésta, podías confiar en ella. Sunny recordó el reproche de Albana, la camarera. Esa sencillez era, de hecho, el lujo inimaginable de un hombre afortunado en un país de abundancia. De un recién llegado, libre de la sombra de la historia del lugar al que ha llegado, siempre y cuando no intente indagar en ella.

Sunny pidió cubrir una noticia que había entrado en la redacción a través de una llamada telefónica sobre un indigente negro llamado Eugene que dormía en la rejilla del metro frente al hotel Ottoline, en el Upper East Side. El Ottoline había adquirido la costumbre de abrir una ventana y tirarle un cubo de agua sucia encima para disuadirlo de instalarse en ese tramo de acera, que Eugene había elegido por el calor y la relativa tranquilidad. El hombre podía recostar la cabeza entre dos plantas decorativas e imaginar que estaba en otro sitio. Había abandonado el albergue de los sintecho porque había demasiado jaleo para dormir. Él mismo había telefoneado a la agencia para pedir un reportero. Una semana después, el artículo de Sunny salió y él se sintió más orgulloso de esa historia que de la del Hombre de las Uñas, pero era una pequeña noticia en el umbral de una historia que desconocía y que le asustaba abordar por miedo a tergiversarla.

Cubrió otra historia local sobre una noche en la lavandería abierta las veinticuatro horas de Jackson Heights. ¿Quién hacía la colada en mitad de la noche? Inmigrantes recién llegados que trabajaban en el metro, limpiaban hospitales, vigilaban aparcamientos, eran camareros, niñeras, taxistas, cuidadores de moribundos y recién

nacidos. Gente que trabajaba todo el día, que trabajaba de noche y de día. Sunny lamentó no hablar bien español. Puede que lo estudiara en la universidad, pero como lo había aprendido sin un propósito, había huido de su cerebro, aparentemente sin dejar rastro. Reanudó las clases en un curso de educación continua de la New School, empezando de nuevo por el principio.

¿Qué tal? ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

Soy Sunny. Mi nombre es Sunny. Me llamo Sunny.

Las primeras palabras en un nuevo idioma llevaban a uno a replantearse quién era. *¿Quién eres?* o *¿Cómo estás?* ¿*Ser* o *estar*? ¿Su estado era permanente o no? *¿Dónde vives? ¿Cómo va la noche?*

Me gustan las enchiladas, *la Coca-Cola y el chachachá.* Tampoco decías la verdad cuando aprendías un idioma; expresabas lo que podías con las palabras que tenías, y pasabas mucho tiempo en la simplicidad del parvulario, bajo la luz del presente perpetuo, tal como prescribían los budistas. ¿No era contradictorio con ser un buen periodista?

El profesor de español de Sunny era de Puerto Natales. Les señaló en un mapa dónde estaba el país con forma de serpiente de Chile, con la cola en el Atacama y la boca en los témpanos de hielo de la Antártida. Dijo que cuando la CIA advirtió que la junta de Pinochet era tan despiadada como la Gestapo, fue porque, en efecto, a veces sus miembros eran de la Gestapo; hombres que habían emigrado al caer Hitler y a los que habían reclutado para trabajar, con la connivencia de la CIA, para la dictadura militar. Cuando su padre desapareció, la familia emigró a Estados Unidos con el apoyo de un

tío del Bronx. El profesor de Sunny les puso una película del golpe militar, del último discurso de Allende antes de suicidarse.

Otro sábado, Sunny se adelantó a la depresión del fin de semana y fue al Film Forum para ver un documental sobre Hemingway que daba la sorprendente noticia de que no había sido un héroe en el frente después de todo, sino que había resultado herido mientras repartía caramelos a las tropas. Descubrió que su estilo vaquero tenía su origen en su formación como reportero en *The Kansas City Star*, que el periodismo inspiraba sus novelas, ¿o eran sus novelas las que inspiraban su trabajo periodístico? Descubrió que tenía una madre autoritaria, un padre débil; que era un mujeriego, un homosexual encubierto, un travestido, un insaciable asesino de animales y un alcohólico paranoico. Cuanto más famoso se hacía, más difícil le resultaba mantener y sobrevivir a la imagen idealizada que había creado de sí mismo, la de reportero de guerra estadounidense o cazador blanco de animales salvajes en África. Su suicidio fue inevitable. Si al menos hubiera acudido a los místicos para superar sus contradicciones... Sunny reflexionó sobre la insistencia del padre de Sonia en que lo hiciera, y se sintió impulsado a escribir un ensayo, *Leer a Hemingway en Allahabad, leer a Hemingway en Jackson Heights*, sobre su escepticismo hacia la gran prensa de un gran país. Si un país era grande y la prensa era grande, necesitaba alimentarse. Si era voraz, quería engullir una guerra. Escribió con humor sobre su esperanza de convertirse en un periodista inmigrante a la sombra del periodismo gonzo y planteó la hipótesis de que la misión secreta del periodismo en Estados Unidos

era proyectar una idea de lo que era ser estadounidense en el mundo en lugar de informar sobre el resto del mundo. ¿Destruiría eso a la nación que creaba unas historias demasiado grandes para sostenerlas, como le sucedió a Hemingway, junto con el resto del mundo que no podía permitirse el coste de mantener a los estadounidenses en esa extravagante idea de sí mismos? Porque una vez que la prensa se sumó al entusiasta redoble de la gran guerra y la hizo inevitable, llegaron millones de pequeños hombres, mujeres y niños emigrantes. Llegaron a Jackson Heights con un sueño para Estados Unidos y un odio arraigado hacia Estados Unidos. ¿Cómo podrían entonces superar tales contradicciones?

Así pues, si Sunny era periodista de la prensa occidental, ¿no estaría informando desde una perspectiva contraria a la suya? Tal vez el fallo estaba en que una persona que no es de raza blanca regrese a su mundo de origen para hablar de él a los occidentales de tez clara como si fuera ella misma una persona de raza blanca que cree en la supremacía del mundo blanco y, sirviéndose del predominio de los medios de comunicación occidentales, se dirigiera también a las personas que no son de raza blanca para hablarles de su propio mundo, pero desde esa perspectiva invertida. En el mundo al que regresa se apresuran a acceder a esas noticias (con la certeza de que son fidedignas, dados los supuestos controles de calidad y verificación de Occidente), y sólo los que entienden el inglés quizá se den cuenta de hasta qué punto están siendo encasillados en una imagen invertida y distorsionada de sí mismos que han acabado por asumir como propia. Así que un periodista como él, que tenía que hacer estos malabarismos, al final no tendría ni idea de quién era, y sus lectores no tendrían ni idea de quiénes eran.

Se atrevió a presentar ese ensayo a un concurso convocado por la organización de escritores PEN. El galardonado, que debía ser menor de treinta y cinco años y demostrar aptitudes para escribir desde una perspectiva global, recibiría una beca de viaje y se le asignaría una revista en la que publicar. Fue en ese momento —después de haber cometido lo que le parecía un acto de deslealtad hacia el país que lo había acogido y la agencia que había promovido su nacionalidad— cuando, una tarde como cualquier otra, le llegó la carta de aprobación de la Green Card. El sobre, mal metido en el buzón del vestíbulo de su edificio, cayó al linóleo desgastado y allí se quedó, junto con un montón de menús de ¡Que Rico Taco!, hasta que Mario, el conserje, lo recogió y estuvo a punto de tirarlo, pero no lo hizo. Lo vio justo a tiempo y volvió a meterlo en el buzón de Sunny. Sunny, que regresaba de Patel Brothers con un pesado saco de arroz basmati, estuvo a punto de olvidarse de comprobar su buzón, pero lo hizo, aunque sí olvidó el saco de arroz basmati al subir corriendo con el sobre. Estuvo sentado largo rato junto a la única ventana del piso con el milagroso papel en la mano, experimentando el cambio sísmico que se había producido en su destino, de la gravedad a la ligereza, y sopesando esa ligereza del ser frente a la gravedad de los acontecimientos, reflexionando, como en esas ocasiones en las que simplemente no sabes qué sentir, qué pensar, cómo comportarte, como en una circuncisión, la pérdida de la virginidad o un rito iniciático que es al mismo tiempo velatorio y celebración. Intuyó que ninguna lucha sería tan importante o real como ésa. La tarjeta de residente lo conduciría con paso firme a la nacionalidad, y viviría a una distancia mayor y más segura de la vida auténtica, de tal modo que la vida nunca volvería a ser del todo real.

Acudió a su mente la idea blasfema de que incluso la muerte de su madre ya no sería tan terrible, porque ocurriría lejos. Su pasaporte de la suerte se interpondría entre ambos. ¿Era esto lo que sentían los estadounidenses acomodados, quizá sin saberlo? ¿Que la muerte no iba con ellos, que era para los demás, porque sus vidas eran privilegiadas, como de ensueño?

Sunny, más ligero que el aire gracias a su Green Card, podía hacer lo que quisiera. ¿Qué haría? Fue a Central Park, donde se sentó en un banco junto a un hombre que se le presentó como visitante de Ciudad del Cabo y representante de un colectivo de basureros. Se alojaba en casa de un amigo mientras asistía a una conferencia de las Naciones Unidas sobre la recuperación de residuos. Para poner a prueba sus emociones con un desconocido, Sunny mencionó que acababan de comunicarle que iban a tramitar su tarjeta de residente.

—¿Dices que eres periodista? Si cambias de nacionalidad, dejarás de comprender a la mayoría de la humanidad, el bando por el que tienes que abogar.

Un brote verde y tierno cayó sobre la cabeza de Sunny, que se levantó y siguió andando. Se detuvo a comprar un perrito caliente (tal vez ésa era una forma de celebrar su nueva condición de estadounidense) y decidió no decírselo inmediatamente a Babita, ya que el logro de esa Green Card era de ella. Había sido idea suya desde antes de que él naciera. Pero ella disimularía su éxito y haría planes de trasladarse a Estados Unidos fingiendo estar obligada a hacerlo: «¿Cómo voy a dejar mi país? Pero debo hacerlo por el bien de mi hijo.» El propio Sunny habría conservado su dignidad utilizando como excusa a Ulla, si todavía estuviera con ella. «Nunca

habría dejado la India si no hubiera conocido a Ulla. Y aquí estoy ahora, a pesar mío.»

Tampoco se lo dijo a Sonia. Se guardó la noticia para sí. La puerta apenas se había abierto; si se le unían otros, Vini-Puni-Babita-Sonia, ¿no se cerraría de golpe? «No seáis dos indios, no seáis tres indios, no seáis cuatro, diez, cincuenta, un millón, mil millones.» No se lo dijo a sus vecinos, que podrían estar indocumentados y esperando en una espera sin fin. Tampoco les dijo a los estadounidenses nacidos en Estados Unidos que ahora era uno de ellos, por miedo a que se sintieran justificadamente decepcionados. «Todos somos inmigrantes, a menos que nos hayan traído aquí a la fuerza, a menos que seamos nativos», recordarían haber dicho, pero ¿cómo no sentir pavor ante cifras tan desbordantes?

Sonia escribió desde el centro de internet: «Sunny, tenemos que actuar rápido. Creo que todos van a hacer lo imposible para asegurarse de que no estemos juntos. Eso es lo que pasa. El mundo entero se alarma de que dos personas puedan ser felices y al primer signo de alegría atacan. Intentan destruir el amor antes de que sea demasiado tarde.»

Sunny reconoció la verdad de esa afirmación. La gente quiere que el amigo siga siendo el mismo amigo de siempre, que el hijo sea el mismo hijo de siempre. Temía que el amor significara deshacer una cosa para rehacerla en otra. Contaba con la falta de amor para sostener su propia existencia, hacer su propia soledad menos solitaria, su propio amor más brillante, su propia suerte más afortunada.

«Por favor, dime si esto va a acabar mal para mí», le escribió Sonia. «No quiero convertirme en una pesada insoportable.»

Sunny respondió, en su siguiente depresión de fin de semana: «No acabará mal para ti. Si no puedes conseguir un visado para Estados Unidos, veámonos en otro lugar.»

«¿Portofino?», escribió Sonia con ligereza al notar la ambivalencia de Sunny e intuir la despreocupada naturalidad de quien no tiene tantos problemas de visado.

«¿Por qué Portofino?»

«Es adonde van las estrellas de cine.»

Él percibió su sarcasmo.

«No quiero ir adonde van las estrellas de cine. ¿A Venecia? También puede ser turística, pero quiero ver lo que otros turistas quieren ver.»

Al leer a Hemingway, había empezado a interesarse por los estadounidenses en el extranjero, del mismo modo que una generación anterior de indios había estudiado a los británicos en el extranjero. Se había iniciado con Henry James. Los estadounidenses ingenuos se habían dejado seducir por Europa y perdido su inocencia ante una civilización más antigua. Al cínico Viejo Mundo le divertía y seducía el flamante Nuevo Mundo. Mientras los europeos adoraban a los vaqueros, los estadounidenses se sentían fascinados por los aristócratas. El idilio continuó, y era lo suficientemente emocionante como para evitarles tener que buscar aventuras aterradoras en el Tercer Mundo. ¿Dónde entraban los inmigrantes como Sunny en esa historia? Pronto, con un pasaporte estadounidense, sería libre de ir tanto a Europa como a Estados Unidos. ¿Jugaría él también a ser el espejo del deseo europeo? ¿Conseguiría en Europa la vida que nunca hubiera podido tener como indio, pero a la que podría optar como indio estadounidense?

Guardó el papel mágico bajo llave en una maleta y puso cara larga para no irritar a otros buscadores de fortuna. Y a Mario, el conserje que Sunny sabía que estaba ilegalmente en Estados Unidos y que lo ayudaba con sus deberes de español, le dio una gran propina sin venir a cuento.

43

Italia se perfilaba como una promesa cada vez más cautivadora, tanto que más valía no alardear y ser cauto. Sonia decidió visitar a su madre y acabar su artículo para *Kala* sobre Goa en la incómoda simplicidad de Cloud Cottage. Llovía en las montañas (el viento soplaba a ráfagas abriendo canales a través de los árboles del bosque y las hojas y las ramas brotaban desde dentro) y luego se desató un aguacero torrencial. Los cedros se convirtieron en cuervos, y olía a caracoles y cebollinos silvestres. Ya no quedaba rastro de la nieve, y eran tantas las nubes que volaban a través de la casa que resultaba a la vez trágico e hilarante ver la que había quedado atrapada en los marcos de Siegfried Barbier: los esfuerzos de un santo loco. Había cortes de electricidad, el tejado de zinc retumbaba y, como los canalones estaban oxidados, la lluvia caía en cortinas alrededor de la casa. Millones de sanguijuelas agitaban sus muñones sedientas de sangre cuando Mamá y Sonia se aventuraban a salir y las hierbas se retorcían con el movimiento de las serpientes. Obligada a quedarse en casa, Mamá le dio a Sonia el cuaderno con sus traducciones más recientes.

—He hecho un descubrimiento que estaba deseando enseñarte.

La pensión está llena de papanatas. Huyo de la señorita Moffatt, que ayer intentó enseñarme a pintar; tuvo la insolencia de presentarse en mi estudio. No entiendo la perspectiva y ella pretende enseñarme a ver correctamente. Le dije: bhago*. Anjolie le dijo: «No hagas caso a mi marido. Debería haber nacido oso.» Yo le rebatí: «Debería haber nacido nube.»*

Nunca volveré a Alemania, aunque no me hago ilusiones de que haya alguna diferencia entre los dos países en cuanto a capacidad de crueldad, violencia o engaño. En Alemania es simplemente más difícil convertirse en una nube.

Lleva un mes lloviendo, los días apenas se distinguen de las noches. Las sanguijuelas se están dando un festín conmigo. Los monjes no las matan; esperan a que acaben de atiborrarse para sacarlas fuera en una hoja.

La acuarela, agente de ligereza y transformación, es el medio que prefiero ahora, porque es afín al clima y a mi espíritu: fuerza una visión interna pura sobre el papel.

Años y años. Me vine abajo y lloré. Estoy cansado. El esfuerzo dura ya demasiado. En lugar de mejorar, retrocedo. Hoy he sentido, de repente, como si nunca hubiera cogido un pincel.

Continué. Continúo. Mi tenacidad me sorprende. Existe por sí misma, separada de mí. No se alimenta de nada. No me presta atención.

¡Ya está aquí!

Monzón, 1958 en Little Cloud, a las dos de la madrugada.

Cuando el estudio se me inundó de niebla, fuera llovía a cántaros y apenas podía ver el papel. No me veía a mí mismo. Estaba ahí sentado, envuelto en la penumbra, cuando un ánimo que iba más allá de mi voluntad se hizo con mi mano helada. Fue como si me agarrara. Sentí que se movía el pincel. Después de todos estos años preguntándome si dentro de las imágenes que se repiten, se desplazan, resuenan y sobrepasan el marco de mi vida, habría, o podría haber, un momento de culminación, mi paciencia se ha visto recompensada. Me adentré más allá de mi conciencia y algo me respondió desde más allá de la ilusión de esta existencia.

Miré hacia abajo: una sombra perfilada con joyas. Cuando acerqué el papel a la lámpara, vi que el duende no tenía rostro. Su rostro era de un negro que se convertía en blanco, de un blanco que se convertía en negro. Me eché a reír. Vi que, fuera lo que fuese, se estaba riendo de mí; el misterio se respondía con la confirmación del misterio. Se me ha dado un compañero.

Salí, la lluvia había dado un descanso y las nubes se abrieron, me incliné ante la luna. Por un instante, las nubes sobre la luna formaron la cara de mi duende. Lo llamaré

Badal Baba, Ermitaño de las Nubes. He metido a mi bromista impredecible en un gau *tibetano que ha viajado durante varios siglos, que conoce el clima y los pasos secretos de las montañas.*

El leopardo bajó de la cima de la montaña para mirar por la ventana. Ojos verdes veteados de rojo. Me traspasó con la mirada. Había venido a ver a Badal Baba, que puede adoptar cualquier forma, incluida la de un leopardo. Me dirijo a mi compañero por muchos nombres: Señor de las Nubes, Guardián de la Montaña, Rey de las Tierras Baldías, Compañero de los Malditos, Bagheera Baba, Bhoot Bibi. Aunque Badal Baba adopte la forma de un mendigo, es vanidoso y disfruta tanto como cualquier deidad digna de serlo cuando lo halagan con estos superlativos.

—Pero ¿qué significa esto?

Sonia sintió pánico. La lluvia aumentó el tamborileo sobre el tejado de zinc.

—Así me he enterado de que fue tu abuelo quien pintó a Badal Baba —respondió Mamá.

—Pensaba que se lo había dado un lama como amuleto en sus viajes.

—Ésa es la historia que nos contó mi madre. Mi padre nunca la contradijo. Tal vez le habían dado una caja de amuletos vacía. Tal vez el monje predijo la llegada de Badal Baba y lanzó un hechizo. En cualquier caso, esos viejos buscadores eran vagos a propósito. Incluso cuando había una explicación totalmente vulgar, inventaban

el misterio. Y cuando algo era inexplicable, lo presentaban como obvio. A Meher y a mí nos sacaba de quicio.

Sonia aún no había confesado que había perdido el amuleto. Había mentido. Tendría que volver a Nueva York para recuperarlo. Pero ¿cómo iba a hacerlo si no conseguía un visado? En lugar de eso iba a ir a Italia. En su necesidad de confesar algo, lo que fuera, Sonia le dijo a su madre que iba a reunirse con Sunny en Venecia. Fingió que todo era normal. Mamá contempló a su hija.

—¿Quién es Sunny?

—El nieto del coronel de Allahabad con el que Dadaji solía jugar al ajedrez. Lo conocí en el funeral de Dadaji. Luego, cuando estuve en Goa, me lo encontré por casualidad con su amigo.

Mamá hizo una mueca.

—Es fácil tomar decisiones equivocadas cuando eres joven y aún no has elegido la vida y la carrera que quieres. Puedes ponerte sin querer en un lugar pequeño: imagínate atrapada en la cultura de Allahabad.

—¿Por qué no un lugar más solitario? —desafió ella a su madre.

—Hay cosas peores que la soledad.

La soledad podía significar paz duradera. Podía significar comprender tu felicidad en retrospectiva, cuando por casualidad exclamas en voz alta, sorprendiéndote a ti mismo sin razón aparente: «¡Soy feliz!»

—Ya estoy atrapada en un lugar pequeño —replicó Sonia—. No puedo quedarme con Papá para siempre.

Mamá se ablandó.

—Bueno, es cierto que hay que viajar cuando se es joven, cuando viajar puede cambiar la vida. Verás maravillas.

—¿Nunca has querido ir a Alemania? —se atrevió a preguntar Sonia.

—No. Mi padre se empeñó en hacernos sentir indios. Habría sido una traición ir.

—¿Nunca hablaba de ella?

—Casi nunca. Después de su muerte encontramos en el cajón de su mesilla de noche una carta sin abrir. Era de un primo lejano. Él debía de saber lo que ponía: su madre había muerto de causas naturales, no tenía hermanos, y a sus primos y tíos varones los había reclutado el ejército.

Mamá echó sal a una sanguijuela que se arrastraba hacia ellas y recordó cómo su padre se internaba por Garhwal y Kumaon esperando ver un leopardo de las nieves, con la satisfacción que tendría el leopardo de no poder distinguirse del paisaje, ni siquiera de sí mismo, a menos que alcanzara a ver su nariz color mora, y con el deseo de que ese leopardo salvaje mirara a través de él y lo convirtiera en nada.

44

Sonia estaba sentada ante el enorme escritorio de teca de su abuelo, rodeada de la presencia esotérica de sus cuadros del remoto Himalaya, portales a un mundo donde la preocupación humana no tiene cabida. La gente podía amar las altas montañas nevadas, pero las montañas no correspondían a ese amor. Y si para ellas el amor era un asunto insignificante, igual sucedía con el odio y el miedo. No ser amado ni odiado, saberse insignificante, irrelevante, debía de ser un alivio. Un hombre podía recuperar el equilibrio ante la inmensa indiferencia.

El artículo que Sonia había escrito sobre Goa tenía un tono serio y reflexivo: su antiguo orden estaba siendo desplazado por uno nuevo.

Escribió sobre mujeres que se aferraban valientemente a su pasado. Presentó a Anand, el enemigo de las bolsas de plástico, denunciando la cantidad de impuestos que había pagado un hombre corriente hasta la reforma agraria. Y se refirió a la brutal inquisición llevada a cabo en Goa y a la alta tasa de suicidios registrada en el estado. Describió ese camino abierto entre los manglares por el que bajaban sin cesar camiones procedentes de las minas que volcaban montañas rojas en las barcazas que día y noche transportaban minerales hasta los barcos que esperaban para zarpar rumbo a China. Aunque el petróleo derramado en los pantanos ahogaba la

vida que intentaba asomar tímidamente, de vez en cuando aún flotaba en el agua el olor a melón como un recuerdo del pasado.

La emoción contraria se apoderó de ella mientras describía la luz filtrada de los cocoteros y la yuxtaposición de pomposos retratos de virreyes barbudos con pantalones y jubones negros frente al esplendor de los árboles de lluvia centenarios cubiertos de flores rosadas que parecían pompones. Tanto amaba aquel lugar que le invadió la misma desazón que cuando leía un libro que le gustaba demasiado y se acercaba al final... ¿de qué? Era consciente de que intentaba pintar un cuadro con palabras. Sentía sus recuerdos (el oro rosado, el verde azulado marino, el rosa nupcial) como un eco.

Levantó la vista del escritorio y, al mirar la fotografía colgada delante, en la que se veía a su madre y su tía Meher tomando el té con la tetera Rosenthal, distinguió en la oscuridad de los cedros una forma animal en la que nunca había reparado: encorvada como una hiena, flaca, camuflada en la negrura, con los ojos brillando en las sombras como luciérnagas en la selva.

Llamó a Mamá para enseñársela.

—Qué raro, yo tampoco me había fijado nunca. Debía de haber alguna criatura escondida en el bosque. Mi padre decía que siempre tenía la sensación de que lo seguían, que nunca caminaba solo, en esas expediciones de un mes. Mientras él acechaba al leopardo de las nieves, el escurridizo animal lo acechaba a él. Cuando los aldeanos le decían que el yeti había bajado de los pasos más altos para pasar el invierno y él iba a buscarlo, el Hombre Mono lo seguía.

De hecho, los ojos de la fotografía le resultaban familiares. Tal vez eran los de un antepasado del *bagarbilla* salvaje, el hermanastro de *Babayaga* que llegaba maullando, aunque nunca se sabía cuándo

(eso era parte de la amenaza), para demostrarles quién era el dueño de esa casa de dos mujeres y un raquítico Moolchand. Al oírlo, *Babayaga*, la impenitente asesina de ratones, pájaros y serpientes, se agachaba.

O tal vez los ojos pertenecían a uno de los antepasados de los robustos mastines de las colinas, que iban tras las mujeres que menstruaban, con los penes erectos y goteantes y sonrisas bobaliconas, para intentar frotarse en sus piernas y luego pasar de las sonrisas a agredirse con saña unos a otros. Los mismos que, cuando Sonia volvía del mercado con un pollo, la seguían, le gruñían y se acercaban más. Mamá, que conocía los peligros, le llenaba la bolsa del mercado con piedras para que los amenazara. Antes de llegar a Cloud Cottage, ella ya había gastado toda su munición.

Y Sonia recordó al perro fantasma de la playa de Goa, el que la había seguido, gruñendo, moviendo la cola, viéndola sin verla, no como a Sonia sino como a una presa. Se había desvanecido en la arena, y eso no podía ser verdad. Era imposible que se hubiera transportado a sí mismo hasta Cloud Cottage. Recordó que ése era el truco de Ilan: la persona cuerda descartaba lo que en realidad era cierto.

Cuando Sonia subió al desván y hurgó entre los trastos, encontró la foto de boda de los abuelos de Mamá en el álbum que guardaba junto a la piel de zorro del abuelo. En ella se veía a la *tante* Lily de cara larga y al borracho *onkel* Fritz, una *oma* corpulenta, una *mutter* joven y esbelta, y un *vater* aterrador cubierto de medallas militares.

Pensó que ésos eran los ojos que se veían en la oscuridad de los cedros, los ojos de los fantasmas que los habían seguido a través del mundo. El viaje había sido largo; acababan de llegar.

UNDÉCIMA PARTE

La comezón

45

Mientras su hija estuvo fuera visitando a su madre, Papá se sentía angustiado. Quería tener un papel más gratificante en la vida de su hija, grabarse de una manera tan indeleble que ella nunca pudiera escapar a su control y abandonarlo como había hecho su esposa. Sentía una comezón que su trabajo no lograba calmar. Había propuesto contratar a un equipo de expertos para crear un programa de procesamiento de textos en hindi, pero los empleados reclutados, con su formación, fueron a su vez contratados por Silicon Valley, y se marcharon tan rápido que aquello pareció una sangría.

La comezón persistió y Papá se peleó con un nieto de la familia Gupta llamado Atul que había hecho el viaje a la inversa y regresaba ahora tras licenciarse en la Rutgers Business School porque creía que en la India se haría rico con el negocio familiar. Informó a sus mayores de que era esencial adaptarse a las normas internacionales de gestión si querían sobrevivir a la modernidad. Hacer negocios a nivel mundial pasaba por adoptar un vocabulario diferente al de una extensa familia india que aceptaba las excentricidades, peregrinaciones, rabietas y digestiones de cada miembro. Había que analizar y racionalizar las diversas empresas del clan Gupta y deshacerse de las que no eran rentables. Atul Gupta había identificado a Papá como un impedimento: un promotor de planes

peculiares y dispares concebidos con el único propósito de viajar en vacaciones. Hizo circular un memorando en el que ridiculizaba la propuesta de Papá de realizar un viaje de negocios a Tokio para averiguar si los inodoros con música de Japón encontrarían un mercado en la India.

Pero ésta no era la única razón de la hostilidad del nieto hacia Papá. Junto con sus ideas expansivas sobre los negocios internacionales, Atul Gupta había regresado con una perspectiva limitada de su tierra natal, influida por un profesor cuyo acceso a una cátedra recién creada de estudios sobre la India se había visto impulsado por un grupo de profesionales de origen indio radicados en Nueva Jersey. En Estados Unidos, este grupo creía en los derechos de las minorías y en una nación secular que tolerara a las personas como ellos, pero en la India impulsaron el proyecto de una nación hindú porque (ja, ja) ¡allí sus familias eran mayoría! ¿No son de lo más inteligentes los indios? Cuando Atul Gupta se enteró por un empleado cotilla de que el 6 de diciembre de 1992 Papá había tirado a la basura los dulces con los que el personal celebraba la destrucción de la mezquita de Babri al grito de «¡Los británicos han ganado!», irrumpió en su despacho sin llamar.

—¿No puedes poner algo de arte indio en la pared? —espetó—. Deberías sentirte orgulloso de lo que eres.

—Ya hay arte indio —replicó Papá—. ¿No lo ves?

Había decorado su despacho con reproducciones en miniatura de pinturas mogoles que representaban a ermitaños y buscadores de ninguna religión en particular y una del emperador Akbar adorando al sol. Después de todo, ¿por qué un rey musulmán no iba a considerar sagrado el sol y detenerse a recibirlo en su cuidado jardín

de la misma manera que un *sadhu* en los *ghats* de Benarés o un gato anciano de barbilla blanca que espera en el pico de una montaña húmeda tras una fría noche en un bosque de cedros?

Al día siguiente, la placa que señalaba a Papá como director general ya no estaba y los cuadros habían desaparecido de la pared de la oficina; en su lugar había un póster del panteón hindú en colores llamativos y estridentes. Cuando Papá fue a informar de los robos a su jefe, el hombre amable y vago (que había aplaudido alegremente al oír hablar de los inodoros japoneses que cantaban como zorzales en primavera) pareció abatido.

—La generación joven tiene otra mentalidad. Mi consejo es que empiece a buscar empleo en otra parte antes de...

—¿Antes de qué?

—No sé cuánto tiempo más podré seguir protegiéndolo.

Papá recibió una llamada anónima.

—Vete a Pakistán o tu mujer encontrará tu cadáver —lo amenazaron.

—¿Sabes lo contenta que se pondría? —contestó Papá. Pero él no sabía si reír o llorar...

O aliviar un poco la comezón.

En casa subió el volumen para escuchar a Nusrat Fateh Ali Khan, su invocación a Alá, que se prolongaba, larga y extática (esa música sólo llega a todo volumen), y aunque se congratuló de que no hubiera ninguna esposa cerca para pedirle que lo bajara para no dañar los oídos del perro del vecino, la comezón continuó.

Tensó la mandíbula e hizo rechinar los dientes, y recordó a Sunny colándose en la casa sin presentar sus respetos al cabeza de familia ni solicitarle formalmente el placer de ver a su hija, evitando así

volver a sucumbir a sus cavilaciones: «Verás, Sunny, como decía Ibn Arabi, la belleza es la fuerza que mueve el universo.» La belleza conducía a los celos. ¿Eran los celos la fuerza más poderosa? Papá continuaba sin saber qué había visto la señora Sharma desde su azotea: la comezón seguía y seguía. Telefoneó a Babita Bhatia.

—Mire, Sonia ha estado sufriendo las consecuencias del mal comportamiento de su hijo, ¡se portó mal con ella!, y ahora anda por ahí como si nada.

—¿Qué quiere decir?

Y Babita, con su ron con *nimbu* de la tarde, escuchando a un grillo frotarse la pata contra el naranjo chino, se enteró de que su reconciliación con Sunny, las críticas de éste a Sonia para lograr tal reconciliación (¡Sonia se había llevado su Disprin!, ¡había puesto en peligro su ojo con un hongo del océano!) no habían sido más que otra falsedad insidiosa. La verdad era que Sonia había usurpado su lugar en el corazón de su hijo. Sunny se había escapado a la hora de la siesta para verla. La señora Sharma había subido inocentemente a la azotea (menos mal que no se había llevado con ella a su hijita) y había visto... ¿qué?

La mesa estaba puesta en el comedor formal, y, para curar la comezón, Chandu sirvió una vichyssoise fría, de un verdoso pálido y tranquilizador, sacada de *El libro de la señora Beeton sobre la administración del hogar*.

—Su hijo, el señor Sunny Bhatia, hará bien en decidirse. Mire las consecuencias para Sonia. Los vecinos le escupen.

—Sonia es igual de culpable.

—El hombre siempre tiene ventaja en nuestro país. Y la ventaja conlleva responsabilidad. Él vive en Nueva York. Para él son unas vacaciones, pero para Sonia es su vida.

—¿Qué es esto? *¿Raita?*

—Sopa.

Chandu sirvió un segundo plato de *idli* y *sambhar*.

—¿Otra sopa?

—Es *sambhar*.

—Es más sopa.

—Es *sambhar*. No voy a permitir que Sonia se quede esperando.

—No tiene por qué esperar, del mismo modo que Sunny no tiene por qué sentirse presionado a decidir. No soy quisquillosa con la comida, pero deme tostadas con queso y ensalada, ¡no puedo con tanta sopa!

—Más vale que ya se haya decidido, en un sentido u otro, cuando se encuentren en Italia.

¿Italia? Babita hizo un esfuerzo heroico por controlarse y fingir que ya lo sabía. Examinó un tenedor como si no estuviera bien lavado.

—No voy a dar un ultimátum.

Papá le había transmitido la comezón y ahora Babita no podía dejar de pensar en Sonia. No podía dejar de pensar en Sonia y Sunny en Italia. No podía dejar de pensar en Europa. No podía dejar de pensar en Occidente. Una vez más. Recordó el palacio de Buckingham y al conductor del autobús: «¡Ladrones! ¡Ladrones! *Chori, chori!*» Le habían quitado algo y quería recuperarlo. Se había cometido una injusticia con ella, y ahora sólo quería que (fuera lo que fuera) se hiciera justicia.

Sacó sus papeles del banco y estudió los menguantes rendimientos de la cartera de inversiones. No podía volver a viajar a Nueva York. ¿Por qué había sido tan imprudente yendo el año anterior? Ahora era aún más necesario intervenir en la vida de Sunny. Maldijo a los tíos Ravi-Rana, a su marido Ratty: «¡Después de todo, NO te habría querido!»

Se envenenó con su propia rabia amarga.

Entonces abrió la revista *Kala* ¡y ahí estaba Sonia! Firmaba un emotivo artículo sobre Goa, donde había pasado las vacaciones con Sunny. Sobre mujeres, frágiles como tazas de té de Macao, que aún hablaban un portugués formal y vivían en mansiones donde las puertas del salón daban a los deltas de los ríos. Leyó sobre el convento en la selva de palmeras que había sido abandonado durante la peste negra. Antes de eso habían vivido allí más de cien monjas, mujeres de buena cuna llegadas de todas las colonias portuguesas con sus esclavos. Las tardes eran tan largas, y el aburrimiento tan grande, que habían ejercitado la paciencia necesaria para inventar el *bebinca*. Ella nunca había probado uno de esos pudines de varias capas.

¿No creaban los celos la trama de la vida? Si Sunny y Sonia habían disfrutado en Goa, ¿por qué no iba ella también? Al fin y al cabo, había sido ella quien había sugerido ese lugar. Tenía que calmar la comezón. Llamó a su amiga Vanya.

—Ven —le dijo—. Me vendría bien tener compañía. Echo de menos a ese hombre.

—¿Qué hombre?

—A Cecil, mi marido..., el que murió.

No había razón para posponerlo. Babita dio instrucciones a Vini-Puni, que iban a quedarse solas, aunque su madre iría a limpiar, como de costumbre.

Babita las había oído pelear hacía poco.

—¿Qué está pasando?

Le llegaban los gritos de la cocina y ella les hizo frente.

—Tía, Vinita ha estado lavando la camisa del chófer de los Habib con nuestro jabón —había soltado Punita—, secándola en nuestro tendedero y planchándola con nuestra plancha.

—¿Te refieres al conductor de Allahabad?

—Vinita guarda su camisa de repuesto.

Resultó que el chófer le había pedido a Vinita que le guardara una segunda camisa porque a veces estaba tan empapado en sudor que, incluso a primera hora de la mañana, necesitaba cambiarse. Ella lavaba y planchaba esa camisa sudada y la colgaba en una percha detrás de la puerta de las dependencias del servicio para que no se arrugara.

Punita había observado que ahora el día de su hermana se reducía a una comezón de impaciente espera por el chófer y que estaba tensa y callada hasta que lo veía e intercambiaba unas palabras con él. Después hablaba demasiado, se reía demasiado y estaba sorprendentemente amable. Puni también había observado que cuando el chófer decía: «El azul te sienta bien», Vini se vestía de azul. Cuando él le decía que los estampados no le quedaban bien, ella dejaba de llevarlos. Poco a poco, todo en su vida estaba dando un vuelco y convirtiéndose en lo contrario de lo que había sido. Punita se había preguntado: «¿No puede el chófer guardar su propia

camisa? ¿Por qué la criada de los Habib no puede lavarla y guardársela?»

—No se lleva bien con la criada.

—¿Y si la tía se entera? ¡Está casado!

Cuando Punita amenazó con delatar a Vinita, ésta la amenazó con que sería el fin de su elegante educación. A las dos las mandarían de vuelta a Begumpur. La comezón y las esperanzas de Vini (y su miedo a que sus ilusiones se desvanecieran) se trasladaron a Punita.

Babita miró sus caras ansiosas y le dijo a Vinita:

—Mientras yo esté en Goa, no harás ojitos al chófer de los Habib, ni le lavarás y guardarás la camisa. Punto final. ¿Lo has entendido? ¡No habrá idilios en esta casa!

46

Con ánimo de venganza (una madre enamorada de su hijo es muy capaz de vengarse de él), Babita viajó a Goa, donde el chófer de Vanya, Falcon, la esperaba en el aeropuerto con un cartel escrito por ella: «¡BIENVENIDA, SEÑORA BABITA BHATIA!»

—Ése es el río Zuari —señaló Falcon mientras conducía—. Allí, al lado de la carretera, venden *feni*, que es muy bueno para la salud. Y ahora estamos llegando al río Mandovi. Mire, un hombre plantó ese aguacatero y en temporada vende aguacates. A los extranjeros les gustan.

Babita empezaba a sacudirse el malestar de Delhi cuando llegaron a la parada del transbordador de Ribandar, donde la orilla del río bullía de cangrejos y peces anfibios que saltaban en el fango. Mientras observaba cómo el transbordador azul celeste, adornado con salvavidas naranjas, recorría lentamente la extensión marrón y soñolienta del río revolviendo el agua salada, se sorprendió de la precisión con que Sonia había descrito ese paisaje: tan simple y listo para ser devorado, como cuando llegaron los portugueses por primera vez. Tardaron una eternidad en cruzarlo, navegando con la misma parsimonia con que lo habrían hecho cien años atrás. Ella no sabía muy bien si avanzaban o retrocedían, y cuando llegaron a

Divar le pareció que había estado meditando sin siquiera proponérselo.

Falcon señaló un árbol de mango.

—Ya no hay muchos de ese tipo en el pueblo, sólo dos *mankurad*. Marzo es tiempo de anacardos; abril y mayo, de mangos; a principios del monzón, de jaca. También hay *chikoos*; los murciélagos se los comen y luego dejan sus excrementos en todos los porches. En la temporada del *jamun* las deposiciones son moradas.

Subieron una loma y bajaron por el otro lado, donde había un estanque de ranas exultantes. Allí los esperaba Vanya en su *balcão*, con un *lungi* a cuadros, fumando un cigarrillo y echando la ceniza en un cenicero portátil chino con motivos de flores de cerezo que se abría de golpe. De mediana edad, con el pelo corto salpicado de hebras plateadas y los dedos cargados de anillos de coral y nácar, Vanya era sexy.

—Nos hemos retrasado porque tu chófer se ha detenido para enseñarme todos los árboles frutales del camino. Nunca he conocido a nadie obsesionado con algo de forma tan encantadora.

—Falcon sigue la evolución de todos los árboles frutales de la isla.

Vanya le enseñó los alrededores mientras aún había luz. El atardecer sobre la tierra roja era de un dorado cobrizo. Su amiga había enterrado a su marido, Cecil, detrás de las papayas.

—¿En qué estabas pensando, Vanya? —Babita habló en el tono franco de una viuda de muchos años a una viuda reciente—. Ahora nunca podrás irte, y nadie comprará esta propiedad. Imagino que aquí la gente es tan supersticiosa con los fantasmas como en cualquier otro lugar.

—Mucho más.

—¿Entonces?

—No tengo planes de irme. Después de mi muerte, pasará lo que tenga que pasar.

Con las sombras de los árboles frutales y las palmeras deslizándose sobre las paredes, los descensos en picado y chillidos de los murciélagos más allá (primero los pequeños y delicados y luego los zorros voladores) y la luna trepando por el frontón, cenaron croquetas de gambas bajo lámparas de cableado fino y antiguo, con el metal corroído por el aire salino y las bombillas aflojadas por la brisa marina parpadeando con suavidad. Una calma cálida las envolvía.

—Mira qué paz tan divina —exclamó Babita en tono acusador, porque estaba celosa de esa paz aun a sabiendas de que estar celosa de la paz destruía la paz.

—A veces es aburrimiento, otras es soledad, pero a veces es paz —respondió Vanya.

Babita estaba en el dormitorio que le habían asignado, cepillándose el pelo frente al espejo del tocador en el que apenas podía verse, abrumada por el reflejo de las baldosas rojas y los muebles oscuros, cuando oyó a Vanya decir con toda claridad, a pesar de que la puerta estaba cerrada:

—¿Qué te han parecido las croquetas de gambas?

Dio un brinco. El sonido le llegaba justo por encima de la nariz. Miró hacia arriba y vio un falso techo de celosía por el que salía el calor de la tarde y entraba el aire fresco de la noche a través de las tejas del fondo. Eso significaba que podía oírse todo lo que ocurría

en cada habitación, y que en la casa, por muy grande que fuera, había tanta privacidad como en una casa de vecinos.

—Riquísimas —respondió—. No sé cómo estaban tan crujientes por fuera y suaves por dentro.

Un domingo, tras cruzar de nuevo el Mandovi y llegar casi hasta Quepem, visitaron a Umberto, un amigo de Vanya, en la Casa das Conchas, llamada así por las dos enormes caracolas esculpidas que había en la entrada y las conchas de ostra que adornaban las magníficas contraventanas. Babita recordaba que la casa había aparecido en el artículo sobre Goa que había publicado Sonia en *Kala*.

Umberto era italiano y gay, y su amistad hacía que las viudas de Goa se sintieran instantáneamente cosmopolitas. Si acompañaba a una de ellas a un acto en el centro cultural de la colina del Altinho, otra sentía envidia y lo llamaba por teléfono para pedirle su receta de tiramisú; y otra más sentía celos y le consultaba en qué barrio debía alojarse su sobrina durante su estancia en Roma: ¿a este o al otro lado del Tíber? Vestido con una *kurta* almidonada (tejida en el rojo de la cáscara del coco, el caqui de debajo de un baniano y el púrpura de los monstruos marinos que las mareas monzónicas sacaban de las profundidades y arrojaban a la playa) Umberto le ofreció a Babita una soda Campari. «Veréis, cuando tenía cincuenta y seis años sufrí un derrame cerebral que afectó a mi vida sexual. Lo que nunca imaginé fue que sería un regalo. Me liberó. Viajé por todo el mundo. Vi la representación de *Madama Butterfly* en la Gran Muralla. Tomé el ferrocarril transiberiano y recorrí los fiordos noruegos en un barco correo. Fui en coche de Irán a Afganistán y de allí a la India. ¡Al llegar aquí me enamoré de este paisaje, de esta

gente! Compré la Casa das Conchas al último descendiente de un comerciante cuyos barcos, el *Husnara*, el *Paloma* y el *Nagini*, comerciaban entre Goa y Zanzíbar. Era una ruina, pero poco a poco fui restaurándola.» En la carpintería con motivos de estrellas se apreciaba la influencia árabe procedente de Zanzíbar.

—Umberto debe de ser muy rico —chismorreó Babita en el trayecto de vuelta.

—Es el único heredero de una gran fortuna. Por mucho que lleve una vida desenfrenada, cuando vuelve a su país todo es sobrio y católico: una madre en un *palazzo* de Milán, una criada con delantal manteniendo el orden. Umberto dice que quizá algún día tenga que dejar Goa para acompañar a su madre postrada en cama.

—¿Cómo es posible que aquí todos estéis tan bien? —le reprochó Babita—. ¿Por qué no vivo yo también en una gran mansión en Goa?

Aquella noche, a través del techo de celosía, Babita oyó a Vanya murmurar: «Aunque engullera el mundo entero, Babita Bhatia seguiría teniendo hambre.»

Se enfadó. Cogió de su mesita de noche una revista, ¡y era la misma *Kala* del artículo de Sonia sobre Goa! Incluso en Goa, Babita anhelaba Goa.

47

¡Su estúpido hijo! La postal de Sunny estaba esperándola cuando Babita regresó a Delhi. Se la había enviado antes de partir de vacaciones a Italia, y en ella admitía que pasaría diez días en Venecia, aunque no mencionaba a Sonia. ¿Cómo podía pensar que ella no lo sabía?

De vuelta en los Jardines Lodhi, triste por haber regresado, Babita hacía su ronda habitual por las tumbas, aunque nunca se atrevía a acercarse a ellas por miedo a encontrarse con murciélagos, drogadictos o chicos masturbándose, algo bastante común por allí. Estaba dándole vueltas a cuándo usar esa información para que le resultara útil cuando reconoció la figura del señor Khanna, el antiguo jefe de su marido, caminando a paso rápido delante de ella, y se preguntó cuántos de su clase se veían obligados a ser fraudulentos para que sus hijos pudieran seguir siendo inocentes en el extranjero, y vociferar con aire de superioridad moral sobre el tema de la corrupción. Eran los padres quienes debían pagar el precio de la honradez económica de sus hijos. En épocas de tensión era inevitable empezar a pensar que tu hijo era un idiota que no sería capaz de manejar las cosas, hasta que te dejabas arrastrar en la dirección contraria por el orgullo que te inspiraba su ingenua honorabilidad, el deseo de compartir sus vidas sin sombras en países

ricos donde era normal criticar la corrupción del Tercer Mundo, pasando por alto la corrupción generalizada del Primer Mundo, ante el cual todos somos hormigas intentando obtener una visión imposible de un elefante.

Babita no podía contar con Sunny en la vejez. En cuanto los hijos obtenían la nacionalidad estadounidense, dejaban claro a sus padres que no debían esperar que ellos los cuidaran a la antigua usanza india. ¿Por qué? Esos tiempos anticuados habían pasado. No se podía esperar que los hijos comprometieran su vida para cuidar de madres y padres seniles. ¿Y quién los había animado a albergar tales ideas? ¿Quién los había enviado al extranjero, donde se habían vuelto crueles e hipócritas?

¡Sus padres! Sus padres, que se mostraban de acuerdo con sus hijos en voz alta, pero no en secreto.

Babita se detuvo en la tienda Pigpo de camino a casa; a su lado, como para burlarse de ella, vio en el escaparate del Bookworm un volumen gigante de *La bella Italia*. Entró y se peleó con el libro hasta que encontró el capítulo sobre Venecia, y se topó con imágenes de telas diseñadas por Fortuny. Se imaginó a sí misma en la fotografía del Puente de la Academia sobre el Gran Canal, contemplando la laguna con su *ikat* de seda azul turquesa que reproducía las ondas del agua. ¡Cómo apreciarían los venecianos su colección de saris!

Recordó su viaje a Escandinavia, en el que recibió varios elogios por su elegancia en el vestir. Al regresar a Delhi, no había denunciado ningún incidente racista por parte de los blancos, sólo de los de color, fiel a su lema secreto: si denunciabas o percibías racismo en los blancos, te rebajabas; en cambio, si decías que te

querían y te acogían, te elevabas. Ser feliz en Europa, admirar Europa, sentirse en casa en Europa, hacer un amigo en Europa, todo ello eran actos deliberados de liberación.

Se jactó ante el librero que la observaba, el señor Singh.

—Mi hijo está en Italia ahora mismo.

—¿Por qué no la ha llevado con él, entonces?

—Me lo ofreció, pero los jóvenes deben divertirse sin llevar a sus madres a cuestas.

Le picaron las axilas. Pese a no haber estado nunca en Italia, Babita deseaba vivir allí. Deseaba ser una mujer que empezaba una nueva vida, que tomaba el camino más aventurero. Dejó de lado el libro. Era demasiado caro y habría sido una compra tonta.

A la mañana siguiente, a una hora temprana, se empolvó la cara, se perfiló los ojos y se vistió de un color berenjena que tiraba a marrón oscuro. Salió de su parte de la casa dividida y se dirigió a la puerta contigua; cuando el tío Ravi le abrió, ella dijo con voz de ultratumba: «¡De acuerdo! ¡De acuerdo!» Era necesario un cambio drástico si quería seguir siendo la misma de siempre. Si renunciaba a su demanda judicial y aceptaba un tercio de los ingresos que obtuvieran con la venta de la propiedad junto con las hueveras, perdería su casa, pero podría adquirir otra en un lugar más salubre. Si se reunía con Sunny en Estados Unidos, tendría dinero esperándola. Pero ¿por qué contarle todo eso a Sunny ahora? Ya lo haría cuando se realizara la venta...

El tío Ravi se apresuró a telefonear al tío Rana.

—¡Noticias! ¡Noticias!

El tío Rana salió por la puerta de su casa, a la vuelta de la esquina de la del tío Ravi.

—Vaya, vaya —dijo con el tono triunfante de quien ha conseguido algo.

Babita se preguntó si todo aquello, el excremento fuera de la cocina, el juicio eternamente pospuesto, las hueveras retenidas, formaban parte de un plan orquestado.

—¡Vaya, vaya! ¡La reina se rinde! —El tío Rana se hurgó con la uña entre los dientes para sacarse algo de comida, haciéndole saber a Babita que estaba siendo lo más grosero posible en el momento de su derrota—. Vaya, vaya.

Y lanzó al aire un trozo de carne de cabra de la noche anterior.

Ella se contuvo de abofetearlo y se preguntó dónde habría estado la víspera. Tenía el aspecto de un hombre que acechaba y estaba carnalmente satisfecho. Se le notaba en su cuerpo desparramado, en la fogosa dilatación de sus fosas nasales, en la hinchazón de sus labios, en los rubicundos forúnculos de su cara, en los mechones de vello del pecho que asomaban por el cuello de su suéter.

—¡Vaya, vaya! —Al tío Rana se le acababa el tiempo—. Permíteme el cumplido, Babi bhabhi, como alguien que ha sido tu adversario durante mucho tiempo. —Sonrió con suficiencia—. Sé que eres una mujer astuta. Y, a menos que vendamos por un tercio, los otros dos tercios los recibiremos en negro. Nadie tiene suficiente dinero limpio. Obtendremos el valor oficial, no el real. No podemos ser necios.

Babita no tenía intención de serlo.

—Dame información práctica —respondió—. No puedo estar escondiendo maletas con dinero metálico y oro debajo de la cama.

—La suma legalmente registrada se pagará con un cheque. El resto de tu parte aparecerá en la cuenta bancaria de Sunny en Estados Unidos.

—¿Cómo?

—Por el sistema *hawala*, una red que opera desde Dubái.

—¿Cómo funciona?

—Es imposible saberlo. Nadie lo sabe.

—¿Y si no aparece?

—Es más fiable que un banco. Con que incumpla una vez, todo el sistema basado en la confianza, en un apretón de manos, se va al garete. ¿Cómo crees que envío dinero a Chiki-Chika en Auckland?

Los países que permitían inmigrar a quienes eran lo bastante ricos para pagar recibían a delincuentes de todo el mundo. Lo que llevaba a preguntarse: ¿por qué debíamos considerar Nueva Zelanda o Canadá como países limpios, mientras que a la policía, los funcionarios y los matones de los países que se habían quedado atrás (como la India, China, Brasil) se los tachaba de sucios por aceptar sobornos para olvidar que habían visto lo que habían visto, oído lo que habían oído y olido lo que habían olido?

—¿Y si sale a relucir años después que he aceptado dinero negro y eso me causa problemas? —le preguntó Babita.

—No hay venta en Delhi que no sea en dinero negro —le aseguró el tío Ravi. Aunque no tenía deudores amenazantes, a él también se le acababa el tiempo. Padecía de asma. Deseaba vivir en un lugar donde pudiera respirar—. En todo caso, ya sabes cómo pensamos los indios. «¡Oh, qué inteligente es, ha amasado una fortuna! ¡Hagámosla primera ministra!»

Al salir del jardín del tío Ravi, Babita se fijó en su jardinero, que estaba agachado arrancando hierbas de los parterres. Probablemente ahora contaría al resto de los criados la conversación

que había oído por casualidad, entre ellos a Vini-Puni, que empezarían a graznar: «¿Qué será de nosotras?»

Sí, ¿qué iba a ser de ellas?

DUODÉCIMA PARTE

¿Italia es real?

48

El avión descendió sobre la laguna y Sonia se sumergió por un instante en un turquesa transparente salpicado de afloraciones de algas color burdeos y juncos barbudos como nidos de aves de marisma. Tomó el *vaporetto* de Alilaguna (el agua que surcaba se mezclaba con la estela que dejaban otros barcos) y vio aproximarse las chimeneas de Venecia. De pronto vio una escena frente a ella y al mismo tiempo a lo lejos, pues era demasiado increíble para sentirla cerca aunque la tuviera delante. Intentó no mirar las cúpulas del este ni los campaniles del oeste. Se reservó esas vistas para contemplarlas con Sunny, que llegaría en otro vuelo varias horas más tarde. Se bajó en la parada de Ca' Rezzonico, junto al hotel Bauer, enfiló por un callejón apenas lo bastante ancho para llevar una maleta, giró a la izquierda y se perdió durante un buen rato, como advertía la guía. Se encontró en un lugar señalizado como «Stazione Marittima», donde los buques navales replicaban el gemido de los gansos al migrar, hasta que por fin dio con Campo Santa Margherita y el hostal donde Sunny había hecho una reserva para presentarla en el consulado italiano de Nueva York como parte de los trámites de solicitud de un visado.

El hostal estaba encima de una pizzería llamada Al Canton y el registro se hacía en el mostrador; les asignaron una habitación en la

buhardilla, del tamaño de una caja de zapatos y con un olor tan penetrante como el de las aguas residuales con las que se riegan los parques municipales de Delhi.

A diferencia de lo que vivió en la embajada estadounidense, Sonia no había tenido ningún problema para conseguir un visado italiano porque Ferooza era amiga de la esposa del embajador italiano, Giovanna, y ésta le había pedido al *ambasciatore* que enviara un mensaje al departamento de visados. También le envió a Sonia las señas de unos amigos venecianos, una pareja de académicos (indiófilos como ella) que acogían a los viajeros de la India con la misma hospitalidad que ellos habían recibido de unos desconocidos en Calcuta.

Cinco horas más tarde aterrizó el vuelo de Sunny, que también tomó la línea Alilaguna desde el aeropuerto; como Sonia, se bajó en la parada de Ca' Rezzonico y se metió por el estrecho callejón, pero en lugar de girar a la izquierda, giró a la derecha por el Campiello dei Squelini. No se detuvo en una tienda donde el vidrio recordaba a la laguna en sus múltiples matices, y no miró hacia el Gran Canal para vislumbrar los palacios que asomaban como visiones de una gruta submarina; se reservó esas vistas para verlas con Sonia. Cruzó un puente junto a la universidad Ca' Foscari y llegó a una zona con pequeños quioscos turísticos. En uno de ellos quiso probar el español de Jackson Heights que había practicado con Mario, el conserje, con los dominicanos de la ferretería y en la tienda de fotos colombiana donde pagabas por restaurar las fotos descoloridas de tu familia en tu país natal, logrando así que sus rostros volvieran a

parecer cercanos y queridos. El italiano y el español estaban emparentados.

—*Buenas tardes, señoritas. ¿Dónde está el zócalo?*

Las dependientas estallaron en carcajadas.

Irónicamente, era Sunny quien había tenido problemas para conseguir un visado italiano, a pesar de solicitarlo desde Nueva York. Al final le confesó a Sonia que le habían aprobado la solicitud de la tarjeta de residencia, pero sólo para subrayar acto seguido que las circunstancias seguían siendo las mismas.

Se había unido a una fila de no occidentales que esperaban bajo la lluvia frente al consulado italiano de Park Avenue. La puerta empotrada en la pared se abrió brevemente para dejar pasar a unos cuantos solicitantes. Dentro, la señora Bassani, funcionaria de visados, era una experta. Levantó la voz para que todos la oyeran cuando una camboyana recién casada se acercó a la ventanilla. Su marido estadounidense no necesitaba visado; iban a ir a Florencia de luna de miel. La joven hacía gala de la misma confianza que Sunny cuando vivía con Ulla.

—Podrá recoger su visado en tres semanas.

—Pero mi vuelo sale en dos semanas.

—Debería haber pedido cita al menos con dos meses de antelación.

—Lo intenté, pero no me la dieron.

—Apártese de la ventanilla.

—¡Pero ya hemos pagado miles de dólares por los billetes y los hoteles! Por favor. —Se derrumbó—. ¡Por favor! —gritó—. Por favor, por favor...

—¡Apártese ahora mismo de la ventanilla!

Todo el mundo en la sala de espera se puso rígido. Se habían equivocado. Italia era cosa seria. Italia era para otros. La felicidad era para otros.

Un haitiano que estaba sentado junto a Sunny empezó a agitarse.

—¿Qué hago aquí? —le preguntó a Sunny—. Nunca conseguiré que me den un visado, y no me importa, tío. Yo quiero ir al Caribe. Pero mi novia se empeña en ir a Italia y aquí estoy. No lo sé. —Seguía mirando hacia abajo y negando con la cabeza—. No lo sé, no sé qué hago aquí.

—Ahora sólo entran en Italia los ilegales y los terroristas —le dijo uno de los rechazados a otro rechazado para consolarlo—. ¡Les ponen trabas a los honrados para que sólo los tramposos puedan instalarse en su país!

Una pareja india con traje de negocios no había mirado a Sunny en todo ese tiempo; habían estado sentados allí, hora tras hora, sin inmutarse, haciendo tal esfuerzo por no reconocer su presencia que debía de dolerles la cara. «Un indio solo tiene más suerte que dos indios juntos.» No podían evitarlo. Sunny lo comprendía: él también lo había sentido alguna vez. «Dos indios con traje de negocios y cuentas bancarias irreprochables tienen más suerte que tres indios con traje de negocios y cuentas bancarias irreprochables. Dos indios con traje de negocios y cuentas bancarias irreprochables tienen infinitamente más suerte que tres indios, si el tercero tiene una cuenta bancaria que parece un saco roto y va vestido con una *kurta* tejida a mano de color mostaza, por muy bien que la haya planchado antes de salir por la mañana.» La pareja confiaba en no cruzarse con ningún otro indio en sus vacaciones. La esposa ya se había teñido el pelo de color caramelo para ocupar una esfera de

existencia más elevada. Su piel ya era pálida, de eso estaba orgullosa, aunque la de su marido era oscura. Una mujer pálida podía casarse con un hombre mucho más oscuro siempre que también fuera mucho más rico. Nunca lo habían verbalizado ni entre ellos ni a nadie, pero formaba parte de su secreto pacto mutuo: «¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!»

Cuando Sunny embarcó en su vuelo (después de presentar una carta de Associated Press con membrete oficial que aseguraba que estaba contratado, una reserva en Al Canton enviada por fax directamente al consulado, un seguro médico por valor de cien mil dólares y documentos bancarios que no tenían más de cuarenta y ocho horas), se sentía lo bastante humillado para renegar del viaje a Italia. Pero como esa forma de pensar y comportarse sólo le perjudicaba a él mismo, decidió elevarse por encima de su resentimiento: le gustaría Italia aún más que a aquellos que no habían tenido que esforzarse tanto por llegar, resarciéndose de toda su vergüenza con unas buenas vacaciones.

Para empezar a ambientarse, leyó *Donde los ángeles no se aventuran*, de E. M. Forster, y se le ocurrió que Italia fue la primera toma de contacto con la India para los ingleses: el primer sol abrasador, la primera piel morena, el primer ajo y el primer temperamento apasionado, las primeras personas a las que veían ora como niños ora como salvajes, encantadoras o repentinamente crueles; en pocas palabras, desconcertantes. Tal vez Italia les había permitido hacerse una idea de cómo era la India. Esto sugeriría que el encanto italiano tenía algo de cierto, de lo contrario los ingleses habrían regresado a su isla sin sol y sin ajo y le habrían ahorrado al mundo su ruinoso imperio.

Por la ventana de la buhardilla, Sonia miró hacia el Campo Santa Margherita, donde faenaba un grupo de vendedores de pescado que parecían sacados de la Edad Media, envueltos en ese halo distante que imprimía la luz de noviembre. Pero la escena se veía pálida y lejana no sólo por la luz, sino porque, en ese estado de espera, la invadió esa emoción familiar de ser abandonada por una pareja.

Repasó la lista de las veinticinco principales atracciones de Venecia. Eran demasiadas y su lectura la abrumó. A las dos de la tarde llamaron a la puerta. Cuando Sunny entró, se sintió tan aliviada que no pudo evitar reprenderlo:

—¿Dónde estabas? Otra vez he tenido que esperar. ¡Siempre me toca esperar!

—Me he perdido. He ido hasta la estación de tren.

Se quitó su sobrio y elegante abrigo gris y se desenrolló su bufanda Kullu.

—Pensé que no nos encontraríamos.

—¿Cómo no ibas a encontrar a alguien que te han presentado tus Nana-Nani? —replicó él quitándose la camisa de *khadi* tejida a mano que le había hecho el sastre de Delhi mientras ella se contorsionaba para quitarse a su vez los pantalones bávaros de la tía Meher. Luego se quitó las gafas; sus ojos eran negros y dorados.

—¿Recuerdas Goa, donde también tuve que esperar...?

—Eso fue culpa de Anand. Anand y sus bolsas de plástico...

—La próxima vez no llegaré la primera, para que sepas...

—¿Sepa qué?

—Para que sepas cómo es...

—De acuerdo —dijo él saltando al mísero somier hecho de tubos metálicos y extendiendo los brazos—. Merecerá la pena esperar

hasta el fin de los tiempos.

—No nos maldigas.

Pasaron un buen rato tumbados en esa cama, donde sus desavenencias servían para disipar la timidez que se había acumulado en los meses de ausencia, hasta que se reencontraron, hasta que reconocieron sus olores bajo el barniz de Air India y Delta, hasta que oyeron las campanas de la iglesia y se dieron cuenta de que la luz se había desvanecido dando paso al crepúsculo. Se obligaron a no dormirse.

Se ducharon juntos como solían hacer en Goa, aunque apenas cabían en el frágil cubículo de la esquina. El agua salía hirviendo y luego helada, y el plato de la ducha se desbordaba.

—¿Crees que nos han dado la peor habitación porque somos indios? —le preguntó Sunny pasando las toallas de baño por el suelo encharcado.

—El dueño fue amable —dijo Sonia secándose con la toalla de manos.

—Ya, pero ¿no estará usando la amabilidad para hacerse perdonar por habernos dado la peor habitación?

Se vistieron. Sunny admiró su abrigo lila de pelo largo, las botas de ante malva y el broche granate.

—¿De dónde has sacado tantos accesorios?

—Hubo un tiempo en que seguía la moda —respondió ella, recordando cuando Lala la había vestido de Gucci *vintage* o de Versace para una inauguración de arte.

A ella le habría encantado esa ropa, pero era tan cara que cuando la llevaba se sentía como si hubiera una cobra en la habitación: la presencia del mal, que no era otra cosa que la riqueza desconocida.

Salieron a la ciudad de los reflejos en el agua y el suave chapoteo, con la vista enfocada ahora que habían vuelto a encontrarse, y descubrieron un lugar poblado de criaturas, mitad humanas mitad bestias, sacadas de las profundidades de un sueño, donde sirenas y tritones merodeaban por las esquinas bañadas por el mar. En la ventana de un palacio lúgubre vieron tres rostros bulbosos (según el enfoque literario de Sunny, un conde, un príncipe y un barón) observando cormoranes con prismáticos. Puede que se cruzaran con un capitán de barba roja y su hermana, envuelta en una estola de piel de zorro, con la cara del animal acurrucada bajo la barbilla. Había una mujer sopladora de vidrio que modelaba un cáliz decorado con una maraña de algas doradas. Quizá aquella de allí sea una rica heredera estadounidense, del imperio del Pyrex, los Tupperware o las fotocopiadoras, buscando un marido con título, y aquél podía ser un estudiante malayo especializado en Maquiavelo. Vieron a un centenar de turistas de Pekín en un desfile de barcos. Vieron un crucero que se alzaba por encima de los tejados de tejas, con unas mil personas celebrando el Carnaval a bordo. Se pararon en un puente y vieron una barcaza cisterna de gas manejada por hombres con monos verdes, un barco de bomberos, un barco de recogida de basura seguido por gaviotas, un barco cargado de mandarinas. Sonia intentaba estarse quieta, pero quería retorcerse las manos y correr de un lado a otro declarando, declamando, celebrando y al mismo tiempo desesperando, para recalcar la emoción, la sorpresa, la envidia, el deseo, la aflicción, la alegría y la angustia. Miró a Sunny, apenada, acusadora: «¡Sunny, Italia es real!» Lo pellizcó.

Era la hora de la cena para los turistas y las preciadas mesas al aire libre bajo lámparas de calor estaban ocupadas, pero por fin encontraron un restaurante en Campo dei Frari, donde el camarero era extranjero como ellos. Limpió los menús forrados de plástico y se los entregó.

—¿De dónde sois?

—De la India.

—Sí, ya me lo ha parecido. ¿No coméis carne?

—Sí, comemos ternera —respondió Sunny secamente, aunque Sonia no lo hacía.

—¿Por qué los indios no comen carne de vaca? —insistió el camarero.

—Bueno, hay quien no come cerdo.

—Porque es un animal sucio. ¡Pero en la India la gente no come vaca porque cree que la vaca es Dios!

Comprendieron que el camarero intentaba decirles que, pese a ser camarero, era superior a ellos porque ellos procedían de un pueblo que comía cerdo, pero no vaca.

Sunny intentó salir por la tangente:

—Bueno, en la India, Dios está tan lejos que tenemos que adorar a las vacas en su lugar— dijo jocosamente con un acento indio de dibujos animados.

«¿Por qué ha dicho algo tan tonto?», pensó Sonia.

Sunny vio su cara.

—Las vacas no son Dios, se las respeta como a Dios; hay una diferencia filosófica crucial —replicó volviendo a su acento indio corriente—. O como a una madre. Tal vez exactamente como a una madre. La vaca es la Madre.

Sonaba desquiciado.

—¿Deberíamos ir a ver la basílica primero? —le preguntó Sonia.

Sunny estaba pensando: «Pero entonces, por la misma lógica, a Dios se lo respetaría como a una vaca. La Madre sería como Dios. Y si realmente fuera una vaca, entonces la Madre sería Dios.»

—¿O deberíamos hacer lo contrario de lo que hacen los turistas y dirigirnos lentamente hacia el centro y dejar la basílica y el Palacio Ducal para el último día? —replicó él.

El camarero volvió.

—Conocí a un tipo de la India y me dijo que rezaba a un burro.

—¡Una vaca! —gritó Sonia—. ¿Cuál es tu problema?

—¡Basta! Vámonos.

Sunny se levantó y le cogió la mano.

—¿Por qué os vais? No podéis iros —les dijo el camarero—. Ya os he traído el vino.

—Dios mío —dijo Sonia—, ¿a qué viene esta pelea entre hindúes y musulmanes? —Pero se tranquilizó cuando Sunny le cogió la mano, como si fueran pareja.

Caminaron hasta que vieron otro restaurante con terraza y una mesa disponible, pero cuando se sentaron la pareja de al lado se apartó.

—Voy a preguntarles por qué lo han hecho —dijo Sunny.

—Es por el humo del cigarrillo del hombre que fuma al otro lado. He visto a la mujer fruncir el ceño y apartarlo con la mano. —Sonia recordó que ser estadounidense era comprobar constantemente si había racismo en cada situación, como estaba haciendo él—. De todos modos, si alguien se cambia de mesa porque no quiere

sentarse a nuestro lado, puede que no sea por racismo. Podemos caerle mal a la gente por otras razones.

A Sunny le pareció tranquilizador.

—¡Sí! —Se rió y alzó su Aperol Spritz—. Podemos caerle mal a la gente por otras razones.

—¿Me seguirás hablando si pido el conejo?

—Si tú me hablas mientras como el jabalí.

—¿Y si lo cambio por calamares?

—Yo quizá pida el pulpo. Oye...

—¿Qué?

—¡Soy feliz contigo! —respondió cubriéndose la boca con la mano.

49

Pese a que el día estaba nublado, la laguna no se oscureció, como cabría esperar, sino que adquirió un tono turquesa pálido, el color del *ikat* de seda favorito de su madre, y Sunny empezó a verla por el rabillo del ojo. Allí estaba Babita, en el *vaporetto* que recorría el Gran Canal. Babita en el Guggenheim, reconociéndose en el espíritu de Peggy Guggenheim: ambas mujeres con estilo y desparpajo, gafas de sol inmensas y perros. Ella diría: «Vamos al Caffé Florian y al Caffé Quadri, aunque sean caros; es una vez en la vida», y le encantarían los camareros con chaqueta negra, capa y pajarita escarlata y el pelo canoso peinado hacia atrás, dando palmadas y persiguiendo a palomas demasiado gordas para alzar el vuelo mientras ella comía su Tramezzino de Bodas Indio, sintiéndose especialmente bienvenida por un sándwich bautizado en honor a una extravagancia vegetariana de la India. Comentaría que la basílica parecía obra de uno de esos maharajás locos que tenían montañas de dinero y un gusto pésimo. Llamaría al camarero: «¡Mira, zoquete, sólo hay cinco almejas paliduchas en mis espaguetis con almejas!» Divisaría a un *sardarji* con turbante carmesí al otro lado de la *fondamenta* y diría: «Todos los hombres indios son feos menos los *sardars*, menos mal que los tenemos.» Se detendría en el puente sobre el río de Ca' Foscari y se deleitaría con

el glamour de una barcaza funeraria con un ataúd cubierto de terciopelo negro y dorado, y una barcaza del teatro La Fenice con cofres negros y plateados llenos de atrezo. Le cantaría a un gondolero «O mio babbino caro». Iría a la lonja de Rialto, donde comprobaría la firmeza del pescado y aconsejaría a un pescadero con furúnculos en la cara: «Verá, el secreto es marinar el filete en mostaza molida y lima antes de rebozarlo y freírlo, ¡eso realza el sabor como por arte de magia!»

Disfrutaría de lo lindo.

Sunny oyó la voz de Babita susurrándole al oído: «¿Por qué no echas un vistazo, Sunny, a ver si encuentras un sitio razonable donde pueda alojarme?» En el fondo de su corazón entendía su anhelo: ser progenitor no significaba que dejaras de desear esas mismas vacaciones transformadoras que, con tanto sacrificio, habías procurado a tu hijo.

Para disuadir al espíritu de su madre de seguirlos y defender al Tercer Mundo —¿quién iba a hacerlo si no?—, Sunny continuó tratando a Italia con escepticismo e indulgencia, cuestionando su propia vulnerabilidad frente al innegable encanto italiano. Planteó la hipótesis de que el encanto italiano era una ficción fabricada por y para los extranjeros, pero tan deseable que los propios italianos acabaron creyéndosela y, al hacerlo, la convirtieron al menos en algo parcialmente real.

—El tren que llega tarde y se avería de un modo encantador es italiano. El que se avería sin encanto es indio.

»En la India, la pereza es exasperante y sinónimo de animadversión. En Italia se asocia con el disfrute de los placeres de la vida.

»En una *trattoria* la luz de las velas es romántica. En la India señala un apagón y pone a prueba el romanticismo.

»En todo caso, cuando hay tantos turistas como para sostener un mito que sirve a su propio relato de las vacaciones, ¿cómo se sabe si el lugar es real o no? Antes has dicho: "Italia es real", pero el hecho de que los turistas seamos más numerosos que los nativos, ¿no lo convierte automáticamente en un lugar falso?

—No, sigue siendo real —respondió Sonia.

—¿Por qué?

Ella señaló la ropa que colgaba de las ventanas, ondeando entre las ruinas y las iglesias.

—Mira esas bragas. Con ellas están diciendo: «Al diablo con vosotros, turistas. Aquí están mis bragas gigantes, mis fundas de almohada manchadas, mi raído camisón de rosas fantasmales, como el que llevaba Mina Foi en Allahabad.»

—¿Por qué ha sido tan triste la vida de Mina Foi?

Sonia le contó a Sunny que Mina Foi se había divorciado de un belga ya casado y que cuando su verdadero amor, Ernest, regresó para hacer chirurr-chirurr como un búho bajo el alero, Dadaji ya había decidido que nadie cortejaría a su hija porque ella debía cuidar de él en su vejez.

Vieron cómo una gaviota mataba a una paloma.

—¿Tienen hambre porque no hay suficientes peces en la laguna? —le preguntaron a otra sopladora de vidrio que acababa de crear un erizo de mar.

—Las gaviotas tienen hambre por naturaleza —respondió ella.

Vieron a los pescadores de la parada del transbordador de San Zaccaria recogiendo las redes. Devolvieron al agua un caballito de

mar de ojos conmocionados que resoplaba por las fosas nasales del susto, pero se quedaron con un pequeño calamar que se aferraba con los tentáculos a la red. Al desprenderlo, su corazón vertió su tinta sobre el mármol y murió.

Esta vez Sunny había llevado su cámara. ¿Cómo no fotografiar Italia? ¿Y si nunca más volvían? Fotografió la paloma asesinada y el calamar moribundo. Y a Sonia apoyada en una pared marrón lisa con un grafiti indescifrable, pero sin duda grosero. Era mejor no atraer el mal de ojo haciendo fotos glamurosas que, de todos modos, resultarían estereotipadas.

Un día, el amable dueño del hostal (¿amable por naturaleza o porque les había dado la peor habitación por tener la tez oscura?) les aconsejó que al día siguiente se comieran con calma los cruasanes y salieran más tarde porque iba a haber una manifestación neonazi contra los inmigrantes. Sunny se emocionó. Por fin iba a ver algo real.

—Saldré con la cámara.

—Sunny, eres un hombre extraño.

—¿Eso significa que no te gusto?

—Significa lo contrario.

A la mañana siguiente, él ya estaba allí antes que los neonazis, preparado con su cámara. Los vio bajar por la calle (cabezas rapadas, cazadoras de cuero) mientras otros italianos enarbolaban carteles de protesta y unos cuantos africanos desaliñados, vendedores de bolsos, sostenían en alto trozos de cartón en los que se leía: «¡CONVENIO DE GINEBRA! ¡DERECHOS HUMANOS PARA TODOS!»

Más tarde vieron cómo algunos de esos vendedores recogían de repente los bolsos y echaban a correr, seguidos por fornidos policías

que los hostigaban como perreros, a pesar de sus kilos, los rígidos uniformes y toda la parafernalia. Turistas de países que no necesitan visado para entrar en Italia se habían detenido en las colas de sus grupos, algunos para reírse, otros para denunciar el problema de los inmigrantes. Los vendedores de bolsos se dispersaron, escabulléndose entre la multitud como el agua, pero la policía detuvo a dos. En cuanto los atraparon, la vida salió de sus cuerpos: se quedaron de pie, acartonados, con la mirada perdida. No parecían oír las risas ni querer suscitar compasión. Vaciaron la escena de significado. Quizá habían llegado en una de esas embarcaciones que salen en las noticias, cuatrocientas sesenta y cinco personas en un barco con cabida para cien, una mezcla de afganos, senegaleses, nigerianos, yemeníes e indonesios. No todos lo conseguían.

Sunny tomó fotografías y decidió quedarse exactamente donde estaba, como aconsejaban a los ciudadanos activistas en Estados Unidos, por si más adelante se necesitaba un testigo de la brutalidad policial.

—¿Qué hay de Etiopía? ¿Qué hay de Somalia? —le recordó a Sonia, pero levantó la voz para que lo oyeran todos los presentes—. Y mientras siguen hablando de todos los que estuvieron en la resistencia, ¿dónde estaba el primer gueto?

Sonia se sintió profundamente avergonzada de estar con un hombre que acosaba a los grupos de turistas, pues a buen seguro ni los emigrantes africanos indigentes ni los judíos europeos tolerarían que los defendiera alguien como Sunny.

—¿De qué parte de Bangladés es usted? —le preguntó Sunny a un vendedor de varitas mágicas bangladesí junto al Puente de los Suspiros.

—De Sylhet —respondió el hombre escuetamente.

—El año pasado hubo unas inundaciones terribles en Bangladés. Los indios están talando todos los árboles y por eso se está inundando.

El camarero de Sri Lanka del restaurante que había frente al Arsenale había viajado por la India, Uzbekistán, Georgia, Turquía y Grecia hasta abrir la *osteria*. Ofrecía *risotto*.

—Aquí cuesta una fortuna, pero en la parte del mundo de donde venimos es comida de pobres —comentó Sunny—. ¿A que sí? Arroz pastoso con unas pocas verduras.

El camarero no contestó. Volvió a hablar en italiano con sus compañeros y se aseguró de no volver a cruzarse con la mirada promiscua de Sunny. Tenía la atención puesta en Italia, en los blancos. No le interesaba la condescendiente amistad de diez minutos de Sunny. «No seáis tres sudasiáticos. No seáis dos sudasiáticos, uno con *kurta*, aunque sea de un seductor tono mostaza. No seáis un pobre cabrón que va a abrazar a otro pobre cabrón.»

Con el hombre rehuyéndole la mirada durante toda la comida, Sunny se dirigió a Sonia de nuevo en voz alta, con la esperanza de que lo escucharan:

—¿Por qué no hay ningún restaurante de Sri Lanka aquí?

El hecho de que sólo se ofreciera un tipo de cocina, y más aún en una ciudad cosmopolita y costera, era fascista, ¿no?

—Pero yo quiero comer comida italiana en Italia —replicó Sonia.

Cuando pararon en la verdulería de Campo San Barnaba, vieron distintos tipos de achicoria: rosa, roja, redonda, fina, moteada, rayada, rizada.

—Ésta es de Chioggia y aquélla de Treviso —dijo el vendedor.

Ella recordó brevemente a Papá, que había perdido el apetito. ¿Habría superado ya la infección por *H. pylori*?

—¿Sabes cuál es el país que acoge a más refugiados?

Sonia perdió los nervios.

—Sunny, ¿no te das cuenta del abismo que hay entre nuestras ganas de disfrutar y tus quejas?

Pensó que su bravuconería era un modo de no concentrarse en ella, de no tener que quererla lo suficiente como para regalarle un anillo de cristal en aquel momento en que una luz pura bañaba el Zattere. Si el optimismo del mundo (su generosidad, su calidez) se sustentaba en la existencia de Italia, era esencial que el país se mantuviera intacto y sin complicaciones. Si creías en su belleza, ella te salvaría. Si alguna vez Italia atravesara una crisis, esa fe que otros mantenían viva tal vez también podría salvar al país, porque todos somos mejores cuando nos quieren, cuando creemos saber quiénes somos y cuando la gente nos dice que sabe quiénes somos y nos mira con cariño.

—Estás siendo condescendiente —dijo Sonia.

—¿Cómo?

—Al adoptar el papel de salvador, estás dando a entender que te crees en un plano superior. De todos modos, en los países africanos, o en Bangladés, no creen que los indios seamos buena gente. Nos ven como imperialistas.

—No se trata de comparar.

—No te manifestaste contra el racismo en la India cuando viajamos por Goa —continuó ella—. También en la India la gente

favorece a los europeos, a los estadounidenses. Los guías turísticos dicen cosas horribles de los nigerianos y los israelíes.

Sunny apartó la mirada, enfurruñado, y estuvieron un rato sin hablar. Pensó que Sonia tenía razón, pero en cuanto dejó de fanfarronear se puso nervioso. Quizá su incapacidad para aceptar el extravagante encanto de Italia lo había llevado a fijarse en los hombres de los bolsos. Estaban bebiendo un vino Piona, de la región de los lagos italianos, después de haber paseado y contemplado una hilera de leones de piedra sonrientes y nada feroces con rizos de niña. Uno databa del siglo IV a. C. y provenía de Atenas. El trono papal que había al lado estaba hecho con una lápida con letras árabes robada en las Cruzadas. Sunny estaba viviendo dos vertientes de la historia, una sangrienta y otra hermosa. El *risotto* de champiñones del que se había quejado era tan simple como perfecto.

—Tienes razón, Sonia —concedió, estirando las piernas por debajo de la mesa y entrelazándolas con las de ella—. Tú ves la historia detrás de la historia. Tu inteligencia me reconforta. Me hace sentir seguro.

Pero cuando Sunny la besó en la habitación de encima de la pizzería, Sonia le devolvió el beso a medias, sin saber muy bien hacia dónde se inclinaba anímicamente, permitiéndole que posara la boca sobre la suya, pero dirigiéndole una mirada vehemente a pocos milímetros de distancia que decía: «¡Sí, tú eres feliz, pero yo sigo atrapada en la infelicidad que tú has creado!» Cuando él intentó abrazarla en la cama, ella decidió que seguía molesta y se apartó.

—¿No deberíamos hacer el amor ahora mismo y dejar de estar enfadados?

No se volvería hacia él, dócil como un pez que se deja dar la vuelta, para que él probara primero un lado y luego el otro. No lo abordaría por sorpresa y le pegaría su boca húmeda al cuello, como si fuera un calamar. Ni lo rodearía con largos brazos de mono y treparía hasta colocarse encima.

—No. Podría darte una patada.

—Una pequeña patada no estaría mal.

—No sería pequeña. Deja que se me pase.

Al cabo de un momento, dijo:

—No. Simplemente no puedo. No voy a hacer el amor. Tengo la cabeza llena de refugiados, continentes embrutecidos, el Holocausto, Mussolini... y de mi propia ira, porque nos vamos a ir de este lugar extraordinario sin haber sido felices. Por unos días quería olvidar que soy una tercermundista que debe preocuparse por otros tercermundistas.

—¡Nunca podré estar con una mujer que dice eso! —exclamó Sunny.

—¡Entonces vete!

Esa respuesta, o quizá la rabia de haber sido rechazado en su invitación sexual, fue un resorte para Sunny. Se levantó y salió de la habitación de encima de la pizzería con su pijama de Lucknow, absurdamente fino para el frío que hacía, ¡pero abultaba tan poco y había viajado tan ligero de equipaje! Se puso el abrigo. Bajó las escaleras oliendo a la pasta de dientes de neem de Sonia.

«Bien», pensó ella.

Él cruzó corriendo el Campo Santa Margherita. Pasó por el puente de mármol blanco de Campo San Barnaba temblando como un fantasma de Lucknow; los reflejos de las luces de las casas y las

farolas en el canal oscuro hacían que el agua también pareciera llena de fantasmas. En lo alto del puente vio a un hombre mirando hacia fuera. Casi había luna llena y el agua del río, que estaba crecido, golpeaba con estrépito las altas puertas de madera, podridas en la parte inferior. Sunny se preguntó si debía regresar ya o quedarse ahí fuera hasta que Sonia se preocupara y se arrepintiera.

El hombre del puente se volvió hacia él.

—Es precioso, ¿verdad?

—Sí.

Llevaba vaqueros, gorro de lana, chaqueta y zapatos de cuero marrón. Parecía de la misma parte del mundo que Sunny.

—¿De dónde eres?

—De la India, pero vivo en Nueva York.

—Lo habría adivinado por tu pijama. —Se pasó al hindi—: Yo soy de Baramulla, en Cachemira. Ahora vivo en el lago Constanza, en la frontera entre Alemania y Suiza. Tengo una tienda de comestibles.

Eso, a pesar de su mal humor, despertó la curiosidad de Sunny, y lo llevó una vez más a la causa de los migrantes. Qué extraño era encontrarse con un cachemir a medianoche en un puente de mármol tallado, como actores en una obra de Shakespeare.

—Debe de ser agradable vivir en el lago Constanza.

—Es bonito. Aquí hay más africanos. He viajado sólo para ver este lugar. Tengo un tío en Bolonia, pero he perdido mi equipaje. He llamado a la oficina de objetos perdidos y me han dicho que mi maleta está en Nápoles.

—¡En Nápoles!

—Y mi vuelo es mañana. No sé qué hacer, no llevo nada encima.

—¡Menudo problema!

—Si tienes algo que me puedas dar para echarme una mano...

Sunny se sorprendió por este giro en la conversación: de contemplar la vista con un cachemir y pensar que Sonia estaba equivocada, a pensar que ella tenía razón, aunque ¿en qué sentido la tenía? No, no tenía razón. Que él se dejara engañar por un migrante no la hacía tener razón en absoluto.

—Cualquier cosa que tengas, lo que sea, incluso dinero para un billete de autobús.

—No tengo.

—Sólo algunas liras...

—No llevo nada encima. Estoy en pijama, como puedes ver.

—Para una tarjeta telefónica entonces, unos dólares.

—No llevo dinero encima. He dejado la cartera en el hotel.

—Por favor, ayúdame, hermano. Te esperaré. Ve a ver si tienes algo. Por favor, por favor, por favor, hermano, por favor, hermano... —La voz gemía tras él, suave pero insistente, un migrante ilegal en un puente que tal vez había escapado de la brutalidad del ejército indio o de la presión del reclutamiento de los activistas o simplemente de la pobreza—. Por favor, por favor, por favor, hermano. Te esperaré aquí mismo. Hermano, hermano..., ayúdame.

Hablaba en voz baja para que los vecinos no se molestaran, se asomaran y vieran a dos hombres de tez morena tramando algo. Pero una voz baja penetraba más hondo que una voz fuerte, y se sostenía, insistente, como una nota *shehnai*, un mosquito o una frase pronunciada por una madre.

A las tres de la madrugada, Sonia se despertó y vio que Sunny no estaba. Le preocupó haber dado un paso en falso. Si le hubiera permitido salirse con la suya y punto, seguramente le habría

despertado un sentimiento de amor agradecido: amas a la persona que es buena contigo incluso cuando te portas mal.

Sunny, en su agitación, se había apresurado a cruzar el Puente de la Academia y se había adentrado en un laberinto que siempre lo llevaba a la misma tienda de maletas con descuento. Iba a derecha e izquierda, y cada vez encontraba el mismo escaparate de maletas, bolsos y carteras de color mandarina. Eran las cuatro de la madrugada cuando regresó a la habitación, y Sonia y él se abrazaron como calamares feroces que no quieren morir.

—¡Te quiero tanto! ¿Por qué nos peleamos?

—Tal vez por eso nos peleamos.

Se habían peleado, tal vez, para asegurarse de que eran lo más importante el uno para el otro y mantener los demás problemas a raya: madres y padres, trabajo y visados, secretos pasados y otros amores. Si los demás elementos ocupaban el centro del escenario, su amor no tendría ninguna oportunidad.

Al día siguiente por la tarde, más calmados, fueron a visitar a los amigos de Ferooza, la mujer del embajador. Paola y Matteo Fabi, con chalecos acolchados estampados a mano, eran estudiosos de la India, en particular del movimiento comunista de Bengala. Sonia y Sunny quedaron impresionados por su piso de diseño moderno en un edificio de varios siglos de antigüedad. Una pared de brillantes serigrafías *bindu* del artista Raza combinaba a la perfección con una escultura móvil al estilo Calder y los coloridos lomos de miles de libros.

Mientras tomaban expresos y probaban dulces de almendra de una caja de pastas sicilianas, Sonia y Sunny se avergonzaron al comprobar que la pareja conocía la India mejor que ellos, y no

podían participar en la conversación porque no estaban familiarizados con los lugares de los que hablaban, ni con la historia de su país, ni con los partidos políticos de los distintos estados. No habían oído hablar de Charu Mazumdar, que tanto había inspirado a esa pareja, y mucho menos de su relación con el italiano Gramsci, al que tampoco conocían. Al mirar las pinturas abstractas de Raza colgadas alrededor, Sunny tuvo la sensación de haber malinterpretado el país en el que había nacido, de haberlo considerado primitivo con el propósito de abandonarlo, y de haber malinterpretado también Italia, utilizándola para resolver sus angustias y vergüenzas personales. Llevaba tanto tiempo centrado en Occidente que sabía menos de sí mismo que muchos occidentales; ¿cómo no iba a estar condenado a equivocarse en todo, Oriente y Occidente, el Primer Mundo y el mundo en desarrollo, o en él mismo y Sonia?

Sonia estaba pensando en que debía mudarse del piso de Hauz Khas. ¿Cómo iba a convertirse en una mujer con una vida adulta y un intelecto cosmopolita y brillante como el de esa pareja si seguía con Papá y Chandu o con Mamá y Moolchand?

Al despedirse, Paola y Matteo les sugirieron que visitaran el cercano Museo Fortuny, un museo poco conocido que probablemente no estaba en la lista de las veinticinco mejores atracciones. Había una exposición temporal sobre la migración desde la época colonial hasta el momento actual.

—Los cuadros tienen una cualidad balthusiana —señaló Paola—, una belleza como de otra época; al principio te seducen y luego te inquietan. Te despiertan en mitad de la noche. Mi favorito es el de una cocinera de Sri Lanka. Se titula *Los tagliatelle no pueden*

esperar. Muestra a una señora tamil haciendo *tagliatelle* en una villa de las afueras de Florencia. La familia italiana viste ropa moderna, pero todos tienen los mismos rostros florentinos que los cuadros de la pared; los perros tienen las mismas caras que los perros de los cuadros. Se nota que, excepto el personal, todos están en el hogar de sus ancestros. Sólo hay que ver la expresión de cada cara. ¿Quién acusará a quién? Son impenetrables.

Cohibidos por la sofisticación de sus anfitriones, se despidieron de ellos. Se perdieron por callejones tortuosos y doblaron esquinas que apestaban a orina de gato, hasta que, como por casualidad, se encontraron con el Museo Fortuny. Se adentraron en la oscuridad de la sala y se vieron inmersos en una luz penetrante y desconcertante. En el límite de su campo de visión, una mujer con un bikini verde turquesa con volantes saltaba de un embarcadero a un lago, ¡chop, plas!

Se volvía. Saludaba con la mano. Eufórica, riendo...

—¡Mamá! —gritó Sonia.

Nadie la oyó porque su voz se fundió con el chillido de una gaviota pirata, el chapoteo del agua del lago, el tráfico de barcos a lo lejos y la propia madre gritando: «¡Ven! ¡El agua está perfecta!» Entonces mamá nadaba, serena como un cisne, hasta el final. Pero no había horizonte; la película del lago volvía al principio como la trampa de la memoria. De nuevo mamá se zambullía, morena y vivaz como una estrella de cine en una película de Fellini. ¡Chop, plas!

«Ilan de Toorjen Foss.» El nombre del artista se desplegó en amarillo sobre la pantalla como si lo tecleara una máquina de escribir. Luego, en un amarillo más intenso: «¿El lago recuerda?» Amarillo como el primer abrigo de invierno de Sonia, amarillo como

el coche de Ilan, amarillo como el diván de terciopelo de Ilan. Sonia olió el azufre de la traición. El texto continuaba informándola de que el despertar artístico, erótico y espiritual de De Toorjen Foss había llegado cuando se había dejado seducir por la visión de su madre nadando. Él mismo lo había capturado en la película que había filmado con la cámara de su padre cuando era adolescente.

Sunny se estaba preguntando si las películas en blanco y negro no captaban el movimiento y la luz mucho mejor que las películas en color. Experimentaba el temblor de las hojas de los olivos que brillaban como un lago, el temblor de un lago que brillaba como hojas de olivo, el movimiento en el agua de lagartos y tímidas serpientes acuáticas. Con un suave movimiento ondulatorio, las gaviotas surcaban el cielo como si fuera agua, el cielo se convertía en lago. No se dio cuenta de que Sonia corría a la sala contigua. Buscaba... ¿qué buscaba?

Un lienzo de la mujer de Ilan mucho más grande que la real. Estaba consumida por la enfermedad, pero su mirada delataba un destino aún peor: a su lado, expuestos en vitrinas, objetos y viejas fotografías de su época en Esauira, Alejandría y París. Había una fotografía de Ilan y su joven esposa en un crucero por el Nilo hacia el Valle de los Reyes. En Egipto los museos estaban llenos de ojos del pasado, y decenas de miles de ojos de figuras polvorientas interrogaban a la pareja desde las vitrinas, ojos de reyes y reinas, de dioses con cabeza de chacal y gatos sagrados, de cocodrilos e ibis, de esclavos y sacerdotes. Examinaban la historia, la historia los acusaba.

La mujer de Ilan acusaba a Sonia. Qué íntima era la traición: ella estaba reclinada en la misma cama en la que Sonia había dormido;

reconoció la colcha y el reloj que Ilan tenía junto a la cama, exactamente como ella los había visto. Incluso el vaso de agua. Sonia había interpretado un papel sin saberlo. Ella había animado y halagado a Ilan, le había proporcionado el consuelo que le había permitido no sólo pintar, sino persistir en su maltrato a otras personas, para que pudiera derrotarlas sin piedad y salir victorioso. ¿Era el ojo de esa mujer el que se le había clavado al mirar por el hueco de la ventana del estudio cerrado de Ilan en Vermont? No recordaba el color de la pupila, pero el ojo aún la amenazaba. Ese ojo odiaba a Sonia. Cuando se era objeto de odio no se podía ser libre.

Sonia no se detuvo. Subió corriendo otro tramo de escaleras...

Tres damas tomando el té en los terrenos de su finca escocesa. A lo lejos, acantilados y un atisbo de mar marrón. Las damas llevaban hiyab y formaban figuras totémicas con los ojos tachados por una cruz. Podían verte, pero tú no podías verlas a ellas.

Una joven africana con minifalda recorriendo la campiña europea en *scooter*. ¿Había repartido hachís a la gente que fumaba en las villas vacacionales, que se bañaba en una piscina en medio de viñedos? Detrás de esa escena se veían pueblos medievales encaramados en lo alto de las colinas, como en los cuadros medievales. Ella tenía un bebé en los brazos. El bebé se parecía a Ilan. ¿Era el ojo de esa joven madre lo que había visto?

Sonia no se detuvo. Subió las escaleras...

Caminó hacia sus propios ojos. ¿Era a ella misma a quien había visto por el hueco de la ventana del estudio de Ilan? ¿Era ella la mujer que parecía salida de un cuadro de Gauguin, pero en un baño en Vermont y no en su tierra natal? La luz de la nieve y el agua que

la amplificaba no podrían haberla revelado con más pureza, pero su expresión era enigmática. La mirada se disolvió en su propia mirada y el cuadro abrió una herida en su corazón. Había algo reprimido e íntimo, algo doloroso y suplicante, algo egoísta e indignado, pero también algo que redimía. ¿Había sido ella la que había inspirado el cuadro, o era el artista el que había creado las emociones con las que ella miraba desde el lienzo, o quizá él seguía allí, invisible, entre los dos? La imagen se enfrentó a Sonia; la conocía mejor que ella misma. Quería comprenderse a partir de ese cuadro, pero tal vez nunca discerniría sus componentes y su significado. Su pelo, sus cejas y su vello púbico contrastaban de forma brutal con la austeridad de los peregrinos de Nueva Inglaterra. En su mano sostenía a Badal Baba. Tus dioses son impotentes cuando no los salvas. Cuando no los salvas, no pueden salvarte. Si los pierdes, ¿cómo vas a conocerte a ti mismo?

Se volvió hacia el mismo abrigo lila que llevaba puesto. El abrigo lila colgaba sobre un diván amarillo que Sonia conocía muy bien. Ella estaba en ese diván, boca abajo, desnuda. Ilan estaba desnudo encima de ella. Se le había borrado la expresión de la cara durante el acto sexual. En el alféizar de la ventana se veía la cáscara enroscada de una clementina. La mujer era cómplice; había comido la fruta. Sonia miraba, no podía dejar de mirar, y, proyectándose desde el espacio blanco del lienzo, cercándola, traspasándola, vio un sabueso fantasma con una máscara de sabueso arlequín hecha de sombra y luz. El sabueso de la playa desierta de Goa. El sabueso del bosque oscuro de Cloud Cottage. El sabueso que podía desvanecerse entre los árboles, en la arena, en la nieve. Ése era el truco: el diablo lleva la máscara del diablo. «¿Qué pasa si una noche sueñas con un

perro? Este perro es a la vez víctima y perpetrador. En el momento de su ataque, contraatacas, intentas matar al perro, pero tu cara se convierte en su cara.» ¿De dónde recordaba Sonia eso?

Huyó, pero enseguida se clavó en ella la mirada de una mecenas del Metropolitan. La mujer estaba sentada junto a unas ventanas que daban al obelisco de Egipto. Detrás de ella, los camareros sonreían demasiado exageradamente; cuando no puedes permitirte el lujo de enfadarte, te limitas a sonreír.

¿Qué era ese tótem en su cuello arrugado, engarzado en un collar oriental? Un demonio-duende-bromista con un vacío abierto y resquebrajado a modo de rostro. Badal Baba, Señor de las Nubes, Demonio de las Tierras Baldías. Necesitas un dios que te entienda.

A Sonia le temblaban las piernas.

Un pensamiento claro se abrió paso a través de su consternación: ¡debía impedir que Sunny viera esos cuadros! Él seguía en la primera sala de la exposición. ¿A costa de quiénes había disfrutado la familia de Ilan su vida colonial? ¿Cómo era posible que no los alcanzara también el desastre?

Sonia se abalanzó sobre Sunny, con la trenza ondeando tras ella.

—¡Vámonos!

—¿Por qué?

Él estaba escribiendo «El colonizador está tan atrapado como el colonizado» en su cuaderno con un bolígrafo de tinta violeta que había comprado por error y con el que costaba escribir. Pretendía plasmar una isla a la última luz, una isla en la que dos personas pudieran escapar juntas. «¿Por qué nos peleamos?»

—Anoche no pegamos ojo. Volvamos a Al Canton.

—Vuelve tú y echa una cabezada. Quiero oír al artista.

—¿El artista?

—En unos minutos. ¿No has visto el letrero en la entrada?

—¿Ilan? —preguntó Sonia atragantándose.

Él la miró. Ella tenía el rostro perlado de sudor.

—¿Qué te sucede?

—Tenemos que irnos. ¡Va a pasar algo malo!

—¿Por qué?

—¡Es una persona muy peligrosa!

—¿Quién?

—¡Ilan!

—¿Por qué llamas al artista por su nombre de pila?

Esa familiaridad irritó a Sunny.

—Porque lo conozco —siseó Sonia.

—¿A quién?

—A Ilan.

—¿Cómo?

—Tuvimos una relación.

—¿Cuándo?

—En Nueva York.

Ella había dicho que se sentía sola en Nueva York. Le había mentido.

—¡Te lo digo: va a pasar algo malo!

Lo cogió por la manga y, como no funcionó, lo agarró por el codo. Cuando él retrocedió, ella lo cogió por el pelo. Sunny la apartó violentamente. No hay nada más humillante que verse arrastrado por el pelo. Pero en cuanto Sonia se marchó él se sintió obligado a seguirla.

Ella tomó las calles más estrechas y los callejones más oscuros. No podía cruzar el Puente de la Academia... ¡imposible! Ilan estaría deambulando. Seguro que pasaría por delante de Al Canton hasta la placa que indicaba que Ruskin se había alojado en el Zattere; él había copiado los ideales democráticos de Ruskin. Iría a la iglesia de Frari para estudiar la Madonna de Bellini, sencilla pero sagrada como la luna que Sonia y Sunny habían visto salir sobre Loutolim. Visitaría las tumbas de Monteverdi, Tiziano y el corazón de Canova, y conspiraría para vivir eternamente. En ese mismo momento estaría cruzando el puente para ir a dar su conferencia. Estaría eufórico por su conquista. Estaría resplandeciente: «¡He ganado! ¡He ganado! ¡Lo he conseguido! ¡Has perdido! ¡Yo he ganado!»

Llegaron a un callejón sin salida, donde un agua negra lamía un muro cubierto de algas y colonias de mejillones. Sonia dio media vuelta, cruzó corriendo un puentecito y luego otro, seguida de Sunny. Fueron a parar al mismo callejón sin salida, el del agua podrida, el del cieno de crustáceos y yodo, el que parecía que ni pintado para embarcar a una persona a la que hubieran asesinado. Dieron de nuevo media vuelta, se metieron en un barrio pobre y desierto, en el que se veía una serie de cabezas de piedra que parecían decapitadas, y salieron al mismo callejón, al callejón oscuro y lóbrego contra el que el agua nauseabunda rompía y gorgoteaba.

—Para, Sonia. Para un momento.

Sunny la alcanzó. Ella temblaba y apestaba a sudor y a premonición. Cuando la rodeó con sus brazos, sintió que ella se derrumbaba. Él no sabía que la persona que la aterrorizaba y de la que huía era la misma por la que aún se sentía atraída, de la que aún anhelaba estar cerca para dejar de tener miedo. Un miedo que

radicaba en la distancia, en la conciencia de peligro que persistía porque no había sido engullida del todo. El miedo sólo desaparecería cuando fuera destruida por completo.

Se soltó.

—Estamos completamente perdidos —dijo Sunny.

No había nadie en la calle. Se había hecho de noche. Vieron una luz a través de unas cortinas rojas. Sunny golpeó el cristal, la ventana se abrió y un hombre con perilla de centauro, envuelto en una bata de seda dorada de Fortuny, miró desde un interior forrado de terciopelo rojo. Detrás de él, sonaba una ópera *in crescendo*. Él los miró como si estuvieran en una obra de teatro, y ellos lo miraron a él del mismo modo.

Sonia echó a correr, seguida una vez más por Sunny, y se adentró en el pasadizo resbaladizo de algas que les había señalado el hombre de la bata de seda dorada, y finalmente encontraron una parada de *vaporetto* desierta, hacia la que avanzaba uno. Sus luces se reflejaban en la laguna como un ciempiés marino de patas brillantes que se deslizaba, solemne y cómico, sobre el agua negra.

—¡Está claro que te has vuelto loca! —exclamó Sunny cuando estuvieron a salvo en su buhardilla, con la puerta y las persianas cerradas—. Creía que el plan era dejar de pelear. Me has atacado físicamente.

—Yo no te he atacado.

—¡Nos has humillado! ¡En público! ¡Has montado un espectáculo! ¡Me has tirado del pelo! —No había nada peor para la gente de tez

morena que armar un burdo melodrama—. ¿Sabes que he estado a punto de pegarte? Eso me aterra. Me he contenido por los pelos.

—Tenía miedo.

—Pero ¿por qué?

¿Por qué? Sunny se había olvidado de proponerle matrimonio, por eso. Los había acosado un sabueso que era la oscuridad manifiesta, por eso. Ilan había pintado al perro antes de que los siguiera a ellos por la playa, y ahora estaban atrapados en su trama. Ella había intentado olvidarlo, pero de la misma manera que un asesino vuelve una y otra vez al lugar del crimen, la víctima tampoco puede dejar atrás su propia muerte. Tiene que rebobinar su asesinato una y otra vez.

—¿Recuerdas aquella noche en Goa en que me desperté y te dije que me habían matado?

—No —respondió Sunny.

—¿Recuerdas la vez que nos siguió ese perro extraño que salió del mar?

—Sí.

Se acordaba del perro.

—En el museo había un cuadro en el que yo estoy con el mismo sabueso que nos atacó y que luego desapareció en la arena. No soy libre en mi nueva vida.

—Eso no puede ser verdad.

—Sí, no puede ser verdad, ¡pero lo es! Ése es el problema.

—¡Pero dijiste que estabas sola en Nueva York!

—Dije que me sentía sola. Ilan me borró.

—¿Cómo?

—Con él mismo. No dejó resquicio. Me borró con sus exigencias, me borró con su rabia, me borró con su felicidad, me borró con su amor, me borró con su locura, con su hablar sin parar de sí mismo, su crueldad y su violencia... Con todo eso me eliminó. Me convertí en un fantasma. No hay nada más solitario que ser un fantasma.

—¿Has vuelto a verlo después de Nueva York?

Sunny sólo lo preguntó porque la noche veneciana era muy negra y no se oía otro sonido que los lúgubres rugidos de las gaviotas inquietas.

—No. Pero la oscuridad no me ha abandonado. Me sigue. Me observa. Me espera. Cree que le pertenezco. Quiere completar la historia.

Estaban tumbados uno al lado del otro, pero Sunny no volvió a abrazarla.

—Ese mismo perro que nos persiguió en la playa también apareció en una fotografía en Cloud Cottage —continuó Sonia—, donde nunca lo habíamos visto. Los mismos ojos siguen en el bosque, fuera de la casa de mi madre.

—Sonia, eso no tiene sentido.

Ella lo sabía, pero él era ingenuo y no podía comprender la forma en que la oscuridad seguía a una persona, a través de los siglos, a través de las geografías. Eso nunca tenía sentido, y como todo el mundo lo tachaba de locura, su poder aumentaba.

—Le presté a Ilan el amuleto de mi abuelo —le confesó Sonia—, cuando me dijo que tenía miedo de que le estuviera siguiendo el mal. Ha utilizado su poder para descubrir los propósitos del demonio.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías. Hay artistas que hacen pactos con el diablo, que gravitan hacia la oscuridad porque saben que conocer la trama y el plan que hay detrás de ella los hará famosos. Sin mi demonio, me matarán, aunque en realidad ya he muerto.

—¡Un cuadro no puede provocar un asesinato ni impedir un asesinato, y mucho menos el asesinato de alguien que ya está muerto!

Él volvió a corroborarlo: Sonia estaba loca.

—Sí que puede. Sin mi cuadro, siento que he perdido mi propia cara, lo cual es una ironía porque el amuleto no tiene cara.

Se hizo un largo silencio. Entonces Sonia dijo:

—Tal vez deberíamos casarnos. Cuando dos personas se casan están en el mismo bando en esta vida; eso envía un mensaje al mundo: «Eh, somos nosotros contra todos vosotros.» Y las cosas malas se alejan de sus vidas.

Al pronunciar esta frase, estaba probando si era cierta o falsa. «Tal vez deberíamos casarnos.» Ella sintió su verdad.

Sunny guardó silencio. Luego dijo:

—Sabes que no funciona así.

Sin embargo, en medio de esa noche sin atisbo de luz que los expusiera o avergonzara, se buscaron el uno al otro, y Sonia dejó que su tristeza inundara a Sunny. Lloró de verdad; lloró todo un Ganges. No había razón para guardarse nada ante el brusco final del amor. Lloró en el pelo de Sunny, en su cuello, en su boca. Se aferró a él y aulló por su pasado, que sin duda condenaría el futuro. Emitió el gemido ronco, jadeante y desgarrador de un fantasma que se lamenta toda la noche en un paraje solitario donde no hay nadie a

quien llamar ni nadie que pueda ayudar. Sunny se tragó las lágrimas de Sonia y ella le dijo en la boca:

—¿Puedes al menos recuperar el amuleto por mí? Es todo lo que te pido, porque hemos sido felices por un tiempo, ¿no?

Cuando ella cayó en un sueño árido y exhausto, Sunny salió sin hacer ruido del hostal con un catálogo de la exposición que había guardado en la mochila antes de que Sonia se le acercara corriendo. Se detuvo en el remolino de vapor bajo una farola y miró una fotografía de Ilan de Toorjen Foss. El artista, de rostro delgado y distinguido, miraba hacia un paisaje lejano, entre cactus alados y verrugosos y antiguos magueyes altos como árboles. Iba vestido con un kimono gris de lino y tenía una máscara de su rostro junto al suyo. A Sunny le inundaron los celos. Pasó la página. Vio a Sonia desnuda, al servicio de Ilan. Y mientras miraba, vio (pero ¿lo vio?) cómo salía de la página, y luego regresaba a ella, el sabueso que los había seguido al salir del mar, que los había atacado y se había desvanecido en la arena, como un presagio. Sunny había creído vivir una vida, pero había vivido otra.

Caminó para tirar el catálogo al canal y vio sentado en un banco al fantasma viviente de su madre. Ella no dijo nada, pero él comprendió todo lo que necesitaba saber por su mirada, una mirada más antigua que la civilización.

Al día siguiente Sonia se quedó en la cama con las persianas cerradas. Para impedir que una fuerza sobrenatural la llevara de vuelta al Museo Fortuny para encontrar su propio rostro. Para asegurarse de que no iba a encontrarse con Ilan, que estaría

saqueando esa ciudad llena de tesoros como si fuera un botín de guerra: «¡He ganado! Tú has perdido. Vas por ahí llorando, bua, bua, bua, y acabas muerta. ¡A mí la vida me da patadas y sobrevivo!»

Sunny fue solo a la basílica, que parecía el sueño resplandeciente de un maharajá loco, y al Palacio Ducal, de color albaricoque, ligero como un *parfait* por fuera, siniestro con sus tribunales, prisiones y una historia de terror por dentro. Pero no pudo ver la reluciente basílica del rajá. No pudo ver el *parfait* color albaricoque del duque. Sólo pensaba: «¡Pero ella me mintió!»

Cada vez más estrechamente unidos y más irrevocablemente separados, tomaron el *vaporetto* hacia el aeropuerto, hablando de forma contenida y racional de las conexiones de sus vuelos, sus horas de llegada, el tiempo invernal en Nueva York y la niebla contaminada en Nueva Delhi. No miraron a la derecha ni a la izquierda por si se cruzaban con Ilan. No miraron a las familias que viajaban cómodamente juntas o se despedían, convencidas de que su amor cosería el desgarro de su ausencia. Se dieron un abrazo breve y descubrieron que no podían besarse, ni siquiera de forma ligera, temerosos de mostrar cualquier ambivalencia.

Sonia giró a la derecha hacia su puerta de embarque. Sunny giró a la izquierda hacia la suya. Se dio la vuelta por un momento y vio la larga trenza de Sonia sobre el abrigo lila. Ella también se volvió, pero para entonces él estaba lejos y ya no pudo distinguir su abrigo gris entre todos los demás.

DECIMOTERCERA PARTE

Los indios no pueden ser *cool*

50

En el aeropuerto JFK, Sunny cogió el autobús hasta la Setenta y cuatro con Roosevelt. Se detuvo en Little Yak y pidió unos *momos* para tranquilizarse, después de dejar su bolsa de viaje con el equipaje amontonado de otros viajeros, debajo de un tablero que anunciaba a los clientes un partido de fútbol de chicas tibetanas y una conferencia de un *rinpoche* que estaba de visita. Allí se congregaban refugiados tibetanos, junto con inmigrantes indios que iban a rememorar sus días de estudiantes en la India, cuando frecuentaban *dhabas* tibetanas similares. La resplandeciente luz vespertina se filtraba entre el vapor de los fideos picantes, que hizo toser a Sunny. Cuando se despejó, tomó un sorbo de té con mantequilla y escuchó una conversación entre dos amigos y la hija de uno de ellos.

—Según vosotros, ¿quiénes son los indios más *cool*? —les preguntó la chica.

—Los indios no pueden ser *cool* —replicó el más *cool* de ellos, con grandes gafas de aviador, tatuajes de mandalas y el pelo engominado recogido en una coleta—. Pueden ser listos, graciosos, los indios pueden ser muchas cosas, pero no *cool*.

—¿Por qué no, tío Vijay?

—Piensa en lo que significa ser *cool*. La esencia del concepto es que no te importe lo que piensen los demás, seguir tu propio camino e ir a tu aire, pero los indios nunca pueden librarse de lo que piensen mamá y papá, el abuelo y la abuela o el tío y la tía.

Puede que los indios no fueran *cool*, pero esa escena sí lo era. Sunny se veía reflejado en lo que sabiamente decía el tío Vijay y casi podía sentir a Babita tirándole de la manga para decirle esto o lo otro, aunque a su alrededor reinaba el bullicio en Jackson Heights y el aire *cool*, libre, el desparpajo de la gente que trabajaba y se movía, gente curtida en mil batallas, que no pertenecía a nada, que vivía con una intensidad que las clases acomodadas ni se imaginaban. Sí, aquella libertad era más auténtica que la de Italia. La Nueva York de los inmigrantes lo recompondría y le prestaría su jazz después de las heridas que había sufrido su ego en su primer viaje a Europa. Se dirigió a La Fruta Donna a por una granada, a Key Food a por leche y una lata de Café Bustelo, a La Gran Uruguaya a por empanadas, donde se detuvo para ver cómo marcaban un gol en un partido de fútbol en Montevideo, y a la ferretería a por trampas para cucarachas.

—¡Amigo! —saludó a Hugo.

—Me alegro de que hayas vuelto —le respondió éste, y continuó con sus asuntos.

El hogar está donde la vida sigue y no se detiene en seco; donde a nadie le importa dónde has estado, porque si te lo preguntan o lo cuentas, haces el primer rasgón, y eso basta para que todo empiece a descomponerse de forma temeraria. El hogar está donde, en lugar de ello, te ponen al día de lo ocurrido en tu ausencia. ¡La tienda de kebabs se había convertido en una elegante quesería! Brooklyn se

estaba transformando; los nuevos vecinos adinerados proclamaban a los cuatro vientos que se mudaban allí por amor a la comunidad, pero en cuanto llegaban, cerraban sus puertas y empezaban a desmantelarla, porque tenían mucha riqueza y compartirla nunca había entrado en sus planes.

Cuando Sunny volvió a su estudio, sonó el teléfono y supo que era su madre. Como Hugo en la ferretería, Babita no le preguntó por Venecia ni mencionó la postal que había recibido. Tampoco mencionó a Sonia. En cambio, tenía algo que decirle.

Llamaba para informarle de que había accedido al plan de los tíos Ravi-Rana de vender la casa de Delhi. Tras tomar esa decisión, había empezado a preguntarse dónde podría establecerse y, en las primeras horas de la madrugada, cuando se telefoneaban las viudas, había consultado a amigas y conocidas que ya habían cambiado la ciudad por lugares más tranquilos donde retirarse. Varias habían tomado decisiones poco prácticas, románticas e ilegales. Saloni y Vivan habían recurrido al soborno para construir en terrenos forestales y destinados al pastoreo. Alva y Benjamin habían edificado cerca del Parque Nacional de Corbett, donde el río Jamuna, de color verde lechoso, casi saltaba por sus ventanas. Otras se habían trasladado a Dehradun, Nagpur y Mahabaleshwar. Algunas se acercaban al teléfono cojeando a marchas forzadas, con las rodillas flojas, y carraspeaban con entusiasmo: «¿Por qué no Panchgani?» Alguien le envió el folleto de una urbanización en un huerto de lichis, con ventanales del suelo al techo, una cocina de estilo italiano, hecha con módulos prefabricados, y una sala de meditación. Los promotores esperaban que los indios de Estados Unidos regresaran a su país en su vejez para disponer de una provisión inagotable de

criados baratos. Este «complejo residencial para jubilados» se había construido convenientemente frente a un hospital de lujo recién inaugurado, vinculado a una tarjeta de crédito pensada ex profeso para indios no residentes que ofrecía un descuento del quince por ciento en los gastos médicos.

Babita no tenía intención de mudarse a un lugar en medio de la nada ni de vivir entre indios no residentes tan insensatos que fabricaban casas de cristal en un clima abrasador y se dejaban estafar por hospitales construidos con el único propósito de estafarlos. Le contó a Sunny que, cuando le habló a Vanya sobre su situación, ella exclamó: «Vaya, estás de suerte. Siempre caes de pie, ¿no?» Umberto la había informado de que tenía que volver a Milán porque su madre había sufrido un derrame cerebral, así que iba a vender la Casa das Conchas. El tono de voz de Vanya («Siempre caes de pie, ¿no?») le indicó a Babita que Vanya envidiaba su posible buena suerte. Comprendió la necesidad de actuar con rapidez. «La casa será prácticamente imposible de mantener», le dijo Vanya. «Ojalá pudiera mudarme a un piso cómodo en Panjim, pero Cecil está enterrado aquí y aquí me quedo.»

Babita recordó el pasadizo abovedado que formaban los árboles del templo y la imponente escalinata que conducía a la Casa das Conchas, pintada de blanco con un ribete azul oscuro. Las habitaciones, recordó, eran de techos altos y solemnes, con baldosas hexagonales de color rojo intenso, de tal manera que uno se sentía como si estuviera en el fresco interior de una ermita. Le habían gustado los amplios armarios de teca sobre patas de león extendidas y las austeras camas elevadas con tablones para disfrutar de la brisa, con doseles tejidos a ganchillo por viudas, solteronas y monjas

en la residencia de ancianos católica de Chandor. Le había gustado el brillo de las palmeras y los bananos; el verde en cada ventana y puerta, un verde que seguía brillando a través de las rendijas y las cerraduras cuando estaban cerradas. Le habían gustado las lámparas de cristal soplado transparente, tan sencillas como el organismo marino más simple, y los abanicos que colgaban como arañas de largos y delgados tallos del lejano techo con celosía labrado con una geometría de estrellas. En la cocina, le había gustado la pátina de la lumbre que habían dejado los fuegos de cáscaras de coco de cientos de años, y las aberturas entre las tejas del tejado, inclinadas para evitar la entrada de los torrentes monzónicos, dejando aun así pasar la luz. Los cuartos de baño daban a un patio interior donde se podía colgar la ropa interior para que se secara con discreción. En el *balcão* había un ventilador para instalarse a gusto y, oculto tras las sombras graciosamente curvadas de las conchas moldeadas, ver el mundo pasar y cotillear sobre los vecinos. A un lado, había una sala del altar en buen estado, y aunque ella no era religiosa, apreciaba la sobriedad de la religión, y el aura de una casa cuya arquitectura sugería que los residentes eran respetuosos con la tradición, solícitos con los abuelos y los sirvientes, con la comida y los cuidados repartidos según la jerarquía, desde una mesa fastuosa hasta el arroz sobrante para los mendigos y los perros callejeros de la puerta trasera. Pensó que esa serenidad regia podría ayudarla a cultivar una calma igual de regia en su interior.

—Sunny —dijo regiamente—, tú y yo pronto seremos los propietarios de la Casa das Conchas, una mansión de más de

trescientos años de antigüedad, hogar de los comerciantes que navegaban en el *Husnara*, el *Paloma* y el *Nagini* entre Goa y Zanzíbar, y, en los últimos tiempos, residencia del *signor* Umberto. Ya sabes que los extranjeros tienen un don para restaurar casas, preservando la historia y al mismo tiempo poniendo baños y cocinas cómodos, cosa que a nosotros los indios, seamos sinceros, no se nos ocurriría ni en un millón de años.

—¡¿Qué estás diciendo?! —gritó Sunny hacia el auricular.

—Voy a vender mi parte del parque Panchsheel, como me aconsejaste.

—¿Yo te lo aconsejé? Pero ¿por qué mudarse a Goa? ¡Eres urbanita!

—Cuando tu cuñado se ha jugado tu seguridad en tratos con el hampa —dijo Babita—, cuando la ciudad está tan contaminada que te arden los ojos y te duele la garganta como si quisieras llorar, y cada vez que te aventuras a salir de casa hay un altercado, lo mejor es rendirse. Como tú mismo dijiste, Goa tiene el aire de la India del pasado. Busco un rincón tranquilo donde relajarme y ver la puesta de sol sobre el mar Arábigo durante esta segunda mitad de mi vida.

Aquella forma de hablar no era propia de su madre. ¿Había comprado la casa para vengarse de sus tranquilas vacaciones con Sonia? Si era así, podría habérselo ahorrado. Sonia y él nunca volverían allí para ser inocentes y libres, porque ya no lo eran. «Hemos sido felices por un tiempo.» Oyó la advertencia de Sonia en su cabeza. «Tal vez deberíamos casarnos.»

—Recuerda —continuó Babita— que tus primos contrataron a unos matones para desalojar la propiedad contigua al bar discoteca Olive, y un hombre resultó muerto y se desató el infierno, lo que quizá

explique por qué el tío Rana no ha lanzado a sus matones contra mí, porque le preocupa que se repita, pero no hay garantía de que no lo haga si me niego a vender.

—No conoces a nadie en Goa, aparte de Vanya —le dijo Sunny—. ¿En qué ocuparás tu tiempo?

—Muchos *dilliwalas* se están mudando allí, a bloques de hormigón en los arrozales que son idénticos a los pisos de Delhi. Los Punja, por ejemplo, pobrecitos, que son tontos de remate. Hay un festival intercultural de cine, música y danza, y están intentando poner en marcha un festival literario.

Sabía que eso atraería a Sunny.

Vini-Puni se habían quedado cerca escuchando, y cuando Babita salió de su dormitorio, desde donde había llamado para asegurarse de que no la oían, las sorprendió en la escalera.

—Últimamente no paráis de revolotear como moscas.

—Tía, ¿estás vendiendo nuestra casa?

—Todavía no la he vendido, ¿no? Estos asuntos a menudo se van al traste.

—¿Qué pasará con mis estudios? —le preguntó Punita.

¿Acaso tenía Babita el deber de enviar a Punita a esa lujosa escuela?

—Haré lo que pueda, pero, al final, son tus padres los que tienen que responsabilizarse de ti.

Vinita y Punita adoptaron la expresión contenida y dubitativa que Babita asociaba con la clase servil.

—Pero no podemos separarnos —dijo Vinita—, no será seguro para nosotras. No es seguro que unas chicas estén solas.

Al día siguiente, Babita le contó a Sara su situación.

—Vinita es una pésima cocinera —replicó su amiga— y Punita tiene unos aires que no le corresponden, trata a mi marido como a un igual. Las has malcriado, y nadie en su sano juicio se responsabilizaría de dos mujeres jóvenes.

Sin embargo, al día siguiente llamó para decir que una amiga, una mujer soltera que daba clases de economía, necesitaba ayuda. Tal vez podría convencerla para que las acogiera juntas, si una cocinaba mientras la otra limpiaba. Sin embargo, la escuela benéfica quedaría demasiado lejos para que Punita pudiera asistir.

La venta de la casa del parque Panchsheel se llevó a cabo de manera ordenada y rápida, como sólo podían ser las operaciones en el mercado negro. El comprador, afincado en Dubái bajo el misterioso nombre de Sheherzade Investments Ltd., poseía varias propiedades en Delhi, donde un primo lo representaba mediante un poder notarial. Los tíos Ravi-Rana y Babita se dirigieron a la oficina municipal, una agradable casa de una sola planta donde se registraban las ventas: ellos en un coche y Babita detrás en el suyo con Bahadur al volante. Se hicieron fotos, firmaron numerosos formularios, certificaron las firmas ante notario y por fin, tras un largo día de espera, cada uno recibió un giro bancario por la parte de la transacción correspondiente al dinero limpio, que Babita podría utilizar para comprar la Casa das Conchas. Y entonces, por increíble que parezca, se acabó todo. La enemistad que se había tragado décadas de su existencia se evaporó tan de repente que todos se sintieron un poco cohibidos.

El caballero que había representado a su primo de Dubái regresó a la casa con los tres, y allí sacó de una bolsa de plástico un pequeño Ganesh de esteatita y puso ante él flores y una barrita de incienso. Luego abrió una caja de dulces y la pasó.

Babita se puso en contacto con la profesora de economía, quien le dijo que sólo comía comida continental y le pidió conocer a Vini-Puni en persona. Cuando llegaron al piso de R. K. Puram, Babita presumió de la habilidad de Vinita para hacer raviolis y ñoquis mientras las dos hermanas esperaban con la cabeza gacha como si las estuvieran castigando. Cuando preguntó dónde dormirían las chicas, la profesora le respondió que el único sitio disponible era la cocina, y que podrían compartir la letrina, que estaba en la azotea, con los criados de los otros pisos.

—Pero tendríamos que dormir con la cabeza entre la bombona de gas y el cubo de la basura —protestó Vinita, de camino a casa.

Babita se avergonzó de sí misma cuando replicó:

—Si vive sola y únicamente le gusta la comida continental, no será tan difícil, ¿no?

—¿Y qué pasará con mi escuela? —preguntó Punita.

Por la noche, Babita vio a Vinita y al chófer de los Habib apoyados en el sedán de los Habib. Ella apoyó brevemente la cabeza en su hombro y, cuando se iba a ir, él la agarró de la mano. Vinita se rió; su risa era de alegría. Babita esperó a que las chicas se retiraran a su habitación antes de llamar a Sunny y decirle con la mayor naturalidad:

—Pronto verás un ingreso en tu cuenta. El cheque que he recibido se destinará a la compra de la Casa das Conchas. El resto del dinero te lo transferirán a ti.

—¿Por qué a mí?

—Me gustaría invertirlo en Estados Unidos. De todos modos, acabará siendo tuyo y es más fácil enviártelo ahora.

—Pero ¿cómo lo enviarán?

—Tus tíos se están ocupando.

—Mamá, esto debe de ser ilegal...

—¿Quieres todo formal y correcto? ¡Ya sabes cómo te pagamos el máster!

Sunny recordó lo que había olvidado. Cuando no le renovaron la beca, hubo una crisis. La abuela de Sunny, Minnie, le había dicho: «Mira, puedo enviarte el dinero, pero con una condición: no preguntes de dónde ha salido.»

Y en su desesperación, Sunny, aun sabiendo que se trataba de dinero negro, respondió: «Gracias, lo acepto.»

Babita lo había consolado: «Para enrolarte te admiten con una beca que no tienen ninguna intención de renovarte, así que ¿qué haces? Pagar de una forma u otra. Es una estrategia comercial. No creas que en Estados Unidos son tan honestos.»

Él nunca se lo había contado a nadie. Ni a Ulla. Ni a Satya. Ni a Sonia. Lo había enterrado.

Babita entró a matar.

—Así, cuando vaya a América, no seré una carga para ti.

¿Qué había querido decir con lo de ir a América? ¿Para siempre? Sunny no le dijo que, al volver de Italia, le esperaba en el buzón, junto con un nuevo fajo de menús de Qué Rico Taco!, su Green Card.

51

Sunny se detuvo en su banco de la avenida Roosevelt, bajo las vías del metro, más allá de Mister Cangrejo, de Bueno y Barato, de los bufetes de abogados de extranjería especializados en procesos de deportación y de las chinas e hispanas ligeras de ropa que buscaban clientes para los salones de masaje. El banco estaba abarrotado de inmigrantes indigentes. ¿Cómo diablos iba a comprobar si había llegado a su cuenta medio millón de dólares cuando la mayoría de los allí presentes apenas tenían cincuenta? Con alivio vio que aún no le habían hecho la transferencia y que nadie que pasara por allí y mirara por encima de su hombro se sobresaltaría ni se ofendería. Sostuvo la puerta a una pareja diminuta con bombín y chal peruanos, que le dio las gracias con el agudo trino de los pájaros.

En un momento de sincera angustia, Sunny se confesó a Darko, el colega que se sentaba a la mesa de al lado en la oficina de Associated Press.

—Mi madre me está involucrando en un asunto corrupto.

Darko se compadeció.

—No te vas a creer lo que hizo la mía. Puso mi nombre en el contrato de un apartamento de vacaciones en multipropiedad en Atlantic City, supuestamente como regalo de cumpleaños, y luego incumplió los pagos, con lo que arruinó mi calificación crediticia.

Ahora no hay forma de que me concedan un préstamo y no sé cómo llegaré a fin de año. —Al cabo de unos minutos, añadió—: ¿No podrías prestarme un par de pavos para comprar un *bagel*?

—Claro, ¿me traes uno a mí también? De sésamo o de semillas de amapola.

Tras unos mordiscos, Sunny notó que se le cerraba la garganta y lo dejó.

—¿No tienes hambre?

—No puedo comer —dijo con las manos en puño.

Así que Darko se comió su *bagel* y el de Sunny, cosa que a éste le irritó. Y su irritación lo irritó aún más.

Puede que Jackson Heights fuera más *cool* que Italia, pero ¿cuánto tiempo podría Sunny aguantar esa precaria existencia, con lo justo en la cartera para uno o dos *bagels*, o lo justo para un libro de segunda mano de Isaac Bashevis Singer sobre la mujer de un rabino y un ganso muerto que chilla? ¿Estaba llevando una vida estancada (arrastrado por personas en movimiento) sólo para escapar de su madre, a quien de otro modo tendría a su lado? Pero si seguía con esta existencia intrascendente esas personas le arrebatarían su destino. No había podido salvar a Sonia de su pasado ni podría salvar a Babita de su futuro, ¿verdad? No podía salvarse a sí mismo. Durante su estancia en Europa había comprobado esa carencia en su forma de pensar: su falta de libertad, su falta de ligereza. Debía liberarse de la trampa India-Estados Unidos-Estados Unidos-India de la misma manera que la generación anterior lo había hecho de la de India-Gran Bretaña-Gran Bretaña-India. Necesitaba una tercera vía, una vía alternativa, una especie de jazz, una improvisación sobre un raga.

En sus días libres Sunny empezó a investigar y se sorprendió al descubrir que todo un mundo de cuya existencia él ni siquiera había sospechado (y que sus colegas aparentemente habían mantenido en secreto), no sólo estaba allí, sino que se encontraba a su alcance, ahora que había obtenido la residencia en Estados Unidos. Se enteró de que Darko había pasado el invierno en Recife gracias a una beca de viaje que brindaba a los jóvenes periodistas la oportunidad de conocer el mundo en desarrollo, y de que otro colega como él colaboraba para un periódico de Nom Pen. Descubrió becas de intercambio de Berlín a Tokio, de Praga a Oaxaca. Había conferencias sobre la libertad de prensa en Ginebra y Bruselas, prácticas en Cartagena y Oslo, cursos de verano para profundizar en su oficio en Helsinki. Todo lo que tenía que hacer era presentar solicitudes sin tregua, y él sabía, por haber vivido con Ulla y por sus días en la universidad, que ninguna nacionalidad destacaba más en las solicitudes que la estadounidense. Para ellos la solicitud era como una carrera en sí misma: pedían cartas de recomendación a personas para quienes ellos mismos habían escrito recomendaciones, precisamente para poder algún día pedirles recomendaciones a cambio; escribían ensayos sobre su compromiso con los derechos de la mujer, los derechos de los homosexuales, los derechos de las minorías, los derechos humanos internacionales, aniquilando las escasas y poco profesionales solicitudes de las propias minorías con una persistencia vitaminada, tonificada y entrenada por un coach; imprimían impecables currículos en papel de calidad superior en impresoras de última generación, tras dejar la búsqueda de errores gramaticales y los retoques en manos de

profesionales entrenados en el lenguaje secreto de persuadir a los demás.

Y de entre los estadounidenses, los neoyorquinos eran los que más destacaban. «¡No podemos tener a nueve de doce personas de Nueva York!», protestaban con la boca pequeña las organizaciones, pero no podían evitar que los neoyorquinos siguieran sobresaliendo en sus solicitudes en todo el mundo, porque la ambición nunca descansaba en esa ciudad que nunca dormía. Y pronto tendrían no sólo demasiados neoyorquinos, sino también un número abrumador de neoyorquinos indios de la misma clase que Sunny, que gozaban incluso con más ventajas que los neoyorquinos blancos en los trámites de solicitud porque podían jugar de manera convincente la carta de la minoría, aunque ¿cómo puedes afirmar que formas parte de una minoría cuando vienes de un lugar que cuenta con más de mil millones de habitantes?

Sunny redactó una propuesta de proyecto que lo obligaría a viajar de un país a otro entrevistando a romaníes, que fueron los primeros migrantes indios. Rellenó una solicitud de prácticas para un periódico en inglés de Santiago de Chile. Para uno en Marruecos, para otro en Costa Rica, para otro en Praga. Se inventó razones para que le concedieran una beca Soros, una beca en un castillo de la Toscana, un faro en las Hébridas, un buque de carga. Solicitó una beca para asistir a una reunión de intercambio de ideas sobre el tema de las fronteras en Tepoztlán, famoso por ser el lugar de nacimiento de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada que unía el inframundo y los cielos. Rellenó unos formularios en los que se le pedía que demostrara su compromiso con la diversidad racial y de género y cómo pensaba contribuir al bienestar del planeta.

Babita lo telefoneaba cada pocos días (¿había llegado el dinero?) y le suplicaba que volviera a mirarlo. Ella misma volvió a comprobar los números de cuenta y de ruta que le había dado al tío Rana.

—¡Me están engañando, tus tíos me están engañando!

Sunny fue otra vez. Y otra. Se le cerraba la garganta y le entraba el pánico por la preocupación de no ser capaz de abrir la mandíbula y hablar llegado el momento.

—¡Algo va mal!

Babita lo llamó cada mañana a lo largo de una semana antes de acostarse.

Al sexto día, Sunny le comunicó que el dinero aún no había llegado y que al séptimo descansaría.

—No voy a comprobarlo el domingo. Estoy tan estresado que no puedo dormir ni tragar.

—Cualquiera estaría de acuerdo en que tienes una vida en Nueva York gracias a mí, ¿y ahora resulta que es demasiado pedir que te acerques al banco?

Sunny salió a correr por Northern Boulevard y más allá. Corrió, sin hacer caso de sus rodillas entumecidas, hacia donde los aviones que aterrizaban en LaGuardia casi le rozaban la cabeza. Se le ocurrió que tal vez no estaba intentando huir y agrandar su vida para ayudar a los demás, sino para escapar a un lugar donde no pudiera ayudar a nadie, donde pudiera simplemente empezar de nuevo y de una forma aún más anónima. Sin saber muy bien sus motivos, seguía convencido de que necesitaba hacer un cambio. Pensó en Satya. Si aún fuesen amigos, podría haberlo llamado. Pensó en Sonia. Si se hubieran mantenido en contacto, ¿habrían seguido tan distanciados?

Una vez más, Babita telefoneó para preguntarle por las rupias convertidas en dólares que había perdido.

52

—He ido a peor.

La sonrisa de Papá llegaba como de lejos. En el poco tiempo que Sonia había estado fuera, daba la impresión de haber adelgazado, y la palidez de su piel parecía enturbiada por una sombra. Aunque en Delhi no hacía frío, llevaba su bata de lana de Cachemira, e iba con gorro, guantes y bufanda de Kullu dentro de la casa. Sonia se dio cuenta de que había dado un par de vueltas al cordón con borlas de la bata.

Él no le preguntó nada sobre Venecia. En cambio dijo:

—¿Qué hay del amigo de Sunny? ¿No podría ayudarnos?

—¿El amigo de Sunny?

—¿No dijiste que su mejor amigo es médico en América?

—Se ha peleado con él.

—Ah.

Papá se levantó la orejera del gorro y la miró fijamente, como si tratara de entender a un loco. ¿A quién se le ocurre pelearse con un amigo médico?

Sonia se retiró a su habitación y se metió bajo la ducha epiléptica, luego se secó con la toalla raída y abrió el armario, que conservaba ese olor extraño y anodino desde hacía siglos, para sacar un pijama descolorido. Al deshacer su maleta de mano, encontró en uno de los

compartimentos un sobre grueso de papel veneciano. Dentro había un fajo de crujientes billetes de un dólar, suficientes para costear el billete de avión a Italia que Papá le había ayudado a comprar. ¿Quién podría haberlo puesto ahí sino Sunny? Lo primero que pensó fue que era su forma de decirle veladamente lo que ella ya sabía: que había decidido poner fin a su relación antes de complicar más las cosas y que con ese dinero aliviaba su sentimiento de culpa. Al recordar que ella le había sugerido que se casaran, sintió un odio y una vergüenza abrumadores, y quiso llamarlo de inmediato y acusarlo de tratarla como a una prostituta. Pero luego le vino a la cabeza el cuadro de Ilan montándola como a un perro callejero. Se había puesto en venta a cambio de vivir en la casa de un hombre rico. Ahora no podía pedirle a nadie que la quisiera. No escribiría ni hablaría con Sunny a menos que él se pusiera en contacto primero.

En las semanas siguientes, Sonia acompañó a Papá a ver a un sanador pránico que realizaba sus sesiones en el recinto del Ashram Aurobindo. Lo sentó en una silla ante una palangana llena de agua y se colocó frente a él con las manos en alto, primero como si estuviera sopesando una masa gelatinosa invisible y temblorosa, y luego como si tirara de algo casi imposible de extraer. A continuación Sonia y Papá fueron a un homeópata de South Extension y regresaron con cientos de sobrecitos de papel llenos de bolitas blancas. Fueron a la Casa del Tíbet a ver al monje médico que vivía en su consulta pintada de amarillo y granate que olía a hierbas, y volvieron con unas bolas duras y oscuras que debían moler en un mortero y hervir para preparar un brebaje asqueroso. Ferooza era

amiga del tío del mulá de Jama Masjid, del que se rumoreaba que era clarividente, y cuando Sonia llevó a Papá a su residencia de detrás de la mezquita para una audiencia, él tocó unas cuentas de rezo de jade y dijo que Papá no tenía por qué preocuparse, que el malestar que tenía era curable. Cuando el padre de Allahabad les habló a través de Mina Foi de un curandero llamado Michael Faith, famoso por sus manos milagrosas, hicieron cola junto con otros solicitantes en un lugar de Friends Colony, donde un hombre en chándal y con el pelo largo que se parecía a Jesús (si Jesús hubiera sido deportista) puso la mano en la cabeza de Papá y dijo que sin duda se recuperaría. Las lecturas y la reflexión que Papá había realizado en los últimos años le permitieron recibir el diagnóstico de Michael Faith y del sanador pránico con la misma seriedad con que recibía el de la doctora Pamela Lalwani. Y la enfermedad, según estaba descubriendo, era otro cambio en la vida que daba gravedad a un hombre bufonesco y abandonado.

Sin embargo, a pesar de los brebajes amargos, las manos curativas y las bolitas azucaradas, a pesar del ajetreo y las consultas que tenían la virtud de convertir el ambiente del piso en el de una clínica-taller, la salud de Papá no mejoró. Cuando Mina Foi envió con la hermana Teresa, que había tomado el tren nocturno, un *murgh musallam* que Khansama (sacado de su retiro para esta tarea) había cocinado entero en una olla de barro, Papá no pudo saborear el ave real de su infancia.

La mañana de Navidad, Sonia se despertó a las cinco, vio un filo de luz bajo la puerta de su habitación y encontró a Papá despierto e intentando levantarse, aunque le temblaban tanto las extremidades que no podía sostenerse. Chandu preparó una bolsa de viaje, y,

como Balbir Singh se encontraba en su pueblo para asistir al funeral de su padre, llamó a la parada de taxis que había junto al vertedero en descomposición, donde los conductores dormían en catres al aire libre y dirigían el negocio desde una tienda con teléfono y una caja fuerte de acero cerrada con llave.

A las seis y media de la mañana, después de avanzar lentamente a través de la niebla y la contaminación, con el sol aún oculto en la penumbra invernal, llegaron a una clínica de diagnóstico y centro asistencial que se hallaba en las tranquilas afueras de la ciudad, en Mehrauli. A Papá lo asistió enseguida un equipo de enfermeras que le hablaba sin cesar en un inglés transformado por el ritmo del malayalam.

—*Aiyo-aiyo, ande vande mande?* —respondió Papá débilmente, intentando burlarse con una frase sin sentido.

Las enfermeras se callaron. Lo ingresaron en una habitación privada y le pusieron un gotero.

Esa misma mañana, después de que Sonia llamara al número del seguro médico que figuraba en la tarjeta de la cartera de Papá, entró un empleado de la clínica en la habitación con una carpeta llena de papeles entre los cuales había un formulario de opinión. Papá, uno de los primeros empresarios que había introducido conceptos de negocios globales modernos (por mucho que el joven Atul Gupta despreciara la versión laica que él proponía), trató débilmente de instruirlo.

—Primero se presta el servicio, y sólo después se le pregunta al cliente si ha quedado satisfecho. ¿Entiende? El formulario de opinión viene después del servicio.

El hombre se puso agresivo.

—Pero tengo que devolver a mi jefe este formulario rellenado.

—¡Entonces explícaselo a tu jefe!

—No es de los que escuchan.

Papá garabateó: «Servicio aún no prestado.»

—¿Por qué ha escrito eso? He acudido a su llamada. En dos horas como mucho estaba aquí. Ahora mi jefe se enfadará conmigo.

Cuando acabó el horario de visitas, Sonia esperó en el vestíbulo, donde habían rodeado la estatua de Ganesh de la entrada con una ristra de luces de Navidad, de tal modo que las orejas, la trompa y la barriga de elefante se encendían y apagaban en rojo y verde. Confiaba en que le dieran el alta a Papá, pero un médico en prácticas le informó de que habían decidido retenerlo unos días más para hacerle unas pruebas, y a las diez de la noche Sonia pidió otro taxi, que en un momento apareció envuelto en la niebla de contaminación. El conductor llevaba un pañuelo en la boca para protegerse, el taxímetro también discretamente envuelto en un paño, una imagen del gurú Gobind Singh sobre el volante y pegatinas de *kirpan* en el retrovisor. Regresaron a través de la ciudad oscura, pasando por delante de trabajadores de la carretera que dormían en la acera y de un campamento *basti* de casuchas de cartón cerradas durante la noche con toda la firmeza que pueden ofrecer los cartones, las maderas contrachapadas y los trapos. En casa, Sonia corrió las cortinas con fuerza: no es reconfortante mirar el gran cielo nocturno cuando uno se enfrenta solo a una situación traumática.

Sintió que la histeria se apoderaba de ella. Tenía ganas de culpar a alguien, pero ¿a quién? Entonces pensó que había dos culpables: su madre, que la había abandonado a su suerte, y su padre, que se ha-

bía quedado solo. Ambos se habían empeñado en llevar una vida que acabaría obligándola a acompañarlos sola al hospital. Ahora había llegado el momento.

Llamó por teléfono a su madre, que no parecía creer que Papá estuviera enfermo.

—Siempre armaba un gran revuelo, incluso por un simple resfriado, reclamando atención.

—Esto no es un resfriado —espetó Sonia.

Llamó por teléfono a Mina Foi.

—Yo también he perdido el apetito —respondió—. Si la comida está tibia, me cuesta comer, pero la madre superiora me mima, se asegura de que me sirvan los *chapatis* bien calientes. Aunque, por una misteriosa razón, el helado me entra de maravilla.

Sonia colgó.

Había alguien más a quien culpar. Ahora culpaba a Sunny de no haberla salvado. Sabían demasiado el uno del otro. Se repitió la promesa que se había hecho a sí misma: si él llamaba, hablaría con él; si no, se abstendría.

Se descubrió con el teléfono en la mano. Tal vez había malinterpretado el dinero que había encontrado en el bolso, tal vez había malinterpretado lo que había pasado...

Llamó, colgó, llamó, colgó. Devolvió el auricular a su horquilla y se fue a acostar.

Se levantó de la cama con frío y volvió a llamar. Colgó. ¿No adivinaría Sunny que era ella y le devolvería la llamada?

Y entonces lo hizo. Sacó de su escondite en el fondo del armario el catálogo de la exposición de Ilan que se había metido en el bolso. «De Toorjen Foss desmonta la mirada orientalista sin renunciar al

surrealismo, aunque no hay etiquetas que puedan confrontarse a su singular sensibilidad. Los cuadros son moralmente ambivalentes. Nadie es víctima en su mundo. Todos los individuos absorben las cualidades de su antagonista.»

La introducción la había escrito la misma efusiva historiadora del arte y comisaria que había redactado el artículo de *Le Monde*. Según ella, Ilan retrataba a la mujer de un modo enigmático y complejo, inusual en un pintor. No se podía negar que se trataba de mujeres cuya vida estaba definida por hombres, pero los cuadros desmontaban los supuestos. Eran mujeres vulnerables pero fuertes, dañadas y obstinadas, malcriadas y coquetas, dominantes, provocativas, seductoras, engañosas. La obvia falta de una lente feminista demostraba estar mucho más cerca del feminismo que el propio feminismo.

La autora citaba a Ilan: «He aprendido de las mujeres toda mi vida. Mis abuelas, mi madre, mis tías y mi ex mujer, a la que sigo agradecido. No quiero que compadezcáis a la joven que se acuesta con el hombre espantoso. Ella tiene algo que ganar y lo busca ferozmente. Ella es tan manipuladora como patético es él, y tan patética como manipulador es él. Yo la respeto.»

Cuando pintas algo, seguramente algo de su fuerza vital pasa a ti. ¿Badal Baba pertenecía ahora a Ilan? ¿Le pertenecía ella? Pero, entonces, ¿no pertenecería también el pintor al sujeto?

En sueños, Sonia volvía a subir por el sendero de nieve hacia las montañas nevadas de Hewitt. Una bestia invisible la seguía. Ella se volvía una y otra vez. Tenía miedo de la bestia, de sus pisadas insonoras. Tenía miedo del hombre de la casa de la colina. ¿Qué buscaba? En el cristal de la ventana veía el rostro oscuro del

hombre, que sufría una crisis de vergüenza e inexistencia que sólo la fama podía vengar. La fama era una criatura de las tinieblas que se alimentaba mejor pasada la medianoche. La fama requería talento, requería agravio, requería estudio, requería persistencia. La fama siempre estaba hambrienta, y era inteligente. Estaba en lo alto de la cadena alimentaria. Se alimentaba de otros para subsistir. En el ir y venir de Ilan había apremio; debía alcanzar una fama tan grande y tan rápidamente que cualquiera que intentara ignorarla sería ignorado. Él se volvería real, la verdad se volvería falsa, cualquiera que se encontrara con él se convertiría en un fantasma...

¡Zas! El susto la despertó. El repartidor había arrojado el periódico de la mañana al balcón delantero. Chandu lo recogió y se lo llevó a Sonia junto con la bandeja del té. Ella lo desplegó. En la primera página aparecía el apellido de la familia de Sunny: «Los Bhatia del parque Panchsheel.»

Se metió el periódico en el bolso, se puso unas gafas de sol como si necesitara disfrazarse (de hecho, lo necesitaba) y se apresuró a ir al centro asistencial. Al subir los escalones, vio (¿podía ser cierto?) que se llevaban a Babita Bhatia en una camilla.

—¿Tía Babita? —se le escapó a Sonia.

Pero la mujer también llevaba gafas de sol. No respondió, aunque arqueó una de sus cejas perfectamente depiladas.

—¡Mira!

Sonia le pasó el periódico a Papá.

—¡«Los Bhatia del parque Panchsheel»! ¿La familia de Sunny?

—Sí. Acabo de ver pasar a Babita Bhatia en una camilla.

—¡Ajá! ¡Para escapar del interrogatorio de la policía!

DECIMOCUARTA PARTE

Si los mosquitos lo sabían, no lo dijeron

53

Un domingo, Babita telefoneó al tío Rana.

—El dinero aún no ha llegado a la cuenta bancaria de Sunny.

—Ten paciencia —le aconsejó él—. Sheherzade Investments tenía previsto vender algunas inversiones para pagarnos, pero resulta que han perdido su valor, ya sabes cómo es, así que ahora tienen que encontrar una alternativa.

—Bueno, pues yo no me voy a Goa hasta que se haya ingresado el dinero en la cuenta de Sunny. Informa a quien haga falta.

Cuando colgó salió al porche y respiró hondo, a la vez consolada y arrepentida ante su magnífica buganvilla, que con sus cientos de miles de flores magenta la había protegido de tantas cosas desagradables año tras año, y vio por casualidad al primo del comprador de Dubái que había firmado el contrato de compraventa mediante poder notarial llegar en coche y sacar dos grandes maletas que arrastró hasta la casa del tío Ravi. En esta ocasión llevaba una gorra de béisbol. Luego volvió a subirse al coche y se marchó.

Babita se dirigió de inmediato a la casa del tío Ravi.

—Oye, oye, ¿qué acabo de ver?

—¿Qué acabas de ver?

La mirada del tío Ravi revoloteó como una mosca de la fruta y se desvió rápidamente.

—¿Qué eran esas dos maletas? ¿Has recibido algún pago en efectivo o en oro sin que yo me entere?

—¿Qué maletas? —dijo asomando a su rostro una clarísima expresión de culpa.

—Da la casualidad de que estaba mirando, Ravi.

—Estás imaginando cosas, y tienes motivos para estar paranoica. En este preciso momento nos están vigilando.

—¿Quién?

—A Rana todavía lo vigilan para asegurarse de que paga sus deudas, y si a él lo vigilan, a nosotros también. ¿Iba a ser yo tan tonto como para guardar lingotes de oro o dinero en metálico en casa, justo después de vender la propiedad? Sería como guardar diamantes sin medidas de seguridad en vísperas de una boda.

Ella admitió que sería de una estupidez supina, y aunque sentía poco respeto por su cuñado, seguramente no era tan tonto. Sin embargo, conociendo a Ravi, ¡vete a saber!

De repente, ella empezó a empujarlo utilizando los dedos de los pies como si fueran garras para abrirse paso, y él, pillado desprevenido por semejante treta, empezó a empujarla también y a exclamar:

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas! —Luego cedió—. Está bien, te lo contaré. Un amigo ha recibido el soplo de que unos inspectores de Hacienda iban a allanar su casa, y me ha preguntado si podía dejarme unas maletas. Creo que están llenas de teléfonos móviles ilegales.

—¡Mentiroso! —gritó, y empezó a arañarlo de nuevo.

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas! —gritó el tío Ravi.

El tío Rana se asomó por la ventana de arriba (debía de estar mirando) y los llamó:

—¡Ravi bhaiya! ¡Babi bhabhi!

—¿Qué? —respondió el tío Ravi, aliviado por esa distracción.

—No dejéis que los *babalogs* vuelvan a la India. Los hijos tienen que mantenerse lejos, o el hampa irá a por ellos.

—¿Por qué querría el hampa ir a por ellos? —preguntó Babita bajando el pie que tenía sobre el tío Ravi.

—Hemos vendido la casa y querrán su parte.

El tío Rana cerró la ventana y no abrió cuando Babita cruzó, tocó el timbre y aporreó la puerta.

Babita regresó a su parte de la casa, y cuando Vini-Puni volvieron después de pasar el domingo con sus padres (sin duda las maletas se habían entregado deliberadamente el día de asueto de los criados), les dijo:

—¡Me están engañando los dos! Alguien acaba de llevar unas maletas bien cargadas a la puerta del tío Ravi, y el tío Rana estaba mirando desde su ventana. ¿A qué hora vuelven a casa sus cocineros los domingos por la noche?

—A veces cerca de la madrugada —respondió Vinita—. Se quedan bebiendo con sus amigos y vuelven borrachos.

—Punita, ¿puedes subirte al muro trasero que da a la propiedad del tío Ravi y decirme si ves algo? —La ágil Punita, delgada por haber sufrido desnutrición infantil, seguramente podría hacerlo—. Coge la escalera.

—Tía, ¿y si me pillan? No podré saltar del muro al suelo por el otro lado.

—Quizá puedas salir por la ventana del piso de arriba y bordear el parapeto.

—Tía, me caeré.

—Ve a la azotea de los Habib con mis prismáticos. —Luego recordó al señor Habib sentando a Punita en su regazo y soltándole: «¡Di que soy tu único novio!», y cambió de opinión—. Vinita, ve tú.

Vinita regresó.

—Las cortinas están echadas.

—¿Crees que el chófer de los Habib estará dispuesto a entrar? —se preguntó Babita—. Le pagaré.

Vinita se quedó mirándola.

—Tía, ¿y si el tío llama a la policía?

—Ni siquiera aquellos a los que cuido como si fueran mis propios hijos quieren ayudarme —se quejó Babita—. Mientras tanto, rechazáis oferta tras oferta... así que no tendréis trabajo cuando me vaya a Goa, y yo tampoco tendré dinero para daros.

Esa noche alguien llamó y colgó, llamó y colgó, llamó y colgó, llamó.

—¿Sunny? —respondió ella—. ¿Sunny?

—No, soy yo —dijo una voz masculina que no reconoció.

—¿Quién?

—¿Quién es usted?

—Es usted quien ha llamado. Primero tiene que decir quién es.

—¿Y usted? *Kaun?*

—¿Quién?

—*Kaun?*

—¿Usted?

—¿Quiéééén?

Colgó. El teléfono volvió a sonar. Oyó una respiración pausada.

—¿Intenta amenazarme? Es inútil. No tengo lo que busca. No soy yo quien tiene maletas llenas de dinero y de lingotes de oro. Puede comprobarlo en la casa de al lado, que es de mis cuñados.

Aquella noche tuvo, por primera vez, un sofoco menopáusico que no identificó como tal; estaba segura de que era su mente atormentada lo que le provocaba esa sensación, como si le hubieran metido brasas encendidas en la cama. Se quitó el camisón y se tumbó desnuda. «Ratty, tú me has metido en esto.» Y cayó en un estupor.

En la casa de al lado, el tío Ravi había pedido un *gustaba* a una pareja de pandits cachemires exiliados que regentaba un negocio de comida a domicilio. Mientras comía, volvió a ver *Casablanca*. No tenía a nadie a quien decirle: «Siempre nos quedará París», así que se dijo a sí mismo la frase, mirándose al espejo y levantando una copa de martini especial en un gesto autocomplaciente. Pronto partiría hacia Dehradun. En el jardín de la casa que había alquilado allí crecían juntos un coral y un árbol de amaltas, y el cielo seguía siendo azul. Todos los días pasaba por allí una bandada de monos traviesos que hacían muecas y abrían el grifo del jardín para beber.

Dos puertas más allá, el tío Rana corrió las pesadas cortinas de su dormitorio, que olían a tabaco, y se acercó a su caja de puros Romeo y Julieta, donde guardaba una llave que abría un armario con chaquetas, y del bolsillo interior de un chaleco deportivo sacó otra llave que abría el vestidor, donde, bajo una hoja de periódico que cubría una estantería, encontró la llave del baúl negro que una vez contuvo el ajuar de su abuela, y dentro de él, en una bolsa de ante, la llave del *almirah* Godrej de acero. Desde allí accedió a la caja

fuerte con una llave escondida en un desgarrón del forro de un maletín que estaba en el estante superior, y sacó su pasaporte y el billete para la mañana siguiente. Se había enterado de que habían transferido su dinero a Nueva Zelanda. Pronto saldría a hurtadillas, pisando con cuidado con sus zapatos de suela blanda, y se pondría en camino, dejando atrás las deudas. Al igual que su hermano, se miró en el espejo. Pensó que era un hombre especialmente feo. Su rostro lo había vuelto insatisfecho y ambicioso. Se había esforzado más, había disfrutado más de la vida. Se puso sentimental por marcharse en ese momento de triunfo. Ya echaba de menos la atracción irresistible de los negocios ilícitos, de las cacerías ilegales de antílopes negros, de poner los pies encima de la mesa del restaurante y mover los dedos de los pies recién arreglados entre los mangos de la sobremesa mientras hablaba con grandilocuencia sin que nadie se burlara. Sintió nostalgia de las discotecas y el hipódromo, de las chicas del servicio de acompañantes, Patty, Jahanara, Bubbles y Ruby. Nueva Zelanda no iba con él: según le habían dicho sus hijos, allí la gente veía con malos ojos la ostentación y la diversión desmesurada. Sería castrante.

El tío Rana se rió al pensar en lo furiosa que se pondría Ruby al enterarse de que había escapado a lo Houdini; nunca más aplacaría su mal genio con sus besitos de patita. Se cortó los pelos que le salían de las orejas, las fosas nasales y la verruga de la mejilla mientras pensaba con ilusión en el recibimiento que le harían Chiki-Chika. Ser un padre rico inspiraba lealtad y amor. Ya le habían preparado una tarta de fresa y nata y una pancarta: «¡BIENVENIDO A AUSTRALIA, PAPÁ!»

Las pruebas eran muy reveladoras: la copa de martini vacía del tío Ravi en el fregadero de su cocina. Los pelos de las orejas, la nariz y la verruga del tío Rana en el lavabo de su cuarto de baño.

Aparte de eso, no se descubrió gran cosa a la mañana siguiente, cuando el personal encontró al tío Ravi y al tío Rana con el cráneo destrozado por un objeto pesado. ¿Quién los había golpeado? Si las lagartijas de la pared lo sabían, no lo dijeron. Si los mosquitos lo sabían, se atiborraron de sangre y no lo dijeron. Si el espejo lo sabía, se negó a devolver la imagen. Si los chóferes lo sabían, dijeron que habían estado durmiendo a pierna suelta en Shahpur Jat-oh, aunque ya se había averiguado que el chófer Bahadur no había ido a trabajar. Si los cocineros lo sabían, dijeron que era su noche libre y que la habían pasado con otros criados del mismo pueblo, con los que se reunían cada domingo..., oh, pero ¿dónde estaban Vini-Puni? Babita subió por la escalera de caracol que conducía a las habitaciones de los criados y se vino abajo. Vini-Puni habían desaparecido. Sara Habib le fue a informar de que el chófer de Allahabad tampoco se había presentado a las siete y media de la mañana.

La policía llegó en tropel. Precintaron la escena del crimen. Miraron por todas partes y no encontraron ninguna puerta forzada ni el arma del crimen, pero sí pisadas, huellas dactilares y un trapo con cloroformo. ¿Habían huido Vini-Puni, Bahadur y el conductor de Allahabad por miedo a que los acusaran? ¿O eran ellos los asesinos? ¿Los había reclutado el hampa y habían matado por una miseria? ¿O habían secuestrado a Vini-Puni con cloroformo? ¿Secuestrado? ¿Por qué? Para venderlas como prostitutas, se sugirió. Eso le había pasado a una chica en Begumpur, donde vivían los padres de Vini--

Puni. Cuando la policía fue a Begumpur a informar a Gunja y a su marido (el vendedor de huesos) de la desaparición de sus hijas, encontraron su cuarto vacío y cerrado con un candado. Cuando la tragedia golpea a unas niñas pobres, sus padres, impotentes, se ven obligados a desaparecer para que no se los culpe. Deben intentar escapar de la segunda, tercera y cuarta tragedias que inevitablemente seguirán a la primera. Nadie recordaba el nombre del pueblo de donde venían; los vecinos se negaron a hablar. Cada vez estaban menos seguros. No sabían nada de nada.

Sonó el teléfono en casa de Babita. La misma voz masculina, lenta y grave.

—Márchese inmediatamente. O la llevarán muy muy lejos... Muy lejos...

—¿Quién es usted?

—Muy muy lejos... Váyase ahora... o...

—¿Quién es usted?

—¿Usted? —dijo su interlocutor.

—¿Quién?

—¿Usted?

Babita vio que el agente investigador la observaba al otro lado de la ventana. Él levantó la barbilla, le guiñó un ojo y se rió. Luego entró, se sentó con las piernas cruzadas en el sofá y le pidió un vaso de agua.

—*Behenji*, *pani pilau*.

Babita se desmayó. Cuando volvió en sí, lloriqueaba y gemía temblando.

—*Ploiwwww* —dijo—. *Bbbb aaam ooo*.

No podía formar palabras. El corazón le retumbaba y latía desbocado. Estaba segura de que estaba sufriendo un infarto.

Más tarde, el señor Habib entró en su dormitorio y, aunque ya no había nadie que pudiera oírlo, agachándose, le susurró al oído:

—Ingresa en un hospital por trauma psicológico. No digas nada a nadie. Está claro que la policía está metida en esto; están interrogando y torturando a los criados de toda la calle.

El padre de Babita, el coronel, llamó por teléfono.

—Esto es serio, hija. Los tiene el hampa. No digas nada de nada a nadie.

—¿No crees que ha sido un simple robo que ha salido mal?

—Es poco probable, y si descubres cómo los han matado, puede que te maten a ti. No presiones para que se investigue. Cuanto menos sepas, mejor. Corta por lo sano y vete.

—El señor Habib me ha sugerido que vaya al hospital.

—¡Hazlo, será más seguro!

Se dio cuenta de que su padre no la había invitado a ir a Allahabad. ¿Desconfiaba de ella? ¿Se preguntaba por qué no era sospechosa, por qué era la única que estaba al corriente de las maletas con oro? ¿O sólo quería a su hija mientras no la persiguiera el hampa? ¿Quién era ella?

El señor Habib la llevó al centro asistencial de Mehrauli, en las tranquilas afueras de la ciudad. Mientras la trasladaban en camilla, una voz de mujer gritó: «¡¿Tía Babita?!» Esa voz le resultaba familiar, ¿no? No abrió los ojos, pero, tras las gafas de sol que había comprado en Nueva York, arqueó una ceja.

Se tragó las pastillas que le dieron. Era peligrosa la superficie, pero lo que se ocultaba debajo era mucho peor. «¡Ratty, pregúntale

a tu padre qué debo hacer! Él lo sabrá. Era un ladrón brillante, a diferencia de sus tres estúpidos hijos. Sólo la mafia puede contratacar a la mafia. Sólo un sinvergüenza más grande puede derrotar a otro sinvergüenza. ¡Dile que me diga qué debo hacer! ¡Dime si estoy en peligro! ¿Estoy en peligro? Tú eres mi marido. ¡Tienes que decírmelo!»

Oyó al fantasma de su marido responder con sus maneras melindrosas: «Lo que ha pasado, Babi Bibi, tenía que pasar. La corrupción engendra corrupción, la corrupción engendra asesinato, la corrupción engendra suicidio, el suicidio engendra suicidio, el asesinato engendra asesinato, el suicidio engendra asesinato, el asesinato engendra suicidio, el asesinato engendra corrupción...»

Recordó lo último que el tío Rana les había dicho a ella y al tío Ravi mientras ella trataba de entrar en la casa de Ravi, dispuesta a examinar las dos maletas: «No dejes que los *babalog* vuelvan a la India. Los hijos deben mantenerse lejos o el hampa irá a por ellos.»

El tío Ravi no tenía hijos. El tío Rana se refería entonces a sus propios hijos, que vivían en Auckland y no tenían previsto volver nunca. Y se refería a Sunny. ¡Sunny! ¿Sunny?

Sunny no podía reconocer la voz de su madre, que arrastraba las palabras bajo el efecto de los sedantes.

—No puedo creerlo —dijo, porque ¿qué más podía decir?—. ¡No puedo creerlo! No puedo creerlo, no puedo creerlo, no puedo creerlo.

—Había sangre por todas partes —le contó Babita articulando lentamente las palabras—. Salía en un hilillo por debajo de las

puertas. ¡No vuelvas! «No dejes que los *babalog* vuelvan a la India, o el hampa irá a por ellos», ésas fueron las últimas palabras del tío Rana. Debía de saber que esto podía pasar.

—¡Podrían haberte asesinado!

Babita bajó la voz.

—¿Puedes comprobar una vez más si han ingresado el dinero en tu cuenta? —le preguntó mansamente.

—¡Tu codicia ha acabado en asesinato, mami! —se le escapó a Sunny—. ¡¿Y me preguntas si ha llegado el dinero?!

Huyó del teléfono y salió a correr. Corrió al encuentro de una ventisca que descendía en espiral desde Canadá. No se desvió para evitar a los transeúntes; pasó corriendo por en medio de una pequeña procesión que también luchaba contra la tormenta silbante. La encabezaba una banda de vientos. ¡Parumpara! ¡Parumpara! ¡Bum! ¡Bum! Unas mujeres vestidas de negro con mantillas negras de encaje llevaban estandartes, y bajo un sombrilla había una imagen de la Virgen de Guadalupe bordada en hilos azules, plateados y dorados. «¡Sálvame!», le rezó él al pasar, a la madre que nunca le pediría a su hijo que cometiera un acto corrupto. «¡Sálvame!» Y siguió corriendo hasta los salones de masajes y los *dim sum* de Flushing. «¿Masaje? ¿Masaje?», llamaban las mujeres.

54

SWEETZ N NUTZ; MR. BILLIKEN'S CHAPATI RESTAURANT & MESS; PETER ENGLAND-HONEST SHIRT. Todas las mañanas Sonia veía los mismos letreros de camino a la clínica, donde esperaba coincidir con los médicos en sus rondas matinales. Todas las tardes, a Papá le bajaba la fiebre, lo que hacía sospechar a los médicos que tenía malaria, y le recetaban pastillas para combatir la enfermedad, así como medicinas contra la tuberculosis, por si acaso. Luego le administraron antibióticos, también por si acaso. Lo visitaron expertos en riñones, corazón, diabetes, páncreas, hígado y huesos. Al principio discutían, pero al pasar los días parecían incómodos y empezaron a evitar a Sonia. «¿Dónde está tu madre?», le preguntaban.

Tocó el timbre varias veces cuando Papá tuvo ganas de ir al baño para que le desconectaran el gota a gota y, al ver que nadie acudía, salió corriendo al pasillo, donde, en un pequeño sofá de dos plazas, dormían varios chicos nepalíes, unos encima de otros como cachorros. Eran adolescentes y no se despertaban, hasta que los zarandeó y los levantó. Pero ya era demasiado tarde, el pijama de Papá estaba empapado de orina. Sonia les gritó a los chicos adormilados y luego se detuvo: ¿de dónde habían salido esos chavales desvalidos que cuidaban día y noche de los enfermos del hospital? ¿Quiénes eran sus padres y dónde estaban? Sólo querían

volver a soñar. Estaban dormidos incluso mientras cambiaban las sábanas.

Salió a tomar el té al jardín del centro asistencial, donde los cuervos y las cometas revoloteaban como ceniza en el cielo, como si fuera un crematorio. Observó a las familias que llegaban sin cesar para celebrar un nacimiento: los miembros más jóvenes tocaban los pies de los mayores y se pasaban cajas de dulces unos a otros. El desfile de bebés recién nacidos le pareció una afrenta. Era obsceno e irresponsable que la gente siguiera trayendo niños al mundo y lo celebrara.

Sonia perseguía a los médicos por el pasillo y los esperaba en las esquinas. Cuando la veían llegar, ellos intentaban escabullirse lo más rápido posible. Le hablaban como si ella tuviera la culpa: «Las pruebas no están dando resultados.» Empezaron a enviar a Papá a otros hospitales para que le hicieran más pruebas. Fueron al hospital Batra para una resonancia magnética y al Ganga Ram para una biopsia. Allí el médico tenía un calentador eléctrico, un sillón y una exquisita lata de galletas de mantequilla surtidas. Le ofreció a Sonia el sillón y le abrió la lata para que escogiera. «Pero ¿dónde está tu madre?», le preguntó. Se llevaron a Papá para realizarle una aspiración ósea. Sonia cerró los ojos y se estremeció al imaginar el dolor que estaría sintiendo su padre, pero él se mantuvo estoico. Después de la intervención, aguardaron largo rato en la sala de espera a que un empleado del laboratorio les entregara en un pequeño maletín de plástico plano las muestras de la aspiración del ganglio linfático axilar derecho y los bloques de parafina y portaobjetos de los estudios de médula ósea de la cadera. Antes de que Sonia y Papá se marcharan, el ayudante de la silla de ruedas,

que aparentaba tener unos ochenta años y vestía un pijama tipo *kurta* blanco por delante y negro por detrás (era evidente que se había sentado en algún sitio sucio), le dio unas palmadas efusivas a Papá, abriendo las manos hacia los lados como anémonas después de cada una, como si tomara indistintamente de la buena y de la mala suerte, de la supervivencia y de la muerte. Tras recoger su propina, les aseguró que todo estaba en manos de Dios, y se quedó inclinado en un *salaam* mientras se alejaban en el coche.

Al día siguiente por la tarde, los médicos le diagnosticaron a Papá un cáncer del sistema linfático. La situación era crítica, dijeron; había que trasladarlo de inmediato a un hospital más grande con un ala de oncología. Lo sacaron de allí como si les preocupara que muriera en sus manos. Sonia le metió en la maleta el pijama, el neceser, el nuevo teléfono móvil, el poncho apolillado que le habían regalado Dadaji y Ba al volver de su vuelta al mundo y que a Papá le gustaba llevar por cierto *je ne sais quoi*, las zapatillas y el libro de Faiz.

En la mano del tiempo no está el rodar de mi destino
En la mano del tiempo ruedan sólo los días, eso es todo

Con la sirena sonando a todo dar y el monitor cardíaco vibrando, se desplazaron en ambulancia, pasando por baches, surcos y socavones. Los conductores tocaban la bocina.

—¿Puedes creerlo? —dijo Sonia—. ¡En vez de apartarse para dejar pasar una ambulancia, los coches intentan adelantarla!

—¡Maldita ciudad punyabí! —exclamó Papá, con los ojos cerrados —. Es terrible lo que hicimos con mi padre —añadió—. Tiramos sus

cenizas en agua sucia, con porquería por todas partes. Pase lo que pase, no me eches ahí.

Circularon hasta el enorme complejo del hospital Athena. El portero medía casi dos metros y tenía un bigote que se enroscaba hacia arriba, una tripa imponente envuelta en una amplia faja morada a juego con el ribete y la cola del turbante plisado, y un *achkan* adornado con una doble hilera de botones de latón pulido. Parecía sacado de un cuento infantil. Era una visión engañosa, por supuesto. Papá y Sonia se disponían a entrar en un mundo que distaba mucho de ser un tranquilo centro asistencial donde nacían bebés y donde mujeres adineradas escapaban de los interrogatorios policiales tras el asesinato de sus familiares. Sonia se concentró en empujar la silla de ruedas de Papá y abrirse paso entre la multitud. Unas mujeres con burka bajaron de un vehículo deslumbrante y, después de que unos traductores les dieran la bienvenida, subieron rápidamente a las habitaciones privadas de lujo mientras el personal descargaba una multitud de maletas. Pasaron mujeres nigerianas con turbantes, hombres con trajes pastunes y una chica con botas altas negras, pantalones cortados y el pelo teñido de rubio, que hizo volver todas las cabezas mientras se quejaba a su padre de cabellera plateada y bastón de marfil: «¡Pero si no parece un hospital para ricos!»

En la unidad de cuidados intensivos se tenía la sensación de estar bajo el agua: los pacientes permanecían tumbados en camas tortuosas, con mascarillas, jadeando y atados, cada uno con su propia colección de bolsas de plástico suspendidas en ganchos, llenas de líquidos que les administraban o les drenaban. Papá le hizo

señas a Sonia. «Vete a dar un paseo, Sonu», le susurró, «no te quedes aquí».

Ella salió. En la entrada del aparcamiento había un templo y, al otro lado, una fuente seca en la que las familias habían extendido sábanas y se habían acomodado. Más a la derecha del recinto del hospital había una nave con aspecto de hangar donde las familias de los pacientes podían vivir durante semanas o meses, si era necesario. En ese hangar, avisaban por un sistema de megafonía deficiente cuando se necesitaba a alguien: «Auxiliar Mirza, cama 1105. Auxiliar Pal, cama 219.» Las ventanas estaban abiertas, pero no soplaba ni una brizna de aire, y el aspecto y el olor de la ropa sin lavar, las sábanas, la comida, el sudor y la orina recordaban los de un campo de refugiados. La gente desaparecía en los aseos encharcados y salía peinada y aseada como para una entrevista de trabajo, confiando en que, si parecían ser alguien, tratarían a su pariente como a alguien y no lo despacharían como a un miembro anónimo de los pobres anónimos y descartables.

Sonia salió del hospital y se adentró en los terrenos contiguos, donde el ayuntamiento tenía previsto hacer un parque. Habían plantado unos cuantos árboles *ashoka*, que crecían rápido, pero los plantones aún no habían arraigado. Siguió adentrándose en lo que parecía un desierto en expansión y se encontró con un hombre que vendía huevos y té. Había colocado una tabla sobre unos ladrillos y había puesto encima algunos paquetes de biscotes. Sobre un hornillo tenía un hervidor de agua y en una olla patatas cociéndose para comer con pan. Un camino irregular y transitado conducía hasta él. Más adelante había un hombre sentado en una silla de plástico leyendo el periódico mientras lo afeitaban. A su alrededor había

basura esparcida, envoltorios. ¿Por qué allí? Para algunas personas era un lugar especial, era su hogar, un rincón donde relajarse, aunque no había ninguno de los elementos que suelen marcar una zona de descanso: un árbol, un edificio o refugio. Fuera de una obra en construcción con un cartel lo bastante grande para que se viera desde la autopista en el que se leía EL FORO, había aparcado un camión cisterna; el conductor se hallaba junto a un barril de agua destinado a la obra, lavándose y cepillándose los dientes. A un lado, en el carrito de una bicicleta, dormitaba un santón errante tapándose la cara del sol con sus harapos naranjas.

Cuando Sonia pasó, el vigilante de El Foro dijo en voz baja: «Ram Ram.» Al oír esas palabras y el tono fraternal con que las pronunció, como si le susurrara una contraseña, ella entendió que la había identificado como hindú y que estaba creando un vínculo de confianza para ofrecerle protección al verla caminar sola. ¿Y si le respondía «Ram Ram», ahora que su padre estaba enfermo y que su novio ya no era su novio? Se preguntó si la delicadeza del crepúsculo tendría algo de sagrado, si las lucecitas que se encendían sobre el vendedor de té se parecerían a las *diyas* de los templos. Ella, el vigilante y los peones camineros, que habían montado su campamento en las tuberías del alcantarillado (hasta que las enterraron y se quedaron sin hogar), ¿formarían todos parte de la misma imagen bucólica de paz vespertina, a pesar de la desolación? Pero ¿no había en esa protección la amenaza de su contrario? ¿Condenaría el «Ram Ram» a una musulmana como Ferooza a algo más allá de esta escena rota? Sonia pensó que le gustaría anotar esos pensamientos, pero ¿cómo hacerlo cuando no había ningún lugar donde apoyar un papel y un bolígrafo?

—¿Te has sentado en la fuente seca o has estado caminando sin rumbo? —le preguntó Papá con voz áspera, sintiéndose un poco más fuerte—. Habla con el director del hospital y dile que estás aquí sola, que eres una chica decente de una familia decente y que te gustaría sentarte en un lugar decente, que si puedes hacerlo en su despacho.

55

Sonia quería ser la mujer que dijera: «¡Odio las escenas! ¡Odio el melodrama!»

Pero montó una escena. Un melodrama.

—¡Tienes que venir ahora mismo! —gritó—. ¿Cómo puedes dejarme sola con esto?

Mamá preparó su maleta más pequeña y abandonó Cloud Cottage envuelta en la bruma espesa del amanecer, cuando las formas retorcidas de los robles deformes y las coníferas desgreñadas asomaban dramáticamente a través de la penumbra. A medida que descendía al valle empezó a angustiarse, pensando que no era ético quedarse en la casa del marido que había abandonado y encima verse de nuevo en deuda con él. Llevó su equipaje de una noche al cuarto de huéspedes, y todos fingieron no darse cuenta. Al menos el problema había vuelto a la familia.

Al día siguiente por la mañana, Mamá acompañó a Sonia al hospital, y Papá se animó nada más verla entrar. Abrió un ojo y asintió con aire de entendido.

—Tenemos mucho de lo que hablar —dijo como si su mujer hubiera vuelto para quedarse.

Cuando al poco rato volvió a sumirse en su enfermedad, lo hizo en un estado de júbilo.

—No puedes imaginarte los espectáculos que montan aquí por la noche —le dijo más tarde—. Las enfermeras se convierten en bailarinas del templo y todo el lugar se transforma en una arboleda iluminada por farolas.

¿Estaba alucinando bajo el efecto de los esteroides o el cáncer le había afectado el cerebro?

Mamá fue sola a ver al médico de Papá. Cuando salió de la consulta, tenía los ojos húmedos.

—Nada —dijo—. El doctor Mohan lo está intentando. Eso es todo.

Sin embargo, Mamá se alegró de reencontrarse con su biblioteca, y cuando por las tardes Sonia y ella se sentaban a leer, seguir las líneas de texto apaciguaba todo a su alrededor, como si el ritmo del pasar página o de la respiración contuviera a un mundo caótico. Sonia leyó a Nabokov y descubrió que nacía en ella, como en las montañas y el océano sin fin, un anhelo insoportable de un libro que sólo podía aplacarse escribiendo. Lo cogía y lo dejaba, lo cogía y lo dejaba.

Mamá leía los diarios de Tagore. Había encontrado una fotografía de Tagore pegada en las páginas de los cuadernos de su padre, lo que corroboraba la historia que éste le había contado sobre su encuentro en Berlín. Tagore estaba de pie con su túnica como un profeta, y en el extremo derecho estaban su padre, con un chal, y su tío Bibhu, con pajarita. Debajo se leía: «Schokolade y yo, 1926.» ¿Siegfried le había puesto el apodo de «Schokolade» a Bibhu? ¿Siegfried le había pedido prestada a Bibhu la *pashmina*? ¿Bibhu le había pedido prestada a Siegfried la pajarita?

En la página siguiente del diario de su padre había una fotografía de un busto de bronce de aspecto solemne. Debía de ser de cuando

Siegfried presentó a Bibhu al escultor Kolbe, que también había fundido un respetuoso bronce de un joven africano, la noble cabeza de un chino, figuras de jóvenes arias que encontraron el favor del Reich o un busto de Franco que regalaron a Hitler. ¿Y qué había sido de la réplica de Bibhu que Siegfried había transportado a la casa ancestral en la campiña ribereña, a varios días en barco desde Daca? Nadie lo sabía, porque ese tío al que Mamá nunca había conocido, que había destacado en el movimiento de liberación contra los británicos, había muerto de una neumonía contraída en prisión. En 1926, paseando cogidos del brazo por el Tiergarten, no podían imaginar lo que ocurriría.

—¿Dónde está Badal Baba? —le preguntó Mamá de repente.

¡Badal Baba! ¡Sonia aún no había confesado la pérdida del amuleto!

—Lo dejé en Nueva York con una amiga —mintió a medias.

—Eso es un error imperdonable, Sonia. —Mamá tomó aire bruscamente—. ¿Qué amiga?

—Mi estudio no era seguro y se lo dejé a Lala. Cuando volví a la India, ella estaba de viaje.

¿Y si Mamá veía una reproducción del cuadro de Badal Baba de Ilan? Podría aparecer en las revistas extranjeras de la sala de lectura del Centro Internacional de la India, por ejemplo, perturbando las noticias somnolientas del pasado. ¿O si Ilan volvía a la India a pintar y concedía mil y una entrevistas? Sonia sintió que se mareaba.

—Volveré a buscarlo.

—Pero no has conseguido un visado para Estados Unidos.

Mamá se dio cuenta de que su hija mentía. Parecía haber perdido el rumbo. ¿Por qué no le había dicho que había estado en Italia?

—¿Dónde está ese chico, Sunny?

Sonia le dijo a su madre que Sunny y ella habían puesto fin a su insignificante idilio.

—Viene de una familia de criminales. ¿No leíste las noticias sobre los asesinatos del parque Panchsheel? Asesinaron a sus tíos y secuestraron a dos criadas.

¿No era casi un acto criminal lo que había hecho Sunny al abandonarla?

—¿Y si Sunny hubiera estado en Delhi y tú con él? ¡Podrían haberte matado! —exclamó Mamá.

—Sí —respondió Sonia.

¿Por qué se sentía entonces como si hubiera formado parte de la trama? Estaban sucediendo cosas malas porque ella había perdido a su deidad protectora. ¿Cómo iba a llevar luz a su oscuridad interior si no recuperaba a Badal Baba? No había un camino racional.

¿Mamá la habría presionado más si ella misma no se hubiera sentido culpable? Se levantó y miró hacia la mezquita. El doctor Mohan, el especialista en linfomas, era un hombre voluminoso, de figura amorfa y expresión triste.

—Sé que su marido quiere vivir —había dicho—. Intentaremos darle tiempo, pero el pronóstico no es prometedor.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Descubrimos el cáncer cuando ya estaba en el estadio cuatro. No creo que aguante el año.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—De tres a nueve meses.

Mamá le dijo a Sonia:

—Tu padre saldrá de la UCI mañana. No tardará mucho en volver a casa, y luego recibirá varios ciclos más de quimio y radioterapia con períodos de descanso entre ellos. Necesito volver a las colinas.

Tal vez Sonia, Papá y Chandu habían confiado en que la intensidad que rodeaba la enfermedad de Papá diera lugar a una reconciliación al estilo Bollywood, a un resurgir del amor, a una efusión emocional. Lo anhelaban y todo parecía conducir a ello. Pero no se produjo. De repente, Chandu se puso a llorar a moco tendido.

—¿Qué pasa?

Mamá se alarmó y lo levantó de donde se había arrojado a sus pies.

Lloriqueaba como un niño. Tenía la sensación de que Mamá no lo valoraba a él ni tampoco su comida. Al mismo tiempo, nunca se había olvidado de la vez que había caído enfermo con una gastritis y ella lo había cuidado, llevándole a sus aposentos leche caliente, como le había recetado el médico. Un marido y una esposa deben llegar a un acuerdo, deben reconciliarse, porque la civilización misma se basa en la capacidad de un marido y una esposa para vivir en armonía. De lo contrario dejaba en situación de riesgo a personas como Chandu, que apenas podía depender del Gobierno.

—¿El Gobierno? ¿Tengo que compensar yo las deficiencias del Gobierno?

Sonia guardó silencio. Reconocía que el cansancio y la decepción que sentía eran el cansancio y la decepción de lo inevitable. Lo cierto era que Mamá no tenía el deber de cuidar de un marido al que había abandonado. Papá nunca le habría concedido el divorcio, pero ella seguía sin ser su esposa. Sonia también sabía que cuando se ha

perdido el respeto por una persona hay que alejarse. Se puede gritar y exigir que resucite el amor, pero no sirve de nada; eso no se logra gritando y exigiendo. Mamá había aguantado en su matrimonio hasta que no quedó ni una migaja de su amor que la hiciera recapacitar.

Antes de que Mamá subiera al coche que había pedido al servicio de taxis instalado junto al vertedero, madre e hija se fundieron en un abrazo.

—Ven a Landour cuando necesites tomarte un descanso —le dijo, haciendo de esa despedida algo corriente y temporal.

Sonia, aferrándose a su madre con el corazón vacío, de repente contuvo el impulso de morderle el cuello. Se apartó y vio cómo el coche doblaba la esquina y seguía su camino hacia Cloud Cottage. A ambos lados de la calle, los vecinos también observaban: los Sharma, abiertamente desde su balcón; los criados, desde las azoteas; la señora Joshi, que se jactaba de su discreción, desde detrás de la cortina.

Incluso un hospital se convierte en un hogar. Trasladaron a Papá a una habitación individual de la UCI y se familiarizaron con las enfermeras, Princy, Rency, Rani, Sonam, Gracy Philip, Gracy Matthew y Jessy Matthew. Cuando cada una de ellas le preguntó por separado, sorprendida: «¿Su señora no se ha quedado?», Papá respondió valientemente: «¿Acaso es mi criada? Ella tiene su vida y yo la mía. Así es como quiero que sea.»

A Sonia le dijo: «¡Dios mío, parecía una bruja *pahari*! Me llevé un susto de muerte al verla.»

—¿Es usted un *kebabi-sherabi*? —le preguntó al doctor Mohan.

El médico bajó la vista con nostalgia.

—Ya no.

—Pues venga a mi casa y cambiará de opinión: tengo el mejor cocinero de kebabs de todo el maldito mundo. El *galawati*, el *kakori*, el *shikampuri* servido con un *tawa ki roti aanch pe*. Lo cocinas sobre un *tawa* puesto al revés, con un poco de *ghee* en la masa, y lo acabas de hacer directamente al fuego, como un *joker topi*, ya sabe, ese sombrero triangular del que sale humo por la punta.

Le dijo a la enfermera Rency que le apetecía un coñac. Llamó a la dietista.

—Quiero jamón. ¿Puedo comer jamón?

—¡No, hombre! —exclamó ella moviendo el dedo—. ¡En este hospital nunca le darán jamón!

—Pero puedo darle tarta de chocolate o pudin —intervino la enfermera Jessy, que en adelante se convirtió en la favorita.

—¿De dónde eres, Jessy? ¿De Kottayam? Todas las enfermeras se van a América. Tienes que ir. ¿Cuánto ganas aquí?

A Papá se le veía gris, pero su mirada se clavó en ella con una intensidad renovada.

Jessy dio la vuelta a la pregunta, avergonzada.

—¿Cuánto pagan en América?

—Mucho, pero tienes que pagar por todo. Aquí te dan alojamiento, te dan comida...

—Sí.

—Pero mi futuro yerno vive en Nueva York...

—¿Quién? —le preguntó Sonia.

—Sunny Bhatia —respondió Papá—. Y un día mi hija se reunirá con él. De hecho, el mejor amigo de mi futuro yerno es médico...

—¿Quién?

—¿Cómo se llama su amigo? ¿Por qué no trabajas con él en el hospital? Así, cuando ella te necesite, estarás ahí para cuidarla. ¡Se está haciendo mayor!

—¿Quién? —dijo Sonia—. ¡¿Yo?!

—¡No! Mi mujer. Tengo una mujer. ¿No la has visto? Entonces ella podrá ir a América, y tú estarás allí para ayudarla, ¿de acuerdo? —Y a Sonia le dijo—: Envía a Jessy a América.

—Pero allí ya tienen enfermeras.

—Olvídate de esas moles. Coge a una de estas chicas.

Se abrió una pequeña grieta en la coraza imperturbable de Jessy, quien, por un momento, pareció ansiosa.

Cuando hubo salido de la habitación, Sonia dijo:

—Pero, Papá, ¿no te acuerdas de que ya no estoy con Sunny?

—¿Ah, no?

—Ya te lo dije. Rompimos.

Él sintió pena al ver la cara de su hija.

—Pero ¿no fuiste a Italia para encontrarte con él? ¿No se te iba a declarar allí? Si no lo hizo, ¿por qué no lo hiciste tú? Hoy día las chicas pueden tomar la iniciativa.

—Han asesinado a sus tíos, unos corruptos, ¿no te acuerdas? Salió en la portada del periódico.

Él reflexionó un momento.

—¿Ése era Sunny? Ahora lo recuerdo. Tu propia reputación sufrirá, mantén las distancias. Vestía como un canalla de la época eduardiana..., un tipo astuto. Ha salido huyendo, ¿verdad?

—¡No ha salido huyendo!

Para Sonia, era cuestión de orgullo.

—¿Dónde está, entonces?

—Debe de estar con una crisis nerviosa en alguna parte.

—Mira, Sonu, eso de las crisis nerviosas no es más que una forma de huida —le dijo asintiendo con aire de entendido—. Sólo tienes que decir: «Estoy raro y necesito estar solo.»

Papá recibió el alta del hospital seis semanas después de Navidad. Pidió hablar con el encargado del catering para despedirse.

—Un restaurante no lo haría mejor: ¡cocina china, continental, del sur de la India, del norte de la India, bocadillos! ¡Cinco opciones diferentes en un hospital!

Palmeó la mano de Jessy.

—Jessy, eres mi chica favorita. ¿Le has pasado tus datos a mi hija?

Para que Sonia se los diera a Sunny y Sunny se los diera a Satya, para que Jessy pudiera ir a América a cuidar a su mujer, que casualmente estaba en Landour..., pero eso era lo de menos.

—¡Burro, idiota! —le gritó al conductor contratado—. Yo conduzco mejor. ¡Para el coche!

—No puedes conducir —lo reprendió Sonia—; acabas de salir de la quimio.

—No me digas lo que no debo hacer. Chófer, baja y vuelve a casa por tu cuenta. Coge el autobús.

Y zigzagueando a toda velocidad por el lado equivocado de la calle, tocando la bocina a diestro y siniestro y maldiciendo por la ventanilla a cualquiera que lo insultara —«¡*Sala*, *bhenchoot*, que se

joda toda esa *jingbang*!—, Sonia y Papá llegaron a casa triunfantes mientras unas gotas dispersas caían en medio de una tormenta de polvo. El olor del polvo mojado es un placer intenso, fuerte y dulce, que recuerda al del campo y las rosas. Vigorizado al inhalar el perfume de su libertad, Papá volvía a ser el rey de sus dominios. Puso las piernas en alto y pidió su té *kahwa*, que Chandu le llevó en una bandeja, temblando por el alivio de tenerlo de vuelta en casa y la seguridad que eso le daba.

DECIMOQUINTA PARTE

¿Qué consuelo es ése?

56

En la mesa de centro estaban los libros de arte, de la pared colgaban las litografías de Daniell de ruinas dormidas, y cuando Babita se despertó en la Casa das Conchas a primera hora de la mañana, lo hizo con el apasionado canto de los pájaros y la visión de papamoscas del paraíso, suimangas, un pájaro carpintero, un zorzal silbador de Malabar y un martín pescador que vivía en un hueco de la pared de barro del lecho seco del arroyo, pero cazaba mosquitos desde lo alto del cable telefónico.

¿Y ahora qué?

La fruta del aparador estaba roída. El jabón del cuarto de baño había desaparecido.

—¡Buenos días, señora! —canturreó Olinda.

Babita había heredado a la criada de Umberto, Olinda, y a su chófer, Naresh. Ambos vivían en la aldea vecina y podían ir andando tranquilamente a la Casa das Conchas.

—La rata viene por la noche, señora —le aseguró Olinda.

—¿Desde cuándo comen jabón las ratas?

—La rata está sucia, tal vez quiera bañarse —dijo Olinda, y se rió.

Más tarde, le enseñó a Babita la barra de Lux que había encontrado en el jardín cubierta de tierra rojiza y cuarteada. Olinda llevaba vestidos, pendientes de oro y un aro en la nariz, usaba unas

gafas con montura dorada y se ponía jazmín fresco en el pelo. Babita siempre se sentía aliviada al verla, aunque después de lo de Vini-Puni, sabía que no debía relajarse y confiar en ella. Olinda se iba después de comer; hacia las cuatro de la tarde también lo hacía Naresh, y Babita se quedaba sola e indefensa ante la negrura profunda que envolvía el pueblo. No era seguro deambular sola por caminos rurales llenos de baches, y tenía que hacer un largo trayecto en coche, entre pueblos y aldeas, además de un pesado viaje en ferry, cada vez que quería visitar a algún amigo. Cuando le sugirió a Naresh que fuera de vez en cuando por la noche cobrando horas extras, él alegó que tenía mala visión nocturna, y frunció el ceño como si fuera una humillación trabajar para un indio en vez de para un italiano. La vida le había enseñado a Babita que la grosería no era garantía de honestidad. No debía confiar en él.

Iba de un rincón cavernoso a otro, seguida por el nervioso *Pasha*, que daba saltos al ver las patitas de las crías de lagartija que correteaban porque aún no habían aprendido a distinguir el suelo del techo. Los seguían los mosquitos, que llegaban al caer la tarde y que Babita encontraba por las mañanas dando cabezazos contra los espejos y los cristales de las ventanas, buscando una salida, incapaces de traspasar sus propios reflejos, y danzando en una especie de puja de sí mismos, un autocortejo marcado por su zumbido nasal.

También tenían la compañía, si podía llamarse así, del antipático anciano que vivía en la ruina invadida por raíces de baniano al pie del camino de entrada. Y la compañía de los perros atormentados por las pulgas que merodeaban a la espera de las sobras de arroz. En la estación de las lluvias, le dijeron, cuando se inundaban las

madrigueras de las serpientes venenosas, había una invasión. Entonces, muchos perros morían por sus mordeduras.

Babita tuvo un ataque de pánico. De repente la asustaba el Cristo blanco muerto clavado en su cruz de varios siglos de antigüedad que había en la sala del altar. ¿No era macabro tener a Dios torturado y chorreando sangre en tu propia casa? El Cristo sangrante, la madera oscura, el suelo de color sangre de buey, el voltaje que apenas se movía y los mosquitos que estaban dándose un festín con ella..., todo aquello le hizo recordar el asesinato de Ravi y Rana. Alguien sería asesinado también en esa casa y nunca se encontraría al culpable. «¡No veo! ¡No veo!», gritó. Había sido mancillada por las muertes de sus cuñados, como si fuera responsable de ellas. Hasta los extraños que la conocieran pensarían que era cómplice, ¿o por qué si no había sobrevivido ella cuando los otros dos habían sido asesinados en la misma vivienda, aunque ésta estuviera dividida? ¿Y dónde estaban las chicas? Vini-Puni podrían estar sufriendo un destino peor que la muerte. Ahora tenía todo el tiempo del mundo para pensar en ello.

«¿Por qué no ladraste?» Trasladó una parte de su culpa a *Pasha*, y él fue a buscar su gato de juguete por si era la respuesta correcta. Pero, por su tímido contoneo, estaba claro que hasta él sabía que era inútil.

Babita telefoneó a Sara Habib con el pretexto de darle su nuevo número, pero en realidad era para averiguar si tenía alguna noticia. Sin embargo, apenas pudo entender el torrente de palabras que Sara le soltó y que no tenían que ver con Ravi-Rana, sino con otra historia tangencial... ¿o no?

Le contó que el planchador fue el primero que vino a decirle que el chófer de Allahabad, junto con el personal de la sobria casa de huéspedes del final de la calle, propiedad de una farmacéutica que alojaba ahí a sus directivos de visita en la ciudad, regentaba un burdel informal en el vecindario, utilizando las habitaciones cuando estaban libres. Y uno de los hombres, que trabajaba en una oficina de impuestos clandestina, en un sótano situado unas casas más allá, dijo que el planchador (junto con los chóferes, los conductores de *scooter-rickshaw*, los taxistas y los tenderos) era proxeneta. Una criada admitió que ella, junto con otras criadas del barrio y algunas chicas del salón de belleza, se prostituían voluntariamente: ¿de qué otra manera podían ganar lo suficiente para sobrevivir con sus escasos salarios? Entre ellas, coincidieron todas, había lamentablemente una menor de edad. Y esa chica era Vinita.

—¿Qué estás diciendo? —gimoteó Babita.

Enrolló el cable telefónico alrededor de su mano, estrangulándosela. Quería enrollárselo al cuello.

La chica de la peluquería que fue a casa de Sara para depilarle las cejas y el labio superior le contó que Vinita le había confiado que el chófer de Allahabad le había dicho que, si querían estar juntos, tendrían que fugarse a Dubái, porque él ya estaba casado. Y si deseaba fugarse con él, debía ayudarlo a conseguir el dinero para hacerlo. Vinita había estado cumpliendo con su parte, casi habían reunido lo suficiente, pero su hermana se había vuelto cada vez más envidiosa. Seguramente había seducido al chófer y se había escapado con él.

—¿Y qué hay de ese trapo con cloroformo?

—Todo debe de estar relacionado, pero no sabemos cómo. No es una historia sencilla.

¿Los chóferes habían desaparecido porque regentaban un burdel o porque habían matado a Ravi-Rana? ¿El conductor de Allahabad y Vinita habían robado las maletas de oro? ¿Habían secuestrado a las dos chicas? ¿O Vinita y el chófer habían conspirado para vender a Punita a un burdel...? No, no, claro que no. Recordó a Vinita diciendo a su hermana: «Pero no podemos separarnos, o no será seguro para nosotras. No es seguro que unas chicas estén solas.»

Cayó en la cuenta de que la ciudad de Dubái estaba implicada por partida doble: el comprador de su casa estaba en Dubái y el conductor de Allahabad había dicho que pensaba marcharse a Dubái. El señor Habib le había aconsejado que huyera inmediatamente de Delhi y no dijera ni una palabra. Se preguntó si estaba relacionado con los compradores. Lo recordó abrazando los hombros de gorrión de Punita y diciéndole: «No tengas miedo, cariño.»

—¿Le hablaste a la policía de ese burdel?

—Por supuesto que no. Somos musulmanes, no podemos tratar con la policía.

En su casa de verano de Ranikhet, le contó Sara, los vecinos habían dejado sueltas a las vacas para que mordisquearan sus lirios. Ellos tampoco se atrevían a decir nada al respecto, y vivían aterrados ante la posibilidad de que una vaca enfermara o muriera y los acusaran de envenenarla.

Babita pensó en cómo los hindúes de su círculo a menudo murmuraban que la lealtad de un musulmán se hallaba inevitablemente fuera de la India; ¿cómo no iba a ser así tras las

oleadas de violencia sectaria? ¿No sería de idiotas ser patriotas? Encendió todas las luces, los numerosos interruptores escondidos tras cortinas y persianas, a ras de suelo y en lo alto de la pared. Nunca estaba segura de qué interruptor encendía qué luz, y la combinación de unos veinte creaba un resplandor inquietante. «Todo el mundo es corrupto, Ratty, así que ¿por qué no asesinan a todos? ¿Por qué sólo a nosotros? A tus hermanos los mataron porque tú pensaste que acabarían matándonos. Si actúas con aire de culpabilidad y crees en las represalias, el crimen te encuentra. Tan seguro como que el sol sale.»

«¡No me dejes, Ratty! ¡No me dejes sola! Te querré... ¡después de todo!»

Babita bebió Old Monk, dio pisotones para dispersar a las crías de lagartija descerebradas y leyó *The Navhind Times* y *O Heraldo*, que informaban de que una anciana de ochenta y tres años había sido asesinada en Ponda: ¿por qué y por quién? Nadie lo sabía. Y que una joven, recién divorciada y embarcada en una nueva vida, que había elegido la ciudad de Goa por su aparente cosmopolitismo, había sido violada y asesinada en una urbanización privada de acceso restringido en Sangolda por el vigilante, que había perdido su empleo después de que ella lo acusara de robarle el paraguas. Ese asesinato en particular había causado sensación: la joven era ex modelo y la prensa había acudido en masa a Goa. La revista *Vogue* británica la había fotografiado en los manglares con un cangrejo gigante y una cría de pitón; en el hotel Mandovi, con una falda de volantes y la mirada sensual de una cantante de jazz konkani de estilo clásico; en la basílica del Bom Jesus, murmurando oraciones bajo una mantilla mientras los sacerdotes en ciernes asomaban la

cabeza desde detrás de las palmas ornamentales en el jardín del seminario. Estas imágenes se habían reproducido por todas partes. La única imagen que tenían para mostrar de la anciana era la del carnet de la tarjeta de racionamiento, borrosa y con gesto adusto.

Babita pensó en su propio paraguas de Londres, que había comprado en la tienda de regalos del Victoria & Albert Museum. Tenía un diseño de William Morris y se llevaría un disgusto enorme si se lo robaran. Recordó su visita a Londres: *chori, chori.* Eso era lo que había murmurado el conductor indio del autobús al pasar por el palacio de Buckingham: *chori, chori.* Los tesoros de Gran Bretaña se habían obtenido mediante escandalosos robos y asesinatos. El diamante de la corona: *chori, chori, chori.* Toda la India perseguía sus joyas perdidas.

Se metió en la cama antes de tener sueño. «Era ingenioso», pensó. La casa de huéspedes de la empresa farmacéutica era la última edificación de la calle y estaba frente al mercado del parque Panchsheel, con sus pequeños comercios y oficinas. Un hombre inquieto podía telefonear y el personal llamaría a alguna criada del barrio (¡a Vinita!) que quisiera trabajar una hora por la tarde mientras su señora (¡Babita!) dormía la siesta. Una criada haría un pacto con el diablo sólo para disfrutar de una habitación con aire acondicionado y baño adjunto. A primera vista, parecería normal: sólo serían inocentes miembros del personal que hacían recados inocentes en el vecindario.

La noche era un purgatorio de diez horas en el que se mezclaban pesadillas y vigilia, sofocos relampagueantes y tórridos sudores nocturnos. Una y otra vez Babita repasaba las historias de Ravi-Rana-Vini-Puni. Una asesina regresa a la escena del crimen para

asegurarse de que no ha dejado ninguna pista: ¡debe de ser culpable! Pero por qué, cuando por todas partes se veía disfrutar de la vida a individuos poderosos físicamente distorsionados, como si hubieran engullido todo lo que habían robado, devorado a todos los que habían destruido. Vestían trajes ostentosos al estilo Bollywood, y organizaban bodas al estilo Bollywood para sus hijos, a las que asistían estrellas de Bollywood así como leyendas del pop estadounidense que llegaban en aviones privados para cantar en directo, cobrando millones de dólares. Entonces, ¿por qué ella se sentía así? Porque *no* era culpable. Eran los inocentes quienes sentían vergüenza al ver a los culpables. ¡Era por cargar con la vergüenza ajena que se sentía culpable!

Cada vez que se contaba la historia a sí misma, la retocaba. «Les dije a Rana y a Ravi que no aceptaría dinero negro. Tiene que ser limpio o no venderé.»

«¿Iba yo a deshonrar así la memoria del padre de mi hijo, a quien todos los problemas le vinieron por ser honrado? Eso fue lo que le provocó el infarto: ¡su honradez!»

Si eres un narrador con talento, no hace falta que todas las partes encajen; nadie advierte las fisuras. Sólo Sunny se daría cuenta. «¡Sunny! ¿Sunny?»

Se había fugado como si él mismo fuera culpable...

«¿Qué le pasó a nuestro dulce hijo, Ratty? Cuando envías a tus hijos lejos demasiado jóvenes, se convierten en extraños. Ya no sienten que deban luchar por la familia, por la comunidad, por la nación o por cualquier entidad más grande que uno mismo.»

Estados Unidos le había robado a su dulce hijo y lo había transformado en un extranjero que disfrazaba su egoísmo con el

mantra estadounidense de la individualidad y la autosuficiencia. Al atacar a Estados Unidos, justificaba a su Sunny. «Ratty, cometí un error al enviarlo al extranjero.»

¿Podría exonerarse a sí misma contándole a alguien la historia de su inocencia? Una historia que nadie escucha bien puede ser una historia falsa. ¿Debería invitar a Vanya a dar un paseo por la playa al atardecer? Las olas crearían una sensación de verdad eterna y la intimidad del crepúsculo podría aumentar la empatía de su oyente. Contando y volviendo a contar su historia retocada con el movimiento turbulento del océano de fondo, su inocencia podría convertirse algún día en una verdad tan intemporal e indiscutible como el mismo océano.

Vanya llegó de mal humor. El viaje desde Divar era muy pesado, y Babita había calculado mal la hora; el sol les abrasaba el rostro. Vanya se puso unas gafas de sol gigantes y se protegió la cabeza con su *dupatta*.

—¿Tienes o has tenido alguna vez sofocos menopáusicos? —le preguntó Babita, repentinamente sobrecogida como por una descarga eléctrica.

Le entraron ganas de meterse de un salto en el agua.

—No, nunca—respondió Vanya.

¿Por qué las mujeres se negaban a admitir la menopausia? ¿A qué venía esa vergüenza? Esa mentira.

—Vayamos a algún sitio con aire acondicionado —le pidió Vanya, y la otra confesión de Babita, la de la inocencia, quedó sin pronunciar.

57

A finales de mayo, el ambiente era demasiado denso para respirar. Babita tomó una bocanada de aire cargado de humedad antes de hablar.

—Olinda, ¿por qué hay tantos robos y asesinatos aquí?

—A veces hay algún robo.

La criada intentaba quitar el polvo de las vigas árabes con motivos de estrellas con una vara de bambú rematada con un plumero, pero cuando levantó la vista, el polvo le cayó sobre las gafas.

—Por la noche paso miedo —dijo Babita.

Olinda había nacido en el *vaddo* vecino y tenía un marido, Vincent, que había vivido en ese mismo *vaddo* toda su vida. Se agachó para limpiarse las gafas con el bajo del vestido y la miró como si Babita no alcanzara a comprender un sentido más profundo.

—Sólo está en su cabeza, señora.

—¿Cómo puedes decir que sólo está en mi cabeza cuando ha habido asesinatos?

Olinda asintió a medias, todavía escéptica.

—En todas partes pasan cosas. En Delhi también.

¿Qué consuelo era ése? Cuando Babita telefoneó a Vanya, percibió cómo el aislamiento de la isla fluvial se hacía cada vez más grande a través de la línea.

—Estoy durmiendo mal —le confesó—. Y no es sólo porque esté menopáusica en este clima infernal. Me preocupa tener todas las ventanas abiertas y sólo unos endebles cerrojos en las puertas. Las ratas entran y me roban el jabón; son demasiado grandes para las trampas.

—Eso es porque no son exactamente ratas —le explicó Vanya—. Son bandicuts, roedores de campo sigilosos con hábitos campestres y sensibilidad tribal. Actúan en grupos familiares, se suben a los cocoteros, trepan por las tuberías de desagüe.

—¿Qué consuelo es ése? ¿Es sólo mi desconocimiento del campo? ¿Tú nunca tienes escalofríos?

—La otra noche, sin ir más lejos —admitió Vanya—, pero luego se me pasó. Vienen y se van.

El silencio formaba galaxias de soledad palpitante.

—Tenemos cincuenta y tres años. Uno pensaría que somos demasiado mayores para tener escalofríos... ¿Te han robado alguna vez?

—Tres veces, siempre que caigo en un sueño extrañamente profundo. Una vez me quitaron el móvil de debajo de la almohada. Pero aquí rara vez matan como en las grandes ciudades, a menos que los sorprendas.

—¿Qué consuelo es ése? ¿No atacaron con un cuchillo a una mujer en Mapusa?

—Eso fue cosa de un loco.

—¿Qué consuelo es ése? Luego hubo un robo en Baga.

—Eso fue un asunto de drogas.

—¿Qué consuelo es ése? Luego asesinaron a una abuela en Assagao.

—Eso fue porque su casa estaba aislada en el lecho de un arroyo seco.

—Yo también estoy aislada. ¿Qué consuelo es ése?

—Son sobre todo forasteros que vienen aquí a robar.

—¿Qué consuelo es ése?

—Tienes que cambiar de mentalidad. Piensa que es tu casa y que no puedes tener miedo en tu propia casa.

Pero eso no tenía sentido para Babita. ¿Por qué Vanya no le había advertido del peligro antes de comprar esa casa? ¿Por qué no le había dicho Umberto: «No será segura para una señora sola y de su condición»?

—¿Quieres venir aquí a pasar la noche? —le preguntó Vanya.

—Naresh se ha ido.

—¿No puedes pedirle que vuelva?

—Dice que tiene mala visión nocturna. Incluso de día se está volviendo imposible. Le entra hambre y se pone hecho una furia. Se niega a comer comida de fuera y también a traerse su almuerzo: quiere irse a casa, a su *vaddo*, a comer arroz con gambas y curry y echarse una siesta. Si lo hago esperar, pisa el acelerador e insulta a los demás conductores. Pero no me atrevo a despedirlo; podría ser vengativo. ¿Has oído lo de la mujer que se quejó de que el vigilante le había robado el paraguas y, cuando lo despidieron, la violó y la estranguló?

—Pero eso fue un crimen de venganza y obsesión sexual.

—¿Qué consuelo es ése? —replicó Babita—. Mientras tanto, te confieso que estoy bebiendo demasiado ron aquí sola.

Babita aceptó la propuesta de Vanya de ir a ver una película francesa que iban a proyectar al aire libre en el jardín del centro

cultural de la colina de Altinho, y engatusó a Naresh ofreciéndose a pagarle no sólo las horas extras sino también una cena en Panjim con el chófer de Vanya, Falcon. *Jean de Florette* se proyectaba en colaboración con el consulado francés, y la presentó una francesa con tacones altos, un vestido de lino blanco con un ágata malva colgada de una larga cadena y un sofisticado maquillaje de ojos en tonos azul y malva a juego. Babita la examinó con detenimiento mientras hablaba sobre la universalidad de *Jean de Florette*, que contaba la historia de un forastero llegado de la ciudad con nociones románticas de la vida en un pueblo. Entre el público había otras viudas, varios jóvenes desaliñados y con el pelo largo que dejaban estelas de humo de cigarrillo (el tipo de gente que va a ver películas francesas en todas partes) y algunos jubilados y residentes extranjeros que Babita desearía conocer. Estuvo atenta a cualquier indicio de que la reconocían como la mujer de los asesinatos del parque Panchsheel. ¿Se estaba comportando con normalidad o murmuraba en alto sus pensamientos enfermos?

Al cabo de un rato, dejó de fijarse en el público o en sí misma. *Jean de Florette* era una película impactante y su historia la impresionó. Vio cómo los lugareños engañaban al caballero jorobado, que llegaba de París en busca de una vida saludable, y lo despojaban de sus tierras y de su manantial. Mientras se hacía de noche, los mosquitos y los murciélagos se agolparon en el cielo.

Cenaron en Saudade, junto al arroyo Ourem; la calle de fuera estaba tranquila a esa hora de la noche, la multitud que la cruzaba para dirigirse a la estación de autobuses al final de su jornada laboral había desaparecido y las mujeres que vendían pescado en el

puente de la parada de autobuses se habían ido a casa. Babita le dijo a Vanya:

—Esto es lo que me va a pasar a mí, lo que le pasó a Jean de Florette. Los aldeanos son poco amistosos. Podría acabar asesinada.

—¿Tú asesinada? Que asesinaran a tus cuñados no significa que te vayan a asesinar a ti.

Y entonces, a pesar de sí misma, todo salió a borbotones. Babita le contó a Vanya la historia que se había callado acerca de su inocencia, empezando por el testamento de su suegra Minnie, que la había dejado fuera, salvo por las menguantes inversiones y las hueveras de porcelana Spode que ahora habían desaparecido. Vanya disfrutó, pero cuando Babita empezó a hablarle de Ravi-Rana y los bajos fondos, estalló.

—O has participado de la corrupción o no. Desde que te casaste has disfrutado del dinero. ¡Has vivido toda tu vida adulta de él, ésa es la verdad!

Babita perdió los estribos.

—Pero si es bien sabido lo sinvergüenza que era Cecil.

—Nunca murió nadie asesinado, querida —replicó Vanya.

—¿Cómo voy a saberlo? No lo sé. Los muertos no hablan.

El dueño les sacó buñuelos de almejas recién fritos. Como miembro de la Legión Extranjera francesa había participado en emboscadas y atrocidades que ningún Gobierno admitía y de las que ningún periodista había escrito jamás, en países de los que pocos en la India habían oído hablar, de los que él mismo nunca había oído hablar hasta que estuvo en ellos.

—¿Sigues bebiendo más de la cuenta por las noches? —le preguntó Vanya, intentando subsanar la pequeña discusión mientras

pagaban la cuenta. Mejor dos viudas discutiendo que una viuda sin nadie con quien discutir. Mejor tres viudas yendo al cine. Mejor cuatro viudas desafiando la viudez—. Puede que el ron te esté dando pesadillas. Lo que yo hago es tomarme una taza de agua caliente al final del día para relajarme antes de dormir.

Naresh maldecía y casi se salió de la carretera cada vez que los camiones que avanzaban en sentido contrario lo cegaban con sus luces. Cuando llegaron a casa y apagó el motor, la oscuridad era tan densa que Babita buscó algún punto de luz, pero, aparte de una estrella, no encontró ninguno. Consoló a *Pasha*, que estaba escondido debajo de la cama. Cuando salió, temblaba y le fallaron las patas traseras. Ella puso agua a hervir, se sirvió una taza y dio unos sorbos, y al bajar por casualidad la mirada, encontró una lagartija joven en el agua hervida. «Ratty», sollozó. «¡Ratty, he envejecido antes de conocer la felicidad!»

58

Esperando en las sombras estaban Vini-Puni: «¡Sunny bhaiya, llévanos a América!»

Y el tío Rana se le apareció a Sunny en sus sueños: «Pero ¿dónde está mi cabeza? Me ha desaparecido la cabeza.»

El tío Ravi se unió al tío Rana, todavía en bata de cachemir: «¿Dónde están mis manos? Me han desaparecido las manos.»

El hecho de que lo siguieran, ensangrentados como espectros shakespearianos, hizo que Sunny sospechara que él era el responsable de sus asesinatos. Eso tenía que ser. Cada elemento de una escena cumple una función, incluso el clima. Él había visitado a hurtadillas a sus tíos, y el tío Ravi le había dicho: «Piensa en nosotros, que también necesitamos escapar.» Y el tío Rana le había dicho: «Por favor, Sunny, pídele a tu madre que venda.» Sunny había instado a su madre: «¿Por qué no te planteas vender la casa y poner fin a la batalla?» No se había hecho rico, lo que hacía que su madre se preocupara por su futuro. Al irse de vacaciones a Loutolim con Sonia, la había hecho enfurecer y la había empujado a comprar en un arrebato la Casa das Conchas. Y la desaparición de Vini-Puni estaba relacionada con el chófer de Allahabad, que se encontraba en Delhi porque Sunny se había negado a permitir que ella robara al inigualable Khansama de los kebabs.

Era fácil convencerse de un argumento que te señalaba como culpable, convertirse en aquello de lo que otros te acusaban, y era aún más fácil cuando tú mismo construías ese argumento. Sólo los culpables eran capaces de alcanzar la certeza y la convicción necesarias para anular la culpa cuando algo terrible sucedía dentro del propio ámbito de percepción. Eran ellos quienes avivaban un clamor de indignación lo bastante feroz como para que la verdad, aterrada, se escabullera. Sunny se preguntó entonces si se sentía culpable de haber instigado un asesinato precisamente porque *no* era culpable.

El fantasma de su padre le dijo: «Sunny, si eres corrupto, estás condenado; y si no lo eres, ¡también!»

«No hagas caso», se dijo a sí mismo en la mesa plegable de la cocina, con los puños a cada lado del plato.

Algo en sus entrañas se rebelaba, le gritaba que era un embustero, un falso hijo, un falso amante, un falso periodista..., ¡un farsante hasta para comer! Se estaba volviendo intolerante al picante: el aparato digestivo se le inflamaba, sufría hemorroides, los intestinos se le contraían con retortijones, tenía la mandíbula tan tensa que no podía abrir la boca para masticar. Lo intentó de nuevo, y de nuevo no pudo.

—¿Han encontrado a Vini-Puni? —graznó a través de la estrecha ranura de la boca cuando respondió a la llamada de Babita—. ¿La policía no tiene ninguna pista?

—Ni yo estoy en contacto con la policía ni la policía lo está conmigo. La han sobornado los del hampa, y por culpa de tus tíos, nosotros también estamos involucrados. Si causamos problemas, el hampa tomará represalias. —La voz de su madre sonaba

desesperada—. De todas formas, la policía no se tomará muchas molestias por alguien pobre, y los padres no tienen ningún interés en que se las encuentre. Nadie se casará con ellas después de lo ocurrido. Recuerdo el día en que su madre vino a rogarme que las acogiera, dos pajarillos de los arrabales... Bueno, ninguna buena acción queda impune. Nuestro propio país sigue rompiéndonos el corazón.

»Los asesinos podrían venir a por mí —añadió cuando Sunny guardó silencio, con la mandíbula cada vez más tensa y la oreja inflamada.

A lo largo de los días siguientes, la inflamación y el dolor en la mandíbula y la oreja se extendieron, y se le formó una gran protuberancia roja en la nuca que le empezó a palpitar. Luego la inflamación se le extendió por la columna vertebral. No podía moverse sin sentir dolor. No podía pensar. No tenía la mente en su sitio porque el mundo no estaba en su sitio. Estaba al revés, así que él también.

Se preguntó si alguna de las solicitudes que se había atrevido a presentar habría salido adelante. ¿La de un castillo de la Toscana? ¿O la del periódico en inglés para expatriados en Santiago de Chile? Podría desaparecer en la Patagonia como Bonnie & Clyde.

«Sálvame, sálvame, sálvame», le rezó a un Dios invisible. «Sálvame.»

Sálvame.

Y entonces se produjo el milagro. Cuando volvían a venderse hojas de mostaza frescas y mangos Ataulfo en las calles primaverales de Jackson Heights, Sunny recibió un correo electrónico en el que se le informaba de que el trabajo que había presentado al

concurso del PEN después de que Ulla lo dejara, *Leer a Hemingway en Allahabad, leer a Hemingway en Jackson Heights*, había ganado el premio anual de ensayo. Además de concederle una beca de viaje, se lo publicarían en *Granta*, la revista que Sunny veneraba. Al escribir sobre su fracaso como periodista, su nombre aparecería junto a nombres legendarios como el de Martha Gellhorn, Joan Didion, Carolyn Forché, y su héroe, Ryszard Kapuściński. La notificación elogiaba no sólo su ensayo sobre Hemingway, sino también «El Hombre de las Uñas», lo que indicaba que el comité no había sabido distinguir entre la falsedad de un intento y la verdad del otro.

Cojeando con un bastón y vestido con su *kurta* mostaza, Sunny entró en el Museo Americano de Historia Natural para recibir el premio en la gala del PEN y, bajo el esqueleto de ballena suspendido, junto a los huesos de dinosaurio, se reunió con los autores de moda mestizos y propietarios de casas de piedra rojiza de Brooklyn que tanto había envidiado y desdeñado. En la barra de cócteles comentó a alguien: «Por lo que veo, los escritores son los nuevos dinosaurios», y la persona le respondió: «Ah, sí, ése es el chiste que hacía Orfeu Cantu, ¿no?», con lo que Sunny entendió que un escritor famoso había hecho ese mismo chiste y ahora lo estaban tachando de imitador.

Las mesas delanteras las ocupaban los escritores famosos, con sus trajes de terciopelo, sus rastas recogidas en coletas, sus trajes retro y sus gafas de bibliotecaria. Los menos famosos se sentaban al fondo de la sala. Algunos de los que estaban delante se habían sentado antes atrás, y otros habían hecho el camino inverso. Sunny estaba sentado al final del todo, junto a la puerta de la cocina, que

no dejaba de abrirse y cerrarse, en una mesa de hombres aburridos de una inmobiliaria que se había sentido obligada a patrocinar la gala porque hacía negocios con una editorial. Pronto echaron un vistazo al reloj y se escabulleron, y Sunny se quedó solo escuchando los discursos autocomplacientes sobre escritores encarcelados que habían sido salvados de Cuba e Irán. Personas de color exponiendo y reforzando el complejo del salvador blanco. Estados Unidos podía destruirte y salvarte al mismo tiempo. ¿A él lo estaban salvando o él estaba jugando a salvar a otros?

Los autores famosos del público, con esa mezcla de cordialidad y suficiencia, hablaron durante la intervención del bibliotecario que había librado una batalla solitaria contra la censura de libros en Nebraska, pero se sumieron en un reverente silencio cuando Orfeu Cantu se levantó para hablar de sí mismo.

Los autores masculinos, hasta que migraban a los asientos delanteros de la gala, a menudo parecían salidos de un cubo de basura, reflexionó la jefa del comité del premio mientras Sunny se deslizaba hacia el escenario, pero una y otra vez se había llevado una sorpresa: por desaliñado que pudiera ser su aspecto o falsos, zalameros y detestables que pudieran ser ellos, despertaban el fervor de un grupo de atractivas fans. El año siguiente por esas fechas, Sunny podría ser la Cucaracha Kafka de Jackson Heights y sentarse a la mesa del centro del escenario.

Mientras aceptaba el cheque, Sunny se alegró de que Ulla no fuera testigo de su hipocresía. Entonces pensó que debería escribir sobre esa hipocresía. Pero si lo hacía, no ganaría más premios. Le preocupaba que la beca se acabara antes de haber superado los

asesinatos de Ravi-Rana y encontrado un tema sobre el que escribir para cumplir el objetivo sugerido de su beca de viaje.

—¿Por qué no vas a México? —le aconsejó Darko—. Es un país donde siempre pasa algo extraordinario, y puedes ir con tu tarjeta de residente y vivir con pocos gastos durante seis meses.

Sunny escribió al reportero de Associated Press en Ciudad de México, quien le contó que se había retirado a un pueblo pesquero del estado de Colima, al sur de Puerto Vallarta, para escribir su libro sobre las madres de las jóvenes desaparecidas en Juárez y cotejar los informes periodísticos que había ido archivando. El Pacífico era un océano embravecido, y las olas a veces venían de lejos, llevando consigo la fuerza de haber recorrido medio mundo, pero el pueblo estaba enclavado en una bahía profunda donde perdían gran parte de su ímpetu. Podía trabajar todo el día, nadar para contemplar el mundo reordenado por esa nueva distancia, y luego ir a un chiringuito de playa a tomar una cerveza y un pargo a la veracruzana.

Una voz interior le decía a Sunny que debía utilizar el dinero de la beca para regresar a la India y ayudar a su madre; ¿qué podía decirse de un hombre adulto que no había regresado cuando asesinaron a sus tíos, que se había convertido deliberadamente en alguien irrelevante y que planeaba cruzar la frontera como un fugitivo mientras otras personas recorrían un camino heroico en sentido contrario? Otra voz le decía que nunca llegaría a ninguna parte a menos que rompiera por completo con el pasado. «No seáis dos personas acusadas de ser cómplices de asesinato. No seáis dos personas más un perro aterrorizados. No seáis un puñado de almas desgarradas.» Necesitaba encontrar su frase en un raga. ¿Podría ir a

México con la excusa de estudiar español? *¿Cómo es la noche oscura del alma?* Uno puede escapar de uno mismo a través del lenguaje si no lo ha conseguido mediante el amor romántico. Sunny solicitó una excedencia a Associated Press, y la rapidez con que se la concedieron le hizo preguntarse si no utilizarían su ausencia como pretexto para dejarlo ir poco a poco.

Intentó durante varios días ponerse en contacto con Babita, y cuando por fin lo consiguió fue como si estallara un diluvio durante la llamada telefónica. Ella le contó que el monzón había llegado a Goa con un *dhar bhoom* que destrozó las líneas telefónicas y eléctricas, y un vendaval negro que arrancó la puerta de la cocina de sus goznes. Un carnaval de objetos salió volando por la ventana de su casa y subió estrepitosamente por la calle: una disparatada colección de hojalata, ramas, una cinta de mujer, un cubo traqueteante y flotas de entusiastas bolsas de plástico. Las palmeras se habían vuelto verde esmeralda y sacudían sus hojas en forma de estrella de arriba abajo y de dentro afuera. El mar Arábigo, mareado, se alzó hasta la altura del Himalaya y arrojó desde sus profundidades botellas, sacos de cemento, cocos y medusas, bolígrafos y compresas sobre la arena.

—Puede que me vaya a México.

—¿Qué?

—Me voy a México.

—¿México? ¿Por qué México? Si todo el mundo va en la otra dirección.

—Para estudiar español.

—¡Con la tabarra que me diste con que te había impedido aprender bien el hindi, que querías hablarlo con fluidez!

—Mira, madre, necesito salir de Nueva York. No creo que mi vida cambie si me quedo aquí, y no puedo volver a la India porque tú misma me dijiste que me alejara o los del hampa me encontrarían.

59

Sonia se reunió con Maya Mithal, de la revista *Kala*, en su granja de las afueras de la ciudad para hablar del nuevo proyecto que ésta le había sugerido. El bebé de Maya estaba en la piscina con un flotador de dinosaurio y Sonia sintió envidia; ¿cuánto hacía que no nadaba? Se distrajo con el chapoteo del bebé mientras Maya le hablaba de un discurso que su marido había pronunciado en una conferencia internacional en Bali, sobre turismo como una herramienta crucial para preservar la cultura. La historia en declive, incapaz de sobrevivir por sus propios méritos a los embates de la modernidad, podría salvarse gracias al turismo de «alto nivel». En la conferencia, el término «alto nivel» se empleó con sinceridad, y dio la casualidad de que otros asistentes esgrimieron el mismo argumento adaptado a sus respectivos países. Maya y su marido estaban urdiendo un plan para restaurar mansiones históricas y transformarlas en hoteles boutique que añadirían a su imperio hostelero. ¿No podría esta empresa de hoteles boutique trabajar conjuntamente con *Kala* para ofrecer tours a turistas de «alto nivel»? El negocio hotelero y la revista altruista podrían aunar fuerzas.

—No eres consciente en absoluto de la suerte que tienes de poder moverte con libertad, Sonia —le dijo Maya—. La primera vez que dejé a mi bebé para asistir a una reunión me eché a llorar, pero sé

que debo seguir trabajando para contrarrestar las expectativas. La familia, la sociedad, el país..., todos esperan que me sacrifique por mi marido y mis hijos. Mientras tanto, la maternidad no se respeta como una opción profesional, ¡y vaya si es un trabajo! ¿Por qué no se nos debería compensar?

¿Se tenían hijos por la propia felicidad, o se consideraba más bien un deber o un servicio social? ¿Se contribuía a la sociedad al aumentar sin descanso la población de un país superpoblado? ¿Quién debería pagar a Maya? ¿Su marido? ¿El Gobierno? ¿Sonia? Sonia sabía lo suficiente para saber que su forma de pensar era políticamente incorrecta.

Maya se dio cuenta de que Sonia parecía taciturna. Debía de sentirse desdichada al ver su felicidad, por mucho que ella se permitiera mostrarse contrariada.

—¿Estás sola? —le preguntó—. Con lo guapa que eres, ¿no tienes novio?

—No creo que tenga que ver con la belleza.

Maya se convenció entonces de que estaba celosa, y, en un gesto de apoyo, le contó que ella misma había sufrido un desengaño amoroso con un paisajista de Massachusetts antes de casarse.

—Era imposible superar la raza *y* la clase. Algún día te saldrá bien —le aseguró.

Sonia le dijo que simplemente estaba agotada por los días en el hospital.

—Debes tomar un descanso para cuidarte. Tengo una propuesta.

¿Por qué no visitaba un pabellón de caza propiedad del maharajá de Jodhpur en Sardar Samand? Podría ser una parada en un tour de *Kala* que fuera de Bikaner al fuerte de Kumbhalgarh y a Udaipur.

Sonia tendría que averiguar cuánto duraba el viaje y comprobar si había alguna posibilidad de encontrar cama, baño y comidas con cierto confort para un grupo internacional de diseñadores textiles a los que Maya iba a recibir. Se arrepintió nada más ofrecérselo, pero se obligó a sacar lo mejor de sí misma. Si las mujeres como ella no apoyaban a otras mujeres, incluso a mujeres más atractivas que ellas, algún día no podría mirar a su hija a los ojos.

—¿Cuánto mides? —le preguntó a Sonia—. Algunas mujeres altas parecen desgarbadas, pero no es tu caso.

Le dio a leer *Recuerdos de una princesa*, de la maharaní Gayatri Devi, un relato sobre el glamour arrancado de la pobreza más miserable. La madre de Gayatri Devi, la raní de Cooch Behar, había ido a los casinos de Montecarlo llevando una tortuga con joyas incrustadas como un talismán de la suerte. ¿Qué giro podría dar *Kala* a la visita de los palacios y fortalezas de cara a un turista moderno interesado en la cultura, acostumbrado al lujo e imbuido de las últimas ideas sobre la igualdad y los derechos humanos? Debían comprender la atrocidad, pero aun así disfrutar del lujo, por supuesto. Ésa sería la misión de Sonia: casar sin fisuras dos cosas incompatibles en el reportaje que le había encomendado.

Sonia no quería aceptar ese encargo, anhelaba volver a un tiempo anterior a su visita al Museo Fortuny con Sunny y experimentar de nuevo el consuelo de un amor que se siente como un acto de libertad, pero voló a Bikaner porque una mujer no debe negarse a viajar a las fortalezas de Rajastán sólo porque esté sola. Y cuando una mujer sola llega a su destino, ¿no es justo que se tome una copa de vino después de haber recorrido el museo escuchando la audioguía del actual maharajá, que relata la historia de su reino con

un acento británico culto? Se detuvo en la galería de pinturas. ¿Por qué se consideraba que la perspectiva pictórica era una sofisticación occidental, cuando una cabra sobre una colina vista a través de una ventana en forma de medialuna parecía carecer de perspectiva tanto en la vida real como en una pintura en miniatura?

Sonia se instaló en un tranquilo rincón del bar del hotel Laxmi Niwas Palace, diseñado por sir Swinton Jacob en 1902, y tomó notas. Qué interesante era observar cómo la presunta realeza se dejaba persuadir por cada vendedor de alfombras y comerciante de baratijas. Qué incongruente era cruzar el desierto durante seis, ocho, doce horas y encontrarse con vainas adornadas con joyas, coronas, bolsos de noche y pitilleras; cerdos bávaros, jinetas y chacales disecados; la piel de un caimán de hocico alargado y un cocodrilo de hocico chato; menús escritos en francés: *Filetes de Bectis á la Mornay*, *Plat de Bikaner*, *Bombe Pistache*; una carta de los archivos en la que se preguntaba cuándo podían esperar el pago del Ford descapotable para la maharaní...

Cómo le gustarían a Ilan esos museos tan disparatados de las fortalezas; él tenía en común con los rajás las ansias de grandeza. Había estado en Rajastán, recordó Sonia; quizá había aprendido de ellos, como de los faraones en Egipto. Había estado en todas partes, por lo que allá adonde ella fuera, él ya habría estado. Se enfadó por haber pensado en él. «La felicidad es para los demás.»

Se llevó la copa fuera. Fue una buena idea, porque pudo contemplar a los langures que llegaban de lejos para sentarse con los hombros relajados contra las murallas al atardecer. Preferían lo creado por el hombre que los árboles, y disfrutaban de las vistas del

horizonte. Los ponían filosóficos. Miraban a la vez hacia fuera y hacia dentro de sí mismos.

Respiró hondo, estiró las piernas e intentó no tensar tanto la columna para parecerse más a los monos contemplativos.

A la mañana siguiente, un hombre llamado Madan, que dirigía una pequeña agencia de viajes, se reunió con ella en el vestíbulo para llevarla al pabellón de caza situado entre Bikaner y Udaipur. Ella se alegró de ver a alguien de su edad, en vaqueros y con gafas de sol.

—¿Preparada? —le preguntó él.

—Sí. ¿Por casualidad hay piscina en el pabellón de caza? Me he traído el traje de baño esperando poder nadar en uno de los hoteles.

—¡Claro que sí! En el mismo pabellón no, pero pasaremos por un nuevo centro turístico que tiene piscina. De hecho, tengo un par de asuntos que atender, así que puedo dejarte para que nades y recogerte de regreso. Deberíamos estar en el pabellón antes de que se haga de noche.

Por el camino, el conductor, que era de Pokhran, les habló a Madan y a Sonia del día de 1998 en que la India probó con éxito una bomba nuclear. La Operación Shakti, que siguió a la Operación Buda Sonriente de 1974, también conocida como Operación Feliz Krishna.

—Después, los científicos arrojaron sal, patatas y cebollas al pozo para absorber la radiación, y durante semanas hubo escasez de cebollas, pero lo celebramos tanto que no nos importó.

—Mmm —dijo Sonia—, ¿y qué celebraban?

Pensaba en el cinismo de poner el nombre de Buda o de Krishna a una bomba. Pensaba en que la subida vertiginosa del precio de las cebollas era un acontecimiento que solía hacer caer a un Gobierno. ¿Valió la pena pagar tanto por las cebollas sólo para fastidiar a

Pakistán por un milisegundo antes de que ellos respondieran con su propia bomba nuclear? Pero Madan se puso del lado del conductor.

—¡Ya nadie podrá decirnos que nos inclinemos ante ellos!

Pero ¿cómo iban a inclinarse ahora ante Buda? ¿Ante Krishna? La aniquilación nuclear seguramente iba más allá de las enseñanzas de Krishna sobre el deber en el campo de batalla.

Se detuvieron en un complejo turístico que imitaba el estilo rajá en las afueras de Bikaner. La India se estaba volviendo lo suficientemente rica para convertirse en una versión falsa de sí misma, pensó Sonia, y una de las ventajas de ello era una piscina soleada lo bastante grande como para nadar en círculos dentro de ella. Una familia (mujeres y hombres en camiseta y pantalón corto) estaba de pie en el agua hablando de lo maltratadas que estaban las mujeres en Arabia Saudí, donde ni siquiera les dejaban conducir.

En un instante, el cuerpo de Sonia recordó la felicidad. Flotó de espaldas, chapoteó como el bebé de Maya y nadó hasta que se le arrugaron los dedos de las manos y los pies. Al final salió y se pidió un sándwich club. Cuando llegó Madan, se ofreció a compartir sus patatas fritas.

Él hundió cada una con cuidado en el kétchup, exactamente hasta la mitad.

—¿Así que viajas sola? Te admiro.

—¿Qué hay de admirable en eso?

—La mayoría de las mujeres dicen: «Mi marido no me deja.»

—No tengo marido.

—Entonces tu familia.

—Mi padre quería que me tomara un descanso de cuidarlo, pues está enfermo de cáncer. Y mi madre es de la opinión de que las

mujeres están mejor sin hombres. ¿Y qué hay de tu esposa? ¿Ella no se opone?

—No tengo esposa.

—Eso es raro. ¿Con qué frecuencia se encuentran dos indios de nuestra edad que sigan solteros?

—¡Es cierto!

Sonia se sentía temeraria.

—Yo tuve un novio malo que me maltrataba, y después tuve uno bueno que estaba controlado por una familia corrupta. Ninguno de los dos funcionó. ¿Y tú? ¿Tu familia no te ha buscado a nadie?

—Mi situación es más insólita. Luego te la cuento. Deberíamos irnos ahora o llegaremos al alojamiento de noche.

El sol del atardecer era rojo como un *bindi*, la hierba de los bordes de la carretera estaba amarilla, y el desierto se había comido el alquitrán negro como una serpiente y lo había reducido a apenas el ancho de su vehículo. Recorrieron durante largo rato esa carretera que los llevaba a través de tierras a primera vista deshabitadas, sin postes eléctricos ni pozos entubados; sin embargo Sonia vio que había montones de leña fina cortada de arbustos espinosos: veinte, treinta montones, equidistantes entre sí, se alineaban en el vacío que cruzaban. Allí debía de vivir gente sin electricidad ni agua corriente.

Llegaron a una delgada verja metálica cerrada con llave, pero no había vallas ni barreras a los lados de los postes, así que simplemente la rodearon y continuaron por la grava llena de maleza hasta una colección de cubos *art déco* en lo alto de una roca rosada, plana por arriba y estriada por abajo. El alojamiento estaba al lado del pabellón de caza principal, y ambas construcciones daban a una

llanura vacía que se extendía desde un lago pantanoso con un largo brazo de agua. En ese brazo de agua descansaban tres pelícanos. ¿No deberían haber volado ya hacia el norte al final del invierno?

Salió a recibirlos un anciano con turbante blanco. Madan se acercó y le hizo algunas preguntas. ¿Quién era el dueño de ese pabellón de caza, cuántos turistas llegaban allí, cuánto costaba?

En el edificio principal las luces estaban encendidas, pero no había nadie.

—¿Por qué están encendidas las luces?

—Siempre lo están, y la mesa siempre está puesta exactamente igual que cuando Jorge V se alojó aquí.

Las habitaciones se abrían a un porche, y cada dormitorio tenía un vestidor y un cuarto de baño privados de estilo *art déco*, lo bastante grandes para pasear por ellos, lo bastante remotos para creer que el mundo moderno no existía.

—Este lugar es perfecto para una despedida de soltero —le dijo Madan a Sonia, un comentario que a ella le pareció peculiar.

Al anochecer, el espacio se volvió inmenso, la tierra se enfrió y sopló una brisa seca que olía a hierba. El pabellón de caza estaba lo bastante elevado en la roca como para que las estrellas titilaran no sólo por encima sino por abajo. Las pocas luces de la tierra que se veían desde lo alto eran tenues en comparación, con un lejano brillo salino. Allí vivían mil lagartijas, quizá cien mil, que se posaban en las mosquiteras. Tantísimas estrellas, tantísimos insectos, tantísimas lagartijas; el resto, sobriedad.

El guardés les llevó la cena a la terraza. Había cocinado un pollo en una cazuela de barro, y preparado *dal* y *roti*. Les sacó una botella de cerveza tibia.

—Me han declarado muerto —le dijo Madan—. Me preguntabas por qué no estoy casado. Ésa es la razón.

—¿De verdad eres uno de ésos? —exclamó Sonia.

No hacía mucho se había publicado una serie de artículos e informes sobre la cantidad de personas a las que familiares sin escrúpulos habían registrado como fallecidas para confiscarles los bienes.

—Lo hizo mi propio hermano. Mientras yo trabajaba en Malasia, la mujer de mi hermano lo animó a pagar por un certificado de defunción falsificado, e inmediatamente construyeron una casa en los terrenos de la familia, ocupando todo el espacio.

—¿Cómo pudo ser tan malvado tu propio hermano?

—Tenía unos celos irracionales que se remontaban a nuestra infancia, y se ha pasado toda la vida buscando excusas para racionalizarlos. Por ejemplo, dijo que yo no ayudé a cuidar de nuestra madre, aunque era yo quien trabajaba y le enviaba dinero desde el extranjero. Sé por experiencia que el odio entre dos hermanos es más profundo que cualquier otro odio. No se puede superar.

—¿No vas a llevarlo a juicio?

—El caso nunca llegará a presentarse o se resolverá en mi contra. Verás, yo no puedo sobornar a nadie, mientras que ellos pueden sobornar a quien les plazca porque robaron mis bienes. Y cuando murió mi madre, mi hermano también se quedó con todo el dinero que yo le había enviado, porque según la ley yo estaba muerto. Desde entonces ha habido un problema tras otro, es difícil demostrar que estás vivo cuando todo el mundo afirma que has muerto, pero

una vez pasó algo que no pude perdonar, y fue cuando tenía novia. Era una turista de Oslo.

—Oh. ¿Qué pasó? —respondió Sonia—. Soy experta en historias de amor tristes. Puedo aconsejarte.

—Fui su guía turístico cuando ella viajaba por Rajastán y luego nos hicimos novios. Pero cuando le conté mi vida (soy una persona sincera, no puedo evitar decir la verdad), se quedó preocupada. Empezó a hacerme preguntas como si intentara pillarme en falta y se fue distanciando. «Pero ¿cómo voy a confiar en ti?» Yo protesté: «En realidad, no estoy muerto, como puedes ver. No es culpa mía.»

»Pero si yo ya no existía sobre el papel, decía ella, podía ser cualquiera. Su familia no me aceptaría. Yo podría hacerle daño y sería imposible localizarme. De hecho, era ella la que resultó no ser de fiar. Me dejó de la noche a la mañana sin despedirse ni darme una dirección. Intenté telefonear a su casa en Oslo y descubrí que me había dado un número falso. Cuando por fin encontré el número verdadero, un hombre, quizá su padre, me dijo: "Si vuelve a llamar, llamaremos a la policía india." —Madan resopló—. Ninguna chica está dispuesta a quedarse conmigo. Al final me dicen: «¿Dónde está tu familia? ¿Por qué no viene a conocerme?» Entonces sus padres empiezan a decir: «¿Quién es esta persona con la que estás que no tiene familia? ¿Cómo sabes que es quien dice ser?» Así que estoy solo.

Se quedaron en silencio. Sonia contempló el cielo nocturno, que resplandecía con una luz negra y profunda, como si estuvieran flotando sobre una pequeña isla iluminada por lámparas. Miró hacia atrás y se encontró con los ojos de él clavados en ella.

—¿Sabes? No sé por qué te he hecho esta confidencia. Nunca confío en nadie tanto como para contarle esta historia de buenas a primeras.

Ella se dio cuenta del giro flirteante que había tomado la conversación, que sus voces se comunicaban de una forma que ella no quería, y lo detuvo.

—Es porque estamos de viaje —dijo—. Cuando dos personas que no se conocen viajan juntas, siempre terminan contándose sus secretos más íntimos. Pueden compartir cualquier cosa sin miramientos porque pronto cada una seguirá su camino y no volverán a verse.

—Eso no siempre es cierto.

Ella bajó la vista hacia su plato. Cuando la levantó, volvió a ver los ojos de Madan fijos en ella, con una mirada inconfundible, mórbida y febril.

—Aquí casi no hay nadie con quien hablar.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

—Tienen otra mentalidad. Este lugar es demasiado conservador. Estoy pensando en irme a Goa.

Comía con los dedos. Ella cogió un cuchillo y un tenedor. Él pasó a usar un cuchillo y una cuchara.

Ella vio una estrella fugaz, pero no lo mencionó por miedo a dar pie a otra confesión sentimental.

—Estoy cansada —dijo—. Necesito dormir. ¿Dónde vas a alojarte? ¿Tienes que volver a la ciudad? —Al igual que con el cuchillo y el tenedor, estaba señalando la diferencia de clase y dejándole claro que sabía que a él nadie le iba a costear una estancia en el pabellón

de caza del maharajá, y que aunque ambos llevaran vaqueros y gafas de sol los separaba un abismo considerable.

Él empezó a decir algo, pero se detuvo.

—Tengo donde quedarme —respondió incómodo, y se marchó bruscamente, no sin antes informarla de que otro conductor la recogería al día siguiente para llevarla a Kumbhalgarh y Udaipur.

Ella se alegró de que se fuera. Había sido imprudente y hablado demasiado. Había intentado crear un paréntesis en su vida con un pequeño flirteo.

Se quedó sentada un rato más observando la palidez de la arena y el agua en reposo. Podía oír sonidos íntimos en el silencio, el ruido de las aves acuáticas rascándose y arreglándose las plumas, hipos que podían ser de las ranas, las voces bajas de dos hombres invisibles hablando en la lejanía mientras se dirigían a sus casas en un pueblo invisible.

Se duchó en el cuarto de baño *art déco* con sus espejos que la multiplicaban hasta el infinito, haciéndola cada vez más pequeña, hasta que su imagen más diminuta se proyectó hacia el espacio y dejó de ver su yo minúsculo. Pensó que había vuelto al mundo de Ilan y Lala, que era el mundo del privilegio extremo, que era el mundo de la fantasía. Recordó que la belleza y la extravagancia eran dos cualidades que había deseado juntas. Su habitación estaba decorada con trofeos de caza de África y acuarelas de Snaffles. ¿Le servirían las notas que tomara para el artículo de la revista como base para escribir un libro? Cuando uno se convertía en un verdadero artista, todos los caminos conducían a su arte: la gente, el paisaje, las noticias, los cotilleos, la vergüenza reprimida, el sueño, el aleteo nocturno de un pelícano que debería haber volado

hacia el norte. Un escritor sentía el impulso de volcarlo todo en un libro, y si no lo hacía se volvía insoportable. Pensó que ya era demasiado tarde para recuperar todo lo vivido antes de que se desvaneciera en el olvido.

Madan había dicho que era un buen lugar para una despedida de soltero. De hecho, era un buen lugar donde ambientar una novela de misterio en la que el retrato de una mujer asesinada podría empezar a hablar y suplicar a un viajero que vengara su muerte. Pero ¿por qué iba a confiar el retrato en un desconocido? ¿Por qué iba a confiar el viajero en un retrato pintado tal vez por el asesino de la mujer retratada? Un pintor no puede evitar incluirse en el lienzo; la identidad del asesino seguramente se reflejaría en el ojo de la mujer. Sonia pensó que la rabia y la tristeza que Ilan le suscitaba no se disipaban con el tiempo porque en los años siguientes no se había abierto ninguna puerta; en lugar de ello las puertas se habían ido cerrando en espacios más pequeños. Entonces llegó la inevitable maldición de un recuerdo más dulce. Recordó que Ilan le había regalado una figurita *kitsch* de dos perros en el mercadillo de Chelsea. «No dejaré que nadie te haga daño. Si alguien se atreve a atacarte, haré guau, guau y lo ahuyentaré.» *Kitsch* significa «amor verdadero». Por eso existe lo *kitsch*, para demostrar que quieres tanto a alguien que estás dispuesto a ponerte sentimental. Por lo tanto, lo *kitsch* tiene poder. Sonia había creído en las palabras de Ilan porque la figurita superaba las barreras del mal gusto y la vergüenza. De nuevo, ése era el quid de la cuestión: nos creíamos lo que no era verdad. El maestro aterrador protege y traiciona, asegura y engaña, da y quita, todo al mismo tiempo.

Eran sólo las nueve y media de la noche, pero se metió en la cama, disfrutando del lujo de estar exhausta bajo unas sábanas limpias, almidonadas y planchadas hasta tener la rigidez de un pergamino. Una pequeña polilla rayada como un tigre zumbaba alrededor de la lámpara, y Sonia tomó nota mental de no beber de su vaso de agua en la oscuridad por si esa misma polilla no tardaba en ahogarse en él.

Fue entonces cuando oyó que llamaban a la puerta de su habitación, que daba a un porche que se extendía desde la sala de estar.

—¿Quién es?

—Soy Madan. Te has dejado algo en el coche.

Ella abrió y él se coló en su habitación.

—¿Qué me he dejado?

Él la agarró con fuerza de las muñecas para atraerla hacia sí y la estrechó torpemente en un doloroso abrazo. Temblaba con violencia, suplicante y desesperado.

—Me gustas —dijo—. Me gustas mucho, muchísimo.

Ella forcejeó para soltarse.

—Estaba a punto de dormirme. Estoy muy cansada.

—No puedes decirme que no. —Temblaba, hacía muecas, amenazaba, sonreía de forma retorcida y espantosa, se mostraba servil y al mismo tiempo exigente—. Te quiero mucho mucho.

—Necesito dormir.

—¿No decías que te sientes sola? —Él apretó los dientes—. Ahora no puedes decirme que no. He conducido todo el trayecto desde la ciudad.

—Te denunciaré. Vete ahora mismo.

Él se enfadó.

—¿Ante quién vas a denunciarme? ¿Y qué vas a denunciar? Te han visto nadando y comiendo conmigo, bebiendo cerveza y bromeando.

—No te he invitado a sentarte a cenar, te has quedado porque has querido. No sabía cómo pedirte educadamente que te fueras.

Él se sintió insultado. La empujó con fuerza, tambaleante pero contundente, y cayó sobre ella en la cama, inmovilizándola bajo su cuerpo. Le lamió la cara como un perro hambriento lame un plato. Ella se fijó en que tenía las uñas teñidas de amarillo por la cúrcuma. Madan le metió los dedos amargos y agrios en la boca y la lengua en la oreja con tanta fuerza que Sonia sintió que se ahogaba. Olía a alcohol, sudor, comida, miedo y agresividad. Ella sintió cómo algo se desplegaba y la presionaba, y supo que era su pene dentro de los vaqueros. Luego no pudo decir nada; él le sujetaba la garganta y ella no podía respirar. Era consciente de que luchaba por respirar mientras él se retorcía encima de ella y se toqueteaba la entrepierna, intentando bajarse la cremallera. Antes de conseguirlo, se desplomó pesadamente sobre ella, sin fuerzas, y luego la apartó. Le escupió en la cara, volcó la lámpara, que se apagó, tiró la jarra de agua, que se hizo añicos, y se fue, dejando tras de sí lagartos y estrellas; más allá, sobriedad, extensiones vacías de tierras dormidas.

Cuando Sonia se levantó, temblaba tanto que casi no podía andar, pero logró apestillar la puerta. Se sentó en el suelo y se preguntó a quién llamar. No había teléfono en la habitación. No recordaba ningún número. El móvil que le había prestado Papá no tenía cobertura. No podía irse y trepar la roca rosa o el cenotafio de algún príncipe en busca de una señal de teléfono perdida. Entonces ya no

pudo pensar más. Sus pensamientos no le pertenecían del todo, no llegaban a completarse; ella y su yo interior no estaban vinculados. Abrió el grifo y se quedó bajo la ducha hasta que se vació el depósito.

Dos días después, en su propia habitación, tras haber seguido ruta hasta Udaipur con otro guía y haber volado de regreso a Delhi sin detenerse a visitar el espejismo del Palacio del Lago, Sonia lanzó un alarido horrible, el alarido que no pudo soltar para pedir ayuda cuando fue agredida, aunque no había nadie que pudiera oírla.

Papá no oyó el grito enloquecido. Tampoco se dio cuenta de la expresión de su hija. Aunque ella sólo había estado cuatro días fuera, tenía noticias importantes. Había ido a hacerse un chequeo.

—Sonia, cariño, este cáncer es un asco. Me hicieron una prueba. Me han encontrado un nuevo bulto.

Apenas habían tenido un mes de respiro. Ella estaba segura de que su padre moriría pronto por la ley del infortunio, según la cual quienes ya habían sido heridos, estaban condenados a volver a serlo.

—Ha sido un viaje espantoso —le confesó—. Me atacó un hombre. —No sabía si era justo decírselo a su padre ahora que volvía a estar enfermo, pero ya lo había hecho.

—¿Quién? —Él la miró con cara de desconcierto, pero estaba pensando en su cáncer.

—El guía turístico.

—¿Qué hizo?

—Se coló en mi habitación a la fuerza y se abalanzó sobre mí.

Ella vio en la expresión de Papá que no quería oírlo. Tenía que quitarle dramatismo. No se atrevía a usar las expresiones «casi violada», «algo así como violada» o «agresión sexual»; le parecían palabras humillantes, que no formaban parte de un vocabulario cómodo entre padre e hija. Avergonzarían y herirían a su padre, a quien ahora debía proteger.

Abrió la boca y la cerró. Volvió a abrir la boca y añadió:

—Entonces, por suerte, se levantó de un salto y se fue.

—¿Le dijiste algo al gerente del hotel? —le preguntó Papá.

—No había ningún gerente, sólo un guardés anciano que ya se había ido a casa. ¿Crees que debería ir a la policía?

—¿Qué pruebas tendrías? ¿Cómo podrías defender tu caso? Será mejor que te mantengas alejada de la policía de este país: insinuarán que tú tuviste la culpa. Sonu, lo mejor es que te lo quites de la cabeza.

¿Era eso lo que debía decir un padre? Seguro que no. ¿Tenía razón? ¿Se equivocaba? ¿Cómo quitárselo de la cabeza?

—Mira siempre hacia delante, nunca hacia atrás. Lo pasado pasado está. Tómalo como una advertencia. No vuelvas a ponerte en una situación así.

¿Cómo se las arreglaría, siendo una mujer sola, para no volver a hacerlo? Estar sola implicaría ponerse de nuevo en situaciones así.

—¿Se lo digo a Mamá?

—¿Para qué molestarla? No puede hacer nada al respecto.

Una vez más, ¿tenía razón? ¿Estaba equivocado? Los padres de Sonia pertenecían a una época en la que la figura del progenitor era incuestionable, como la religión. Se consideraban rectos. No admitían ningún defecto, y la confianza de su hijo, su criado, su gato

y su pájaro dependía de su convicción de tener la razón. Era inútil decirles que habían malinterpretado el mundo, como sus padres lo habían hecho antes que ellos. Sonia, ya adulta, tenía que protegerlos de lo que ellos mismos habían provocado. Y si les señalaba que estaban equivocados, perdería toda la estabilidad que aún le quedaba y que aún pasaba por que ellos tuvieran razón. Sólo se haría daño a sí misma.

—¿Puedes traerme la carpeta con las radiografías anteriores y los resultados de las pruebas? —le pidió Papá.

Ella fue a buscar los expedientes médicos. Por la noche se examinó los moretones morados y amarillos del cuello que se había tapado con un pañuelo.

Madan no la conocía, pero la odiaba. Era un extraño, pero su ira le resultaba familiar. La reconocía en el aire, era omnipresente; ese resentimiento estaba en todos los hombres que había conocido. Estaba en su padre, en los tíos de las cenas en casa, en Ilan, en Sunny. Si tuviera un hermano, estaría en su hermano. A él lo habrían educado para expresarlo de otra manera al pertenecer a una determinada clase social, pero su odio tendría algo del odio que lleva a un hombre a arrojar ácido a la cara de una mujer. Era la ira de ser rebatido, rechazado, superado, negado, no lo bastante adorado o ignorado sin más, porque el infierno no conoce furia mayor que la de un hombre que deja de ser el centro de atención.

Madan había intentado disimular su odio en una conversación íntima durante la cena, pero había vuelto a asomar. Según él, lo habían declarado muerto; ¿acaso le había estado diciendo que no podía cometer un crimen? Probablemente no se llamaba Madan.

DECIMOSEXTA PARTE

Vislumbres de México

60

—El asesino me atrapará —le dijo Babita por teléfono— y te librarás de tu madre.

¿Dónde refugiarse? Sunny salió bruscamente de la cabina de llamadas internacionales del aeropuerto de Ciudad de México. Impulsado por un anhelo desesperado de un océano purificador, con sus altas olas y su aparente indiferencia ante cualquier preocupación humana (la culpa, pero sobre todo el amor), subió a un autobús que, según le dijeron, se dirigía al Pacífico. Confiaba en haber entendido bien el español. Cuando se hubiera librado de la fiebre cerebral, regresaría a Ciudad de México para ver la gran bandera con el águila azteca, la serpiente y el cactus ondeando sobre el palacio presidencial, los tribunales, la Catedral Metropolitana de la Asunción de la Santísima Virgen María a los Cielos; los indígenas tocando tambores a un lado del zócalo, y el instructor de aeróbic haciendo cabriolas al otro; los manifestantes protestando contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, con pancartas a favor de los zapatistas y los maestros; un músico callejero con la cara picada llamando «mi amor» a una triste barrendera y dándole pesos de su sombrero antes de volver a su música discordante; una bailarina indígena con un tocado de plumas tan magnífico como el de Moctezuma deteniéndose a contemplar las serpientes retorcidas del

imperio de Tenochtitlán que se estaban excavando junto a la catedral. Renunciaría a esas glorias porque, aunque las tuviera delante, no las vería. No tendría el ánimo para brindar con una margarita por los nevados Popocatépetl e Iztaccíhuatl, aunque hubiera divisado los volcanes que se dejaban vislumbrar después de la lluvia, como ciertas flores raras.

«El asesino me atrapará y te librarás de tu madre.»

Sunny bajó en Guadalajara y tomó otro autobús a Manzanillo. De ahí otro a Barra de Navidad, donde un payaso se subió y atormentó a los pasajeros con su voz de loro hasta que le pagaron para que se bajara. En Barra de Navidad, Sunny tomó una tartana rural que circulaba entre los pueblos pesqueros de Costalegre, deteniéndose donde surgían caminos rurales y la gente del campo esperaba al borde de la carretera con sus pesados sacos y bultos. Cuando llegaron a las afueras de una aldea en una bahía rodeada de colinas bajas cubiertas de selva, se bajó. Caminó tambaleándose hasta el centro y comprobó que estaba desierto, salvo por el enorme sol.

«El asesino me atrapará y te librarás de tu madre.»

¿Dónde refugiarse? La puerta de una iglesia engalanada a un lado del zócalo crujió al abrirse. Sunny se arrodilló ante la Virgen misericordiosa, que ocupaba un nicho a la derecha del Cristo martirizado, y rompió a llorar desconsoladamente, no sabía si por la tensión del viaje o ante el convencimiento de que el asesinato de su madre nunca lo liberaría. La iglesia olía a medicina y a cielo. Vio en la oscuridad a otro hombre de rodillas y a varios más inmóviles en los bancos. Sunny era una mera mota de dolor en un océano de dolor humano, en un planeta de almas en lucha. La gente que rezaba a su lado no reparó en su llanto, tan absorbentes eran sus

propios problemas. En ese país no era extraño ver a un hombre llorar ante la Virgen de Guadalupe.

Al salir de la iglesia, sintiéndose minúsculo como una hormiga, Sunny estaba bebiendo agua de una botella gigante para no desmayarse cuando sintió un aliento en el cogote. Dio un respingo: ¿quién podía estar tan cerca? Se volvió.

—¡¿Qué haces aquí, mamá?!

¡Su llanto había invocado a Babita! ¡La Virgen había malinterpretado sus lágrimas y había creído que necesitaba a su madre y la había hecho aparecer! Él no necesitaba a su madre. Había huido de ella. Pero ahora no estaba con ella; así que, ¿por qué si no iba a estar llorando y rezando en una tierra lejana ante la Madre de Dios, que, como Babita, había perdido tanto a su esposo como a su hijo? Como es natural, la Virgen se había puesto del lado de la madre. Igual que habría hecho cualquier diosa india.

Sunny veía a Babita con tanta claridad que se preguntó cómo había logrado aparecerse con semejante precisión: el pelo pulcramente peinado con un único mechón plateado que delataba su edad, un sari plateado a juego con dos finas rayas en el bajo, una de amatista y otra de cornalina, y pequeños racimos de perlas en las orejas, repitiendo su mantra de ser embajadora de su país cuando viajaba al extranjero. No era que la India mereciese su esfuerzo, pero aun así, ¿qué podía hacer uno sino lo que estaba en sus manos? Incluso allí, en un pequeño pueblo de la bahía, ante colinas selváticas que se elevaban ondulantes hasta un volcán que exhalaba anillos de humo. ¿Por qué Sunny no se había quedado en Ciudad de México? ¡Podrían haberla explorado juntos!

«Pero no tiene sentido enfadarse. No soy rencorosa. Eso es algo que puedo decir en mi favor.»

«¡No me sigas, madre! ¡He venido hasta tan lejos para escapar!»

«Tú estás solo y yo estoy sola: solamente nos tenemos el uno al otro. Es natural que viajemos juntos.»

Sunny sintió el anhelo de Babita como un yugo sobre él: «¡Vida! ¡Hijo! ¡Aventura! ¡Un mundo feliz!»

La tarde dio paso a la noche, las sombras se alargaron, las persianas se levantaron, salió gente, los camareros empezaron a poner las mesas. Pasó un hombre con un armiño sujeto a una cuerda. Alguien parecía vender un ungüento hecho con iguanas desde una camioneta. Al anochecer llegó una banda con instrumentos inmensos y bruñidos. Llevaban chaquetas y boleros bordados con llamas doradas, que les chisporroteaban también por las costuras de los pantalones. Un niño practicaba un paso de toreo con una bandera roja. Una señora se quejó de que su hijo estaba con una mujer sucia. Un mimo representaba el desamor. La Virgen le estaba dando a Sunny razones para armarse de coraje, ¿cómo no iba a sentirse exaltado? Desde el pequeño quiosco con una cúpula decorativa, los músicos comenzaron a tocar el característico ritmo *oompah-pah* bajo la luna que se elevaba como un globo de fuego. Este mundo feliz podría aliviar su dolor personal, podría llenarlo de belleza ahora que se había vaciado de lágrimas. «¡No me claves los ojos, madre! ¡Tus ojos se están suicidando ante mis ojos!»

La gente bailaba con contención y clase, sin apenas moverse ni parpadear. Entre ellos, una pareja joven, controlada y seria, con algún que otro atisbo de humor en sus movimientos, un gesto impulsivo y relajado antes de volver a la formalidad contenida.

Cuando esa pareja, vestida toda de blanco, pasó por su lado, Sunny vio que, si bien el peinado y la ropa de ella eran los de alguien mayor, su rostro revelaba que no podía tener más de dieciséis o diecisiete años, y él era igual de joven. Entre baile y baile saludaban respetuosamente a sus mayores, sin darse cuenta de la fuerza que éstos recibían al observarlos. Y mientras bailaban entrando y saliendo de los charcos de luz de las farolas, tampoco pensaron que podían haber sumido en sus recuerdos a un viajero atormentado, enfrentándolo a la paradoja de presenciar un espectáculo alegre que justificaba el viaje y experimentar la tristeza de haber perdido su amor verdadero en la vida real, para sentir, en cambio, el amor frustrado de su madre. «¡No me sigas, madre!» El fantasma de Babita movió los hombros y sacudió la cabeza.

El pueblo bailó hasta que llegó una camioneta. Los miembros de la banda dejaron de tocar, metieron los instrumentos en la parte trasera, se subieron y se fueron por un camino que se perdía entre la selva y parcelas agrícolas ocultas, con el zumbido de miríadas de insectos que parecía reverberar en la propia sangre.

Sunny durmió en un camping de playa que ofrecía hamacas bajo una palapa, cerca de un cementerio de pescadores. Allí cayó gravemente enfermo: fiebre, náuseas, ardor de cabeza, pies congelados, la venganza de Moctezuma incluso contra un indio, si bien es cierto que era un indio estadounidense. Sufrió pesadillas confusas de iguanas y escorpiones que podrían haber sido reales, y los fantasmas de sus tíos y de Vini-Puni se unieron al de su madre: «¿Dónde están nuestros pies? Nos han desaparecido. ¿Dónde están nuestras manos? Nos han desaparecido. ¿Dónde están nuestros ojos? Nos han desaparecido.» Ay, ¿por qué se había instalado cerca

de un cementerio? Se agitaba, farfullaba y se clavaba los dedos en el corazón con angustia como si intentara arrancarse su propio tormento. «¿Dónde están nuestras cabezas? Nos han desaparecido.»

Después de estos episodios alucinatorios, cuando salió el sol y la luz se extendió por las colinas áridas del lado opuesto de la bahía antes de viajar lentamente por el agua a su encuentro, Sunny se quedó quieto en su hamaca, sintiendo solo cómo el calor le robaba la humedad de debajo de los párpados. Un buitre con ojo avizor lo examinó en busca de más signos de falta de vida. Pasaron mucho rato mirándose a los ojos. ¿Quién se rendiría primero?

Cuando consiguió arrastrarse hasta el centro del pueblo, la dependienta de la farmacia le diagnosticó una simple gripa. Le hizo señas para que se acercara al mostrador, donde estaba sentada rodeada de sus hijas de pelo largo con sus bebés, y le bajó los pantalones holgados y le inyectó antibióticos directamente en el trasero.

Sunny avanzó a paso de tortuga hasta las tiendas en busca de provisiones y se detuvo en una que anunciaba un pastel de pollo al curry. El dueño era irlandés-canadiense, un gringo más en la pequeña comunidad que vivía todo el año allí, amistoso con Sunny porque, si se remontaban a la época de sus abuelos, tenían una historia común de maltrato por parte de los ingleses. Le dijo que tal vez lo había infectado la marea de algas oceánicas, de color rojo óxido y con un intenso olor a mineral, que de vez en cuando llegaba a la bahía. O tal vez los excrementos de perro de las calles se habían secado y el polvo que se levantaba con el viento le había afectado.

—Prueba mi pastel de curry, te curará.

—¡Mi estómago no aguanta el picante!

—¿Un indio que no aguanta el picante?

«¡Rechazar el picante es como rechazar a la Madre!»

Un alegre chef de comida prehispánica, que trabajaba en un restaurante construido en un árbol, muy popular entre los gringos que pasaban el invierno en México, llegó al camping con regalos. Había oído hablar de Sunny al dueño de la tienda de provisiones y quería conocer al extraño visitante. Sin duda, los indios de la India estaban emparentados con los indígenas de México. Su hermano, un chamán, había descubierto similitudes en el reino espiritual, en el que las sombras de todas las cosas se convierten en lo otro si las persigues el tiempo suficiente. Cuando le cantaba a Sunny los ingredientes de lo que le había llevado, siempre añadía al final: ¡y amor! Quizá se había dejado influenciar por el lenguaje de las tarjetas Hallmark de los gringos.

—Huauzontles... ¡y amor! Frijoles, epazote... ¡y amor! Tomatillo, chile serrano... ¡y amor!

«El amor está en la salsa», solía decir Ulla, lo que siempre había irritado a Sunny. Él sólo quería salsa en su salsa. O, si acaso, un toque de ironía, o un guiño del diablo o un poco de picardía.

—¡Por favor, deja el amor fuera! Soy alérgico al amor —le suplicó Sunny—. Necesito alejarme del amor: es lo que me ha puesto tan enfermo.

El chef de cocina prehispánica había aprendido a preparar curry en Monterrey. Dijo que unos peones camineros indios le habían enseñado, así que era el auténtico, a diferencia del falso curry que vendía el irlandés con pasaporte canadiense.

¿En México los peones camineros podían ser indios de la India? ¿Cómo saberlo?

—Puedo hacértelo, pero te sudarán las orejas.

A Sunny se le revolvió el estómago.

—¡No! ¡Nada de *chiles*! ¡Ni de amor!

¡Qué rebelde! ¿Qué había sido del namasté? ¿«Me inclino ante lo divino que hay en ti, que se refleja en lo divino que hay en mí»? Sunny estaba dejando de lado su cultura. Si fuera listo, se aliaría con su hermano chamán para montar un gran negocio con los gringos, pasando poco a poco del sentimentalismo de las tarjetas Hallmark al lenguaje místico de un *satsang*, y de ahí a los tambores y los cánticos nativos: «¡Sé la luz! ¡Sé el amor! ¡Yo soy la luz! ¡Yo soy el amor! ¡Tú eres la luz! ¡Tú eres el amor!»

Pensó que tenía ante sí el espejo invertido de su vida. Podía haber previsto que México ofreciera una imagen invertida de Estados Unidos, pero que hiciera lo mismo con la India fue una revelación. Cuando el chef de cocina prehispánica se marchó, Sunny, sin luz y sin amor, se rodeó el estómago con los brazos y cerró los ojos. La cal y el gris, el rosa y el morado, jugaban en sus párpados mientras recordaba cómo Satya iba a la tienda de tarjetas que había en el mercado de Defence Colony sólo para curiosear, porque le encantaban las tarjetas y el lenguaje que utilizaban. Una vez lo había sorprendido con una tarjeta de dos osos sentados uno al lado del otro pescando. Era una tarjeta enorme, porque cuanto más quieres a alguien, más grande es la tarjeta que eliges:

> Fuiste mi amigo cuando estaba hundido,
> me apoyaste cuando parecía todo perdido.
> Ahora que la vida vuelve a brillar
> ¡gracias, amigo!, quiero gritar.

A Sunny le habría gustado hablar con él sobre el terror que le causaba su madre al tenerlo atado al otro lado del mundo. Se arrastró hasta la cabina del zócalo con la tarjeta telefónica con un tucán que había comprado en el aeropuerto. La Babita de carne y hueso le dijo:

—Sunny, he tomado una decisión: ¡me voy a reunir contigo en México!

—¿Cómo vas a venir? ¡Has perdido tu fortuna!

—Venderé alguna joya. Es una tontería guardarlas en una caja fuerte... esperando a qué, ¿a tu futura esposa? Hoy día las chicas no llevan joyas pesadas.

A primera hora de la mañana siguiente, Sunny volvió a la cabina.

—Creo que es demasiado peligroso que vengas. En este país hay mucha violencia. Hace poco encontraron unas cabezas clavadas en estacas en Guadalajara, y en Michoacán rodaron cabezas por la pista de una discoteca. A un grupo de estudiantes de izquierdas los torturaron y asesinaron, y luego disolvieron sus cuerpos en ácido. Los cárteles paralizan ciudades y estados enteros. Secuestran a personas adineradas. A los periodistas los matan como canarios en una mina de carbón.

—¿Peligro? ¡El peligro está aquí! ¡El peligro era que asesinaran a tus tíos al otro lado del muro! Tengo demasiado miedo para quedarme aquí durante el monzón.

—¿Qué tiene que ver el monzón?

—¡La policía se pasa el monzón durmiendo! Aunque no es que se pueda confiar mucho en ella en otras estaciones.

—Acabo de llegar. No puedo planear unas vacaciones ahora.

—Pues no lo hagas. Vanya dice que me acompaña encantada.

—¡Vanya! ¿Cómo va a subirse a un avión? Dijiste que era incapaz de dejar de fumar.

—Puede arreglárselas si toma un somnífero. Me ha dicho: «Si Sunny no va contigo, iré yo.»

Sunny se quedó sentado en un banco y apoyó la cabeza entre las manos. México podía arrastrar problemas antiguos, pero sus mañanas eran frescas y lozanas. Al amanecer, el aire olía a naranjas recién exprimidas por el vendedor de zumos. Olía al último resquicio de la noche que escapaba al abrir las puertas. Olía a la brillantina y la colonia del hombre que dirigía el centro de internet. Olía a la espuma con la que cada mañana fregaban los adoquines frente a la panadería del pueblo, que también olía a panecillos dulces y glaseados. En el interior, avispas de color mermelada acudían a la miel. La fuente de delante de la iglesia se encendió y un niño salió de casa y se fue dando brincos a la escuela, reluciente como el sol, una naranja o un panecillo glaseado con miel; así lo quería su *mamita*, que lo frotaba, le untaba aceite en el pelo y le gritaba: «¡Arriba! ¡Arriba!»

61

Transcurrió una semana antes de que Sunny se encontrara mejor y empezara a explorar. Un día vio un letrero fuera de una casa de una sola habitación en el que se leía: RENTA O VENTA. Era de una sola planta, de ladrillo, con un enlucido blanco que parecía de coral, pero lo más especial de todo era que estaba rodeada por un jardín de cactus órganos altos como árboles, así como cactus barbudos con espinas y suculentas de hojas turgentes azul verdoso que se elevaban por encima. Una escalera conducía al tejado, donde podía sentarse a la sombra de una palapa y contemplar a los pelícanos pescando con poca maña, a los delfines arrinconando con destreza bancos de peces en la bahía y a una nube de pececillos saltando sobresaltados. Una bicicleta oxidada estaba apoyada contra la pared. Sunny fue al banco de Melaque a sacar los pesos para pagarle al dueño, que también era el cuidador del cementerio, y se instaló sin nadie en un país donde nadie parecía estar solo; sin amor en un país famoso por venerar el amor romántico, sin música en un lugar donde era impensable vivir sin ella, y manteniendo como una cuestión de principios no bailar donde todo el mundo bailaba. Aunque los lugareños miraban con curiosidad al enjuto forastero con cejas de gato que cojeaba, vestido con el atuendo típico de un pescador indio, el *gamcha* y el *lungi*, y aunque se mostraban

amables porque eran amables por naturaleza con los forasteros, su propia felicidad y tristeza lo invadían todo: conversaciones, reuniones, funerales, bodas, bautizos, fiestas de quinceañeras, celebraciones religiosas y días de santos, procesiones cívicas y aniversarios de nacimiento y muerte de revolucionarios y mártires. En ese país había tanta vida que Sunny no necesitaba molestarse en forjarse una. Su vida podía consistir simplemente en contemplar la vida misma.

Por las tardes llovía (allí también era época de lluvias) y Sunny leía en su hamaca un pesado volumen de historia latinoamericana de la librería de viejo que vendía sobre todo los libros donados por los gringos para recaudar fondos para becas infantiles. Leyó sobre colonos y dictadores, golpes de Estado y revoluciones, oro, plata, petróleo, bananas y cocaína. Pensó que así como hay que vivir en la India para conocer realmente a los británicos (de una forma que no sería posible viviendo en Inglaterra), también hay que vivir en México para entender a los españoles y a los estadounidenses y descubrir qué fue lo que hizo brillar a Estados Unidos: «¡Gané, gané! ¡Estoy ganando! ¡Voy a ganar! ¡Soy el más poderoso! ¡Soy el más grande! ¡Me quiero! ¡Mucho!»

Leyó el diario de Frida Kahlo en español. Las palabras eran sencillas porque brotaban directamente del corazón. Se examinó los dedos de forma instintiva para asegurarse de que no se los había manchado de sangre con sus cuadros ensangrentados, corazones, úteros y accidentes.

Un día, llegó a la librería de viejo justo cuando recibían un paquete de números antiguos de *Artes de México*. Un expatriado había muerto y estaban vaciando su extravagante villa antes de

venderla. *Artes de México* había inspirado *Kala*, la revista para la que Sonia escribía, recordó Sunny, y se compró todos los números. Había uno sobre el arquitecto Luis Barragán con una introducción del poeta Octavio Paz, quien en *Vislumbres de la India* había sugerido que el modernismo de Barragán tenía sus raíces en el México antiguo. Había uno sobre los huipiles; otro sobre los insectos en el arte mexicano; otro sobre los retablos: la Virgen había protegido a muchas personas de inundaciones e incendios, de cruces fronterizos..., pero no había salvado a Sunny de su madre; en cambio, la había salvado a ella del abandono de su hijo.

Sunny cogió el número sobre artistas extranjeros que habían trabajado en México. Algunos eran muralistas, otros fotógrafos, muchos de ellos tenían interés por lo surrealista. Pablo O'Higgins y Edward Weston, Tina Modotti y Leonora Carrington, Remedios Varo y Kati Horna. El último pintor que aparecía era Ilan de Toorjen Foss. Sunny se sentó en su pequeña casa de la selva y se quedó observando su distinguido rostro. Le pareció que el pintor lo apartaba y dirigía la vista hacia su colección de criaturas de arcilla procedentes de fosas funerarias prehispánicas. Algunas de esas tumbas provenían de la misma costa del Pacífico donde él vivía ahora y las piezas de cerámica habían aparecido en la bahía de Tenacatita. Unas las habían excavado arqueólogos, otras agricultores que araban sus campos. Vio coatís de arcilla que parecían vivos, que siempre estarían vivos mientras la arcilla no se deshiciera. Vio perros panzudos durmiendo, una cigarra, una mantarraya, morenas, colibríes..., un mundo natural perdido.

Y se descubrió temblando. ¿Por qué? No tenía nada que ver con De Toorjen Foss. Estaba experimentando la belleza de esas criaturas

y la riqueza perdida del planeta, una época en la que los seres humanos tenían una vida a su medida, y eran una criatura más entre tantas, superados en número. Estos animales surgían de la mano de artistas que buscaban lo contrario de la fama. No querían ser conocidos; no firmaban con su nombre al pie de sus obras. Simplemente deseaban que lo que amaban viviera para siempre.

¿Cómo pudo un sabueso salir del mar, atacar a Sonia y a él mismo y fundirse en la arena cuando había estado antes en el cuadro de Ilan? Sunny recordó el miedo estremecedor de ella. El miedo implicaba un crimen. Se enfadó consigo mismo, pero pasó la página con avidez y se detuvo en un lienzo en el que Ilan había estado trabajando. Representaba a una mujer con un ojo reflejado en un espejo de muchos paneles, proyectado hacia la eternidad. Esperabas que pudiera escapar a la miríada de reflejos de su propio ojo, pues era evidente que no había otra salida que a través del espejo.

¿Era el ojo de Sonia? Lo era. No, no lo era..., ¿o sí? Sunny tuvo una revelación: los ojos de los retratos de Ilan eran los ojos de Ilan: todas las personas que retrataba quedaban atrapadas en su mirada, todas se convertían en él.

Al parecer, Ilan de Toorjen Foss había contado la historia de Sonia. Pero había una historia detrás de esa historia. Una historia que vivía detrás de una historia contada, a menudo una historia que no podía contarse porque la persona que podía hacerlo había sido destruida.

A medianoche una concha marina enorme se coló en la casa de Sunny; la criatura que había dentro se asomó, se escabulló haciendo clac-clac sobre las baldosas hasta meterse debajo del armario, volvió

a asomarse, se escondió y se deslizó, clac-clac, debajo del frigorífico, en dirección contraria a la libertad, guiada por el instinto hacia la peor opción. ¿Por qué iba a confiar Sunny en lo que pensaba? La criatura dejó a la vista un ojo triste y un pico; lloró una lágrima salada. Se encerró en sí misma cuando él la metió en un cubo y la soltó en la playa. Las conchas corrían de lado por la arena. Era como ver un truco de magia, pero no eran sino criaturas que se desplazaban como se supone que debían desplazarse a la luz de la luna.

Sunny llamó a Babita por el teléfono público del zócalo con su tarjeta del tucán. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie oía sin querer las palabras «asesinato» o «dinero negro».

Babita le dijo que el regulador de tensión se había quemado en una nube de humo y las bombillas habían explotado.

—¿No le has pedido a Olinda que las cambie?

—Ella no sabe; no es tan inteligente.

—¿No es lo bastante inteligente para cambiar una bombilla? ¿Y Naresh?

—¿Naresh? ¡Es demasiado listo!

—¿Es demasiado listo para cambiar una bombilla? Entonces, ¿cómo vas a arreglártelas? No puedo volar de México a la India para cambiar una bombilla.

—¡Sunny Bhatia! Me las he arreglado sola toda mi vida, ¿no?

Luego le dijo que los bandicuts robaban la fruta y el jabón.

Le dijo que a la lagartija que vivía detrás de la cisterna del inodoro y salía corriendo despavorida cada vez que ella se sentaba en él se le había desprendido la cola.

Le dijo que había visto una serpiente deslizándose por las altas vigas. Los cazadores de serpientes la identificaron como una serpiente iridiscente, y al reconocer en ella una deidad, se inclinaron en señal de respeto y la soltaron. Babita los había reñido. «¡Tonterías supersticiosas! No me extraña que esta nación no salga adelante.»

Le contó que el *poi wallah* circulaba demasiado rápido en su bicicleta para ser un vendedor de pan eficaz. Tocaba la bocina desde la calle de la derecha y cuando llegabas ya estaba en la de la izquierda. Excitaba a los perros callejeros, que corrían tras él armando alboroto. Para comprar el pan de la mañana, había tenido que abrirse paso entre el jaleo mientras él pasaba zumbando y se había caído, torciéndose el tobillo, por lo que ahora cojeaba.

—¿Quién te comprará el pan de la mañana ahora que no puedes perseguir al *poi wallah*?

—Nadie.

Mareado, Sunny se dirigió a Palapa Bob's, un chiringuito junto a los acantilados rocosos. Se llevó el cuaderno para recuperar su costumbre de apuntarlo todo. Algún día podría tener sentido. En el televisor de detrás de la barra hablaban de un capo del narcotráfico de Manzanillo que había escapado de la policía por el alcantarillado de la ciudad. ¿Y si aparecía por allí? Se rumoreaba que planeaba construir un complejo turístico de cinco estrellas en la punta de la bahía de Tenacatita y que ya estaba sobornando al gobernador. Sunny pidió una cerveza.

—Tío, hablas español con acento hindi —le dijo Bob, el dueño de Palapa Bob's, un gringo de Wyoming cuyo español también sonaba tan forzado que la gente se reía cuando hablaba.

A Bob le llamaban «el Camarón» porque cuando se instaló en México para estirar el poco dinero que le quedaba tras un tercer divorcio se puso tan rosa como las gambas al sol. Vivía en una parcela en la selva en la que había un sapo, grande y verrugoso, de los que podían lamerse por sus efectos alucinógenos, y allí, según le dijo a Sunny, con seiscientos dólares al mes se las arreglaba bien para vivir. Sunny tenía que probar el Raj, el excelente restaurante indio de Puerto Vallarta, propiedad de un inglés llamado Billy, de Leeds.

—Puedes comer un curry por unos dos dólares.

Al oírlo, un gringo sentado en un taburete hecho con un tocón de árbol dijo con pesar:

—Cuando estaba en la India, podía comer dos *idlis* por quince centavos.

Ese estribillo gringo de «¡Qué barato!», pronunciado en tono triunfal, Sunny lo oía en el Palapa Bob's y el Bar Bambu, en los bancos del zócalo y en los taxis que transportaban a los gringos del aeropuerto de Manzanillo a sus casas de ensueño en la selva y junto al mar.

«¡Un peso por dos panecillos!»

«¿Tratamiento dental en Barra de Navidad por cuarenta y cinco dólares? En Estados Unidos serían mil.»

«¿Un jardinero, sólo sesenta pesos la hora?

«¿Treinta y cinco pesos por metro cuadrado? ¡No puedo creerlo!»

El bar era propiedad del Camarón, pero lo atendía un chico del pueblo llamado Ulises. Ulises tenía un dilema: odiaba a los expatriados, a los jubilados que huían del frío y a los turistas (todos

ellos pregoneros del «¡Es tan barato!»), pero también dependía de su dinero. Bueno, ése era el problema de casi todo el mundo.

Cuando no había blancos cerca, Ulises le contó a Sunny que en los seis años que había vivido en Estados Unidos sólo tres putos blancos habían sido amables con él. Se tiró de sus rizos angelicales.

—Todos esos cabrones vienen aquí y se compran las mejores casas de la pinche playa. Luego, cuando nosotros vamos allí, nos tratan de la chingada. Volvemos aquí, a nuestro pueblo, y tenemos que trabajar para los mismos cabrones. Si regresan a su país, le venden la casa que nos compraron a nosotros por cuatro chavos a otro gringo por una millonada.

Le gustaba Sunny porque, a pesar de su Green Card y su particular acento español, no era un gringo. Sunny intentó convencerlo de que no era una buena razón.

—Si conocieras a diez indios, yo tampoco te caería bien.

También le mencionó que se había cruzado con un cocodrilo mientras nadaba en el océano. Cuando salió corriendo del agua, vio a otros tres surcando las olas con las fauces abiertas en dirección a Boca de Iguanas. ¿No debería preocuparse?

Ulises le dijo que los cocodrilos nadaban entre los manglares en busca de amor o siguiendo los bancos de peces. En los viejos tiempos, antes de que se construyera una valla y se creara un parque ecológico, los cocodrilos se paseaban por la calle principal, pero los de ese pueblo en particular nunca atacaban a la gente.

—¿Por qué?

—Les damos de comer.

—¿Qué les dais?

—Perros muertos. Siempre que muere un perro se lo tiramos.

Una mañana, al pasar por Palapa Bob's de camino al centro de internet, Sunny se detuvo a saludar a Ulises.

—*Buenos días.*

Ulises, que dormía en una cabaña de madera contrachapada en el fétido arroyo de detrás, estaba limpiando con aspecto somnoliento los restos de la noche anterior, rastrillando la arena para limpiarla. Había encendido el televisor, como hacía siempre nada más entrar. Era el aniversario del golpe militar en Chile y emitían una vieja grabación de los aviones Hawker Hunter bombardeando el palacio presidencial en 1973, seguida del último discurso de Allende en La Moneda antes de pegarse un tiro y de que la Junta tomara el poder: el mismo vídeo que el profesor de español de Sunny les había puesto en clase. Sunny se detuvo a mirar, pero entonces, de repente, la noticia cambió...

En Nueva York, en una perfecta mañana de cielo azul, un avión se había estrellado contra el World Trade Center.

—¡Joder! —exclamó Ulises.

Bob llegó corriendo en su *scooter* desde la aldea en la selva donde vivía. El chamán había gritado la noticia hacia su ventana como si lo hubiera sabido de antemano. De pie, uno al lado del otro, los tres vieron cómo los aviones se estrellaban contra las Torres Gemelas, cómo la gente saltaba de los rascacielos, cómo un avión chocaba con el Pentágono en Arlington, Virginia, y luego la noticia de que un avión que se dirigía a la Casa Blanca o al Capitolio de Estados Unidos se había estrellado, matando a todos los que iban a bordo.

Llegaron los extranjeros: una pareja holandesa que había recorrido Asia en bicicleta; un francés que había hablado con Sunny sobre la conmoción que le había supuesto ver cadáveres de

personas, vacas y perros flotando juntos en el Ganges; una tejana entrada en años y su joven entrenador de caballos mexicano, con quien tenía una aventura; una instructora de yoga de Mount Shasta que planeaba asociarse con el chamán para organizar un Equinoccio por la Paz; los pescadores deportivos... Vieron al presidente George W. Bush recibir la noticia del atentado mientras asistía a la lectura de *The Pet Goat* en una escuela de Florida. Algunos de los expatriados se quedaron fuera con sus teléfonos móviles intentando ponerse en contacto con amigos de Nueva York, aunque era imposible comunicarse. La tarde dio paso a la noche, que se prolongó hasta bien entrada la madrugada, y siguieron mirando, con la cerveza y el tequila ardiendo en la garganta.

—¡Cobardes! —gritó Bob—. ¡Son unos putos cobardes! —Se levantó y señaló las estrellas con el dedo—. ¡Cobardes!

Una cría de cocodrilo se separó del resto en los manglares, y conforme se adentraba por el miasma del arroyo, agitándolo, el olor se volvió más putrefacto. No tardó en aparecer un enjambre de mosquitos.

—Bueno, sean lo que sean, no son cobardes —intervino Sunny—. Hay que tener agallas para estrellar un avión contra el World Trade Center, para atacar al Gobierno de Estados Unidos, para matarse a uno mismo y a otros. Es obvio que quieren empezar una guerra.

—¡Son unos putos cobardes, ¿lo entiendes?! —gritó Bob, simulando que lo apuntaba con una pistola—. Cuando matas a gente inocente, eres un cobarde, ¡eso es lo que eres!

Sunny comprendió que no era el momento de iniciar un recuento de los civiles inocentes muertos por las bombas y los disparos estadounidenses. Aun así, su contención, su silencio, su actitud,

como dando a entender que él era el maduro y Bob el inmaduro, demostraban que el desastre no lo había afectado, sino que se mantenía a distancia de él, como parecía estarlo de todo.

Furioso, Bob quiso destruir esa frialdad de inmigrante-enemigo que veía en él. Se dio cuenta de que siempre le había irritado verlo merodear por el pueblo, sospechosamente solo, comportándose como si estuviera por encima de los expatriados, sentado en silencio ante una mesa con expresión vigilante y las cejas enarcadas y sentenciosas, tomando notas... ¿Con qué propósito? ¿Qué hacía allí? Podría ser un fugitivo; se conducía como si fuera culpable.

—Tú emigraste a Estados Unidos —dijo—. Fue un sueño lo que Estados Unidos te sirvió en bandeja, así que ¿por qué ahora te pones del lado de los agresores? ¿Por qué no estás agradecido?

Sunny recordó el día en que le llegó la tarjeta de residente permanente. Era cierto que no había sentido gratitud sino un alivio abrumador. Si se había sentido agradecido era por haberse salvado de Babita, de la India, de su destino natural.

Tal vez fue la hostilidad de Bob (y el hecho de que tenía razón) lo que llevó a Sunny a replicar.

—Estados Unidos se ha forjado con el trabajo de los inmigrantes. ¡Es Estados Unidos el que debería estar agradecido a los mexicanos!

—Si estás aquí en México es gracias a Estados Unidos. Como es gracias a Estados Unidos que yo estoy aquí, disfrutando de esta buena vida. Si yo fuera mexicano, estaría intentando llegar a Estados Unidos. —Sunny dejó ver en su cara que no alcanzaba a entender la lógica del patriotismo de Bob y éste insistió—: ¿Quién te ha dado estudios? ¿Quién te ha dado un empleo? ¿Cómo has llegado aquí? ¿Por qué no vuelves a la India?

—Calmaos, tíos —dijo la pareja holandesa.

—Eh, eh —dijo el francés.

—El problema en todas partes es la energía masculina agresiva y fuera de control —intervino la instructora de yoga. Llevaba una camiseta con la palabra «amor» escrita en la parte delantera con los colores del arcoíris.

Bob se enfadó aún más, y cuando Sunny se levantó para irse, lo apuntó a la cabeza con una botella de tequila y la lanzó. Sunny se agachó. La botella no le dio por poco y se hizo añicos contra la pared. Los cristales volaron en todas direcciones y rompieron el televisor. El tequila salpicó la cara de Sunny y su *kurta* color mostaza.

—¿Podría ser musulmán? —oyó preguntar a alguien.

Ulises le apretó el hombro a Sunny cuando él pasó por su lado al salir y le susurró:

—Tarde o temprano todo vuelve.

Cuando Sunny estaba ya en su casa del letrero RENTA O VENTA, con el corazón aún palpitante, un cristal cayó de un pliegue de la bolsa de la compra sin que él lo advirtiera. Al quitarse la zapatilla, lo pisó y se le clavó profundamente en el pie. Al arrancárselo, le salió sangre. Dejó huellas ensangrentadas mientras buscaba un trapo de cocina que enrollarse alrededor del pie porque no tenía ninguna venda.

A pesar de la humillación y el susto, Sunny pensó que Bob había hecho bien al lanzarle la botella de tequila al cráneo. Debía de haber intuido la verdad. Y la verdad, aunque Sunny no lo admitiría ante nadie, era que, a pesar de que sintió un horror incrédulo, oculto dentro de ese horror (en los pliegues y matices de la incredulidad de que alguien osara hacer algo semejante), cuando las torres del

World Trade Center cayeron con la misma despiadada indiferencia por la vida humana que mostraban los estadounidenses cuando hacían la guerra o negocios en el extranjero, en lo más profundo de su mente también pensó: «¡Que sepan lo que se siente!»

¡Pero él mismo no tenía ni idea de lo que era! Estaba muy lejos de haber vivido la experiencia de que cayeran bombas americanas sobre él. Por otra parte, sabía que los pilotos de esos aviones lo matarían a él, Sunny, sin piedad. No compartía sus creencias, su estilo de vida. Pertenecía exactamente al bando opuesto (irreligioso, occidentalizado), de modo que ¿por qué se sentía así? También se dio cuenta de que se compadecía de los camareros que habían muerto, pero no tanto de los banqueros; pensaba que la muerte de los pobres importaba más que la de los ricos, aunque a él mismo (heredero de la Casa das Conchas, de más de trescientos años de antigüedad) se lo considerara una persona muy rica. Se dio cuenta de que nunca se había fijado en las torres del World Trade Center porque no le gustaban los rascacielos, y nunca las había buscado como punto de referencia; sentía un cinismo innato frente a lo que representaban. Tampoco había estado nunca en las grandes tiendas, ni en Bergdorf Goodman, ni en Tiffany, para horror de Babita. Más tarde, cuando vio en las fotografías la nueva silueta de los edificios recortados en el horizonte, no pudo apreciar que faltaban dos. Y a pesar de que Estados Unidos y sus ciudadanos le habían dado todas las facilidades (aunque éstas se hubieran costeado con el dinero negro de su familia), en lugar de sentirse agradecido, empezó a sospechar que él no era más que una cortina que ocultaba la verdad, el espectáculo de payasos con que se pretende desviar la

atención de unos hechos siniestros, parte del problema y no de la solución.

Cada día Sunny pasaba en bicicleta, con el *lungi* recogido, por delante de los cocodrilos del parque ecológico de camino al centro de internet del pueblo, donde leía detenidamente los artículos que le habrían encargado escribir si aún estuviera ascendiendo en la Associated Press. En las calles de Nueva York atacaban a los sijs porque llevaban turbante y barba y podían ser Osama bin Laden. Atacaban a los dominicanos y puertorriqueños porque también podían ser árabes. Un hombre de Bangladés fue detenido por conducir de Jackson Heights a Canadá con ollas a presión para sus familiares por si estaba planeando utilizarlas con explosivos. Habían atacado a un judío por llevar barba y moverse por el aeropuerto en una furgoneta blanca anodina. En realidad, era un artista de performance y estaba haciendo una declaración indirecta a través de un proyecto artístico patrocinado por un colectivo de artes liberales que operaba desde Tel Aviv. El académico sij que había huido para salvar la vida mientras unos hombres lo perseguían por el puente de Brooklyn se había visto obligado a quitarse el turbante y cortarse el pelo, como habían hecho los sijs de Delhi tras el asesinato de Indira Gandhi a manos de sus guardaespaldas sijs.

Junto con esos artículos, las agencias de noticias estadounidenses empezaron a publicar los obituarios de los fallecidos. Mientras que los que aparecen en la prensa nacional suelen corresponder a hombres y mujeres notables (aquellos que han nacido famosos o han alcanzado su potencial de un modo extraordinario), los obituarios de las víctimas del 11-S hablaban de gente corriente, y a veces resultaba tan descorazonador leer sobre su vida como sobre

su muerte. Algunos sólo eran observaciones impersonales, como de un simple conocido:

«Lenny era reservado y celoso de su vida privada. Tenía un caniche, *Tomboy*. En su escritorio había una foto de *Tomboy*.»

«Julio era de Venezuela. Nadie lo conocía bien. Estaba divorciado y vivía solo. Su familia está en algún lugar de Venezuela.»

«A Voahirana le encantaban los zapatos, y a la hora del almuerzo iba a las zapaterías con descuentos. Los sábados cogía el tren para ir a ver a su anciana madre, que vive en una residencia para enfermos de alzhéimer en Poughkeepsie.»

Sunny pensó en lo humillados que se sentirían los muertos al leer sus obituarios, y una vez más, como había ocurrido con sus pensamientos más íntimos ante los atentados, se dijo que debería guardar para sí esas ideas prohibidas. No era justo suponer que alguien que tenía una vida tranquila, un perro adorable, una pasión por los zapatos o una madre a la que visitar (y cuya mente, con suerte, no retendría la noticia del fallecimiento de su hija) no había tenido algo tan significativo como una vida plena.

Si lo hubieran asesinado a él, sus compañeros de trabajo habrían tenido que devanarse los sesos para decir algo al periodista que tal vez informara de la noticia desde un escritorio de su propia redacción. Si se hubieran puesto en contacto con Ulla, ella tal vez lo habría identificado con las emociones que habían llevado a los terroristas a atacar un símbolo de orgullo capitalista, aunque Sunny confiaba en que no lo hubiera divulgado a la prensa: ella no era vengativa. ¿Qué habrían dicho sus vecinos de Jackson Heights? Que sin duda tenía una madre: «¿Cuándo vendrá tu mami? ¡Mamá tiene que venir! ¡Todos debemos vivir juntos!»

Fue entonces cuando recibió un correo electrónico de Satya: «¿Estás bien?» Satya era la única persona en el mundo, aparte de Babita, que tendría mucho que contar a un redactor de obituarios. Le respondió de inmediato: «Sí, no estoy en Nueva York. Estoy viviendo en un pueblo de la costa mexicana. ¿Tú estás bien?» Y aventuró: «¿Dónde estás?»

Bob entró por casualidad. Al ver a Sunny, volvió a salir, arrancó una flor de ave de paraíso del arbusto de fuera y volvió a entrar, se acercó y se la tendió a Sunny con una inclinación.

—Te pido disculpas —le dijo—. Si nos peleamos, estamos dando a los terroristas lo que quieren.

Debían unirse frente al mal, no separarse. Bob el Camarón era residente en México y de nacionalidad polaco-estadounidense, pero sobre todo estadounidense. Intentó justificarse ante Sunny. Sus padres eran inmigrantes.

—Estaban muy orgullosos. Siempre teníamos una bandera ondeando fuera de casa. Parece que eso ya no le importa a nadie. Y cuando miras al resto del mundo y luego a Estados Unidos, piensas, bueno, no está tan mal. ¿Por qué todo el mundo lo ataca sin tregua cuando es donde todo el mundo quiere estar?

Fue entonces cuando Sunny sintió gratitud. Se sintió agradecido a Bob por servirse del sentimentalismo que le había provocado la barbarie para reconciliarse. ¿Debería escribir a Sonia? «Oye, ¡ven! Sea lo que sea, lo superaremos. Todos debemos vivir juntos.» Esa calamidad podría ser una forma de superar la vergüenza que había arraigado entre ellos. Pero ¿qué diría Sonia con toda la razón? «¿Por qué me dices que vaya ahora? ¿Necesitas un acto terrorista para

echarme de menos? Si las torres no hubieran caído, ¿qué habría pasado?»

Confiaba en que Satya le respondiera. Volvió varias veces para comprobarlo, pero no había nada, y siguió leyendo la avalancha de noticias y artículos de opinión de todo el mundo. En uno de ellos, un experto de *The Santiago Times*, el periódico en el que Sunny había solicitado hacer prácticas, informaba de que en Chile les parecía como si Estados Unidos les hubiera robado el día del desastre (que, después de todo, había instigado el propio Estados Unidos) y lo hubiera convertido en su propio día del desastre. Escribió que no podía librarse de la sospecha de que los dos 11 de septiembre, el chileno y el estadounidense, estaban hermanados, que formaban parte de la misma historia aunque no fuera evidente a simple vista. Cuando se hizo el recuento de las víctimas, el número resultó ser espeluznantemente similar, como si se tratara de un hechizo cabalístico en acción. Luego Sunny leyó y reflexionó sobre el hecho de que varios miembros de la familia Bin Laden eran socios comerciales de la familia Bush y habían sido trasladados por aire a un lugar seguro tras el atentado terrorista urdido por Osama, miembro de su extenso clan.

¿Cómo se conmemoraría a los muertos además de con sus obituarios? ¿Reconstruiría la ciudad de Nueva York el World Trade Center aún más alto? ¿Levantaría un monumento conmemorativo? ¿Acudirían los turistas en masa al emplazamiento de un museo conmemorativo con objetos procedentes de los escombros? Si era así, seguramente después necesitarían comer algo. Podrían ir de compras para contrarrestar el trauma, porque hay un límite tolerable para la desgracia cuando estamos de vacaciones. Junto al lugar de la

muerte, ¿sería útil un centro comercial de lujo para informar al enemigo de que no habían hecho mella en el estilo de vida americano, donde los turistas pudieran echar un vistazo a bolsos, vestidos y zapatos fabricados en los talleres clandestinos de Daca o Cantón? ¿Tal vez entre estos compradores adinerados habría familiares del mismísimo responsable del ataque terrorista? En algunos países, como la India, Arabia Saudí y Estados Unidos, el dinero se concentraba en unas pocas dinastías.

DECIMOSÉPTIMA PARTE

El hombre que te consiga será muy afortunado

62

Maya Mithal había escrito a Sonia para preguntarle dónde estaba el artículo sobre Rajastán, con la logística para el viaje que le había solicitado, y por qué le habían enviado una factura por una jarra rota. Sonia buscó sus notas. ¿Podría escribir algo para *Kala*? En lugar de notas periodísticas, encontró el bosquejo de un libro que estaba haciendo justo antes de que Madan irrumpiera y le pusiera las manos en el cuello. «Te quiero mucho mucho.» Con las pequeñas ganancias de sus artículos anteriores, le envió a Maya un cheque por la jarra rota y por su estancia en los hoteles de Bikaner y Sardar Samand. Le escribió que, aunque no había logrado completar ese encargo debido a la reaparición del cáncer de su padre, en cuanto se recuperara le propondría otro artículo, tal vez sobre los cuadros de su abuelo y de los artistas que viajaban a la India en busca de inspiración. ¿De qué huían? ¿Qué buscaban?

Papá también estaba preocupado por las facturas. Revolvía entre sus papeles como hacían Dadaji y Dari, y perdía y hallaba cifras en la caprichosa calculadora solar. Llamó a su agente de bolsa. ¿Debía desembarazarse de sus acciones para pagar las facturas del hospital? Pero se resistía a venderlas. Papá sentía el pánico del fantasma de su padre: «¡Nunca vendas el capital!», y se veía obligado a seguir ese consejo, a pesar de que había descubierto que

era un falso inversor cuyas divisiones sólo servían para disfrazar el cero. Se le ocurrió que podían ir a la caja fuerte del banco para averiguar si había algo en ella que mereciera la pena vender.

Al igual que Mina Foi en Allahabad, Sonia se subió a una escalera metálica desvencijada para alcanzar la caja fuerte de la sucursal bancaria del mercado de Hauz Khas, bajo la vigilancia de un guardia muy flaco, con un rifle más bien inofensivo que parecía del siglo XIX, pero con un bigote feroz. Abrió la caja fuerte y sacó bolsas de plástico, cajas que antes se usaban para regalar frutos secos y los neceseres de Pan Am y Aeroflot donde guardaban las joyas de Ba que le habían correspondido a Mamá al casarse con Papá, incluido su *mangalsutra*, que se supone que una mujer casada nunca debe quitarse. Había una sola moneda de oro de Alemania; medallones deformados de oro opaco mezclado con otros metales; cucharones y jarritas con las iniciales de personas que nadie recordaba.

Papá y ella fueron a una de las numerosas joyerías de South Extension para que les tasaran esos objetos. En el interior en penumbra, las vitrinas estaban iluminadas como en un museo. Las dependientas iban arregladas como azafatas de avión, con saris de seda de uniforme e impecablemente maquilladas, con los rostros cremosos y los labios rosados y húmedos. Una de ellas cortó los hilos de los collares. Amontonó las medallas, las cadenas y las pulseritas de bebé. Papá puso encima los gemelos que le había regalado la familia de Mamá. Habían pertenecido a su padre.

—Ja, tu madre vino a mi casa con las manos vacías —dijo con la mandíbula tensa—. ¿Dónde está esa moneda alemana? Deshazte de ella de una vez.

—No es tuya. Le pertenece a Mamá. Puede que tenga un valor superior al del oro que contiene. Podría haber venido de Bismarck, ¡quién sabe!

Él se mostró violentamente categórico (¿por qué Sonia nunca había condenado a su madre ante él como era su deber?) y arrojó la moneda de oro con rabia cruel, como solía tirarle a Mamá el dinero para la casa cada mañana.

Sonia intentó controlarse para no replicar, recordándose que estaba enfermo.

Amarillo y morado, Papá se tambaleó por la tienda mirando las vitrinas mientras esperaba a que fundieran el oro para separarlo de los otros metales y determinar con exactitud el quilate. Ofrecerían un precio aparte por los collares pesados, los adornos para la cabeza y los pies, y las narigueras de Gujarat.

Sonia ignoró a su padre y observó a una pareja que elegía un anillo como si viera una versión de lo que podría haber sido su vida de haberse casado con un acaudalado hombre de negocios y haberse refugiado en la seguridad del dinero, como habían hecho las hijas de los amigos de esas cenas llenas de risitas y carcajadas.

La mirada de Papá se posó en un diseño abstracto de formas romboides ensambladas con la delicadeza de las escamas de una serpiente. Un hombre interesado en el arte muestra un interés natural por los adornos femeninos. Pidió ver el collar. Lo levantó. Después del ataque de rabia, su humor había cambiado.

—Qué original. Sonu, voy a comprártelo.

—No puedo aceptarlo —susurró ella—. Tienes que pagar las facturas del hospital.

Las dependientas de la joyería, lejos de hacerse a un lado mientras padre e hija discrepaban, se quedaron mirando y escuchando abiertamente, como para avergonzarlos y obligarlos así a comprar.

—Tengo mucho dinero.

—No es cierto. Por eso estamos aquí.

—¡Dile a tu madre que me envíe todo el dinero que me debe! La mitad de la casa en la que vive es mía, por vínculo matrimonial. Vale por lo menos un crore. ¡Y todavía me debe dinero por las facturas del hospital de la esposa de Chandu! Le dije que me lo reembolsara, ¡maldita sea!

—Papá, no vas a comprar este collar. Me voy de la tienda ahora mismo.

—Vete, entonces. Lárgate.

Sonia dejó a su padre hablándole con rudeza y cogió un *rickshaw* para volver a casa. «Estoy enfadada, estoy enfadada, odio a mi padre, lo odio, espero que se muera», murmuraba durante todo el trayecto. El drama de su muerte a menudo le parecía falso, del mismo modo que a Mina Foi le había parecido falsa la muerte de Dadaji. Eso, y la crueldad de Papá, la ayudaban a seguir adelante, porque le permitían odiarlo, lo que a su vez le impedía derrumbarse por el dolor.

Y, sin embargo, él sólo quería hacerle un regalo. Tal vez recordaba lo que ella le había contado sobre lo ocurrido en el pabellón de caza de Sardar Samand y sentía que le había fallado. Un padre de una generación anterior, antes de acabar sus días, se habría asegurado de casar a su hija con un hombre que la protegiera. Ahora, al menos, su hija poseería una joya con la que adornarse si la fortuna

le sonreía, o que podría vender cuando el destino le deparara una desgracia, y con ella llegaran el dolor y la confusión.

Esa noche pusieron a todo volumen las noticias para no hablar entre ellos. Bajaron la vista hacia el pastel de carne y la levantaron al unísono. Hacía una mañana radiante en Nueva York y un avión acababa de estrellarse contra el World Trade Center. Luego volvió a estrellarse. Y lo hizo de nuevo. La escena se repetía una y otra vez, y ellos seguían mirándola, como paralizados. Chandu salió de la cocina para unirse a ellos. Estados Unidos había sido atacado. El país, sin duda, entraría en guerra inmediatamente. Pero ¿con quién?

¡Ilan! ¿Estaba en Nueva York?, se preguntó Sonia. ¡Sunny! ¿Estaba en Nueva York?, se preguntó Sonia. Luego sintió pavor. Su primer pensamiento le había revelado que Ilan seguía ocupando su mente con una fuerza innegable; ¿no significaba eso que lo amaba más? Llámalo amor, llámalo miedo, llámalo el deber de correr hacia el desastre para salvarlo, para apagar el fuego o acabar también consumida por las llamas.

Pero con o sin Sunny, con o sin Ilan, Sonia, que había sido neoyorquina, sintió que había sucedido algo terrible e irrevocable, algo que la afectaba personalmente. Una vez que se era neoyorquina, nunca se dejaba de serlo, por más que su experiencia allí hubiera sido como vivir en un cubo agujereado. Sintió horror, pero a la vez fascinación, la sensación de que todo cuadraba. Y en medio de ese claroscuro de emociones, vio, con un consuelo que no admitiría ante nadie, que cuando su vida entraba en crisis, también el mundo exterior volaba por los aires. Su drama interior y aquel drama exterior coincidían. Sintió, en lo más profundo y oscuro, el leve alivio de un desastre paralelo, un gran desastre mundial que

acompañaba a su propio desastre personal. No estaba sola con esa mala noticia: su padre, ella misma, dos hombres que no la querían y el mundo, todos marchaban juntos hacia la condenación.

—¡Dios mío! —exclamó Papá mirando cautivado.

Sonia vio que su mirada, fija en el televisor, se había enturbiado por la emoción: ese acontecimiento podía estar ocurriendo muy lejos, pero también allí, en Hauz Khas, había personas que, como él, tenían miedo de partir hacia su destino final y creían que la muerte era algo anómalo, aunque todo el mundo hubiera estado diciéndoles lo contrario. Él no era un caso aislado, sino que formaba parte de un patrón más amplio de vidas y destinos robados.

A Papá le encantaba imitar el acento yanqui. Y antes de hacerse hindú había escuchado a Frank Sinatra los domingos por la mañana y a Ella Fitzgerald los viernes por la noche. Había enviado a su hija a estudiar a Estados Unidos y, aunque se había llevado un chasco al verla regresar, había aceptado el desafío: «¡La India es tu hogar! Por si no te concedían la tarjeta de residente, les dije a todos que no tenías ningún interés en convertirte en ciudadana de segunda en otro país, así que no tienes por qué avergonzarte de haber vuelto.»

Esa noche, Sonia encontró sobre su almohada el absurdo collar cuyo diseño recordaba a una serpiente.

No había nada que decir excepto «Gracias, Papá».

—Hemos pasado momentos maravillosos juntos, Sonu —le dijo él —. Un día disfrutarás de momentos maravillosos con otra persona. El hombre que te consiga será muy afortunado.

63

En junio, julio y agosto llovió. La vida de Babita se iba haciendo más pequeña mientras el mundo a su alrededor se desbordaba y multiplicaba. Las sombras se deslizaban por los desagües, del filtro de agua salía una salamandra. Había excrementos de lagarto en la mesa del comedor y mordiscos de roedor en el jabón. Babita podía abrir su *poi* y encontrarlo repleto de diminutas hormigas rojas que también se agolpaban en la piña y excavaban los anacardos. Si no llevaba las gafas puestas, comía hormigas.

Se levantaba, se sentaba, se quedaba de pie junto a la ventana. Ante sus ojos sólo veía la lluvia interminable, y por la noche ni siquiera eso. «¿Hola? ¿Quién? *Kaun?*» No podía verse a sí misma. ¿Estaba ahí fuera? Oía las gotas de lluvia repicar sobre los cubos que colocaba bajo las goteras. Los vaciaba cuando se llenaban bajo la lluvia, la lluvia en la lluvia, sobre la lluvia. Se sirvió otro ron. Había renunciado al agua caliente.

Si el ruido del aguacero disminuía, sus pensamientos errantes se veían interrumpidos por los tristes lengüetazos de *Pasha* al beber del inodoro, un hábito que había adquirido allí. A la cabezonería de la edad se le sumaba la cabezonería innata que solía exhibir al sentarse en el estanque de aguas residuales de los Jardines Lodhi, y no había forma de convencerlo de que volviera a su cuenco de agua. Con sus

débiles patas traseras, no era capaz de darse la vuelta en el estrecho espacio que dejaba el inodoro; se quedaba atascado y, como un juguete mecánico roto, forcejeaba para darse la vuelta y salir. Babita lo sacaba de allí y, envuelta en el pelo de *Pasha* y en la melancolía de su declive, a veces se sentaba distraída en el asiento del inodoro, salpicado de saliva y agua. Furiosa, enrollaba el *O Heraldo* y le daba con él en el hocico y los cuartos traseros.

Veía las noticias de la televisión cuando había electricidad y no se posaba ningún cuervo en la antena, haciendo que la imagen se tambaleara. Si antes los presentadores hablaban con voz serena, tranquilizadora y equilibrada, ahora lo hacían en un tono estridente que sembraba el pánico en el corazón de los telespectadores. Creaban el desastre antes de que ocurriera. Habían informado de los asesinatos del parque Panchsheel en ese mismo tono.

Babita apagó el televisor y abrió una caja de DVD. Antes le encantaban las películas de misterio y asesinatos de Agatha Christie, pero ahora estaba demasiado asustada para verlas sola. Empezó a ver un episodio de la serie *To the Manor Born*, pero la hizo añorar demasiado Inglaterra. *Chori, chori, chori.* Le habían robado Inglaterra. ¿Quién? *Kaun?*

La lluvia dio una tregua, y para no dejarse arrastrar por la expectativa de que Sunny telefoneara por la mañana, ya que no lo había hecho la noche anterior, limpió el moho de sus *jootis* de cuero y de su bolso y se fue a la librería Ocean of Stories, en el centro cultural Altinho de Panjim. La habían invitado a unirse a su club de lectura, pero además de que estaba demasiado lejos, le parecía patético decir que le encantaba leer únicamente para tener compañía; era como hacerse budista porque uno se siente solo.

Estaba allí por una razón concreta, los informó. ¿Podían conseguir una guía de México para una viajera distinguida? Tenía previsto visitar a su hijo en cuanto estuviera instalado en una ciudad más grande y matriculado en un curso de español. Puede que Sunny no quisiera que se reuniese con él, pero ella no le daba importancia a ese molesto detalle; se limitaría a aguantar sus quejas hasta que se sintiera culpable por las cosas malas que había dicho.

Los dependientes de la librería le prometieron que enviarían el libro por mensajero desde Bombay. Babita fue a comer al hotel Mandovi, cuyo ambiente recordaba al de un museo del pasado, excepto por el tamaño de la palometa adobada. Llamó al camarero. Él le llevó el arroz al curry con gambas de guarnición. Ella volvió a llamarlo. Un caballero sentado a la mesa de al lado le dijo que las gambas pequeñas eran las más sabrosas. Babita había malinterpretado el concepto del plato. No se trataba de una ración de marisco con una cucharada de salsa, sino que ésa era la sabrosa salsa con la que debía bañar el arroz. Todo giraba en torno al arroz. Él se presentó como Gerson, el gerente de la Pousada Fontainhas. Tenía los ojos verdes y llevaba un pañuelo almidonado bordado con el escudo de la familia que había sido propietaria de la casa que actualmente era la posada.

Babita sintió un aleteo en el bajo vientre. Cuando alguien se siente solo y necesita hacer amigos a toda costa, intenta atraer a los desconocidos prometedores con su historia más fascinante. Ella estaba deseando contarle lo de las hueveras de porcelana Spode y la casa del parque Panchsheel, pero recordó cómo Vanya había eludido su confesión, cómo Sara había eludido su conversación.

Ese hombre era un desconocido para ella, y no pudo evitar pensar que los ojos claros resultaban sospechosos cuando habitaban un rostro oscuro. Luego se dijo que eso no tenía ningún sentido. Esos mismos ojos también sugerían que estaba al margen de la sociedad, y a una persona así podía contarle su historia con mayor libertad. Aunque, claro, también inspiraba menos confianza. Por otro lado, a un desconocido se le podía contar mentira tras mentira, *looloo* tras *looloo*.

—Imagínese, hace menos de un año tenía a cinco personas a mi servicio y viajaba por el mundo con mi hijo.

—¿Se ha mudado aquí sola? —le preguntó él—. Qué valiente.

—A mi hijo le han concedido una beca de viaje y se ha ido a México —dijo ella con orgullo—. Ha heredado sus genes gitanos de mí.

—¿No será usted la nueva propietaria de la Casa das Conchas?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Esto es Goa. Se sabe todo. ¿Se va adaptando?

—Confieso que no. No voy a mentirle; toda mi vida he sido una persona honesta y he pagado las consecuencias. Los bandicuts me roban el jabón..., son demasiado grandes para las trampas para ratas.

Gerson le dijo que la Pousada Fontainhas también estaba plagada de bandicuts enormes y furtivos. Había diseñado unas trampas especiales que él mismo había forjado en una herrería.

—Puedo llevárselas.

Babita volvió a casa ansiosa, acelerada, con el corazón tirando como un perro de la correa, esperando que Olinda le dijera que había sonado el teléfono.

—No, señora, no ha sonado.

Gerson fue con sus hombres a colocar las trampas para los bandicuts y volvió al día siguiente para revisarlas. Le contó que habían matado a una familia de siete, entre crías y ancianos. Babita no debía mirar, era un genocidio sangriento, pero él le mostró el trozo de tela metálica roída de su dormitorio que ella no había visto. Los bandicuts habían estado desfilando sin hacer ruido junto a su cama, junto a la cama de *Pasha*, habían ido a la cocina a buscar fruta, *poi* y anacardos, y luego al cuarto de baño a robar el jabón.

Gerson aceptó un ron con *nimbu*, y Babita volvió a imaginar el alivio que sentiría al explicarle a un desconocido que ella no había tenido nada que ver con el asesinato. Gerson no tendría motivos para dudar de ella, ¡aunque ella tenía todos los motivos para dudar de él! A un hombre que mataba animales le resultaría más sencillo matar a personas.

Se obligó a seguir guardando silencio.

Pero en el preciso instante en que planeas guardar silencio, tu historia sale a borbotones, como si desafiara tu voto de discreción...

Debía mantenerse el doble de alerta. Cuando uno estaba el doble de alerta, tenía el doble de probabilidades de traicionarse a sí mismo...

Debía tener el triple de cuidado...

Pero ahora creyó captar algo en los ojos criminales de Gerson y volvió a sentir el aleteo en el bajo vientre. Era una revelación que apenas podía admitir ante sí misma, con las restricciones de la sociedad de Delhi diluyéndose poco a poco en la distancia: una

mujer mayor tiene la misma capacidad que un hombre mayor de excitarse ante una compañía más joven. Gerson debía de tener como poco diez años menos.

—¿Se queda a cenar? —lo invitó—. Olinda ha preparado cangrejo relleno.

—No, debo irme.

—¿La última?

—No, estoy bien.

—¿Una para el camino? —dijo haciendo oscilar la botella.

Él se levantó de un salto.

—¡No!

Al acompañarlo a la puerta, ella se acercó torpemente para abrazarlo y agradecerle su ayuda; anhelaba un fuerte abrazo de alguien, de cualquiera. Entonces, con el zumbido del ron y bajo una luna embriagada, posó los labios en su mejilla. Había olvidado el tacto de una barba incipiente. Se quedó inmóvil, apretando la boca húmeda en su cara, y notó cómo Gerson se ponía rígido y retrocedía. La apartó de un empujón y bajó corriendo los escalones. Se encendieron los faros de su jeep y ella lo vio enjuagarse la cara con una botella de agua por la ventanilla antes de largarse a toda velocidad, bruuum, brummm, hacia la noche fragante.

Babita continuó sentada en la gran silla colonial, sola con las lagartijas, los mosquitos, los perros callejeros con los ojos desorbitados por el hambre que merodeaban por el camino, las exuberantes ranas arbóreas del cuarto de baño, los murciélagos frugívoros que colgaban boca abajo en el porche, desparramando excrementos coloridos por la pared. Pero esa noche no hubo ni

bandicuts ni nadie a quien no contar la historia de su inocencia en una noche de asesinatos.

Seguía lloviendo cuando Babita recogió *México pasado y presente* de la librería Ocean of Stories. Colocó dos velas de diseño ondulado en dos candelabros de plata cuando se cortó la luz, dio un sorbo a su ron y subrayó la información que le interesaba. México se había independizado en 1821. ¿Qué les pasaba a los españoles? Los británicos habían aguantado en la India hasta 1947. Los portugueses se quedaron en Goa hasta que la aviación india los bombardeó en 1961 y las últimas tropas borrachas de feni salieron a rastras de la taberna.

¿Y qué decía *México pasado y presente* sobre el saqueo y la brutal esclavitud bajo el dominio español? Era difícil de aceptar. ¿Por qué? Porque lo que encuentras bello también te parece bueno. Subrayó que Porfirio Díaz había modelado Ciudad de México a imagen y semejanza de París. Pensó que la dictadura de Porfirio Díaz fue, sin duda, un interludio afortunado para México.

Abrió el armario y empezó a apartar los saris que podría llevarse: uno plisado de color rosa, el *gulab* de la India, seguramente hermano del rosa mexicano. ¿La tomarían por una embajadora elegante? ¿O los mexicanos, como los indios, eran más felices cuando su país recibía visitantes de raza blanca, en la creencia de que las demás personas de tez morena, y aún más oscura, eran inferiores a ellos?

En cualquier caso, ¿cómo iba a permitirse ir? Pero tenía que hacerlo. Ésa era la verdad, y, por lo tanto, no podía permitirse que otra cosa fuera verdad.

Así conspiraba Babita consigo misma cuando, un día después de que terminaran las lluvias, abrió la puerta y se encontró a una señora de menos de metro y medio de estatura que se protegía del sol con un paraguas. Llevaba un moño, un pulcro vestido de algodón floreado, un collarín y sandalias de plástico. Se llamaba Edelweiss y era la dueña, según dijo, de la esquina de la propiedad donde estaba el pozo.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Babita.

Ella explicó que en la parte trasera de la propiedad había un pozo y que era suyo. Ella, y sus hermanas Ida y Clotildes, eran las dueñas del pozo, del agua del pozo, del camino de entrada y del rincón donde habían enterrado a papi.

—¿Qué quiere decir con papi?

—Papi cantaba en los barcos —respondió Edelweiss—. Viajó por los siete mares y luego volvió a casa a descansar.

—¡¿Aquí?!

En efecto, en lo más profundo de la espesa vegetación que bordeaba la propiedad, había una lápida desgastada en la que Babita nunca había reparado.

—Nos comunicaron que habían vendido la propiedad —continuó Edelweiss—, pero nunca dimos nuestra autorización. Hay que tener la autorización de sesenta y tres descendientes directos, y estamos desperdigados por todo el mundo. Nos gustaría construir una casa para las tres hermanas.

—Pero no hay espacio para construir.

—La construiremos aquí mismo, junto al pozo y la tumba de papi.

—Pero entonces, ¿cómo accederé yo al agua? —preguntó Babita.

Otro habitante del *vaddo* llamado Adolf se acercó cuando Edelweiss se marchó, y le contó que los antepasados de esa mujer habían trabajado para la familia de la casa grande y habían reclamado una parcela de tierra amparándose en los derechos adquiridos por ocupación prolongada. Luego la vida los había llevado a otros lugares, pero ahora que la propiedad en Goa se había revalorizado, habían vuelto.

¿Qué consuelo era ése?

La mujer encorvada que vivía en las peligrosas ruinas cerca del final del camino de entrada se acercó con su cabeza de tortuga a la altura de la cadera. Le dijo a Babita que ella era, en realidad, la propietaria del camino de entrada y también del manzano del amor: sus antepasados habían vivido allí desde hacía más tiempo, y gracias a su generosidad Babita podía acceder a su casa desde la carretera, pero ahora preferiría recibir una compensación.

La vida dura había endurecido a su vecina, pensó Babita, aunque ¿qué consuelo era ése?

Llamó al número que tenía de Umberto. Él parecía frustrado, y dio a entender por su tono que la responsabilizaba a ella de no disfrutar de Milán, que no era una ciudad amable, no era una ciudad *propicia*. Prefería Roma, pero era imposible hacer un cambio. Nunca había oído hablar de Edelweiss. Le habían dicho que las escrituras de la casa estaban en regla, pero los extranjeros no podían comprar en la India y él la había adquirido a través de un joven goano. Babita recordó que, en la confusión de poderes notariales y otros papeles, había figurado un tal «Selwyn» como propietario. En Goa los trámites eran mil veces más complicados que en cualquier otro lugar.

—Creo, Babita, que están pidiendo que se les pague. Cada nuevo propietario supone una nueva oportunidad para ganar dinero.

—¿Sabía Selwyn algo sobre Edelweiss? ¿Puedes preguntárselo? —lo presionó Babita.

Selwyn se había ido a Kuwait con el dinero que Umberto le había dado.

—Pensé que nos unía un sentimiento genuino, pero una vez que supo que no me sacaría más dinero desapareció.

—Así son las cosas —coincidió Babita. A pesar de su rabia, su compasión seguía estando del lado de la persona blanca en apuros —. Yo pensaba que mis criadas me estaban agradecidas y me tenían un afecto sincero, pero para ellas yo sólo era alguien de quien aprovecharse, eso era todo.

Si se dejaba arrastrar por la corriente, el universo la llevaría poco a poco al otro lado de la culpa.

—No dejes que nadie te intimide —la aconsejó Umberto—. Éste es el estilo de vida goano, ya verás. Un vecino se meterá en tu jardín a buscar la azada, otro te mandará un trozo de pastel de coco..., así es la vida en un pueblo. Pero en todas las casas hay algún tipo de altercado. Siempre hay una pequeña propiedad robada aquí, otra ocupada allá; un muro limítrofe que se desplaza con astucia. Los habitantes de Goa se han desperdigado por todo el mundo y las propiedades suelen estar desatendidas. Debes de haber visto todos esos terrenos con formas extrañas. Hay tantos procesos judiciales que apenas se mueven en los tribunales que los nietos heredan las demandas de sus abuelos. Sólo por eso no te preocupes. Incluso si te llevan a juicio, el caso no se resolverá hasta mucho después de que abandones este mundo. Esto es lo que me aseguró Selwyn.

Babita no había vuelto a hablar con Vanya desde que su consejo de beber agua caliente antes de dormir terminó con un lagarto hervido, pero se vio obligada a telefonearla. Y Vanya se vio obligada a contestar, a pesar de que Babita había dicho: «Pero si es bien sabido lo sinvergüenza que era Cecil.» Porque así era la amistad en su clase social: los amigos eran corruptos, y qué iba a hacer ella, ¿no tener amigos? «Mejor dos viudas corruptas que pueden delatarse entre sí que una viuda corrupta sola. Mejor tres viudas corruptas que pueden chismorrear que nadie con quien chismorrear.» Dando una calada a su cigarrillo, sostuvo el teléfono entre el hombro y la barbilla mientras abría su cenicero portátil de flor de cerezo.

—Se habló de broncas por celos. Selwyn estaba chantajeando a Umberto.

Una vez, cuando se acercaba a la Casa das Conchas, Vanya oyó gritar a Umberto: «¡¿Quieres que te tire mierda? ¿Quieres que te tire mierda?!», que era una combinación de palabras muy vulgar y extraña. ¿De dónde salían? ¿De dónde había salido él?

«Tienes que andar con cuidado», le había dicho a Umberto. «No puedes ir recogiendo a chicos de la playa de Baga.»

Umberto se había vuelto repentinamente grosero, de un modo que a Vanya le pareció cruel. «Así son las cosas, Vanya: conoces a un chico en la playa, folláis, se va a vivir contigo... ¿Qué te creías?»

—¿No te dijo que su vida sexual había terminado?

—Aun así, hacía tonterías y se enamoraba de todos los *chokras* que luego se aprovechaban de él —le dijo Vanya a Babita—. Pero, en cualquier caso, te dije que fueras a un abogado y te aseguraras de que la escritura de la casa estuviera en regla.

—¡No me lo dijiste!

—Todo el mundo sabe que hay que hacerlo.

Vanya le recomendó un abogado en São Tomé.

Aloysius de Noronha estaba sentado ante un antiguo escritorio de teca casi negra tallado con un sol y sus rayos. Un ventilador agitaba el aire con la precisión exacta con que se revuelve un *vindaloo* espeso con una cuchara: lo suficiente para crear una corriente, pero no tanto como para que los papeles importantes salieran volando y fueran a parar al arroyo Ourem. Su despacho ocupaba la habitación delantera de su casa, y del interior ya llegaba el olor del almuerzo a las once de la mañana. Ese olor hacía que un hombre se sintiera automáticamente de buen humor y optimista.

Los documentos para la venta de la Casa das Conchas estaban redactados en términos negativos; hacía falta una mente de abogado capaz de pensar hacia atrás para ver la historia detrás de la historia. Después de una hora leyendo, Aloysius de Noronha eructó y exclamó:

—Querida señora, mucho me temo que ha sido víctima de la más omnipresente de las estafas de Goa: poderes y apéndices redactados con una gran cantidad de cláusulas viles. Cualquiera puede leer lo que dice el documento, pero sólo un abogado perspicaz (por lo que nunca debería discutir por unas pocas rupias) descubrirá lo que *no* dice. Le aconsejo que nunca abandone su propiedad, ni siquiera por una noche.

—¡Estaba planeando visitar a mi hijo en México!

—Si las hermanas Edelweiss, Ida y Clotildes se instalan en su casa, tendrá muchas dificultades para desalojarlas legalmente; sólo podrá hacerlo con matones. Y el matonismo tiende a irse de las manos.

—Dígamelo a mí —replicó Babita, y se abanicó con una carpeta manila al verse asaltada por un sofoco menopáusico.

—Están dispuestas a reclamar su casa sin posibilidad de recurso alguno por su parte. La venta de la casa, así como del pozo y el camino de entrada, es, de hecho, ilegal.

Ella advirtió el perfil de virrey de Aloysius de Noronha y sintió un aleteo en el bajo vientre. Al recordar la humillación que había sufrido a manos del trampero de bandicuts, lo descartó. De todos modos, ¿cómo iba a dejar entrar a un caballero en su vida bajo un dosel tejido a ganchillo por solteronas, viudas y monjas, cuando su casa estaba en peligro y ella misma se estaba consumiendo? Una mujer puede enfrentarse a sus batallas más duras a los cincuenta años..., pero ¿cómo va a hacerlo cuando está ardiendo por dentro? «¡Ratty, he envejecido antes de conocer la felicidad!»

Aloysius de Noronha dio instrucciones a su asistente para que emitiera una factura por sus honorarios que ella no se atrevió a mirar, pero prometió pagar y salió corriendo de vuelta a casa. Cuando llegó, sonaba el teléfono. ¿Sunny?

Era Vanya.

—¡Enciende el televisor, enciende el televisor! ¡No vas a creer lo que ha pasado!

—Ya he tenido bastantes sobresaltos.

—¡Un ataque terrorista ha volado Manhattan! ¡Casi vuelan la Casa Blanca! ¡Han intentado matar al presidente de Estados Unidos!

Babita se apresuró a encenderlo y vio, boquiabierta, cómo un avión se estrellaba contra el World Trade Center. Ella también era casi neoyorquina. Se había alojado en un edificio con portero en el Upper West Side. ¿Cuántas muertes prematuras se estaban produciendo en un solo día? Juntó las manos y tembló como una hoja en una tormenta a modo de tributo, y en medio de este claroscuro de emociones, sintió la satisfacción (no podía negarlo) de que otras personas, incluso personas blancas de un país afortunado, hubieran entrado en contacto con una oscuridad inexplicable. Ellas también debían preguntarse por qué se las odiaba tanto, lo suficiente como para que otros desearan su muerte. Ella también formaba parte de un asesinato misterioso que formaba parte de un asesinato misterioso aún mayor.

¿Podría haber una excusa mejor para acercarse a su hijo? Podrían aprovechar el desastre para reconciliarse. Podrían mantener una conversación apasionada, convirtiendo su atribulado pero inconmensurable amor en indignación mutua. Pero ella no podía llamarlo porque él no tenía teléfono. Un momento, se dijo. Tenía el número del irlandés-canadiense dueño de una tienda de comestibles al que Sunny le dijo que podía llamar en caso de emergencia. Eso era una emergencia. Bueno, lo era para otras personas, no para ella ni para Sunny. Pero aun así.

El hombre tomó el recado de Babita y se dirigió a *Renta o Venta* para decirle a Sunny que debía llamar inmediatamente a su madre.

Él fue pedaleando, con el *gamcha* y el *lungi* recogidos hasta la cintura.

—¡Sunny, menos mal que no estabas en Nueva York!

—Tendré que quedarme en México todo lo que pueda.

Ella se sintió contrariada.

—¿Cómo han reaccionado allí?

—Creen que tarde o temprano todo vuelve.

El lado rencoroso de Babita se sintió reivindicado.

Más tarde pensó que, aunque su hijo no parecía tener suerte (al menos en comparación con el hijo de Sara en San Francisco o con Mohini Fuchs, que destacaron siempre), había tenido la gran fortuna de evitar el desastre: primero los asesinatos de sus tíos en Delhi y ahora el atentado terrorista de Nueva York. Quizá, si te hacías pequeño y te mantenías en movimiento y lo más alejado posible de tu propia vida y de tu destino, las probabilidades jugaban a tu favor. Así como la suerte no te encontraba, tampoco lo hacía la tragedia.

La tragedia la había encontrado a ella porque se había quedado en la India para luchar contra su destino. Volvió a pensar en la imagen desgarradora de la gente lanzándose al vacío en Nueva York.

Entonces sonó el teléfono. La voz familiar de Delhi dijo, en un tono muy bajo y suave:

—¿Dónde está el testamento de Minnie? ¿Dónde están las hueveras? ¿Dónde está el oro? No puedes escapar.

—¡No tengo nada! —gritó ella, y colgó.

La habían localizado. ¿Eso era lo que entendían por una broma? Escuchó con atención, esperando oír a un asesino entre el estruendo de los búhos nocturnos, los grillos, los murciélagos, las ranas, los ladridos y la triste ópera de los gatos enamorados. Pero los asesinos y los ladrones son silenciosos como bandicuts, todo el mundo lo sabe.

Se retiró a la única habitación que ofrecía la seguridad de no tener ventana, la sala del altar, y se dejó caer en la silla del confesionario.

Se sintió culpable, ¡pero no lo era! La celosía del confesionario estaba hecha de un ratán ligero, así que el sacerdote sabría perfectamente quién le confesaba sus pecados, aunque sin duda lo reconocería por la voz que antes le habría ofrecido zumo de anacardos frío en una copa de Bohemia.

Mas si el sacerdote puede verte, tú también puedes ver al sacerdote. Si Dios puede verte, tú también puedes ver a Dios. Si debes confesarte con Dios, Dios debe confesarse contigo. «Pero yo no soy culpable. ¿Por qué no puedes ayudarme?», le dijo al Cristo de la cruz. Sin embargo, como él había muerto por sus pecados sin que ella se lo pidiera, tenía que sentirse en deuda. El catolicismo se basaba en la culpa; el hinduismo, en la retribución. Se trataba de que tu karma se equilibraba más allá de tu conciencia durante milenios, así que ¿para qué molestarse en pensar en ello? Aunque eso significaba que quienes sufrían una tragedia o bien se la merecían o bien debían esforzarse en perdonar a quienes la habían causado.

«Ratty, es tu culpa. Eras débil. Te moriste. Me dejaste sola. Te habría amado.»

«Ratty, no te mueras. Si no te mueres, te prometo que te amaré... ¡después de todo!»

Pero nadie debería casarse con alguien a quien no ama, y es absurdo prometer que uno lo habría amado si hubiera sobrevivido cuando ha muerto precisamente por esa falta de amor.

DECIMOCTAVA PARTE

El río del amor corre en direcciones extrañas

64

Bajaron por la familiar carretera hasta el hospital Athena, donde hicieron un namasté al portero gigante con faja morada y turbante en forma de cola de pavo real desplegada. Una vez más, tuvieron que estabilizar a Papá antes de la siguiente ronda de quimio y radioterapia; los leucocitos le habían bajado de forma peligrosa. Le asignaron una habitación compartida porque, en lugar de pagar las facturas médicas con el dinero obtenido con la venta de lo que había en la caja fuerte, le había comprado un collar a su hija. Su vecino se estaba instalando, acompañado de un séquito devoto.

—Es un *jat haryanvi*, una especie de líder del lugar —le susurró Papá a Sonia—. Todos los *jat* del hospital están pasando para presentar sus respetos.

El grupo encendió el televisor a todo volumen y sintonizó un programa religioso que mostraba a Krishna con la boca embadurnada de cuajada y mantequilla. Papá empezó a agitarse.

—¿Dónde está el mando? Me han quitado el mando.

Había un televisor, pero dos mandos a distancia.

—Pero si cambias de canal, se enfadarán.

—¡Que se enfaden! —Papá quería ver las cotizaciones de la bolsa. Llamó a las enfermeras, acalorado—. ¡Jessy! ¡Rency! ¿Gracy? —Cuando vio entrar a Jessy, le dijo aliviado—: Buena chica.

Ella le dio una palmadita en la mano.

—¿Cómo está, tío?

—Me alegro de verte, Jessy —respondió devolviéndole la palmadita—. Incluso podría darte un beso. Tienes que ir a Estados Unidos. Todas las chicas quieren ir. Pero en la última sesión de quimio, a la enfermera que enviaste se le cayó la mitad de la dosis sobre mis zapatillas. Y lo que me han traído no puede llamarse crepe de verdura. Tal vez tenga un nombre, pero no es crepe. Si el hombre no come, muere. Eso para empezar.

Jessy negoció que cambiaran a un canal de noticias y envió a la dietista para que Papá pudiera quejarse a gusto.

La dietista, vestida con una larga bata blanca y zapatillas de deporte, llevaba una tabla sujetapapeles.

—¡Plátano! ¡Plátano, plátano! —exclamó Papa—. Si yo fuera un padre joven, insistiría y le enseñaría a mi hijo: ¡es barato, higiénico, y tiene todas las vitaminas y minerales!

—Está bien, tío, le enviaré un plátano con cada comida.

—Pero yo odio los plátanos —replicó él, furioso—. Ése es el problema.

—De acuerdo, tío, entonces, ¿nada de plátanos?

—¡Sí, nada de plátanos!

Los ojos de la dietista se agrandaron y las risitas fueron en aumento. Al otro lado de la puerta, estallaron las carcajadas.

—Es una canción americana —le explicó Sonia—*. Yes! We Have No Bananas.*

—Vaya canción tan extraña.

«Ésta es mi auténtica vida», pensó Sonia. «Aquí está mi suerte, mi tragedia, aquí está mi amor... y cierta felicidad.» No podía imaginar

encontrar jamás un amor tan grande como ése. Había que querer a alguien durante mucho tiempo para soportarlo y sentirse así.

En la calma que siguió a esas negociaciones, Papá estuvo tumbado de lado mirando con cariño y aprobación a Sonia, con los ojos más brillantes tras las batallas libradas y las instrucciones dadas.

—Qué elegante estás, Sonu, mi querida hija. Este vestido verde te favorece, ¡es lo que llaman estilo! Y qué piernas tan bonitas y esbeltas tienes. Ni siquiera tu madre tiene unas piernas como las tuyas. Dime, ¿alguna vez has bailado el foxtrot?

El jefe *jat* se marchó al cabo de unos días. Metió la cabeza por la cortina para despedirse y desearle buena suerte a Papá. Ambos habían llegado a la misma conclusión: ¡la televisión es basura que no sirve de nada! Pero a Papá no le dejaron volver a casa. El doctor Mohan parecía descontento y dijo que le gustaría que lo examinara un experto en linfomas que había volado desde Bombay para ver a sus pacientes. Bajaron en ascensor al inframundo del departamento de oncología. ¿Por qué estaba en el sótano? Parecía siniestro, porque más adelante en el mismo pasillo subterráneo había dos flechas; en una se leía DEPÓSITO DE CADÁVERES, en la otra, APARCAMIENTO. La muerte era el inevitable aparcamiento final.

Sonia estaba desbordada emocionalmente.

—¡¿Por qué no puede ser puntual el médico?! —gritó a la recepcionista.

Muchos médicos se consideraban medio gurús; contaban con que los pacientes y sus familias acudieran y esperaran eternamente para recibir el *darshan*. Esperar era una señal de respeto, una forma de rezar, y si esperabas lo suficiente, tomabas la presencia del médico

como un presagio, lo que te hacía confiar en que la gracia divina llegaría.

Finalmente, Sonia se acercó a la recepcionista.

—¿Es que no tienes dos dedos de frente? ¿Por qué no puedes organizar las citas de una forma normal en lugar de hacernos esperar seis horas a todos? Los leucocitos de mi padre han caído en picado; esta espera podría matarlo.

—Ten paciencia; el médico también es un ser humano.

A lo que Sonia se puso a gritar enfurecida:

—¡Entonces, ¿por qué se comporta como un dios?!

¿Qué la enfurecía tanto? Se enfadaba por cualquier cosa. Recordó que el miedo también era así. Y, por desgracia, el amor, de modo que si tenías amor, éste impregnaba de luz y ternura todas las cosas, y si no lo tenías, su ausencia ensombrecía cada aspecto de tu existencia.

La recepcionista le sostuvo la mirada con indiferencia, como las vacas, las vacas peregrinas.

—Enfadarse no ayuda.

Sonia era irrespetuosa. Era moderna, impaciente, insolente. Una sabiduría ancestral le daría una lección. Lo que no sabía la recepcionista era que ya se la había dado.

Ese oncólogo iba en silla de ruedas, lo que hizo que Sonia se sintiera mal. Dijo que Papá mejoraría. «Entre un setenta y un ochenta por ciento de posibilidades.» ¿Se mostraba optimista para alentar un milagro? ¿Creía que, con fe, un paciente tenía la mitad de la batalla ganada?

Papá empeoró. Cuanto más grave estaba, peor se comportaba. Cuanto peor se comportaba él, peor se comportaba Sonia. Cualquier

crítica la hacía gritar, cualquier contradicción la hacía replicar. Discutió en el aparcamiento. Gritó en el puesto de enfermeras y en el banco de sangre cuando le dijeron que estaba demasiado anémica para donar.

Un grupo de hombres rudos que parecían *dacoits* o salteadores de caminos con pañuelos alrededor de la cara habían ido para donar sangre a un compañero *dacoit*. Observaron a Sonia y se echaron a reír. Al igual que unos soldados que hacían cola para donar sangre a un compañero. Cuántas razones para unirse a una banda de ladrones, para alistarse en el ejército.

Sonia llamó a todos los números de la agenda de sus padres y les preguntó: «¿Puedes venir mañana a donar sangre?» Uno estaba demasiado enfermo, otro se encontraba fuera de la ciudad.

Fue a la cocina y le dijo a Chandu que reuniera a los criados de la calle y los arrastrara hasta el banco de sangre, pero resultó que eran supersticiosos y pensaban que eso los debilitaría fatalmente. «Oblígalos», insistió ella.

Los que conocían menos a Sonia empezaron a alejarse de ella. «Pobres padres. La enviaron a Estados Unidos y le permitieron todas las libertades», murmuraban, «¡y miradla ahora! Ha arruinado por completo su extraordinaria oportunidad».

Los que la conocían bien, Ferooza y Chandu, atribuyeron el brusco cambio de su personalidad al miedo y al dolor. Cuando Ferooza acudió a donar sangre y Sonia le preguntó «¿Por qué Papá nunca piensa en qué va a ser de mí?», ella respondió: «Sonu, es miedo más que egoísmo. Está tan asustado como tú.»

—¿Bajo otra vez? —le preguntó Mamá con tono cansino.

—¡No! ¿De qué serviría?

Cualquier cosa que hiciera su madre estaría mal a ojos de Sonia, porque no la había salvado.

—¿Qué quieres de mí entonces?

—¡Que seas una madre útil! —le espetó Sonia.

Mamá no iba a dejar que la atacara. Sonia no acababa de comprender de qué pasta estaba hecha. Parecía de piedra, pero cada vez que se sentaba su lado, se llenaba de una paz liberadora. La serenidad que su madre había alcanzado era fruto de un esfuerzo paciente. Era su logro. Un monje sería tachado de egoísta por su familia, pero si muchas personas se dedicaran a crear esa paz, el mundo se apaciguaría. Si Sonia destruía la calma que su madre había conseguido con tanto esfuerzo, ella misma no tendría con qué sostenerse. ¿Y qué haría cuando su padre ya no estuviera?

Papá estaba mucho más furioso que Sonia. Los esteroides alimentaban su rabia y recrudecían aún más su discurso.

«Burra, idiota», le dijo a la enfermera Rency. «Rodea la cama por ese lado, no por éste.»

«¡No me lleves la contraria!», le gritó a la enfermera Gracy. «Te estoy pagando, y si me llevas la contraria, te despediré. Haré que te echen, mocosa de la *gali*.»

«Doctor, ya ve que lo compadezco, pero ¿es ésta la forma adecuada de llevar un hospital? Qué vergüenza.»

—Papá, no hables así.

—No me digas lo que *no* debo hacer. ¡Vete, Sonia, vete tú también! Vuelve a casa por tus propios medios.

Cuando lo llevaban en silla de ruedas de una prueba a otra, fingía ser un terrorista. «¡Bang! ¡Bang!», disparaba a la multitud para dispersarla. «¡Bang! ¡Bang! ¡Acaba con toda esa *jingbang*!»

Se había propuesto prolongar su vida lo suficiente para vengarse de una vez por todas de su mujer. Llamó a todos sus conocidos y, sin mencionar sus inversiones, dejó caer que Mamá le había robado con alevosía y no iba a ayudarlo ahora que tenía que pagar las facturas.

—Dile a tu madre: «Papá dice que quiere su dinero para finales de esta semana» —le dijo a Sonia—. ¡Y no te atrevas a darle nada cuando yo ya no esté! Vino a mi casa sin nada más que una maleta llena de *rutputty*. Dile que voy a vaciar la casa antes de morir. Sus libros son un engorro; voy a tirarlos.

Pero eran los libros de su mujer los que le habían descubierto la poesía de Faiz y Ghalib, que a su vez le habían mostrado la manera de escapar de la prisión de un hombre cuya mujer lo había abandonado. «Hay otras penas en este mundo aparte del amor...»

—¿Sabes? —le dijo—. Aquí el único que me quiere de verdad es Chandu.

—¿Chandu?

—No puede decirlo, pero me quiere más que nadie. Sonia, a ti no te importo; a la única que he importado alguna vez es a Mina Foi.

—¿A Mina Foi?

Y de repente empezó a gritar:

—¡Me habéis dejado las dos! ¡Las dos me habéis dejado!

—¿Quiénes?

—Tu madre me dejó y tú me has dejado.

—¡Pero yo estoy aquí, por mucho que sea un infierno! ¡Y te aseguro que lo es! —gritó Sonia.

—Porque tienes mala conciencia, por eso.

—¿Por qué iba a tener mala conciencia?

Él no lo dijo, pero ella sabía que no se había convertido en una hija adulta, una hija por quien un padre no tuviera que preocuparse, sino que fuera ella quien lo socorriera a él. Una hija con un marido importante, una dirección elegante, un hijo, una hija y un sinfín de criados para atender las locuras de los mayores.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el doctor Mohan a Papá.

—Doctor, estoy loco. Y voy a morir pronto, así que estoy loco y me siento fatal.

El doctor Mohan sugirió que lo viera un neurólogo.

—¡Si lo hace venir, lo tiraré por la ventana!

Más tarde le dijo:

—Doctor, no haga caso de lo que *hago* o *digo*.

«Mezclad el antipsicótico», oyó susurrar fuera.

—¡Corruptos! —bramó él—. ¡La denunciaré! En este hospital hay corrupción; ¡están vendiendo sangre!

—Por supuesto que no estamos vendiendo sangre.

—Entonces, ¿por qué susurran?

—Mira, Sonia, he tenido que esconderlo todo. —Debajo de su brazo encogido azul y morado estaba su reloj—. Ayer Rency me robó el zumo.

—No, Papá, te lo bebiste. Yo lo vi.

—No es verdad. Gracy se llevó mi Coca-Cola.

—Sonia, cariño, estoy deprimido.

—¿Por qué?

—Porque no tengo el premio.

—¿Qué premio?

—No tengo el premio, mi pobre...

—¿Qué? ¿Tu pobre qué?

—Mi pobre... mi pobre...

—¿Qué, Papa?

Una semana después ingresó en la UCI por una infección que no respondía a los antibióticos ni a los antifúngicos.

—Los órganos están fallando —dijo el médico—: los pulmones, los riñones, el hígado. Estamos haciendo todo lo posible, pero lo estamos perdiendo.

—Mi pobre, mi pobre... Es un cadáver —dijo él—. Puedo decirlo, mi cuerpo está muerto. Mi pobre...

—Espera, Papá.

—¿Qué?

—¿Te duele algo?

—No te oigo.

—¿Papá?

—Tendrás que intentarlo más tarde, cariño.

Ya estaba al otro lado.

Había dicho: «Lo mejor que he hecho en mi vida ha sido tenerte, Sonu.»

Había dicho: «Ve, debes valerte por ti misma. ¿Qué haces viviendo aún con tu padre a tu edad?»

Había dicho: «¡No le des nada a tu madre!»

Había dicho: «Jessy, ve a cuidar a mi anciana esposa.»

Había dicho: «Los británicos han ganado. La India está muerta.»

Había dicho: «La India es tu hogar. Sin familia uno no es nada.»

Había dicho: «¡Me has dejado!»

Había dicho: «El hombre que te consiga será muy afortunado.»

Había dicho: «Mi pobre... Mi pobre...»

«¿Qué, Papá?»

Pero él había olvidado qué. Se le había acabado el tiempo. Era la única vez en toda su vida que su padre la había fallado. Nunca había dejado de estar allí para responder a su llamada. Más grande que la vida misma, más grande que la nación, su padre lo había sido todo. Sin ese padre que lo era todo, ¿qué haría la «vida»? Tendría que vagar por el desierto y aullar en las encrucijadas de los vientos como un demonio en un lugar desolado.

Mientras se lo llevaban por el pasillo, siguiendo las flechas del sótano que señalaban el depósito de cadáveres y el aparcamiento, Ferooza se reunió con Sonia. Lo velaron con su libro de poesía, su poncho y su rígido neceser, en el que había un simple peine, una maquinilla de afeitar y un cepillo de dientes. Qué poco lo habían protegido de la muerte sus posesiones. Sonia le contó a Ferooza la anécdota de Papá de la dietista y los plátanos.

Llamó por teléfono a Mina Foi, que estaba respondiendo un cuestionario bíblico.

—Te entristecerá saber...

—Sí —dijo ella, inusualmente alerta—, pero más triste es para ti. A fin de cuentas, era tu *paa-paa*. —Y pronunció la palabra como lo haría un niño.

Valía la pena creer en una historia imposible de Dios porque así, cuando llegaba la muerte y ocurría lo imposible, uno ya estaba preparado para aceptar que todo podía ser verdad. Y si creías en el cielo, la tristeza era mucho menor. Cuántas razones para ser religioso.

Llegaron los vecinos. Y los amigos de las cenas con los que a Papá lo avergonzaba tanto relacionarse cuando Mamá se fue a Cloud Cottage. Los tíos Dilip, Jehangir y Neil. Las tías Khushi, Margo y Daljit. Sonia les contó la anécdota de los plátanos. Por la noche llegó Mamá. Sonia se arrojó a sus brazos y lloró. Mamá la estrechó con fuerza. Era un espíritu fuerte y salvaje de la montaña.

Ferooza se quedó después de que se marcharan los demás, y las tres durmieron en la habitación de Sonia, juntando las camas individuales. Se sintió tan aliviada de tener compañía que no le importó ocupar el espacio entre los colchones. Y por un momento le sobrevino esa sensación que a veces acompaña a la muerte, y que también recordaba de la agonía de Dadaji, de estar en un pícnic entre las ruinas. Un pícnic sin plátanos.

Por la mañana, antes de abrir los ojos, oyó la voz de su padre: «No vengas a la cremación, Sonia, cariño. Cuando el alma se ha ido, el cuerpo no es nada, olvídalo.»

—Ya has hecho y visto suficiente —le dijo Mamá.

Sonia se quedó en casa cuando Mamá y Ferooza fueron al crematorio de Lodhi Road, por el que ella había pasado

innumerables veces sin darse cuenta, quizá a sabiendas, de camino a la Tumba de Humayun. Mina Foi tampoco asistió a la cremación. Se dirigía a la estación de tren acompañada por el viejo Khansama, que también quería presentar sus últimos *salaams*, cuando tropezó en las escaleras y se fracturó el coxis. Las monjas la cuidarían. Cuántas razones para entrar en un convento.

Sonia se tragó la pastilla anestésica que le había dado la doctora Pamela Lalwani, se dirigió al dormitorio de Papá y contempló su cama individual vacía, con una almohada plana y un cubrecama insulso; tan sencilla como la de Gandhi. Lloró por su padre reducido a cenizas. Lloró por Mamá, que iba a tener que enfrentarse a los chacales que la culpaban de absolutamente todo, cuando lo único que había hecho era irse cuando ya no quedaba ni una pizca de amor por la que quedarse. Lloró por ella misma, porque sus padres no habían sido felices por siempre jamás, porque no puedes tener hijos si no vas a ser feliz siempre o si no vas a vivir para siempre; ¿cómo puedes ser tan desconsiderado e insensible? Los cientos de sentimientos contradictorios que albergaba hacia sus padres la convertirían en una persona demente, una persona dividida, una persona que nunca estaría tranquila ni se sentiría completa.

Junto al ordenador de Papá había una fotografía del anciano místico Sai Baba. Estaba apoyado en un fiel seguidor, con la mirada fija hacia arriba, como la de un perro ciego. No tenía la imperturbable sonrisa complacida de la mayoría de los gurús del mercado; más bien parecía desconcertado. En su rostro se percibía anhelo, y cierta incapacidad para entender el vínculo entre el alma y el cuerpo. Al otro lado había una fotografía de la madre de Sonia,

con la expresión dulce y genuina que Papá tanto había amado y que él mismo se había encargado de destruir.

Una vez celebrado el funeral, en el que un vocalista contratado por Ferooza entonó el poema de Khusrau favorito de Papá («El que ama se ahoga; el que se ahoga cruza...»), se dio por concluida su muerte, y cualquier compasión por Mamá y Sonia se desvaneció.

—Murió solo —decían los vecinos—. Pobre hombre, fue tan valiente... Sabíamos que su mujer lo había abandonado, pero nunca dijimos nada. No queríamos herir sus sentimientos.

Dedicaron sonrisas forzadas a Sonia.

—A nadie le pasa por alto que tenías contactos en Estados Unidos, y todo el mundo se pregunta por qué no lo llevaste a Sloan Kettering... ¿Quién sabe? Allí podrían haberlo salvado. Puede que no, pero...

Esperaban que Sonia los oyera mientras comentaban entre ellos:

—Mientras su padre se moría de cáncer, la hija se fue de vacaciones a Italia con su novio.

El hecho de que fuera Italia lo hacía mucho más pecaminoso.

—¿Y dónde está el novio ahora?

—Desaparecido —respondían con satisfacción. El destino estaba obrando como debía—. ¿Os acordáis de los asesinatos del parque Panchsheel? Era la familia de él.

Esperaban que Sonia pagara por ello quedándose sola el resto de su vida. Eso daría un poco de luz a sus vidas.

A Mamá no le dirigieron la palabra, pero al pasar por su lado dijeron en voz muy alta:

—Ahí está el buitre. Ahora que él ha muerto, ha venido por el dinero.

DECIMONOVENA PARTE

La luna mágica

65

En octubre, los primeros aviones estadounidenses habían bombardeado Afganistán, aunque era imposible tener una visión clara de un enemigo que se desvanecía al cruzar las fronteras, que desaparecía en las cuevas y reaparecía para estudiar ingeniería en Ámsterdam o trabajar en el área de recogida de equipajes del aeropuerto de Toronto. Un enemigo que se mezclaba sin esfuerzo entre los inocentes y los desafortunados, alguien que resultaba llamarse Mohammed, que se había equivocado de camino y había pasado la noche en un lugar distinto al de su destino.

Sunny nadaba en el mar, haciendo largos de un lado a otro, y recordaba una conferencia de las Naciones Unidas a propósito del Día Mundial de la Libertad de Prensa a la que había asistido como acomodador voluntario. Durante la comida, un caballero del Departamento de Estado que estaba escribiendo sobre su experiencia en la crisis de los rehenes en Irán se le sentó delante y le habló de su padre, que había crecido en una granja lechera de Míchigan y todos los días se levantaba antes del alba, a menudo con ventisca, para ordeñar las vacas antes de ir a la escuela sin cambiarse el mono de trabajo. El resto de su vida, su padre se negó a llevar vaqueros porque le recordaban su dura infancia. Más tarde, ese padre había ingresado en el ejército y había sido uno de los

hombres entrenados para lanzar Little Boy o Fat Man sobre Hiroshima o Nagasaki. La misión finalmente se la habían asignado a otro grupo de hombres, pero si uno de ellos hubiera caído enfermo, él habría tenido que ocupar su lugar. Ese hombre, inclinándose hacia Sunny, dijo jovial y sonrosado: «Mi padre falleció hace un año, y una de las preguntas que me hubiera gustado hacerle es: "Papá, ¿fue difícil superar no haber sido elegido para lanzar la bomba que puso fin a la guerra?"»

Sunny se desconectó por un instante: ¿era posible que la familia lamentase que no le hubieran dado a su padre la oportunidad de lanzar una bomba atómica? Sin embargo, se había tomado el tono confidente del caballero como una muestra de afabilidad. Le había tratado como a un igual a pesar de que en aquel momento era un estudiante extranjero. Hablaba como si estuviera seguro de que ambos eran afines, una afinidad basada en la decencia norteamericana, la transparencia, la creencia en los derechos humanos internacionales que esa conferencia de la ONU estaba propugnando.

Estas experiencias confusas (la inquietante fusión del coste desgarrador de la guerra y la exaltación sentimental que ésta despierta) fueron las que inspiraron a Sunny a escribir *Leer a Hemingway en Allahabad, leer a Hemingway en Jackson Heights.* Ahora, una vez más, se oían ecos de guerra (la prensa generaba las dudas suficientes para que un relato falso se propagara sin control y sonaran con más fuerza los tambores que hacían inevitable la guerra), así que ¿cómo iba a volver? Y al mismo tiempo, ¿cómo no iba a hacerlo? Se suponía que debía madurar y convertirse en un periodista de verdad, ¿y cómo dejar pasar la historia que podría

lanzar su carrera? Aunque, al ser un periodista soltero, endeudado e inmigrante, seguro que le tocaría ser carne de cañón, ¿no? Como inmigrante, uno podía obtener la ciudadanía alistándose como voluntario en el ejército, pero era una táctica diabólica: podías obtener un pasaporte al mismo tiempo que perdías la vida.

Sunny inhaló y exhaló. Acompasó la respiración al ritmo del océano. Tendría que volver a Estados Unidos para solicitar la nacionalidad, porque con un pasaporte estadounidense podría vivir fuera del país, y si algún país (como Estados Unidos) bombardeaba hasta reducir a escombros el lugar donde vivía, tendría el pasaporte adecuado para salir de la zona de guerra. El barco estaría esperando en el puerto; el helicóptero, en la pista de aterrizaje. Acordarían una tregua en pleno bombardeo para que pudiera ponerse a salvo. Según esa lógica, los que más recelaban y temían a Estados Unidos se verían obligados a emigrar a ese país.

Inhaló, exhaló. Rutina y simplicidad, simplicidad y rutina. Al vivir solo en medio de la naturaleza, afloraban de forma innata los hábitos naturales, sorprendentemente regulares y tranquilizadores. Como las criaturas que lo rodeaban, él también había cogido un ritmo. Se levantaba casi a la misma hora, con apenas unos minutos de diferencia, descorría las cortinas que él mismo había cosido y se quedaba en la puerta cepillándose los dientes y observando la mañana que se extendía por la bahía. La zarigüeya correteaba por su muro al alba y al crepúsculo. El colibrí pasaba cada día a la misma hora, al igual que la bandada de chachalacas. Las ballenas invernaban como siempre en la bahía. La iguana residente se hallaba instalada en una de las dos ramas favoritas del pimentero. Si él la miraba demasiado rato, se le marcaban las rayas como si se

ruborizara. Era un dragón de escamas doradas y verdes, con garras afiladas y ojos que fulguraban como los tesoros de Venecia. Sunny recordó Venecia, cómo Sonia y él podrían haber reconducido sus caminos divergentes hacia un mismo destino natural (él podría haberle ofrecido casarse con ella con un anillo de cristal de Murano como el ojo de una iguana) ¡y lo ingenuos que eran! Tan inocentes como Ulla y él cuando invertían en el mismo pan artesanal y rústico, en las mismas verduras orgánicas que todos compraban en el mercado de agricultores de Brooklyn, creyendo que eso era lo que hacía falta para desprenderse de sus pieles, de sus vidas pasadas.

Se dirigía andando al centro de internet cuando el dueño de la tienda de *delicatessen* lo llamó.

—¡Te busca un hombre de la India!

La instructora de yoga se acercó a la puerta de la librería de segunda mano, donde hacía un turno de voluntaria con su camiseta LOVE.

—Un hombre te está buscando. Intentaba hablar con los pescadores de la cooperativa, pero no sabía ni una palabra de español.

Un pescador que gritaba mientras lanzaba las tripas de un pescado eviscerado a las gaviotas y pelícanos, que chillaban y descendían en picado para devorarlas, se detuvo para decirle:

—Un hombre que parece de tu país está deambulando por aquí.

El chamán local y su hermano, pasándose un porro en la playa, gritaron que habían visto a otro como *«el Hindú»* en el pueblo.

Sunny entró en pánico. Probablemente era uno de esos molestos indios emprendedores que en poco tiempo habían amasado una fortuna con la informática y se jubilaban a los cuarenta para cumplir su sueño de viajar por el mundo haciendo esnórquel, *puenting* y motociclismo.

—No quiero conocer a otro. He venido aquí para escapar de mil millones de hindúes.

—¡Mierda, pues ya le he dicho dónde vives! —exclamó Ulises.

Sunny caminó hasta un lugar de la selva donde había una pequeña cascada y una poza. Se aventuró a volver a casa cuando casi había anochecido y los pescadores salían a pescar marlines y dorados, con sus pequeñas embarcaciones zarandeándose con violencia contra las olas hasta llegar al mar en calma. Se sintió agradecido al ver su casita brillar como un coral varado, pero entonces detectó una figura encajada en una silla rústica de madera y cuero. La figura lo vio y se levantó de un salto, y antes de que Sunny pudiera verla bien lo estrechó en un fuerte y húmedo abrazo, acercándose más a él de lo que había estado nadie en mucho tiempo, y luego se deshizo en lágrimas ardientes.

—¡Soy yo!

—¡Satya!

—Sunny —le dijo esforzándose por hablar—. Tienes que perdonarme. Me equivoqué. Te borré de mi vida. Ha sido culpa mía.

Satya rompió a llorar desconsoladamente, luego intentó contener los sollozos y rebajar la emoción señalando una hilera de mosquitos que había matado y colocado en fila.

—Aquí los mosquitos son muy lentos y no pican.

Se sonó la nariz en un cactus.

—Sólo pican hacia el amanecer. ¿Cómo me has encontrado?

—Me acordé de la tía Sara. A través de ella di con el número de la tía Babita en Goa. Ella me dio el nombre de este lugar. ¿Sabes qué es lo más triste? Hace apenas un mes, Pooja y yo vinimos a Juárez para conseguir nuestros visados H-1. No tenía ni idea de que estuvieras tan cerca.

Tal como tenía previsto, Satya había aceptado un puesto como médico generalista en el marco de un programa en los Apalaches, que contrataba a extranjeros para trabajar en zonas rurales desatendidas de Estados Unidos a cambio de papeles.

De nuevo agitó la mano delante de los ojos para calmarse.

—Nos dijeron que era muy peligroso, que nos alojáramos en el Ramada Inn, que sólo comiéramos en el McDonald's y que volviéramos a Estados Unidos en cuanto pudiéramos. Estábamos tan asustados que no mirábamos ni a derecha ni a izquierda ni atrás... ¡y ahora veo que no hay nada que temer! Es como la India, sólo que aquí hay menos gente y todo está mucho más limpio. Le dije al funcionario de aduanas: «¿Dónde está su famosa contaminación, *bhai*? Venga a la India y verá lo que es eso.»

Y había mantenido una conversación de lo más agradable con el hombre sentado a su lado en el autobús procedente de Ciudad de México: «Ustedes tienen tortillas, nosotros tenemos *makki ki roti*. Ustedes tienen mole, nosotros tenemos curry. Ustedes tienen arroz, nosotros tenemos arroz. Ustedes tienen chiles, nosotros tenemos chiles. Ustedes tienen alubias, nosotros tenemos alubias. Ustedes tienen cilantro, nosotros tenemos cilantro. ¿Ustedes tienen tamarindo? ¡Nosotros tenemos tamarindo! ¿Los mayas tenían el cero? ¡Nosotros teníamos el cero! Cuando los blancos no sabían ni

sumar y vivían en la inmundicia, nosotros llevábamos oro y estudiábamos astronomía. A ustedes los saquearon los españoles, a nosotros nos saquearon los británicos. Ustedes están malditos, nosotros estamos malditos. Ustedes tienen familias grandes, nosotros tenemos familias grandes. Las mujeres indias con largas melenas negras pueden pasar por mexicanas con largas melenas negras, y al revés. De hecho, ustedes son "indios", y nosotros somos indios. O tal vez nosotros somos "mexicanos" y ustedes son mexicanos. Colón era un idiota, pero ¿quién podría culparlo por equivocarse de continente? ¡Hay tantas cosas parecidas! Si cavamos un túnel aquí, saldremos en la India, más o menos.»

«Ja, ja, ja... Pero ¿quién tiene el chile más picante?», había dicho el hombre.

«¡Je, je, ahí sí que no nos vamos a poner de acuerdo!», le había respondido él.

—Ese hombre se ha bajado del autobús para asegurarse de que yo estaba en el pueblo correcto. Así que le he dicho: «Muy bien, señor, ¡ustedes tienen el chile más picante!» Luego he entrado en el pueblo y he preguntado a todo el que me cruzaba: ¡ha sido fácil localizarte!

Satya llevaba unos pantalones cortos anchos, calcetines blancos hasta la rodilla, zapatillas de deporte de colores psicodélicos, una gorra de béisbol y un gran reloj digital que marcaba cada segundo en la espesura del vello de sus brazos.

—¡Te has vuelto americano!

—Sí —respondió él, encantado.

Llevaba el dinero y el pasaporte en una riñonera oculta bajo la tripa.

Subieron para sentarse bajo la palapa que hacía de tejado, y Satya se puso a hablar. Lo había estado guardando todo dentro desde el día en que se separaron en Goa, pero varias cosas le habían impedido buscarlo antes. La principal, siendo sincero, era la siguiente:

—Si te casas como yo lo hice, no puedes estar seguro de que la persona con la que te has casado te vaya a querer. Yo estaba tan seguro de que Pooja no lo haría que te ataqué.

Guardó silencio. ¿Estaba traicionando a su mujer? Pero no hay traición cuando le dices la verdad a un amigo. Miró a la luna, que era una luna mágica envuelta en un halo, y bebió un sorbo del agua de coco que Sunny le había llevado.

—No podía creer que nuestro matrimonio no fuera a fracasar. Pooja no conseguía adaptarse a la vida en Estados Unidos.

Habían vuelto a mostrarse tímidos el uno con el otro tras el interludio entre su luna de miel y su reencuentro en Laurie, Kentucky, cuando Pooja recibió su visado de cónyuge acompañante. Era casi como si ella lo rehuyera. Sin embargo, se pasaba todo el día esperando a que él regresara del hospital para que la llevase a hacer la compra en el Toyota de segunda mano que él conducía, titubeante, a pesar del estruendo de bocinazos y maldiciones que lo rodeaban. ¿Qué había hecho ella mientras esperaba? El contestador parpadeaba lleno de mensajes. «Estabas en casa, ¿por qué no has contestado?»

Pooja no contestaba porque le aterraba hablar con extranjeros. Se escondía dentro de la casa y barría con una escoba, evitando la ruidosa aspiradora porque necesitaba que cada tarea se prolongara lo más posible para llenar esas horas interminables, porque su

marido era médico y estaba fuera la mayor parte del tiempo. Y porque no había tanto polvo en ese país como para barrerlo cada mañana, quitarlo dos veces al día y que, aun así, volviera a levantarse por la noche.

Satya le sugirió que se comprara unos pantalones para sentirse menos extraña. «¡Pantalones!», exclamó ella. «O un vestido», dijo él.

«Ya me siento mal por enseñar la parte superior de los brazos, ¡imagínate las piernas!» Pooja le dijo que se identificaba con esas mujeres tan acostumbradas a taparse que consideraban sus propias narices y dedos de los pies demasiado peculiares para mostrarlos por la calle.

«Si te pones un sari o un *salwar kameez*, la gente de aquí se lo pensará dos veces antes de acercarse a ti. Y no podrás caminar por la nieve; te morirás de frío.»

Satya le explicó que la mujer del doctor Puri se había cortado el pelo, se ponía vaqueros y zapatillas de deporte y había llevado una ensalada de cinco judías a la comida que había organizado la clínica en el área de pícnic que colindaba con la central nuclear de las afueras de Laurie. El doctor Puri era el propietario de la clínica que había contratado a Satya, aunque él mismo vivía a dos horas de distancia, en las colinas de las afueras de Lexington, en una mansión de ladrillo de seis dormitorios.

«La señora Puri se está haciendo la lista», le respondió Pooja.

«Únicamente está tratando de integrarse», replicó él.

—Yo estaba solo encargándome de todo —se quejó Satya—. ¡Nuevo empleo! ¡Nuevos visados! ¡Casa nueva! ¡Trabajo nuevo!

¡Coche nuevo! «Ven a sentarte conmigo, Pooja», le rogaba. «Dime cómo puedo ayudarte a adaptarte.»

No le dijo a Sunny que había perseverado alentado por el recuerdo de su luna de miel en Goa después de que él se fuera y se convirtiera en una verdadera luna de miel. Se habían unido a otros tortolitos en la playa, haciéndose fotos junto a la atracción turística de siberianas en bikini. En el vigesimosegundo cumpleaños de Pooja, se embarcaron en un crucero fluvial al atardecer, y mientras la banda tocaba «Just the Way You Are», Pooja suspiró: «Nunca he visto nada tan hermoso.»

«Sólo hazte una amiga, por favor», le rogó Satya cuando se instalaron en Kentucky. Los vecinos de Laurie debieron de pensar que estaban ante una cultura bárbara de matrimonios concertados y mujeres sometidas encerradas en casa. «Tienes que aprender a hablar inglés en condiciones. Tienes que aprender a conducir.»

«¿Y si tengo un accidente y mato a alguien?», decía ella.

Era un temor razonable, y aunque quedaron en que él le daría clases de conducir en el cementerio, donde no sería tan grave perder el control y atropellar a los que ya estaban muertos, que la vigilarían ansiosos, resultaba cada vez más evidente que Pooja no era la compañera que Satya había esperado. Odiaba admitir que se avergonzaba de ella. Quizá ella también se avergonzaba de él, porque él también se avergonzaba de sí mismo. La enfermera de prácticas y la oficinista abrían las ventanas fuera invierno o verano en cuanto él sacaba su almuerzo. Le decían que no sabían pronunciar su apellido y lo llamaban doctor Sat. No entendían su acento. Eso lo ralentizaba todo y hacía que se sintiera inepto también en sus diagnósticos médicos. Quien menos lo entendía era

la mujer del doctor Puri. «¿Qué? ¿Cómo dices?», respondía con un falso acento estadounidense. Satya se veía obligado a imitar también ese inglés caricaturesco de los indios, para que, con su acento falso, ella pudiera entender el suyo.

Mientras tanto, debía creer que sus pacientes estaban sinceramente desconcertados, porque a menudo él se sentía igual con ellos. «Tengo una rampa de caballo», dijo uno. Nana, una mujer de ochenta y dos años, le susurró: «Doctor, es mi cosita linda.» Iba en bata y olía a cigarrillos, televisión, aire acondicionado y moqueta. Con su mano llena de manchas agarraba con fuerza la de Satya. Él tuvo que preguntarle a la enfermera de prácticas cómo era una rampa de caballo y a qué podía referirse con «cosita linda».

Hubo otros asuntos que Satya también encontraba desconcertantes, como el aviso que recibieron en el buzón diciendo que en caso de que se produjera una fuga de la central nuclear, que estaba en el parque donde hacían el pícnic anual de la clínica, debían sumergirse en una bañera llena de agua con una pajita en la boca para respirar. Y que habría una furgoneta aparcada frente a la oficina de Allstate Farm Insurance para distribuir las pastillas de yodo que deberían tomarse en caso de una fuga radiactiva. ¿Era normal todo eso? ¿Era anormal? Deseó hablar con su amigo Sunny, ya que no podía hacerlo con su mujer. ¿Se estaba rebajando Pooja al nivel de criada (barriendo sin parar, sirviendo *rotis* calientes a toda prisa en vez de sentarse a comer con su marido) para no sentirse culpable por su falta de amor? Satya no dejaba de darle vueltas. ¿Se había casado con la persona equivocada? ¿Debería haberse casado con la chica que el astrólogo le había recomendado? ¿Con alguien que sus padres le hubieran encontrado? ¿Estaba pagando la

arrogancia de haber querido forjar su propio destino, al pasar de un matrimonio concertado a uno por amor? Era mucho más doloroso fracasar en un matrimonio por amor que en uno concertado, en el que podías culpar tanto a los planetas como a tu familia. Allí, con Pooja, él era el culpable.

Satya abandonaba el lecho conyugal con la primera luz del día. Un martes por la mañana, antes de ir en coche a la clínica, se había detenido en la cabaña de Nana, en lo profundo de un bosquecillo húmedo, para asegurarse de que había entendido la receta que él le había extendido. Intuía que ella jamás le habría confesado su embarazosa inflamación vaginal a alguien que no fuera un inmigrante forastero. En la ventana delantera había pegadas unas estampas de la Virgen María. La cabaña estaba inclinada. Salió su hijo, que parecía más grande y robusto que la misma cabaña, y dijo: «Acaba de pasar algo.»

En ese preciso instante habían comenzado los ataques del 11-S. Junto con el resto del país, Satya y Pooja vieron, cada uno en una televisión, cómo los aviones se estrellaban contra las torres del World Trade Center de Nueva York, unas torres en las que Satya, al igual que su amigo Sunny, no se había fijado antes, porque la ciudad de Nueva York no había sido lo importante cuando él la visitó. Sunny era lo importante. Hablarle a Sunny sobre sí mismo era lo importante. Satya utilizó el ordenador de la clínica para enviarle un mensaje: «¿Estás bien?» Sunny podía haber estado trabajando en el World Trade Center, o cerca, en la oficina de inmigración, o podía haberse unido al éxodo cubierto de ceniza por el puente de Brooklyn.

Se compró una bandera enorme, como otros inmigrantes asustados que aún no habían adoptado la costumbre estadounidense de exhibir su patriotismo, y la colocó en el porche de su casa. Pooja accedió a llevar vaqueros. «No puedo sentarme, no puedo sentarme», decía contoneándose. «¿Por qué hacen la ropa tan rígida y ajustada?»

Satya se habría echado a reír si no hubiera estado muerto de miedo ante la idea de que alguien atacara a su mujer. «¿Alguien te ha dicho algo? ¿Alguien ha hecho algo?», le preguntaba. A él sí le habían dicho algo cuando condujo hasta Lexington para abastecerse de arroz y *dal* ante la amenaza de un posible asedio. Un vagabundo había aparecido de la nada y le había gritado: «¡Fuera de mi país!»

Fue un golpe duro que alguien tan maltratado por su país eligiera ponerse de parte de éste y en contra de él. El acento americano de Satya se hizo aún más pronunciado y falso. Era una caricatura ridícula.

Mientras Satya, la caricatura ridícula, y Pooja, el fantasma asustadizo, hacían acopio de arroz y *dal* (pese a que a él le preocupaba el doble que el olor de su cocina molestara a los vecinos y le rogaba a ella que no se pasara con las especias), sus vecinos seguramente no se limitaban a llevar a sus casas miles de botellas de agua y latas de Costco, Walmart, Best Buy y Sam's Club, sino que también acaparaban armas de fuego. ¿Y si veían una sombra y decidían apuntar?

Fue entonces cuando recibió la respuesta de Sunny a su correo electrónico: «No estoy en Nueva York. Estoy viviendo en un pueblo de la costa mexicana.» Satya tuvo una vez más la sensación de que su amigo estaba escapando de su karma y siendo infiel a su *dharma*,

que no estaba respetando sus lealtades ni manteniendo el centro en su lugar. No estaba incluyendo en su historia lo que habían vivido juntos. Sunny debería haber escrito: «¿Cuándo podemos vernos? Pasemos juntos el día de Acción de Gracias.» Eso habría sido lo correcto, y habría proporcionado consuelo en un mundo en explosión.

—No teníamos amigos, salvo una vecina inválida que nunca nos dirigía la palabra, pero nos saludaba si nos veía desde su ventana. Caí en una depresión. Pensé que Pooja debía de darse cuenta de que se había casado con un hombre que no era capaz de cuidarla. Empecé a alejarme de ella. Por fin la entendí: igual que yo no la quería cerca porque me sentía muy mal conmigo mismo, ella también se sentía defectuosa e intentaba quedarse en otra habitación. Un día, una paciente de edad que se estaba muriendo me dijo: «Quiero un médico blanco.» Le dije: «Puede dejar que yo la examine o esperar horas.» Ella dijo: «Esperaré», y mientras esperaba se murió.

La luna cabalgaba sobre el agua hacia ellos como la última vez que habían estado juntos en Goa, en la luna de miel de Satya. Oyeron el estruendo de las olas, seguido del murmullo de los guijarros que arrastraba la marea al retirarse.

—Lo siento, amigo mío —dijo Sunny.

«¡Amigo mío!» Esas palabras emocionaron a Satya.

—Yo quería huir de mis problemas, como has hecho tú —dijo, viendo en ese momento un paralelismo.

—En el movimiento y la soledad hay seguridad —dijo Sunny—, pero también ausencia de seguridad. A un vagabundo solitario, aunque sea pobre, lo pueden asesinar sólo por sus zapatos.

—Un día entré en tal estado mental que llamé para decir que estaba enfermo, y luego me subí a mi coche y me fui.

Se detuvo en un centro comercial, en una librería Barnes & Noble, donde podía pasar el tiempo como muchas personas sin hogar. Por la tarde hubo una charla de una vidente que afirmaba haber resuelto los asesinatos del Hijo de Sam, a la que acudió un grupo de gente bastante variopinta. Una señora con un gran sombrero adornado con plumas levantó la mano y dijo a voz en grito, como si declamara ante un tribunal: «¡Yo! ¡También! ¡He! ¡Sido! ¡Testigo! ¡Psíquico! ¡De un Asesinato!» Por alguna razón eso le había proporcionado a Satya un momento de alivio. Una historia de inmigrantes también es una historia de fantasmas y asesinatos. Te conviertes en un fantasma, la gente que dejas atrás se vuelve fantasmal, a veces la matas con la crueldad de tu partida, otras veces te suicidas a nivel psíquico. Otro asistente, cuya piel no parecía haber sido tocada por el sol, afirmó haber oído una señal alienígena a las dos de la madrugada. Satya volvió a sentirse mejor. La historia de un inmigrante es una historia sobre convertirse en alienígena, para los demás y para uno mismo. Esa noche Satya durmió en el coche; a la mañana siguiente fue de nuevo a Barnes & Noble.

Pasaron tres días antes de que llamara a Pooja desde la cabina de los aseos. Ella contestó al primer timbrazo. «¿Dónde estás?»

Seis horas más tarde ella estaba en Barnes & Noble.

«¿Cómo has venido?»

«En coche.»

«¿Por la autopista?»

«¿Crees que eres la única persona que sabe conducir por una autopista?»

Increíblemente, le había pedido prestado el coche a la vecina que a veces los saludaba desde la ventana y había conducido en ese vehículo desconocido por una carretera que nunca había recorrido. Y fue como si con ese acto temerario hubiera encontrado por arte de magia el coraje. En el momento en que Satya se derrumbó, la personalidad de Pooja se transformó.

—Ella me decía: «¿Tenemos un techo sobre nuestras cabezas?» Yo decía: «Sí.» «¿Tenemos comida en la mesa?» «Sí.» «¿Estamos sanos?» «Sí.» «Entonces...» Después de esa experiencia, durante la que Pooja adoptó el papel de la fuerte, nuestro matrimonio cambió. Y gracias a su fortaleza, ahora estoy buscando otro trabajo.

Satya había hecho una entrevista para un nuevo puesto en un pueblo de los Apalaches. Esperaban mudarse pronto porque en tres meses Pooja iba a tener un hijo.

Se echó a llorar de nuevo, pero recobró la compostura con una broma. Su hija (tenía todas las esperanzas puestas en que fuera una niña, porque ya había suficientes niños en el mundo) seguramente tendría un acento sudamericano tan marcado que Pooja tendría que preguntarle a Satya: «Oye, ¿qué ha dicho *tu* hija?» Y Satya tendría que preguntarle a Pooja: «Eh, ¿qué ha dicho *tu* hija?» Ya habían decidido el nombre. La llamarían Karuna, que significaba «compasión».

—¿Cómo no iba a venir a decírtelo en persona? Sabía que nunca me lo perdonarías.

Satya sin duda se consideraba el afortunado, mientras que Sunny, a quien había envidiado durante toda su juventud, se había convertido en el pobre cabrón sin suerte.

El Pobre Cabrón sin Suerte aceptó el insulto pacíficamente. Se tumbó boca arriba y contempló las estrellas.

—Sunny, ¿qué fue de esa chica? —le preguntó Satya.

—Perdimos el contacto.

Sunny siguió mirando al cielo mientras Satya se volvía hacia él acurrucándose en un gesto de intimidad.

—Era una buena persona —dijo Satya, aunque nunca había conocido a Sonia.

—Era complicada.

—En el fondo todos somos simples.

—Creía que le perseguía la oscuridad —continuó Sunny, sorprendiéndose a sí mismo con esa frase—. Que un ente maligno creía que ella le pertenecía y no la dejaba en paz.

—¿Maligno?

Satya estaba fascinado.

—Tomó la forma de un sabueso fantasma herido. Una vez la vi volverse loca.

—Oh, no, no está loca. Debe de tener razón. Nadie puede inventarse estas historias.

—¿Tú crees en ellas?

—Por supuesto que sí. Pasan cosas más allá de lo que alcanzamos a ver.

—¿Y tú eres médico?

—Por eso sé que la ciencia tiene un límite. Mi abuelo vio una vez a un hechicero lanzar un conjuro al fuego. Reunió el fuego en una serpiente y la condujo hasta la puerta del hombre que había violado a una niña en un pueblo remoto y le había arrancado los ojos y la lengua.

—¿Y qué pasó?

—El hombre perdió la cabeza. ¿Quién maldijo a Sonia?

—Un pintor con el que tenía una relación. De hecho, ocurrió algo inexplicable. En un museo de Italia había un retrato de Sonia pintado por ese hombre, y en él aparecía la sombra de un perro, exactamente el mismo perro que nos atacó en Goa *después* de que ese cuadro se pintara. No podía creerlo. Fue como si el perro saliera del mar y desapareciese en la arena. No lo habría creído de no ser por la marca del mordisco que tenía en mi *chappal*, aunque, por supuesto, empecé a preguntarme si no me lo había hecho con un trozo de vidrio marino y me lo había imaginado todo.

—¿Qué hiciste para ayudarla?

—¿Qué podía hacer, aparte de intentar ahuyentar al perro?

—¿No la ayudaste? —Satya se mostró atónito—. ¿Por qué no fuiste y te enfrentaste a esa mala persona? ¡Deberías ir ahora!

—Ha pasado mucho tiempo —replicó Sunny.

—No tanto. Sigues vivo. Ella sigue viva. Si el pintor sigue vivo, tienes que ir y al menos decirle algo.

—¿De qué servirá?

—No se trata de eso. Un pequeño gesto puede dar lugar a otro más grande que resonará en todo el universo.

—Curiosamente tiene una finca en México, en las antiguas minas de plata de Guanajuato.

—¿Curiosamente? ¡Es la vida predestinada, amigo mío!

Un pescador que había salido en su barca al atardecer regresaba con la primera luz de la mañana. Lo observaron disfrutar de un momento de paz y contemplación, con el motor apagado, dejándose mecer por la marea. Un pelícano descansaba en el borde de la

barca. Su perro, que había esperado toda la noche en la orilla, salió nadando a su encuentro y volvieron juntos a la bahía: el amo, el perro y el pájaro.

—¡Qué valiente es ese hombre! —Se maravilló Satya—. ¿Cómo puede adentrarse de noche en el mar en un bote tan pequeño? —Se volvió para examinar a su amigo con el velo nacarado del amanecer —. Hay tantos animales aquí que tú mismo pareces haberte vuelto medio animal. Tú también das un poco de miedo. —Se dijo que Sunny le recordaba inquietantemente a un bicho palo.

Cuando Satya se marchó diciendo adiós con la mano desde el autobús que llevaba al aeropuerto, junto al silencio reparador de estar solo, Sunny pensó que hacía tiempo que no se sentía tan solo. Hacía años que no tenía un amigo en casa, y esa agradable sensación rescatada del pasado lo había conmovido. Pensó que sólo con la perspectiva que da el tiempo se descubre en qué aspectos de la vida se ha tenido suerte. Él había tenido suerte con Satya, con su amistad, que parecía de otra época. De otra época porque, aunque aceptaba la traición o la pérdida, consideraba que los vínculos entre las personas prevalecían por encima de todo. Satya no necesitaba los periódicos, las noticias, no necesitaba el arte: ¡tenía la vida!

Sunny cogió la revista de la aerolínea que su amigo se había dejado. Era un objeto satinado que desentonaba con la sencillez de su casita. Olía a dinero, al «estilo de vida de lujo», concentrado en una muestra de perfume que Satya se había echado en la muñeca. Antes de tirarla, la hojeó; era incapaz de deshacerse de algo escrito sin al menos echarle un vistazo, y allí estaba:

Ilan de Toorjen Foss

¿Cómo podía ser? Mejor dicho, ¿cómo podía *no* ser? Cuando una persona se hace famosa, simplemente no podemos escapar de ella, y no porque esté predestinado. Está en el suplemento dominical, en la revista de moda, en el artículo de viajes; por su ropa, su esposa estilosa, su espléndida mansión, su destino favorito; por su cena con una receta que indica que, a pesar de su fama, es una persona corriente y agradable. La encontramos en el aeropuerto y en la televisión, en reportajes sobre lo que nos espera al comienzo del año y en resúmenes de Nochevieja, en citas inspiradoras que se oyen por ahí y que nos sorprenden estampadas en un bolsa de tela. En las cenas se menciona su nombre, se intercambia, lo venden piratas informáticos, arribistas y empresas; después de tanto tejemaneje, seguramente no quede de esa persona más que la fama y el deseo de fama. Aunque proteste diciendo que anhela la soledad, concede una entrevista a la semana.

En un breve artículo se contaba que el artista estaba pintando en una capilla de su finca mexicana una versión de su emblemática obra *Madre nadando*, como si quisiera crear un oasis en el paisaje de colinas secas, cavernas y ríos subterráneos. De Toorjen Foss creía que el arte no debía estar recluido en los museos. Era importante desmantelar el centro del poder, viajar para ver la obra en un paisaje que tuviera significado e inspiración para el arte y el artista, y recuperar la intimidad y la emoción de la peregrinación, el atractivo de la aventura, incluso el agotamiento y la incomodidad del viaje. El lugar, la peregrinación, el arte, todo junto creaba ese sublime hormigueo que todos anhelábamos, ya sea en el arte, en la religión, en el amor o en la naturaleza. De Toorjen Foss deseaba crear todo

un universo en el que su arte pudiera vivir, proteger el arte creando también el mundo que lo sustentaba.

«El nombre Ilan de Toorjen Foss probablemente sea inventado», pensó Sunny. Examinó con detenimiento la fotografía que acompañaba el artículo y, al igual que la que había visto en el catálogo de Venecia y la de *Artes de México*, era cautivadora. La fama requiere una buena fotografía con el fondo adecuado. Ilan sostenía una máscara hecha de tortilla con unos toscos orificios recortados para la boca y los ojos por donde miraba con picardía. Lo rodeaba su colección de máscaras de todo el mundo y de naguales, que eran criaturas mitad humanas y mitad animales, hombres murciélago y mujeres escorpión. Las máscaras eran una forma de comunicarse con espíritus de otros tiempos y lugares. Se podía decir una verdad oculta o la peor de las mentiras. Cuando un hombre llevaba una máscara, nadie sabía quién era, ni siquiera él.

En mitad de la noche, Sunny se despertó y recordó a Sonia llorando en su boca y suplicándole: «¿Puedes al menos recuperar el amuleto por mí? Es todo lo que te pido, porque hemos sido felices por un tiempo, ¿no?»

Recordó cómo se había tragado sus sollozos. Recordó a Sonia en el catálogo que había abierto bajo una farola en Venecia. Sonia desaparecía en el cuadro en el que salía con Ilan. El cuadro era real, la mujer real no era de fiar. Recordó cómo la había agarrado y sentido que se le caía de los brazos. Recordó cómo había buceado en la negrura del peligroso océano para escapar de las olas rompientes. Tal vez quisieran salvarse el uno al otro, pero sólo podían salvarse a sí mismos.

VIGÉSIMA PARTE

Te veo, Demonio de las Nubes

66

«Es terrible lo que hicimos con mi padre. Tiramos sus cenizas en agua sucia, con porquería por todas partes. Pase lo que pase, no me eches ahí.» Mamá y Sonia habían evitado que llevaran las cenizas de Papá a Garh Mukteshwar y las tirasen al río contaminado después de pagar más y más dinero a los sacerdotes y barqueros ambiciosos que las habían retenido para recuperarlas. En lugar de eso, decidieron sumergirlas un poco más allá de Uttarkashi, donde Mamá recordaba que el Ganges, de un verde pizarra, corría en su encarnación montañosa y el aire olía a resina de pino. Alquilaron un coche y, cuando llegaron al valle de Uttarkashi y miraron por la ventanilla a la derecha, donde debía estar el río, vieron que había desaparecido. En su lugar había charcos en medio de una llanura de rocas en la que unas excavadoras trataban de reconstruir el cauce y despejar las carreteras que los desprendimientos de tierra habían obstruido. Era evidente que, aunque limpiaran la zona, no tardarían en producirse nuevos desprendimientos, porque las montañas, desprovistas de vegetación, se desmoronaban. Pese a ello, y despreciando el peligro, coches y autobuses de peregrinos que hacían la ruta circular de Kedarnath, Badrinath, Gangotri y Yamunotri avanzaban en caravana ondeando banderas de color naranja y

realizaban adelantamientos bruscos, en medio de la música devocional que sonaba por altavoces montados en los techos.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Mamá al conductor.

El hombre aporreaba el volante al ritmo de la música mientras esperaban parados detrás de la procesión.

—El año pasado hubo inundaciones, las casas quedaron arrasadas y murieron algunas personas. Va a llevar tiempo reparar los daños. El agua arrastró rocas desde lo alto del Himalaya, alterando el curso natural del río.

—¿Por qué no sale esto en las noticias?

—Debió de salir en el momento en que ocurrió.

¿Dónde estaban Mamá y Sonia cuando se dio la noticia? En medio del torrente de malas noticias, ¿habían pasado por alto esa pequeña mala noticia que ahora se revelaba como una catástrofe?

Sonia pensó que sin duda era una prueba de fe invocar a Dios ante esa escena. ¿Cómo podría la gente seguir peregrinando y liberando almas en el Ganges si no podía confiar en el agua pura que fluía de las nieves inmaculadas hacia la bahía de Bengala, si los *lingams* de hielo se derretían en las cuevas sagradas, las cuevas se derrumbaban, las montañas caían y los ríos quedaban destrozados? ¿Qué era la religión sino la confianza en un orden divino sobre la Tierra?

Aunque quizá no guardara relación con lo que los buscadores podían ver ante sus ojos. ¿Qué importaba la verdad si se tenía fe? Quizá cuanto más costaba imaginar un orden divino, más se demostraba la devoción del peregrino. Pero los peregrinos mareados por el viaje, a los que Sonia veía a través de las ventanillas de sus vehículos salpicados de vómito, parecían haber alcanzado otro grado

de indiferencia, y quizá eso también era religión: una gracia que podía concederte la indiferencia que muchos necesitaban para soportar sus propias vidas.

Su padre se había preocupado demasiado, ése había sido siempre el problema. Se preocupaba demasiado por su hija, se preocupaba demasiado por su mujer..., que seguía siendo su mujer, con Dios o sin Él.

Las cenizas de Papá viajaban en el asiento, entre Mamá y Sonia, en una urna de plástico del crematorio.

Dejaron atrás la ciudad y condujeron hasta una cabaña rústica que usaban los montañeros, donde unos hombres trabajaban sentados en un tramo del río Assi, afluente del Ganges, rompiendo los míticos peñascos con pequeños martillos. El sol pegaba más fuerte allí que en la ciudad, donde la contaminación lo mitigaba, pero sólo unos pocos afortunados tenían una sombrilla de tela negra para protegerse. Junto a la avalancha de escombros estaba su campamento de tiendas, donde unas mujeres lavaban la ropa y a sus bebés en un charco de agua. El estruendo de las rocas al quebrarse y cargarse en los camiones reverberaba valle abajo. Sonia se fijó en un punto entre el río y la ladera destrozada donde una nube de mariposas violetas había encontrado sal.

Si subían un poco más hasta un arroyo de montaña que aún tenía agua para lanzar las cenizas de Papá, éste quedaría varado en la llanura desértica de abajo. Sonia y Mamá decidieron que era mejor esperar a que el río volviera a fluir o encontrar otra extensión de agua libre. Pasaron la noche en la cabaña, y al amanecer, en la bruma de escarcha diamantina, plateada y dorada, encontraron a un montañés con la cara arrugada como una nuez y los dientes como

una mazorca podrida acuclillado junto al cubo de agua humeante que les había llevado para que se lavaran. Carraspeó y expulsó una flema de tabaco.

—Acampaba más arriba, donde pasta el ganado en verano.

—¿Quién?

—Su padre. Lo recuerdo.

—¿Mi padre? —dijo Mamá con voz entrecortada.

—Sí. He llevado huevos a la cocina y el encargado me ha dicho que estaba usted aquí. He esperado para verla. La he reconocido por la cara. Se parece a él. Tiene la piel desteñida de los extranjeros; su hija parece más normal.

—¿Hablaste con él..., lo conociste?

—Sí, hablábamos con él, aunque nos costaba entender su hindi. Hablaba con fluidez, pero tardamos un poco en acostumbrarnos a su acento. Nos compraba patatas, leche y huevos.

—¿Qué hacía aquí acampado?

—Escribía en su cuaderno y pintaba, abría el amuleto que llevaba al cuello, lo sostenía en la mano y le hablaba a la figura de dentro: «¡Oh Badal Baba, oh Bagheera Badal, oh Bhoot Bibi, oh Chirya Nath!» Tenía muchos nombres. La figura le respondía.

—¡No lo creo!

—Sí, sí, nosotros lo oíamos.

—¿Y qué decía la figura?

—Dependiendo de cómo lo llamara, respondía con el ruido de la lluvia, de los pájaros, de los leopardos, del mar o del viento, que es lo mismo que la voz de un fantasma. Todos esos sonidos están relacionados.

—¿Estás seguro?

—Oh, sí. Le preguntamos: «¿Cómo lo entiende?» Dijo que uno entiende con los sentidos lo que está más allá de las palabras, pero que es algo así: «Al despertar nos separamos, pero en el mundo de los sueños somos los mismos.»

»Le preguntamos: "¿Le protege su Badal Baba cuando camina solo por las montañas?" Él se rió y dijo: "Oh, no. Mi Badal Baba no es un *chota pota phaltu baba*. La protección contra las energías malignas, la persecución de engendros..., todo eso es un juego de poca monta a su lado. Mi Badal Baba es un hechicero poderoso. Él no cree en la protección sino en la transformación. Incluso tomando la forma de un *ghoul* si es necesario. O convirtiéndose en una nube si es necesario." Pensamos que el extranjero estaba loco. Dijo que su sueño era escalar el Bandarpunch. Que lo había intentado tres veces, pero que cada vez el tiempo se había vuelto en su contra y había dado marcha atrás. Aquel año el monzón llegó antes de tiempo; debió de atrapar su estela. Nunca volvimos a verlo.

Mamá se pellizcó los labios con los dedos, aunque no estaba hablando. Al regresar al coche a través de un bosque de pinos, se le cayó de las manos la urna con las cenizas de Papá y una parte se desperdigó. Se apresuraron a recogerlas, mezcladas con un poco de tierra y agujas de pino. Cuando llegaron de nuevo a Cloud Cottage, los cedros verde negruzco desplegaron las alas para dejarlas entrar y las cerraron tras ellas. En cuestión de minutos, Mamá recuperó el equilibrio y la fuerza, el oído y la vista. Atrapó por la cola al ratón que estaba arañando el respaldo del sofá y lo arrojó por la ventana, dejando atónita a su hija de ciudad.

Moolchand había estado durmiendo en la cama de la tía Meher para mantener la casa a salvo de los matones locales. Se retiró a su

choza dejando atrás el olor a humo de leña, tierra y cebollas. *Babayaga* se acercó a saludarlas. ¿Por qué no había ahuyentado a los ratones? Se tumbó boca arriba entre los cojines, que desprendían un olor agrio, y les mostró su torcida sonrisa de cocodrilo. Al anochecer, vieron una voluta de humo de tabaco de cereza que se elevaba del banco de la esquina del jardín.

—El abuelo Siegfried vuelve a estar aquí —dijo Sonia.

¿Había venido a buscar su demonio perdido? ¿Volvía una y otra vez para pedirle a ella que lo recuperara?

Pero si Badal Baba era la deidad de la transformación y no de la protección, entonces el cuadro de su abuelo no se había concebido para mantenerlas a salvo, como habían supuesto. Más bien era un llamamiento para desprenderse de la vanidad del yo: un yo humano, un yo masculino, un yo femenino. «Incluso tomando la forma de un *ghoul* si era necesario.» ¿Cómo habían podido equivocarse? Sonia se estaba bañando con las chanclas de goma por si se desviaba una corriente eléctrica, y se echó por encima el cubo de agua humeante calentada con el calefactor de inmersión. En el momento en que el agua cayó sobre su cabeza, ella misma se convirtió en un río. La ventana del cuarto de baño daba al mundo húmedo y musgoso, y vio cómo el vapor se escurría y desaparecía entre los árboles. Pensó en Tanizaki, que había escrito que los baños viejos y lúgubres eran puertas al pasado. Pensó que había que honrar a los progenitores, que habitan irrevocablemente en el pasado, de modo que había que reverenciar siempre el pasado. Pero en realidad no se podía vivir en un pasado de belleza y dignidad, cuando cada día estaba siendo desarraigado y deshonrado, y la casa de su madre era la última seta en el último bosque.

Estaba a gusto en su cama de latón con una bolsa de agua caliente, aunque le ardía la nariz por el frío punzante. El ululato de un búho bajó por la chimenea y sonó sorprendentemente cerca, justo en su oído. Tal vez se había abalanzado sobre el ratón que Mamá había lanzado fuera. Sonia recordó la lejana historia de amor de Mina Foi y Ernest. Al menos ella sabía que Ernest la había querido; él había regresado y esperado bajo el alero de su ventana: *¿chirrur?* Tal vez lo único que necesitábamos era que nos quisiesen una vez. Era mucho pedir que nos quisieran toda la vida, y siempre podíamos volver al recuerdo para sostenernos. Ser querido todo el tiempo podía ser una limitación o un exceso. Resultaba liberador y reparador pensar sin ataduras.

Al llegar los meses más fríos del invierno, Mamá y Sonia llenaban la estufa de leña y se acurrucaban tan cerca que a punto estaban de chamuscarse los chales. Ahora había en Sonia algo de la muerte de su padre, del bosque severo, del río quebrado. Tenía la sensación de haberse convertido en la carcelera de su madre. Mamá era todo lo que tenía. La observaba y se lanzaba sobre ella. No le permitía que se diera un capricho (una cucharada de nata, un almendrado horneado por las maestras misioneras que vivían en Middle Cloud) sin advertirle que debía cuidarse para mantenerse sana. Si Sonia se hubiera convertido en alguien con la vida y el amor de una mujer adulta, tal vez habría sido amable, pero ahora que su padre había muerto, no debía permitir que Mamá la dejara antes de que ella madurara en condiciones.

—No puedes vivir sola en las montañas eternamente —la amenazó.

Mamá revolvió su té y siguió revolviéndolo.

Sonia le arrebató la cuchara.

Su madre manoseó el mantel mientras le daba vueltas a un pensamiento que no la abandonaba.

A Mamá no le gustaba que interrumpieran su soledad, no poder bostezar lo bastante fuerte como para que un pájaro respondiera atónito, no poder hablar con los fantasmas de sus padres ni consigo misma.

—Mamá, mira lo que has hecho.

—¿Qué he hecho?

Las comidas compartidas se alargaban demasiado.

—¡Mira cómo vives!

—¿Qué hay de malo en la vida que llevo?

Vivir en el pasado tenía su razón de ser cuando no se tiene amor. El presente era para los que estaban orgullosos de todo el amor que poseían. Eran ellos quienes heredarían el futuro. Mamá leía en silencio, con la obstinación adquirida a lo largo de muchos traumas de su vida, cuando Sonia le arrancó el Chéjov de las manos.

—¿No lo entiendes? Nos hemos convertido en personajes de tu libro, una madre y una hija que viven juntas en la selva, sin hablar con nadie. Tenemos que pensar en un nuevo plan.

—Yo no quiero un nuevo plan. Debes vivir tu vida.

—No tengo vida.

Indignada, Sonia arrojó a la estufa el libro de Chéjov, que se elevó en llamas de ave fénix. Ella, que había querido ser escritora, había quemado un libro como una salvaje, como una fanática. No había peor sacrilegio en esa casa.

Mamá se levantó, entró en su dormitorio y dio un portazo. Una mujer tiene que pasar mucho tiempo sola hasta que el odio que los

hombres sienten por las mujeres la abandone, aún más tiempo hasta que los celos que las mujeres sienten por otras mujeres la abandonen, y aún más hasta que la ira que suscita en sus hijos la abandone; hasta que deja de ser una mujer marcada por el rencor de hombres, mujeres e hijos; hasta que deja de ser lo que otros la obligaban a ser y se queda vacía como una calavera o una concha, llena sólo de lo que ella elija, el aire del bosque tal vez.

Sonia quiso recuperar de inmediato el amor de su madre, pero no pudo. Salió de la casa. Vio cómo el humo del libro se elevaba por la chimenea, y allí fuera, desde el bosque de cedros, vio el ojo familiar recogiendo pruebas, uniendo cabos. Parpadeó. El ojo seguía ardiendo. Volutas de humo que flotaban errantes sobre la luna dibujaron el rostro resquebrajado de Badal Baba.

Cruzó el bosque brumoso con la esperanza de que el último leopardo hambriento no estuviera merodeando, y se refugió en Little Cloud. Del techo brotaban helechos, y las paredes estaban cubiertas de rosetas de líquenes. Los caracoles y las babosas se habían entrecruzado por el suelo y las paredes dejando rastros plateados. Olía a trementina, pintura, resina y humedad. Estaba abarrotado de caballetes, paletas, armarios repletos de pinceles, pasteles, carboncillos y pinturas al óleo sellados con vaselina.

Sonia acercó la cara a la fotografía de su abuelo que colgaba de la pared. Iba montado en una mula, con el amuleto en la mano, como si se dirigiera al refugio de Baba en la montaña. Sonia necesitaba que Badal Baba la salvara a ella antes de que ella pudiera salvarlo a él. ¿De qué otra forma podría afrontar un desafío tan grande como derrotar la maldición de Ilan, que era un laberinto sin salida con un monstruo dentro al acecho? Se necesitaría la hazaña de un místico.

Deseando estar cerca del espíritu salvaje de Baba, Sonia garabateó con un obstinado trozo de carboncillo en un cuaderno de dibujo:

Abuelo sin rostro
¡Chirrur de búho! El ojo del leopardo mira
a través de mí te veo,
Demonio de las Nubes

Sintió un hormigueo casi insoportable en las fosas nasales: un vapor sublime y tan sutil que escapaba al acto de respirar. Miró hacia los profundos y tupidos cedros, salpicados de babosa gris y amarillo liquen. Creyó vislumbrar una figura informe que le hacía gestos desde el otro lado. «El vacío de Oriente no es el vacío de Occidente.»

¿No tener rostro era un paso hacia la ausencia de nacionalidad, sexo, religión o raza? ¿No era una liberación no tener atributos? ¿O sólo los poderosos podían permitirse esas ideas tan románticas? ¿Cómo sugerir semejante solución a los desposeídos?

67

Ferooza telefoneó.

—Se han producido disturbios en Ahmedabad.

No pudo continuar.

—¿Ferooza?

—Pon las noticias y míralo tú misma.

En Cloud Cottage no había televisor. Mamá y Sonia, aliviadas al tener una excusa para tácitamente reanudar su camaradería, se encaminaron hacia Middle Cloud, en Tehri Road, donde las maestras misioneras estaban viendo la televisión mientras confeccionaban calzoncillos largos con restos de hilos. Los hindúes que se encontraban en Ayodhya para abogar por la construcción de un templo en los terrenos de la mezquita Babri Masjid destruida se habían apiñado en un tren y éste se había incendiado. Se culpaba a los musulmanes de haber provocado el fuego. ¿O los peregrinos estaban cocinando algo en el tren? Las turbas iban de casa en casa de los barrios musulmanes de Ahmedabad. Hacían desfilar desnudos a los ocupantes y les cortaban los genitales. Atravesaban con lanzas a los bebés dentro del vientre de sus madres. Descuartizaban, cegaban, violaban, rociaban con queroseno y quemaban. Las seis mujeres se quedaron mirando la pantalla como cuando los aviones se estrellaron contra las torres del World Trade Center. Observaron

cómo las amas de casa recogían piedras en utensilios de cocina para apedrear con mayor eficacia a sus vecinos hasta matarlos.

—Vivimos lo mismo en la Partición —comentó Mamá—. Un país debe de quedarse atrapado para siempre en la historia de sus orígenes. Está destinado a dar vueltas eternamente.

Mamá y Sonia regresaron a casa y telefonearon a Ferooza. Existía la preocupación de que la violencia se extendiera a Delhi. ¿No sería mejor que se quedara con Dilip y Khushi? Ferooza no quería dejar a su gato, pero cuando subió las escaleras cargada con comida para unos días, se cruzó con los caseros, que se quedaron mirándola y no le devolvieron el saludo. La casera le dijo en la cara: «Siempre hemos tenido problemas con los musulmanes, ¡y ahora los musulmanes son un problema mundial! Nos causará problemas tener a esta mujer bajo nuestro techo.»

—Cuando llega la turba, no hay nada que hacer —le dijo Ferooza a Mamá—. Es un tsunami que no puedes combatir; ni siquiera una pistola me serviría. —Y añadió—: Tuve la oportunidad de quedarme en París. Debería haberla aprovechado.

Por la noche parecía que una capa de nieve cubriera la colcha de satén rojo de Sonia con un estampado de hojas verdes de plátano oriental. Ella se preguntaba si convertirse en una nube como su abuelo no era únicamente una forma de escapar, sino también de desarrollar la propia inteligencia y evolucionar. Una nube podía moverse y abarcarlo todo, viajar más rápido, ver desde lo alto y disiparse antes de ser capturada.

Si una mujer se había convertido en fantasma, ¿no iba camino de convertirse en nube? Una nube se convertía en un río, el río se convertía en un océano. Si volvía a la costa, donde había sido feliz, ¿podría desprenderse del pensamiento rígido que la aprisionaba a ella, que aprisionaba a su madre? Pero Goa también era donde el sabueso fantasma había salido del agua, y donde Sunny y ella casi se habían ahogado. Algunos lugares, algunas personas, son portales para la obra de un artista.

—En Goa me sentí libre como no me había sentido en ningún otro lugar de la India —le dijo a Mamá—. Podría ir allí un tiempo, intentar volver a escribir ficción.

—Tenías mucho talento, pero lo dejaste. Nunca entendí por qué.

—No es tan sencillo. Hay que vivir lo suficiente para que se desarrolle una historia.

—¿Crees que tienes una?

—La vislumbro en el bosque. La sentí debajo de mí cuando nadaba en el mar.

Podrían alquilar el piso de Hauz Khas para que Sonia recibiera un ingreso. Mamá telefoneó a Ferooza, que a su vez telefoneó a un colega que había puesto en marcha centros de atención para trabajadoras sexuales con sida en Goa.

Le confirmó que Goa era un lugar donde una joven con estudios podía construir una vida independiente. Había conocido a varias mujeres que se habían ido solas a Goa por la misma razón que Sonia. El sitio conservaba el atractivo aire cosmopolita de un puerto. Allí no había las restricciones misóginas de los estados del norte de la India. Una mujer podía salir sola con pantalones cortos. Mencionó a una abogada que había dejado la profesión para abrir una librería

en Panjim, a una joven de Assam que hacía joyas en Siolim, a una estudiante de doctorado de Harvard que trabajaba en una clínica de salud mental, a una viuda que había escapado de Delhi perseguida por el hampa. ¿Y quién era esa viuda? A través de los cotilleos del café del Centro Internacional de la India, Ferooza se enteró de que Babita Bhatia se había comprado una mansión en un remoto rincón del sur de Goa construida por un comerciante cuyos tres barcos, el *Paloma*, el *Nagini* y el *Husnara*, habían navegado entre Goa y Zanzíbar, y cuyo antepasado, al negarse a saludar con un «¡Salve, Salazar!», había encendido la llama de la independencia de los portugueses.

—¡Así que Babita consiguió suficiente dinero para eso! —exclamó Mamá.

—¿Y si Sonia se hubiera casado con alguien de esa familia? —dijo Ferooza—. La corrupción la habría devorado.

—Pero ¿no es chocante que Babita Bhatia nunca buscara a sus jóvenes criadas?

—Están bien —respondió Ferooza—. Sabían que la policía y el hampa las culparían a ellas y tuvieron la presencia de ánimo de huir. La más joven se puso en contacto con nuestra oficina para solicitar un microcrédito. Están viviendo en un pueblo de otro estado con nombres falsos. No lo difundas, aunque tal vez quieras contárselo discretamente a Sonia. Debe de estar traumatizada por su conexión con esa sórdida historia.

68

Con las cenizas de Papá de nuevo en la urna de plástico, Mamá y Ferooza volaron con Sonia a Goa y se dirigieron a un complejo de cabañas para vacaciones con seguridad las veinticuatro horas del día que les había recomendado el colega de Ferooza. Se llamaba Maria-by-the-Sea y tenía el aire de un centro turístico destartalado fuera de temporada. A un lado estaba el río Sal y al otro, a poca distancia por la carretera de la costa, un sendero que serpenteaba hasta el mar. De lejos, la cabaña de Sonia era como una versión en miniatura de los *bungalows* portugueses del pasado. Tenía un pequeño porche sobre dos pilares bajos y un tejado de tejas rojas. Más de cerca se veía que era un cubo de hormigón moderno con las ventanas enrejadas. Cuando Mamá encendía el quemador de gas, éste se deslizaba nervioso por la encimera. Cuando Ferooza removía la olla, ésta se escabullía inquieta. La espátula de plástico se derretía; las camas de aglomerado se caían de los ladrillos que las sostenían. Las sábanas eran de fibra sintética y soltaban chispas con el roce, las rígidas cortinas marrones no se corrían y la toalla amarilla y rosa de Mickey Mouse no empapaba el agua. Ni siquiera el frigorífico o la cocina tenían el peso de los objetos reales. Sólo junto al teléfono había un enorme puf de cuero auténtico, y Ferooza se quedó pegada a él. El aire era pringoso, y ella estaba pringosa. Riéndose, Sonia y

Mamá tuvieron que tirar de ella para arrancarla y, haciendo un ruido como de algo que se despega, levantarla.

Alquilaron una barca de pescador donde la tierra empezaba a cubrirse de un manto lanoso, remaron hasta donde el agua estaba en calma y, justo cuando el sol se posaba en el horizonte, vaciaron la urna con las cenizas de Papá en las olas de color rosa y naranja. Mientras las cenizas flotaban y se hundían en el agua, su voz resucitó y cantó al oído de Sonia: «Mira siempre hacia delante, nunca hacia atrás. Lo pasado pasado está. En cuanto al resto, no te molestes en intentar reflexionar sobre ello. ¡Ve directa a los místicos!» Cuando apareció un banco de delfines dando saltos, resoplidos y bufidos, Ferooza exclamó: «¡Tomadlo como un buen presagio! Están deseándole buen viaje.»

Todas tenían los ojos húmedos, incluso Mamá, aunque en su caso tal vez era porque se sentía aliviada. Fue un momento de felicidad absoluta, juntas en el mar que les llenaba los oídos y los ojos. Sentadas ahí, descansaron. Una semana después, Mamá y Ferooza se marcharon y dejaron sola a Sonia.

—¿Sobre qué vas a escribir? —le había preguntado Ferooza.

—Aún no lo sé.

—A mí lo que más me gusta son las historias agradables de mujeres que viven solas y en paz. Cosas pequeñas y sencillas: un dolor de muelas, un huevo cocido, una pelea de vecinos, un gato perdido que encuentran antes de que se quede flaco.

En su primer día en solitario, Sonia se despertó a las cinco y media de la madrugada y se dirigió a la piscina del complejo, donde los

primeros rayos se filtraban en el rocío que colgaba como telarañas de las palmeras. En el extremo poco profundo, dos rusos corpulentos de mediana edad fumaban y bebían cerveza, con el agua tibia a la altura de sus estómagos. Hablaban despacio, en voz baja y apremiante, y no miraron a Sonia cuando se deslizó por su lado apartando las grandes hojas marrones que cubrían la superficie. Se marcharon, y cuando más tarde ella también salió, tres perros sarnosos se zambulleron en el agua color mostaza para aliviarse el picor de las pulgas y un cuervo dejó caer escombros inidentificables para ablandarlos. Un jardinero se acercó y sacó a los perros. Le dijo a Sonia que no habían limpiado la piscina desde la temporada turística. Que se bañara en el mar, que se limpiaba solo.

La tetera se quedó un instante en silencio antes de entrar en ebullición. Cuando empezó a silbar, un vigilante apareció en la ventana. Sonia se preguntó si había estado escondido detrás de un arbusto.

—¿Llegaste hace seis días? —le preguntó.

—Sí.

—Me lo dijo nuestro vigilante nocturno. ¿Adónde se ha ido tu familia?

—A Delhi.

—¿Estás casada?

—Sí.

—¿Dónde está tu marido, entonces?

—Mi marido es científico espacial —respondió Sonia—. Trabaja para la NASA en Estados Unidos. ¿De dónde eres tú?

Él respondió que de una aldea de Nepal, a ocho horas a pie de la parada de autobús más cercana. A los quince años los maoístas lo

reclutaron, no como combatiente sino para llevar suministros. Luego trabajó en la construcción de carreteras al otro lado de la frontera, en el distrito de Darjeeling; de ahí pasó a una granja de abejas en Kumaon y ahora era guarda de seguridad en Goa.

Sonia pensó que había sido una estupidez decir que su marido trabajaba para la NASA; pensarían que valía la pena robarle. Uno nunca debía confiar en un vigilante, que probablemente era hermano del ladrón. Se puso un vestido de algodón ligero, saludó a Perpetua, la criada que trabajaba en el complejo, y se aventuró a salir. Goa era otro lugar cuando te alejabas de la protección de la vida del pueblo y entrabas en la tierra arrasada por el turismo, sin Sunny, Clayton y Anand. Notaba las miradas fijas en ella: guardas de seguridad, jardineros, asistentas, taxistas.

Un complejo comercial formaba un semicírculo alrededor de Maria-by-the-Sea, y en la carretera que comunicaba los pueblos costeros había más tiendas de artesanía y joyas. En el escaparate de una de ellas había unos pendientes de nueve piedras preciosas. Una voz interior repetía el mantra del empoderamiento femenino que había leído en todas las revistas para mujeres cuando vivía en Estados Unidos y también cuando se sentaba en la difunta fuente del hospital Athena: «Mímate. No esperes a que alguien lo haga por ti. Quiérete a ti misma primero o nadie te querrá. Gasta sin sentirte culpable. Cómprate algo bonito.»

Un vendedor que estaba recostado sobre un montón de alfombras se levantó de un salto. Olía a hombre dormido. Le tendió un pendiente y empezó:

—¿De dónde eres? No estarás sola de vacaciones, ¿no? ¿Está aquí tu familia? Te he visto caminar sola.

—¿De dónde eres tú? —le preguntó Sonia.

—De Cachemira —se apresuró a contestarle él, y enseguida dejó a un lado la pregunta, molesto por haber sido distraído de su retahíla —. ¿A qué se dedica tu marido? ¿Y tu padre?

Cuando Sonia levantó la vista del pendiente, vio que él la estaba escudriñando, no con una mirada sexual, sino intentando descubrir para qué podía serle útil. Se oyó el ruido de agua corriendo y otro hombre salió de un aseo situado detrás de la pila de alfombras, atándose el cordón del pijama y colocándose bien los testículos. Ella se dio cuenta de que las tiendas para turistas eran mitad tiendas, mitad dormitorios de solteros, y estaban llenas de jóvenes que dormían en las alfombras y se sentaban fuera durante el día, aburridos pero atentos por si pasaba por ahí algún idiota útil.

El tendero le dio un precio elevado por los pendientes. Al ver la expresión de ella, le dijo:

—Pero las joyas son una inversión. Son tu riqueza, tus ahorros, tu *daulat*, tu valor.

«El adorno es la otra cara de la inexistencia. Las gemas seductoras son ilusión, son juego divino, son placer. El placer es adorno es ilusión es belleza; belleza que atrae el amor y se desplaza brevemente hacia el orbe del sol. La belleza es la fuerza que mueve el universo.» Los pendientes eran demasiado caros.

A medida que Sonia avanzaba, otros vendedores advirtieron que se acercaba, la miraron con detenimiento y la llamaron.

«Hola, hola, ¿cómo estás? ¿Vives fuera de la India? ¿De dónde eres? ¿De la India? ¿De Inglaterra? ¿De Estados Unidos? Ven a ver mi tienda. Sólo mira, buen precio sólo para ti. Hola, buen día. Buenos días. He dicho buenos días..., ¿me ha oído? Hola, señora.

¿Quiere ir a la playa de las tortugas, señora? ¿Hola? ¿Namasté? ¿Por qué no hablas? ¿No me oyes? *Bonjour*. *Buongiorno*. ¿No inglés? ¿No hindi? *Parlez-vous français?* ¿Ningún idioma?»

Sonia se preguntó si su vestido se transparentaba con la luz del sol.

Cuando se lo quitó, su bikini verde turquesa con volantes volvió locos a los chicos del chiringuito.

—¿De dónde vienes? ¿De Delhi? ¿Del sur de Delhi? Lo sé por tu acento. ¿Dónde está tu familia? ¿Estás casada? ¿Por qué has venido sola?

—Mi marido es médico cirujano, está ocupado todo el tiempo, he tenido que venir sin él.

Se alejó hasta la zona en que no había hombres y se arrojó a los brazos pulposos del mar, que la abrazaron, la levantaron. Puso el océano entre ella y su vida. Intentó entregar su ser humano al agua. Sintió como si nadar fuera una especie de plegaria que se lanza al océano. Nadó y lloró un poco al mismo tiempo, dejando caer lágrimas al agua, que las absorbía: agua salada en una masa de agua salada mayor. Después de nadar, antes de que su yo humano volviera a abrumarla, durante unos instantes se sintió ligera.

Recordó que uno siempre recuerda la felicidad en el agua. «Sunny, a pesar de todo, todavía pienso en nosotros, en cómo nos deslizábamos sobre las crestas de las olas y descendíamos entre burbujas y espuma.»

Habló con su padre muerto: «Papá, el mar me calma. Es lo único lo suficientemente grande para aliviar mi tristeza.» A menudo su padre se unía a ella en el océano de sus lágrimas: «Sonu, no mires atrás, siempre hacia delante.»

Después de tanto tiempo, desafió a Ilan: «Tú no sabes lo que es el mar, por mucho que digas que lo amas. Eres una mala persona. Sólo los que tienen el corazón limpio pueden amar el mar como lo ama una criatura marina.»

Cómo se reiría él de su maldición infantil.

Habló consigo misma: «Ya no quiero ningún amor humano. Quiero ser libre y no tener miedo.» Pensó que ésa era tal vez una forma de contemplar la muerte: una forma de ser libre y estar a salvo, sin la trampa de ser mujer.

Los chiringuitos de la playa se llamaban Dom's, Bay Watch, Betty's y Pickin's. Si a Sonia le daba un calambre en el pie al caminar por la arena, o si las corrientes eran fuertes, hacía una parada en Betty's. Tenían una mesa de billar y un estante lleno de revistas y novelas de suspense y románticas onduladas por la humedad y manchadas de kétchup, curry y salsa de chile que habían dejado los turistas. Sonia hojeaba la revista *Hello!* y se detenía en los obituarios que ensalzaban vidas parecidas a las de los anuncios. Se descubrió incapaz de sentir nada por la muerte de esas personas, tan fascinada estaba por las fotografías de sus vacaciones en Saint-Tropez y Portofino, el champán y los sándwiches club en el Grand-Hôtel du Cap-Ferrat, el sol y el aire de Malibú.

Esas historias le confirmaron que, aunque digan que en la pérdida no hay competencia, no todas las muertes eran iguales. La muerte de un hombre del Tercer Mundo era diferente a la de un hombre del Primer Mundo, como la de un hombre rico era diferente a la de un hombre pobre. En el mundo más pobre, la mayoría de los hombres morían antes de haber llegado, antes de haber alcanzado su destino, incluso un hombre acomodado como Papá. Y eso los llenaba de

amargura, les hacía conspirar y maquinar, estafar y gritar; y ahogaba de tristeza a sus hijos, al mismo tiempo que arruinaba la vida de sus esposas, cocineros, perros, gatos o pájaros *mynah*, en caso de haberlos. La muerte, tal como Sonia la había experimentado, no era tan digna como aparecía en las elegantes necrológicas de las revistas. Era fea, desesperada, vengativa. Ella le había gritado a su padre moribundo y a todos los demás, incluso a aquellos que eran mucho menos afortunados. Le habían caído mocos de la nariz mientras emitía sonidos guturales: rebuznos de burro, chillidos de babuino, gruñidos de cerdo.

Sonia había esperado, deseado y confiado en no ver nunca los obituarios de Sunny e Ilan. ¿Por qué entonces, cuando se confirmó que no habían muerto el 11-S, no pudo evitar pensar que la suerte estaba mal repartida, que toda la que a ella le había sido negada la estaban recibiendo ellos con creces?

Pensó en Sunny, que a esas alturas ya tendría la Green Card, y que se había librado de la vida dura, con todos los problemas propios de la India con los que le habría tocado lidiar por haber nacido allí. Quizá un día su existencia consistiría sólo en comer sándwiches a la moda en locales a la moda. Viviría una vida que no era vida, moriría una muerte que no era muerte. Recordó cómo tuvieron que bucear en la oscuridad cuando las olas se alzaron tan altas como el Himalaya antes de caer y estrellarse en el mar.

En su porche de juguete, abrió su cuaderno. La segunda historia que había escrito, la que su querido profesor Conti había elogiado, era la de Mina Foi y Ernest. ¿Podría escribir todas las historias de amor que conocía? El abuelo Siegfried y la abuela Anjolie, un amor que chocaba con los acontecimientos que se desarrollaban en la

escena mundial, un amor que desmontaba la narración histórica simplemente por el modo en que él había captado la mirada de ella y ella la de él. Ba y Dadaji nunca se molestarían en pronunciar la palabra «amor»: lo que los unía tenía raíces más profundas, más fiables, más elementales. Armando y Lazlo, una relación en la que cuanto más tiraba uno, más se encogía el otro. Marie y Cole, que nunca sabían lo que pensaba el otro, pero que jamás se peleaban. La comezón y el tormento de Papá, la huida de su madre al pasado. Sonia convertida en un *ghoul* fantasmal. ¿Se entrelazarían esas historias para formar un libro? ¿Cómo se mantendrían unidas? ¿Cómo confiar en sí misma para hacer su parte y sostener lo que existe más allá de su visión? ¿Y si retrocedía un paso para contemplar lo que había construido y sólo se encontraba con un montón de piezas inconexas?

Si esperaba lo suficiente, si observaba lo suficiente, si trabajaba con ahínco, si respetaba y salvaguardaba las sombras, ¿se juntaría todo? Se dirigió al mar y se sumergió en el guión balbuceante que contenía las historias y los secretos de siglos: de sirenas y bestias marinas, colonos y espías, mercaderes y soldados, pescadores y charlatanes. ¿Qué unía esas historias caprichosas? El océano. Cuando nadaba, sentía debajo de ella, nadando en las profundidades, una quimera. No podía distinguir su forma, pero seguía siendo una presencia íntima.

69

Unos adolescentes escuálidos esperaban en la orilla a que Sonia saliera del agua; le hacían señas, saltaban y sonreían, demostrando que tenían mucha paciencia. Al verla salir se le pegaron. No podía librarse de ellos, y no tenía claro qué querían. Si los miraba a los ojos, sonreían y no se movían de allí.

—Esos chicos no paran de seguirme —le dijo a un extranjero que tomaba el sol en la tumbona de al lado del Betty's.

El hombre abrió un ojo para mirar, lo cerró, se recompuso y dijo:

—Son prostitutos de pacotilla que se piensan que eres una turista solitaria necesitada de compañía.

—¿En serio?

Él se rió entre dientes.

—¿No lo notas?

—No, aunque no sé cómo no lo he pensado... No es que me quede mucha inocencia.

Él se rió un poco más, sin moverse para no estropear su bronceado.

—¿De dónde eres? —le preguntó Sonia, desesperada por entablar conversación con alguien que no la atacara ni la engañara, y, por lo tanto, alguien que en principio no tuviera interés por ella.

Él le dijo que era alemán.

Sonia le contó que su abuelo era alemán, qué casualidad. El hombre se volvió para mirarla. Le dijo que en realidad había nacido en Teherán. Ahora era actor de teatro. Estaba trabajando en una obra sobre un joven emigrante y una estrella de cine entrada en años que forjan una amistad improbable. Uno era desconocido, el otro famoso, y resultaba que venía a ser más o menos lo mismo.

Darius le explicó que se había ido de Irán porque allí era imposible ser abiertamente gay. Sus padres se mantenían firmes en su creencia de que no tenía esposa porque era bohemio.

—No debe de ser sencillo ser inmigrante musulmán en Alemania.

—Cambié unos problemas por otros —respondió él riéndose.

Ella también se rió.

—Y aquí es ilegal ser gay; debes de ser de los que toman siempre el camino más difícil, como yo.

Qué fácil es, después de todo, hacer una broma y ser feliz. ¿No se sentía solo Darius viajando por su cuenta? No, a lo largo de su ruta había ido concertando citas con hombres por internet. Al ver la curiosidad de Sonia, disfrutaba contándoselo. Dijo que había tenido relaciones sexuales con un chico en un *rickshaw* en Delhi; el conductor aparcó en una zona desierta y se limitó a mirar al frente mientras ellos lo hacían como conejos endemoniados. Dijo que la mayoría de los hombres parecían pobres y que suponía que la mayoría estaban casados, aunque algunos eran estudiantes. Uno de ellos, un zoroastriano, se salió de la norma: se notaba que era culto y rico; se conocieron en un hotel cerca de la Puerta de la India llamado Godfrey, y echaron un polvo rápido y furtivo.

—¿Alguna vez mantienes una conversación con esos hombres?

Sonia se sintió ingenua, pero quería saber más de la situación por si podía plasmarla en una historia. ¿Qué diablos podían decirse dos personas de mundos tan diferentes? ¿Podría incluir en sus historias a compañeros de cama inusuales, personas que en circunstancias normales nunca se habrían encontrado y que por casualidad compartían almohada?

—Es sólo sexo —respondió Darius.

Pero añadió que se mantenía firme en su principio de no pagar jamás por ello. Ella no entendía muy bien la moralidad que había en ello, así que le preguntó con cierta afectación:

—¿No es peligroso? Podrían ponerte drogas y luego llamar a la policía..., la policía podría chantajearte.

—Sí.

Él se incorporó, encendió un cigarrillo y miró hacia los botes de pesca, que parecían barcos piratas destartalados en la curva del horizonte: redes de pesca, ollas, chancletas y cubos, planchas de plástico sujetas a palos para dar sombra. Se volvió y la miró con una expresión entre avergonzada y cómica.

Sonia se abandonó a la agradable libertad de la compañía masculina no amenazadora. La disfrutó casi extasiada, relajando la postura encorvada en la que había estado, estirándose y mirándose los largos brazos desnudos y las piernas salpicadas de arena plateada, y sintiendo el roce suave del cabello sobre los hombros.

—Mírate —dijo él con admiración.

Antes de seguir ruta, Darius se quedó unos días con ella para ahorrar dinero, y uno al lado del otro en la cama hablaron con más franqueza que unos amantes. Sonia le habló de Ilan, de cómo todavía se sentía atrapada, y Darius le confesó que él también había

estado cautivo de un hombre violento y loco. También él se había sentido oprimido por la riqueza; el *schloss* de las afueras de Múnich donde vivían era tan grande que si se preparaba una taza de té en la cocina de invierno y la llevaba por los pasillos y escaleras arriba, cuando llegaba hasta su amante ya estaba frío. Con las últimas migajas de fuerza y lucidez que le quedaban había escapado fingiendo que salía a comprar las aceitunas negras sin hueso que su amante le había reclamado a gritos, indignado porque se había atrevido a cambiarlas por aceitunas verdes con hueso. Dejó atrás todas sus pertenencias menos el pasaporte y nunca volvió.

—¿Te ayudó alguien?

—Nadie.

Como el amante era, por desgracia, un director de cine de renombre, después de eso, cuando Darius se topaba con amigos comunes, veía cómo, con el miedo reflejado en los ojos, corrían al otro lado de la habitación y fingían no verlo ni conocerlo, porque él encarnaba ahora una verdad incómoda. Asimismo, otros a quienes ese hombre también había maltratado tampoco querían saber nada de él. ¿Por qué? Porque era demasiado doloroso para su ego admitir que un famoso los había humillado. La gente culpa al cónyuge de alentar la humillación, pero, en realidad, Darius había intentado sin éxito proteger a esas personas. «No seáis dos las personas humilladas, no seáis tres las personas avergonzadas...» Era una situación en la que siempre salías perdiendo. Había huido de ese ambiente ponzoñoso y ahora vivía pacíficamente con su pulcro gato, *Latife*.

—Yo no he conseguido encontrar la paz —admitió Sonia—. El mal todavía me sigue.

—¿Psicológicamente?

—No sólo psicológicamente. Una vez tomó la forma de un sabueso fantasma que salió del mar. Más tarde lo vi en un cuadro de Ilan, que resultó que había pintado cuando yo estaba con él.

—¿Un sabueso fantasma de verdad?

—Sí. Al principio me pregunté si me había equivocado. Desapareció en la arena, pero vi la marca del mordisco en la chancleta de Sunny. Se la hizo cuando intentó apartarlo de una patada.

—Tienes mucha suerte —le dijo Darius escuchando atentamente —. ¿A cuántas personas las acecha un sabueso fantasma? Es como encontrarse con la verdadera Serpiente del Jardín. A mí el teatro me ayudó. Pensé: lo pondré *todo* en el escenario y utilizaré *todo* lo que he aprendido de esa persona. Me di cuenta de que el problema no era que mi compañero fuese famoso y yo no, sino que yo era desconocido para que él pudiera ser famoso. Por extraño que parezca, al final ese infierno mereció la pena. Pero tuve que crear esa crueldad, ¡y esa crueldad la aprendí de él!

—Yo estoy intentando escribir un libro, de hecho —dijo Sonia—, pero es como si estuviera dando vueltas alrededor de la historia. Veo indicios, una aleta por aquí, una ondulación por allá, pero no alcanzo a ver la bestia entera. No consigo colocar el centro en su lugar. Me pregunto si tendré que escribir todas mis historias para descubrirlo.

—¿Es un viaje largo?

—Sí. Me está volviendo loca. Resulta demasiado abrumador incluso para empezar.

—¿Por qué no te pones a ti misma con Ilan en el centro?

—Todavía lo oigo decir «obedéceme» y tengo la sensación de estar traicionando, invadiendo, robando.

—Es bueno robarle a un ladrón..., ¡robarles a los ladrones!

—Además, tendría que escribir sobre mí misma. ¿Y cómo voy a escribir sobre mí misma durante el tiempo en que estuve desaparecida? Mis pensamientos eran los pensamientos de Ilan. Si una mujer se ha convertido en un espejo, si el arte es un espejo, ¿cómo va un espejo a crear un espejo?

—¡Atraviesa el espejo! —exclamó Darius—. Pero ¿nunca has conocido a nadie más? No puedo creer que no lo hayas hecho.

—¡No puedes conocer a alguien ni amar a nadie si no existes!

Sonia lamentó despedirse de Darius cuando él se fue en tren a Hospet para asistir a una fiesta en las ruinas de Hampi organizada por jóvenes israelíes que acababan de terminar el servicio militar. Lo acompañó a la estación y se abrazaron.

—Buen viaje, querido Darius. ¿Volverán a cruzarse nuestros caminos?

—Si vienes a verme a Berlín, te llevaré a las mejores discotecas.

Cuando él, un hombre tan guapo, de pelo rizado y ojos castaños, vestido con una *kurta* blanca, empezó a decirle adiós con la mano por la ventanilla, la gente se volvió para mirarlos como si se tratara de una escena romántica de una película de Bollywood.

Conforme el tren se alejaba de la estación, Darius se asomó aún más, y se habría caído si no le hubieran sujetado otros pasajeros conmovidos por su belleza y por su aflicción.

—¡Sonia! —gritó—. ¡El sabueso fantasma! ¡Sigue al sabueso fantasma! ¡Ahí puede estar tu respuesta!

Y le lanzó un último beso.

Para animarse, ahora que volvía a estar sola, Sonia fue al River Café, junto al Sal, que colindaba con el Maria-by-the-Sea. El río tenía un olor denso, salado, como a mejillones. A veces fluía en una dirección, a veces en la otra, según las mareas. A menudo la misma bolsa de patatas fritas o la misma chancla resistente que había pasado flotando río abajo frente al Maria-by-the-Sea por la mañana avanzaba río arriba por delante de su mesa en el River Café al atardecer, a un ritmo tranquilo. Desde allí también podía observar a las garcetas que regresaban al caer la noche y se posaban formando unas ondas; aves que se apartaban del grupo para girar con rapidez y determinación hacia los árboles, como si cada una reconociera una rama concreta como su hogar.

¿Había vivido Ilan, deliberadamente, la vida que necesitaba para crear el arte que quería crear? Si pintabas una escena de coacción, ¿no tenías que conocer de cerca la desgarradora intimidad de decirle a una mujer que se arrodille y jure obedecerte? ¿La mujer lo hará, no lo hará? ¿Se encenderá en sus ojos la chispa del odio? Y tú, ¿te sentirás amenazado? ¿O se extinguirá su conciencia de sí misma? ¿Adónde irán sus manos? ¿Adónde irán sus ojos? Pero ¿no tenía razón Darius al decir que Ilan al mismo tiempo le había entregado la historia? Si, cuando hablamos de escribir una novela, lo peor que puede ocurrirte es lo más afortunado, entonces ella había tenido suerte. Si hay que conocer la tragedia antes siquiera de empezar,

ella la había conocido. ¿Por qué, si no, una mujer renunciaría a una vida real, se aislaría y se entregaría a una tarea que exigiría toda una vida de esfuerzo, que implicaría destruir su obra para que nadie supiera que existió, y que la llevaría tan lejos que ya no sabría si perseguía a Dios o al diablo?

Sin embargo, si Sonia consiguiera escribir su historia con Ilan, la obra caería en el aburrido estereotipo del artista masculino mayor y monstruoso y la joven aspirante a artista femenina. Una historia que seguía ocurriendo, que seguía repitiéndose hasta el hartazgo. ¿No era acaso inevitable que siguiera reviviéndose, después de que siguiera repitiéndose sin fin? ¿No pensaría un lector que, a estas alturas, la culpa era de la víctima? ¿O que lo que pasaba en realidad era lo contrario: un hombre famoso acosado sin descanso por mujeres de menor talento? Si Sonia se conformaba con ese vocabulario mediocre, ella misma convertiría en algo imperdonablemente vulgar aquello que la había desterrado (por vergüenza, por miedo primitivo) de la vida común a las mismas pesadillas y vidas pesadillescas que habían atormentado a sus antepasados prehistóricos. ¿Cómo combinar lo real y lo sobrenatural de la manera tan inverosímil en que lo habían hecho en su propia vida? ¿Cómo escribir de forma realista sobre el miedo alucinatorio de una mujer que cree haber conocido al diablo? Darius le había gritado: «¡El sabueso fantasma!» ¿Cómo seguir al agresor? ¿Vivir para contar la historia de que te acecha un sabueso fantasma en la oscuridad?

Tal vez una escritora debía cazar aquello que la cazaba a ella, buscar con la mirada a la criatura que la tenía atrapada en la suya. Pero si seguía a una criatura mientras ésta la seguía a ella, ¿no

empezarían a transformarse la una en la otra, deteniéndose cuando ella se detenía, moviéndose cuando ella se movía, mirando para ver qué veía? Si seguía a un sabueso fantasma rabioso, ¿no se convertiría en uno?

«Simplemente no escribas tonterías de realismo mágico», oyó la voz de Ilan en su interior. «No escribas pseudopsicología falsa.» «No escribas basura orientalista.» «No escribas sobre matrimonios concertados.» «No escribas sobre pintores; nadie lo hace bien.»

Detrás de la lengua de tierra de la otra orilla, donde dormían las garcetas, se extendía el mar abierto. Los fines de semana pasaban barcos casino y yates de fiesta, con una música tan fuerte que hacía temblar los huesos y vibrar las entrañas. A las nueve de la noche aumentaban los decibelios cuando, en algún lugar de la red de senderos, un local llamado Barry's Pub empezaba a poner música amplificada que seguía sonando hasta pasada la medianoche, al igual que en el River Café o la discoteca Bito's. A todas horas se oía un pulso electrónico, bum-sic, bum-sic, que provenía del Fisherman's Fiesta, un bar-discoteca con forma de proa de barco que estaba situado en la entrada del hotel, detrás del River Café. Más allá de aquella fachada extravagante, el hotel constaba de varios barracones que en temporada ocupaban jubilados europeos y grupos grandes procedentes de Siberia. El punto de encuentro de esos sonidos en pugna era Sonia, que los sentía por todo el cuerpo. El bum-sic, bum-sic destruía su capacidad de estar alerta, de pensar con suficiente claridad para salvarse. Además, el estruendo ahogaría el ruido que podría hacer un intruso. Eso hacía que no se sintiera segura.

Fue al hotel a quejarse. El chico delgado de la recepción debía de tener dieciséis o diecisiete años.

—Si hay una boda, no bajarán la música por mucho que lo pidamos. Pero lo intentaré, lo prometo.

—Gracias, eres un encanto por intentarlo.

—La encantadora es *usted*, señora —respondió él sonriendo.

—No, no tengo nada de encantadora, estoy enfadada.

—No, señora, la encantadora es usted. La veo salir a la calle todos los días. La busqué en la lista de huéspedes.

—¿Cómo sabes cómo me llamo?

—Se lo pregunté al vigilante. Me dijo que tenía novio, un extranjero, pero que ahora está sola. —Él sonrió y se le quedó la sonrisa en los labios—. Si quiere mi número, puedo dárselo.

—¿Por qué iba a querer tu número?

—Puede llamarme para lo que necesite.

Bum-sic, bum-sic, bum-sic, bum-sic. Él se hinchó, resopló y movió los hombros al ritmo de la música.

Esa noche sonó el teléfono; ella lo cogió, pero no dijo nada y nadie habló. Podía oír el bum-sic, bum-sic, y de fondo una voz masculina que se suponía que se dirigía a la persona que hacía la llamada, diciéndole la palabra «peligro» en inglés. Irrumpió con violencia, como una ola que ha ido cobrando fuerza: un miedo paralizante. Puso los platos de melamina contra la ventana del cuarto de baño, que no tenía rejilla, y empujó la endeble cómoda contra la puerta de falsa madera de su dormitorio.

Llamó a su madre.

—Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—Siento ojos sobre mí todo el tiempo.

Los ojos de Madan habían sido los ojos de Ilan; los ojos de Ilan habían sido los del sabueso fantasma, y adondequiera que iba veía los mismos ojos sobre ella, ya fueran los de un perro, un hombre, una serpiente, un cerdo, un cuervo o un lagarto en la pared. Todos esos ojos estaban en sus ojos.

—¿Quieres volver aquí? —le preguntó Mamá.

Había cautela en su voz. ¿Cuántas veces podía una hija acudir a su madre en busca de ayuda? Sonia debía abandonar la casa materna como su madre había abandonado la de su marido, como sus abuelos habían abandonado sus paisajes, exiliándose, despidiéndose de lo que conocían, salvándose de un destino tras otro, hasta que ya no quedó ningún destino que legarle a Sonia. Lo único que pudieron dejarle fue a ella misma. Cuando se miró al espejo, no tenía rostro.

—Sé práctica —le aconsejó Mamá—. No leas nada entre líneas; es entonces cuando nos volvemos locos. Coge una escoba, una pala, y tapa los huecos por los que pueda colarse cualquier criatura, vuelve a casa al atardecer, cierra la puerta con llave, enciende las lámparas, el televisor. —Y finalmente cedió al miedo—. No te lo he dicho antes, pero Ferooza oyó decir que esa mujer despreciable, Babita Bhatia, vive no muy lejos de ti.

—¿Babita Bhatia?

—Compró una mansión portuguesa llamada Casa das Conchas. En caso de emergencia, podrías pedirle ayuda.

—¡Mencioné esa casa en mi artículo para *Kala*!

Sonia no pudo evitar pensar que había una conexión.

Y no, no llamaría a Babita Bhatia. Prefería luchar sola. «Atraviesa el espejo», la había animado Darius. «Usa tu miedo», se ordenó a sí misma. «Úsalo.»

Escribió otro himno a Badal Baba, al que en esos momentos necesitaba con todas sus fuerzas:

Tú, que cuidas de los sin rostro
Yo, que he perdido el rostro
Un murciélago roza la luna

Se despertó en mitad de la noche. Había un murciélago en su habitación. Corrió fuera y la luna le plantó cara, intensa como un foco de interrogatorio.

Por la mañana, fue a Margao y se compró un silbato. Le pidió a Perpetua que saliera para comprobar si se oía, que se detuviera primero en el sendero y luego a la vuelta de la esquina. Eso hizo reír a la mujer.

—Señora, no hay peligro.

—¿Cómo puedes decir que no hay peligro? No hace mucho un vigilante violó y asesinó a una mujer en Sangolda.

Una mujer joven como Sonia, que estaba empezando una nueva vida de soltera. Había salido en todas las noticias porque era modelo.

—En todas partes pasa algo —replicó Perpetua.

Después de violar a su víctima, el vigilante la dejó atada y se duchó. Se puso la camiseta de Superman del hermano de ella. Se frió unos huevos y, cuando acabó de comérselos, le preguntó dónde guardaba la llave del *almirah*. Después de que ella le dijera dónde

encontrar la llave que conducía a la llave de la llave de la llave, le robó los objetos de valor. Y luego la estranguló. Durante los tres días que tardaron en capturarlo, él disfrutó de la vida de alguien de las clases afortunadas. Fue a los barcos casino, al barrio rojo del puerto de Vasco da Gama. Su justificada ira contra los ricos estaba en el centro de su crimen injustificable. La diferencia de clase hacía que no viera a su víctima como un ser humano.

A Sonia le vino un pensamiento que la sobresaltó. Era un pensamiento simple y obvio. Que la forma en que ella pensaba en Ilan se parecía en algunos aspectos cruciales a la forma en que Khansama, Chandu y Moolchand debían de pensar en ella. Del mismo modo que las mujeres eran necesarias pero despreciadas, los pobres tenían que seguir siendo pobres para que los ricos pudieran ser ricos. Las ideas de Sonia se fragmentaban, proliferaban: ¿cómo incluirlas todas en lo que algún día podría escribir?

Sonia salió de la casa mientras Perpetua limpiaba. Vio a dos bellezas rusas de piel y cabello dorados tomando el sol adormiladas en bikinis diminutos en el balcón del hotel de los barracones cuando pasó por la parte de atrás, donde el funesto montón de basura fermentaba con el calor tropical. Las mujeres sonrieron y la saludaron con la mano. Ellas y Sonia no tenían ningún idioma en común, pero se veían reflejadas las unas en las otras: la primera generación de mujeres corrientes en la historia de las mujeres con la posibilidad de viajar sin hombres. Sonia sintió cierto orgullo de sí misma y de ellas. Recordó a dos mujeres afroamericanas de vacaciones en Venecia que se sentaron a la mesa contigua a la que ella compartía con Sunny. Eran abogadas de Washington, y el camarero flirteaba con ambas; la luz de las lámparas de cristal rosa

de la *piazza* caía sobre el canal, y el agua recogía esa luz rosa y dorada y la derramaba caóticamente sobre las paredes.

Sonia había sentido camaradería hacia esas mujeres y, al mismo tiempo, no pudo evitar cierta satisfacción por estar con un hombre, aunque fuera un hombre como Sunny. Ambos pertenecían a la primera generación de jóvenes indios (una pareja sin casar) que podía irse de vacaciones a Italia. Ahora tenía la impresión de que le estaban haciendo pagar por aquella breve sensación de ser tan afortunada como los demás, o incluso más.

No era lo mismo viajar siendo una mujer de tez morena sola que hacerlo como una pareja de tez morena, dos mujeres blancas o una pareja mixta: cada combinación daba lugar a una experiencia sorprendentemente distinta. Sonia examinó la atracción que había sentido por Ilan. ¿Había pensado que él era más occidentalizado y superior? ¿Lo había pensado Ilan? ¿Por qué si no se había sentido él tan libre de mostrarle su peor lado, su lado más inseguro, su cruel y descarada ambición? Estaba segura de que nunca se habría mostrado así ante una mujer blanca. Tampoco se atrevería a decirle a una francesa que no se comiera su maloliente queso francés. ¿Le escupiría en la cara?

Una vez que superó su orgullo, Sonia supo que el afecto de Ilan (cuando no le escupía) había sido el afecto que sientes por tu joven criada de tez morena, a la que te tiras y esperas que te perdone (sin importarte si le has revelado tu horrible personalidad) a cambio de los favores que le haces. Y si ella te traiciona, ¿qué más da?

La élite europea y estadounidense que aplaudía la fama de Ilan, fama que ellos mismos le habían concedido, en realidad se admiraba a sí misma. Creer en Ilan significaba creer en uno mismo. En la

ambigüedad moral de sus lienzos podían absolverse unos a otros. Ellos no tenían ninguna intención de creer en Sonia, el ratón de Hauz Khas. Pero en el anonimato también había libertad.

«Usa tu miedo», se repitió de nuevo. «Úsalo.» Sigue al sabueso fantasma. ¿Cuánto de lo que escribía eran recuerdos? ¿Cuánto era inventar lo que ya era real?

«¡No te muevas!», la riñó Ilan, que había estado dibujándola. «O arruinarás mi cuadro, y nadie debe arruinarlo, ¿entiendes?» Suspiró. «Está bien, te contaré una historia sobre ti; quizá te interese y haga que te portes mejor.» Y ella había escuchado porque todos escuchamos con atención las historias sobre nosotros mismos.

«¿Qué pasaría si una noche soñaras con un perro? No un perro normal, sino un sabueso enorme. Tiene las orejas desgarradas y heridas profundas en el lomo, y arrastra una cadena rota. Es completamente blanco, salvo por su cara de arlequín, como si fuera un perro con la máscara de un perro. Parece amistoso y, como si hubiera salido de la nada, se acerca a ti y te sigue tenazmente con las patas arqueadas, como si hubiera identificado que tú también estás sola, y que tal vez a los dos os vendría bien la compañía. Los perros buscan de forma instintiva alguien a quien pertenecer, con quien pasear. Tal vez tú eres comprensiva. Tal vez él te recuerda a ti misma. Se siente solo. Está herido y abandonado. Tú sientes lástima y al mismo tiempo te sientes amenazada por él. Es a la vez víctima y perpetrador. Cuando le tiendes la mano, él te

enseña los dientes y gruñe. Pero continúa siguiéndote. Cuando entras en casa, piensas que se ha esfumado, pero a la mañana siguiente está ahí fuera, esperando. Y cuando le tiras una piedra para ahuyentarlo, no huye. Al contrario, te ataca echando espuma por la boca. ¿Qué puedes hacer? ¿Aceptar a un enemigo agresivo y peligroso en tu casa o intentar espantarlo provocando en él una reacción violenta? Dejas pasar el tiempo. De nuevo le tiras una piedra y él vuela hacia ti. En el momento del ataque, te conviertes en el perro. Te defiendes. Intentas matarlo mientras él intenta matarte a ti. Tu rostro se convierte en su rostro. Tus ojos se convierten en sus ojos.

»Un día, después de esta pesadilla, vas a nadar y ves una serpiente marina con un patrón de rombos rojos y negros. Sabes que es venenosa y te apresuras a volver a la orilla. Y ves que en la vida real te espera el mismo perro, el de la cara de arlequín de tu sueño. ¿Lo has conjurado o lo has intuido?»

A la mañana siguiente, Sonia salió a la calle y en el arbusto que había justo delante de la puerta principal, colocado como una ofrenda o un presagio, había una piel de serpiente de varios metros de largo. La boca se veía perfectamente formada, con un dibujo entrecruzado sobre la parte translúcida, como el vidrio veneciano. Llamó al vigilante.

—Pero la serpiente hace mucho que se ha ido. —Se rió—. Ha usado el arbusto para desprenderse de la piel.

Sonia se dirigió a la playa para bañarse y, justo cuando se estaba metiendo en el mar, una ola arrojó una serpiente marina sobre la arena delante de ella. La serpiente se retorció tratando de regresar al agua con la resaca. Las olas la devolvieron tres veces más a la orilla antes de que desapareciera.

Un poco más allá había una familia.

—¿Habéis visto la serpiente marina venenosa? —les preguntó.

—No —respondieron ellos—, estábamos mirando justo ahí y no había ninguna serpiente.

Llamó por teléfono a Mina Foi, que estaba haciendo crucigramas bíblicos.

—Mina Foi, el mal me persigue.

Su tía creía en Satán, y en la eterna batalla entre el bien y el mal, pero no podía oír a Sonia, pues se estaba quedando tan sorda como Ba. Así que decía lo que le daba la gana, cuando le daba la gana.

—¡Traviesa, siempre con risitas! —Luego añadió—: Creo que será mejor que me vaya. Hay alguien en la puerta.

Sonia sabía que no tenía puerta.

—Mina Foi, ¡¿cómo puedo huir de él?! —bramó.

—¿De quién?

—¡Del MAL!

—Si es el mal, es inútil huir. Te lo aseguro.

«Las serpientes saben que las ratas saben que los perros saben que los hombres saben que las mujeres saben por sí solas.»

Una sombra se movió y Sonia dio un grito.

Perpetua acababa de entrar.

—Pero si soy yo, señora. Le he traído espinacas rojas de la granja que hay cerca de mi casa.

—Soñé con una serpiente, escribí sobre una serpiente, y ahora hay serpientes de verdad saltando sobre mí.

—Señora, si usted estuviera en Bombay, podría escribir o soñar con una serpiente, pero una serpiente de verdad nunca saltaría sobre usted. Son cosas incompatibles. —De pronto dejó caer las espinacas y echó a correr—. El barco de mi hijo pasará dentro de diez minutos. Cuando pasa, me llama al móvil mientras yo lo miro desde la playa. Se dirige a Suez.

Su hijo trabajaba en un barco mercante. Pensando en él, Perpetua vigilaba las tormentas, los huracanes, los tifones y las alertas de tsunami en todo el mundo. Se llamaba Frankie Francis Francisco Fernandes, en honor a san Francisco Javier. Esperaban que eso lo mantuviera a salvo; para recordárselo al santo, la víspera de su festividad dormían toda la noche fuera de la basílica.

—Hay que tener fe —le dijo a Sonia según se alejaba.

¡Pero la otra cara de la fe era la duda!

«¿Por qué no te fuiste antes de que te mataran?», le preguntó el fantasma de la mujer asesinada al retrato de la mujer que se había convertido en fantasma.

«Vivía en un mundo de una intensidad que la vida ordinaria no tenía. Durante un tiempo me pareció que era un trato justo.»

«¿Por qué te quedaste tanto?»

«Ya no podía pertenecer a la India de una forma normal, como tampoco podía pertenecer a Estados Unidos de una forma normal. Hacer algo extraño era posible; hacer algo normal era imposible.»

«¿Por qué te dejaste maltratar?»

«Ilan mezclaba vida y arte, y yo lo identificaba erróneamente con su arte malévolo. Yo era leal al arte.»

«¿Por qué persististe?»

«Le perdoné esa locura porque creía que estaba enfermo, y dejé que la situación se prolongara más de lo debido. Al final, sólo hay una chispa de tiempo en la que puedes salvarte: ni antes ni después.»

«¿Por qué esperaste a que escupiera tus huesos?»

«Quería ser escritora de novelas hermosas y extrañas, y pensaba que un escritor debe creer que cualquier cosa puede ser verdad. Pero como no podía dar crédito a lo que estaba viviendo, me quedaba mirando y me preguntaba: "¿Es posible que esto sea cierto?" Cuanto menos persona era, menor era mi capacidad para distinguir qué era verdad y qué no. Ya no creía que un vaso de agua fuera un vaso de agua. Y de pronto no pude escribir. No confiaba en nada, ni siquiera en lo que pudiera escribir. ¿Cómo iba a creer en un sabueso fantasma?»

Había algo enfermizo en escribir sin ver, una especie de vértigo interior. Sonia se metió en el mar. Justo antes de que el crepúsculo dé paso a la noche, y el agua, teñida de rosa y naranja, adquiera el color añil, el mar se vuelve pálido y tranquilo. Su movimiento se disuelve en ese tono lechoso; levita, como si no fuera de este mundo. Sonia flotaba de espaldas, como si la mecieran en una cuna. No habría sabido decir cuánto tiempo estuvo así. Cuando por fin abrió los ojos y miró a su alrededor, se encontraba tan lejos de la

orilla que no la veía. Arrullada por el silencio celestial, vibrante, rebosante, su intuición dio un vuelco. En lugar de advertirle a gritos que diera media vuelta, le sugirió que se adentrara más en el murmullo, donde era aún más etéreo, sin sombra ni color determinados. Allí estaría a salvo de las pesadillas que persistían en tierra.

Fue entonces cuando sintió que su padre la instaba a volver. Papá también estaba en ese mar, ¿no? Y no quería que su hija muriera. Por mucho que deseara vengarse, no quería que su mujer se viera privada de su hija. O tal vez fue la propia conciencia de Sonia, leal a su padre muerto, leal a su madre, la que la hizo volver, a pesar de lo lejos que estaba de la orilla y de que el cielo era el destino más cercano. Pero estaba tan cansada... «Descansa, descansa, déjate ir, déjate ir», repetía también el murmullo, susurraba el silencio. Una vez más sintió que sucumbía; regresar era demasiado desalentador, antes de lograrlo habría agotado las fuerzas. «Déjate ir, déjate ir.» Sintió de nuevo el amor de su padre, esta vez más fuerte. Se dio la vuelta con el tipo de esfuerzo sobrehumano que a veces se necesita para recuperarse de un sueño opresivo y mortal. Y en cuanto lo hizo, el temperamento del mar cambió. Al ver frustrada su voluntad, reveló su intención asesina. Casi la había seducido, casi la había hecho creer que no podía salvarse. Poco le había faltado para llevársela. Ella empezó a luchar de verdad...

Cuando, de las entrañas del océano, surgió el sabueso arlequín y se le abalanzó, ella dio patadas. Él se acercó. Ella se alejó nadando. Él la siguió. El pánico de Sonia le arrebataba las fuerzas, la ponía en peligro. Una y otra vez el perro fantasma de ojos opacos se le acercaba y la obligaba a alejarse. Ella se volvió para nadar de lado,

recordando que ése era el truco para escapar de una corriente. La bestia desapareció; podía estar debajo o más adelante.

Sonia tardó mucho en llegar a la arena. Se arrastró sobre el vientre y se desplomó en la fosa que había dejado el mar al retirarse. Y allí, esperándola en el crepúsculo sepulcral, estaba el resplandor fosforescente del sabueso.

—Vete, cabrón —le siseó ella, demasiado cansada para correr—. Vete...

Y él así lo hizo. Se metió en ella y desapareció.

70

Babita apagó las noticias de la televisión y llamó a Naresh para que la llevara a la caja fuerte de su banco de Panjim. ¿Debía ceder finalmente y vender una parte de las joyas de su boda para comprarse un billete de avión a México? No podía dejar la Casa das Conchas vacía: Edelweiss, Ida y Clotildes la ocuparían. Habían llegado en Navidad, cuando los farolillos en forma de estrella iluminaban los porches, las ramas de los árboles y las capillas que uno encontraba de pronto, brillando con luz tenue entre cocoteros sobre la arena. «Aquí no hay celebraciones», le había dicho a Sunny cuando él comentó que la Navidad en Goa debía de ser muy festiva. «No ha venido nadie.»

Las hermanas Edelweiss, Ida y Clotildes sí habían ido. Le llevaron un pudin.

—Somos personas temerosas de Dios —le dijeron. Por sólo sesenta lakhs retirarían su reclamación sobre el pozo y esa parcela de tierra irregular—. Sólo dos veces al año, en el aniversario del nacimiento y de la muerte de papi, pondremos flores en su tumba.

Babita no se había atrevido a exclamar: «¡Esto no es un pudin de Navidad, es un simple pastel de frutas!» Pero allí estaba, subida a una escalera inestable junto a la caja fuerte de su banco, siguiendo el grito de guerra de su vida: «¡Aun así! ¡A pesar de los pesares!

¡Pese a todo y a todos!» Examinó el collar y los pendientes que su madre le había regalado el día de su boda, las gemas veladas en forma de estrellas y medialunas, los rubíes y las esmeraldas, el oro y las perlas irregulares, destinadas a pasar a manos de una hija o una nuera.

Con las joyas en su sudoroso regazo, iba y venía en coche del banco a la joyería Shamrock de Dona Paula, donde, según Vanya, le harían una tasación honesta, aunque con una amiga como ella uno no necesitaba enemigos. A la hora de comer, Naresh solía perder los estribos, y cuando Babita sugirió que volvieran al banco por última vez, él se negó.

—Es incapaz de decidir si vender o no. Piénselo mientras como algo.

Y condujo como un loco hacia el arroz con gambas y curry y la siesta.

Babita volvía a estar en la Casa das Conchas, aunque era una temeridad guardar rubíes y esmeraldas en casa si el chófer estaba al tanto. ¿Y si Naresh formaba parte del complot para estafarla y quedarse con la casa? Naresh, Edelweiss, Ida y Clotildes habían crecido en el mismo *vaddo.* ¿Por qué no iban a conspirar todos como en *Jean de Florette* para expulsar a la forastera?

Guardó la caja de terciopelo color púrpura, ya desgastado, en el *almirah* y la llave en el arcón con patas de león de la ropa blanca; la llave que abría el arcón la puso en el mueble bar tallado con monos que comían fruta del árbol del pan, y la del mueble bar la escondió detrás del Cristo sangrante. Luego cogió *México pasado y presente*, y fue como si estuviera acompañando a Sunny en sus viajes. Al igual que en el hinduismo, los dioses aztecas y mayas tenían aspectos

temibles y benignos, y su visión del mundo se basaba en dualidades: el sol y la luna, la guerra y la lluvia. Examinó las fotografías del tocado de plumas iridiscentes de Moctezuma, que eran como las de un pavo real danzando en la estación de la lluvia, y la máscara del dios murciélago Piquete Ziña que había adornado un esqueleto en una tumba sacrificial de Monte Albán. Leyó sobre la práctica del sacrificio humano, los corazones que los sacerdotes de los templos arrancaban sobre los altares... ¡De nuevo, el tema del asesinato!

Se sirvió su primer ron a las cinco de la tarde. No pensaba seguir bebiendo toda la noche, sino detenerse en cuanto creara un zumbido bajo que la acompañara hasta la hora de acostarse.

Tres horas más tarde, hablaba en voz alta consigo misma, «Sabes que has prometido quedarte en dos rones y ya te has tomado dos y un cuarto. Sé sincera, no hay nadie más en el tribunal...», cuando alguien hizo sonar la campana de bronce que Olinda había bruñido hasta hacerla brillar.

«El asesino, el ladrón asesino, el asesino ladrón que baja por la avenida bordeada de árboles del templo y sube la imponente escalinata de la mansión buscando al menos un par de pendientes de gemas veladas, transportados de una lúgubre caja fuerte en Allahabad a otra en Delhi y de ahí a una más en Panjim; el tipo de ladrón que llama cortésmente a la puerta y cuando cortésmente le abres, te atiza con una barra de acero o un bloque de hormigón.»

Babita corrió a la sala del altar y *Pasha* la siguió y se metió debajo de la silla del confesionario con la celosía de ratán, que permitiría que el sacerdote viera al confesor, y que el confesor y su perro vieran al sacerdote.

Al cabo de un rato, Babita volvió a salir en medio del silencio, sólo interrumpido por la Vía Láctea de los insectos. Pero volvió a sonar la campana, y luego se oyó:

—¿Tía Babita? —Una voz de mujer—. ¿Tía Babita?

Babita se acercó de puntillas a la puerta y preguntó de forma poco hospitalaria y suspicaz:

—¿Qué?

—Soy Sonia, nieta del letrado Shah de Allahabad.

Cuando Babita abrió apenas una rendija la alta y delgada puerta, en un primer momento pensó que en el umbral había un animal salvaje o una endemoniada de la selva con el pelo apelmazado y el rostro irreconocible. Una emoción más primitiva que la humana se había adueñado de él: era un rostro de miedo desgarrado. Alrededor de la lámpara de la entrada, una espesa nube de polillas fragmentaba la luz que caía sobre aquella aparición.

—¿Qué demonios haces aquí?

—No lo sé.

—¿Estás enferma?

—Me estaban atacando.

—¿Quién?

Sonia no contestó. Se quedó de pie rodeándose con los brazos, pero eso no impidió que temblara con violencia. Babita la dejó entrar, ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando estuvieron sentadas, Babita se recostó en los cojines del sofá y se quedó mirándola. Continuaron ahí sentadas sin hablar, las dos némesis. El sonido de los insectos aumentó y luego disminuyó.

Sonia había cometido un error al presentarse. ¿Qué debía decir? Desesperada, casi soltó: «Lamento lo de los tíos Ravi-Rana», pero

eso hubiera dejado claro que estaba al corriente de sus muertes y no se había molestado en dar el pésame antes. ¿Por temor al contagio de la corrupción? ¿Porque Sunny la había abandonado?

Cruzó las piernas. Abrió la boca para decir que tenía que irse, pero se vio incapaz de pronunciar las palabras al darse cuenta de que su deseo de no estar sola en Maria-by-the-Sea era más fuerte. Agradecía estar en una casa impregnada de la dignidad del pasado, en compañía de un perro anciano y civilizado y de otra mujer..., aunque fuera *esa* mujer. No quería volver al laberinto de oscuros callejones rurales para buscar un taxi.

Pero ¿qué podía decir? Oyeron a *Pasha* beber lúgubremente del inodoro. Empezó a gimotear, choo-choo, incapaz de darse la vuelta. Babita fue y lo ayudó a salir. Escondió de una patada *México pasado y presente* debajo del sofá para no revelar sin querer su plan condenado al fracaso: el billete de avión que tramaba comprar, Goa-Dubái-Fráncfort-Ciudad de México. «¡Pese a todo! ¡Por las buenas o por las malas! ¡Gracias a las gemas destinadas a una nuera!»

Pero ¿qué podía decir?

¿Debía pedirle a Sonia que se armara de valor y se fuera a casa?, ¿preguntarle de qué tenía miedo? ¿Debía alegar que no se encontraba bien para atender visitas? Pero justo cuando se disponía a hacerlo, se percató de que, en realidad, estaba deseando tener compañía. Y allí estaba su enemiga vencida a sus pies, por así decirlo. Se dio cuenta de que se alegraba de que Sonia fuera una mujer sola como ella, y no una mujer segura y consentida.

Cambió de estrategia. Si tratabas a la persona derrotada con amabilidad, era como si nunca hubieses conspirado contra ella. Cuanto más magnánima fuera ahora, mejor podría reparar el daño

hecho y más espacio tendría su inocencia para arraigar y florecer. Entonces Sonia tendría la prueba de esa inocencia. No había ningún cocinero de kebabs, no había ningún Sunny.

Pero ¿qué podía decir?

«Lamento la muerte de tu padre», casi se le escapó, pero había estado demasiado absorta en su propia tragedia para sentir algo. Para la mayoría de los hombres era mejor morir; entonces podías resucitarlos como el Padre Ideal o el Marido Ideal. Pensó en decir: «Leí tu artículo sobre los kebabs», pero eso resucitaría al cocinero de kebabs y su intento de robarlo. Estuvo a punto de admitir que había leído su artículo sobre Goa, pero eso la transportaría a los días felices de Sonia y Sunny en Loutolim, lo cual, de forma indirecta, era la razón de que estuviera varada en la Casa das Conchas.

Le rugieron las tripas y de repente se encontró diciendo:

—¿Has comido? Olinda me deja la cena preparada. No se queda a servirla por mucho que me ofrezca a pagarle. Quiere estar con su familia. Los sirvientes de Goa son distintos a los de otros lugares. Olinda bebe de mis vasos y se sienta en mi inodoro; en Delhi sería un escándalo, pero me doy cuenta de que lo prefiero así.

En realidad, el hecho de que Olinda se comportara como su igual la había dejado perpleja; culpaba a Umberto de ello y a hurtadillas volvía a lavar los vasos y desinfectar el inodoro. Pero ¿qué sentido tenía? ¿Estaba bien que Olinda limpiara el inodoro, pero no que se sentara en él? ¿Estaba bien que tocara los vasos con las manos, pero no con los labios? De todos modos, mentirle a Sonia le hacía sentir mejor persona, así que lo que decía era de alguna manera cierto. Encendió el minihorno y sacó la fuente cuando estuvo

caliente, como una señora poco acostumbrada a trajinar en la cocina.

—Olinda hace una lasaña de marisco con queso riquísima.

Dejó caer el trapo de cocina desde lo alto y llevó los platos a la mesa.

Luego pensó que sería tan incómodo comer juntas en silencio como lo había sido estar sentadas en el salón sin hablar, y sugirió que vieran uno de los DVD que había dudado en ver sola. Por un momento volvió a titubear, pero un asesinato en el Primer Mundo no es un asesinato en el Tercer Mundo; en una película de Agatha Christie, el asesinato es secundario, comparado con el placer de ver las casas de campo de los aristócratas, los viajes y las debilidades de los ricos. Si la veía acompañada, no se asustaría. Sonia, por su parte, asintió porque una película de misterio era menos intimidante que la ausencia de conversación. Vieron *Asesinato en el Orient Express* con los platos en alto y servilletas de lino bordadas con caracolas en el regazo.

Los viajeros subían a un tren en el caos de la estación de Estambul. Dentro reinaban la cortesía y la riqueza discreta, pero el tren en sí era una bestia recalentada que jadeaba y resollaba, negra como el carbón, al atravesar los Alpes, blancos como la nieve. Encontrar al asesino se reducía a estudiar bien a los sospechosos, y cada uno se comportaba de forma encantadora de acuerdo con los rasgos nacionales que se le atribuían: el coronel británico *pukka*, la madre americana bocazas, el francés quisquilloso, la niñera inglesa avispada.

Con el rabillo del ojo, Babita observó que Sonia conservaba su belleza, aunque mermada por las tribulaciones de los últimos meses.

Sin nadie más alrededor, fue capaz de apreciar las largas extremidades, los ojos, la piel y los dientes deslumbrantes, el rostro cincelado como el de una pantera, la boca curvada en un rictus de noble reproche. Era una belleza extraña; de hecho, se la habría considerado fea apenas diez años atrás, pero los cánones estaban cambiando. Sonia sostenía con delicadeza el tenedor. Sus esbeltos pies descalzos, brillantes por la arena que los cubría, descansaban uno sobre otro.

Al final de la película, estaban cansadas y *Pasha*, en la puerta que daba a la sala de estar, levantó la cabeza y aulló.

—¿Le ha asustado la película?

—Ya ha pasado su hora de dormir. Le gusta acostarse pronto, pero le da miedo irse solo y quiere que me retire con él. A las nueve se sienta junto a la puerta y me mira con esa expresión patética. A las nueve y media empieza a avanzar por el pasillo. Si no lo sigo, vuelve a la puerta y se pone a aullar. Hoy ha esperado un poco más porque tenemos compañía.

Son las pequeñas cosas las que uno necesita compartir. Babita respiró hondo y se dijo a sí misma que no quería quedarse sola en la casa con las joyas después de ver una película de misterio, sería como provocar al destino para que todo se repitiera.

—Son más de las once. Nunca lograría despertar a Naresh, y a estas horas ningún taxi se aventuraría a ir tan lejos. ¿Por qué no te das una ducha? Parece que la necesitas. La cama de invitados está hecha.

«Por si Sunny toca el timbre inesperadamente como has hecho tú», pensó.

—Me da apuro haberme quedado hasta tan tarde.

«No, no te da apuro», pensó Babita, entrando bruscamente en razón. ¿Y si era Sonia quien le robaba los pendientes? Pero no, seguro que ella no se pondría a hurgar detrás de un Cristo ensangrentado para buscar la llave de lo que en otra vida podría haber estado destinado a ella.

—Gracias —añadió Sonia.

Al menos tenía un poco de educación. De todos modos, con excepción de los bandicuts, los fantasmas y los asesinos, Babita era capaz de detectar el menor ruido en cualquier lugar de la casa.

—¿Has encontrado el interruptor de la luz? —le preguntó cuando Sonia entró en el cuarto de baño de los invitados con uno de sus caftanes floreados.

Ella dio un respingo. ¿De dónde venía la voz? Miró hacia arriba y se dio cuenta de que el techo ornamental, con estrellas geométricas de estilo árabe, era calado, y que se podía hablar entre habitaciones.

—¿Hay jabón? —La voz de Babita se proyectó por encima—. Los bandicuts lo roban. Conseguí atraparlos, pero nos ha invadido una nueva tribu.

—Hay jabón.

—Cuidado con las ranas arbóreas. —La advertencia llegó mientras Sonia permanecía de pie bajo el agua que brotaba a intervalos irregulares, y el aire templado de la noche atravesaba la mosquitera que daba al frondoso patio interior—. Se creen que mis caftanes son jardines llenos de flores y se esconden en los pliegues.

Las pequeñas ranas se deslizaban de la pared al techo por todo el cuarto de baño, disfrutando de la humedad. Sonia se enjabonó para quitarse el pringoso océano del cuerpo.

—¿Has visto la jarra de agua? —le preguntó Babita desde su cama, bajo un dosel tejido a ganchillo por una monja.

—Sí —respondió Sonia desde la cama del cuarto de huéspedes, bajo un dosel tejido a ganchillo por una viuda. Se había escurrido el pelo y lo había extendido, aún húmedo, en una toalla encima de la almohada.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

—¿Hay mosquitos?

—Siempre hay uno.

Una hora más tarde, Babita se despertó con el cuerpo ardiendo. Con los relámpagos llegaban los presagios del mal: notaba un sudor viscoso en las axilas y transpiraba tan intensamente que había empapado y humeaba su lecho de brasas, su corazón de brasas. Pensó en *Asesinato en el Orient Express*: ¿cuántas personas pueden odiar a alguien y tener motivos para vengarse? En una sociedad tan dividida como la India, no podría resolverse un asesinato aunque se encontrara al asesino; la diferencia de clases era tan grande que no era posible intuir lo que hacía y pensaba la otra persona ni por qué. Habría una historia detrás de la historia, y la justicia caería entre las dos. ¿No debería hablarle a Sonia de su inocencia la noche del...? «No digas nada, Babita. No vayas a condenarte.»

Sonia se despertó. Encendió la luz para buscar su vaso de agua y asegurarse de que no había ninguna polilla revoloteando sobre la superficie o tocando el fondo. Sintió el embate del mar, y el sabueso fantasma volvió a su mente. ¿Estaba realmente dentro de ella? ¿Estaban sus ojos en los suyos?

—¿No puedes dormir? —dijo la voz de Babita.

¿Qué demonios estaba haciendo en la casa de la madre del traidor? ¿La madre que lo había chantajeado emocionalmente para que la traicionara? ¿Podría poner a Babita entre ella y el monstruo?

—Tengo insomnio —respondió.

—Podría ser por la película de misterio.

—Después no puedes dejar de pensar.

—Los pensamientos nocturnos son perturbadores.

«Qué liberador sería», pensó Sonia, «que un grupo de personas que habían sido lastimadas por un canalla se unieran para matarlo, para asesinar al asesino». Si doce personas clavaran un puñal, sería imposible saber qué golpe había causado la muerte; se absolvería a todos del crimen. Y como se estaría reparando un error, se absolvería a todos por partida doble.

—Durante el día suceden cosas que perturban los pensamientos nocturnos...

—Hay algo en el aire...

—Y en el agua. Incluso el mar que tanto me fascina se está volviendo contra mí. Saltan serpientes de las olas que nadie más ve.

—¿Por qué nadie más las ve?

—He caído en un mundo que está más allá de este mundo.

—¿Es eso lo que te asustó?

—Un fantasma...

—¿Un fantasma?

El estruendo de los insectos, el chirrido de los murciélagos, el ululato estrangulado de un autillo, el croar de las ranas, la triste ópera de los gatos enamorados, el ladrido del perro callejero que finge tener una casa que vigilar.

—Un sabueso fantasma —admitió Sonia—. Me persiguió un sabueso fantasma.

—¡¿Un sabueso fantasma?!

—Amigo de la serpiente marina y de un hombre que fue declarado muerto y que me agredió sexualmente en el pabellón de caza del maharajá en Sardar Samand.

Silencio por parte de Babita.

—A una persona que ha sido lastimada le siguen ocurriendo cosas malas. El mal olfatea la herida. El testigo ha de ser destruido.

Silencio por parte de Babita.

—Hablo como si me faltara un tornillo.

Babita no creía que a Sonia le faltara un tornillo. Pensaba que, como ella, se había agarrado a la cola de una bestia invisible. No sabían qué aspecto tenía exactamente, pero asomaba por aquí y por allá, una nariz, una cola, una amenaza, una señal: estaban persiguiendo y sufriendo la persecución de un enemigo peligroso que había enviado a sus emisarios.

—Mi madre me dijo que fuera práctica, que encendiera las luces y cerrara las puertas...

—¿Cómo puedes ser práctico frente a un fantasma? Los animales notan el peligro. *Pasha* me sigue de habitación en habitación y dormimos atrincherados dentro. A veces me levanto a medianoche y deambulo en camisón comprobando cerraduras, mientras pienso: «¿No me criaron para pertenecer a la sociedad? ¿Por qué me han expulsado?» Ya ni siquiera sé quién soy.

—Cuando me miro en el espejo no me veo la cara —dijo Sonia.

Pasha fue a beber del inodoro y gimoteó, choo-choo. Babita encendió la luz, le dio la vuelta, regresó a la cama y la apagó.

—¿Sonia?

—¿Sí?

—A mí también me persiguen los fantasmas... y las llamadas amenazadoras.

—¿Llamadas amenazadoras?

¡La maldición de una mujer sola! ¿A quién contarle las cosas? A nadie. ¿No era normal que una mujer sola le confesara a otra mujer sola lo que de otro modo debería quedar dentro de la familia? El afecto y el apoyo que le tocaría recibir de su hijo debía buscarlos en una antigua enemiga.

—¡Asesinos!

—¿Asesinos?

—Los asesinos de mis cuñados.

—¿Qué quieren?

—Su poder está en mi ignorancia. Me amenazan con lo que no sé. Es un mensaje para que guarde silencio. Una voz dice: «¿Dónde está el testamento de Minnie? ¿Dónde están las hueveras? ¿Dónde está el oro?» Me dicen que conocen mis datos personales. Pero no sé si creen que realmente tengo oro, si me lo recuerdan para que guarde silencio, o si simplemente es su forma de tomarme el pelo: la gente del hampa tiene un sentido del humor peculiar. «¡¿Quién eres?!», grito al teléfono. «¿Y tú? *Kaun?*» «¿Quién?» *«Kaun?»* «Tú.» «¿Qué?» Y se corta. Estoy segura de que van a asesinarme por un crimen que no he cometido.

—Debe de ser aterrador estar aquí sola.

—Da miedo envejecer sola.

—Da miedo ser joven y estar sola.

—En el fondo, todos estamos solos.

—Eso no es así.

—Es cierto, ¿por qué nos lo dirán? Unos lo estamos y otros no.

—Hay quienes nunca han conocido la soledad.

Dos personas solitarias que se habían asegurado mutuamente que no estaban locas se entregaron al sueño, y si bien Babita no soñó nada en absoluto, Sonia soñó una vez más que volvía a la finca de Ilan para recuperar su amuleto. En ese sueño, Ilan quería matarla. Pero ella era un sabueso fantasma. «Así que ven y mátame, ¿qué diferencia habrá?»

Babita había perseguido en bicicleta al *poi wallah* para comprar el pan de la mañana, y había tenido éxito. Mientras tomaban té y *poi* tostado, le preguntó a Sonia:

—¿Qué te ha traído a Goa?

—He venido a escribir un libro.

—¿De qué va?

—Aún no lo sé. Sólo tengo un montón de piezas sueltas.

Sonia estaba untando una deliciosa mermelada de piña.

—No soy lectora de novelas, así que qué sé yo, pero escribas lo que escribas, ten cuidado. Cuando escribiste sobre los kebabs, quise kebabs. Cuando escribiste sobre Goa, me compré una casa en Goa. Lo que escribas puede hacerse realidad. Tienes un talento de bruja.

Una semana después llegó a la Casa das Conchas un sobre un poco manchado con tierra roja. Babita lo abrió con su abrecartas de plata con incrustaciones. Dentro había una nota de Sonia agradeciéndole su hospitalidad y dos hojas donde había anotado las recetas de los kebabs *galawati* y *kakori*, de los tiempos en que

investigaba sobre los kebabs, y había copiado recetas caseras del cuaderno de Chandu, que él guardaba debajo de la lata con los palitos para encender la estufa que hacía enrollando el papel encerado a cuadros naranjas y azules del pan.

71

Sunny pasó en bicicleta junto a los cocodrilos del parque ecológico de los manglares de camino al pueblo. Los gringos, aves migratorias, habían volado hacia el norte al final del invierno, y el zócalo estaba vacío excepto por el sol resplandeciente. Llamó a Babita para pedirle los detalles de su vuelo, Goa-Dubái-Fráncfort-Ciudad de México. La recogería en el aeropuerto Benito Juárez e irían al zócalo, donde verían a los soldados arriar ceremoniosamente la bandera gigante al toque de corneta y enrollarla en forma de pitón, con movimientos entre lo marcial y lo doméstico (¡tantísima tela!), y luego marchar hasta sus barracones junto al palacio presidencial. Babita y Sunny se unirían a la multitud para dirigirse a la Catedral Metropolitana de la Asunción de la Santísima Virgen María a los Cielos, cubierta de hollín y oro, donde realizarían un *darshan* ante la Virgen misericordiosa, que se alegraría de haber propiciado su milagroso reencuentro. Pasarían la noche en el Gran Hotel Ciudad de México, ignorando al evangélico que clamaba con un micrófono: *«Señor, señor, centavo por centavo, peso por peso»*, con la esperanza de que los ricos escucharan el eterno grito de la pobreza, mientras él llamaba una y otra vez a las puertas de sus corazones eternamente cerrados porque valía la pena derrochar aunque fuera una sola vez. Viajarían

a San Miguel de Allende, que según la guía de Babita era como Europa: una ciudad histórica llena de gente blanca.

Babita apretó los ojos y se obligó a decir lo que apenas podía soportar decir:

—Sunny, no voy a poder ir a México. —Los apretó con más fuerza —: Umberto ha resultado ser un canalla. La venta de la Casa das Conchas fue ilegal.

—¡¿Por qué confiaste en él después del desastre de Delhi?!

—Como a él lo habían engañado, se sintió con derecho a engañar a su vez a otra persona; de todos modos no importa, porque los casos judiciales se resuelven cuando todos ya han muerto. —No dijo que había confiado en Umberto porque no podía engañarla un italiano. «Italia es real. ¿No es real? ¡No, no, los italianos son reales! ¡O nos venimos todos abajo!»—. Lo consulté con un abogado. No he sido la típica boba que se deja cautivar por un extranjero.

A Sunny le invadió la rabia, después de todo lo que ella le había hecho pasar, pero también el alivio. ¡Tal vez Babita había perdido otro hogar, pero *no* se reuniría con él en México!

Ella apretó aún más los ojos para no tener nada ante ellos y se lanzó:

—Esa chica estuvo aquí.

—¿Qué chica?

—La de Allahabad.

—¿Sonia?

—Se presentó de repente una noche.

—¿Por qué?

—Dijo que la estaban atacando.

—¿Quién la estaba atacando?

—Dijo que un sabueso fantasma; la verdad es que tenía sentido en sus divagaciones nocturnas, pero por la mañana yo ya no estaba segura de qué había querido decir. Tal vez era una metáfora de algún tipo. Dijo que estaba intentando escribir un libro, pero que no podía colocar el centro en su lugar porque lo ocupaba un *ghoul* que tenía los mismos ojos que un hombre muerto que la había agredido en Sardar Samand.

»Parecía una completa locura, aunque ¿quién soy yo para llamar loco a nadie? A mí también me persiguen fantasmas y todo el mundo me dice que estoy loca..., pero ¿quién no lo estaría después de lo que he vivido?

—Estás muy jodida, ¿lo sabes? —le espetó Sunny.

¡Un niño indio diciéndole esto a su madre india!

—¿De dónde has sacado esta forma de hablar?

—De ti. ¿Cómo voy a hablarte si no?

—Le di de comer la lasaña de Olinda. Vimos *Asesinato en el Orient Express.* Prácticamente la metí en la cama.

¿Qué había hecho mal ella esta vez?

La culpa la tenía él. No había estado en la India para ayudar a su madre. A Sonia la habían atacado y no había recurrido a él porque él tampoco le había dado pie para que lo hiciera. Sabía que Babita sería la última persona del mundo a la que Sonia se acercaría, a menos que..., ¿a menos que qué? Recordó el cuadro de *Artes de México*, el espejo de múltiples paneles que reflejaba a una mujer observada por sus propios e innumerables ojos. ¿Adónde podía ir si no era a través del espejo? Lo que Ilan había pintado se había hecho realidad una vez más. Había expuesto a Sonia a la oscuridad de su mundo, y éste la había maldecido, se había reencarnado, estaba

madurando hasta alcanzar su máximo potencial. Y la oscuridad nunca se iría porque creía que ella era suya. Sunny se mordió el interior de la mejilla y notó el sabor metálico de la sangre.

Empezaba a pensar que Satya había tenido razón con su advertencia. ¿Y si eso era, en realidad, lo que lo había llevado secretamente a México? Creía estar tras una historia, sin saber que era ella quien lo perseguía, llamándolo para que cumpliera su parte. Rebuscó en el montón de trastos que había detrás de su casita, que habría tirado de no ser porque no se perdonaría deshacerse de materiales reciclables valiosos. La angustia de Anand se había quedado en él; por mucho que los gringos se quejaran de las carencias del mundo en desarrollo, no habían conseguido establecer un sistema de reciclaje, y su fracaso lo atribuían a estas mismas carencias. La torre de materiales reciclables que no podía reciclar era cada vez más alta: botellas, latas, bolsas de plástico y papel. Desenterró la revista de la aerolínea que Satya se había dejado y el número de *Artes de México* que no quería guardar dentro de la casa por el artículo sobre Ilan, luego fue a Melaque para comprar una lupa en la papelería. Con ella, examinó las fotografías de las revistas: las paredes, los armarios. Vio máscaras de madera de demonios, híbridos de sirena y cerdo de caña, *madonnas* de hojalata, talismanes de palma y hojas de maíz, esqueletos de papel maché, Cristos tejidos sobre una cruz como si fueran mazorcas en su tallo, criaturas de arcilla sacadas de tumbas saqueadas. Pero no vio ningún *gau* tibetano tallado con nubes y dragones que podría haber viajado durante siglos, escapando de la persecución por un paso de montaña del Himalaya donde sólo una nube se habría abierto camino.

Los ojos de Ilan lo miraron a través de la lupa. Dejó caer la revista: eran los mismos ojos que los del sabueso fantasma de la playa desierta de Loutolim. Sunny se enredó en sus pensamientos. Sólo la acción podía mostrar el camino.

72

En la carretera que serpenteaba por la costa, Sunny tomó el autobús rural que traqueteaba a través de las colinas bajas hasta Barra de Navidad, donde el payaso con voz de loro subió y atormentó a los pasajeros hasta que le pagaron para que se apeara de un salto en el semáforo. En Barra de Navidad, tomó el autobús a Guadalajara, que al llegar a su destino quedó atrapado en un desfile en el que había caballos, una orquesta, colegiales, tres reinas de belleza y una carroza en la que iba sentado un Osama bin Laden gigante de papel maché blandiendo una pistola al que disparaban unos hombres disfrazados de marines. Luego llegó un grupo de esqueletos y demonios tunantes. Todo el mundo reía a carcajadas. Sunny, que miraba por la ventanilla, pensó que el diablo unía ese país a «los Estados Unidos». Aunque él no creía en Dios, sí creía en el diablo: quizá ahí estaba el problema de su vida.

En Guadalajara, tomó un autobús a Querétaro, y en su tercer día de viaje llegó por otra ruta tortuosa a un pueblo próximo a las ruinas de la mina abandonada Angustias. En la recepción de la única posada de la zona, absorto en *El gran libro de Alcohólicos Anónimos* en español, estaba sentado un hombre de aspecto formal con unos enormes bigotes caídos. Era, dijo inclinándose, descendiente del propietario de la antigua Casa de la Moneda. Las minas fueron

saqueadas durante la Revolución y luego se inundaron, y el pueblo quedó desierto. La familia había caído en desgracia y él se había ido a vivir a San Luis de la Paz. Pero también allí pasó momentos difíciles, y al final regresó y restauró las ruinas para convertirla en un hostal.

—¿Qué lo trae por aquí? —le preguntó a Sunny.

—Quiero conocer al artista De Toorjen Foss.

—Ésa es la única razón por la que viene la gente. No hace mucho apareció un chico y antes de eso otro. Se parecían a él y dijeron que eran sus hijos. Eran extranjeros. No he vuelto a verlos. Antes había venido una mujer joven, a la que tampoco he vuelto a ver, y después de ésa, otra que también desapareció. Y luego otra más. Gracias a Dios a menudo llegan periodistas. Son los únicos que vuelven contentos, y con ellos ganamos unos pesos. Escriben bien sobre el artista, que es famoso, y eso atrae a más periodistas.

En la plaza, el viento sacudía los esqueletos negros de los nopales muertos y hacía sonar el metal corrugado y el contrachapado de las ventanas y las puertas tapiadas. Los murciélagos salían de las cortinas de la habitación que ocupaba Sunny y volaban hacia la negra noche cuando él abrió *Pedro Páramo*, que estaba intentando leer en español, y un escorpión se deslizó por la página. Tiró el libro a un rincón y apagó la lámpara. Los hombres sin amor pueden ser el motor de una historia despiadada. ¿Se estaba adentrando en el mundo de los muertos vivientes como el viajero del libro? ¿Cuántas personas habían muerto en esas minas? ¿Cómo no iban a agitarse sus almas? El viento soplaba sin tregua. Si al menos tuviera compañía bajo la fina estera que había cogido del suelo para taparse... Aterido de frío, con la columna vertebral y las

extremidades negándose a relajarse, recordó el lujo que era dormir con alguien cuyo abrazo ofrecía consuelo para el día siguiente, un abrazo en el que uno podía deshacerse como un pastelillo de mantequilla, como esos Bocados de Agua de una panadería rural entre palmeras. ¿Por qué había venido aquí por Sonia si nunca volverían a dormir entrelazados? ¿Qué pasaría si hubieran construido una vida juntos? ¿Si hubieran pasado muchas noches durmiendo juntos y muchas mañanas en las que ella lo llamara y él respondiera arrullándola como una paloma boba, si hubieran estado muchas semanas, meses y años nadando por encima y por debajo de las olas, si hubieran leído muchas páginas en el porche, si se hubieran comido muchos filetes de caballa, si se hubieran hecho amigos de muchos perros callejeros, si hubieran recogido muchas bolsas de plástico, incluso si hubieran discutido mucho, discusiones que al final quedaran en nada? Al fin y al cabo, una persona sólo necesita dormir. Y hubieran descansado luego, porque, aunque las lenguas discutieran, los miembros recordarían la paz y seguirían siendo leales. ¿Qué pasaría si el olor y el tacto del otro siguieran siendo reconfortantes y, justo cuando uno estuviera a punto de decir «Mira, no podemos seguir así», llegara una ráfaga de olor familiar y tranquilizador, o uno le espantara una mosca de la cara al otro sin pensarlo, o bostezaran los dos a la vez, o él le subiera a ella la bolsa de viaje al portaequipajes del autobús, o ella le diera espontáneamente una servilleta cuando la tapa de una sopera goteara con el vapor de la *caldinha*, o uno sintiera un picor en la cama y empezara a rascar al otro porque ya no sabían de quién era el brazo? ¿No podrían cada uno de estos actos tan familiares disuadirlos de separarse? Con el tiempo, ¿no se convertirían estos

hábitos en un mar imposible de cruzar? Después de mirar tanto el rostro del otro, ¿no se volvería más familiar que el propio? ¿Cómo podía uno tomar la decisión de no verlo nunca más?

«Aquí no va a pasar nada», había prometido Sunny al arrozal, las estrellas y las brisas marinas de Goa, para que lo recordaran en caso de que Sonia y él se olvidaran.

Se levantó cuando lo que parecía un bosque lleno de palomas empezó a despertar y una luz pura color albaricoque irrumpió sobre la tierra, del color del agave. No había ni rastro del propietario de la posada ni de ningún otro huésped. Preparó su mochila con su cuaderno de reportero y se tomó un café de olla tibio de un termo que habían dejado en el mostrador junto con un panecillo rancio y dulzón. Abrió dos candados con las dos grandes llaves de hierro que le habían dado y retiró la barra metálica que sostenían. Avanzó colina arriba por la calle del Águila, donde encontró una única tienda abierta entre las ruinas; las estanterías estaban vacías, salvo por unos pocos paquetes de patatas fritas y botellas de agua. El hombre de detrás del mostrador parecía un esqueleto; sus ojos estaban medio muertos y no tenía dientes. Frente a él había un montón de piedras redondas de lava volcánica. Hablaba un español anticuado, y levantando una piedra pequeña y redonda preguntó: *«¿Veinte centavos?»* Sunny le compró una botella de agua y una piedra, y luego le pidió indicaciones. «Gire a la derecha, señor, luego a la izquierda y otra vez a la izquierda.»

Aunque el sol ya calentaba, el viento seguía siendo fresco. Sunny pasó junto a las ruinas de la curtiduría, el acueducto, las vías del tren y un tramo de ladera acordonada con unos letreros colocados a intervalos regulares que anunciaban una futura urbanización de lujo.

Había varias cadenas montañosas distintas, algunas escarpadas, otras más ondulantes. Al ver los halcones planear sobre los valles, las pendientes que bajaban a las llanuras y otras montañas de la Sierra Gorda, se dio cuenta de que estaba más alto de lo que imaginaba. Por allí había pasado la ruta de la plata de Querétaro a Bernal, que comunicaba con el Camino Real, y el paisaje estaba surcado de veredas blancas que desaparecían tras las curvas.

Pasó junto a un pastor de cabras que vivía en una cabaña bajo un pimentero en flor rodeado del zumbido de las abejas. El hombre le sacó un puñado de fotografías descoloridas en fundas de plástico de la vida en las minas, de mineros que descendían a los túneles ante una capilla. Luego le tendió la mano pidiéndole unos pesos.

Sunny siguió caminando, con abrojos enganchados en las perneras de los pantalones que también estaban cubiertos de polvo blanco. Más adelante, en la cuenca de un valle, vio unas ruinas entre magueyes coronadas por la capilla que había visto en la fotografía del pastor y cuyo interior, según había leído en la revista de la compañía aérea de Satya, estaba pintando Ilan.

Una columna de humo de ocote que ondeaba como un pañuelo de una chimenea revelaba que había alguien en el interior, pero cuando Sunny descendió, se encontró con una barrera impenetrable de cactus altos y estrechamente entrelazados. La puerta de entrada situada en esa audaz barrera era maciza como la de un castillo; de madera desgastada sujeta con tachuelas de hierro, rara vez se abría y los cerrojos estaban oxidados. Había una puerta más pequeña en esa enorme puerta, y la aldaba de bronce parecía la mano de un niño sosteniendo una pelota pequeña. Sunny la agarró, golpeó y esperó. Volvió a llamar y siguió esperando.

Al no llegar ningún sonido del interior, escribió una nota en una hoja que arrancó de su cuaderno:

> *Maestro Ilanji, me he enamorado de* Madre nadando*. Es como atravesar el desierto para contemplar un cuadro de la Virgen: la peregrinación en sí es suficiente, aunque la capilla esté cerrada. El cuadro se revela en el corazón.*

Dibujó unos ojos ante unos pies. Un obsequio de los ojos, un acto de veneración, un *darshan*.

Deslizó la nota por debajo de la puerta. «¡*Madre nadando*!», gritó por el ojo dentado y carcomido por las termitas de la cerradura. *«Madre nadando, Madre nadando, Madre nadando, Madre nadando»*, canturreó como un loco enamorado de un cuadro. «¡La bendición y la maldición! ¡Lo sagrado y lo maldito!» ¿Para qué nace un niño sino para crear un océano en el que su madre pueda chapotear? ¿Para verse limitado con tal de que su madre pueda nadar libre? ¿Para que ella se refleje en el espejo de sus ojos, en el ojo del océano, el espejo universal? «Yo era un tesoro oscuro que quería ser conocido.»

Entonces Sunny oyó unos pasos que se acercaban, el crujido del papel cuando alguien lo recogió. Al cabo de un momento la puerta se abrió con un gemido y por la rendija asomó de lado el rostro que Sunny había estudiado en una fotografía tras otra.

—¿A quién llamas *Madre nadando*?

Unos ojos transparentes que no podían ser interrogados lo traspasaron. Tampoco pudo distinguir el acento.

—Estoy enamorado de *Madre nadando*.

—¿Por qué?

—Uno no puede dejar de mirarlo, eso es todo.

La puerta se abrió un centímetro más.

—¿Y dónde la has visto?

—En el Museo Fortuny de Venecia.

Ilan de Toorjen Foss abrió la puerta de par en par. Sunny entró en un vestíbulo que parecía una tumba y que daba a un patio luminoso, luego pasaron a las habitaciones que él había estudiado con la lupa. Aunque las había visto en una revista, su magnificencia lo sobrecogió. Vio un millar de calaveras huicholes cubiertas de cuentas brillantes, un nautilo de piedra de las ruinas mayas de Yucatán, una enorme araña pintada. Ilan vestía gruesos ropajes de color cochinilla con un diseño geométrico intrincado y laborioso, como si hubieran sido tejidos por insectos. Tenía una cafetera verde moderna y un paquete de chicles naranjas. Sus ojos eran vivos y traviesos. Masticaba salvajemente, chuc, chuc, chuc. La incongruencia sorprendió a Sunny y lo cautivó. Allí había algo aristocrático y algo de Bugs Bunny.

—¿Puedo entrevistarlo? Escribo para la Associated Press.

—Ajá, ha sido inteligente por tu parte entrarme con *Madre nadando*... Está bien, está bien, ¡pero sólo si escribes cosas buenas! Y no te enseñaré mi estudio ni mis cuadros, ¿en eso estamos de acuerdo?

—¿Puedo echar un vistazo a la capilla que está pintando?

—La capilla lo que menos. Nadie puede ver la obra en la que estoy trabajando. —Meneó el dedo delante de las narices de Sunny—. Está cerrada y sólo yo tengo la llave.

¿Era ésa la persona a la que Sonia había amado? Sunny se sintió pequeño.

Ilan era alto. Se sentó a tomar su café encima de una calavera gigante de cuentas doradas y verdes. Sobre él, suspendidos del techo, había esqueletos de madera y figuras de Judas de papel maché.

—¿Piensa usted que nadie es menos conocido y más incomprendido que una persona famosa? —le preguntó Sunny sacando su cuaderno.

—Sí —respondió él con entusiasmo—. Eres como yo: tomo nota de todo, lo fotografío todo. Cuanto más famoso me hago, menos me pertenezco, aún más me alejo de mí mismo, aún más cosas pierdo de mí mismo. Pero hace mucho que transferí mi vida a mi arte, es decir, que soy aquello en lo que estoy trabajando; fuera de eso, no existo. Me desplacé a mí mismo mucho antes de que la fama me desplazara. La fama sólo me ha distanciado cada vez más de mi yo ya distante.

Se levantó para coger una foto de un montón que había en una gran mesa y se la mostró a Sunny. Era una mujer tan exuberante como una estrella de cine de Fellini columpiando sobre las olas a un niño que se reía a carcajadas.

—¡Éste es el día que mami me quiso!

Sunny se emocionó.

—Que mami te quiera a cada momento de cada hora de cada día puede ser mucho peor que si te quiere sólo un día al año.

—¡Ajá, me gustas! —dijo Ilan—. Presiento que sabes algo.

Sunny estaba siendo seducido. Se daba cuenta de que para Ilan era normal que los visitantes, los periodistas, desearan contarse

entre sus amigos. Tenía una energía errática y perturbadora. Conocerlo podía cambiar sus monótonas vidas; tal vez podrían escribir sobre la historia de su intensa amistad con ese artista brillante y excéntrico, dejar caer su nombre de un modo supuestamente discreto aquí y allá, en todas partes.

Sunny examinó las paredes: la temible colección de naguales, de máscaras de demonios y animales, de criaturas de caña entretejida y de retablos. Buscaba a Badal Baba. ¿Veía un destello dentro de la boca de un leopardo? En sus montañas natales, la ermita de Badal Baba habría sido la guarida de un leopardo, su consorte un leopardo de las nieves, su pelaje una piel de leopardo.

—¿Te interesa mi colección?

Ilan llevó a Sunny a las vitrinas de criaturas de arcilla de los pozos funerarios, la mantis religiosa sacerdotal, la mantarraya en vuelo. Le enseñó el laberinto inexorable que Josef Albers pintó tras sus visitas a Monte Albán, naranja sobre naranja sobre rosa sobre naranja, como una tarde de Allahabad, cuando el calor se acumulaba sobre el calor y se soñaba con una felicidad que no era para los demás sino para uno mismo. Le mostró también la fotografía de Tina Modotti de unas sandalias de cuerda de un campesino. Un pequeño cuadro de Frida Kahlo de su mono.

—Su genialidad estaba en su bigote, ¿lo ves? Le permitía escapar de las limitaciones de ser mujer y acercarse a su amado Fulang-Chang y a Diego. El dolor físico y emocional la convirtió en una mística.

«Diego... espejo de la noche. Tu palabra recorre todo el espacio y llega a mis células que son mis astros y va a las tuyas que son mi luz.» Sunny recordó el diario de Kahlo. En su pasión lunática, a pesar

de los tormentos y las humillaciones, residía su fuerza. Su arte se hizo más vital que el de él.

—¿Eh? —dijo Ilan, como si le leyera el pensamiento—. Era muy perspicaz; sin él no habría sido nadie, y ella lo sabía. Lo compré a un enmarcador que me confesó que había robado este cuadro de la Casa Azul en el último mes de vida de Frida.

A Sunny le pareció halagador que confesara a un desconocido aquella compra ilícita. Se obligó a preguntar:

—¿Dónde está esa pequeña figura demoníaca que aparece en su cuadro de una joven en la nieve de Vermont y en el retrato de la esposa de un magnate del petróleo en el Metropolitan?

—¿Cloud Baba?

Los ojos impenetrables de Ilan se volvieron más difusos.

—Reconozco que es de la India, y yo soy de la India, así que me interesa saber qué relación tiene con su trabajo.

—Ajá, de nuevo presiento que sabes algo. No lo verás. Sólo se deja ver de vez en cuando, cuando un vendaval se funde con los aullidos de los coyotes. O a veces, si le silbo como el viento:

Oh Badal Baba, luz de negro diamante,
lo que el día no una, que la noche lo ate.
Concédeme oscuridad, dame entereza,
¡que todas mis joyas sean tu riqueza!

»Puede que no tenga cara, pero es vanidoso. Le gusta que lo adornen con joyas y lo pinten; sólo así puedo tentarlo.

Sunny hizo acopio de toda la fuerza de su austera existencia.

—Toda su vida ha sido arte intenso —dijo—. Esto me lleva a suponer que, aunque su obra trata de temas tristes y no ha debido de ser fácil, es un hombre feliz.

—¡Una paradoja, sí! ¿Sabes? Hay un verso de Mandelstam que habla de abejas que convirtieron la miel en sol. Eso es lo que hice yo. Me convertí en abeja. Convertí la miel en sol. Ahora me dicen que soy famoso, pero ¿a alguien se le ocurre pensar en la humillación, la soledad, la esclavitud, la lucha? Bueno, toda esa infelicidad es lo que me ha hecho feliz..., ¡a ver cómo se entiende! Y es lo que me ha hecho rico..., ¡explícaselo a un banquero!

Sunny se había encallado en un pensamiento: «¡Eres feliz! ¡Eres feliz a costa de Sonia! ¡Rico y feliz!»

—¿Su felicidad ha supuesto alguna baja?

—¿Qué quieres decir?

—¿Diría que su felicidad ha sido a expensas de otras personas que, a diferencia de usted, no han tenido el privilegio de trascender al arte?

Ilan perdió los estribos bruscamente y de forma aterradora. En su rostro irrumpió otra persona.

—¿Eh? ¿Qué te pasa? ¿Qué personas? ¿Ves a alguien más aquí? ¿Acaso soy responsable de la felicidad de los demás? Sólo una persona débil haría una pregunta así.

»Idiotas simplones como tú escribieron sobre Picasso, Balthus y demás; ahora todos tenemos que sufrir. Si eres un genio (cosa que Balthus y Picasso no eran, por cierto, eran unos farsantes), los chacales se reúnen. Las personas insignificantes como tú atacan. ¿Por qué has venido? ¿Qué has hecho en tu vida?

El silencio perplejo de Sunny envalentonó a Ilan.

—Esto es lo que pasa cuando te haces famoso: la gente viene y te mira como si fueras un simio. No piensan en ti como en un ser humano; se sienten libres para insultarte a la cara: «¿A mí qué me importa la fama? Le he dicho exactamente lo que pienso de él.» —Y luego, envalentonado por su propia indignación, se enfureció aún más—. Largo de mi casa ahora mismo. ¡Vete de una puta vez, largo de aquí! ¡LARGO! Llévate contigo todo rastro de ti y de tu hedor a curry.

—Ya no tolero las especias.

—Conozco a los de tu calaña. Primero me lames el culo llamándome «Maestro Ilan», porque es natural adular al poder. Haces reverencias con un lenguaje florido y luego apuñalas. Si algo he aprendido es que el enemigo más feroz es la misma persona que se presenta como tu mayor admirador: el hombre que escribe la crítica demoledora es la misma persona que está desesperada por ser tu amigo, que se obsesiona contigo, que viene a beber tu vino, que te pide ayuda para su propio proyecto artístico... esperando que lo hagas para no cosechar más ataques. O que lo admirarás tanto que olvidarás sus canalladas. O que serás demasiado noble para acordarte de su lloriqueo servil y rastrero. No puedes librarte de ese atacante obsequioso. —Suspiró—. Entiendo esa psicología. Es propia de gente humillada.

—¿No es desproporcionado su enfado? —replicó Sunny.

—¡¿No te da vergüenza seguir aquí sentado cuando te he pedido que te largues de una puta vez?! —le gritó Ilan—. Me has camelado para entrar en mi casa.

Arrancó el cuaderno de las manos de Sunny y lo arrojó por la ventana a la jungla de cactus.

Se produjo un silencio, y se oyó el ruido de una cuchara al caer en la cocina al otro lado del patio. ¿Quién estaba allí?

Entonces Ilan se miró sus zapatos polvorientos y, con desesperación, en voz baja y suave, dijo:

—Odio mis zapatos.

Parecía al borde del llanto. Sunny se sobresaltó al darse cuenta de que Ilan le daba pena. Se fijó en los zapatos que asomaban bajo los ropajes. Un hombre con zapatos gastados y toscos está derrotado. Un hombre derrotado es un hombre pobre y avergonzado. Un hombre con zapatos de payaso y con una madre que no lo quiere viene de tan lejos que nunca llegará a su destino.

—Odio mi nariz.

—Tiene una nariz bonita —se le escapó a Sunny.

—Te has cagado en mi trabajo. Has hecho que me sienta mal. Ahora tengo que recuperar fuerzas. Voy a dar un paseo con el viento en contra para purificarme. —Cogió un sombrero—. ¿Ves este sombrero con un agujero de bala?

—¿Por qué tiene un agujero de bala?

—Porque alguien me envió un mensaje para que estuviera siempre alerta, para que supiera que tengo enemigos que quieren matarme, y por un momento lo he olvidado porque me has camelado con *Madre nadando*. Conocías la contraseña secreta. ¡Vete ya! Esperaré a verte desaparecer antes de aventurarme a salir.

Un hombre brillante abatido por un ser inferior, un león atacado por un chacal, Ilan le abrió la puerta y Sunny la cruzó. Salió y echó a andar por la larga y blanca carretera. Subió la colina y, al llegar a la cima, se sentó a la sombra de un maguey gigante, sintiendo un enorme vacío. Lo que Ilan había dicho de él era cierto. De hecho,

había ido allí con la intención de engañarlo. ¿Qué había hecho él en su vida en comparación? Había mirado a Ilan como si fuera un mono. Además, no faltaba a la verdad al decir que había mezclado un torrente de halagos con insolencia. Siguió sentado a la sombra del maguey de extremidades marinas, en aquella ladera cubierta de grandes nopales de hojas anchas mordisqueadas por cabras, palmas de las vegas desordenadas y cactus de flores amarillas. Las abejas habían llegado a esas flores, como a las del pimentero, y su zumbido llenaba el aire. Galeones de nubes rozaban las colinas, rápidas y blancas por arriba, más negras y pesadas por debajo.

No había cumplido el objetivo que lo había llevado hasta allí. Estaba debatiéndose sobre qué hacer cuando vio la figura de Ilan salir, pero no por la puerta principal, sino de una especie de madriguera que había más abajo en el valle. Lo observó subir a paso rápido la ladera opuesta. Las nubes se desplazaron e Ilan desapareció. Debía de haber cruzado una cima que él no podía distinguir entre las franjas pálidas y oscuras del terreno.

Sunny bajó sigilosamente la colina hasta el lugar donde había aparecido Ilan y descubrió una tosca entrada rodeada de zarzas por la que se debía de acceder a las minas. Recordó la fotografía que le había enseñado el pastor del pozo minero que había delante de la capilla. Al agacharse para introducirse por la entrada de piedra se encontró en un pasadizo bajo y estrecho construido para trasladar la plata. Sabía que estaba en un entorno traicionero, que en el suelo había grietas que daban a pozos que se habían derrumbado en los ríos subterráneos, y bastaba un segundo de descuido para verse abocado a una muerte segura. ¿Y quién se enteraría? Sólo los murciélagos, los escorpiones y las serpientes, y los fantasmas de los

mineros que habían muerto allí. Podía considerarse afortunado si salía del lado de los vivos.

Pero logró salir, y donde suponía que lo haría. Corría hacia la capilla cuando oyó unos sollozos. Siguió corriendo. Dio media vuelta. Miró por la ventana por la que había oído los sollozos que se ahogaban en más sollozos. Había una mujer joven con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina.

—Eh —le dijo Sunny—. ¿Qué pasa?

—¡Qué! ¿Todavía estás aquí? ¿Cómo has entrado? —dijo; con miedo todos somos iguales.

¡Su cara era la de Sonia! Pero una versión más joven.

—He entrado para recuperar mi cuaderno.

—Me matará si te encuentra aquí.

—¿Por eso lloras?

—Mi trabajo era vigilar la puerta y asegurarme de que nadie entrara. Me ha recriminado: «¿Por qué no has impedido que abriera la puerta?»

—Pero no ha sido culpa tuya que yo gritara «¡Madre nadando!».

—Le he dejado abrir a un desconocido que va a espiar y curiosear para encontrar la manera de arruinarlo. Me ha dicho: «El visitante ha empezado a gritar ¡*Madre nadando*! y le he abierto la puerta como un idiota. ¿Por qué no me lo has impedido? Vives de mí, comes a mi costa, me utilizas... ¡Sólo te pido que vigiles la puerta y no lo haces!»

—¿Eres la hija del artista? Tienes sus ojos.

—Todos sus cuadros tienen sus ojos.

—Pero tú no eres uno de sus cuadros.

—Cuando me convertí en uno, recibí sus ojos.

—¿Cómo te llamas?

—No importa.

Se estaba desmoronando, igual que Sonia. Movió las manos como si fueran pájaros heridos.

—¿Y si escribes esto? Prométeme que no lo escribirás.

—Pero ¿cuál es el problema? ¿Que has dejado que Ilan abriera la puerta?

—Soñó que un enemigo venía a por él. Soñó que un leopardo demoníaco venía a por él. Soñó que una serpiente demoníaca venía a por él. Soñó que una araña demoníaca venía a por él. Soñó que la pareja del demonio venía a por él, del mismo modo que una serpiente viene a buscar a su pareja si la matas. Soñó que un demonio sin rostro venía en busca de su rostro. Hizo una ofrenda a su dios demonio. Dijo que lo pintaría como en un retablo, pero no lo termina para que no se marche. Puede que Badal Baba no tenga cara, pero es vanidoso y está ansioso por tener el rostro que complete su destino. —La joven se tapó la boca con la mano—. ¿Por qué te he contado esto? Ilan me dijo que no hablara con nadie, que no dijera nada. El problema es que estoy sola todo el tiempo, y por eso cuando veo a alguien no sé qué debo decir y qué no. Lo digo todo. No sé mentir. No sé cómo *no* responder. Ilan no puede llevarme a ninguna parte. ¡No le digas que te lo he dicho! ¡No digas nada! Coge tu cuaderno y vete. ¡Si te ve conmigo, me matará!

Sus ojos estaban fijos en él, pero cuando Sunny buscó a la persona que había detrás de ellos, ella no estaba allí.

—Vete de aquí si tanto te asusta.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiado miedo.

—¿Demasiado miedo para irte?

—Sí.

—¿Y no tienes demasiado miedo para quedarte?

Ella se tapó la cara.

—Ese talismán del demonio es de mi amiga Sonia. Es el talismán de su abuelo.

—No, Ilan viajaba por los bosques del Himalaya cuando un monje se lo regaló. Le dijo que era una deidad para los que no tienen rostro. Ilan siempre lo tiene a su lado cuando pinta para inspirarse.

—Sonia se preocupaba igual que tú.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Qué le pasó?

Sunny no podía negar que a ella seguían pasándole cosas malas, pero aun así era mejor que quedarse, donde podían pasar cosas peores.

—¿Puedes ver el futuro? —preguntó a la chica.

—No puedo imaginar el futuro.

Un halcón pasó por encima del sol y el mundo quedó por un momento en penumbra antes de que el sol brillara de nuevo.

—Eso es porque el futuro ya está aquí. No hay nada más adelante. Lo sabes, ¿verdad?

Ella miró por la ventana, oteando las colinas.

—No tardará en volver. Rápido, coge tu cuaderno y vete, o me matará.

De la puerta de la capilla colgaba un candado, y cuando Sunny se inclinó para mirar por la cerradura, un ojo se clavó en el suyo, como si hubiera una persona viva atrapada allí dentro. ¿Dónde estaba la

llave de la llave que conducía a la llave de la llave del tesoro? No tuvo tiempo de buscar; probablemente colgaba del cuello de Ilan.

Tras nadar durante meses varias veces al día contra las olas del mar, Sunny estaba delgado y fuerte. Rompió el candado con su piedra de lava volcánica y cayó rodando entre ojos, nubes y joyas. Los siguió desde la sacristía hasta el interior de la capilla, donde la imagen de *Madre nadando* cubría las paredes y el techo. Allí estaba ella, apareciendo y desvaneciéndose, la Madre y sus reflejos, sus refracciones, chapoteando en la luz y la oscuridad, en el lago, en el océano, en el cielo. ¿Qué es la religión sino la belleza de una mujer nadando al borde del horizonte?

En la hornacina de la derecha, Sunny vio la imagen de una joven llorando en el mar. ¿Eran lágrimas de tristeza o de compasión? ¿O quizá experimentaba una especie de felicidad al dejar que éstas cayeran y se fundieran en una masa de agua salada mayor?

Se volvió hacia la hornacina de la izquierda, que parecía una gruta, y allí, en lo alto, ennegrecida por el humo de las velas votivas, vio una sombra chinesca de aspecto dramático. Era Badal Baba delineado con joyas. Y delante del cuadro estaba el *gau* con nubes talladas. ¿No estaría Badal Baba cautivado por su reflejo, el pequeño subyugado por el grande?

Sunny, a quien su padre había educado para que no robara nunca, cogió el *gau*, le dio la vuelta y retrocedió como si hubiera metido inocentemente la cabeza en la cueva de un *sadhu* y, en lugar de ver a uno, se hubiera encontrado con una figura tántrica enjoyada, negra como un leopardo y roja como la sangre: un corazón oscuro, una pelvis torcida, algunos dedos ausentes, una sola pierna tallada como el bastón de un *sadhu*. Mutilada y triunfante, la figura estaba

ornamentada con perlas, rubíes y oro. Sunny se la puso alrededor del cuello. Llegó a la puerta. Se detuvo. Se dio la vuelta. Escogió un pincel grueso y suave de entre los cientos de pinceles ordenados por tamaño y, entre la pulcra hilera de botes, lo hundió en el que contenía el negro más negro y profundo de las diferentes gradaciones: negro marfil, negro violeta, negro cedro, negro cementerio, negro cueva de murciélago. A continuación llenó los ojos de la mujer que lloraba con el negro de una bulliciosa noche de Goa, dando a luz galaxias e insectos, apariciones y fantasías, terror e incluso cierta felicidad.

—Ya viene, está en el túnel. ¿Tienes el cuaderno? —lo llamó la joven.

—Todavía no...

—¡Tienes que irte de todos modos o me matará! ¡Vete! ¡Corre! ¡Ahora mismo! No hay tiempo que perder.

Sunny recogió su cuaderno y cruzó a la carrera el patio y la puerta que ella mantenía abierta. Pensó que ella corría un grave peligro ahora que él había robado a Badal Baba, y que su situación era mucho más peligrosa de lo que imaginaba. Gritó mientras corría:

—¡Si vienes a la posada esta noche, te ayudaré a escapar; no se lo diré a nadie!

—¿Por qué ibas a callar? Has dicho que eras periodista, ¿no sería una buena historia?

—Por mi amiga, la mujer del mar de lágrimas. Si te traicionara, la estaría traicionando a ella.

Su voz se perdió en el viento, al igual que la respuesta de ella, si es que la hubo.

Al ponerse el sol bajaron las temperaturas. Con el corazón palpitándole dolorosamente en los oídos, en las piernas, en la garganta, Sunny corrió sin apartarse del sendero blanco en el crepúsculo gris. Creyó oír la campana de una capilla al final de la jornada del minero, pero no había ninguna en el campanario en ruinas. Creyó oír un tren, pero no pasaba ningún tren. Olió a nopales cocinándose, pero no había nadie cocinando. Oyó mulas, pero no había mulas.

El propietario del bigote trágico alzó la mirada a la luz verdosa de la posada con *El gran libro de Alcohólicos Anónimos* delante de una ración de estofado de cabra. Fuera, un perro esquelético roía el cráneo de una cabra.

—Es peligroso deambular por aquí en la oscuridad. Estás loco si lo haces.

—¿Quién es la mujer que vive con el artista? —le preguntó Sunny.

—Vive solo.

Sunny se encerró en su habitación y echó el pesado cerrojo de hierro. Los murciélagos salieron volando de las cortinas. Atrancó la ventana. Ignoró a los escorpiones que salían de los agujeros de la piedra volcánica. Volvió a abrir la caja del amuleto. Esa criatura no te-nía rostro. Dios o demonio, humano o bestia, ¿quién podía decirlo? Inspiración o terror amenazador, imposible saberlo.

—¡Soy un ladrón! —exclamó—. He robado un tesoro robado. He destruido un cuadro. Puede que esa chica haya sufrido un castigo terrible por mi culpa.

Seguía despierto, escuchando cómo el viento sacudía las ventanas y las puertas tapiadas de las casas abandonadas del pueblo y se fundía con los aullidos de los coyotes, cuando pasada la medianoche

llamaron a la puerta. Quizá fuera el viento, aunque el viento habría golpeado más fuerte.

—¿Quién es?

No obtuvo respuesta. Se inclinó para mirar por la cerradura. Un ojo le devolvió la mirada. La joven temblorosa con manos de pájaro herido no habló cuando Sunny la dejó entrar. Le indicó por señas que quería esconderse en el armario por si Ilan venía a buscarla. Sólo cuando estuvo dentro dijo:

—Será mejor que vuelva.

—No puedes.

—Tengo que hacerlo. Estará solo, y no puede estar solo. Si está solo, no existe. Sufre una crisis. Recibiré un escarmiento.

Sunny se sentó fuera de su habitación, con el amuleto helado como la noche de las tierras altas sobre el pecho, por si la joven quería salir del armario y dormir en la cama. Pero ella se quedó dentro por si Ilan acudía a buscarla. Sonia le había dicho que Ilan tenía ojos en la nuca. Como las malas personas son paranoicas y esperan represalias, desarrollan una gran intuición. Entonces, como *saben*, las tomas por el diablo.

Al amanecer, Sunny oyó lo que parecía un bosque lleno de palomas y vio acercarse una furgoneta en la que viajaban los participantes del recorrido organizado por la Biblioteca de San Miguel de Allende para recaudar fondos para la campaña Libros Para Todos. Se dirigían a las antiguas haciendas Cinco Señores y Santa Brígida, e incluso a esa hora tan temprana estaban alegres.

—Jacob se ha cortado el pelo por treinta y cinco pesos; ¡se lo ha cortado una viejita!

—¡Tratamiento láser para las manchas de la edad, cuarenta y cinco dólares!

—¡Tres tacos por un dólar veinticinco!

Pararon en la posada a tomar un café.

—A las palomas les encanta el sol —dijo el propietario mientras servía café de olla humeante y esparcía semillas para los pájaros.

—¡Creía que a las palomas les encantaba la sombra!

—Ah, no, las palomas están más contentas al sol.

—¡Veinte céntimos por una taza de café!

El corazón de Sunny se llenó de afecto. Eran turistas estadounidenses inocentes y eufóricos por el cambio de moneda que confiaban en su suerte y se sentían seguros en cualquier parte del mundo: el embajador en persona se ocuparía de su caso si tenían algún percance. Sunny era prácticamente un ciudadano de Estados Unidos, así que se ofrecieron encantados a llevarlos a él y a su amiga de vuelta a la ciudad en los asientos libres de la parte trasera de la furgoneta si estaban dispuestos a aguantar el recorrido.

Sunny corrió hasta el armario para decirle a la joven que estaba a salvo, que podía salir, pero cuando lo abrió estaba vacío. Salió disparado hacia donde estaba sentado el propietario.

—¿Ha visto salir a una mujer de mi habitación?

—No he visto a nadie.

Volvió. Olía al miedo de Sonia.

—¿No la vio llegar anoche, unas horas después de mí?

—No entró nadie después de usted. Cerré la puerta con la barra de metal y los dos candados antes de retirarme. Es imposible trepar por las paredes.

—Parece que acabas de ver un fantasma —bromeó un hombre del grupo—. ¿Dónde está tu amiga?

Creyeron que habían tenido una pelea de amantes.

—¡Sube! —le gritaron—. Ella te seguirá, y si no lo hace, es que no tenía que ser.

Sunny se subió con Badal Baba ardiéndole en el pecho como una marca al rojo vivo por el fuego del sol de las tierras altas. No podían entretenerse más... Y se fueron.

—¡Tamales de la señora en la parada de autobús del Oratorio a un dólar!

—¡Jackie dice que aquí puedes conseguir una criada por nada!

VIGESIMOPRIMERA PARTE

El que se ahoga cruza

73

El *kakori* y el *galawati*. Babita se debatía entre dos sentimientos encontrados: alegría porque por fin tenía las recetas anheladas, que enseguida devoró con los ojos, y vergüenza porque eso significaba que Sonia recordaba su intento de robar a Khansama, algo que ambas evitaron mencionar la noche que pasaron bajo el mismo techo. «¿Qué tontería es ésta», le había soltado Mina Foi hacía mucho tiempo. «¿Acaba de morir papi y ya intentas robarnos a nuestro cocinero?»

«Estás trastornada», había replicado Babita. Pero Mina Foi no lo estaba en absoluto; lo que ocurría era que todos se lo decían para justificar sus propias fechorías.

Babita se entregó a una alegre y fingida confusión y, haciendo delicados equilibrios para parecer una experta en cocina y a la vez una dama estirada que no cocinaba, leyó las recetas en voz alta a Olinda, que se divertía exagerando su desconcierto con las peculiares costumbres y gastronomías del norte. Cuando después de seguir los pasos prescritos de adobado, asado, troceado, triturado y dorado Babita sintió en la lengua la armoniosa melodía de un *kakori*, dio otro bocado. Lo evaluó. Volvió a probar. Lo reconsideró. Deambuló de un rincón cavernoso a otro. Se detuvo ante la figura de Cristo, envuelta en una nube de especias dulces: canela, clavo,

cardamomo. El ingrediente que suele omitirse (esa medida que toda mujer que comparte generosamente una receta debe callar para proteger el secreto de familia) por una vez no se había guardado. Dio otro bocado. El corazón se lo dijo sin palabras: la honestidad de Sonia era exagerada. Era una locura. Y la honesta Sonia era la pareja perfecta para su honesto hijo. Si ella misma hubiera acogido a Sonia con los brazos abiertos en el pasado, ¿él se habría ido?

Había sido inesperadamente sencillo tener a Sonia en casa. Al fin y al cabo, ¿qué más se puede pedir a la vida que cenar con alguien y ver una película de misterio que te da demasiado miedo ver solo? Tu perspectiva se normaliza. Cuando tu perspectiva está torcida, te comportas de manera torcida. Recordó el beso no correspondido al cazador de bandicuts. Había posado los labios en su mejilla y se le habían quedado pegados. Pegados porque en ese beso errado había buscado uno verdadero.

Ahora Sonia había recorrido el sendero de los árboles del templo y subido la imponente escalinata de la entrada. ¿No debería Babita dar la bienvenida a la suerte si ésta llamaba a su puerta, aunque no fuera la suerte con que había soñado?

A la luz de una aurora con manto de viuda, justo antes de que saliera el sol, Babita había cogido el teléfono y le había dicho a Sonia, con voz práctica y sin rodeos:

—Mira, no tiene sentido quedarse sentado ahí solo; eso únicamente lleva a pensamientos sensibleros. Si tanto tú como yo estamos solas un domingo, ¿por qué no vienes y me das tu opinión sobre el *galawati* de Olinda? El *kakori* fue un éxito.

Sonia estaba despierta, leyendo y tratando de dar sentido a lo que había escrito muy tarde la noche anterior. Una fábula sobre una

mujer que se convierte en una nube negra, una habilidad heredada de su abuelo, un artista arcano que podía transformarse en cualquier cosa que pintara. Lo fantástico le resultaba natural, porque sólo a través de la fantasía la mayoría conseguía sobreponerse a su realidad. Si seguía escribiendo relatos hasta que la verdad de algo de lo que escribiera se hiciese evidente (cualquiera que fuese la etiqueta que otros dieran a esos relatos: surrealista, realista, orientalista, occidentalista, fábula, leyenda, pesadilla, ensoñación, mito, sátira, *kitsch*, tragedia, comedia), ¿no acabarían todos por valer lo mismo? Si el centro no se sostenía, tal vez era porque no debía sostenerse. Quizá cada vez que se centraba una historia, se daba un paso en falso. Quizá cuando la realidad cambia de forma, el escritor simplemente debe dejarla cambiar. Si Sonia dispersaba su ser en un océano de historias, ¿podrían éstas, como olas, llevarla a otra orilla?

Una vez más, Sonia recorrió el sendero cubierto de malas hierbas, subió las escaleras de *balcão* hasta las caracolas gigantes que flanqueaban la entrada y tocó la campana de latón pulido. Babita, con una comisura de la boca levantada y la otra caída, abrió la puerta a la mujer a la que había hecho daño sin más motivo que los celos y la condujo hacia el denso olor de una regia cocina de Lucknow. Mientras calentaba los kebabs a fuego lento, dijo:

—Verás, el truco para que la textura sea tan suave es no usar huevo ni ningún tipo de aglutinante. Y además, hay que estar siempre presente para dar la vuelta al kebab.

Al ver la expresión de Sonia, se le ocurrió que le estaba explicando la receta de su propia familia con las mismas palabras que ella había utilizado.

—No está mal para una cocinera de Goa... —fue todo lo que se atrevió a decir cuando se sentaron a comer los kebabs impregnados de recuerdos de su agitado pasado.

Evocaron el mundo perdido de Allahabad, el amable intercambio de kebabs, filetes, sopas y púdines que se llevaban en coches Ambassador a través de callejuelas de mala muerte, en fuentes envueltas en servilletas con las puntas anudadas como orejas de conejo, en *tiffins*, termos o cajas cubiertas de papel dorado para señalar alguna festividad. En bandejas de plata con los bordes ondulados, desde la casa de un abogado hasta la de un coronel. «Hoy quiero plantearle un asunto delicado. Mi nieta se siente sola en Estados Unidos y nos ha encomendado la tarea de buscarle un compañero de vida de una familia que nos inspire la máxima confianza.»

Para no aventurarse a tocar temas peliagudos, volvieron a ver una película que no se habrían atrevido a ver solas, *El sabueso de los Baskerville*, que les provocó un agradable escalofrío en medio del creciente calor premonzónico, con el aire demasiado denso para respirar y el ventilador que giraba decorativo e inútil.

A las nueve de la noche, *Pasha* empezó a gemir.

—¿Es su hora de acostarse? —preguntó Sonia.

—Está molesto porque lo hemos asustado con una historia de fantasmas antes de dormir.

Babita no mencionó que *El sabueso de los Baskerville* era uno de los libros favoritos de uno de los autores favoritos de Sunny, que siempre lo leía en el tren nocturno a Allahabad, y lo estaba leyendo cuando vio por primera vez a Sonia, una coincidencia sin utilidad alguna, pero coincidencia al fin.

—Es demasiado tarde para pedir un taxi y es inútil despertar a Naresh con su mala visión nocturna. ¿Por qué no duermes en el cuarto de huéspedes como la última vez?

—¿Hay jabón?

La voz de Babita llegó desde arriba.

—Hay jabón.

—¿Los bandicuts no lo han destrozado?

—No.

—Cuidado con las ranas arbóreas.

Sonia volvió a lavarse bajo el agua que brotaba a intervalos irregulares, con las ranas rebotando alrededor como pelotas de ping-pong, y se puso el mismo caftán con el que había dormido la vez anterior y que aún colgaba del gancho del cuarto de baño.

—Buenas noches, entonces —dijo Babita cuando estuvo en su cama, bajo un dosel tejido a ganchillo por una monja.

—Buenas noches —respondió Sonia desde la cama del cuarto de huéspedes, bajo un dosel tejido a ganchillo por una viuda.

«Mejor dos señoras solas en la oscuridad, asándose por el calor y las especias de la cena, bajo un techo calado para que pasara la brisa costera. Mejor dos señoras solas y un perro (incluso uno con el hábito selvático de beber del inodoro) en la oscuridad, asándose por el calor y las especias de la cena, bajo un techo calado para que pasara la brisa costera.»

Salvo que no corría ni pizca de brisa. El estruendo de los insectos, el chirrido de los murciélagos, el ululato estrangulado de un autilllo, el croar de las ranas, la triste ópera de los gatos enamorados, el

ladrido del perro callejero, pero ¿dónde estaba el ladrón, dónde el asesino, el demonio y el fantasma, el sabueso fantasma?

—Qué agobio.

—En Goa siempre hace demasiado calor —dijo Babita.

«Imagínate sumarle un sofoco a este calor tórrido.»

—Debe de ser por la película.

—Pero ha sido muy divertido.

—Pero luego no puedes dejar de pensar.

Sonia estaba pensando en que al asesino de *El sabueso de los Baskerville* lo había delatado un cuadro.

—¿Sonia?

—¿Sí?

—Volvamos a dormir.

...

—Sonia, creo que estuve...

—¿Qué?

—Oh, nada.

...

—Sonia, creo que estuve...

—¿Qué?

«No lo digas, no lo digas... Prueba a sumarle un sofoco, un aire demasiado denso para respirar y un mosquito sediento de sangre.»

—Sonia, no estuve del todo bien...

—¿Sobre qué?

«No lo digas, Babita. No te pongas límites.»

—Sentí mucho el fallecimiento de tu padre —dijo patinando en la oscuridad como si fuera una piel de plátano.

—Era más grande que la vida misma y ahora la vida parece tan pequeña...

—Tuvimos una discusión tonta, que se repetiría en el tiempo.

—¿Se repetiría?

—Hasta que pasó a mayores. Era un hombre difícil, como yo también lo soy, pero siempre he respetado a quienes son exigentes con la comida, y éramos de la misma generación. Eso por sí solo ya cuenta.

—Nacisteis cerca de la época de la Partición.

—Nadie más puede entenderlo. Nuestros padres habían vivido en la India británica. La agitación del movimiento por la libertad, la independencia y la Partición seguía afectándonos: nuestros padres no eran normales. Lo aparentaban. Mi padre...

—¿El coronel?

—Se subió al tren con su familia en Lahore y, cuando bajaron en Delhi, todas las mujeres de la familia habían desaparecido, y lo mismo ocurrió en los trenes que iban en la otra dirección.

De ese intercambio de trenes surgieron dos historias diferentes, una a cada lado de la línea divisoria. «El vacío está lleno, la plenitud está vacía.»

—No es una tragedia que una familia pueda superar.

—Mi padre nunca hablaba de ello, y nunca llegó a arraigarse; quizá por eso nunca compró una casa en Allahabad, como tu abuelo. No podía echar raíces ni sentirse a salvo.

—Como nosotras no logramos sentirnos en casa.

—Tienes razón.

Intentaron dormir de nuevo. «No digas nada de nada, Babi, nadie lo sabrá nunca.» *Pasha* arrastró las patas traseras hasta el inodoro.

—¿Sonia?

—¿Sí?

—Me gustó mucho...

—¿Cómo?

—Tu artículo.

—¿Qué artículo?

«Nunca elogies, Babi, nunca des poder.»

—Sobre los kebabs.

—¿No era un poco inconexo?

—Es un tema inabarcable; no es fácil poner orden en un tema como éste.

—Era como si tuviese que escribir una historia de la India. La historia del kebab es un romance hindú-musulmán.

—Eso no es nada sencillo.

...

—Sonia, creo que estuve...

—¿Qué?

—Nada... No estuve del todo bien.

«No te disculpes, nunca renuncies a tu ventaja.»

—Khansama. —Le salió solo.

—¿Has dicho «Khansama»?

—¡No debería haber intentado robarle el cocinero a Mina Foi!

—Mina Foi tampoco debería haberlo obligado a seguir cocinando a su edad, sólo por codicia.

—¡Pero justo después del funeral!

—Ahora está jubilado. Su hijo le envía dinero.

—¿Hijo?

«¿Su hijo? ¿El hijo? ¿El amante de Vini? ¿El ladrón? ¿El asesino? ¿El proxeneta? ¿De dónde saca el hijo el dinero que envía a su padre? ¿Del oro de una maleta robada? ¿De dos chicas traicionadas?»

—¡Vini-Puni! —gritó Babita con voz aguda, sin poder reprimirse.

—¿Vini-Puni?

—El hijo de Khansama, el chófer, huyó con mis pequeñas Vini-Puni después del asesinato de Ravi-Rana y las vendió para prostituirlas.

—¡No! Están perfectamente —soltó Sonia, y entonces recordó que no debía divulgarlo—. Se supone que no debo decirlo...

—¡Debes!

—Considéralo como algo que he murmurado en sueños.

—Bien podría ser un sueño.

—La pequeña telefoneó a la oficina de una amiga de mi madre para pedir un microcrédito. Están en otro estado, con otros nombres. Tuvieron la presencia de ánimo de huir.

Babita sintió que su espíritu se liberaba de golpe. Allí tumbada, intentó asimilar la noticia. «Si te mueres, yo también me moriré. Ratty, no te mueras. Si vives, te querré... ¡a pesar de todo! Querido Dios, déjalo vivir y te prometo que lo querré y creeré en Ti.» ¿Era ésa la primera vez que la fatídica divinidad en la que no creía había hecho algo por ella?

—Gracias, Dios... —empezó a decir en voz alta a modo de penitencia, para asegurarse de que su suerte se mantendría, cuando la asaltó otro sofoco purgatorial.

Aplastó varios mosquitos, que mancharon de sangre las sábanas empapadas de sudor. Se desnudó, mojó una toalla pequeña en el

agua de la mesilla de noche y se la pasó por la cara, el cuello y la espalda, y se la escurrió entre los pechos.

Estaba muy bien que una atea creyera en Dios en retrospectiva, cuando sus falsas plegarias habían sido atendidas. Pero seguía existiendo un desequilibrio entre el universo y ella, entre ella y el Dios en el que no creía. ¿De dónde venía esa culpa que aún sentía?

No eran Vini-Puni, lo ocurrido con ellas ya no era culpa suya. No eran los asesinatos de Ravi-Rana, ellos tampoco fueron culpa suya. Como ya no eran culpa suya el dinero, las hueveras y el oro desaparecidos. Ni los kebabs de Khansama. No tenían nada que ver con ella ni Bahadur, ni Umberto, ni Sara, ni Vanya... Contó todo lo que no era culpa suya como quien cuenta ovejas borrosas para conciliar el sueño. Sin embargo, volvió al punto de partida...

«Oh, pero guárdate para ti esta pequeña culpa, Babita, guárdate esta insignificante aberración.» Quería compartir con Sonia su inocencia, no su culpa.

Mas esa culpa persistente era la más obstinada, y al no contar con el resto de sus culpas para generar ese parloteo de indignación que hacía que la verdad se escabullera, se quedó allí, mientras el primer pájaro del amanecer empezaba a llamar desde sus sueños.

—Sunny —susurró.

Se oyó amplificado, como un susurro que revela un crimen. Incluso una persona sorda que no pudiera oír un tono normal captaría ese susurro, que voló hasta la almohada de Sonia y la despertó.

—¿Sunny?

—Lo ahuyenté.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Me preocupaba que Sunny te quisiera más.

—Él no...

—Él habría...

—No podría haber...

—¿Por qué no?

—Por el sabueso fantasma.

—¿El mismo sabueso?

—Se impuso entre nosotros.

—¡¿Era yo el sabueso fantasma?!

—El universo hace todo lo posible para impedir el amor. Si una cosa no funciona para mantener a dos personas separadas, entonces prueba con otra. La oscuridad sigue a la oscuridad a través de las geografías, a través de los siglos. Tiene vida propia, y se expande.

—Por esa lógica, la luz debería seguir a la luz.

—La oscuridad es agresiva. Tiene una intención.

—Sería mejor si uniéramos nuestros cerebros.

—Y no digamos nuestros corazones.

—¿Por qué nos empeñamos en resolver otros problemas? Sólo hay uno que necesita respuesta.

—¿La soledad?

—Los demás perderían importancia.

Y dos personas en paz la una con la otra, al menos por el momento, se entregaron al sueño, y si bien Babita no soñó nada, Sonia soñó una vez más que volvía a la finca de Ilan para recuperar su amuleto. Se preguntaba a sí misma*:* «¿Tienes miedo?» No lo tenía. Debería, pero no tenía. Alguien dormía en la habitación

contigua, al otro lado del techo calado. Lo que se pierde en privacidad se gana en consuelo. Conocía el camino porque Ilan le había enseñado la fotografía. Recorrió las áridas colinas blancas cubriendo rápidamente la distancia. Pasó junto a un rebaño de cabras que empezaron a balar y a apiñarse. ¿Porque era forastera?

Empezó a arrugar la nariz. Juraría que olía a conejo. Podía ver a lo lejos a los halcones volar en círculo. Podía oír el zumbido de las avispas en un pozo minero, el chillido de una cría de murciélago cubierta de pelusa rosa pálido en la mina que brillaba con destellos de oro y plata. Cuando llegó a la ruina pintada de rojo tierra, vio a Ilan envuelto en una neblina de hachís. A través de la bruma ardía un designio. Un artista debe planear su muerte para que se le conceda fama eterna y así viva para siempre. ¿Cómo planea uno su muerte? Él estaba escribiendo su propio obituario. Cuando la vio, se puso a gritar. Se hincó de rodillas y se arrastró por el suelo.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué me persigues?

—Sólo he venido a buscar lo que es mío.

—¿Qué es tuyo?

—Mi cerebro y mi cara, mi corazón, mi hígado, mi pasado y mi futuro: te los comiste y ahora tienes que devolverlos. ¡Devuélvemelos!

—¿Quién eres? Tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo.

—¿No decías que la gente vendría a por ti? Hemos venido a por ti.

Ilan aulló, lloró e hizo mucho ruido para distraerla.

Sonia no se dejó distraer.

—Quiero el talismán de mi abuelo.

Atravesó el espejo. Ella no tenía forma humana; era una sombra envuelta en piedras preciosas perdidas. La asustaba, pero era ella

misma.

Se despertó con el canto apasionado de los pájaros, y el sol ya alto. Olinda barría el porche con su escoba de ramas.

—¡Estabas armando un escándalo! —le gritó Babita cuando oyó que se levantaba de la cama.

—He vuelto a soñar con mi libro.

¿Podría reconstruir a Badal Baba y recrearlo bajo otra forma? ¿Se dignaría Badal Baba a manifestarse a través de ella?

La sombra que proyectaban las contraventanas adornadas con concha de ostra le facilitó las cosas a Babita. Después del té y el *poi* tostado, sacó de detrás del Cristo sangrante la llave que daba acceso a otra llave, guardada en el mueble bar tallado con monos que comían fruta del árbol del pan, que a su vez conducía a la llave del arcón de ropa blanca, con patas de león, que abría el *almirah* donde guardaba la caja de terciopelo desgastado de regio color púrpura.

—Olvida mis divagaciones nocturnas; cuando uno vive solo bebe demasiado y habla en voz alta. Mira, he estado esperando encontrar a alguien a quien regalar estas baratijas. Soy demasiado vieja para estos adornos.

Sonia abrió la caja, llena de relucientes piedras preciosas.

—¡No puedo aceptarlas, son demasiado valiosas!

—Pruébatelas.

Las gemas reflejaban la mañana incluso en la habitación en penumbra y brillaban con tonos ámbar, granate, cerúleo, musgo, rosa.

—Creo —dijo Babita mirando con ojo crítico a Sonia y volviéndola hacia un lado y hacia otro, como había hecho Lala tantos años atrás — que han encontrado su sitio.

74

¿Rastrearía Ilan a Sunny hasta localizar *Renta o Venta* y recuperaría el amuleto robado, aunque él mismo lo hubiera robado? ¿Enviaría a la policía tras él? Sunny escondió el amuleto en una fiambrera de plástico dentro del techo de palma de la palapa, donde, supuso, estaría a salvo hasta que llegaran las lluvias, y se quedó muy callado y quieto esperando a que el cielo se viniera abajo.

El cielo no se vino abajo ni al día siguiente, ni la semana siguiente, ni la otra. Sin embargo, notaba en él cierto desequilibrio. Esperó a que lo que no encajaba se afianzara y se revelara. Pero el componente perdido persistía. ¿Qué podía ser? El cielo sobre las colinas adormecidas era el de siempre. También la sombra bajo la hamaca. Miraba hacia atrás y no veía nada. Saltaba sin esfuerzo. Nadaba sin sentir el impulso de bucear y pelear con las olas, de cambiar la pesadez de la culpa por la insoportable levedad del ser. El ojo del sol miraba hacia abajo y el del océano hacia arriba, el buitre lo escudriñaba, la iguana lo observaba. Y de pronto cayó en la cuenta: le faltaba una mirada.

¡Sunny había perdido la mirada de su madre! Se miró en el espejo. Vio su reflejo sin verse a sí mismo a través de los ojos de su madre. Ya no estaban en su espalda, ni dentro de su corazón. Le aterró que hubiera muerto, pero cuando telefoneó a su casa, Olinda

contestó: «Mami ha ido a D'Mello's a devolver las hamburguesas de gambas; dice que no hay gambas en la hamburguesa de gambas.»

Aun así, él caminaba de puntillas; sabía que no debía prestarle demasiada atención a esa falta de atención, por si prestar atención a la falta de atención atraía la atención de Babita de nuevo. Pero al no tener la atención de su madre puesta en él, en la mente y en el corazón se abrió una pequeña ranura: un pasaje de regreso a la India. Tampoco a eso le prestó atención. Dejó que se afianzara y se consolidara. Inhaló y exhaló. Rutina y sencillez, sencillez y rutina. Se hacía la cama. Lavaba los platos. Fregaba el suelo con Fabuloso, de olor fabuloso. Ponía agua a hervir. Sumergía la fruta y la verdura en agua con Microdyn para desinfectarlas. Lavaba la ropa en el fregadero exterior y la colgaba en el hilo de tender extendido entre los cactus, con cuidado de estirarla bien para que se secara lo menos arrugada posible. En el cibercafé, leía las noticias sobre la guerra en curso. Iba a Melaque a buscar los periódicos, pues su español ya era lo bastante bueno para entenderlos más o menos. Y un día, irónicamente, en el cable de Associated Press que enviaba su colega de Ciudad de México, cuyos reportajes había revisado en su momento, leyó con menos sorpresa de la que habría esperado que el solitario artista Ilan de Toorjen Foss había desaparecido de su finca mexicana. Cuando lo buscaron, no encontraron ni rastro. La policía barajaba todas las hipótesis. Vivía solo y podría haber sufrido un accidente. Su finca era una antigua mina, y el campo por el que paseaba cada tarde estaba lleno de pozos sin señalizar. Tal vez alguien lo había empujado por uno. Pero ¿quién? Quizá había caído en manos de empresarios que querían urbanizar las colinas y construir una zona residencial con un club de golf. O había chocado

con los intereses de los cárteles, o del Gobierno estatal, que eran lo mismo. O había albergado un secreto que nadie deseaba que saliera a la luz. O tenía un tesoro escondido y lo habían matado para robárselo.

El pastor de cabras, que era el único vecino del artista, contó a la policía y a los periodistas que al atardecer solían deambular brujos con forma de animal. El artista era uno de ellos. Por la noche se transformaba en un perro de grandes dimensiones, más grandes incluso que un coyote. Por eso había elegido vivir allí, donde era posible hacerlo. Dijo que en la época en que desapareció el artista había habido una aparición extraordinaria, que él nunca había visto antes, de una bestia tenebrosa que trepó y se desvaneció en una nube negra. Sin duda fue un presagio, pero no sabía lo que significaba.

La crítica de arte que se atribuyó el mérito de haber descubierto la genialidad del artista, y que había escrito aquel artículo fundamental y entusiasta para *Artes de México*, conjeturó que De Toorjen Foss había consumado su propia obra en un acto creativo, pues no hacía mucho había escrito su obituario. En él decía precisamente eso: que desaparecería y no se sabría si había sido asesinado o si se había desvanecido en el mundo de su propia creación. En la casa había una valiosa colección de arte que ella misma había catalogado para un futuro museo, pero no habían robado nada, salvo un objeto de valor indeterminado: un talismán con una figura demoníaca cuyo rostro era un vacío agrietado y que el artista creía que lo protegía de todo mal y le otorgaba poderes creativos. Había estado trabajando en un retablo de agradecimiento a la figura que seguía siendo la única parte no acabada de la gran obra de su vida: una capilla en la

que reproducía *Madre nadando*. Antes de desaparecer, De Toorjen Foss había pintado los ojos de una mujer que lloraba eternamente (contrapunto de *Madre nadando*) en el tono negro más negro, como si se tratara del vacío del universo. Sin duda, se estaba poniendo a prueba. Ya no se vería reflejado en los ojos de una mujer.

Esa noche, Sunny descolgó el amuleto del tejado y Badal Baba saltó triunfante, erguido como un escorpión con el aguijón levantado. «Yo lo he provocado», parecía decir. Al contemplar en la intimidad el objeto que sostenía en la mano, creyó entender el apego de Sonia y la codicia de Ilan por ese duende. Badal Baba era la historia que Sonia debía contar. Él se encargaría de llevarlo a casa.

Pero también había hecho otro voto; recordó otra historia que le habían confiado, que había heredado. «Mira, te lo prometo ante mi hijo», le había dicho Babita, «tus hijas son responsabilidad de esta familia, así que no te preocupes por nada. Cuidaremos de vosotras, ¿entendido? Si yo no estoy, mi hijo cumplirá este voto. Vini-Puni también son hijas mías. Son sus hermanas.»

Vinita había dicho: «¡Sunny bhaiya, llévame a América!» Gracias a Vini-Puni, él tenía su vida americana, su vida india y, por extensión, su vida mexicana. Su vida se había expandido mientras que la de ellas se había contraído..., ¿contraído de qué modo?

¿No es la historia la que hace al periodista, y no al revés? ¿No debería un buen periodista ser capaz de borrarse a sí mismo, de no tener rostro? ¿Qué sentido había tenido decirle a su madre que no pertenecía ni a la India ni a Estados Unidos, atrapado en ese lugar intermedio donde las noticias cambiaban desconcertantemente de forma? Éste era un lugar privilegiado para trabajar, pero por más que un hombre recorra el mundo detrás de historias cambiantes, si

algo grave ocurre en el paisaje de su infancia, ¿no regresará para luchar por aquello por lo que lucharon sus padres o sus abuelos, si vuelve a estar en peligro? Pensó en su propio padre, Ratan, que había querido legar a su hijo su inocencia. No su riqueza, sino su inocencia. El rostro de Sunny se cubrió de lágrimas.

Tres gallos que habían escapado del hacha y volado hacia la selva empezaron a cacarear. Despertaron a un burro acorralado en un campo de la selva al montarse sobre su lomo, listos para alimentarse de las larvas que eclosionaban en su estiércol. El burro movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, emitiendo un sonido circense. Entre él y los gallos despertaron a Sunny, cuyo primer pensamiento al abrir los ojos fue: «Voy a echar de menos esto.»

Los mosquitos que siempre salían antes del amanecer empezaron a atacar. Sunny se dirigió hacia el lugar donde los cactus con barba blanca y alas se erguían, altos como árboles, a la luz de la luna. Caminó hasta el cementerio junto al mar y, deteniéndose frente a él, hizo sus saludos de yoga al sol y rezó sin religión, pero con la intensidad de la voluntad y el deseo. Le pidió al dios demonio que mantuviera a salvo al océano y a la luna. Le pidió al océano y a la luna que mantuvieran a salvo el amuleto del demonio para que éste pudiera mantenerlo a salvo a él y él a su vez mantuviera a salvo el amuleto. Pidió que la paz de ese lugar, tal como era en ese momento, lo acompañara siempre. La luna llena tocó el océano, y justo cuando se desvanecía como un fantasma, el sol se asomó por la colina. Sunny nadó mar adentro y contempló cómo se iluminaban las áridas montañas frente al pueblo, prácticamente dormido. Le

pidió al dios demonio que mantuviera a salvo al sol y al sol que bendijera su viaje. Sabía que la luz viajaría despacio por el agua y que los pelícanos que dormían en la curva de la bahía serían las últimas criaturas en despertar cuando el sol las alcanzara, pues pescaban hasta muy entrada la noche y dormían hasta muy avanzada la mañana en la sombra verde que las colinas de la selva proyectaban sobre el agua. Cuando el sol alcanzaba el árbol, la iguana trepaba y se posaba en una de las dos ramas. Al mediodía recibían la visita del colibrí.

Había medido y guardado el café suficiente para la última mañana. El café era de Coatepec, Veracruz, y perfumó la única habitación en la que vivía. Lo preparó claro y lechoso para que le cayera bien al estómago. Hizo un revoltillo con los dos últimos huevos y se lo comió con frijoles negros, un trozo de queso Oaxaca, grasiento y aceitoso, y tortillas de olor dulce. Un desayuno mexicano tiene la virtud de prepararte para la otra vida. Ya tenía lista su pequeña maleta. Sólo se llevaba sus cuadernos.

Más tarde ese mismo día, Ulises fue a la choza del jardín de cactus donde vivía el Hindú y exclamó:

—¡Hola, Sunny!

No hubo respuesta.

Cuando entró todo estaba impecable y en su sitio, y la bicicleta apoyada en la pared. Bajó por el sendero y contempló el océano, y se preguntó si un cocodrilo se habría comido al Hindú cuando se alejaba a nado hasta donde nadie más se aventuraba.

—¡¿Has visto al Hindú?! —le gritó.

Pero el océano, vetusto y majestuoso, no respondió. Albergaba los secretos de milenios; un secreto más, un secreto menos, no le

preocupaba.

75

Ya en el aeropuerto, rodeado del lujo de las boutiques que vendían artículos de piel fina, sombreros de Panamá y mezcal en botellines como elixires raros; de los restaurantes y bares con pantallas que retransmitían deportes, y de las luces brillantes y el siseo de los grifos automáticos de los aseos, Sunny se dio cuenta de la precariedad en la que había estado viviendo. Se miró al espejo. Era un hombre de tez morena que podría haber sido de varias nacionalidades, de alguna intermedia o de ninguna. Un hombre de tez morena anónimo y sin importancia. Tenía el aspecto de un insecto palo, como había observado Satya, pero también su compostura: nada lo hacía correr ni lo alteraba.

—¿Por qué se ha quedado más tiempo del que le permite su visado, señor? —le preguntó un severo funcionario de inmigración de cuya boca emanaba un potente olor a salsa de chile.

—Amor —respondió Sunny con dignidad.

El funcionario le pidió que lo repitiera y luego se rió entre dientes.

—¿Por amor? Pues le deseo más suerte la próxima vez. He oído decir que las mujeres indias son tan guapas como las mexicanas.

Y lo envió a otra ventanilla para que pagara una multa simbólica.

Sunny ya estaba oficialmente en camino. No lo detuvieron ni en Fráncfort ni en Dubái, donde embarcó en un avión cargado de

trabajadores que regresaban a casa, hombres de tez morena anónimos y sin importancia que mantenían a flote a naciones enteras, los países en los que trabajaban y sus países de origen. Salió y se vio envuelto en la multitud congregada frente al aeropuerto de Dabolim, en Goa, subió a un autobús rumbo al sur y sintió la exaltación y el miedo de que cientos de miles de historias se cruzaran con la suya; el miedo y el alivio de saber que, aunque era apenas una historia entre tantas, estaba a punto de convertirla en algo único e irrepetible. Se apeó en un cruce de caminos y se perdió durante un buen rato en un laberinto de senderos rurales. Mientras caminaba con su pequeña maleta oyó, entre los árboles de un jardín, unas palabras de amor que lo sobresaltaron: la voz de una mujer joven, dulce como la miel, profunda y risueña. Hablaba en konkani, pero dijo una frase en inglés: «No puedes decirme que no. Ya lo sé.»

Ya estaba bastante oscuro cuando recorrió el sendero lleno de surcos y llegó a la Casa das Conchas. Vio las luces encendidas entre las palmeras y los plátanos. Olfateó y volvió a olfatear, levantando la cabeza como un perro vagabundo. Si su nariz no lo engañaba, era un olor inconfundible. ¿Podía ser?

Se quedó allí un rato. Las contraventanas estaban abiertas y detrás de las cortinas blancas vio sombras. Dos sombras. Imitó el chirrur-chirrur de un búho.

—¿Eso es un búho? —le preguntó Babita a Sonia—. Los de aquí suenan diferentes.

Y Sonia lo supo. Cuando abrió de par en par las dos hojas de las largas puertas batientes, los dos estaban demasiado flacos y encogidos para encajar en los brazos del otro. Vieron con dolor que

ya no eran tan hermosos ni tan jóvenes. Sunny tenía el rostro más anguloso, pero todavía se le arqueaban las cejas con curiosidad. Sonia también estaba demacrada, tenía los hombros encorvados como si se le hubieran curvado para protegerle el corazón y había cautela en sus ojos. Vestía un caftán demasiado grande y de las orejas le colgaban unos pendientes de gemas veladas, de esos que se guardan en una polvorienta caja fuerte del banco, esperando a una hija o quizá a una nuera.

—Pero ¿eres real? ¿De verdad eres tú? —le preguntó Sonia entre sus brazos, buscando su mirada.

—Yo mismo empezaba a preguntármelo.

—¿Si yo soy real o si tú eres real?

—Ambas cosas.

Ella vio alrededor de su cuello una cajita abollada y deslustrada con tallas de nubes enroscadas que se transformaban en dragones: un amuleto que debía de haber escapado de desastres sobrenaturales y reales a través de los altos pasos del Himalaya. Alargó la mano para cogerla.

Si no tienes amor, no existes de verdad. Si no existes de verdad, no tienes amor. Una mañana, pasadas las lluvias, Sunny se despertó con el recuerdo de estar medio dormido, como lo estaba en ese instante, y envuelto en un torrente de amor más grande que él mismo. Era más grande porque ya no existía en él y en Sonia sino que los contenía a ambos: el campo tomaba sus colores, las noticias estaban bajo su influencia, y tal vez un día incluso sus muertes serían algo insignificante dentro de él. Se volvió para decírselo a

Sonia, pero ella no estaba a su lado y tampoco en su escritorio. Caminó por el sendero que serpenteaba hasta el mar y la buscó entre las olas. Las olas lo sacaron de sus pensamientos. Se lanzó al agua y nadó directamente hacia ella como un ave marina que se une a otra ave marina.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias

A mis pacientes y perspicaces editores, Robin Desser y David Ebershoff. A Anita Desai, Simon Prosser, Manasi Subramanium y Luke Epplin.

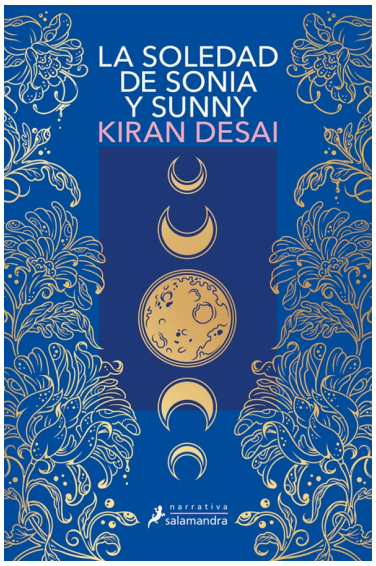
A la Fundación Santa Maddalena, Yaddo, Hedgebrook, el Bellagio Center y el Marie Residency Program. También, a la Fundación Guggenheim y a la Academia Estadounidense de Berlín.

A todos los miembros de la Agencia Wylie, especialmente a Andrew Wylie y James Pullen.

Y al maestro Francesco Clemente por el precioso regalo de Badal Baba.

El fenómeno literario del año. Tras 20 años de silencio, vuelve Kiran Desai con una novela excepcional. La historia de un gran amor

Finalista del Premio Booker • Finalista del premio Kirkus • Uno de los libros más vendidos y uno de los mejores libros del año de *The New York Times*



La soledad de Sonia y Sunny es la historia fascinante de dos jóvenes cuyos destinos se cruzan y separan a lo largo de continentes y años: una epopeya sobre el amor y la familia, la India y América, la tradición y la modernidad, que marca el regreso a la gran narrativa

de Kiran Desai, ganadora del Premio Booker con *El legado de la pérdida*.

Cuando Sonia y Sunny se encuentran por primera vez en un tren nocturno, la atracción entre ellos es inmediata, pero ambos recuerdan con incomodidad que sus abuelos intentaron emparejarlos años atrás, una torpe intromisión que solo sirvió para alejarlos.

Sonia, aspirante a novelista, ha vuelto a la India tras sus estudios en las montañas nevadas de Vermont, atormentada por el posible hechizo que un artista lanzó sobre ella cuando buscaba inspiración e intimidad. Sunny, periodista en apuros instalado en Nueva York, intenta escapar de su dominante madre y del caos de su belicosa familia. Ambos, inseguros de su futuro, emprenden juntos la búsqueda de la felicidad mientras se enfrentan a las múltiples formas de alienación del mundo moderno.

La soledad de Sonia y Sunny es una arrolladora historia sobre dos jóvenes que navegan entre las fuerzas que moldean sus vidas: el país, la clase, la raza, la historia y los lazos invisibles que unen a una generación con la siguiente. Historia de amor, saga familiar y gran novela de ideas, es la obra más ambiciosa y lograda hasta la fecha de una de las escritoras más brillantes de nuestro tiempo.

«Un triunfo trascendente. [...] Más que una novela, una maravilla. Uno de esos libros tan excepcionales que resultan mejor compañía que las personas de la vida real.»
The New York Times

«Deslumbrante. […] Esta novela flota sobre sí misma: un ojo que contempla, una voz, un pensamiento, una visión magnífica.»

The Washington Post

«La esperadísima tercera novela de Kiran Desai es un prodigio absoluto. [...] Una lectura deliciosa. [...] Desai consigue una auténtica alquimia literaria.»
The Daily Telegraph

«Una historia de amor épica. [...] Una saga sorprendente de principio a fin, rebosante de acontecimientos. [...] En medio de todo ello, Desai encuentra espacio para afiladas sátiras, desde la pomposidad de una elegante gala literaria neoyorquina hasta las intrigas del mercado matrimonial indio, además de una conmovedora reflexión sobre la experiencia migrante.»
The Sunday Times

«Con un peso emocional que crece página a página, es una obra entretenida, sorprendente, profunda y conmovedora. Magnífica.»
The Daily Mail

«Una novela oceánica que deja que las mareas de la historia discurran junto a las corrientes del azar y el destino que moldean las vidas de Sonia y Sunny.»
Times Literary Supplement

Kiran Desai (Nueva Delhi, 1971) estudió en la India, Inglaterra y Estados Unidos, y actualmente reside en Nueva York. Es autora de tres novelas de gran éxito, publicadas en español por Salamandra: *Alboroto en el guayabal*, *El legado de la pérdida*, galardonada con el Premio Man Booker y el National Book Critics Circle Award, y *La soledad de Sonia y Sunny*.



Título original: *The Loneliness of Sonia and Sunny*

Primera edición: febrero de 2026

© 2025, Kiran Desai
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Aurora Echevarría, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Celia Mallada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-06-4

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La soledad de Sonia y Sunny

Primera parte. ¿Sola? ¿Sola?

- Capítulo 1

Segunda parte. Un invierno vasto y desolado

- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Tercera parte. ¿Recibiste esa carta tan tonta?

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Cuarta es amor. Todo es amor

- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Quina parte. Quina es insulso olor a hogar

- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Capítulo 26
Sexta parte. De mi corazón salieron muchos pensamientos
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Séptima parte. ¡Intruso traidor!
Capítulo 34
Capítulo 35
Octava parte. ¿Dónde te gusta que te hagan cosquillas?
Capítulo 36
Novena parte. El océano del sabueso blanco
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Décima parte. La montaña del lugar oscuro
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Undécima parte. La comezón
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Duodécima parte. ¿Italia es real?
Capítulo 48
Capítulo 49
Decimotercera parte. Los indios no pueden ser cool
Capítulo 50
Capítulo 51

Capítulo 52
Decimocuarta parte. Si los mosquitos lo sabían, no lo dijeron
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Decimoquinta parte. ¿Qué consuelo es ése?
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Decimosexta parte. Vislumbres de México
Capítulo 60
Capítulo 61
Decimoséptima parte. El hombre que te consiga será muy afortunado
Capítulo 62
Capítulo 63
Decimoctava parte. El río del amor corre en direcciones extrañas
Capítulo 64
Decimonovena parte. La luna mágica
Capítulo 65
Vigésima parte. Te veo, Demonio de las Nubes
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Vigesimoprimera parte. El que se ahoga cruza
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Kiran Desai
Créditos